

OTTO VARGAS

EL MARXISMO Y LA REVOLUCION ARGENTINA

TOMO II

Federación Obrera Departamental
Puerto Deseado
Al Pueblo Trabajador
COMPAÑEROS!
Treinta camaradas nuestros están
presos por la tiranía Capitalista
No obstante todavía quedamos muchos
trabajando por la causa
con mayor entusiasmo contra más tiranía.
¡ VIVA LA HUELGA !
EL COMITÉ de Huelga

Antonio
Julio Ferrer
Esteban Polio
José Ferrer
José Bolco
Ramon Alvarez
Celestino Felgoso
Eduardo Gutierrez
Fernando Alvarez
Capitane Garita
Jose Boade

EA EDITORIAL AGORA

Diseño de tapa:
Alfredo Saavedra

Ilustración de tapa:
Cartel de huelga hecho en papel canson y a lápiz por los obreros de Puerto Deseado durante los sucesos de 1920. Firmas en el álbum que la Sociedad Obrera de Río Gallegos envió a los familiares del obrero Zacarías Gracián, asesinado en El Cerrito.

© 1999 by Editorial Ágora
Buenos Aires, Argentina

I.S.B.N. 950-9553-21-2

ÍNDICE

- 4 INTRODUCCIÓN
- 9 CAPÍTULO 1 - TIEMPOS DE REVOLUCIÓN
- 40 CAPÍTULO 2 - LA TERCERA INTERNACIONAL
- 76 CAPÍTULO 3 - 1917-1922
EL GRAN AUGE DE LUCHAS
- 147 CAPÍTULO 4 - EL PROBLEMA BÁSICO
- 196 CAPÍTULO 5 - LOS PRIMEROS AÑOS
- 287 CAPÍTULO 6 - CLASE CONTRA CLASE
- 328 CAPÍTULO 7 - LA “ÚLTIMA” GRAN CRISIS
- 420 CAPÍTULO 8 - EL DESCUBRIMIENTO
DE AMERICA LATINA
- 510 CAPÍTULO 9 - CRISIS MUNDIAL
Y GOLPE DE ESTADO
- 540 EPILOGO

Mi agradecimiento a Elena, Pilar, Martín, Germán, Micaela, Julián y Huergo, cuya valiosa colaboración ayudó a la concreción de este libro.

INTRODUCCIÓN

Este segundo tomo de *El marxismo y la revolución argentina* abarca el período que va desde la fundación del Partido Comunista en nuestro país —el 6 de enero de 1918— hasta el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930. En esos años el Partido Comunista y sus dirigentes conocieron el leninismo y debieron luchar por integrar la doctrina marxistaleninista a la revolución argentina. Fue, también, el tiempo de la fase inicial de la Revolución Rusa y la Internacional Comunista. En la Argentina fueron años de grandes combates de clase y de las mayores experiencias de tipo insurreccional de la clase obrera, sólo comparables a las de fines de la década del '60 e inicios de la del '70 del siglo que termina.

Hace muchos años, comprometido a ello por Editorial Ágora, me impuse la tarea de escribir este nuevo tomo. Al principio fue una obligación pendiente —arrastrada como una deuda impaga— que traté de ir cumplimentando de a poco, en medio de las vicisitudes de la lucha política de estos quince años, que, como todos saben, no han sido, de ninguna manera, tranquilos. Pero resultó que a medida que avanzaba en la investigación y el conocimiento del tema, escribir este libro se fue transformando de una obligación gravosa en una labor apasionante que consumió muchas de mis horas de descanso.

Los militantes y dirigentes del Partido Comunista y del movimiento obrero de esos años se me hicieron familiares y se tornó imperativo para mí reivindicar a algunos de ellos, injustamente olvidados, o, en ocasiones, difamados vilmente. Descubrí que hechos importantísimos de la historia del Partido Comunista, directamente relacionados con momentos claves de la historia del movimiento obrero argentino, habían sido ignorados, ocultados o directamente deformados, tanto por la historia oficial del PC —en 1947 se publicó el *Esbozo de historia del Partido Comunista de*

la Argentina– y los historiadores del Partido, como por sus destructores. Fue necesario, por ejemplo, desbrozar el terreno donde la dirección del PC había ocultado, cuidadosamente, el contenido de la corriente de izquierda denominada “chispista”. O investigar, hasta encontrar la verdad, allí donde el revisionismo latinoamericano del marxismo-leninismo ocultó los debates de la Primera Conferencia Comunista Latino Americana, difundiendo una interpretación maniquea de la misma, para fundamentar sus tesis actuales sobre el llamado “capitalismo dependiente”.

En la Argentina existió, y existe, una corriente comunista. Ha sido muy fuerte. La integraron decenas de miles de obreros, dirigentes sindicales clasistas como José Penelón, Luis Recabarren, el gran organizador sindical y político de la clase obrera de Chile, Argentina y Uruguay; Albino Argüelles (uno de los mártires de la Patagonia Rebelde); Marcos Kanner, el organizador de los men-súes; el grupo de los “grandes viejos”, de origen alemán, Germán Müller, Augusto Khün, Gotaldo Humel y Guillermo Schultze, que habían sido los artífices de la primera organización socialista en la Argentina; los dirigentes sindicales cordobeses José Manzanelli, Pablo López y Miguel Contreras; José Peter, el inolvidable organizador de los obreros de la carne; los fundadores de las primeras organizaciones de los obreros de la construcción y de los primeros sindicatos metalúrgicos, textiles y petroleros, entre otros; intelectuales de prestigio nacional y mundial como Héctor Agosti, Raúl González Tuñón, Aníbal Ponce (muy amigo del Partido), César Tiempo, Orestes Caviglia, Elías Castelnuovo, para mencionar sólo a algunos de los de aquella época; dirigentes de la Internacional Comunista como Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi; dirigentes femeninas como Angélica Mendoza y Florencia Fosatti; dirigentes sociales de renombre, etc. El Partido Comunista tuvo una organización pública y otra secreta. Ambas incidieron en forma mucho más importante de lo que se valora habitualmente –por intencionalidad o por prejuicios– en la política argentina. Sin considerarlas, será imposible reconstruir la historia nacional de las últimas décadas.

Es útil recordar los años y los acontecimientos que pertenecen a la infancia de esa corriente, porque, tal como sucede con

los seres humanos, esos son los años decisivos en la formación de su personalidad. A los comunistas argentinos nos corresponde estudiar nuestro patrimonio histórico a la luz del marxismo, para adueñarnos de su enorme riqueza, y poder integrar el marxismo-leninismo-maoísmo a las circunstancias concretas de la Argentina. El conocimiento de la historia del Partido Comunista de la Argentina –con sus aciertos y sus errores– es imprescindible para guiar el gran movimiento revolucionario que madura, aceleradamente, en nuestro país. En enero de 1968, cuando entendimos que el viejo Partido Comunista había degenerado, miles de militantes rompimos con su dirección y fundamos el Partido Comunista Revolucionario. Hicimos entonces una primera revisión crítica de su historia, centrada, fundamentalmente, en las causas de los errores cometidos en las décadas del 40, del 50 y del 60. No teníamos elementos para realizar, en ese momento, un análisis más global. Como dijimos en el primer tomo de esta obra, “nuestras posiciones actuales implican una crítica del pasado. No un simple desarrollo ‘natural’ del mismo, una mera continuidad. Por eso es tan importante conocer bien ese pasado, que siempre palpita en el presente, para saber qué es lo que ha sido o debe ser negado de él y, tal vez, sobrevive en nosotros. Esto implica no sólo una revisión teórica de ese pasado, sino también y principalmente, una crítica política del mismo”.

La historia de los partidos políticos es, inevitablemente, parte de la historia de la clase social a la que representan o pretenden representar. Desde este punto de vista, la labor del PCA en el período que aborda este libro incluye el gran auge de masas que fue desde 1917 a 1922. Esto confiere una importancia especial a la actividad del Partido en esos años, pese a su juventud e inexperiencia. Lenin escribió que “no se puede aprender a resolver los problemas de hoy por nuevos procedimientos si la experiencia de ayer no nos ha hecho abrir los ojos para ver en qué eran defectuosos los antiguos métodos”. Apenas se avance en la lectura de este libro se verá que las cuestiones que trata y parecieran tener una importancia meramente histórica, se relacionan con debates actuales del movimiento revolucionario, a los que las viejas experiencias les pueden servir de referencia útil.

La historia del PC, como la de toda organización que se pretenda revolucionaria, es difícil de rehacer: lo fundamental de ella transcurre en el mundo oculto de la clandestinidad y tiene como protagonistas a militantes que se mueven en secreto, anónimamente. Además, los partidos comunistas nacionales fueron, hasta 1943, secciones de una organización internacional, la Internacional Comunista, cuyo objetivo era impulsar y organizar revoluciones en todo el mundo. Y los organismos especiales de la Internacional Comunista (que controlaban al aparato secreto de ésta) estuvieron estrechamente unidos a los organismos especiales de la Unión Soviética. La tercera de las 21 condiciones que un partido debía cumplimentar para pertenecer a la Internacional Comunista era la constitución de un aparato secreto, compartimentado, unido horizontalmente –a través del contacto con una persona– con el Comité Central del Partido y vinculado directamente a la Internacional. Los hechos demostrarían que este aparato secreto estaba por arriba del aparato legal. Los archivos de la Internacional Comunista (Comintern) permanecieron secretos durante muchos años. En 1998 llegaron al país los documentos relacionados con la Argentina (Archivos de la Comintern). Personas relacionadas con los actuales organismos especiales de Rusia se los entregaron a un ex militante del Partido Comunista. Hay allí algunos elementos valiosos. Pero es evidente que muchos documentos han sido censurados y, obviamente, no hay en ellos nada relacionado con el aparato secreto de la Internacional Comunista en la Argentina.

Hemos tratado de desprender las conclusiones de los hechos y no, como sucede en la mayoría de los libros que tratan este tema, acomodar los hechos a conclusiones preestablecidas. La historia fue como fue y no como la imaginamos o como nos hubiera gustado que fuese. No compartimos la teoría –de moda– que procura “comprender los procesos” sin darle importancia a los hechos.

Este no es un libro de fácil lectura. Hubo que investigar y esclarecer hechos históricos que pueden parecer intrascendentes en relación con las tareas actuales del movimiento revolucionario. Pero eso fue necesario para llegar a la verdad.

El desconocimiento de la historia lleva a repetir viejos errores.

Una generación que desprecia a las que la antecedieron y desprecia su experiencia, como dijo Gramsci, será incapaz de cumplir su misión histórica. Por eso entendí que este estudio histórico sería útil para ayudar a las jóvenes generaciones de comunistas. Quizás puedan evitar la repetición de errores que, en ocasiones, les costaron tan caro a nuestros padres, a nosotros y a nuestro pueblo, e impidieron que el movimiento comunista argentino, en el siglo XX, pese al heroísmo inigualable de sus militantes, realizara sus objetivos históricos.

Otto Vargas
Septiembre de 1999

CAPÍTULO I

TIEMPOS DE REVOLUCIÓN

...toda criatura comienza a morir al nacer.
Hui Shih (siglo IV AC)

Nada empieza que no tenga fin. Todo lo que empieza nace de lo que acabó.

José Saramago: *El Evangelio según Jesucristo*

Eran tiempos de revolución. Tiempos de guerra y revolución. Como nunca antes. Caían viejos imperios. Gigantescas maquinarias de gobernar y regimenterar, que habían reinado durante siglos, y que parecían intocables, se desplomaban bajo la ira de millones de hambrientos y miserables. Lo que había sido considerado – también entonces– “imposible” se desplegaba en buena parte del mundo: la Revolución Rusa de 1917 conmovía y asombraba a todo el planeta. Asombraba no tanto porque lo más pobre, oprimido y marginado de la sociedad había tomado y destruido el poder de los opresores (eso ya había sucedido en otras épocas y otros países); lo nuevo estaba en que esos oprimidos eran y se reivindicaban proletarios, la clase fundamental del sistema capitalista, la clase destinada, históricamente, a sepultarlo. Y los obreros rusos estaban dirigidos por un partido desconocido, cuyo jefe era, en gran medida, ignorado por la prensa burguesa o calificado, como lo fue, de “agitador y espía germanófilo”.

Los “bolcheviques” –así se llamaban los militantes de ese partido– habían sido la minoría de una minoría. Pertenecieron al minoritario sector de izquierda de la a su vez minoritaria izquierda socialdemócrata que se reunió en Zimmerwald (Suiza) en 1915, y en Kienthal en 1916, impulsando el movimiento contra la guerra imperialista de 1914/18. Más aun, los “bolcheviques” eran sólo la “ínfima minoría del socialismo ruso”, como afirmó doctoralmente Antonio Di Tomaso, un dirigente del Partido Socialista Argentino, que años después sería ministro del gobierno conservador de

Agustín P. Justo, durante la Década Infame. “El triunfo de esta gente es el índice de la desorganización de Rusia. Pero no triunfarán en definitiva”, escribió el diario argentino *La Epoca* el 9 de noviembre de 1919.

La Revolución Rusa hizo que en todo el mundo la clase obrera apurara el paso. El gigantesco cambio ocurrido en Rusia incidió profundamente en Alemania, donde, al poco tiempo, se creó una situación revolucionaria. La dura derrota sufrida en agosto de 1918 por los ejércitos alemanes en el frente occidental aproximó el estallido de la revolución germana, que comenzó el 3 de noviembre con la insurrección de los marineros de Kiel; pronto se adhirieron al alzamiento los obreros de la ciudad y en los días siguientes se produjeron insurrecciones victoriosas en Hamburgo, Bremen, Leipzig, Stuttgart y otras ciudades. El 9 de noviembre la revolución triunfó en Berlín. Se constituyeron consejos de obreros y soldados. El káiser huyó a Holanda, se derrumbó el imperio y se proclamó la república.

En 1918 estallaron también revoluciones en Bulgaria, Finlandia y Austria. El 16 de marzo de 1919 se insurreccionó la escuadra francesa del Mar Negro. El 21 de marzo de ese año se instauró una república soviética en Hungría, con la dirección del Partido Comunista que encabezaba Bela Kun. El 13 de abril de 1919 los obreros de Munich tomaron el poder y proclamaron la república soviética de Bavaria. En enero de 1920 estalló en Turquía la revolución nacional-burguesa que terminaría destronando a la décrepita monarquía de los sultanes. Entre diciembre de 1919 y los primeros meses de 1920 creció impetuosamente en Italia el movimiento de los consejos de fábrica. Los consejos obreros en la Fiat y otras empresas asumieron plenos poderes y, pese a la fuga de los técnicos y dirigentes, continuaron trabajando, haciéndose cargo de la producción. El gobierno y los industriales italianos fueron presa del pánico.

No sólo Europa se estremecía por la borrasca. En 1918 se produjo la sublevación del arroz en Japón y el 1º de marzo de 1919 la insurrección coreana contra la ocupación japonesa. El 14 de marzo de 1919 estalló la insurrección armada popular en Egipto contra los colonialistas británicos. El 4 de mayo de 1919 comenzó

la llamada Revolución Cultural en China, un movimiento antiimperialista y democrático que inició un proceso que transformaría profundamente a ese país. Manifestaciones de estudiantes e intelectuales, en Pekín, iniciaron una nueva fase de la revolución democrático-burguesa china. Veinte millones de personas manifestaron en 220 ciudades.

“La causa de México revolucionario y la causa de Rusia son y representan la causa de la humanidad, el interés supremo de todos los pueblos oprimidos” dijo Emiliano Zapata tres meses después de la Revolución Rusa. El 10 de abril de 1919 fue asesinado. Con el asesinato de Zapata, la burguesía mexicana traicionaba la revolución que había comenzado en 1910; se “institucionalizaba” la revolución mexicana, iniciándose el proceso que daría lugar a la formación del Partido Revolucionario Institucional (PRI) que hasta hoy gobierna en México. Pero grandes luchas obreras, campesinas y populares seguirían conmoviendo a América Latina durante las dos décadas siguientes.

El 2 de enero de 1919 se realizó en Moscú el primer congreso de la Internacional Comunista. Esta era, como se dijo después, una bandera sin ejército. Pero muy pronto se transformó en un ejército proletario mundial: un ejército que aterrorizaría a la burguesía.

La novedad de la Revolución Rusa produjo un gran impacto en las masas trabajadoras de nuestro país. Domingo Varone, un gran luchador obrero que había sido anarquista y luego fue comunista, recogió en sus memorias la profunda impresión que estos acontecimientos causaron en su ánimo de joven obrero porteño: “El espectáculo de las realizaciones de la Revolución Rusa era deslumbrante para un joven como yo (...) el triunfo de la revolución en Rusia elevó enormemente el entusiasmo y la fe en la victoria final”.¹ Victorio Codovilla, el dirigente del Partido Comunista de la Argentina, recordaría, muchos años después, la conmoción que causó en Buenos Aires la noticia del triunfo de la Revolución. Contó que, atraída por las bombas de estruendo con las que se anunciaban los grandes acontecimientos, una multitud se había agolpado ante las pizarras del diario *La Nación* donde se comunicaba: “Los bolcheviques tomaron el poder”.²

El dirigente obrero Miguel Contreras dice en sus memorias que en Córdoba, cuando estalló la Revolución Rusa, “fue una fiesta general”.³ “Se produjo la Revolución Rusa y pensamos que eso se iba a extender y que no la iba a parar nadie”, recordó Francisco Muñoz Diez, uno de los dirigentes del Partido Socialista Internacional en Rosario.⁴

La Revolución Rusa fue defendida ardientemente en nuestro país por la izquierda del Partido Socialista. También por una gran parte de los anarquistas, que creían que en Rusia triunfaba el “comunismo anárquico”, opuesto al “comunismo autoritario” de Carlos Marx.

Centenares de obreros revolucionarios levantaron la bandera de la defensa de la Revolución Rusa y se transformaron en militantes comunistas. “Mi hermano, cuando se fundó el Partido Socialista Internacional, con su linyera al hombro se fue por el interior del país a difundir el marxismo”, recordaría Juan Rospide, de Teodolina, Santa Fe.⁵

El 22 de noviembre de 1918, José Ingenieros pronunció en Buenos Aires una conferencia: “El significado histórico de la Revolución Rusa”, en el Teatro Nuevo, de la calle Corrientes, donde ahora está ubicado el Teatro General San Martín. La “conferencia memorable” –como la calificó Aníbal Ponce– generó una gran expectativa y atrajo a un público numeroso y heterogéneo de obreros, estudiantes, intelectuales y políticos. Las palabras de Ingenieros, de apoyo a la Revolución Rusa, tuvieron honda repercusión.^{6???}

“Rusia es la Galilea; los bolcheviques son los apóstoles. Se cree o no se cree en la Revolución Rusa; adherir a ella es un acto de fe en el porvenir, en la justicia, en el progreso moral de la humanidad”, escribió José Ingenieros, retornando a sus viejas ideas socialistas.⁷

Jorge Luis Borges, que sería luego un declarado anticomunista, escribió en esos años un libro, *Los salmos rojos*, en honor de la Revolución Rusa. En uno de los poemas dijo: *Bajo la bandera del silencio/ pasa la muchedumbre./ Y el sol crucificado en el poniente/ se pluraliza en la vocinglería/ de las torres del Kremlin (...)/ En el cuerno salvaje de un arcoiris/ clamaremos su gesta./ Bayonetas/ que llevan en la punta las mañanas.*⁸

La Argentina de los años '20

Esos fueron también los años de oro de la oligarquía argentina. Un total de 1.843 familias poseían 417.847 kilómetros cuadrados de tierra (equivalentes al territorio de Inglaterra, Holanda y Bélgica sumadas).⁹ En la provincia de Buenos Aires, en 1920, 175 familias terratenientes, entre las que sobresalían los Anchorena, Unzué y Pereyra Iraola tenían 5.655.945 hectáreas.¹⁰ En 1922, La Forestal era propietaria de 1 millón 600 mil hectáreas y, a fines de 1924, se expandió hasta tener casi 4 millones.¹¹

Aunque el gobierno estaba en manos de los radicales (entre los que no faltaban dirigentes de rancia prosapia oligárquica como Marcelo T. de Alvear, Presidente de la Nación entre 1922 y 1928), la oligarquía terrateniente seguía teniendo el poder real. En esos años, sus hijos dilapidaban fortunas en Europa.

La Argentina se había convertido en uno de los principales países exportadores de trigo, maíz y carne. La alfalfa impulsó el desarrollo agrícola de la región pampeana; empleada como alimento del ganado y como “abono verde” de los campos, su cultivo pasó de 1 millón 500 mil hectáreas en 1900 a 8 millones 500 mil en 1920 (ocupaba el 20 por ciento de la superficie cultivada del país en 1900 y pasó a ocupar el 36 por ciento en 1920). Algunos llamaron a la Argentina “el granero del mundo”. En poco tiempo el país pasó, también, a ser el principal exportador mundial de carne vacuna. El campo se trabajaba con tracción a sangre y se empleaban 100 horas/hombre por hectárea de maíz (en 1995: entre 4 y 7 horas). La cosecha de maíz en la región pampeana movilizaba a no menos de 200 mil trabajadores, el 15 por ciento de los cuales eran mujeres y niños.¹²

Los trabajadores rurales luchaban por conseguir la jornada de “sol a sol”, porque en realidad se trabajaba de “estrella a estrella”, en terribles, inhumanas condiciones de trabajo y de vida.

La Argentina era un modelo de país dependiente del imperialismo. “América del Sur, y sobre todo la Argentina, se halla en tal dependencia financiera con respecto a Londres, que casi se la debe calificar de colonia comercial inglesa”, escribió Lenin citando al autor alemán Schulze-Gaevernitz.¹³ La Argentina se había

convertido en un apéndice agrario del imperialismo inglés, pero la hegemonía económica y política de éste era disputada, crecientemente, por sus rivales yanquis y europeos.

Los capitales ingleses se concentraban en la inversión ferroviaria, empréstitos al gobierno, frigoríficos, empresas de gas y electricidad, y tierras, mientras que los yanquis –que intensificaron su penetración desde la Primera Guerra Mundial y llegaron a representar el 16 por ciento del capital extranjero invertido en el país en 1929– se orientaron a los empréstitos públicos e inversiones en frigoríficos, petróleo y manufacturas. Eran importantes las inversiones de los capitales alemanes, franceses y belgas.

A pesar del desarrollo capitalista que se había producido en las últimas décadas, la economía sufría el agobio de relaciones de producción semif feudales subsistentes en el campo. La burguesía agraria y la industrial eran incipientes y la clase obrera estaba poco desarrollada y dispersa por el peso de los pequeños talleres y el predominio numérico de los trabajadores artesanales. Sin embargo, la Argentina tuvo, desde épocas muy tempranas, una alta proporción de asalariados en relación con la población económicamente activa: 65 por ciento en 1914; un porcentaje mayor al que tenían en 1987 Corea, Grecia, México o Perú y similar al de Brasil en el mismo año.¹⁴ La población urbana argentina era, en la década del 20, mayor que la de países de gran desarrollo industrial, como Alemania, según escribió Paulino González Alberdi en *La Internacional* (1/5/1928). En las ciudades se desarrolló una capa muy considerable de pequeña burguesía, que fue base de apoyo electoral de la Unión Cívica Radical.

La mayoría de los obreros industriales eran extranjeros (el 59 por ciento en 1914; y en el 41 por ciento restante había argentinos nativos y extranjeros naturalizados).

Según el censo de 1914 la Argentina tenía 7.885.237 habitantes. En medio siglo su población se había multiplicado cuatro veces y media. Habían llegado centenares de miles de inmigrantes de origen campesino y artesano. Venían de las regiones más pobres y atrasadas –económica y políticamente– de Europa. Los extranjeros eran el 30 por ciento de la población. En la Capital Federal eran el 50,6 por ciento; entre ellos, 400 mil eran italianos

y 100 mil israelitas. Los hijos de inmigrantes ya eran una parte fundamental de la pequeña burguesía urbana y rural.

El 29 por ciento de la población activa del país –según el censo de 1914– no tenía profesión determinada y ejercía oficios varios. Estaba integrada principalmente por jornaleros y peones sin ocupación fija, que sólo trabajaban algunos meses al año. Consecuentemente, había un alto índice de desocupación y mucha inestabilidad en el empleo.

La desocupación fue particularmente notable durante los años de guerra: en 1917 llegó a afectar a 455.870 personas (casi un 20 por ciento de la población activa).

Entre los obreros predominaba una gran cantidad de albañiles, carpinteros, herreros, panaderos, zapateros, y entre las obreras, las trabajadoras del servicio doméstico, costureras, lavanderas, modistas. El personal permanente ocupado en la industria era de unas 410 mil personas (el 13 por ciento de la población activa) y el promedio de obreros por empresa no pasaba de 8,4.

Un tercio de la población trabajadora se concentraba en la Capital Federal, donde había empresas con gran número de obreros que tenían ya cierto grado de organización y conciencia de clase.

Como producto de la combativa lucha de los colonos de Macachín en 1910, y de la huelga agraria que estalló el 25 de junio de 1912 (conocida con el nombre de Grito de Alcorta) se constituyó, el 1º de agosto de 1912 la Federación Agraria Argentina, nucleando a una importante masa de campesinos arrendatarios. Entre 1912 y 1919 se extendieron los conflictos chacareros en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y La Pampa y, entre 1918 y 1922, una poderosa oleada de lucha de los obreros rurales –en la mayoría de los casos con un alto nivel de violencia– conmovió a esas provincias y la de Entre Ríos.

La ley electoral de 1912 había instaurado el sufragio universal y secreto; concedió sin embargo ese derecho solamente a los argentinos nativos, de modo que una gran parte de la clase obrera industrial, que era extranjera, quedó fuera del sistema. Esa exclusión favoreció el crecimiento de tendencias insurreccionalistas en su seno. Las mujeres no votaban; tampoco se votaba en los Territorios Nacionales (la gobernación de Los Andes y las actuales

provincias de Formosa, Misiones, Chaco, La Pampa, Río Negro, Neuquén, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego).

La oligarquía, con la ley electoral, permitió la participación del radicalismo en el gobierno. A través de esta concesión logró apartarlo de su política putchista y resguardar al régimen. Evitó, así, la confluencia de un movimiento obrero muy combativo con la efervescencia campesina y estudiantil y con la insurgencia putchista de la UCR.

En 1916 la Unión Cívica Radical ganó las elecciones. El Colegio Electoral, por una mayoría de sólo dos votos, eligió a Hipólito Yrigoyen como Presidente. La UCR fue minoría en el Senado y, hasta 1919, también fue minoría en la Cámara de Diputados. Gobernaba sólo en tres provincias.

El triunfo radical implicó un cambio importante: la oligarquía liberal perdió el control de palancas claves del gobierno nacional.

El gobierno de Yrigoyen

De origen modesto, Yrigoyen era, al asumir la presidencia, un estanciero. Llegó a ser propietario de casi veinticinco leguas de campo, aunque –como escribió Scalabrini Ortiz– “durante muchos años habitaba un rancho con piso de tierra”. La UCR carecía de formulaciones programáticas concretas, por lo que en ella cabían diversas expresiones de clase. Así se explica que, inicialmente, su gobierno tuviese cinco ministros que eran miembros de la Sociedad Rural.¹⁵

Como el de los viejos gobiernos oligárquicos, el programa radical se limitaba a prometer el cumplimiento de la Constitución Nacional. Era un programa meramente institucional que no tenía propuestas en lo económico ni en lo social.

Ante la guerra mundial, la política exterior del gobierno de Yrigoyen mantuvo la neutralidad del país y cambió la línea de “neutralidad pasiva” de los gobiernos oligárquicos, por la de “neutralidad activa”. El cambio implicaba la defensa de los principios de soberanía nacional frente a la prepotencia de las naciones imperialistas, en particular las angloyanquis, que llegaron a presionar con sus barcos de guerra exigiendo que la Argentina entrase en

la contienda bélica como aliado de ellas. Los alemanes, por otro lado, amenazaban con hundir –y hundían– los barcos con bandera argentina que transportaban mercancías para los aliados.

En la política interna, frente a los reclamos de los obreros y de los campesinos, Yrigoyen trató de aparecer como árbitro. No derogó la nefasta Ley de Residencia ni la de Seguridad Social y, si bien no encaró los problemas sociales como simples cuestiones policiales, como hacían los gobiernos oligárquicos, no vaciló en enviar a la Infantería de Marina para reprimir la gran huelga de la carne en 1917 y a las fuerzas represivas y el Ejército a masacrar a los obreros en la Semana de Enero, en 1919. Tampoco dudó en enviar al Ejército y la Marina contra los obreros de la Patagonia, en 1921.

En su primer gobierno, Yrigoyen no tuvo una política claramente antiterrateniente y tampoco atacó la dominación del país por el imperialismo. En realidad, concilió con los terratenientes, apoyándose incluso en sectores de esta clase social –como los que representaban Joaquín de Anchorena y Manuel Carlés–, a los que permitió organizar fuerzas parapoliciales como la Asociación del Trabajo y la renovada Liga Patriótica. Y fue particularmente condescendiente con el imperialismo inglés.¹⁶

Como resultado del movimiento de la Reforma que había estallado en Córdoba en el mes de junio de 1918, se organizó la Federación Universitaria Argentina. Aquel movimiento estudiantil, que removió profundamente las bases de la vieja universidad oligárquica, estaba muy influenciado por la Revolución Rusa y se extendió rápidamente por toda Latinoamérica. Según Alfredo L. Palacios, fue un movimiento sin precedentes en el mundo. “De sur a norte escribió el estudiante cubano Julio Antonio Mella–, como en una carrera de antorchas, el movimiento cordobés fue iluminando los países de nuestra América”.¹⁷ En Córdoba, centro del movimiento reformista, la Federación Universitaria local mantuvo una permanente actitud de solidaridad con las luchas obreras, y el movimiento sindical –en el que tenían fuerza los militantes del Partido Socialista Internacional– era a su vez solidario con los estudiantes.

Los años 1917 y 1918 fueron de grandes luchas obreras. Se sa-

lió así de un prolongado período de reflujo que había comenzado luego de 1910. Creció el número de obreros sindicalizados. La FORA del X Congreso (a la que muchos seguían llamando del IX Congreso) pasó de 3.427 cotizantes por mes, en 1916, a 13.233 en 1917 y 35.726 en 1918; y de 66 sindicatos adheridos en 1915, a 166 en 1918. Su X Congreso –realizado los días 29, 30 y 31 de diciembre de 1918– saludó a la Revolución Rusa, a la Revolución Alemana y a “los heroicos esfuerzos” de los trabajadores de esos países “por suprimir la explotación del hombre por el hombre”. La FORA del X Congreso adquirió dimensión nacional; sus delegados recorrían todo el país organizando a los trabajadores. Se constituyeron las primeras federaciones de industria (molineros, marítimos, ferroviarios, del calzado, del tanino) y se avanzó en la organización de los obreros de los quebrachales, la yerba mate y las estancias patagónicas. También se avanzó en la organización de los estatales y los maestros.¹⁸

El año 1919 sería el de mayor número de huelgas y de huelguistas del período 1900-1940. Esa oleada coincidió con el aumento del costo de vida y la disminución del salario real, que en 1918 fue el más bajo de esos primeros cuarenta años del siglo. El salario mensual promedio de los obreros industriales –según el Departamento Nacional del Trabajo– era, en 1919, de 90,46 pesos, mientras el valor promedio del presupuesto familiar tipo, según esa misma fuente, era de 191,81 pesos.

El 6 de enero de 1918 se fundó el Partido Socialista Internacional, que luego se llamaría Partido Comunista de la Argentina. El hecho fue ignorado por la “gran prensa”.¹⁹

La aldea y el “desierto” se van

Con la matanza de aborígenes –llamada “la conquista del desierto”– realizada a fines del siglo anterior con varias campañas militares a La Pampa, la Patagonia y al Chaco, la oligarquía se apoderó de millones de hectáreas y consiguió, además, dominar la rebeldía del gaucho. Reclutado como soldado para las expediciones de Roca (1879) y de Benjamín Victorica al Chaco (1884), el gaucho ya no podría refugiarse en las tolderías indias cuando fue-

se perseguido. El alambrado de los campos ayudó a transformarlo, definitivamente, en un peón servil o semiservil. Era altanero y se hizo humilde. Ya no se lo llamaría gaucho, sino paisano.

Los aborígenes que sobrevivieron a la masacre fueron despojados de sus tierras y se convirtieron también, pese a su ocasional apariencia de asalariados, en siervos y semisiervos de los terratenientes. Terminada la llamada “Campaña del Desierto”, el general Roca informó que 10.593 “indios de chusma”, tomados prisioneros, fueron incorporados por 6 años al Ejército y la Armada; 1.049 reducidos y 600 enviados a Tucumán con destino a la zafra. Los hijos y las mujeres de los mapuches, ranqueles y tehuelches que se salvaron de la expedición “civilizadora”, fueron distribuidos entre las familias oligárquicas de Buenos Aires, Córdoba, Tucumán y Cuyo. Los niños arrancados a las madres mapuches eran regalados, en su presencia, ignorando sus gritos y súplicas. “La ola de bárbaros que ha inundado por siglos las fértiles llanuras ha sido por fin destruida”, escribió Roca al fin de la conquista.

“Conquistado” el Chaco, miles de tobas, pilagás, mocovíes, vilelas, chorotes, chiriguano, chanés, junto con aborígenes bolivianos, murieron explotados en forma inicua en los ingenios, quebrachales y yerbatales del norte. Se hizo realidad el sueño de Benjamín Victorica, ministro de Guerra y Marina y jefe de la expedición al Chaco, explicitado antes de la Campaña: “No dudo que estas tribus proporcionarán luego brazos baratos a la industria azucarera y a los obrajes de madera”.

A su vez, centenares de miles de inmigrantes, que habían llegado en la segunda mitad del siglo XIX para trabajar en la agricultura, fueron brutalmente explotados por la oligarquía dominante. Se los usó para alfalfar los campos y mejorar así los pastos. Trabajaban bajo las condiciones del “contrato a la réndita”, una variedad de la aparcería semifeudal en la que el trabajador recibía comida, techo, y un porcentaje sobre la cosecha.

En esos años cambió el paisaje del país. La pampa del siglo XVIII y parte del siglo XIX, que era semidesértica, se transformó en lo que se llamaría la “pampa húmeda”. Antes, como resultado de lo que los climatólogos han llamado “la pequeña edad de hielo”, habían predominado en ella los vientos del oeste. La región

pampeana más allá del Salado era un desierto y la travesía hasta Tandil y Bahía Blanca era considerada suicida, por la falta de agua, si se hacía sin baqueano. A fines del siglo XIX y en el siglo XX la pampa se transformó: “El desierto fue desterrado al extremo oeste pampeano y sur de Mendoza y parecía haber sido arrinconado para siempre”.²⁰ Se refinaron los pastos y se eliminó el bosque ralo pampeano, principalmente el caldén –que iba desde San Luis a Bahía Blanca– para despejar los campos y aprovechar la madera para carbón y otros usos.

Eliminados los indios, se valorizó el precio de la tierra en el mercado. En 1879 la legua cuadrada de campo en Olavarría se vendió a 350 pesos; treinta años más tarde, la misma superficie, en igual punto, se enajenaría a 400 mil pesos. El proceso de valorización fue particularmente agudo en las zonas de la pampa húmeda colonizadas desde la Independencia. En cien años, desde 1827 a 1927, la tierra aumentó su precio en un 438 mil por ciento. Un peso invertido en tierra en 1836 se convirtió en 4.380 en 1927.²¹

Grandes cambios

Todo cambiaba aceleradamente. Las innovaciones científicas y tecnológicas eran impresionantes. En el mundo capitalista se asistía a un desarrollo considerable de la electrificación y se desplegaban inversiones importantes en el campo de la química aplicada y los metales ligeros, en particular el aluminio. Se utilizaban nuevas máquinas y aparatos en la industria y la agricultura y se producían grandes cambios en la organización del trabajo en las fábricas y talleres. Se popularizaban el “taylorismo” y el “fordismo”.²² La productividad se había incrementado en forma notable en el capitalismo, pero se incrementaría aun más en la década del 20. “La cadena de montaje de Ford y la revolución organizativa de General Motors cambiaron radicalmente las formas tradicionales de actuar de las compañías en la producción de bienes y servicios (...). En 1912, se necesitaban 4.664 hs./hombre para construir un automóvil. A mediados de los años 20 se podía ensamblar uno en menos de 813 hs./hombre (...). Entre 1920 y 1927, la productivi-

dad en la industria americana se incrementó en un 40 por ciento”.²³

En 1900 Max Planck expuso su teoría cuántica. En 1905, Einstein publicó su teoría de la relatividad especial y en 1916 la teoría general de la relatividad. En 1906 Walther Nernst formuló el tercer principio de la termodinámica. En 1911 Ernest Rutherford descubrió el núcleo atómico y en 1913 Henry Moseley determinó el número atómico de los elementos a través de la emisión de rayos X.

En 1900 aparecieron los primeros relojes pulsera. En 1904 John Fleming construyó la válvula electrónica. En 1909 Henrick Baekeland inventó la baquelita, primer plástico estable. Se había entrado en la era del automóvil y el avión. Desde 1910, Henry Ford fabricaba en serie su modelo T y miles de unidades recorrían los aún pésimos caminos de la Argentina. Se generalizaba el uso de la electricidad. Ya las vías férreas cruzaban el territorio, dibujando un abanico que confluía en el puerto de Buenos Aires. Los yanquis empujaban la construcción de rutas para el transporte automotor, contra los ingleses que monopolizaban el tráfico ferroviario.

En 1914 Alemania había empezado a fabricar el acero inoxidable. En 1917 J. Czochralski desarrolló el cristal de crecimiento artificial, de gran importancia para la electrónica. En 1918-1919 Eccles y Jordan diseñaron los circuitos de conmutación. También eran impresionantes los avances en la medicina. La radio, pocos años más tarde, revolucionaría las comunicaciones y se lograría la grabación eléctrica del sonido. En 1922 se fundó la BBC en Londres. En la joven URSS, Lenin impulsó el desarrollo y aprovechamiento de aquel “periódico sin papel y sin fronteras”, como él llamaba a la radio.

La aldea desaparecía: “El gaucho simbólico se va, el desierto se va (...) la locomotora silba en vez de la carreta”, escribió Lucio V. Mansilla.

Ya éramos una nación

En 1917 Carlos Gardel grabó sus primeros discos para gramófonos, con temas camperos, especialmente estilos. Su primer

tema, grabado por el sello Odeón, fue *El pangaré*, famosa canción de Alcides de María a la que Gardel y Razzano pusieron música. A fines de 1917, en el teatro Esmeralda (luego Maipo) cantó por primera vez *Mi noche triste*, con letra de Pascual Contursi y música de Samuel Castriota. Ese mismo año lo registró para el sello Odeón: fue el primer tango grabado por Gardel.

El tango, criado en los arrabales sin conocer “la mímica aristocrática”, como escribió, molesto, Carlos Ibarguren en 1917, fue llevado a los salones de las clases altas de Buenos Aires y de Europa. Se discute mucho sobre el origen del tango. Según Ricardo Rodríguez Molas el verdadero origen de la danza estuvo –en los siglos XVIII y XIX– en los sitios de concentración de negros congo-angoleños, los lugares de reunión para sus fiestas rituales se denominaban *tangos*. Con el tiempo la denominación se extendió a las danzas que se celebraban allí.²⁴ En todo caso la danza moderna denominada tango (ejecutada con flautas, clarinetes, pianos y violines) nació en los años cercanos a 1880, momento clave para comprender la Argentina moderna. Nació y creció en “la ribera del Riachuelo, los boliches de carreros y cuarteadores, los conventillos del barrio Sur, los quilombos y el mundo de la mala vida, las academias de baile, las ‘carpas’ y romerías de fin de semana, los célebres ‘cuartos de chinas’ que todavía rodean a los cuarteles de los veteranos del Desierto, etc.”.²⁵ Ya en este siglo se transformó en la música urbana preferida por los argentinos. En 1907, Angel Villoldo, el compositor que militó gremialmente con los tipógrafos socialistas y que en 1903 dio a conocer el tango *El Porteñito* y en 1905 compuso *El Choclo*, viajó a París para grabar junto a Alfredo Gobbi. En 1917, en Montevideo, Roberto Firpo y su cuarteto estrenaron *La Cumparsita*.

“El tango ha hecho su evolución”, comentaba un aviso de la revista *El Hogar* en 1914, “fue la exclusividad de la gente de baja estofa, que no se lavaba los pies, ni la cara, ni las manos... hoy impera en los salones lujosos y es bailado por gente que se baña y se lava con el riquísimo jabón Reuter”.

El tango se fue imponiendo como la música popular del Río de la Plata y sería la música urbana por excelencia de los argentinos. Los primeros que grabó Gardel, junto con *Mi noche triste*, fueron

Flor de Fango, La vuelta al bulín, Ivette, Milonguita...

El lunfardo usado en esos tangos, “originado en Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX”, ya era “una parte del habla espontánea de las masas populares de dicha ciudad y... de buena parte de la población argentina”. Era una expresión en la superficie “de procesos psicológicos, sociológicos y culturales de gran profundidad”.²⁶ En los arrabales de un Buenos Aires que tenía la mitad de su población extranjera, con los italianos en primer lugar, el lunfardo amalgamó el español y sus arcaísmos con vocablos criollos, dialectos y lenguas de otros países, europeos y americanos, generalizándose como parte de la lengua popular desde

finés del siglo pasado. *La otra noche en los Corrales*, texto anónimo fundacional del lunfardo, es de alrededor de 1890.²⁷

El lector se preguntará: ¿qué tiene que ver esto con la historia del Partido Comunista y del marxismo en la Argentina? Tiene mucho que ver. Aquellos estilos y tangos son una prueba más de que al nacer el Partido Comunista, en 1918, estaban presentes ya, en la Argentina, los componentes básicos de una nación según la definición marxista-leninista clásica: una comunidad estable de hombres formada históricamente, surgida sobre la base de la comunidad de lengua, territorio, vida económica y carácter psíquico, que se manifiesta en una comunidad de cultura.²⁸

Se había formado también la “comunidad idiomática” –en ruptura definitiva con el español tradicional– y los principales elementos psicológicos que se manifestaban en la cultura de la nacionalidad argentina. Una cultura que expresaba un proceso varias veces secular, añejo, de amalgama.²⁹ Los medios modernos, burgueses, de unificación nacional estaban vigentes desde mucho tiempo antes de 1917: una legislación única y más particularmente el Código Civil; servicios públicos; educación común (que permitía principalmente la unidad idiomática); un sistema unificado de pesas y medidas; los símbolos políticos: bandera, escudo e himno, moneda única, etc.

Desde el punto de vista marxista existían todos los rasgos distintivos de una nación. Pero los fundadores del Partido Comunista tardarían muchos años en comprender esta cualidad esencial –desde el punto de vista de la lucha liberadora de una nación

oprimida— de la realidad que querían modificar. La oposición del núcleo fundador del Partido Socialista Internacional (luego Partido Comunista) dentro del Partido Socialista fue fundamentalmente internacionalista y, una vez segregado del viejo tronco del PS, ese núcleo siguió girando predominantemente en torno a los temas internacionales, como lo demuestra su propaganda. “El argentino es identificable en cualquier parte del mundo (...) existe ya una nacionalidad argentina”, escribió en 1928 José Carlos Mariátegui.³⁰ Visitantes extranjeros, como George Clemenceau, expresaron su asombro ante las características propias, nacionales, del argentino, presentes incluso en los niños que eran hijos de inmigrantes. Estos, en la región de la pampa húmeda, principalmente en la provincia de Buenos Aires y también, en parte, en la Capital Federal, se integraron a una cultura popular, el criollismo, que fue elemento esencial de la trama original del lenguaje popular rioplatense. Lenguaje de “masas rurales que si bien eran de la pampa, en su mayor parte eran inmigrantes del viejo Tucumán colonial, de Cuyo y del Litoral. Son las tres corrientes demográficas que aportan a la campaña de Buenos Aires desde fines del siglo XVII”.³¹ Y habría que agregar: con una fuerte influencia, desde la fundación de Buenos Aires —influencia que perduró en las costumbres y el habla común—, del guaraní, tehuelche, mapuche y sobre todo quichua.³²

Tras lo que para un observador superficial aparecía, en las primeras décadas de este siglo, como un cosmopolitismo muy grande, emergían los caracteres esenciales de la nacionalidad argentina. Estos caracteres se desarrollaron —en un proceso gradual y por etapas— desde los tiempos de la colonia, esencialmente en **oposición** a la dominación española, y estuvieron fuertemente signados por el predominio que tuvo la aristocracia criolla en el movimiento independentista. “En pleno siglo XVII, considerábamonos y éramos ya distintos”, escribió con razón Leopoldo Lugones.³³

El proceso de conformación de la identidad nacional en lo que sería la República Argentina duró siglos; pero estaba muy avanzado en mayo de 1810, “fecha de su auténtica fe de nacimiento”,³⁴ como lo comprobaron los habitantes del Alto Perú, del Paraguay

y los chilenos de esa época, que se referían a los “altivos y orgullosos” argentinos.

Derrotada la izquierda revolucionaria que había actuado en la Revolución de Mayo de 1810 y vencidos otros proyectos de organización nacional con centro en el Litoral o en la Argentina mediterránea, la aristocracia terrateniente y comercial bonaerense modeló, faceta por faceta, durante décadas, la cultura hegemónica, demostrando la verdad del aserto enunciado por Carlos Marx y Federico Engels en *La ideología alemana*: “Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder **material** dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder **espiritual** dominante”.³⁵

La cultura nacional se modeló en la matriz ideológica que forjó la aristocracia criolla. Una aristocracia “enferma de apariencia y acomodo”, como dijo Eduardo Wilde. Una aristocracia formada por “las familias decentes y pudientes, los apellidos tradicionales, esa especie de nobleza bonaerense pasablemente beata, sana, iletrada, muda, orgullosa, aburrida, honorable, rica y gorda”.³⁶ Esa oligarquía criolla, desde sus inicios, imitó lo europeo –la “imitación irredenta”, la llamó Homero Manzi– y estableció una identidad nacional dependiente, para lo que afirmó la raíz atlantista (en oposición a la América andina que miraba al Pacífico), liberal, cosmopolita, de la Argentina del siglo XX. Una Argentina que entonces llegó a ser un modelo de país dependiente del imperialismo, principalmente inglés.

Como señala Josefina Racedo, la identidad nacional “no es un sustrato metafísico, homogéneo, forjado de una vez para siempre, que se explicaría por un mítico y telúrico ‘ser nacional’. Es, por el contrario, el resultado de un proceso de construcción continua, durante el cual diversos elementos contradictorios no sólo se unen sino que se mantienen en tensión y lucha. En este proceso hay cambio y continuidad (...) una totalidad de elementos que le permiten, a la comunidad y a cada uno de sus miembros, identificarse a la vez que diferenciarse”.³⁷ Para construir su proyecto de identidad nacional, las clases dominantes de la República continuaron el genocidio de la conquista española buscando aplastar,

enmudecer y subsumir en la nacionalidad argentina, la identidad de las etnias y nacionalidades que quedaron subordinadas u oprimidas por ellas. En lucha –prolongada y tenaz– con los valores dominantes impuestos de ese modo, han sobrevivido los elementos culturales de las etnias y naciones sometidas.

Polémicas

Por eso resulta equivocada, en el caso argentino, la opinión de José Aricó, entre otros, que considera que en la segunda mitad del siglo pasado “por lo que se refiere a sus elementos constitutivos básicos, América no había cumplido (...) su etapa de formación”. Según Aricó, los Estados americanos no se habrían basado en nacionalidades constituidas previamente, ni habría existido un fuerte nacionalismo: “La construcción nacional tendió a ser durante un largo período un hecho puramente estatal, protagonizado por minorías defensoras de intereses sectoriales y sin voluntad nacional (...) opuesta incluso a las masas populares”.³⁸ En la misma línea, para Luis A. Romero, la Revolución de Mayo fue un “invento” realizado por “el Estado, sus dirigentes y sus intelectuales [que] se ocuparon de dar forma a esta ‘historia nacional’ [con posterioridad a 1850] y de difundirla e imponerla a través de un instrumento prodigioso: **el sistema educativo**”.³⁹ José Aricó, Oscar Terán, Luis Romero y otros historiadores y publicistas de la corriente socialdemócrata moderna, identifican la Nación con el Estado y las minorías que dirigen ese Estado; y consideran que todo el período que sigue a las guerras de la Independencia demuestra lo que Oscar Terán llama “el estado gelatinoso de estas nacionalidades”. Al igual que Aricó, Oscar Terán subraya la heterogeneidad de la realidad de nuestros países y las fuerzas centrífugas que dificultaron la integración nacional, pero dedica poca atención a las fuerzas centrípetas (económicas, sociales, culturales y políticas) que la hicieron posible en un tiempo bastante temprano, si se lo compara con la integración nacional de países como Alemania (cuya unidad nacional recién se consolidó en 1871) o Italia (que consolidó su unidad con Víctor Manuel II en 1870), para tomar dos ejemplos europeos que son suficientemente conocidos.

También José Carlos Chiaramonte destaca que los argentinos carecemos de una “homogeneidad cultural”. A partir de que somos “muchos y diversos”, “los argentinos” seríamos “un sujeto inexistente”. Afirma, al igual que Aricó, que “las actuales naciones fueron producto de una construcción histórica en un proceso de interrelación de diversos factores”. Ve a la nación argentina como un puro hecho de creación estatal, y concluye –en pleno delirio idealista– que los más importantes “cimientos de la nación argentina” serían “las normas de promover el afianzamiento de la justicia y el lógico bienestar general de la población” (sic).⁴⁰

La hegemonía bonaerense

El hecho innegable es que la aristocracia criolla, hegemonizada por la oligarquía bonaerense, utilizó el Estado para imponer su hegemonía cultural. Logró subordinar, mediante alianzas o guerras, a las oligarquías terratenientes y a los comerciantes del interior. Estableció su dominio y su opresión sobre el nativo y el inmigrante, el gaucho y el indio, el argentino pobre del sur y del norte, del litoral y del interior. Unificó la nación argentina y su impronta rioplatense –mejor aun, bonaerense– marcó hasta hoy a la cultura nacional.

Ya estuvo cargado de significado político que, en los años iniciales de la República, la bandera y la escarapela nacional fueran celeste y blanca, como la de los Borbones, y no la azul y blanca cruzada por una franja roja que, con una u otra variación, habían adoptado los pueblos de la Banda Oriental con Artigas, del Paraguay con Francia y los del litoral argentino, como “signo de distinción de nuestra grandeza, de nuestra decisión por la República y de la sangre derramada para sostener nuestra Libertad e Independencia”.⁴¹ En 1900, durante la segunda presidencia de Roca, fueron eliminados por decreto, los versos del Himno Nacional, que recordaban aquel origen revolucionario del país y la hermandad latinoamericana, sin la cual no hubiese triunfado la lucha liberadora argentina.⁴² Se pulió y se endulzó la canción revolucionaria (que, en su época, había conmovido y enardecido la emoción patriótica de las masas populares de nuestro país y de

los países hermanos) para no ofender al conquistador español y permitir que la fragata Sarmiento pudiese visitar sin problemas protocolares los puertos españoles.

Luego, el primer gobierno de Yrigoyen estableció el 12 de octubre, fecha del llamado “descubrimiento” de América, como el Día de la Raza, festejando así nuestra “hispanidad” y abjurando de las raíces aborígenes como sustento principal del tronco de la nacionalidad argentina.

Hasta el día de hoy, varias calles de Buenos Aires llevan el nombre de los virreyes españoles. Incluso una recuerda a Cisneros, el virrey derrocado por la Revolución de Mayo. Desapareció la calle *De la Victoria* (que con las calles *De la Defensa* y *De la Reconquista* glorificaban la gesta antiinglesa).

También tuvo el sentido de afirmar la hegemonía cultural bonaerense que, en este siglo, el *Pericón Nacional* se transformara en “la danza nacional”, ignorando otras muy populares de las demás regiones. Esta danza rioplatense se bailó inicialmente en los salones porteños en la década del 10 del siglo XIX, y, luego de permanecer casi en el olvido, fue revivida – modificada– en el circo Podestá, a fines de la década del 80 de ese siglo. Hasta hace poco se la bailaba en las fiestas patrias en todas las escuelas del país.

La *Zamba de Vargas*, en la versión escrita para honrar a los mitristas que derrotaron al caudillo federal Felipe Varela, fue consagrada la zamba por excelencia. Se silenciaron las letras varrelistas, como aquélla que dice: *Los nacionales vienen/ Pozo de Vargas./ Tienen*

fusil y tienen/ las uñas largas./ Lanzas contra fusiles/ pobre Varela/ qué bien pelean sus tropas/ en la humareda.

Para asegurar su dominio sobre el pueblo, la oligarquía destruyó las coplas, relatos y expresiones culturales que reflejaban la opresión y la lucha de las masas trabajadoras, excluyéndolas de sus recopilaciones. Al mismo tiempo utilizó y modificó a su favor aquellas formas y elementos culturales surgidos del pueblo que, por una u otra razón, no pudo destruir o le convino mantener. Transformó al gaucho ya desaparecido –al que en vida oprimió y despreció– en el símbolo de la nacionalidad. Pretendió adueñarse del tango impregnándolo de su propia concepción canallesca

sobre el trabajo, la mujer y el mundo y convirtió en “chambergó nacional” –como canta el tango– al famoso sombrero que usaban los compadritos, el “gacho gris” de los porteños. “Ponerse el chambergó” fue, para el inmigrante, símbolo de argentinizarse.

Leopoldo Lugones, ya renegado de su pasado izquierdista, dio en 1913, en el teatro Odeón, su famosa conferencia sobre el Martín Fierro, ante “lo mejor de Buenos Aires”, como escribió su hijo. “Fue así, mi padre, el primero que llevó el poema de Hernández a los estrados de nuestra oligarquía”, afirmó Leopoldo Lugones hijo.⁴³ En el Odeón, a cuarenta años de la aparición del poema gauchesco, Lugones lo proclamó “la fuente más pura de nuestra tradición”, nuestro “poema nacional”, y convirtió al gaucho en el “paladín nacional”. Destacó la enorme riqueza literaria y la sabiduría popular que recoge el poema hernandiano y ocultó su contenido profundamente reaccionario respecto del indígena, del negro, del inmigrante y de la mujer.

Como muchos dirigentes de la oligarquía, Lugones quería mantener la pureza de la lengua castellana que sufría el embate del inmigrante: “La posesión del idioma es esencial en la constitución de la patria”. Como dice Ricardo Piglia: “La corrección del idioma figura siempre entre los deberes de la aristocracia porque es un elemento importante del patrimonio nacional”. La oligarquía argentina enfrentaba así a quienes impulsaban la línea de la integración lingüística y trabajaban “la materia contaminada de la lengua”.⁴⁴ Refiriéndose al “idioma de los argentinos”, Borges, en un artículo publicado por primera vez en 1928, criticó a “los saineteros que escriben un lenguaje que ninguno habla” y a “los cultos, que mueren de la muerte prestada del español”. La conversación argentina tiene, dijo, “un matiz” de diferenciación con el español de los españoles. Lo bastante discreto “para no entorpecer la circulación total del idioma y lo bastante nítido para que en él oigamos la patria”.⁴⁵

Paralelamente, los sindicatos y la lucha de clases, en las que se unían nativos y extranjeros, desempeñaron un gran papel en la integración nacional de los inmigrantes. Los inmigrantes mezclaron y contaminaron con su lengua y su cultura la lengua y la cultura nacional, enriqueciendo a ambas.

Con los inmigrantes había desembarcado “el caos” lingüístico y social. La oligarquía, la llamada “gente decente”, se inquietó por esa afluencia extranjera y surgieron reacciones xenófobas. La oligarquía pretendió “españolizar” el lenguaje y aferrarse al pasado para controlar el presente. Repudió lo indígena y lo extranjero. Defendió lo “argentino” entendiéndolo, como dijo Calixto Oyuela, “como un conjunto de elementos europeos”.⁴⁶

Subrayó los elementos españoles –especialmente los andaluces– del dialecto gaucho y despreció el origen indígena de muchas palabras del mismo, así como luego repudiaría la jerigonza “co-coliche” que difundieron los ítalo-criollos y el lunfardo naciente al que llamaron “jerga de delincuentes”. A este hispanismo se le opuso el “crisol de razas”. Alberdi se había adelantado a este debate cuando dijo “no temais, pues, la confusión de razas y de lenguas. De la Babel, del caos, saldrá algún día brillante y nítida la nacionalidad sudamericana”.⁴⁷

Así era la Argentina

Por aquellos años comenzaban a popularizarse los deportes, que pasaron a ser una necesidad en la vida de las grandes masas modernas. Se generalizó la práctica del fútbol, conocido en Buenos Aires desde 1867 y que ya en 1890 se jugaba en las calles y en los patios de conventillo. El fútbol es el más popular de los deportes, entre otras cosas, porque no requiere instalaciones especiales y se puede practicar en cualquier baldío, incluso con una pelota de trapo, como hicieron aquí los hijos de los criollos y gringos pobres. A partir de 1920, se convirtió, junto con el boxeo, en “pasión de multitudes”. Mediante su manipulación, la burguesía, principalmente la de los países imperialistas, pudo disponer de un formidable instrumento capaz de influir ideológicamente sobre el pueblo. A fines del siglo XX, el fútbol constituye uno de los grandes artículos de consumo de la sociedad moderna, uno de los más grandes negocios del mundo capitalista, un negocio que en la Argentina factura, actualmente, más de 800 millones de dólares al año.

Cuando se fundó el Partido Comunista de la Argentina, el fút-

bol todavía era amateur. En 1919 la Asociación Argentina de Football se dividió y surgió la Asociación Amateur (recién se unirían de nuevo en 1927). El diario socialista *La Vanguardia* informaba todos los lunes sobre la marcha de los dos campeonatos que ya atraían a grandes masas de trabajadores. En 1924 el PC fundó la Federación de Deporte Obrero. Hacían encuentros con la Federación Roja del Deporte, de Uruguay. Su objetivo fue “arrancar del deporte burgués a la juventud proletaria”. El PCA y su organización juvenil, la FJC, fundaron muchos clubes barriales. Se realizaban frecuentes conferencias sobre el deporte y la juventud obrera.

Se popularizó el cine, el arte de este siglo, que se difundió en forma explosiva en la década del 20, llegando hasta el último rincón del país.

En esos años se generalizó también el uso de la radio. Se expandió como ningún medio de comunicación lo había logrado hasta entonces. Las noticias llegaban de inmediato a los lugares más remotos y las radionovelas eran escuchadas por toda la familia. El cine y la radio, dirigidos a un público amplísimo y no a un pequeño círculo de elite, reemplazaron en las masas populares al teatro, la ópera, la zarzuela y el circo y, como instrumento ideológico, al sermón del cura. En 1918, en los escenarios de Buenos Aires y otras grandes ciudades del país, triunfaban Lola Membrives, Camila Quiroga, Blanca Podestá, Florencio Parravicini, Roberto Casaux. Unos diez cines importantes competían en Buenos Aires anunciando los grandes estrenos “del biógrafo”, que todavía era mudo.

El proletariado, que desde el siglo pasado había enfrentado con sus periódicos (en ocasiones diarios) y con sus teatros y círculos culturales, a la ideología burguesa, se encontró, de pronto, abrumado ante la ofensiva ideológica que instrumentaron las clases dominantes con los nuevos medios de difusión. Contragolpeó difundiendo lo que comenzaban a producir, en forma limitada, desde ya, el proletariado triunfante en la URSS (que entonces estaba en plena guerra civil) y los intelectuales argentinos y extranjeros que aportaban con su arte a la lucha de la clase obrera, como Elías Castelnuovo y Roberto Arlt, que se acercaron al PCA a fines de la década del 20; la bailarina Isadora Duncan, John Reed (au-

tor de *Diez días que conmovieron al mundo*) o Charles Chaplin (que era militante del Partido Socialista de los Estados Unidos y apoyó las 21 condiciones de la Internacional Comunista), entre otros.⁴⁸

También se desarrolló en esos años un amplísimo movimiento cultural y deportivo, sindical y barrial, de carácter popular.

“En cada sindicato, por modesto que fuera, había una biblioteca y también se organizaban cuadros filodramáticos, coros, con socios y familiares. Lo habitual era que las fiestas y veladas tuvieran el siguiente programa: conferencia, función teatral y baile. En estas veladas se presentaban los mismos obreros, y para ello se preparaban con mucha responsabilidad y entusiasmo”.⁴⁹

Algunos aspectos de esta realidad argentina de los '20 se perdieron en la década del 40 y reaparecieron ahora en los '90. En aquellos años, el chocolate Nestlé se elaborada “con exquisita leche de los Alpes suizos”; la ginebra Bols –bebida muy popular– era importada; los perfumes venían de Francia y el jabón de Inglaterra; se importaban los dentífricos y la aspirina, al igual que los cigarros, los alfileres y las bicicletas. La política aduanera fijaba bajas tarifas para la importación de productos terminados y altas para las materias primas que necesitaba la industria nacional.

Las familias Uriburu, Casares, Miguens, Lacroze, Firpo, Escobar, Montes de Oca, Marcó del Pont y Güiraldes, entre otras, veraneaban en Mar del Plata, que era, en esos años, el lugar exclusivo de la aristocracia.

Buenos Aires ya no era la aldea en la que todos se conocían. Muchos años después escribiría Borges: “He nacido en otra ciudad que también se llamaba Buenos Aires”.

Desbordados los conventillos –en los que se hacinaban gran parte de las familias obreras– surgían barrios de viviendas modestas. Según el censo de 1914, Buenos Aires tenía un millón y medio de habitantes. La mitad de las familias obreras vivía en una sola habitación y sólo el 30 por ciento disponía de dos. El 23 por ciento de las muertes se debía a la tuberculosis.

Quedaban atrás los desbordes de la “plebe” que habían horroizado a *The British Packet*, periódico en lengua inglesa publicado en Buenos Aires entre 1826 y 1858, que había escrito: “Si Byron

hubiera visto un carnaval de Buenos Aires, su musa, sin duda, se habría inclinado a denunciar su grosería”.⁵⁰ Al comenzar la década del 20, en cambio, se hicieron famosos los corsos de flores de Buenos Aires, en los que se divertía la llamada “gente decente”, y las temporadas de ópera y de teatro porteñas que enorgullecían a la oligarquía.

Más de 20 mil mujeres ejercían la prostitución en Buenos Aires, que tenía la triste fama de ser uno de los centros mundiales de ese comercio, sólo comparable a Shangai, Barcelona o Hamburgo. Rivalizaba con París y Budapest por sus grandes y suntuosos burdeles. Un buen negocio si se piensa que el 70 por ciento de los inmigrantes llegados entre 1857 y 1924 eran varones. Desde 1910, en Buenos Aires, Rosario, Bahía Blanca y Mendoza proliferaron los cabarets, frecuentados por “la gente bien”, y los “quilombos”, “tambos”, “quecos”, “pesebres” o “casitas”, como se llamaba a los burdeles que trabajaban sin descanso en el interior en épocas de cosecha.

La degradación de la mujer, propia de la ideología dominante, nutrida por un profundo desprecio de su condición, fuese soltera, novia, esposa o prostituta (degradación reflejada fielmente en el Martín Fierro y en muchísimos tangos de letra verdaderamente canallesca) no era visualizada por la sociedad, salvo por algunos de los elementos más avanzados de la clase obrera.

Surgieron en esos años innumerables talleres, la Argentina tenía una de las redes ferroviarias más importantes del mundo, y crecieron las ciudades de Rosario, Bahía Blanca, Comodoro Rivadavia, Córdoba, Tucumán y Mendoza.

Así era la Argentina cuando aquellos trabajadores e intelectuales, jóvenes en su inmensa mayoría, fundaron el Partido Socialista Internacional, luego llamado Partido Comunista, soñando concretar rápidamente, aquí, una revolución social semejante a la que, dirigida por

Lenin y el Partido Bolchevique, había triunfado en Rusia y había cambiado el mundo.

NOTAS DEL CAPÍTULO I

1. Domingo Varone, *La memoria obrera*, Buenos Aires, Cartago, 1989, pág. 38.
2. Valerian Goncharov, *El camarada Victorio*, Buenos Aires, Fundamentos, 1981, pág. 20.
3. Miguel Contreras, *Memorias*, Buenos Aires, Ediciones Testimonio, 1978, pág. 162.
4. Arturo M. Lozza, *Tiempo de huelga*, Buenos Aires, Anteo, 1985, pág. 185.
5. *Idem.*
6. Domingo Varone, *obra cit.*, pág. 37.
7. José Ingenieros, *Los Tiempos Nuevos*, Buenos Aires, Losada, 1961, pág. 41.
8. *La Opinión*, Suplemento Especial, 17/9/1974.
9. *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1947, pág. 27. En adelante, *Esbozo...*
10. *La Vanguardia*, 18/4/1920.
11. *La Internacional*, 21/12/1925.
12. Waldo Ansaldi (compilador), *Conflictos obrero-rurales pampeanos 1900-1937*, tomo I, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, pág. 40.
13. V. I. Lenin, *Obras Completas*, tomo XXII, Buenos Aires, Cartago, 1960, pág. 212.
14. *Estructura y dinámica del empleo en la Argentina*, Boletín Informativo Techint de Noviembre-Diciembre, 1987.
15. Eugenio Gastiazoro, *Historia Argentina*, tomo III, Buenos Aires, Ágora, 1986, pág. 174.
16. *Idem.*, pág. 177.
17. Liborio Justo, *Nuestra Patria Vasalla*, Buenos Aires, Grito Sagrado, 1989, pág. 209.
18. Edgardo Bilsky, *La Semana Trágica*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, págs. 24 a 26 y 28.
19. Un detalle de las corrientes que confluyeron en la fundación del PC, sus principales dirigentes y las concepciones predominantes en el núcleo fundacional se encontrará en: Otto Vargas,

El marxismo y la revolución argentina, tomo I, Buenos Aires, Ágora, 1987, pág. 149.

20. José María Suriano y Luis Humberto Ferpozzi, “Los cambios climáticos en la pampa también son historia”, *Todo es historia*, N° 306, enero 1993.

21. Jacinto Oddone, *La burguesía terrateniente argentina*, Buenos Aires, Libera, 1967.

22. Mediante el uso del cronómetro, Frederick Taylor, a fines del siglo XIX, dividió la tarea de todo trabajador en las partes visibles más pequeñas, y midiendo cada una de ellas averiguó el menor tiempo posible, bajo las condiciones óptimas, de sus prestaciones. Henry Ford fue el primer fabricante de automóviles que masificó la producción, empleando piezas intercambiables que podían ser montadas en forma rápida y precisa por asalariados no especializados, e introdujo la cadena de montaje móvil.

23. Jeremy Rifkin, *El fin del trabajo*, Buenos Aires, Paidós, 1997, pág. 40.

24. Ricardo Rodríguez Molas, “El tango antes del bulín de la calle Ayacucho”, Revista *La Marea*, N°

9, 1997. Jorge Bossio cita disposiciones de 1821 que permitirían suponer la existencia del tango a comienzos del siglo XIX. En: Enrique Horacio Puccia, *El Buenos Aires de Angel Villoldo*, Buenos Aires, Corregidor, 1997, pág. 89.

25. Jorge B. Rivera, *La historia del tango*, Buenos Aires, Corregidor, 1976, pág. 41.

26. Mario E. Teruggi, *Panorama del lunfardo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978, págs. 15 y 39.

27. Pedro Orgambide, *Ser argentino*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 1996, pág. 73.

28. La cuestión nacional evolucionó con el desarrollo de la sociedad. Las revoluciones antifeudales y democráticas abrieron el paso a las naciones-Estado modernas. Marx y Engels no tuvieron ninguna consideración sentimental en este tema: subordinaron el apoyo a los movimientos nacionales a que éstos contribuyesen y no obstaculizasen el desarrollo de la revolución proletaria en los países capitalistas. Desde antes de 1848 habían planteado que “una nación no puede conquistar su libertad si sigue oprimiendo

a otras”. Inicialmente pensaron que la revolución en las metrópolis liberaría a las nacionalidades oprimidas. Pero entre 1864 y 1871 cambiaron sus ideas a partir del caso irlandés y consideraron que la clase obrera inglesa tenía que romper con las clases dominantes de su país y “hacer causa común con los irlandeses”. Estas posiciones de Marx y Engels sobre Irlanda –que planteaban para ese país, entre otras medidas, aranceles aduaneros proteccionistas frente a Inglaterra– fueron aceptadas por la Primera Internacional, pero fueron desconocidas por la Segunda Internacional y por el Partido Socialista y el Partido Socialista Internacional en la Argentina. En cuanto a América Latina, Carlos Marx y Federico Engels pensaron, en un primer momento, que la conquista de territorios mexicanos por los Estados Unidos significaría un progreso para México y para toda América, porque permitiría el avance del capitalismo sobre el atraso latinoamericano. Pero cambiaron radicalmente su posición en 1861, con motivo de la guerra de secesión norteamericana, y consideraron a la conquista de Texas como una expresión de la política expansionista del bloque esclavista sureño. Vladimir Lenin y José Stalin estudiaron el tema en polémica con las teorías nacionalistas burguesas de los revisionistas del marxismo, llamados austromarxistas, y con tendencias nihilistas como la de Rosa Luxemburgo. Lenin y Stalin desarrollaron el marxismo en esta cuestión como parte integrante de la nueva teoría de la revolución socialista en la época del imperialismo, cuando se acelera el proceso de internacionalización del capital y de la vida económica, la política y la ciencia, en general y, simultáneamente, la lucha de las naciones oprimidas por su independencia y por un Estado nacional pasa a confluir con la revolución proletaria mundial. El libro clásico sobre este tema fue el de José Stalin: *El marxismo y el problema nacional y colonial* (Buenos Aires, Lautaro, 1946). En la Argentina, en 1962, Jorge Enea Spilimbergo publicó un libro que resume y analiza las opiniones de Carlos Marx y Federico Engels en torno a la cuestión nacional. Ver: Jorge E. Spilimbergo, *La cuestión nacional en Marx*, Buenos Aires, Ediciones Octubre, tercera edición, 1974.

29. En el período colonial –según dice José Carlos Chiaramonte– coexistieron varias identidades: se era español frente al

mundo, español americano frente al peninsular, rioplatense frente a lo peruano, provinciano frente a lo capitalino, porteño frente a lo cordobés. Le faltó agregar –a Chiaramonte– aborígenes, de diferentes naciones y etnias, frente a los españoles peninsulares y americanos. El término “argentino” ya fue usado en 1602 por Martín del Barco Centenera, con el valor de “rioplatense” y, frecuentemente, en el siglo XVII y XVIII, como nombre poético de la comarca. En las primeras décadas del siglo XIX, antes y después de la Independencia, *argentino* significaba simplemente porteño, para la mayoría, salvo para los partidarios de un estado centralizado con capital en Buenos Aires, que lo usaron como calificativo del resto del territorio rioplatense o bonaerense. Las luchas de la Independencia difundieron su uso como sinónimo de rioplatense, frente al generalizado *americano*, que se usaba como oposición a lo español. Luego de 1810 se llamó españoles sólo a los peninsulares. Poco a poco se llamó criollos o americanos a toda la población nativa y también se usaron: sudamericanos, hijos de América, hijos del país, hijos de la patria, hijos del Inca e incluso colombianos (rebautizando la América española). El término argentino se generalizó al conjunto de los pueblos rioplatenses recién en el Congreso Constituyente de 1824-1827. Ver: José Carlos Chiaramonte, *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Argentina, Ariel Historia, 1997, pág. 62 y sgtes.

30. José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, en *Obras*

Completas, tomo II, Lima, Perú, Ediciones Populares, 1958, pág. 330.

31. Juan Carlos Garavaglia, “Los ríos subterráneos de la historia”, reportaje en *Clarín*, 21/1/1996.

32. “El araucano, el guaraní y el quichua han contribuido, cada uno por su parte, a la formación del dialecto de los gauchos”, G. Maspero, “Sobre algunas particularidades del español hablado por los campesinos de Buenos Aires y Montevideo”, *En torno al criollismo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, pág. 144, nota al pie.

33. Leopoldo Lugones, *El payador*, Buenos Aires, Centurión, 1961, pág. 205.

34. Carlos Astrada, *El mito gaucho*, Prefacio de febrero de 1964, Buenos Aires, Ediciones Cruz del Sur, 1964.
35. Carlos Marx y Federico Engels, *La ideología alemana*, Buenos Aires, Pueblos Unidos y Cartago, 1985, pág. 50.
36. Lucio V. López, *La gran aldea*, Buenos Aires, Jackson, 1945, pág. 21.
37. Josefina Racedo, “Una nación joven con una historia milenaria”, Revista *La Marea*, N° 9, 1997.
38. José Aricó, *Marx y América Latina*, Lima, Centro de Estudios, 1980, cap. 6 y sgts.
39. Luis Alberto Romero, “Un origen preciso”, *Clarín*, 25/5/1998.
40. José Carlos Chiaramonte, “¿En qué consiste hoy el ‘ser nacional’ de los Argentinos?”, *Clarín*, 8/9/1998.
41. Carta de José Gervasio Artigas al gobernador de Corrientes, febrero de 1815.
42. Las estrofas anuladas se referían a las luchas sangrientas que dieron origen a esta *nueva y gloriosa Nación*, a cuyas plantas se había *rendido un León* (por el León de Castilla); a las raíces aborígenes de nuestra nacionalidad: *Se conmueven del Inca las tumbas/ Y en sus huesos revive el ardor*; y a la solidaridad americana: *¿No los veis sobre el triste Caracas/ Luto y llantos y muerte esparcir?/ ¿No los veis devorando cual fieras/ Todo pueblo que logran rendir?*
43. Leopoldo Lugones (hijo), *El payador*, Buenos Aires, Ediciones Centurión, 1961, pág. 6.
44. Ricardo Piglia, *La Argentina en pedazos*, Buenos Aires, Ediciones de La Urraca, 1993, pág. 31.
45. Jorge Luis Borges, *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires, Seix Barral, 1994.
46. *En torno al criollismo (textos y polémica)*, estudio crítico y compilación del prof. Alfredo Rubione, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, pág. 31.
47. David Viñas, *Literatura argentina y política*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, pág. 175.

48. Sobre las 21 condiciones de la IC ver capítulo siguiente.
49. Miguel Contreras, *Memorias*, Buenos Aires, Testimonios, 1978, pág. 65.
50. Citado por Luis Alberto Romero, *Buenos Aires criolla, 1820-1850*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, pág. 74.

CAPÍTULO II

LA TERCERA INTERNACIONAL

El movimiento avanza a una velocidad tan vertiginosa que podemos decir con seguridad: dentro de un año ya empezaremos a olvidar que en Europa se luchó por el comunismo ya que el año próximo toda Europa será comunista. Y la lucha por el comunismo se trasladará a América y posiblemente a Asia y los demás continentes.

G. Zinoviev (1919)

La Tercera Internacional “se creó de hecho en 1918”, dijo Lenin refiriéndose a la corriente que emergió ese año simultáneamente con la creación de partidos comunistas en distintos países.¹ Esta corriente la encontramos también en la Argentina: el congreso fundacional del Partido Socialista Internacional, reunido el 6 de enero de 1918 (o sea, antes de la creación de la Internacional Comunista), finalizó con estas palabras de José Penelón –presidente del congreso– que expresaban la voluntad mayoritaria: “Separémonos para difundir por toda la república el grito de guerra y esperanza de los compañeros rusos: ¡Viva la Tercera Internacional!”

Guerra y revolución fueron el marco condicionante de la nueva Internacional, que se llamaría Comunista, a diferencia de la Segunda, pero que también se denominaría Tercera, asumiendo la continuidad de la Primera y la Segunda.

Cuando se convocó al congreso fundacional de la Tercera Internacional crecía en Europa la tempestad revolucionaria. Pero, simultáneamente, la Rusia soviética estaba cercada e invadida por las principales potencias imperialistas, destruida por la guerra, acosada por el hambre y las epidemias. En esta situación, se produjeron grandes rebeliones obreras y campesinas en la Rusia de 1920. De los 5 millones de obreros industriales que había en 1914, sólo quedaban 1 millón 250 mil en 1921, y no todos eran empleados, porque muchas fábricas no trabajaban. El salario de un obrero equivalía a media libra de pan por día. Se implantó el

“comunismo de guerra”. Los países de Europa que habían protagonizado la guerra pasaban por una situación semejante. Particularmente las potencias vencidas, como Alemania. En Francia, como resultado de la guerra, de cada cien hombres en edad activa diez habían muerto; había un millón y medio de inválidos y la destrucción de las fuerzas productivas era enorme.

Nadie en Occidente creía que el régimen de la Rusia revolucionaria duraría mucho tiempo.

En esa Rusia hambrienta y arruinada, “nació el niño que desafiaría a la humanidad entera”.²

La Internacional, como dijo Mathías Rakosi, dirigente del PC de Hungría, “era una bandera más que un ejército”.³ Pero, a poco andar, reunió un ejército alrededor de su bandera.

El espíritu dominante al fundarse el Partido Socialista Internacional en la Argentina estaba profundamente influido por la guerra reciente y por la oleada revolucionaria que estremecía al mundo.

La militancia revolucionaria de aquellos años estaba poseída por una confianza absoluta en el poder de la ciencia, de la educación, y en la capacidad ilimitada de progreso del hombre.

Tal confianza era la causa del fervor y el optimismo propios de revolucionarios que luchaban por terminar con todas las injusticias de la explotación capitalista.

En ese entonces se veía a la revolución mundial como inminente: “El año próximo en París, Berlín o Londres...” había dicho Lenin en el I Congreso de la Tercera Internacional (1919). “Una cuestión de meses”, dijo León Trotsky en el III Congreso (1921). “La lucha de clases ha entrado en el período de la guerra civil”, planteó el documento de la Tercera Internacional sobre las condiciones de admisión (1920).

El trabajo político y de organización que llevó a fundar la Tercera Internacional se desarrolló casi desde el inicio de la Primera Guerra Mundial, principalmente a través de la acción de Lenin para denunciar la traición de los partidos de la Segunda Internacional. Su necesidad fue proclamada por Lenin **antes** y no después del triunfo de la Revolución Rusa.

La idea de fondo de Lenin era que, con el estallido de la guerra

mundial de 1914, el proletariado había entrado en la fase de las acciones revolucionarias, había terminado la etapa relativamente pacífica y limitada al marco nacional de su organización y por eso era imprescindible su ruptura con el oportunismo. No se podía tolerar la existencia de la corriente oportunista en el seno de los partidos obreros socialdemócratas.⁴ Se iba conformando en Europa lo que Lenin llamó “una situación revolucionaria global”. Luego de la Revolución Rusa apareció un nuevo elemento que cambió la situación política internacional: el despertar revolucionario de las grandes masas oprimidas del mundo colonial. Y Lenin fue el primero en advertirlo.

La teoría

Toda la teoría leninista está basada en un rico pensamiento filosófico que le permitió hacer a Lenin, luego de la revolución rusa de 1905,⁵ una crítica seria al positivismo y el neokantismo, “a la moda” entonces en la socialdemocracia y base filosófica de la línea evolucionista, no revolucionaria. Lenin, que estaba en el exilio, analizó más de doscientos autores. Trabajó en el Museo Británico de Londres y se trasladó luego a París para estudiar *La Filosofía Moderna*, de Abel Rey, y otros trabajos.

Entre 1914 y 1916 Lenin enriqueció su visión filosófica con el estudio de la obra de Hegel, adquiriendo un amplio conocimiento de la dialéctica en general y de la dialéctica materialista en particular, que eran ignoradas o rechazadas por la mayoría de los líderes socialdemócratas, como sucedía en la Argentina con Juan B. Justo.⁶

En 1913, con motivo de la edición de la correspondencia de Marx y de Engels, escribió Lenin: “La aplicación de la dialéctica materialista a la revisión de toda la economía política desde sus fundamentos –a la historia, a las ciencias naturales, a la filosofía y a la política y táctica de la clase obrera–, es lo que, más que nada, interesa a Marx y Engels; en esto aportan ambos lo más esencial y lo más nuevo, en esto consiste su genial paso hacia adelante en la historia del desarrollo del pensamiento revolucionario”.⁷

Fue este conocimiento a fondo de la dialéctica materialista lo

que ayudó a Lenin a comprender en 1917 –para sorpresa de los llamados “viejos bolcheviques”– que aunque las tareas de la revolución democrática no habían sido realizadas, el proletariado debía tomar el poder, instaurar su dictadura y, en alianza con el campesinado, realizar esas tareas.

En esos años, Lenin había estudiado también, profundamente, el tema del imperialismo y el del Estado. Para él, la guerra mundial abrió una nueva fase en la historia del capitalismo, fase que planteaba nuevas tareas a la clase obrera y sus partidos. Sus conclusiones se basaron en el análisis científico. En su obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo* esclareció que el capital se había transformado en internacional y monopólico; que un pequeño número de grandes potencias se habían dividido el mundo para dominarlo y explotarlo, lo que generaba un desequilibrio creciente entre opresores y oprimidos, desequilibrio que creaba las premisas para la inevitable ruptura revolucionaria.

Lenin conocía a fondo la situación política de Europa Occidental y, viendo la situación global, era capaz de diferenciar los rasgos que distinguían a Rusia de los otros países europeos, como se advertiría claramente en sus escritos y discursos de los años posteriores. Lenin no sólo denunció la traición de los líderes de la Segunda Internacional y la transformación del oportunismo en socialchovinismo, sino que analizó, en la propia estructura capitalista, el origen del oportunismo en el movimiento obrero, con la formación de una aristocracia obrera que se coludía con las clases dominantes.

Pero el puñado de dirigentes de los partidos comunistas en formación que confluyeron en la fundación de la Tercera Internacional estaban lejos de dominar –y muchos incluso de conocer– las ideas filosóficas y políticas en las que se basaba el análisis leninista. Muchos de ellos adherían al movimiento comunista empujados por la mística socialista de la época. No conocían la doctrina. *Materialismo y Empiriocriticismo* era una obra desconocida por la mayoría de esos cuadros y, en el caso argentino, sería menospreciada como texto de estudio durante toda la existencia del Partido Comunista. Para gran parte de los fundadores del Partido Socialista Internacional, “*La Madre* de Máximo Gorki

había sido la única educación libresca recibida”.⁸ Si se recorre la prensa de los primeros diez años de vida del PC, es llamativa la ausencia de artículos o citas de las obras de Lenin; se encontrarán, en cambio, numerosos artículos de Zinoviev, Bujarin e incluso Trotsky. Recién en 1926 se puede encontrar en el periódico *La Internacional* la idea que había formulado Lenin en el II Congreso de la Internacional Comunista –seis años antes– sobre las contradicciones principales de ese período histórico.

El I Congreso de la Internacional Comunista

El 24 de enero de 1919, *Izvestia* publicó la Convocatoria al I Congreso de la Tercera Internacional. Convocatoria impregnada por las ideas del auge revolucionario: “...pasamos por un período de disolución y ruina del sistema capitalista en el mundo entero (...) la tarea que se impone al proletariado consiste en el súbito apoderamiento de los medios gubernamentales. La conquista del poder supone como condición esencial la destrucción del mecanismo gubernativo burgués para sustituirlo con el sistema del Poder proletario (...). La guerra y la revolución demuestran con evidencia meridiana que es completo el fracaso de los antiguos partidos socialistas no menos que la obra de la democracia social, y que cuanto quedaba de la Segunda Internacional ha naufragado con esos grupos”. Al mismo tiempo se había puesto de manifiesto la “absoluta impotencia para una acción revolucionaria inmediata” de los elementos “intermedios de la Internacional, los centristas”, y se delineaban los elementos para “constituir la verdadera Internacional Proletaria”.⁹

La Segunda Internacional se había derrumbado. Lenin escribió en enero de 1916 que la causa del derrumbe había estado en el desarrollo de una corriente oportunista (que subordinaba los intereses del proletariado a los de la burguesía); corriente que había sido alimentada por “el carácter relativamente pacífico del período comprendido entre 1871 y 1914”. Y que se había expresado “primero como estado de ánimo, luego como tendencia y por último como grupo o sector de la burocracia obrera y compañeros de ruta pequeñoburgueses”.¹⁰

La Convocatoria dividía en tres grupos principales a la antigua Internacional Socialista:

1) Los socialistas abiertamente “patriotas” que respaldaron a sus burguesías en la guerra mundial y llevaron al colapso a la Segunda Internacional, a los que llamó “socialimperialistas”. 2) Los socialistas minoritarios, pacifistas y centristas, que lideraba Kautsky. Vacilantes, terminaron siempre traicionando y 3) La izquierda revolucionaria.

Después de la Revolución Rusa muchos jefes socialdemócratas se vieron obligados a ceder ante el empuje de la marea revolucionaria, pero, en esencia, seguían siendo fieles a la Segunda Internacional. Eran los llamados “centristas”, partidarios de la unidad de todos los socialistas, es decir, de la unidad con los socialimperialistas.

Para los partidos comunistas recientemente fundados tendría mucha importancia el planteo de la Convocatoria sobre la necesidad de “la lucha sin tregua” contra los socialpatriotas, y por separar a los centristas de los elementos revolucionarios, criticando “despiadadamente a sus jefes, quitándoles la máscara con la que se ocultan”, y realizando la ruptura organizativa con ellos, aunque el momento de la ruptura debía ser decidida por los comunistas de cada país.

Los jóvenes partidos comunistas –y la propia Internacional– eran débiles y advirtieron que si permitían el ingreso de los centristas, el espíritu de la Segunda Internacional entraría, con ellos, a la Tercera. Una idea clave del pensamiento leninista respecto de la nueva Internacional se plasmó en la declaración dirigida al I Congreso de la Internacional Comunista, firmada entre otros por Lenin, Zinoviev y Trotsky, donde se afirma que **“la lucha contra esos elementos centristas (...) se ha convertido ahora en la tarea principal del proletariado revolucionario”**.

¿Qué era el centrismo?

Ya en los congresos internacionales de Zimmerwald (1915) y Kienthal (1916) se evidenció que había en el movimiento socialdemócrata una izquierda, un centro y una derecha. Los centristas venían unidos a los revolucionarios desde esos congresos.

Los bolcheviques, desde el comienzo de la guerra, habían planteado la lucha por la paz a través de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil contra la propia burguesía, cambiando de hombro los fusiles. Fueron seguidos en esta posición por el pequeño partido socialista serbio (que no estuvo en Zimmerwald) y por minorías combatientes en otros países europeos. Los centristas –como la mayoría del Partido Socialista Italiano– plantearon durante la guerra: “Ni adherir ni sabotear”, posición que en el curso mismo de los acontecimientos se fue diferenciando en izquierda y derecha. La izquierda se aproximó a Lenin. El centro fue liderado por Kautsky. Zinoviev fue, en el Congreso de Kienthal, el más cercano colaborador de Lenin. Trotsky, que redactó el manifiesto final, se colocó en el medio de las tendencias en debate. En el caso argentino, los centristas constituían un torrente fundamental entre los fundadores del Partido Socialista Internacional y, si nos guiamos por los documentos y las posiciones programáticas y políticas iniciales de este partido, eran mayoritarios en él.

El congreso fundacional del Partido Comunista de Francia, que se reunió en Tours en la Navidad de 1920, fue conmovido por el llamado “telegrama de Zinoviev” que exigía eliminar del nuevo partido a toda la corriente centrista, incluyendo a su líder, Jean Longuet, inmensamente popular en las bases del Partido Socialista.¹¹ No obstante, la mayoría del congreso de Tours mantuvo “las estructuras y los viejos funcionarios del partido SFIO” (el viejo partido socialdemócrata), muchos de ellos diputados e intendentes de grandes ciudades y localidades de los suburbios de París; y mantuvo, además, la composición social poco proletaria de los viejos militantes de la SFIO.¹²

La nueva Internacional se propuso atraer a los elementos sindicalistas del movimiento obrero “que adoptan los fines de la dictadura del proletariado en su forma soviética y a los grupos proletarios que tienden hacia la corriente revolucionaria de izquierda”. En su conocida carta a Silvia Pankhurst, Lenin escribió: “Muchísimos obreros anarquistas se manifiestan hoy como los partidarios más sinceros del poder soviético lo que demuestra que son nuestros mejores camaradas y amigos, los mejores revolucionarios, que sólo eran enemigos del marxismo por un malentendido”.¹³

Un partido comunista único en el mundo entero

La convocatoria al I Congreso de la Tercera Internacional no fue abierta sino particularizada a determinados partidos, grupos y tendencias europeos, de los EE.UU., Australia y Japón. El acuerdo fundamental que buscó Lenin para esta convocatoria fue entre el PC de Rusia y la Liga Espartaquista alemana. Decidieron llamarlo I Congreso de la Internacional Comunista considerando, como ya habían expresado Marx y Engels, que era “erróneo el nombre de socialdemócrata” y que el derrumbe vergonzoso de la Segunda Internacional también exigía esta separación. Lenin y Trotsky firmaron la convocatoria por el PC de Rusia. La nueva Internacional habría de constituirse como un **partido internacional**, como un “partido comunista único en el mundo entero”, y los partidos que trabajaban en los diversos países serían “sus secciones separadas”. La convocatoria, subrayando esa dirección, planteó que los intereses del movimiento en todos los países se “subordinarán a los intereses comunes de la Revolución considerada bajo su aspecto internacional”.

Cuando finalmente se reunió el Congreso Fundacional de la IC, el 2 de marzo de 1919, participaron Lenin, Trotsky, Zinoviev, Bujarin, Stalin y un puñado de dirigentes extranjeros, de los cuales sólo uno, Hugo Eberlein (Max Albert), del Comité Central del Partido Comunista de Alemania (Spartacusbund), tenía mandato de su partido para votar.

El I Congreso de la IC definió con claridad el concepto de dictadura del proletariado, cuestión que dividía aguas con los socialdemócratas y centristas. El Estado proletario, planteó, “como todo Estado es un **instrumento de represión** (...) sus armas se dirigen contra los enemigos de la clase trabajadora (...) para vencer la resistencia de los beneficiarios del orden burgués”. Es una “situación temporal” con “vistas a la desaparición del Estado y las clases”. Todos los documentos básicos de la IC contraponen la democracia proletaria a la democracia burguesa con su sistema parlamentario y la llamada “separación de poderes”.

El Congreso definió también como método de lucha del proletariado “**el método de la acción de masas**” llevado “**hasta el**

extremo de sus consecuencias lógicas para que el mecanismo capitalista sea destruido en el campo de batalla”.

Todo otro método, planteó, como el parlamentario, debe ser de aplicación secundaria.

El II Congreso de la IC y las 21 condiciones

El II Congreso de la IC se reunió en Moscú el 23 de julio de 1920 y sesionó hasta el 7 de agosto de ese año. Resolvió las condiciones de admisión, que obligaban, en primer lugar, a cambiar el nombre de los partidos socialistas por el de comunistas. Y a aquéllos que no hubieran adherido de entrada a la nueva Internacional, se les exigiría que por lo menos las dos terceras partes de su comité central y de todas las instituciones centrales de importancia estuviesen compuestas por compañeros que **antes** del II Congreso de la Internacional Comunista se hubiesen declarado públicamente en favor de su ingreso.

Las 21 condiciones de admisión produjeron una polarización en el campo centrista: “Hacia fines de 1920 en los congresos de la socialdemocracia checoslovaca, del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania y del Partido Socialista Francés la mayoría de los delegados se pronunció a favor de su ingreso; así se crearon en estos países partidos comunistas de masas”.¹⁴

El II Congreso de la IC sostuvo con firmeza la línea de ataque a los reformistas y de segregación de los centristas y kautskianos “que en el momento crítico abandonan siempre al proletariado y pactan con sus enemigos declarados”. Aún sangraba la herida producida por el aplastamiento de la República Soviética de Hungría y era generalizada la convicción de que la colaboración con los centristas le había costado la vida a esa república. Y se veía a la IC amenazada “por la invasión de grupos vacilantes e indecisos que aún no han podido romper con la ideología de la Segunda Internacional”.¹⁵

La Internacional Comunista fue creada como un partido mundial, con una organización centralizada y un objetivo: la revolución comunista mundial. Un tipo de partido unido en sus fundamentos doctrinarios y disciplinado en la acción. Lenin y la

mayoría de los viejos dirigentes bolcheviques se oponían a la existencia de fracciones, típicas de la socialdemocracia, que paralizaban a las fuerzas revolucionarias en los momentos decisivos, pero jamás imaginaron un partido sin lucha de opiniones y sin un debate político amplio y democrático. Aceptaban, incluso, hasta ese momento, que en los períodos de congreso esa lucha de opiniones llegase a la tendencialización. Establecieron el centralismo democrático como principio organizativo. La Tercera Internacional trabajaría, legal y clandestinamente, para preparar la revolución mundial, con una estructura de revolucionarios profesionales internacionales a los que se subordinarían los dirigentes sindicales, parlamentarios y periodistas del Partido.

Entre las condiciones exigidas a los partidos para ingresar a la IC estaba la de “sistemáticamente separar de los puestos, aunque sean de poca responsabilidad, en el movimiento obrero (organizaciones de partido, redacciones, sindicatos, fracciones parlamentarias, cooperativas, municipalidades) a los reformistas y centristas y reemplazarlos por comunistas probados”.¹⁶ El artículo 3 de las condiciones de admisión obligaba a **“crear en todas partes, paralelamente a la organización legal, un organismo clandestino”**. El II Congreso de la IC también estableció que “los partidos comunistas deben yuxtaponer sistemáticamente la acción legal y la acción clandestina. Esta última siempre debe controlar efectivamente a la primera”.¹⁷ Y el artículo 4 planteaba **“la necesidad absoluta de llevar a cabo una propaganda y una agitación sistemática y permanente entre las tropas”**. Donde esto no se pudiese hacer legalmente, debía hacerse ilegalmente. No hacerlo era “incompatible con la afiliación a la Tercera Internacional”.

El artículo 8 obligaba a los partidos de la IC a la lucha contra la opresión colonial, en especial la llevada adelante por la burguesía de los propios países de esos partidos. El artículo 12 planteaba el centralismo democrático como principio organizativo (entendido éste como constitución por elecciones de los organismos secundarios, sumisión obligatoria de todos los comités al comité superior y plenos poderes y autoridad para el organismo central). Y el artículo 13 obligaba a depuraciones periódicas de los “elementos in-

teresados o pequeño burgueses”. El artículo 15 llamaba a los partidos a elaborar nuevos programas que debían ser confirmados por el congreso internacional y por el Comité Ejecutivo de la IC. Los partidos adheridos debían modificar sus nombres y llamarse comunistas.¹⁸ El Comité Ejecutivo de la IC tenía poder incluso para disolver a los partidos nacionales.

Las consecuencias no deseadas del artículo 3

El mencionado artículo 3 –que obligaba a crear un organismo clandestino paralelo a la organización legal– implicó una condición fundamental para asegurar el contenido revolucionario de los partidos adheridos a la Internacional Comunista. Pero abrió, también, una compuerta enorme a los futuros errores de la IC y facilitó, posteriormente, la degeneración de la mayoría de los partidos que la integraban. Sin embargo, como dice Vicente Rovetta, “la pertenencia a la IC no determina de manera fatal el destino de los PC (...). Sólo con pensar en la trayectoria de tres partidos asiáticos hoy en el poder, el chino, el vietnamita y el coreano, uno percibe la misma distancia que los separa de sus homólogos latinoamericanos, todos miembros no obstante de la IC. Los asiáticos estuvieron desde luego más cerca de esta organización que los latinoamericanos, mas ello no fue óbice para que, de una parte nacionalizaran profundamente su marxismo (para bien o para mal) y, de otra, siguieran entre sí vías harto distintas. La experiencia de Mao, sobre todo a partir de 1935, comprueba además la siguiente hipótesis: no es que algunos PC fueron –y a veces siguen siendo– débiles porque la IC les impuso determinada línea política; al contrario, fue en la medida en que eran débiles y carentes de arraigo popular que una línea ‘exterior’ parecía imponérseles. Mao pudo divergir con Stalin porque se movía, según su metáfora, como ‘pez en el agua’”.¹⁹

El artículo 3 de las condiciones de admisión a la IC permitió que la misma montase estructuras paralelas a la de los partidos comunistas (fuesen estos partidos legales o clandestinos), que dirigieron, realmente, la actividad de esos partidos. El centro de la estructura paralela a los partidos comunistas era dirigida des-

de la Sección de Enlace Internacional (OMS) de la IC por Ossip Piatnitski, sección de la que se dijo “era el corazón de la IC”. Sus representantes, en los hechos, tenían autoridad sobre los dirigentes de los PC locales y se fueron ligando, crecientemente, a los organismos secretos soviéticos. Coordinaban también la educación y la propaganda de la IC y dirigían publicaciones ajenas a los partidos en los países capitalistas (aquí, en la Argentina, llegaron a establecer una relación estrechísima con el diario de mayor tiraje del país: *Crítica*).

En el aparato de la Internacional Comunista jugó un papel muy importante la Comisión Internacional de Control del Comité Ejecutivo de la IC, de la que fue parte desde 1928 hasta 1935 Victorio Codovilla, quien sería el dirigente máximo del PC de la Argentina y del Secretariado Sudamericano de la IC. Esas estructuras se fueron ligando con los servicios y organismos especiales de la URSS, que llegaron a controlarlas. A partir de determinado momento, los secretarios de los partidos comunistas designaron –con el acuerdo del Comité Ejecutivo de la IC– un cuadro del Comité Central del respectivo Partido que ligaba a la estructura del PC de cada país con la estructura clandestina montada y dirigida por la Internacional. Según los elementos que manejamos, tal conexión especial, en la Argentina, parece haberse establecido en 1924, cuando José Penelón, dirigente máximo del Partido Comunista de nuestro país, viajó a Moscú.

Esta es una de las cuestiones claves para entender la degeneración posterior de muchos partidos comunistas. Al degenerar la Unión Soviética, en un proceso que culminó con la restauración capitalista, en 1957, lo que en un momento tuvo contenido revolucionario se fue transformando en su contrario. Además, hay que tener en cuenta que la Internacional Comunista establecía relaciones directas con cuadros sancionados o expulsados de los respectivos partidos nacionales, ligándolos a los aparatos especiales soviéticos, que encontraron en ellos una de sus principales fuentes de reclutamiento.²⁰

En el Congreso Fundacional del PC de Francia, en Tours, León Blum atacó –desde sus posiciones reformistas– este artículo 3: **“Y cuando exista una yuxtaposición de los órganos pú-**

blicos y clandestinos ¿dónde residirá la autoridad real? Por la fuerza de las cosas en el organismo clandestino”.²¹

Y ese organismo clandestino dependía directamente de Moscú. Consecuentemente, la lucha de líneas en Moscú se trasladaba directamente al mismo, y, por intermedio de sus miembros a los respectivos partidos comunistas. Cuando en la cabeza de la Internacional Comunista –por el tipo de dirección que ejercía en los hechos el Partido Comunista (bolchevique) de la URSS– crecieron, luego de la muerte de Lenin, desviaciones que colocaron a la Internacional Comunista al servicio de la política diplomática soviética, se afectó seriamente a los partidos comunistas. Semejante estructura de la IC hizo posible que al degenerar el socialismo en la URSS y crearse las condiciones para la restauración del capitalismo en ese país, se facilitase el triunfo de las tendencias revisionistas y oportunistas en el movimiento comunista internacional.

Estructuras paralelas

Un ejemplo ilustrativo del funcionamiento de estas estructuras paralelas es el caso del alzamiento insurreccional de la Alianza Nacional Libertadora en Brasil, en 1935. La Internacional montó una dirección paralela a la del Partido Comunista del Brasil. La línea que llevaría a la organización de ese alzamiento se discutió y acordó en Moscú, en una reunión de la dirección de la IC con la dirección del PC del Brasil, los dirigentes del Buró Sudamericano de la IC y Luis Carlos Prestes, recién admitido en el PC do B, quien tenía su propia estructura política, principalmente dentro de las Fuerzas Armadas.

Pacientemente se montó el centro dirigente clandestino en Brasil, integrado por Rodolfo Ghioldi, miembro del Comité Ejecutivo de la IC (formalmente el cuadro político responsable por el CE de la IC y por el Buró Sudamericano), Arthur Ewert, dirigente alemán de la IC, que tenía el peso mayor en la dirección real del grupo, y Luis Carlos Prestes, que fue electo miembro del CE de la IC en el VII Congreso, en julio-agosto de 1935, cuando ya había regresado a Brasil a preparar el levantamiento. La dirección paralela coordinaba el trabajo de conducción con el secretario general

del PC do B, Antonio Maciel Bonfim (alias Miranda). Junto con los mencionados dirigentes llegaron sus esposas: Carmen Alfaya, compañera de Ghioldi; Elise Saborowski, compañera de Ewert, y Olga Benarios, un cuadro del PC de Alemania, que trabajó en los aparatos clandestinos de este partido desde que se afilió a las juventudes comunistas, en 1923, entrenada militar y políticamente en la URSS, e incorporada al Departamento IV (inteligencia militar) del Estado Mayor del Ejército Rojo. Olga Benarios fue enviada a Brasil para trabajar como “seguridad” de Prestes y, posteriormente, fue su compañera. Con un cuadro enviado por la Internacional, el alemán Jonny de Graaf, se organizaron los grupos de sabotaje y terrorismo, y con cuadros de la IC se dirigió a los cuadros claves para el alzamiento militar. Aún siguen oscuros muchos aspectos de la preparación militar de lo que terminó siendo un putsch más de los tantos que han proliferado en América Latina.

Se instaló también una red de correos y de especialistas en la transmisión por radio, entre los que se encontraba el joven norteamericano Victor Allan Baron. La Internacional montó además, con independencia del grupo anterior, una estación de la Sección de Enlace Internacional: la OMS (Otdel Maghdunarodnykh Suyazey, en ruso) que, como vimos, era el centro organizativo de la IC y controlaba una vasta red de agentes, aparatos e informantes y codificaba y decodificaba los mensajes. Para esta tarea clave la IC envió a Pavel Vladimirovich Stuchevski y a Sofia Semionova Stuchevskaia, que actuaban con pasaportes belgas.

A fines de marzo de 1935, la Alianza Nacional Libertadora inició sus actividades de manera auspiciosa. Levantó un programa antiimperialista y antiterrateniente que suscitó grandes expectativas. Sólo en Río de Janeiro inscribió más de 50 mil miembros en poco tiempo. Editó un diario, *A Manhã*. En julio el gobierno la declaró ilegal e inició la represión. En noviembre, el Comité Central del Partido Comunista decidió la insurrección armada y lanzó la consigna de Gobierno Nacional Popular Revolucionario, con Prestes a la cabeza. El 23 de noviembre se sublevaron los soldados, cabos y sargentos del regimiento de Natal, Río Grande del Norte. El pueblo se unió a los rebeldes y se instauró el primer go-

bierno popular en la historia de Brasil. Lo integraban, entre otros, un zapatero, un sargento, un funcionario público, un estudiante.

El movimiento se extendió rápidamente a otras ciudades de la región. El 24 de noviembre se sublevaron tropas acuarteladas cerca de Recife. Pero el levantamiento, aquí, era parcial y fue aplastado. El 27 de noviembre se levantaron numerosos contingentes de soldados y oficiales del Regimiento 3 de Infantería y el regimiento de la Escuela de Aviación de Río de Janeiro. Los combates fueron muy violentos pero, después de 10 horas de lucha, los sublevados capitularon. El mismo 27 se entregaron los insurrectos de Natal.

Inicialmente, el levantamiento de la Alianza Nacional Libertadora fue concebido con centro en el nordeste, con la finalidad de seguir el modelo de la Columna Prestes, que, a partir de 1924, atravesó armada durante dos años todo el Brasil. El objetivo era alzar a la lucha a las masas campesinas. Se planeó apoyarse en el nordeste en militares amigos dentro del Ejército y constituir el núcleo de un ejército revolucionario. Arthur Ewert había estado en China y conocía la experiencia revolucionaria de este país. Algunos dirigentes del PC do Brasil han dicho que Ewert consideraba que la revolución brasileña debía tener su centro en el alzamiento armado de las masas campesinas. Sin embargo, alentados por informes exitistas sobre el estado de las fuerzas revolucionarias en el Ejército y la Marina y sobre el estado de ánimo y preparación de las masas trabajadoras,²² Ewert y Prestes, con el apoyo de la Internacional, cambiaron los planes iniciales y pasaron a preparar un alzamiento nacional con base urbana, alzamiento que se transformó en un putsch militar.²³

La red clandestina de la IC

El Partido Comunista de la Argentina jugó un papel muy importante en el montaje de la red clandestina de la Internacional Comunista en América Latina, como lo demuestran las obras publicadas, luego del desmoronamiento de la URSS, por periodistas que han tenido acceso a los archivos de la Internacional y de la KGB, como William Waack e Isidoro Gilbert, o los rusos Pavel y Anatoli Sudoplatov.²⁴ Estos autores muestran sólo la “punta del

iceberg” y, en el caso de Gilbert, se preocupa más por ocultar lo ya descubierto que por descubrir lo oculto; cuando en este tema lo importante es investigar lo oculto, puesto que, como escribió Manuel Caballero: “**Un aparato ilegal no tiene (o no debería tener) archivos**”.²⁵ Los **Archivos de la Comintern** relacionados con el Partido Comunista de la Argentina, donados a la Biblioteca del Congreso por un ex militante del PC de la Argentina a quien se los dieron en Moscú, han ayudado a reconstruir el pasado del PCA, pero son también un ejemplo de lo que venimos analizando: están evidentemente censurados y han sido expurgados de materiales que podrían esclarecer aspectos del trabajo del aparato secreto soviético en la Argentina.

La Tercera Internacional, llamada también **Komintern** (abreviatura de **Kommunistischeskii Internatsional**, en ruso, y **Kommunistischen Internationale**, en alemán) o **Comintern**, en español, con el tiempo llegaría a ser una organización revolucionaria muy poderosa. No fue una asociación de intelectuales dedicados al estudio de la política mundial separado de la práctica, sino una organización de revolucionarios que luchaban por conquistar el poder para **instaurar la dictadura del proletariado** a escala mundial, “asociada estrechamente a la historia de los movimientos revolucionarios”. Y sin embargo se da la “paradoja de que, pese a haber sido la más importante organización revolucionaria internacional de este siglo y, posiblemente en toda la historia, haya sido tan escasamente estudiada”.²⁶

Algunos explican esta falencia por el secreto con que la documentación fue guardada en Moscú y por el carácter clandestino de sus actividades. Es cierto, obviamente, como dijimos, una organización clandestina no publica actas (y sobre gran parte de su accionar, no las lleva). Pero, si la experiencia de la Comintern no ha sido suficientemente estudiada se debe, en primer lugar, a la proscripción y represión de las actividades y la literatura comunistas por parte de la reacción imperialista mundial; y en segundo lugar, por el peso de las corrientes oportunistas y revisionistas en el seno de los partidos comunistas, que fueron vaciándolos crecientemente de su contenido revolucionario y ocultaron su historia.

La Tercera Internacional fue, desde su inicio, el centro de un gigantesco movimiento revolucionario mundial y por eso fue (y lo es, aún hoy) objeto de un odio inextinguible de las clases dominantes del mundo capitalista, que usaron contra ella todos los instrumentos, por abyectos que fueran. No es casual que los movimientos fascistas triunfantes en Italia, Alemania y España tuvieran como bandera la lucha contra el “comunismo internacional” y que el pacto que unió a las tres principales potencias fascistas del mundo (Alemania, Italia y Japón) se llamase **Pacto Antikomintern**.

Los años de la Tercera Internacional

La Tercera Internacional se disolvió el 15 de mayo de 1943 tras la victoria del Ejército Rojo en Stalingrado, cuando ya había cambiado el curso de la Segunda Guerra Mundial. Las conclusiones del VII Congreso de la IC, en 1935, llevaban implícita esta resolución. La actividad de la Tercera Internacional se extendió por 25 años, los de mayor conmoción en el siglo XX. Un período histórico en el que se produjeron feroces combates de clase y entre Estados. Por lo menos la mitad de esos años transcurrieron en guerras: intervención imperialista contra la República Soviética; conflicto del Medio Oriente; invasión japonesa a China; invasión italiana a Etiopía; en América Latina, la guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia; la guerra en España; invasión nazi a Austria y Checoslovaquia; la Segunda Guerra Mundial.

Fueron años de gigantescos movimientos de masa. La Tercera Internacional fue producto de la más poderosa revolución de la historia, la primera que logró acabar con la explotación del hombre por el hombre (y no simplemente reemplazar una forma de explotación por otras). Estuvo estrechamente vinculada, desde la fundación del PC de China en 1921, por sus aciertos y por sus errores, con la revolución protagonizada por el mayor número de personas en el mundo, la Revolución China, hasta la disolución de la Comintern en 1943. Y muchos de sus dirigentes: Ho Chi Min, Tito, Dimitrov, Gotwald, Pieck, Ulbricht, Rakosi, Ana Pauker, serían líderes de revoluciones triunfantes en sus países. Otros,

como Dolores Ibarruri, Luis Carlos Prestes, Palmiro Togliatti y Maurice Thorez, serían enormemente populares.

En Latinoamérica, pese a todas las afirmaciones pseudocientíficas de los revisionistas del marxismo de ayer y de hoy, la influencia de la Comintern llegó a ser muy profunda y duradera.

El tema colonial

El tema colonial y de los países dependientes no fue tratado, en tanto punto especial, por el I Congreso de la IC (1919). Y las discusiones generales tocaron la cuestión sólo muy indirectamente en el cuadro de las tesis de Lenin sobre el imperialismo. Sólo el holandés De Rutgers –además de Lenin– planteó el tema colonial, a pesar de que estaban presentes delegaciones de China (Partido Socialista de los Trabajadores), Corea, Turkeistán, Turquía, Persia, Azerbaiján y Armenia. El manifiesto final hizo depender la liberación colonial de la liberación de la clase obrera de los países colonizadores.²⁷ Trotsky afirmó –en el marco de ese debate general– que “las colonias sólo pueden esperar una verdadera independencia en función de la revolución en la metrópoli”. La situación del movimiento revolucionario en América Latina fue ignorada.

Al año siguiente, 1920, del 17 de julio al 7 de agosto se realizó el segundo congreso y allí participaron tres delegados por el PC de México. En ese II Congreso de la IC, Lenin hizo un informe sobre la cuestión colonial en el que dividió al mundo en dos grupos: naciones explotadoras y naciones explotadas, y planteó que las tres cuartas partes de la humanidad pertenecían a las naciones explotadas. “La guerra imperialista hizo entrar en la historia mundial a los pueblos dependientes”, dijo, y subrayó la necesidad de que los comunistas organizaran el movimiento soviético en esos países. El debate diferenció a los movimientos nacionalistas revolucionarios de los democrático-burgueses; y a los movimientos burgueses revolucionarios de los burgueses reformistas que concilian con el imperialismo. Y planteó, también, como fundamental la alianza obrero-campesina.

El italiano Serratti y otros delegados criticaron las tesis de Le-

nin y se opusieron –en minoría– a la colaboración con el nacionalismo revolucionario de los países coloniales y dependientes, porque podría llevar al proletariado europeo “al oportunismo nacionalista y a la colaboración de clases por las dificultades de distinguir entre países desarrollados y atrasados”.²⁸ El debate sobre estos temas fue intenso, especialmente con el hindú M.N. Roy (quien jugaría un papel importante en los inicios del PC de México), y enriqueció las tesis iniciales.²⁹

Si bien Carlos Marx había esbozado desde 1853 (cuando analizó la Revolución de los Taiping en China) la idea de la conexión de la revolución en los países explotados por el capitalismo europeo y la revolución socialista, la herencia que él y Engels dejaron en esto fue pequeña: la cuestión colonial y la opresión nacional adquirió una calidad diferente, modificó su sustancia, recién a fines del siglo XIX, con la transformación del capitalismo libreempresista en imperialismo.

La cuestión colonial no fue tratada en el III Congreso de la IC (junio de 1921). Sí lo fue en el IV, en 1922, cuando se comenzó a diferenciar a los países coloniales, semicoloniales y dependientes con burguesías más o menos poderosas, de los países más atrasados, y se enfocó el problema desde un punto de vista práctico, de la organización de la lucha revolucionaria. En el V Congreso (1924), el centro de atención pasó del Medio Oriente a China y la alianza del PC de China con el Kuomintang se transformó en el modelo para el movimiento revolucionario de los países coloniales y semicoloniales. Se planteó como línea para estos países el frente único antiimperialista. En 1928, en el VI Congreso, luego de la traición del Kuomintang y de la ruptura con éste, la Internacional se volcó a la línea de “clase contra clase”.

Fue en ese congreso que la IC “descubrió”, como se dijo, la importancia mundial del imperialismo norteamericano y la debilidad estratégica de los EE.UU. en el patio trasero latinoamericano.

A la luz de los análisis de Lenin sobre el imperialismo, el despertar revolucionario posterior a la Revolución Rusa permitiría a la Internacional Comunista enriquecer las tesis sobre la revolución en Asia, Africa y América Latina. Pero esto fue a costa de muchos errores, mucho tiempo y mucha sangre.

El “oro de Moscú”

Es cierto que hubo financiamiento de la Internacional Comunista a los partidos nacionales.³⁰ No tiene nada de raro considerando que eran secciones de la IC. Con la indignación propia de los fascistas, Arkadi Vaksberg revela que en 1992 se descubrió un documento ultraconfidencial con directivas de Lenin, que confió a la Tercera Internacional las joyas del tesoro imperial ruso conservadas en el Palacio de Armas del Kremlin. Sólo el tesoro personal de la zarina era de 475 millones de rublos-oro (varios centenares de millones de dólares actuales).³¹ La propaganda anticomunista hizo mucha bulla con esto durante toda la vida de la Internacional, al tiempo que callaba otros financiamientos – multimillonarios, por cierto– por parte de las internacionales respectivas de los partidos socialdemócratas y democristianos, y de muchos partidos burgueses a través de “angelicales” fundaciones sostenidas por los monopolios y los gobiernos imperialistas. Por otra parte, “ni los testimonios más hostiles hablan del envío sistemático de ese oro de Moscú”.³² En el caso argentino, inicialmente, la dirección del Partido Socialista acusó a los fundadores del Partido Socialista Internacional de estar “vendidos al oro alemán”; los comunistas negaron esto y acusaron a los socialistas de haber recibido 80 mil pesos (que entonces era muchísima plata) de manos de José Iturrat;³³ más tarde, la burguesía y los reformistas acusarían al PC de estar “vendido al oro de Moscú”.

Por lo que es conocido, en vida de la Internacional Comunista, el financiamiento al Partido argentino por la IC fue modesto, y, generalmente, se hizo con destino prefijado: aparición de alguna publicación, trabajo editorial o de solidaridad. Otra cosa sucedió cuando la URSS, luego de 1957, se transformó en socialimperialista.

Sobre la ayuda de la Internacional al PC de la Argentina existen muchos indicios concordantes para afirmar que éste, entre 1924 y 1926, recibió ayuda para la edición de propaganda. Pero además, el joven PC reunió mediante colectas, picnics y fiestas, en 1920, 7 mil pesos; compró una imprenta y, a partir del 14 de agosto de ese año, editó el periódico *La Internacional* en taller

propio. Un año más tarde –5 de agosto de 1921– lo publicó diariamente. En todos los números del diario –y posteriormente en el semanario–, anunciaban Cervecería Quilmes, Terrabusi Hnos. y Cía, Piccardo y Cía, Energina, Casa Chico (discos) y la Compañía Hispano Americana de Electricidad. El 18 de agosto de 1926, asfixiada económicamente, *La Internacional* suspendió su aparición diaria.

Hubo, desde ya, ayuda desde la Internacional para el envío de delegados a congresos y escuelas internacionales. Pero también debe señalarse que durante muchos años, como sucedió al inicio de la década del 20, cuando se desarrolló una campaña internacional de ayuda a Rusia contra el hambre, o durante la Segunda Guerra Mundial, entre 1941 y 1945, no sólo no hubo –salvo unas pocas excepciones– ayuda económica soviética y de la Internacional a los partidos nacionales, sino que –como sucedió en la Argentina– se desplegaron grandes campañas para recolectar fondos para ayudar a la URSS en la guerra.

Sobre las relaciones con Moscú, la propaganda anticomunista ha fabulado mucho. Cuando el revisionismo ganó posiciones en muchos partidos comunistas, éstos desinformaron en forma oportunista e hipócrita. Un ejemplo: al producirse la disolución de la Internacional Comunista, en mayo de 1943, Rodolfo Ghioldi dijo al diario *Crítica*, el 4 de junio de ese año, que “en lo que a los comunistas argentinos se refiere, la disolución de la Internacional no tiene aplicaciones prácticas ya que el Partido Comunista se desafilió de ese organismo hace varios años”. Los hechos desmienten a Ghioldi. Cuando Codovilla regresó a la Argentina en 1941 (después de realizar tareas para la IC en Chile y México) se lo colocó por encima de los dirigentes electos en el último congreso del Partido, y seguiría como dirigente máximo del mismo, pese a no tener ningún cargo formal, hasta que en 1964 el XII Congreso lo nombró presidente del Comité Central.

Victorio Codovilla había tenido, a partir de 1924 –por encargo de la dirección del PC y particularmente de José Penelón– una relación orgánica con los aparatos especiales de la IC. Codovilla fue, durante años, el tesorero del PC y, simultáneamente, administrador del diario *La Internacional* y de los fondos de la Asociación de

Amistad con la URSS. Más tarde, en París, fue el organizador de la solidaridad con la República Española. Formó parte del grupo de la IC que trabajó en España con Palmiro Togliatti, el francés André Martí, el búlgaro nacionalizado soviético Stepanov, el italiano Vittorio Vidali –conocido como “el comandante Carlos”–, el húngaro Geroe, entre otros. En el interior del grupo Codovilla era conocido como “el banquero” porque “por sus manos pasaban los fondos de la IC”.³⁴ Con esa enorme experiencia ayudó a organizar un poderoso frente de finanzas en el PC argentino. Este frente recibió en ocasiones ayuda internacional directa, como sucedería con la donación de las máquinas de la exposición soviética en Buenos Aires, en 1954. Con posterioridad a la restauración capitalista en la URSS, en 1957, miembros importantes del aparato financiero del PC de la Argentina se transformaron en testaferros de capitales soviéticos.³⁵ La ayuda financiera de Moscú fue utilizada entonces para ir corrompiendo a los partidos comunistas prosoviéticos y atándolos a las necesidades de la política soviética.

Cuando mencionamos la financiación a los partidos comunistas por parte de la IC, no nos referimos a las redes especiales vinculadas, directamente, al Estado soviético. También para estas redes regía la regla del autosostenimiento. Así lo demuestran los conocidos casos de las redes de Richard Sorge en Japón y de la llamada Orquesta Roja en Europa. Desde 1926, aproximadamente, en vida de Stalin, a partir de una ayuda inicial y de alguna ayuda especial, rigió la regla del autosostenimiento –en la medida de lo posible– para las redes secretas. Todo esto cambió, obviamente, al restaurarse el capitalismo en la URSS.

El PCA y la Internacional Comunista

¿Estuvo representado el Partido Socialista Internacional de la Argentina en el I Congreso de la IC, en 1919? Entendemos que no. Rodolfo Ghioldi escribió en el órgano oficial de la IC: “Pocas semanas después del I Congreso de la Internacional, en la reunión del II Congreso del Partido Socialista Internacional se decidía la adhesión a Moscú, decisión ratificada por nuestro tercer congreso y realizada en diciembre de 1920 con la aceptación de las 21 con-

diciones”.³⁶ El PC de la Argentina fue reconocido oficialmente como sección de la IC en una reunión del Comité Ejecutivo de la Internacional, luego del III Congreso de ésta, a mediados de 1921.³⁷

Antes que Rodolfo Ghioldi, había llegado a Moscú M. Komin Alexandrovski –enviado como delegado por la Federación de Obreros Rusos en América del Sur y el periódico *Bandera Roja*³⁸–, quien presentó un informe sobre el movimiento obrero en la Argentina que fue publicado en *Le Mouvement Communiste Internationale* junto con los informes dirigidos al mencionado congreso. Posteriormente, Alexandrovski fue enviado por la IC, con mandato de Lenin, a la Argentina y a otros países del Cono Sur de América Latina, para tomar contactos. En estos países realizó una intensa labor propagandística.

M. Komin Alexandrovski, ruso, había participado en la Revolución de 1905; fue deportado y llegó a la Argentina en 1909. Trabajó de metalmecánico y se incorporó a la lucha política.

Creó aquí un grupo de asistencia al Partido Obrero Social Demócrata de Rusia, una biblioteca-sala pública de literatura rusa y fundó la Federación de Obreros Rusos en América del Sur. Esta editó, desde 1917, *La voz del trabajo*, periódico del que Komin Alexandrovski fue director. Regresó a Rusia en 1923 y trabajó en cargos responsables del Partido Comunista de la URSS hasta avanzada la década del 60.³⁹

Emilio Corbière cita declaraciones de Ruggiero Rugilo en las que éste recuerda que, “como consta en las páginas de *La Internacional*”, al constituirse la Internacional en marzo de 1919, el Partido Socialista Internacional estuvo representado “por el dirigente socialista de izquierda italiano profesor Egidio Genari”.⁴⁰ El *Esbozo de historia del Partido Comunista* sostiene que el PSI dio encargo al Partido Socialista Italiano de dar su adhesión al congreso de la IC de marzo de 1919 y que por eso el PC de la Argentina “ha sido considerado partido fundador de la misma”.⁴¹ El libro de Goncharov sobre Victorio Codovilla también da esta versión, pero consigna como fecha de la adhesión la del II Congreso, que se realizó en julioagosto de 1920, y no 1919 como dice el *Esbozo*...⁴² Oscar Arévalo, en su libro sobre la historia del Par-

tido Comunista, escribió que “el Partido Socialista Internacional resolvió de inmediato su adhesión (a la IC) y al no poder enviar representante para asistir al segundo congreso inaugurado el 2 de julio de 1920, encomendó su representación al Partido Socialista Italiano”.⁴³ Rodolfo Ghioldi escribió: “Fundada la Internacional Comunista nuestro Partido adhirió a la misma, y encomendó a Egidio Gennari, dirigente del socialismo (después comunismo) italiano, la misión de hacerlo saber a la IC; ya en el tercer congreso de la Internacional Comunista de 1921, del que participé en representación del Partido, se decidió considerar a nuestro Partido cofundador de la Internacional Comunista”.⁴⁴

Pese a que fue invitado a participar en el I Congreso de la Internacional, el Partido Socialista Italiano no figuró entre los partidos representados en el mismo. Estuvo, sí, en el II Congreso.⁴⁵ Ghioldi y Rugilo mencionan a Gennari, un dirigente del PS italiano, pero el delegado que representó al PS Italiano en el II Congreso, de nombre Egidio, fue Graziadei, quien integraba en ese partido el grupo llamado “maximalista”, que aceptó, con reservas, las 21 condiciones de la IC. Graziadei, en 1923, junto con Angelo Tasca, integraría la oposición de derecha a la línea izquierdista de Amadeo Bordiga.

El proceso en el Partido Socialista Italiano fue complejo. El PS de Italia ingresó en 1919 a la Tercera Internacional y participó, activamente, en su II Congreso. En él había tres corrientes: la “reformista” de Filippo Turati, la “maximalista” de Giacinto M. Serrati y los “abstencionistas” de Amadeo Bordiga. Fuera del partido estaba el grupo de izquierda que, en Turín, editaba la revista *L'Ordine Nuovo* (Antonio Gramsci, Umberto Terracini, Palmiro Togliatti y otros). Cuando la IC estableció las 21 condiciones, sólo los “abstencionistas” de Bordiga y los “ordinovistas” las aprobaron incondicionalmente. Los “maximalistas” las aprobaron con reservas. Dadas las estrechas relaciones del grupo fundacional del Partido Socialista Internacional de la Argentina con el Partido Socialista Italiano, es importante tener en cuenta la lucha de líneas en este último. En la década del 20, las posiciones de la dirección del Partido Comunista de Italia tuvieron influencia en la lucha de líneas en el PC de la Argentina.⁴⁶

En definitiva, el Partido Socialista Internacional no pudo estar representado en el I Congreso de la IC si su representación se hizo a través del Partido Socialista Italiano. En las actas del I Congreso de la IC el hecho no fue registrado.

Isidoro Gilbert dice que el Partido Socialista Internacional estuvo representado en el II Congreso de la IC por S. Mashevich, funcionario del Comisariado del Pueblo del Comercio Exterior; pero pocas páginas más adelante Gilbert cambia y dice que Mashevich representó al PC “en el III Congreso de la Tercera Internacional”.⁴⁷

El primer partido latinoamericano representado en la Internacional Comunista fue el Partido Comunista de México, que envió tres delegados al II Congreso. Ninguno de los tres era mexicano: el hindú M.N. Roy –cuyo nombre real era Manabendranahat Bhattacharya–, su compañera Evelyn y Manuel Gómez, también conocido como Frank Seaman, un periodista norteamericano cuyo nombre real era Charles Phillips. El PC de México había sido fundado el 25 de septiembre de 1919, con el apoyo del delegado ruso Mijail Borodín, cuyo nombre real era Mijail Gruzenberg.

El Partido Comunista de México, como escribió Manuel Caballero “fue algo muy natural en un momento de crisis y revoluciones”. M. N. Roy era un nacionalista hindú que tenía estrechos vínculos con los alemanes y fue altamente apreciado por gente del gobierno mexicano de Carranza. En la fundación del PCM participaron también varios norteamericanos, entre otros un tal Allen, agente infiltrado por la Inteligencia Militar de los EE.UU. Borodín era un militante del PC(b) de Rusia que provenía de la organización socialista judía Bund, había pasado varios años en los EE.UU., y fue enviado a América por Angélica Babalanova, la primera presidenta de la Comintern. M.N. Roy decía que el Partido Comunista de México fue **“el primer partido comunista fuera de Rusia”**.⁴⁸ La fecha de fundación del Partido Comunista de México (es decir, con ese nombre, despojado ya de todo nombre socialista) ha sido negada por investigadores soviéticos como Víctor Volski, para dejar al Partido Comunista de la Argentina –el preferido de Moscú durante muchos años– como el primer Partido Comunista latinoamericano reconocido por la Internacional

Comunista. Como se ve, y como ya vimos en el primer tomo respecto de la fecha de fundación del Partido Socialista de la Argentina, la lucha de líneas en la historia pasa incluso por estos detalles.

Por su parte, la FORA del V Congreso, transformada en FORA Comunista, fue invitada al congreso constitutivo de la Internacional Sindical Roja, el 3 de julio de 1921. El congreso de la FORA del 20/9/1920, realizado en el salón “la Verdi”, rechazó la invitación. Pero los anarquistas hicieron varios intentos por vincularse con Moscú y, a fines de 1920, la FORA del V Congreso dio mandato al inglés Tom Barker para representarla ante el congreso de la Internacional Sindical Roja. Lo hizo con la ilusión de transformarla en una organización de tipo anarco-sindicalista. El punto 2 de las instrucciones que los anarquistas argentinos dieron a Tom Barker planteaba que éste debía defender la autonomía de la Internacional Sindical Roja “no permitiendo de manera alguna que quede subordinada al Soviet o a la Tercera Internacional comunista”. Y que la ISR debía ser “eminentemente antipolítica y antiestatal”. Incluso planteaban que la sede de la misma debía estar en “otro país que no sea Rusia para evitar subordinaciones indirectas”.⁴⁹ José Aricó también menciona el hecho y basándose en un trabajo inédito de Bernardo Gallitelli (*Aux origines du Parti Communiste Argentine. La crise du socialisme: 1912-1920*, París, 1981) señala que grupos anarcocomunistas se vincularon con el llamado Buró Latinoamericano de la Tercera Internacional, formado en la ciudad de México en 1919 por el norteamericano Louis Fraina y el mexicano Felipe Carrillo Puerto.⁵⁰ Las relaciones de los anarco-comunistas con la Tercera Internacional se cortaron abruptamente al romperse las relaciones de anarquistas y bolcheviques en Rusia. Esto sucedió luego del 10 de marzo de 1921, cuando fue aplastada la sublevación de Kronstad y miles de marineros anarquistas fueron reprimidos.

Problemas con la admisión

En realidad, el Partido Comunista de la Argentina tuvo problemas para ser admitido en la Tercera Internacional. Esos problemas –por los datos que conocemos, ya que no hemos podido

acceder a los archivos completos de la IC– se debieron a diferencias políticoideológicas más que a la buena o mala defensa que hicieron de él sus intermediarios en Moscú. Los dirigentes de la IC tuvieron bastante información sobre nuestro país y el movimiento obrero argentino, porque aquí residieron, antes de la Revolución de Octubre y en el período inmediato posterior, militantes del Partido Obrero Social Demócrata de Rusia ligados a los bolcheviques. Entre otros, Ida Bondareff de Kantor, corresponsal del diario *El proletario* que dirigía Lenin.⁵¹ El español Alvarez del Vayo, que era corresponsal de *La Nación*, estuvo en Moscú en 1924 y tuvo una entrevista con Gueorgui Chicherín, Comisario del Pueblo para Relaciones Exteriores. Escribió posteriormente que Chicherín “habló de España y de Argentina mostrando un sorprendente conocimiento de la política y los dirigentes de ambos países. Estaba al tanto de la situación en el Partido Radical como si recién hubiera regresado de un viaje por La Plata”.⁵²

El primer dirigente del Partido Comunista de la Argentina que participó en un congreso de la Internacional Comunista fue Rodolfo Ghioldi, que asistió como delegado al tercero. El 26 de agosto de 1921 el Buró del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista escuchó un informe sobre la labor del PC de la Argentina.⁵³ Al regresar a nuestro país, Ghioldi informó al IV Congreso del Partido Comunista, en enero de 1922, sobre su delegación y criticó a los compañeros italianos por cuyo intermedio hacían llegar los documentos del PC a Moscú **“porque no cumplieron o cumplieron malísimamente su misión”**. Por esa razón, decía, tuvo que luchar **“con dificultades casi insalvables para conseguir el reconocimiento del PC de la Argentina (por el) Comité Ejecutivo de la IC”**.⁵⁴

El PC de la Argentina (ex PSI) no sólo no había roto claramente con los centristas al constituirse –tal como lo exigían las condiciones de admisión de la IC–, sino que éstos predominaban en el nuevo partido. Más aun porque, como explicó Orestes Ghioldi, **“no todos los que estaban de acuerdo con las resoluciones del Congreso de la Verdi (se refiere al Congreso del PS en el que triunfaron los internacionalistas que luego fundarían el nuevo partido) participaron en**

la fundación del PSI".⁵⁵ Muchos de los que se quedaron en el Partido Socialista en 1920 organizaron una corriente de izquierda dirigida por el senador Enrique del Valle Iberlucea, que planteaba la adhesión del PS a la Internacional Comunista, por lo que fue llamada "tercerista". Partidarios de esta corriente (Rodolfo Troncoso, Simón Scheimberg, Eugenio Nájera, José R. Perrotto y Juan P. Barros) editaron la revista *Claridad*, que llegó a editar 20 mil ejemplares en un número dedicado a la Revolución Rusa. La corriente de los "terceristas" era sumamente heterogénea, con muchos elementos oportunistas. Fueron derrotados en el Congreso de Bahía Blanca del Partido Socialista por 5.013 votos contra 3.656. Muchos de ellos, como Pedro Verde Tello, Carlos Mauli, Orestes Ghioldi, Cosme Gjivoje, Silvano Santander, José García y José Semino, ingresaron luego al PC. Otros, como Alejandro Castiñeira, Agustín de Arrieta, Roberto F. Giusti y el propio Enrique del Valle Iberlucea no dieron este paso. El 26 y 27 de febrero de

1921, en el teatro Roma de Avellaneda, se hizo el "Congreso de las Izquierdas", en el que, por mayoría, se decidió la adhesión incondicional al PC.⁵⁶ Los "terceristas", al incorporarse al PC, fortalecieron las tendencias centristas y reformistas, que ya predominaban en su dirección. Algunos de los "terceristas" volvieron más tarde al Partido Socialista.

Los documentos fundacionales del Partido Socialista Internacional y sus plataformas electorales en los primeros años demuestran, claramente, el peso que tenían en el núcleo dirigente inicial las concepciones reformistas y centristas. Por eso dijimos en el primer tomo de esta obra —en referencia a ese núcleo dirigente— **"la esencia de la mayoría de sus componentes (entre otras cosas por el peso que tuvieron los elementos centristas en la integración del nuevo partido) fue kautskista"**.⁵⁷ Kautsky olvidaba lo básico de la doctrina de Marx y de Engels, la necesidad de educar sistemáticamente a las masas en la idea de la inevitabilidad de la revolución violenta. Un documento clave para evaluar el peso de esas ideas reformistas y centristas en el núcleo inicial del PC de la Argentina (y para valorar el tipo de "dificultades casi insalvables" con las que tropezó para ser reconocido en Moscú) es el informe del Segundo Congreso del Partido

Socialista Internacional dirigido a la Internacional Socialista y a todos los partidos socialistas del mundo con el título de *Historia del socialismo marxista en la República Argentina* (folleto editado en diciembre de 1919). Este documento sería la “piedra del escándalo” en la discusión –en la década del 20– con los opositores de izquierda dentro del PC, calificados de “chispistas” por el nombre de la publicación que los representó (*La Chispa*).

La vieja matriz

El mencionado informe de 1919 recuerda la moción de Alberto Palcos, aprobada por el Primer Congreso del Partido Socialista Internacional, incitando a **“los camaradas europeos y norteamericanos”** a hacer todo lo posible para poner término a la guerra mundial e implantar **“una paz justa y definitiva, basada en el derecho de todas las naciones a disponer de sí mismas, el desarme de todos los pueblos, el establecimiento de una Confederación Mundial, la supresión de las aduanas, la abolición de la diplomacia y del servicio militar”**. El informe repite el pensamiento justista (por Juan B. Justo) sobre el uso de la violencia revolucionaria que, como señalamos en el primer tomo de esta obra, fue el hilo ideológico común entre el justismo, el codovilismo y el ghioldismo.⁵⁸ Dice el informe del PSI que **“mientras la burguesía respete los actuales derechos políticos y los amplíe por medio del sufragio universal, el uso de estos derechos y la organización de la resistencia de la clase trabajadora serán los medios de agitación, propaganda y mejoramiento que servirán para preparar esa fuerza”**. Aclara que **“esta declaración es idéntica a la del Partido Socialista”**; más aun, para **“evitar la más leve sombra de duda sobre su interpretación”** hace un **“agregado aclaratorio”** en el que explica su concepción sobre la actividad política, gremial, cooperativa y cultural. El agregado tiene por fin subrayar su repudio a la colaboración de clases y la política de conciliación y oportunismo típica del Partido Socialista, pero no dice nada sobre la necesidad de corregir la concepción pacifista, kautskiana y reformista del mencionado

párrafo. Este era parte de las formulaciones de principio del viejo Partido Socialista y ya había sido impugnado por la izquierda en el congreso de 1896 de este partido. La izquierda, ya entonces, había criticado la concepción del uso de la violencia como una mera posibilidad y no como algo **ineluctable**.⁵⁹ La concepción pacifista de muchos de los fundadores del PSI se observa también en su anhelo de **“paz universal y coordinación común de los esfuerzos del proletariado para imponer la Liga de las Naciones sobre la base del desarme militar absoluto y la supresión de los ejércitos”**. Como se ve, las ideas reformistas y pacifistas burguesas que aflorarían con tanta fuerza en el PC de la Argentina en la década del 40 –con el llamado browderismo– y luego del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS –con el llamado jruschovismo–, tenían viejas y poderosas raíces en la historia del Partido Comunista.

En un artículo titulado “Partido monolítico o conglomerado de fracciones”, publicado por *La Internacional* el 27 de septiembre de 1925, Victorio Codovilla defendió las tesis de la mencionada *Historia del socialismo marxista...* y la plataforma electoral de 1919, plataforma que también fue impugnada como reformista por los “chispistas”. Esas tesis –que eran efectivamente reformistas– expresaron las ideas hegemónicas en la dirección del Partido que él integraba como tesorero, según informa la mencionada *Historia...*

Se podría decir del PC de la Argentina lo que Philippe Robrieux dijo del PC de Francia: **“Desde 1920 a nuestros días, no ha habido un solo Partido Comunista Francés sino varios que se han sucedido”**.⁶⁰ En el caso argentino, y por razones complejas que trataremos de explicar en esta obra, en el PCA siempre predominó una línea que, abierta o encubiertamente, era fruto de la vieja matriz evolucionista, kautskiana y justista que, desde 1896, había caracterizado al Partido Socialista.

NOTAS DEL CAPÍTULO II

1. V. I. Lenin, *Obras Completas*, tomo XXIX, edic. citada, pág. 229.
2. Reflexión de un furioso anticomunista de la actual Rusia

post-soviética: Arkadi Vaksberg, en: *Hotel Lux*, París, Fayard, 1993, pág.16.

3. *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Córdoba, Pasado y Presente, 1973, primera parte, pág. 6.

4. V. I. Lenin, *Obras Completas*, tomo XXI, edic. cit., pág. 248.

5. Ver V. I. Lenin, *Materialismo y Empiriocriticismo*.

6. En el Partido Socialista Argentino predominaban las ideas filosóficas que Lenin criticó en *Materialismo y Empiriocriticismo*. En la *Revista Socialista* Nos. 1 y 2, de junio y julio de 1930, se puede leer un artículo de Américo Ghioldi laudatorio de las ideas filosóficas de Justo, en el que se hace un buen resumen de las mismas. Juan B. Justo fue un admirador confeso de la filosofía del empiriocriticista E. Mach, en especial modo de sus ideas sobre la sensación y el mundo exterior. Juan B. Justo ponía en una misma línea al materialismo filosófico con el positivismo y el pragmatismo y fue, al igual que Bernstein, un crítico del método dialéctico de Marx porque, conociéndolo superficialmente, ignoraba la diferencia de éste con el método de Hegel. Consideraba que el método dialéctico de Marx tendía a “alejarse de lo objetivo y real, erigiendo construcciones abstractas” mediante el “llamado automovimiento dialéctico del pensamiento y de los conceptos”. Para Juan B. Justo, la dialéctica sólo servía, en ocasiones, como un “recurso polémico o medio expositivo” y era causa de anquilosamiento y dogmatismo en el Partido. Justo se autodenominaba “realista ingenuo” y admirador de la “filosofía del pueblo” y el “modo de ver intuitivo y vulgar” que sería el “padre de la ciencia”, ignorando que este “realismo ingenuo” está impregnado por las concepciones y prejuicios de las clases dominantes. Se oponía al materialismo histórico porque deseaba que la doctrina de la historia se viese libre de la “denominación metafísica de ‘materialista’, fórmula ingenua, petulante y hueca de la adolescencia intelectual”. La dirección del joven Partido Comunista de la Argentina tardó muchos años en liberarse de esta herencia justista.

7. V. I. Lenin, *Obras Completas*, tomo XIX, edit. cit., pág. 548.

8. Arturo M. Lozza, *Tiempo de huelga*, edic. cit., pág. 189.

9. Carlos Pereira, *La Tercera Internacional*, Madrid, Biblioteca Nueva, edic. sin fecha.

10. V. I. Lenin, *Obras Completas*, tomo XXII, edic. cit., pág. 118.
11. Philippe Robrieux, *Histoire intérieure du Parti Communiste 1920/1945*, París, Fayard, 1980.
12. Jules Humbert-Droz, *De Lenine a Staline*, Neuchatel, Suiza, Editions de la Baconnière, 1971.
13. V. I. Lenin, *Obras Completas*, tomo XXXI, edic. cit., pág. 554.
14. Milos Hájek, *Historia de la Tercera Internacional*, Barcelona, Crítica, 1984, pág.16.
15. *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, edic. cit., pág.109.
16. *Idem*, pág. 110.
17. *Idem*, pág. 138.
18. *Idem*, págs. 111 a 114.
19. Vicente Rovetta, *La cuestión agraria en la Conferencia Latinoamericana de la Internacional Comunista*, Montevideo, Uruguay, Vicente Rovetta, 1988.
20. El jefe del contraespionaje nazi, Walter Schellemborg, explicó que su servicio partía de considerar, como resultado de una larga experiencia, que muchos de los elementos separados de los partidos comunistas lo hacían “de completo acuerdo con los servicios rusos de información”. Walter Schellemborg, *Los secretos del servicio secreto alemán*, Barcelona, Mateu, 1961, págs. 216 y 217.
21. Philippe Robrieux, *obra cit.*, pág. 61.
22. Muchos años después declaró Luis Carlos Prestes: “El proceso avanzaba y nos imaginábamos que el gobierno tenía los días contados. Engaño. En verdad, las informaciones que teníamos eran falsas. Miranda [el secretario del Comité Central] mentía. El decía: tenemos gran influencia en las Fuerzas Armadas en Río. No era tan así”. Esta información equivocada pasó porque, como dice Prestes, “había un clima de ebullición en los cuarteles. Era mucho más fácil construir el partido en los cuarteles que en las fábricas. Puede parecer paradójal, pero era así”. (En: Denis De Moraes y Francisco Viana, *Prestes, luchas y autocríticas*, Petrópolis, Vozes, 1982, pág. 68).

23. Sobre el alzamiento de la Alianza Libertadora Nacional ver: Fernando Moraes, *Olga*, San Pablo, Alfa-Omega, 1986; Jaime Marín, *Misión secreta en Brasil*, Buenos Aires, Ediciones Dialéctica, 1988; Denis de Moraes y Francisco Viana, *Prestes, luchas y autocríticas*, edic. cit.; John W. F. Dulles, *O comunismo no Brasil*, Nova Fronteira s/a, 1985; William Waack, *Camaradas*, San Pablo, Schwarcz Ltda., 1993 (Waack pudo trabajar con documentos de la Internacional Comunista que amigos rusos le autorizaron ver en 1992, luego del derrumbe de la URSS). También: “A gloriosa bandeira de 1935”, en la revista brasileña *O Proletariado*, octubre de 1998. La opinión que atribuye a Arthur Ewert la idea de hacer el centro del trabajo revolucionario en Brasil en las masas campesinas, se la dio al autor (O.V.) Diógenes Arruda, dirigente del PC do B, durante su exilio en Buenos Aires en 1974. Sin embargo, Ewert fue promotor del levantamiento nacional. Creía contar (o contaba y no actuaron) con, además de las fuerzas que se insurreccionaron, el apoyo de la mayoría de los ferroviarios y los marinos mercantes, el batallón de Guardia del Palacio Presidencial, dos de los principales fuertes de Río de Janeiro (sobre cinco), dos comandantes de artillería pesada, una compañía de ametralladoras, 1.500 hombres de la policía y la mayor parte de la Marina de Guerra.

24. William Waack, obra citada; Isidoro Gilbert, *El oro de Moscú*, Buenos Aires, Planeta, 1994; Anatoli y Pavel Sudoplatov, *Operaciones especiales*, Barcelona, Plaza y Janes, 1994. Estos dan detalles inéditos sobre el rol de Iósif Grigulévich (hijo del dueño de una gran farmacia en la ciudad de Buenos Aires) en el asesinato de Trotsky y, posteriormente, después de la Segunda Guerra, cuando actuó, al servicio de la KGB, como embajador de Costa Rica en el Vaticano y en Yugoslavia. Fue un agente destacado en operaciones “especiales” (particularmente “ajusticiamientos”). En los '60 se transformó en un experto moscovita en temas latinoamericanos.

25. Manuel Caballero, *La Internacional Comunista y la Revolución Latinoamericana*, Caracas, Nueva Sociedad, 1987, pág. 27. Hizo la observación comentando el artículo 3 de las 21 condiciones.

26. *Idem*, pág. 17.

27. Enrica Collotti Pischel y Chiara Robertazzi, *L'Internationale Communiste et les problèmes coloniaux, 1919-1935*, París, Mouton, 1968, págs. 23 y 24.

28. *Idem*, pág. 36.

29. Ver los documentos en discusión en: *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, edic. cit.; y sobre el debate: Fernando Claudin: *La crisis del movimiento comunista, de la Komintern al Kominform*, tomo I, Francia, Ruedo Ibérico, 1970, págs. 170 y sgtes.

30. En los Archivos de la Comintern, en la Biblioteca del Congreso, hay una carta del 12/2/1926 de Victorio Codovilla a A. Stirner (el suizo cuyo nombre verdadero era Edward Woog, colaborador de la Secretaría Latina de la IC) en la que le adjunta los detalles del presupuesto del PC de la Argentina correspondientes al año anterior y al año en curso. Dice allí Codovilla: “Tienes que hacer lo posible para persuadir al viejo [se trata de O. Piatniski] a fin de que nos ayude en forma más regular, caso contrario nos veremos obligados a suspender nuevamente el diario (...) yo he entregado al Partido el importe de la segunda cuota que creo habrás hecho depositar en el Prombank. Con los del Mechrabpom, he tenido un nuevo lío (...) y nos ha entorpecido grandemente en nuestra labor”. Agrega Codovilla, en esa carta, que han usado para el diario del Partido dinero que pertenecía al Secretariado Sudamericano al no recibir “la segunda cuota” que debía enviarles la Internacional. Hay muchos indicios para pensar –y para seguir investigando– que las acusaciones de los “chispistas” a Codovilla por el mal manejo de los fondos del Partido tienen que ver con que él administraba el dinero que llegaba de la IC. En esos años a Codovilla se lo conocía, en el Partido, con el apodo de “el tesorero”.

31. Arkadi Vaksberg, *obra cit.*, págs. 17 y 18.

32. Manuel Caballero, *obra cit.*, pág. 65.

33. *La Internacional*, 29/6/1926.

34. Giorgio Bocca, *Palmiro Togliatti*, Roma, L'Unitá, 1992, pág. 275.

35. Carlos Echagüe, *El socialimperialismo ruso en la Argentina*, Buenos Aires, Ágora, 1984.

36. “Le mouvement communiste argentin” en *La Correspondance Internationale* del 15/12/1921. Citado por Edgardo Bilsky, *La Semana Trágica*, edic. cit., pág. 155.
37. En *La Correspondance Internationale* (2) del 15/10/1921, citado por Edgardo Bilsky, *obra cit.*, pág. 155.
38. *Bandera Roja* era un diario matutino del comunismo anárquico, que apareció el 1/4/1919. Se vendía a \$0,05. Convocaba a formar “Guardias Rojos” para la acción directa y a que la clase obrera organizase “la agresión, así como hoy ha organizado la resistencia”.
39. Anatoli Chernenko y Alexei Shliajov, “Participantes de la primera revolución rusa en la Argentina”, en la revista *América Latina*, Moscú, N° 1-2, 1981, pág. 276.
40. Emilio Corbière, *Orígenes del comunismo argentino*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, pág. 68.
41. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 41.
42. Valerian Goncharov, *obra cit.*, pág. 39.
43. Oscar Arévalo, *El Partido Comunista*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, pág. 18.
44. Rodolfo Ghioldi en *Nueva Era*, revista del Partido Comunista, N° 21, Diciembre de 1984.
45. *Los cuatro primeros congresos...*, edic. cit., pág. 30.
46. Milos Hájek, *obra cit.*, pág. 21.
47. Isidoro Gilbert, *obra cit.*, págs. 38 y 85.
48. Manuel Caballero, *obra cit.*, pág. 81.
49. Julio Godio, *El movimiento obrero argentino 1910-1930*, Buenos Aires, Legasa, 1988, pág. 106.
50. José Aricó, “Orígenes del comunismo: para construir una historia no sacra”, en *Punto de Vista*, N° 21, Agosto de 1984, pág. 12.
51. Otto Vargas, *El marxismo y la revolución argentina*, tomo I, Buenos Aires, Ágora, 1987, págs. 170 y 171.
52. Revista *América Latina*, N° 2, Moscú, 1979, pág. 82.
53. Valerian Goncharov, *obra cit.*, pág. 47.
54. *La Vanguardia*, 23/1/1922, Crónica del Congreso del PC.
55. Emilio Corbière, *obra cit.*, pág. 86.
56. *Idem*, págs. 52 y 53.

57. Otto Vargas, *El marxismo...*, tomo I, edic. cit., pág. 175.
58. *Idem*, págs. 175 y 176.
59. *Idem*, pág. 107.
60. Philippe Robrieux, *obra cit.*, pág. 9.

CAPÍTULO III

1917-1922

EL GRAN AUGE DE LUCHAS

Entonces hubo siete días que llamaron Semana Trágica.
Raúl González Tuñón

Esperaba la revolución. Por eso estaba con el anarquismo. Y en la Semana Trágica muchos creímos que era posible.

Nazareno Íscar, obrero de la construcción.

El 6 de enero de 1919 el Partido Socialista Internacional cumplía un año de vida. Una vida estremecida, internamente, por los debates polémicos generados por la Revolución Rusa y el diario combate de clase. Para la Argentina, éste sería el año con mayor número de huelguistas desde comienzos del siglo.

El 7 de enero, un bochornoso día de verano porteño, los militantes del partido trabajaban preparando un acto para el jueves 9 –fiesta y conferencia– en el salón Unione e Benevolenza (donde hablarían José Penelón, Juan Ferlini y José Grosso) cuando, inesperadamente, comenzaron a precipitarse los acontecimientos que llevarían a la huelga más importante, hasta entonces, del movimiento obrero argentino. Huelga que no sería igualada, por su amplitud y combatividad, en décadas. Un estallido tremendo que pondría a prueba a todas las corrientes del movimiento obrero, fueran conscientes o no de la importancia futura de estos hechos. Una huelga que sacudió tan profundamente a la sociedad argentina (en un momento en que la oligarquía y la burguesía estaban horrorizadas por el espectro de la Revolución Rusa) que el Gral. Juan Domingo Perón pudo decir, en 1970, que la caída de Yrigoyen (1930) “había sido preparada por la Semana Trágica de 1919”.¹

Los obreros de la fábrica Vasena estaban en huelga desde el 2 de diciembre de 1918. Los salarios reales habían declinado y en el caso de los establecimientos Vasena habían caído un 100 por

ciento entre 1914 y 1918. Los trabajadores exigían: aumento de salarios (un 20 por ciento para los de 5 pesos y un 40 por ciento para los de 4 pesos); jornada de 8 horas; pago de horas extras y primas los domingos; abolición del trabajo a destajo y reincorporación de los trabajadores despedidos a causa de sus actividades gremiales. El pliego de condiciones llevaba como primera exigencia el reconocimiento del sindicato, “una cuestión de principio de las organizaciones adheridas a la FORA quintista”.² Los obreros en conflicto estaban organizados en la Sociedad de Resistencia Metalúrgicos Unidos, adherida a la FORA del V Congreso. Separada, por eso, de la Federación de Obreros Metalúrgicos que estaba adherida a la FORA del IX Congreso.

Los Talleres Metalúrgicos Pedro Vasena e Hijos Ltda. tenían su planta industrial en Cochabamba y Rioja, de la Capital Federal, y sus depósitos en Pepirí y Santo Domingo. Ocupaban a 2.500 obreros y empleados. La empresa había tenido un origen nacional, pero en 1919 la mayoría de las acciones ya pertenecía al capital británico asociado a Pedro Vasena, quien se desempeñaba como un gerente local de la firma. Esta es la razón por la cual el embajador inglés tuvo una participación muy activa, y pública, durante todo el conflicto. El abogado de la empresa era el senador radical Leopoldo Melo, opositor a Yrigoyen.

Desde el comienzo de la huelga la empresa había trabajado con rompehuelgas contratados por la Asociación del Trabajo, una organización presidida por Joaquín S. de Anchorena, que reunía a los representantes más conspicuos de los terratenientes y las grandes empresas nacionales y extranjeras.

En los primeros días de enero el conflicto se fue agudizando. El 3 de ese mes se intercambiaron más de 300 disparos entre los huelguistas y los carneros y sus protectores armados. Los huelguistas interceptaban los carros de la empresa y, luego de soltar los caballos, los volcaban haciendo barricadas.

El 4 de enero, en otro tiroteo, resultó herido un cabo de la policía, que falleció al día siguiente. Los piquetes de huelga comenzaron a cortar los cables de electricidad y de teléfonos y a romper las cañerías de agua –inundando las calles– por lo que el gobierno apostó un batallón de bomberos armados con máuser en un cole-

gio próximo.

El 6 de enero los capataces se plegaron a la huelga.

El 7, chatas de la empresa, conducidas por rompehuelgas y custodiadas por la policía, se dirigían al depósito para buscar materia prima. A las 15.30, en Alcorta y Pepirí, un grupo de huelguistas, acompañados de sus mujeres y niños, que incitaban a los “carneros” a plegarse al paro, ante la negativa de éstos, los apedrearon. Cargó la policía, disparando sus fusiles. El nutrido tiroteo dejó cuatro muertos y más de treinta heridos, uno de los cuales –un muchacho de diez y ocho años, alcanzado por una bala en el patio de su casa– falleció posteriormente. Pese a que la policía atribuyó el tiroteo a un ataque de los obreros, ningún policía ni bombero resultó herido.

Como señaló Julio Godio: **“Los sucesos del día 7 pasaron casi inadvertidos para la gran prensa”** pero **“ese asesinato de obreros actuaría como un factor detonante que desataría las fuerzas revolucionarias de una clase socialmente sumergida y marginada de los asuntos políticos en el país”**.³

La Sociedad de Resistencia Metalúrgicos Unidos lanzó la huelga general del gremio para el 9 de enero. Los marítimos de la FOM –que también estaban en huelga– los apoyaron. La FORA del V Congreso –a la que pertenecían los Metalúrgicos Unidos– declaró la huelga general por tiempo indeterminado a partir del día 9.

La empresa –que hasta entonces había ofrecido 9 horas de trabajo y 12 por ciento de aumento de salarios– endureció su posición. Por otro lado, *La Protesta*, el diario anarquista, escribió el 8 de enero: **“No! y mil veces, no! el pueblo no se ha de dejar matar como una bestia. Incendiad, destruid sin miramientos, obreros: vengaos hermanos!!”**.

Dueños de la ciudad

El 9 de enero, miles de trabajadores se concentraron en el local socialista de la calle Loria y en la Sociedad de Resistencia de los Metalúrgicos Unidos de Nueva Pompeya. El paro metalúrgico se transformó –impulsado por los anarquistas de la FORA del

V Congreso y por la combatividad espontánea de las masas— en paro general. Se generalizó en el puerto. Pararon los obreros de la Fábrica Argentina de Alpargatas, de los talleres del Riachuelo y de los arsenales militares, entre los de otras empresas. Varios tranvías fueron incendiados y se paralizó el servicio. Delegaciones de obreros recorrían las fábricas y comercios. La policía se concentró en las comisarías y en el Departamento Central. Las masas fueron dueñas de la ciudad. “Las turbas asaltantes —dijo Estanislao Zeballos—, erigidas en autoridad creaban signos y otorgaban permisos para circular con ellos” y los habitantes quedaron “durante los días 9 y 10 abandonados a la acción tumultuaria de grupos implacables, formados en su mayoría por extranjeros y por muchos mayor número de niños de 10 a 15 años”.⁴

A las 14 hs. se realizó el entierro de los obreros asesinados. Gran parte del comercio había cerrado y los empleados públicos fueron liberados de sus tareas.

Una enorme multitud se reunió en el lugar del sepelio. Hombres, mujeres, niños, por miles, ganaron las calles de los barrios de la zona. Grupos desprendidos de la masa —más de 10 mil personas, dicen unos; más de veinte mil, según otros— se concentraron frente a los Talleres Vasena. Según la 5a. edición de *La Razón* del 9/1/1919, había 50 mil personas cercando la fábrica, en cuyas oficinas quedaron sitiados, hasta el atardecer, los directores de la firma y miembros de la Asociación del Trabajo que se encontraban reunidos. La patronal contaba con unos 300 rompehuelgas para su defensa. Y cuando desde los pisos superiores del establecimiento dispararon con fusiles, la masa, indignada, atacó el edificio e intentó quemar los portones.⁵

Con la intención de calmar los ánimos se hizo presente el jefe de Policía, Dr. Elpidio González, recientemente nombrado por Yrigoyen. Se reunió con los patrones y, cuando se disponía a hablar con los obreros, el oficial que lo acompañaba fue apuñalado, y su coche incendiado. Se produjo un tiroteo. Unos 150 soldados y policías llegaron con dos ametralladoras y tiraron sobre los trabajadores. Hubo entre 23 y 28 muertos y más de 60 heridos. Los obreros sólo tenían algunos revólveres, entonces asaltaron armerías de los alrededores y se armaron para responder. Fueron

desvalijadas las armerías de San Juan y Matheu, y la de Boedo y Carlos Calvo. En Prudam y Cochabamba, quince marinos ayudaban a levantar una barricada con carros y tranvías dados vuelta. “El trabajo se paralizó en la ciudad y los barrios suburbanos. Ni un solo proletario traicionó la causa de sus hermanos de dolor”, informó *La Protesta* en un boletín que editó al caer la tarde.⁶

En varios lugares de la ciudad hubo soldados que tiraron su chaqueta militar y pasaron a colaborar con el pueblo. Los manifestantes volcaron una chata cargada, en Cochabamba y Rioja, y la mercadería fue repartida entre la gente. En la misma esquina, en un tumulto, un oficial de policía recibió una puñalada. Un grupo de obreros atajó e incendió el automóvil del comisario de la sección 20. Cuenta Mateo Fossa: “...y cuando fuimos a la Chacarita estaban quemando dos chatas del molino harinero Río de la Plata. Habían sacado los caballos, se los habían entregado a los carreros que se los llevaran y entonces descargaron, cada vecino se llevó una bolsa de harina para su casa y después se le prendió fuego”.⁷ Se incendiaron algunos tranvías y coches de bomberos, y hubo bomberos que entregaron sus armas al pueblo. Los tranvías quedaban abandonados en las calles. Las ambulancias de la asistencia pública fueron obligadas a llevar banderitas rojas. “Buenos Aires se ha convertido en un campo de batalla. Sigue el cortejo fúnebre rumbo a la Chacarita”, decía el mencionado boletín de *La Protesta*. El combate alrededor de los Talleres Vasena siguió hasta que, ya de noche, intervino el Ejército, armado con ametralladoras, y dispersó a los sitiadores.

Al mismo tiempo que se combatía en la zona de los Talleres, nuevos enfrentamientos se producían a lo largo de la marcha del cortejo fúnebre. Se había reunido una muchedumbre, decenas de miles de personas (unas 100 mil según fuentes burguesas; 200 mil, según fuentes obreras) en una manifestación proletaria nunca vista antes en la ciudad de Buenos Aires. La marcha estaba encabezada por banderas rojas (socialistas) y negras (anarquistas). Las dos centrales obreras (la FORA del IX Congreso y la del V Congreso) comandaban el cortejo. Una vanguardia armada, de 150 hombres, precedía a la columna. Los ataúdes de los mártires eran transportados a pulso.

Desde la iglesia de Yatay y Corrientes, sonaron los disparos. Se atacaba al cortejo. Pero la masa de trabajadores siguió avanzando, decidida, sin permitir que se la frenase. En Triunvirato y Río de Janeiro (hoy Corrientes y Estado de Israel), según el relato de Vicente Francomano –un dirigente histórico del anarquismo–, “un socialista arengó a la muchedumbre diciendo que no era todavía el momento propicio para la insurrección. La respuesta fue una pedrada que lo hizo desaparecer de escena. Más tarde ingresamos a una comisaría en Malabia y Triunvirato, se tomaron algunas armas, sin orden ni organización”.⁸

Ya en el cementerio de la Chacarita, mientras hablaba uno de los dirigentes sindicales, la policía y los bomberos –que habían cercado el lugar– dispararon con ametralladoras en forma aleatoria, produciendo numerosas víctimas. Grupos de obreros, armados con escopetas de caza y revólveres viejos, contestaron el fuego policial. Se asaltaron más armerías y la masa se replegó a los barrios obreros, donde continuó la lucha. Según el comisario José Ramón Romariz: “El barrio de la Boca ardía por sus cuatro costados; al fuego de todas las tropas defensoras de la comisaría se sumaba el de algunos soldados destacados en los galpones de ‘las Catalinas’ y otros del destacamento de bomberos que se hallaban en el puente de Almirante Brown y Pedro de Mendoza sobre el Riachuelo”.⁹

Se contaron más de 100 muertos y 400 heridos.

La maquinaria de la represión

Ese día la FORA del IX Congreso, en la que participaban los militantes del Partido Socialista Internacional, consideraba la declaración de la huelga general, al tiempo que negociaba con el gobierno. La misma noche del 9, una delegación de esa central obrera – encabezada por Sebastián Marotta– se reunió con el jefe de Policía, Dr. Elpidio González, quien se comprometió a liberar poco a poco a los detenidos y a presionar a la empresa Vasena para que aceptase el pliego de reivindicaciones.

El 9 de enero, Hipólito Yrigoyen había nombrado Comandante Militar de la Capital Federal al Gral. Luis J. Dellepiane, un ofi-

cial que había sido jefe de policía luego del asesinato del Coronel Ramón Falcón y se había destacado en la represión antiobrera en los días del Centenario. No está suficientemente claro si en la Semana Trágica Dellepiane actuó por propia decisión (y si, ante esto, Yrigoyen optó por designarlo) o si actuó cumpliendo órdenes de Yrigoyen desde el inicio. De filiación política radical, Dellepiane comandaba la IIda. División del Ejército con asiento en Campo de Mayo. Según algunos historiadores radicales, Yrigoyen lo nombró presionado por la propia actitud de Dellepiane al mover las tropas.¹⁰ Es cierto, pero esa movida previa de Dellepiane fue en todo caso *una* de las razones. En primer lugar, Yrigoyen necesitaba dirigir personalmente la represión y, segundo, tenía que garantizarla, porque temía la insubordinación de las tropas de la Ira. División con asiento en la Capital, cuya conducción estaba acéfala.¹¹ Según Nicolás Babini, el Gral. Dellepiane desplegó sus tropas entre la noche del 9 de enero y la mañana del 10 sin órdenes de Yrigoyen; lo que generó pánico en el gobierno. Edgardo Bilsky, basándose en fuentes diplomáticas francesas, confirma que Dellepiane actuó sin órdenes superiores; que era crítico del gobierno de Yrigoyen y había sido conectado por militares golpistas.¹² Tiempo después, los militares que constituyeron la Logia General San Martín fundamentaron la intervención de Dellepiane, entre otras razones, en que “los soldados y suboficiales por los menos de dos guarniciones habían estado formando ‘soviets’”.¹³ En definitiva, el Gral. Dellepiane le fue fiel a Yrigoyen, tanto en los acontecimientos de enero de 1919 –cuando fue presionado para que diese un golpe de Estado– como en 1922, cuando se creó la Logia General San Martín, opositora al radicalismo, y como en 1930, cuando se opuso al golpe uriburista.

Al día siguiente de su nombramiento, el Gral Dellepiane “reunió a la plana mayor de oficiales y les planteó: ‘Señores, si en el plazo de 48 horas no se restablece la normalidad y la situación se agrava, haré emplazar la artillería en la plaza Congreso, para atronar con los cañones la ciudad y el escarmiento será tan ejemplar que por 50 años nadie osará alzarse para perturbar la vida y la tranquilidad pública’. Y dio orden de hacer fuego sin previo aviso contra los huelguistas”.¹⁴ Un crucero y un acorazado des-

embarcaron 2 mil marinos para apoyar la represión. Se trajeron tropas de Salta. En 24 horas se concentraron miles de soldados, marinos y policías en la Capital Federal: más de 10 mil efectivos, según unos; más de 30 mil según Julio Godio. Fueron puestos bajo las órdenes del Gral. Dellepiane. El 13 de enero el gobierno firmó un decreto convocando bajo bandera a la clase 1897, que había sido dada de baja (alrededor de 20 mil soldados). La Marina se encargó de custodiar los tranvías y los servicios públicos. Dellepiane desplegó sus tropas en la Capital Federal con centro en la Plaza del Congreso. Simultáneamente, Yrigoyen buscaba la negociación con el ala moderada del movimiento obrero, la FORA del IX Congreso.

El paro era total. En los barrios, los obreros y particularmente los niños, rompían los focos del alumbrado público para que la oscuridad facilitase el enfrentamiento con la policía. Sólo se vendían los diarios obreros: *La Vanguardia* y *La Protesta*. Al mismo tiempo, el 10 de enero, se anunciaba el inicio de la guerra civil en Alemania y que los espartaquistas habían tomado varios edificios públicos: “Nuestro entusiasmo llegaba a la euforia”, escribió Domingo Varone.¹⁵

Las fuerzas en el movimiento obrero

El movimiento obrero estaba dividido. La FORA del V Congreso (dirigida por los anarquistas) impulsaba con todas sus fuerzas la huelga general, exigiendo, como condición para levantarla, la liberación de **todos** los presos políticos y sociales (lo que incluía la libertad de los anarquistas Simón Radowitzky –ajusticiador del Coronel Falcón– y Apolinario Barrera).¹⁶ Se negaba a limitar la huelga al pliego reivindicativo porque consideraba que los trabajadores “estaban para más” y creía posible una salida revolucionaria. “**El pueblo está para la revolución**” escribió *La Protesta* comentando el paro del 9 de enero.

Los sindicatos autónomos (Federación Nacional de Obreros y Empleados del Estado; Unión de Cocheros, Lacayos y Afines) llamaron a solidarizarse. En Nueva Pompeya una reunión de vecinos decidió el cierre del comercio y la industria.

La FORA del IX Congreso se había reunido por primera vez el 6 de enero. El 8, la Federación Obrera Marítima (FOM) adherida a esta central y que también estaba en conflicto, decidió parcializar el mismo y continuar la huelga sólo allí donde los patrones no aceptasen firmar el pliego de reivindicaciones. Se debilitaba, así, la posibilidad de generalizar los conflictos en curso uniendo a todos los gremios con reclamos pendientes. El día 9, el Consejo Federal de la FORA IX decidió, finalmente, llamar a la huelga general en repudio a la masacre perpetrada por la policía y convocó a todos los secretarios y delegados de sindicatos a una reunión el día 10, para fijar la duración y objetivos de la huelga. Además, pidió a la FOM la generalización del conflicto marítimo.

Yrigoyen, junto con las medidas para reprimir la huelga, inició negociaciones con la For a del IX, dado que tenía buenas relaciones con algunos de sus dirigentes –sindicalistas revolucionarios–, incluso una gran amistad con Julio Arraga. Encomendó al Dr. Elpidio González reunirse con Sebastián Marotta y otros dirigentes sindicalistas y les ofreció: primero, obligar a la empresa Vasena a aceptar las exigencias obreras, y segundo, liberar a los detenidos sin formación de proceso judicial. Se convinieron 24 horas de trámite. Yrigoyen buscaba aislar así a los anarquistas de la FORA del V. El 9 de enero a la noche se reunió el Consejo Federal de la FORA IX y aprobó las bases del acuerdo por 19 votos contra 6. Por el contrario, la FORA V decidió seguir con la huelga por tiempo indeterminado. Yrigoyen, mientras tanto, presionaba al empresario Alfredo Vasena para que hiciese concesiones a los obreros.

Bilsky destaca que los socialistas y sindicalistas poseían “el cuasi monopolio de dirección en los sindicatos de la industria del mueble y en la construcción de vehículos y en la rama de la imprenta”.¹⁷ Los anarquistas dominaban en la alimentación, la construcción, profesiones ornamentales (joyeros), y eran fuertes en el vestido; dirigían a los portuarios y estibadores y los gremios de conductores de carros y la Unión de Chóferes. En metalúrgicos, calzado, industrias químicas, se equiparaban las fuerzas de sindicalistas revolucionarios y anarquistas. Los sindicalistas revolucionarios lograron, en la segunda década del siglo, organizar a los ferroviarios y acercaron a sus posiciones a los dirigentes de la

Federación Obrera Marítima, con lo que la FORA del IX Congreso adquirió, luego de 1915, una gran fuerza. Los sindicalistas revolucionarios predominaban en los gremios en los que la mano de obra nacional era mayoritaria y, entre los dirigentes de la FORA del IX Congreso, los de nacionalidad argentina eran mayoritarios.

El Partido Socialista buscó, desde el inicio, levantar la huelga. En la tarde del 10 de enero, en plena huelga general, el Comité Ejecutivo del PS acordó plantear su levantamiento en un llamamiento publicado esa misma noche. Allí, con los mismos argumentos que habían usado los conservadores desde comienzos de siglo contra el movimiento obrero, hablaban de **“la desnaturalización que ha sufrido un sacrosanto movimiento de protesta obrera por la intromisión de factores extraños a la organización regular y normal de nuestros gremios”**. Así, sin plantear ninguna exigencia, levantaron una huelga que no habían iniciado.

En la reunión de la FORA del IX Congreso, algunos sectores propusieron continuar la lucha y darle objetivos más amplios. Esto hubiese sido clave para fortalecer la movilización y darle una orientación clara. Los delegados de los obreros del calzado exigieron la ley por las 8 horas de trabajo, la derogación de las leyes represivas de Residencia y de Defensa Social y reivindicaciones pendientes de varios gremios. Pero la dirección de la FORA del IX Congreso limitaba los objetivos de la huelga a los dos puntos acordados con Yrigoyen, pretextando que ésta era la condición para mantener en la lucha a los gremios autónomos. La FORA del V Congreso seguía planteando la liberación de **“todos los detenidos por cuestiones sociales”**. Pero los dirigentes de la For del IX cambiaron esta consigna por la de **“liberación de los detenidos por la huelga general”**. En la histórica reunión de esa central del 10 de enero a la noche, 19 gremios aprobaron las bases del acuerdo para levantar la huelga; 6 votaron incluir las reivindicaciones de los ferroviarios en el pliego a negociar; 3 votaron el programa de los obreros del calzado y 6 se abstuvieron.¹⁸

En la tarde del sábado 11 de enero una comisión designada por la FORA del IX Congreso se entrevistó con el Gral Dellepiane y luego con el presidente Yrigoyen. Poco después, el ministro del

Interior celebró una larga reunión con Alfredo Vasena, en la que éste aceptó el pliego de reivindicaciones de sus obreros. Luego, el jefe de Policía conferenció con la comisión obrera y prometió en nombre del Presidente la libertad de los presos políticos y les comunicó que la Casa Vasena aceptaba el pliego de condiciones. En consecuencia, los delegados obreros dieron por terminada la solidaridad con los huelguistas de Vasena y se comprometieron a publicar un manifiesto anunciando el fin de la huelga general. En una nueva reunión del Consejo Federal, el 11 de enero a la noche, se aprobó esto con 4 abstenciones. La posición de levantar la huelga general fue apoyada por **el Partido Socialista, el Partido Socialista Independiente (que dirigía el Dr. Alfredo Palacios) y el Partido Socialista Internacional**. La misma noche del 11, el gobierno y la prensa anunciaron el fin de la huelga general.

Los obreros siguen en las calles

Pero el llamado de la FORA del IX Congreso tuvo poco eco. Los sindicatos más importantes **siguieron en huelga** y ésta se generalizó nacionalmente: el paro ferroviario y el marítimo habían aislaban a la Capital Federal. En Rosario paraban los ferroviarios, los portuarios y municipales. En algunos casos, como en Mendoza, las luchas se habían iniciado antes que en la Capital. En Córdoba se realizó una huelga de 48 horas. El paro era grande en Bahía Blanca, Santa Fe, Mar del Plata –en donde hubo más de 300 detenidos, incluido el Consejo Municipal, que era socialista– y se extendió a los obreros de las máquinas trilladoras en el campo, al norte de la provincia de Buenos Aires y sur de Santa Fe, que exigieron mejores jornales y menos horas de trabajo. Hubo numerosos ataques a instalaciones ferroviarias en el interior. La huelga estalló en la vecina Montevideo y adquirió “**características violentas**”.¹⁹ El lunes 13 los obreros de Vasena **desconocieron** los acuerdos para levantar la huelga, coincidiendo con la dirección de la FORA V, que el 12 a la noche había ordenado continuarla.

Grupos de obreros armados seguían enfrentando el terror oli-

gárquico, defendiendo a la población trabajadora atacada por lo que el comisario Romariz llamó la “milicia blanca”. Esta estaba integrada por un gran número de jóvenes de la burguesía, que, con autorización del presidente Yrigoyen, fueron armados en el Departamento Central de Policía. La milicia de “niños bien” y defensores del gobierno “estableció su campo de operaciones en la **zona céntrica** haciendo una que otra alegre incursión en horas del día, nunca de noche, por algunas secciones de los suburbios”.²⁰ En el transcurso de esa semana hubo tiroteos entre huelguistas y policías en la calle Lavalle, entre Paso y Larrea; en Brasil, entre Piedras y Chacabuco; en Defensa y Martín García, enfrentando a efectivos de la Marina de Guerra, y en otros puntos de la ciudad. Hubo algunas acciones armadas con participación de masas y no sólo de grupos. Quinientas personas –muchas desarmadas– atacaron la comisaría 9a. para liberar a obreros presos. Allí hubo varios muertos. Fueron atacadas por grupos armados las comisarías 4a, 6a, 8a y 9a. “La Boca se constituyó (...) en uno de los baluartes del levantamiento. Dentro de ella, la zona comprendida entre las calles Patricios, Magallanes, las vías del F.C.S. y Martín García, era especialmente temida por la policía porque allí habitaba un crecido número de militantes obreros. Se la conocía con el nombre de ‘Tierra del Fuego’, pues varios de ellos habían sufrido cárcel en Ushuaia (...). La policía era atacada de improviso, desde las azoteas, los árboles y los zaguanes entreabiertos. Cuando agrupaban fuerzas y asaltaban un conventillo, los policías sólo se encontraban con mujeres y niños llorosos. Cuenta el oficial Romariz que él y la tropa a su mando se sentían ‘bloqueados’ (...).

‘Pensé que la revolución... tomaba las graves proporciones de una insurrección armada de todo el pueblo!’”.²¹ La comisaría 24 fue atacada en tres ocasiones por varios cientos de trabajadores, en su mayoría marítimos; asaltaron también las comisarías 12, 29, 30 y 32 y un camión con 20 policías en la esquina de Triunvirato y Malabia. En muchas esquinas se improvisaron barricadas con automóviles, carruajes y otros vehículos. Los niños hacían también sus propias barricadas. Se impuso la rebaja de precios en almacenes y panaderías de Boedo, Patricios y Pompeya. Hubo choques armados en Córdoba; en Chabás (provincia de Santa Fe)

se asaltó la comisaría. El suceso más grave ocurrió en el propio Departamento Central de Policía, cuartel general de las fuerzas represivas, en donde sus ocupantes, en medio de un caos total, se balearon entre sí y acribillaron a las viviendas vecinas durante más de media hora. Algo parecido ocurrió en el Correo Central. El supuesto asalto al Departamento Central de Policía –sobre el que tanto se escribió y del que se desvincularon presurosos los dirigentes de la FORA IX por “ser ajeno a los propósitos de protesta que persigue la clase obrera”– al igual que el conato de insubordinación de los agentes de la sección Tráfico, demostraron que existía “un clima especial entre la propia policía del Departamento Central”.²² “Se quemaron por las turbas desatadas infinidad de vagones de ferrocarril, de ómnibus, de coches de alquiler, de camiones y de automóviles” escribió Angel Carrasco, con asco oligárquico.²³

La represión

La represión al movimiento obrero fue brutal. Tanto en la Capital como en el interior. Se allanaron los locales donde funcionaban las asambleas y se detuvo a miles de huelguistas. Las fuerzas represivas actuaron con total impunidad apoyadas por grupos de civiles que cometieron todo tipo de atrocidades. Principalmente las patotas radicales y las bandas de “niños bien” que, pocos días después, se organizarían en la Liga Patriótica Argentina, dirigida por elementos destacados de la oligarquía. Oficiales de la Marina –encabezados por el contralmirante Domec García– en el Centro Naval, instruyeron militarmente a los miembros del “Comité Nacional de la Juventud”, que había agrupado a partidarios de los aliados durante la reciente guerra mundial; un movimiento “argentínista”, que tuvo como uno de sus principales dirigentes a Ricardo Rojas, y que el día 10 de enero se convirtió en la organización parapolicial “Defensores del Orden”. Se clausuraron los diarios *La Protesta* y *Bandera Roja*. Como vimos, en “el propio Departamento de Policía (...) personas ajenas al ejército y a la policía habían sido armadas y uniformadas y puestas al servicio de un movimiento de represión que se inició el viernes por la maña-

na”, al tiempo que “los teléfonos de las organizaciones gremiales y socialistas, lo mismo que el de los militantes conocidos, estaban intervenidos”.²⁴

Se desató una inmundada oleada de antisemitismo y numerosos “niños bien” recorrían los barrios humildes cazando “rusos” y “catalanes”, denominaciones con las que se unificaba, en el primer caso, a los judíos, eslavos y comunistas y, en el segundo, a los anarquistas. La escarapela, los brazaletes celestes y blancos y la denominación de “argentinos”, unía a los represores. El “nativismo” y el “patriotismo” se habían transformado en ideología de clase que agrupaba no sólo a grupos de terratenientes criollos sino también a hijos de inmigrantes que ocupaban puestos importantes en la clase media. Incluso la Federación Universitaria Argentina publicó en los diarios de la Capital, el 19/1/1919, una declaración en la que calificaba de “ingenuidad o ceguera” ver en “los acontecimientos luctuosos de esta Capital simples reivindicaciones de la clase trabajadora en uso de legítimos derechos, cuando los propios medios empleados y las declaraciones de los gremios respectivos, está evidenciando la existencia de tenebrosos designios, que, a la sombra del obrero, pueden entrañar la anarquía y la revolución social (...) proclamamos la necesidad de seleccionar al extranjero de acuerdo con leyes apropiadas que fijen las condiciones de admisión”. Y llamaba a “iniciar una campaña de intenso nacionalismo” dirigida a los trabajadores para “prepararlos contra el ataque de las ideas disolventes”.²⁵ Firmaron esta declaración, entre otros, Julio V. González (La Plata), Gregorio Bergmann (Córdoba), Angel Caballero (Santa Fe) y Gabriel del Mazo (Tucumán). La FUA tomó esta posición pese a que la Federación Universitaria de Córdoba había adherido al paro de la Federación Obrera Cordobesa del 12/1/1919. Pero la FUC era considerada “maximalista” por los dirigentes de la FUA.

El gobierno radical permitió que las organizaciones paramilitares funcionasen en las comisarías. En un mes se afiliaron más de mil oficiales del Ejército a esos grupos. Estos, al estilo de los programas que se hacían en la Rusia zarista, atacaban los locales de las organizaciones obreras judías. Según José Ingenieros, la responsable de la persecución antisemita fue una “sociedad semi-

secreta de estudiantes, ex alumnos de colegios jesuíticos, manejados por algunos sacerdotes que hacen política clerical militante al servicio de las clases conservadoras”.²⁶ La policía detuvo a Pedro Wald, un joven dirigente del “Bund” argentino (organización socialdemócrata judía del Partido Obrero Social Demócrata de Rusia) al que se acusó de ser “el presidente del Soviet de la República Argentina”. Se montó así un complot “maximalista” que, pasada la Semana Trágica, se fue evaporando y terminó en un proceso a Pedro Wald por “portación de armas”. El 19 de enero, bajo la presidencia del Contralmirante Domec García, se reunieron representantes del Centro Naval, el Jockey Club, las Damas Patricias, el Club del Progreso y los obispos Piaggio y D’Andrea y fundaron la **Asociación Patriótica Argentina**, para ser “guardiana” de la “argentinidad” (cooperando con las autoridades “para mantener el orden público”), inspirar en el pueblo “amor por el Ejército y la Marina”, “enfrentar las huelgas violentas”, etc. Surgió así, de los sucesos de enero, una organización profascista que jugaría un papel importante en las luchas sociales de los años futuros.

Jamás se supo el número total de víctimas de la Semana de Enero. Osciló de acuerdo a las fuentes entre 60 (según J.L. Romariz, uno de los comisarios que dirigió la represión) y 1.356 muertos y alrededor de 5 mil heridos (según fuentes diplomáticas de los Estados Unidos). El número total de muertos no se conoció nunca porque la policía incineró los cadáveres y negó su identificación a las familias. *La Protesta* habló de 700 muertos y más de 4 mil heridos. Las fuerzas de seguridad dispararon más de 100 mil tiros en relación a unos pocos centenares disparados por los huelguistas. Según *La Internacional*, en la Semana Trágica hubo el doble de muertos (800) y de heridos (4 mil) que en la Revolución Espartaquista de Alemania y muchos más que en la Insurrección de Octubre en Rusia.²⁷

Entre los muertos hubo niños “de los muchos que participaron en los sucesos”.²⁸ La participación de los niños en los enfrentamientos de enero, como en todo gran movimiento popular, fue notable (no hay que olvidar que **el 18 por ciento de la mano de obra industrial de la Capital Federal eran niños**).

El total de detenidos en todo el país, según *La Protesta*, llegó a

45 mil. Escribió Pedro Chiaranti que “pocas familias de Pompeya no sufrieron la pérdida de uno o más seres queridos”.²⁹

La huelga continuó

La empresa Vasena concedió a sus obreros la jornada de 8 horas y un aumento, que iba del 20 al 40 por ciento –según el monto de los jornales–, un 50 por ciento de aumento para las horas extras y 100 por ciento para la jornada de trabajo en domingo. Se abolió el trabajo a destajo y se reincorporó a los cesantes. El gobierno se comprometió a liberar a los presos por el conflicto (más de 5 mil) y desocupar los sindicatos ocupados por la policía. Se decidió reanudar el trabajo el 20 de enero. Los obreros, como escribió con odio Estanislao Zeballos “se retiraron ensoberbecidos, pensando que se habían impuesto al gobierno; e hicieron nuevas publicaciones revolucionarias, exaltando a la lucha armada”.³⁰ La FORA V siguió siendo reprimida con saña y *La Protesta* recién pudo reaparecer en octubre. El gobierno logró, entre el 11 y el 13 de enero, dividir a la clase obrera, apoyándose en la dirección reformista de la FORA IX, y aislarla de la pequeña burguesía de nacionalidad argentina. Lo hizo excitando el nacionalismo, la xenofobia y el temor a los bolcheviques y la revolución social.

Pero la huelga continuó en numerosos gremios (principalmente ferroviarios) llegando a paralizar Rosario, Mar del Plata, Avellaneda y otras ciudades. La agitación en el orden nacional, principalmente por la propagación de la huelga ferroviaria, hizo temer a la burguesía una huelga general revolucionaria. En la provincia de Santa Fe, el movimiento fue muy intenso e incluso se adelantó a los sucesos de la Capital Federal ya que, desde mediados de octubre del '18 habían ido a la huelga, entre otros gremios, los metalúrgicos, gráficos, municipales, conductores de carros de plaza, estibadores, peluqueros, vendedores de diarios, maestros, y hubo en diciembre una combativa huelga de policías de Rosario, a quienes se debían nueve meses de salarios y exigían el reconocimiento de una sociedad gremial de empleados y agentes de la policía. Los huelguistas argumentaban que “los agentes de policía pertenecen a la clase desposeída cuyos intereses les son comunes”

y, “en adelante, se abstendrán de intervenir en los conflictos entre el capital y el trabajo”. Hubo incluso un enfrentamiento armado con los policías en huelga, que dejó el saldo de dos muertos y más de 20 heridos. La Federación Obrera Rosarina declaró una huelga general que se cumplió el 11 de diciembre, en solidaridad con la huelga de la policía. Se llegó a enero en un ambiente caldeado por esos hechos y por la huelga de los maestros y los empleados de panadería. Los sucesos de enero del '19 en Buenos Aires conmovieron a la provincia ya agitada por el paro ferroviario, agravado por el paro portuario. El gobernador Lehemann pidió el auxilio de las tropas nacionales. Los obreros rurales santafesinos multiplicaron sus organizaciones gremiales y, en enero del '19, desplegaron una gran lucha –con choques con la policía, muertos y heridos– en el departamento Constitución, especialmente en Máximo Paz; en el departamento General López; en la zona rural de Rosario y de San Lorenzo; en los departamentos de Iriondo, de Belgrano y de Caseros.³¹

Durante la Semana Trágica, en Córdoba se fue a la huelga general, apoyada por la Federación Universitaria (FUC). Los grupos parapoliciales atacaron y ocuparon, junto con fuerzas policiales, el periódico *La Voz del Interior*. La expresión más alta del movimiento obrero se dio en Cruz del Eje, en donde una asamblea de ferroviarios proclamó el 11 de enero “la huelga general revolucionaria”. Los obreros ocuparon la ciudad enarbolando banderas rojas, proclamando la utilidad pública de los alimentos (carne, pan y leche) y organizando un sistema especial para su distribución. Los huelguistas se hicieron fuertes en la estación de trenes, tomando rehenes e incendiando depósitos. La policía fue desbordada, por lo que la ciudad fue ocupada por el Regimiento 15 de Infantería con asiento en La Rioja, terminando así con el “Soviet de obreros de Cruz del Eje”. En los combates murieron dos obreros ferroviarios y un funcionario del Registro Civil. El jefe del movimiento, el ferroviario Giasantti, fue detenido y enviado a Córdoba. Los insurrectos fueron estimados entre 700 y 1.000.³² El año 1919 fue de gran agitación obrera en las ciudades y en el campo de Córdoba.

Una idea de la situación que reinaba en todo el país la dan los

acontecimientos de Santiago del Estero: “Se inicia el año 1919 con una huelga revolucionaria en Buenos Aires que tiene repercusión en nuestra provincia y nuestro pueblo se inquieta el 11 de enero porque está incomunicado con Buenos Aires por telégrafo y por ferrocarril (entonces, únicos medios normales de comunicación). Hay presagios de tragedia. Reina calma aquí (...) los obreros ferroviarios en huelga siguen tranquilos (...). En Añatuya se declara la huelga en los ferrocarriles del Estado y los huelguistas prenden fuego a una partida de combustible; 100 vagones y 20 locomotoras son inutilizadas, mientras el jefe de estación es herido”.³³

Torcuato Di Tella, que ya tenía en sociedad una empresa metalúrgica que fabricaba amasadoras de pan, contó en una carta a un amigo que en mayo de 1919 los obreros de su taller aún seguían en huelga por una parcialización del conflicto, y que la situación era muy mala porque se sumaban “desde hace cuatro meses huelgas sobre huelgas, con contornos de bolcheviquismo et similia. El taller está cerrado desde hace cuatro meses y como si esto no bastase nos han decretado el boycott que no sé cuando terminará”.³⁴

La agitación social continuó en los meses siguientes. Se unieron, en el primer semestre de 1919, grandes luchas campesinas. En abril, antes del 1º de mayo, una huelga agraria conmovió a la provincia de Santa Fe (los arriendos se llevaban entre el 30 y 40 por ciento de las cosechas). En 1920-1921 el movimiento agrario sería tan fuerte en esa provincia “que se dio el caso de pueblos tomados por los campesinos”.³⁵ Creció también por esos años, como vimos, el movimiento huelguístico y la organización de los obreros rurales, que protagonizaron, durante 1919, verdaderas puebladas en muchas localidades de la pampa húmeda. Ya el 14 de enero, en San Pedro, centro del movimiento de los trabajadores rurales en el norte de la provincia de Buenos Aires, 1.200 obreros de trilladoras triunfaron en sus reclamos. El movimiento fue enfrentado por la policía y el Ejército y también se organizaron, pueblo por pueblo, las fuerzas parapoliciales de la Liga Patriótica u organizaciones semejantes.

Durante ese año hubo luchas importantes de trabajadores rurales, algunas con muertos y mucha violencia, en San Pedro, Pergamino, Ramallo, O’Brien (allí la Federación Agraria de Resis-

tencia presentó un pliego conjunto de rurales y chacareros pobres a “los señores feudales”), Tandil, Carmen de Areco, Carhué, Capi­tán Sarmiento, Chivilcoy, González Chávez, Bolívar, Tres Arroyos, y todo el sur de la provincia de Buenos Aires. Este, convertido en un hervidero gremial, fue el centro de la lucha de los rurales a fines de 1919, con grandes movilizaciones que incluyeron quemas de parvas y tomas de comisarías para liberar presos, y llevaron al gobierno radical –a Yrigoyen en persona– a movilizar al Ejército.³⁶

La agitación obrera llegó al Alto Valle de Río Negro y fue muy intensa en Comodoro Rivadavia. Aquí, los obreros petroleros habían ido a la huelga en 1917 por las ocho horas y aumento de salarios, creando la Federación Obrera Petrolera. En 1918 triunfaron en una huelga por mejores condiciones de trabajo. En Comodoro Rivadavia se organizaron los estibadores, panaderos, ferroviarios, gastronómicos y la Federación de Troperos Unidos y, en

1919, después de las luchas de la Capital Federal, hubo un gran movimiento de huelgas.³⁷

Antes del 1º de Mayo de 1919 corrían todo tipo de versiones alarmistas con motivo del festejo del Día de los Trabajadores. A instancias de Hipólito Yrigoyen, hubo un intento de negociación con la FORA IX. En casa de José Ingenieros se realizó una reunión –que generó una ola de comentarios durante años– con la participación, entre otros, del ingeniero Manuel J. Claps (hombre de confianza de Yrigoyen), los doctores Julio Arraga y Emilio Troise (allegados a la mencionada FORA), y el Dr. Daniel Infante, agrarista de origen anarquista. Ingenieros propuso allí un programa de “grandes reformas sociales” para “transformar el régimen capitalista en un régimen socialista”. Yrigoyen ni siquiera concretó una próxima reunión para discutir tales propuestas.³⁸

Posiciones frente a la violencia

La posición en torno a la violencia de las diferentes fuerzas que participaban en la lucha es esclarecedora de las tendencias más profundas que dividían al movimiento obrero. El Partido Socialista Internacional no sólo adhirió a la decisión de la FORA IX

de levantar la huelga, sino que declaró que apoyaba esa decisión “con su mayor entusiasmo” y llamó a los trabajadores “a su estricto cumplimiento”. (Dicho sea de paso, la FORA IX tampoco los había consultado para tomar esa resolución, ya que, como no se podían hacer asambleas, consideraba que eso no era posible). El PSI, además, planteó que “los actos producidos en el Correo y el Departamento de Policía (...) no respondían a la finalidad del movimiento y que por restarle simpatía no pueden provenir de huelguistas auténticos”.³⁹ Aclararon, posteriormente, que el mencionado comunicado tenía un punto condenando la actitud de la policía y de los “guardias blancos” que no publicó ningún diario y que los hechos le dieron la razón respecto del asalto al Departamento de Policía y al Correo, porque el primero lo había hecho la misma policía y el segundo había sido un alboroto causado por los empleados del Correo.⁴⁰ Aquí, el que sería Partido Comunista de la Argentina, reveló su matriz justista, de cuyos rasgos ya no podría desprenderse en el futuro.

Los anarquistas señalaron: “Nosotros no hicimos ninguna declaración de ésas, como lo hicieron *La Vanguardia* y la Junta Ejecutiva del PS y del Partido Socialista Internacional ‘que no se solidarizan con los actos violentos o de reacción’ que ejercía el proletariado. No, nosotros aplaudimos el gesto del pueblo, y lo alentábamos para que prosiguiera y ojalá hubiera llegado adonde quería”.⁴¹

Los anarquistas

Los anarquistas fueron los principales impulsores de la lucha durante la Semana Trágica. En el movimiento anarquista predominaban los anarco-comunistas llamados “organizadores”, porque eran partidarios de una cierta centralización de la propaganda y del desarrollo de organizaciones proletarias como las Sociedades de Resistencia. *La Protesta* expresaba a la mayoría del movimiento anarquista. Los anarquistas dirigían LA FORA del V Congreso. Tenían un peso importante en la Federación Obrera Rusa de Sudamérica, en la que también participaban inmigrantes bolcheviques como Komin Alexandrovski, quien, como vimos,

desempeñó un papel importante en la relación con la Tercera Internacional.⁴² La Federación Obrera Local de Buenos Aires de la FORA V tenía, al 1º de Mayo de 1919, 23.713 afiliados. Nacionalmente, la FORA del V Congreso llegó a tener para su Primer Congreso Extraordinario, en septiembre-octubre de 1920, sindicatos con 180 mil afiliados. En ese Congreso, como símbolo de su simpatía por la Revolución Rusa, pasaron a llamarse FORA Comunista. Otra corriente simpatizante de la Revolución Rusa fue la de los anarquistas “individualistas”.

Los anarquistas eran partidarios de la acción directa: la huelga, la huelga revolucionaria, el boicot y el sabotaje, considerando a estas formas de lucha principalmente como experiencias educativas y ensayos revolucionarios, más que como instrumentos para objetivos inmediatos. Su organización era federalista y no eran clasistas sino partidarios de la “revuelta popular”, que sería la Revolución Social. Concebían a ésta como un levantamiento súbito y espontáneo de los oprimidos, que casi no encontraría resistencia porque, en ese momento, también los soldados –hijos del pueblo– “cambiarían de hombro” su fusil y se plegarían a la revolución.

En la FORA IX, junto con los sindicalistas revolucionarios, participaban anarquistas partidarios de la independencia de los sindicatos respecto de los grupos y partidos políticos y de que éstos se declarasen ideológicamente neutrales. Algunos de estos sectores anarquistas terminaron disolviéndose en el sindicalismo revolucionario.

Los anarquistas, junto con los socialistas internacionalistas, defendían la Revolución Rusa. Consideraban a los bolcheviques (o “maximalistas”, como se los llamaba entonces) como un “bloque de izquierdas revolucionarias”. Aunque *La Protesta* criticaba a los bolcheviques por deslizarse a un estatismo contrario al ideal anarquista, la mayoría de los militantes anarquistas se autollamaban “maximalistas”. Hacían propaganda de la Revolución Rusa y recababan solidaridad con ella. Estimulados por la oleada revolucionaria mundial consideraban inminente el estallido de la revolución en la Argentina. **“La Revolución Social es ya un hecho, nadie discute su necesidad”; “Falta sólo la mano**

audaz que la provoque, el brazo atrevido que dé, con éxito, el primer piquetazo demoledor”.⁴³ Algunos anarquistas llegaron a aceptar la tesis de la dictadura del proletariado (editaron el periódico *Bandera Roja*, en 1919, que llegó a tirar 20 mil ejemplares). En este grupo participaban militantes rusos. Su principal ideólogo era Santiago Locascio. En el segundo semestre de 1919 este sector pro-bolchevique llegó a tener un gran peso en la dirección de la FORA V.

“Esperaba la revolución. Por eso estaba con el anarquismo. Y en la Semana Trágica muchos creímos que era posible. Pero entonces nos dimos cuenta de que se hablaba de la Revolución, pero no se tenía nada preparado para ese momento. No había organización. No había armas. Sólo algunas escopetas viejas. Allí me desilusioné del anarquismo”.⁴⁴ Sólo desde ese punto de vista, referido a las esperanzas y objetivos subjetivos de una gran parte de la masa obrera, se podría aceptar la opinión de Edgardo Bilsky: **“Las jornadas de enero de 1919 (...) cierran el período insurreccionalista del proletariado argentino”.**⁴⁵ En la Semana Trágica no hubo **ninguna organización** que preparase una insurrección armada con lo que ésta requiere, mínimamente, en decisión y medidas político-militares. Sí se puede decir que la Semana Trágica marcó **“el punto culminante de la influencia –más o menos difusa– de las consignas anarquistas sobre las masas obreras argentinas”.**⁴⁶

Una masa sublevada

La Semana de Enero de 1919 fue parte de un período de extraordinario auge revolucionario de masas, influenciado por la oleada revolucionaria mundial. En 1919 hubo 367 huelgas. “El conflicto social adquirió extraordinaria agudeza (...) vive la clase obrera argentina momentos de gran exaltación”.⁴⁷ La clase obrera argentina, que venía de un trabajoso proceso organizativo desde el siglo anterior y de protagonizar gigantescas y heroicas luchas desde 1902, que había sufrido la sangría represiva de 1910 –y se había recuperado de ella, trabajosamente– dio en enero de 1919 una muestra cabal de sus potencialidades revolucionarias. To-

das las clases sociales tomaron debida cuenta de ello. El inicio del movimiento fue relativamente espontáneo. Relativamente, porque como escribió Antonio Gramsci, no existe en la historia la espontaneidad “pura”; de existir, “coincidiría con la ‘pura’ mecnicidad”.⁴⁸

La huelga de enero estaba abonada por aquellas heroicas tradiciones, el crecimiento de la organización sindical y la influencia del anarquismo y del naciente comunismo. El 9 de enero de 1919 las masas fueron dueñas de las calles de la ciudad de Buenos Aires y ganaron la iniciativa. Pero el día 10 la perdieron. “Con un poco de organización **los anarquistas habrían hecho La Comuna; por dos días fueron dueños de toda la ciudad.** Después... el ejército y el gobierno dieron armas a todos los comités políticos **radicales**”, escribió José Ingenieros a su padre.⁴⁹ Al carecer de una dirección revolucionaria, la masa se dividió y fue traicionada por el socialismo reformista y el sindicalismo revolucionario, quienes, en pleno auge de la huelga, tocaron a retirada. La desertión de los reformistas estimuló la represión al pueblo. El sector más oprimido del proletariado, concentrado en el interior –azucareros, mensúes, obreros forestales y la mayoría de los obreros agrícolas, entre otros– no fue conmovido –en ese momento– por la huelga. El campesinado tampoco. Las capas medias, incluido el estudiantado, se mantuvieron apartadas o se opusieron, como vimos en la posición de la FUA. Sólo en los barrios obreros sectores importantes de las clases medias los apoyaron, pero, en general, la pequeña burguesía urbana fue pasiva y terminó apoyando al gobierno y a los sectores oligárquicos que se montaron en sus prejuicios nacionalistas y racistas. Hay que tener en cuenta que en esos años “la sensibilidad social de las clases dirigentes y sobre todo de los patrones del comercio y de la industria era infinitamente más limitada que en la actualidad”, escribió Nicolás Babini en 1967.⁵⁰

“La **Semana** fue una especie de **Cordobazo**, pero de mayores proporciones; igual que en 1969 nadie organizó las acciones, los dirigentes fueron rebasados por las masas y las fuerzas del orden supieron lo que era el miedo”, afirmó el dirigente anarquista Diego Abad de Santillán⁵¹ Abad de Santillán también reconoció

que “faltó capacidad para canalizar la energía del pueblo y poder ofrecerle objetivos revolucionarios inmediatos”.⁵²

En las condiciones mencionadas, sin dirección ni objetivos claros, las masas volcaron sus energías en acciones dispersas. Quedaron desacreditadas, definitivamente, las tácticas anarquistas y se abrió paso al predominio del sindicalismo reformista. Julio Godio saca de aquí una conclusión lógica en quien renegó de la revolución: según él esto sucedió porque “lo predominante en las clases populares era lograr democratizar económica y socialmente el orden existente y no derribarlo”.⁵³ El anarquismo inició allí el camino hacia su desaparición. Cuando en 1930 la FORA se opuso a llamar a la huelga general, argumentando que no le interesaban los problemas políticos sino la lucha puramente económica, selló su destino.⁵⁴

Aunque le sirvió para encubrir una línea economicista, fue correcta la conclusión de un editorial del sindicalismo revolucionario sobre la Semana Trágica: **“La espontaneidad (...) suele ser siempre más hermosa que eficaz”**, en tanto que **“la revolución (...) es apremiante cuestión de organización. Trabajar por ésta es trabajar por aquélla”**.⁵⁵

En las elecciones de marzo de 1919, en la Capital Federal, el Partido Socialista Internacional tuvo muy pocos votos. Aquí votaban los extranjeros, muchos de los cuales lo hacían por el socialismo. Los radicales, que habían sido derrotados en octubre de 1918 por los socialistas, pese a la represión de enero, ganaron por unos 3 mil votos de ventaja. “¡Don Hipólito para todo el mundo!”, escribió Osvaldo Bayer.⁵⁶ Como se ve, la falta de articulación del combate social con la política electoral –cosa que tanto preocupa hoy a la socialdemocracia– tiene historia en la Argentina.

La llamada Semana Trágica de enero de 1919, junto con la lucha de los obreros de La Forestal y la gigantesca huelga de Santa Cruz, en 1922, marcaron los puntos de apogeo del período de auge que había comenzado en 1917, y, más globalmente, el fin del período iniciado con la huelga general de 1902. Un período en el que lo fundamental del proletariado fue dirigido por el anarquismo, el sindicalismo y el socialismo reformistas. Había madurado la necesidad de una nueva organización sindical y de un partido de

vanguardia de la clase obrera, orientado por la doctrina marxista-leninista, un partido capaz de conducir al triunfo a la revolución argentina.

El Partido Socialista Internacional en la Semana Trágica

Los militantes del joven Partido Socialista Internacional jugaron un rol activo durante la Semana Trágica. El partido dirigía algunos gremios y tenía cinco miembros (sobre quince) en el Comité Ejecutivo de la FORA IX. Los socialistas internacionales habían adherido a la FORA del IX en su X Congreso, realizado el 29, 30 y 31 de diciembre de 1918. José Penelón fue uno de los presidentes de ese Congreso. Adhirieron, como dice E. Corbière “a pesar de sus discrepancias con los sindicalistas sorelianos a quienes consideraban reformistas. El objeto era trabajar por la unidad del movimiento obrero”.⁵⁷ Integraron la dirección nacional de la FORA sindicalista, los miembros del PSI José Penelón, Carlos Poggi, Manuel González Maseda, Pedro Vengut y Francisco Docal.

El meollo del análisis que el núcleo hegemónico en la dirección del Partido Socialista Internacional hizo, años después, ubicó a los acontecimientos de enero del '19 como el producto de la **“reacción patronal”** a la que el proletariado **“no estaba en condición de afrontar”**. Y en cuanto al papel del PSI en esos hechos, la dirección subrayó que el partido **“no estaba conformado políticamente y distaba de poseer influencia decisiva, ni mediana, sobre las masas”**.⁵⁸ Esto último era así, pero no explica la línea del PSI ante los acontecimientos; línea marcada por los lastres que arrastraba esa dirección de su anterior militancia en el Partido Socialista, en cuatro aspectos claves: 1) el menosprecio al movimiento espontáneo de las masas; 2) el sectarismo ante los anarco-comunistas; 3) la posición pacifista frente a la violencia de las masas; 4) la lentitud para apoyarse en las formas organizativas revolucionarias que generaba el movimiento espontáneo de las masas y generalizarlas.

Según el *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*, “La FORA del IX y la FORA del V declararon su soli-

daridad con el movimiento espontáneo de las masas y el Partido Socialista Internacional declaró su plena solidaridad con ellas, mientras el Partido Socialista adoptaba una actitud reticente”. Declarada la huelga general, el PSI lanzó un manifiesto que exigía al gobierno “retirar las fuerzas armadas del Ejército y de la Policía de los lugares públicos” y terminar la huelga, según proponía la FORA, “mediante la admisión de todos los obreros despedidos y la libertad de todos los presos por causas sociales”. Según el *Esbozo...* la huelga “terminó con una transacción entre el gobierno y la FORA del IX. Esta se comprometía a levantar la huelga general (lo que se hizo efectivo el sábado 11) y el gobierno a poner en libertad a los presos y a reabrir los locales de los sindicatos”.⁵⁹

El *Esbozo...* califica al movimiento de las masas como espontáneo, lo que en parte es cierto, pero lo hace ignorando totalmente el rol jugado por la Sociedad de Resistencia Metalúrgicos Unidos, la FORA V y las organizaciones sindicales que luego generalizaron la solidaridad obrera y popular. En esto se asemeja al análisis de José Ingenieros, quien calificó a la huelga de “un tanteo de principiantes”, que no se podía comparar con la “formidable huelga de un millón de obreros ocurrida simultáneamente en Inglaterra”.⁶⁰

La dirección del PSI, correctamente, puso el centro de la violencia desatada con la huelga en las provocaciones patronales y en el accionar de las bandas armadas de la Asociación del Trabajo; pero asignó a la acción del movimiento obrero un simple papel de reacción espontánea ante la represión patronal-policial. Casi 30 años después la dirección del PCA absolvió de responsabilidad al gobierno de Yrigoyen como generador de la represión e incluso de la pasividad ante los progroms antisemitas; ocultó que la huelga general siguió luego del acuerdo del gobierno con la FORA del IX y que la masa obrera, incluso los obreros de Vasena, desconocieron ese acuerdo; no mencionó la extensión nacional del movimiento y no dijo que la dirección del PSI apoyó la “transacción” de la FORA del IX con el gobierno y el levantamiento del paro que hizo ésta, en un comunicado que publicó *La Prensa* el 13 de enero. En ese comunicado informaba que “el Comité Ejecutivo del PSI” ha resuelto “apoyar la amplia proposición de resolver la huelga hecha por la FORA” y se “solidariza con dicha resolución

de volver al trabajo”, haciendo la salvedad de que no se solidarizaba con los actos producidos en el Correo y en el Departamento de Policía porque “esos hechos no responden a la finalidad que se perseguía con el movimiento huelguista”.

Durante la huelga la policía detuvo y golpeó bárbaramente a Cayetano Oriolo y allanó la casa de José Penelón. Este pidió y obtuvo garantías como miembro del Comité Federal de la FORA X.⁶¹

El análisis y el debate posterior en el PSI

En enero de 1919 el PSI era un joven partido marxista revolucionario. Su juventud y debilidad orgánica, política e ideológica, parecieran bastar para explicar su poca incidencia en los hechos de la Semana de Enero. Pero eso no significa que el Partido no debía hacer un análisis detallado y un debate sobre la experiencia a sintetizar de esos hechos, un estudio minucioso de esos acontecimientos que marcaron el cenit del movimiento obrero argentino en la primera mitad de siglo, y analizar la línea que tuvo el Partido en esa huelga. Sobre todo cuando algunos de sus dirigentes ocupaban cargos de dirección y tenían influencia en la dirección de la FORA del IX Congreso. Además, estaban rodeados de la aureola de prestigio y admiración que suscitó en las masas explotadas la Revolución Rusa, de la que aparecían como sus principales heraldos y defensores.⁶² Marx y Engels, respecto de la Comuna de París, y Lenin respecto de la Revolución Rusa de 1905, demostraron la importancia que tenía para el movimiento práctico ese análisis sobre una revolución derrotada. Un tal tipo de análisis le hubiese permitido al joven Partido argentino sintetizar las ricas enseñanzas que surgían de esa lucha gigantesca. El marxismo, como escribió Lenin: es **un resumen de la experiencia**, iluminada por una profunda concepción filosófica del mundo y por un rico conocimiento de la historia.⁶³ Esto obliga a los marxistas-leninistas a estudiar las luchas del movimiento obrero para comprobar y enriquecer la línea política y poder integrarla con el movimiento real.

Es posible que en la falta de un análisis profundo de las huelgas de enero de 1919 haya incidido la mentalidad eurocentrista que

muchos dirigentes del PSI traían de su vieja militancia en el PS, y el deprecio, típico de la socialdemocracia, a la espontaneidad de las masas, como señalamos en el caso de José Ingenieros. Pero el debate sobre los acontecimientos de enero de 1919 y sobre la línea del PSI en ellos, siguió, durante muchos años, agitando las aguas de la vida interna del Partido. El IV Congreso de la Internacional apoyó a la dirección del Partido Comunista de la Argentina en la expulsión de “un grupo indisciplinado” que, criticando la línea del Partido en la Semana Trágica y en la huelga de peones rurales de Santa Cruz, había enviado a Moscú a Cosme Gjivoje y a Pedro Presa a protestar ante el Comité Ejecutivo de la Internacional.

La corriente de izquierda, luego llamada “chispista” (por editar el periódico *La Chispa*) y que era calificada por la tendencia de Codovilla-Ghioldi-Penelón como “verbalista revolucionaria”, señaló que entre los años 1918 y 1920 la dirección del PSI estuvo colocada en una posición de derecha, “pacifista, socialdemócrata y reformista”.⁶⁴ Cayetano Oriolo, que dirigió, inicialmente, la mencionada corriente de izquierda, daba como prueba de ello las posiciones reflejadas en la *Historia del socialismo marxista en la República Argentina* (que comentamos en el capítulo anterior), la plataforma electoral del PSI en las elecciones de 1918 y la línea del Partido en la Semana Trágica. Victorio Codovilla, en su artículo “Partido monolítico o conjunto de fracciones”, defendió la plataforma municipal de 1918, explicándola por la “situación política del momento” y porque “cumplió nuestro propósito de explicar nuestro concepto político de municipio”.⁶⁵ Respecto de la Semana Trágica, Oriolo criticaba a la dirección del PSI no haber planteado una consigna de conquista del poder, ni la constitución de los consejos de fábrica.

Según *La Internacional*, inicialmente fue “[Jacobo] Brun el que planteó que se debió lanzar la consigna de la toma del poder”, consigna “inspirada por Angélica Mendoza”, pero los otros “chispistas” (según *La Internacional*) no la apoyaron. “Ahora –agrega– los chispistas reeditan esos argumentos”.

Ya vimos la crítica –justa– que hicieron los anarco-comunistas de la posición del Comité Ejecutivo del PSI ante la violencia de masas. La corriente de derecha del PSI, como veremos más

adelante, fue derrotada en 1922. Sin embargo, Victorio Codovilla, Rodolfo Ghioldi y José Penelón, ante el ataque “chispista” (dejando de lado la corrección o incorrección de las consignas que éstos planteaban) defendieron en bloque a la mencionada *Historia...*, que tiene evidentes incrustaciones socialdemócratas, y la línea del PSI en la huelga de enero de 1919.

¿Cómo plantear la consigna de la toma del poder y de los consejos de fábrica en 1919 si éstos “recién se aprobaron en un Congreso de la Internacional Comunista de 1920?” (sic), preguntó Victorio Codovilla en un artículo en *La Internacional*.⁶⁶ Pero la razón de fondo que, según Codovilla, justificó la línea del Partido en esos acontecimientos, fue que la ofensiva no la inició el proletariado: “fue una reacción patronal que el proletariado no estaba en condiciones de afrontar (...) la masa obrera estaba totalmente desconcertada, porque tampoco había previsto la ofensiva capitalista”, y “debido a la violencia de la misma no pudo reunirse –a excepción de sus cuadros dirigentes– en forma periódica para unificar su acción”. Si se hubiesen lanzado esas consignas no se las hubiese podido “llevar a las masas porque éstas no podían reunirse” y no había un objetivo determinado para la lucha “porque [el proletariado] fue llevado a ella sin provocarla” (obsérvese que Codovilla oculta la plataforma para la huelga de la FORA del V Congreso y los esfuerzos de ésta por generalizar la lucha de Vasena en torno a reivindicaciones que interesaban al conjunto del movimiento obrero). Según *La Internacional*, el periódico *La Chispa* acusó a la dirección del PSI de “dejar pasar de largo a la masa, espontáneamente sublevada”. Esto indignó a los dirigentes del PC: “¿Nada menos que sublevación de las masas obreras!? ¿Sublevación contra quién? Contra la burguesía, ciertamente”. Lo que planteaba *La Chispa* era un error, según *La Internacional*, “grosero y completo” porque “aquello fue una provocación perfectamente planeada por la burguesía para dar lugar a la reacción que siguió”.⁶⁷

Palabras más, palabras menos, esta conclusión del Partido Comunista sobre la Semana Trágica coincide con las posiciones del Comité Ejecutivo del Partido Socialista. Este dijo que, por carecer de “intervención y control en la huelga, sus fines y sus medios,

no podía aconsejar a los obreros socialistas continuar en el movimiento” y lanzó un manifiesto al pueblo trabajador, fechado el 11 de enero de 1919, donde afirmaba que consideraba “conveniente la cesación del actual estado de cosas, con el reconocimiento, al volver al trabajo, de sus más justas y altas reivindicaciones”.⁶⁸ El periódico *La Chispa*, del Partido Comunista Obrero, en su edición del 4/12/1926 dice que el PC no tomó parte en el movimiento de los obreros de la carne de 1917, ni en la gran huelga de La Forestal de los años '18 y '19 y “no tuvo tampoco influencia orientadora en los acontecimientos de la Capital, que culminaron en la semana de enero del '19, por más que sus dirigentes estaban al frente de la FORA”. Ante esta acusación *La Internacional* contestó, como vimos, argumentando la poca influencia que tenía entonces el Partido en las masas (“argumento que no usaban para pedir anti-güedad desde el año 1917 en la IC”, retrucó *La Chispa*).

La Chispa recordó también que Penelón, en 1919, era miembro del Consejo de la FORA y por su posición “estaba en condiciones de influir en forma decisiva en la orientación de la FORA”, pero, “durante los acontecimientos, Don José F. Penelón desapareció de escena y no sólo no dio directivas, que ni siquiera concurrió a la FORA, ni apareció en la calle, actitud idéntica a la empleada en la llamada ‘semana de mayo’. Estuvo, dicen, en un ‘escondite proporcionado por Marotta’, mientras Greco, Miranda, González, Zibechi estaban en el movimiento”.⁶⁹ Luego, *La Chispa* del 29/1/1927 fue a la polémica de fondo con la posición del PC durante la huelga, planteando que se estaba, entonces, en un período de **ofensiva** obrera, que había empezado “a fines de 1917 y termina a fines del año 1920”. Este período, agregó, coincidía con el desmoronamiento de la dirección anarquista, incapaz de dirigir a las masas obreras, movilizadas por necesidades económicas profundas, pero el PSI “desconocía las necesidades económicas” e “ignoraba a la burguesía”. *La Chispa* detalla la huelga y se mofa de la teoría de la dirección del PC sobre “la provocación perfectamente planeada”, cuando se había conocido “la desorganización completa, que existía en las comisarías y en la central” que, ante la magnitud del movimiento y temiendo un asalto, a cada momento se hacían fuego entre ellos mismos. Tan “perfectamente planea-

da”, ironizaba *La Chispa*, que el gobierno tuvo que echar mano a última hora de la noche del general Dellepiane para que se encargara de la policía. Tan “perfectamente planeada” que por horas estuvo sitiada la casa de Vasena, y la Liga Patriótica se formó dos días después del entierro. Había sido al revés, decía *La Chispa*: Vasena se había resistido a la ofensiva obrera. La burguesía había llegado a esto sin esperarlo ni prepararlo. Y el proletariado había mantenido su ofensiva hasta 1920. El proletariado “careció de dirección y de organización”. La FORA y el PSI fueron incapaces “de dar ninguna orientación (...) la reacción que siguió fue dictada por el miedo y por el terror burgués”. En esa época los metalúrgicos consiguieron sus salarios de 7 pesos y se organizaron los textiles, recordaba *La Chispa*.

El análisis del PC

Es digno de comentario el análisis que la dirección del PC hizo de la Semana Trágica, treinta años después, en el *Esbozo...* Los acontecimientos de esos días son descriptos en una nota al pie de la página 39 con las siguientes palabras: “La oligarquía y el gran patronato nativo y extranjero se proponían detener el ascenso del movimiento de masas y destruir la organización sindical del proletariado argentino y, al mismo tiempo, desprestigiar al gobierno democrático de Yrigoyen. Con ese fin urdieron una provocación contra obreros en huelga y comprometieron al gobierno de Yrigoyen a reprimir sangrientamente al movimiento obrero”.⁷⁰

Pedro Chiarante, dirigente del gremio de la construcción y cuadro histórico del Partido Comunista, en su libro de *Memorias* explica cómo la oligarquía, que no había perdido el poder económico, “amenazaba y constreñía al gobierno radical y escarmentaba a la clase obrera, en tanto anticipaba a las fuerzas radicales lo que habría de acontecerle poco más adelante. Hipólito Yrigoyen y sus colaboradores no supieron entenderlo y asistieron impotentes a la provocación urdida por los ‘vacunos’ y sus aliados imperialistas; más aun, de alguna manera la consintieron, basados en sus ideas de conciliación de clases –utópica conciliación– que aún en la actualidad postulan los continuadores de aquel dirigente polí-

tico”.⁷¹ Como se ve en el *Esbozo...*, treinta años después de producidos los hechos, la dirección del PC mantenía lo esencial de su análisis de entonces, pero deformado, ahora, por el lente de la alianza reciente con la UCR en la Unión Democrática y por las necesidades de dicha alianza frente al peronismo. Aparece con nitidez la teoría codovillista de “las presiones”, que consideró a los gobiernos de la burguesía nacional como veletas que giran según la dirección del viento que las mueve. Suponiendo que el objetivo de la oligarquía y la gran patronal hubiese sido el que señala el *Esbozo...*, el análisis de la dirección del PC prácticamente libera de culpas al gobierno radical (calificado simplemente como “democrático”) por la gigantesca masacre de esa semana. Ya en 1917 y 1918, Yrigoyen había reprimido con la Marina de Guerra a los huelguistas de la Federación Obrera Petrolífera. Había reprimido con militares la huelga de la carne. Y reprimiría luego con el Ejército otras huelgas. La dirección del PC no analizó en 1947 que, colocado entre las dos grandes clases que se enfrentaban y teniendo innumerables lazos con la oligarquía dominante (el propio Yrigoyen era un estanciero mediano que trabajaba con los frigoríficos ingleses) se volcó a favor de ésta y, a través de la represión más feroz, se garantizó el manejo de los órganos de gobierno (y de represión) que había obtenido por la vía electoral.

La dirección del PC no sacó enseñanzas sobre el doble carácter de la burguesía radical, sobre su dualidad (demagógica por un lado, represora por otro) ante el movimiento independiente de la clase obrera, y menospreció, totalmente, las ricas enseñanzas que dejaban – para un partido revolucionario– los heroicos acontecimientos de esos días de enero de 1919. Días signados “por una huelga sangrienta que dio lugar a la primera **insurrección proletaria**”, como escribió Fernando Quesada, el historiador del diario anarquista *La Protesta*.⁷²

La clase obrera argentina había hecho sus primeros deberes **en borrador** y era necesario que el partido marxista-leninista los pasara **en limpio** para que, en el futuro, el proletariado pudiese cumplir su misión histórica.

Con razón dijo *La Chispa* que de esa lucha quedaron “cuadros sindicales aguerridos” y la gran enseñanza que dejó esa “masa es-

pontáneamente sublevada y sin dirección: **la lucha de clases sin una vanguardia que dirija, oriente y ocupe los puestos de mayor peligro, no arranca a la burguesía mayores conquistas ni debilita los cimientos de la explotación sobre los que se asienta**⁷³ (el subrayado es mío, O.V.).

Las huelgas de la Patagonia (1921-1922)

Era una especie de revolución.

Kuno Tschammler,
administrador de la estancia Santa María.

En 1921 y 1922, el movimiento obrero argentino fue conmovido por las huelgas de Santa Cruz y la salvaje represión a las mismas. El asesinato del Tte. Cnel. Varela, represor en Santa Cruz, en 1923, y el asesinato en la cárcel de Kurt Wilckens –el ajusticiador de Varela– por Jorge Pérez Millán Temperley, en 1925, mantuvieron vigente el recuerdo de esa página gloriosa del movimiento obrero argentino. Luego, un manto de silencio y olvido se tendió sobre esos hechos. Se agotó, rápidamente, el libro del periodista José María Borrero: *La Patagonia Trágica*, editado en 1928. La segunda parte de este libro –que debía estar dedicada a las matanzas de 1921– jamás se publicó. Ismael R. Viñas, en el prólogo a la segunda edición, lo adjudica a la vinculación que Borrero tenía con Hipólito Yrigoyen.⁷⁴ Los papeles y documentos de Borrero fueron robados de sus baúles cuando falleció, el 21 de enero de 1931, en el Hospital Muñiz. “**De eso no se habla**”, decía Pedro Viñas Ibarra –quien, con grado de capitán, fuera uno de los represores del movimiento– cuando sus hijos y nietos suscitaban el tema.⁷⁵

Las huelgas de Santa Cruz fueron una de las luchas más heroicas y ricas en experiencias del movimiento obrero argentino.

Que los principales libros de historia del sindicalismo argentino (de autores como Marotta, Iscaro, Santillán, Oddone) traten tan sintéticamente un conflicto en el que predominó la acción directa de los trabajadores es, en sí mismo –como señala Susana Fiorito– demostrativo de la orientación reformista de esos auto-

res.⁷⁶ En cuanto al *Esbozo...*, el tema es tratado, principalmente, en nota al pie de página, tal como hicieron con el análisis de la llamada Semana Trágica.⁷⁷

En la década del 70, los tres tomos de Osvaldo Bayer: *Los vengadores de la Patagonia Trágica*, rescataron del olvido las huellas de Santa Cruz. Se vendieron 200 mil ejemplares de esta obra. Un gran éxito editorial. Y la película *La Patagonia Rebelde*, basada en el libro de Bayer, tuvo un enorme éxito de taquilla.

La embajada norteamericana en la Argentina, en su informe al Departamento de Estado del 28/1/1922, consigna que en el entonces Territorio Nacional de Santa Cruz, 2.108 leguas pertenecían a 439 propietarios, de los cuales 36 poseían 1.164 leguas. Mauricio Braun llegó a ser, a principios de siglo, el mayor terrateniente del extremo sur del Continente. Sus campos en el sur de Chile y la Argentina llegaban a reunir, en 1906, 467 mil hectáreas (has) en propiedad y 1 millón 950 mil en arriendo. En 1910 adquirió la Sociedad Ganadera de Magallanes, con lo que incorporó 348.919 has más a su patrimonio. Por otro lado, la Sociedad Menéndez Behety, manejada por José Menéndez, tenía en 1910 campos en el sur de Chile y la Argentina que ocupaban 1 millón 28 mil has. Sólo en la provincia de Santa Cruz llegó a poseer 660.887 has.⁷⁸ La familia Menéndez Behety era propietaria en la provincia de Santa Cruz de las principales estancias y de la Sociedad Exportadora e Importadora de la Patagonia, que monopolizaba las comunicaciones marítimas y la venta de productos de ramos generales.

La historia de las tierras públicas, arrebatadas a los pobladores originarios de la Patagonia por el genocidio llamado “Conquista del Desierto”, y su reparto posterior (culminado, en lo esencial, por la dictadura militar instalada en 1955 mediante el decreto ley 14.577/56) constituye uno de los latrocinios más escandalosos de la historia nacional.

El reparto de tierra en los territorios nacionales, en el período constitucional, comienza en el siglo pasado con la ley 269 y se consuma, en lo fundamental, con otras leyes y decretos especiales del Poder Ejecutivo. De una superficie de 119.240.600 has, excluidos los lagos, 41.555.700 has de las mejores tierras fueron enajenadas a precio vil o directamente donadas a unas 1.800 personas. En La

Pampa se entregaron tierras por un total de 7.832.227 has. En ese Territorio Nacional, a Salvador María del Carril lo beneficiaron con 108 mil has, a Tomás de Anchorena con 70 mil, a Torcuato de Alvear con 100 mil, a Estancias y Colonias Trenel con 290 mil.

Un ejemplo de cómo se crearon esos gigantescos feudos a fines del siglo XIX: por la ley 3.053 se aprobó un decreto del Poder Ejecutivo vendiendo 400 leguas en Santa Cruz al señor Adolfo Grumbeing, a 756,67 pesos oro la legua, tierras que el señor Grumbeing “podía ubicar en cualquier punto del territorio. Como ésta era un ley de favor, el Sr. Grumbeing podía transferir su concesión. Así fue como 59 personas se adueñaron de 2.517.274 has de tierra en Santa Cruz”. “En el Territorio de Santa Cruz una finca tenía 1.160.000 has en propiedad y 1.737.000 has de tierras fiscales. Otra: 1.160.000 has en propiedad y 1.490.000 has de tierras fiscales”.⁷⁹

En 1920, el Territorio Nacional de Santa Cruz tenía 17.925 habitantes, de los cuales 9.480 eran extranjeros. Casi la mitad de la población vivía en los cuatro puertos: Deseado, San Julián, Santa Cruz y Río Gallegos. Hasta 1919 la situación económica fue próspera: los terratenientes hicieron negocios fabulosos durante la guerra con los precios altos de la lana. Pero el fin de la guerra trajo la paralización de las compras y la caída de las cotizaciones de la lana. “El mercado británico de ese producto está abarrotado. Dos millones y medio de fardos de Australia y Nueva Zelanda llegados a Londres no han podido venderse. La lana patagónica ni siquiera ha tenido esa suerte: no ha llegado ni a salir de los puertos argentinos”.⁸⁰ Los 10 kilos de lana sucia, que valían 9,74 pesos oro en 1918 se pagaron 3,08 pesos en 1921. La esquila de 1920 no tuvo compradores y se sumó a las 80 mil toneladas que habían quedado de los años anteriores.⁸¹ La magnitud del stock acumulado se debió a que los estancieros, acostumbrados a los años de los buenos precios, jugaron al alza. La situación de los trabajadores se hizo muy difícil por la carestía de la vida, que aumentó enormemente entre 1916 y 1919. En el Territorio, en 1920, un kilo de carne de capón –alimento básico de los trabajadores– costaba 1 peso y un repollo, 4 pesos. El sueldo de un “mensual” estaba cerca de los 80 pesos.

Entre 1919 y 1921 se asistió a un desarrollo del movimiento sindical en el Territorio de Santa Cruz. En ese proceso se creó la Federación Obrera de Oficios Varios. Hubo paros reiterados en los puertos de la región en 1918 y 1919.

Reivindicaciones y paros

Las condiciones de vida y de trabajo de los peones de estancia eran tremendas. Según el capitán de Ingenieros (RE) Angel Yza, quien fuera gobernador del Territorio en 1921, “los obreros dormían en número de 8 o más, en cuartuchos de 4 por 4 sin calefacción; sin considerar que la temperatura media en invierno es de 18 grados bajo cero; por lecho, cueros de oveja de los más inservibles; no se les pasaba luz; comida pésima, por lo general carne cocida con algunas cebollas; botiquín no existía; pago con vales; moneda argentina y chilena (...) no tenían sábado inglés; nadie se responsabilizaba de los accidentes de trabajo”.⁸²

Yrigoyen había enviado a Ismael P. Viñas como juez federal, quien, ante el crecimiento de la combatividad de los obreros y sus organizaciones, intentó seguir una línea semejante a la que seguía Yrigoyen en el orden nacional, una línea de supuesta neutralidad, de arbitraje entre obreros y patrones, unida a gestos demagógicos y la política de apoyarse en la FORA IX para aislar a los anarco-comunistas de la FORA V. Viñas entró en contradicción con el gobernador interino del Territorio, Edelmiro Correa Falcón, por una evasión de impuestos y el apoderamiento, por una compañía inglesa, de un enorme latifundio que Viñas consideraba herencia vacante. Correa Falcón tenía el apoyo de la Sociedad Rural, y cuando Viñas lo obligó a liberar a sindicalistas, apresados y brutalmente torturados por un boicot a las empresas de la Liga de Comerciantes e Industriales, la Sociedad Rural y la Liga presionaron, a fines de 1920, para que la Cámara de Diputados iniciara juicio político a Viñas.

La Sociedad Obrera de Río Gallegos había sido fundada en 1910. Agrupaba a estibadores del puerto, cocineros, mozos y empleados de hotel. La primera huelga en los campos santacruceños se realizó en noviembre de 1914. Fue derrotada, después de

una dura represión. Había una estrecha relación, pese a las largas distancias, entre los trabajadores del sur argentino y los del sur chileno. Los Braun-Menéndez eran dueños de gran parte de la tierra, el comercio y el transporte de uno y otro lado de la cordillera. En enero de 1919 hubo una huelga general en Río Gallegos, por la liberación de dos dirigentes anarquistas: Apolinario Barreira, que tras ser apresado en Chile junto con Simón Radowitzky –a quien había ayudado a huir del Penal de Ushuaia– había sido trasladado a Río Gallegos, y Eduardo Puente, perseguido en Chile y Argentina. En los inicios de 1919, también, los obreros chilenos, en huelga, ocuparon la ciudad de Puerto Natales, que quedó a cargo de un consejo obrero hasta que, con el apoyo de la policía de la provincia argentina de Santa Cruz, se repuso la autoridad del gobierno chileno.⁸³

En octubre de 1920, los peones de campo, recién organizados, redactaron un pliego de condiciones y dieron plazo hasta el 1º de noviembre a la patronal para aceptarlo: decretarían la huelga en caso de rechazo. Los pequeños estancieros aceptaron el pliego y firmaron el acuerdo, pero la Sociedad Rural lo rechazó y la huelga se efectivizó. En mayo de ese año, la Sociedad Obrera había elegido como secretario general a Antonio Soto, un joven de 23 años que apenas había hecho los primeros grados de la escuela primaria. Venía de ser peón de una compañía teatral en gira por la Patagonia y era estibador en el puerto.

Las reivindicaciones exigidas por los obreros eran mínimas: que en cada pieza de 4 por 4 no durmiesen más de tres hombres y que tuviesen camas; un lavatorio y agua abundante para la higiene; un paquete de velas por semana; una estufa en el galpón de dormitorios; tener el sábado a la tarde para lavar la ropa; mejor comida; el colchón y la cama por cuenta de los patrones, poniendo los obreros la ropa; no trabajar a la intemperie en caso de lluvia o chaparrón; un botiquín de primeros auxilios en cada puesto o estancia; etc., etc. Pero las cláusulas que despertaron el odio y la negativa patronal fueron las que pedían el reconocimiento de la Sociedad Obrera de Río Gallegos, no tomar obreros que no estuviesen federados y, **principalmente**, el reconocimiento de los delegados por establecimiento. En este último punto la in-

transigencia patronal fue total. Con clara intuición de clase, los terratenientes patagónicos comprendieron que por allí pasaba la cuestión central, con vistas al futuro.⁸⁴

Los líderes de la huelga de 1921 en el campo fueron José Aicardi, “el 68” (un ex presidiario de Ushuaia, italiano, llamado así porque ése era su número de penado), Alfredo Fonte, alias “el Toscano”, también italiano –ambos hombres de a caballo– y dos argentinos, Bartolo Díaz y Florentino Cuello, el “gaucho Cuello”, entrerriano. Todos hombres de acción. Junto a ellos dirigían anarquistas y luchadores obreros chilenos, rusos, norteamericanos, escoceses, alemanes, uruguayos y paraguayos, españoles y hasta un negro portugués. La represión policial a la huelga fue feroz. Fue a palo limpio. Huyendo de ella los peones se fueron concentrando en grandes grupos que vivían a campo abierto, se presentaban en estancias y almacenes y retiraban mercaderías entregando vales firmados por la Sociedad Obrera. En la Bajada de Clark, camino a Punta Arenas, los huelguistas, usando métodos de “montonera organizada en guerrilla”, enfrentaron a los rompehuelgas reclutados por la Asociación de Libre Trabajo (organizada por los terratenientes) y les dieron un buen susto. Los ganaderos aceptaron, entonces, un segundo pliego del sindicato, salvo en un aspecto: reconocieron a la Sociedad Obrera de Río Gallegos y el derecho de ésta a visitar una vez por mes los establecimientos para tomar razón de las quejas que tuviese el personal, **pero no aceptaron reconocer a los delegados de estancia.**

La comisión del sindicato rechazó el acuerdo. Aquí se produjo una división que sería fatal para la suerte del movimiento huelguístico: los sindicalistas que representaban en el sur a la FORA IX se pronunciaron por el levantamiento del paro. Antonio Soto y los anarquistas plantearon seguir la lucha. La asamblea general apoyó a Soto y, a partir de aquí, los sindicalistas se opusieron al conflicto y a Soto. En medio del combate se declararon en contra de la “ilógica frecuencia de las huelgas y lo absurdo de los boicots”.⁸⁵ Los estancieros utilizarían a fondo esa línea de los sindicalistas.

Enfrentamientos

Al comenzar el año 1921, el paro en Gallegos y Deseado era total y en San Julián y Puerto Santa Cruz había gran agitación y paros a diario.

Los peones, dirigidos por “el 68” y “el Toscano”, le dieron una lección memorable a los sirvientes de los terratenientes en El Cerrito: tras un tiroteo –con muertos y heridos de ambos lados– los huelguistas tomaron prisioneros a los elementos más duros de la policía provincial. Los peones intensificaron la toma de rehenes entre los dueños y administradores de estancias. La situación era caótica. Los “argentinos de bien” y la colonia británica se preparaban para enfrentar a muerte a los obreros. Estaban en juego el derecho de propiedad y el propio sistema capitalista. Todos presionaban al gobierno radical. En especial los estancieros, dirigidos por Armando Menéndez Behety, y la Legación Británica en Buenos Aires, que pidió por “las vidas y propiedades británicas”. No sólo ellos: el propio juez Viñas pidió al gobierno de Yrigoyen el envío de fuerzas militares. Yrigoyen sabía bien que los británicos, que tenían naves de guerra en las Malvinas, se disponían a actuar. Entonces, decidió enviar tropas a Río Gallegos.

El gobierno lanzó una oleada represiva y detuvo al director del periódico *La Verdad* y a numerosos huelguistas. Descabezaron el movimiento en la ciudad. Antonio Soto escapó a la redada. Se estableció un verdadero toque de queda. Antonio Soto ordenó levantar el paro y decidió viajar a Buenos Aires, clandestinamente, para participar en el congreso de la FORA sindicalista que se realizó en La Plata del 29 de enero al 5 de febrero de 1921.

La Internacional en las ediciones del 29/1/1921 y 5/2/1921 publicó un reportaje al “camarada Soto”, secretario general de la Sociedad Obrera de Río Gallegos. Según *La Internacional*, Antonio Soto sostendría en el XI Congreso de la FORA “la separación de este organismo de la Sindical de Amsterdam para incorporarla a la Internacional Roja”. Soto, en el reportaje, se refirió largamente al conflicto de los peones de la Patagonia y detalló los actos despóticos de represión a la huelga por parte del comisario Micheli, en la zona del Lago Argentino. Narró que 900 obreros, aco-

sados por el hambre y la represión asaltaron la estancia “Anita” de Menéndez Behety. Allí se vistieron, alimentaron y “se incautaron armas y municiones con fines preventivos (...) pusieron a su frente al pendón rojo”, se “llevaron alguna hacienda asegurando el alimento” y “pusiéronse a la defensa del camino”. Desde Deseado fue enviada la policía “armada hasta los dientes y dispuesta a acribillar a balazos a los huelguistas”. Los obreros, “organizados en fila, con la bandera roja y entonando el Himno de los Trabajadores se apostaron en el camino”. Del enfrentamiento resultaron “10 ‘pacos’ muertos y 2 heridos”. En el segundo encuentro los represores mataron a un obrero y éstos a tres agentes, dejando a uno herido. *La Internacional* concluye el reportaje esperando que “en breve termine el conflicto, obteniendo un merecido triunfo la Sociedad de Río Gallegos”.

Antonio Soto participó en el XI Congreso de la FORA sindicalista (llamada FORA del IX, o del X) como delegado de la Sociedad Obrera de Río Gallegos. Vino a Buenos Aires a buscar solidaridad con la lucha de los peones de campo. Y a criticar la conducta de la Federación Obrera Marítima, que permitió embarcar krumiros para reemplazar a los huelguistas y al propio Consejo Federal que no dio solidaridad a la lucha del sur. “Esta intervención de Soto no le fue perdonada nunca”.⁸⁶

En la crónica del congreso que hizo *La organización obrera*, el 12 de febrero de 1921, se calificó como “censuras inmotivadas” las críticas de Soto. La gestión del Consejo Federal se aprobó por 99 votos contra 3 y se acordó, por 111 votos, que toda “cuestión incidental” se pasase a la comisión de asuntos varios. El tema tiene miga, porque los afiliados al Partido Socialista Internacional participaban en la FORA IX, tenían puestos en la dirección de la misma y tuvieron una actuación destacada en ese congreso. Está claro que votaron a favor del Consejo Federal. Del reportaje a Soto en *La Internacional* que hemos citado, y de un artículo en su edición del 5 de febrero de 1921, se deduce que el Partido Socialista Internacional no estaba demasiado preocupado por utilizar para el triunfo de los obreros del sur y para la solidaridad con ellos, el XI Congreso de la FORA X. Su preocupación central era que la mencionada FORA adhiriese a la Internacional Sindical de

Moscú. En el artículo del 5/2/1921, *La Internacional* dice que el XI Congreso de la FORA (que por la lucha interna tardó seis días en nombrar sus comisiones) tenía dos puntos fundamentales a tratar: “la unificación obrera y la salida de Amsterdam para ingresar a la Internacional Roja”.

La Sociedad Obrera levantó el paro el 21/1/1921, pero la huelga se mantuvo en el campo. Los peones, siempre dirigidos por “el 68” y “el Toscano”, organizados en montoneras que llegaron a agrupar más de 600 hombres, se movían de un lado al otro; cuando había que enfrentar a las partidas policiales lo hacían con valentía.

El Poder Ejecutivo nacional designó a Angel I. Yza como gobernador titular. Este llegó al Territorio el 29 de enero de 1921. A los pocos días, arribó un destacamento del 10º Regimiento de Caballería al mando del Tte. Cnel. Héctor B. Varela. Yza y Varela se entrevistaron con los terratenientes y los huelguistas y el 22 de febrero concretaron un acuerdo entre las partes. El gobernador laudó en las diferencias sobre el pago de los sueldos caídos. El acuerdo recogió las pretensiones salariales de los peones, relativizó sus exigencias respecto de las condiciones de vida y trabajo y no legisló sobre la legalización del nombramiento de los delegados de estancia, cuestión que, como plantea Bayer, quedó librada a la relación de fuerzas entre patrones y obreros. La asamblea obrera la ganaron los partidarios de aceptar el laudo del gobernador Yza (427 votos), que planteaba la entrega a Varela de los rehenes, armas y caballadas, contra unos 200 que se opusieron y que, encabezados por “el 68” y “el Toscano”, se alzaron con la mayoría del armamento (según Bayer, “el 68” pasó la frontera y nunca se supo nada más de él). Los dirigentes que se entregaban fueron puestos en libertad y se les dio un pasaporte, una especie de salvoconducto para trabajar en cualquier estancia. La huelga (con cortes de alambrados, rehenes, animales carneados, dos agentes de policía muertos, instalaciones destruidas, etc.) había triunfado. Nadie sospechaba que “ese final feliz era sólo un preámbulo para la muerte”.⁸⁷

La masacre

El acuerdo con los huelguistas, impuesto por el Tte. Cnel. Varela y el gobernador Yza, produjo la indignación de los terratenientes y grandes comerciantes patagónicos, y la de los elementos reaccionarios. Consideraron que representaba “un peligroso precedente”.

El 7 de abril, el Tte. Cnel. Varela regresó a Buenos Aires y el juez Viñas lo hizo el 24 de ese mes. En mayo se embarcó la infantería de Marina y el gobernador se ausentó en julio. Esto sucedía en momentos en los que la crisis del mercado lanero agravaba la crisis económica provincial. El gobierno nacional tomó medidas en beneficio de los estancieros: desgravó las exportaciones, concedió préstamos sobre las existencias sin vender, otorgó créditos a los compradores, etc. Al mismo tiempo, se organizaban la Asociación del Trabajo Libre y la Liga Patriótica Argentina. Bartolomé Pérez, fundador del yrigoyenismo en Santa Cruz, fue uno de los fundadores de la Liga Patriótica allí. La Liga formó, en poco tiempo, 200 brigadas de milicianos al servicio de los estancieros.⁸⁸

Se intensificó entonces la campaña de prensa en Buenos Aires denunciando supuestas depredaciones, huelgas y desmanes en el Territorio. En la mayoría de las estancias los patrones no cumplían el convenio y no se pagaban los sueldos desde marzo.

En marzo fue derrotada la huelga del frigorífico Swift de Río Gallegos. Allí los obreros trabajaban con un contrato de conchabo de “forma medieval”⁸⁹ (que imponía condiciones de trabajo muy semejantes a las que tratan de imponer hoy en la Argentina de la década del 90, bajo la denominación de “flexibilización laboral”). Los dirigentes de la FORA IX enviados desde Buenos Aires, en tanto, fueron organizando sindicatos autónomos (como el de gráficos y el de choferes y mecánicos) y dividiendo a la Sociedad Obrera con el beneplácito del gobierno radical, los latifundistas y los grandes comerciantes. En esta situación, Antonio Soto recorrió el Territorio y organizó todas las estancias, “federando” a los obreros y eligiendo delegados. Del otro lado, Edelmiro Correa Falcón, el ex gobernador, constituía filiales de la Sociedad Rural en todos los puertos de la costa y las instruía para armarse, orga-

nizar el carneraje y no cumplir el convenio. Los obreros seguían con el boicot a algunos grandes comerciantes: no compraban, no los abastecían, no levantaban ni transportaban cargas para ellos; hasta que se rindieron y pactaron con la Sociedad Obrera.

“La suerte de Santa Cruz se decidirá en el mes de agosto.”⁹⁰ En el sur había hambre por la falta de trabajo y la carestía. Seguían las huelgas, los boicots y las luchas obreras y el enfrentamiento entre huelguistas y carneros organizados por la Liga Patriótica. Los dirigentes de la FORA IX practicaban el más crudo divisionismo contra los dirigentes de la Sociedad Obrera: llamaban públicamente a los peones del campo a desafiliarse de esta organización. Fracasaron, pero quedó clara su connivencia con el gobierno radical de la provincia y con la policía. Iban creando las condiciones para la futura actitud de la dirección nacional de la FORA IX: cuando estalla el conflicto y los obreros son masacrados por el Ejército, se lava las manos y abandona a su suerte a los hombres de la Federación Obrera.

Simultáneamente, “el Toscano”, que encabezaba una banda llamada el “Consejo Rojo”, le propuso a Antonio Soto anticiparse a los patrones: ocupar las estancias, tomar como rehenes a los estancieros y administradores y declarar la huelga general. Soto no estuvo de acuerdo, lo criticó por operar por su cuenta y al margen de las asambleas obreras y rompió con él. Poco después “el Toscano” fue detenido.⁹¹

El gobierno nacional de Yrigoyen iba preparándose para el comienzo de la esquila: mientras se trataba su proyecto de crear Gendarmería para los Territorios Nacionales, organizaba el envío de un regimiento al sur. El embajador inglés y los terratenientes patagónicos —encabezados por Mauricio Braun y Alejandro Menéndez Behety— presionaban fuertemente al gobierno radical que, paulatinamente, se fue inclinando a su favor.

Dando una lección histórica al movimiento obrero, el gobierno radical de Yrigoyen aprobó —el 1º de octubre de 1921— la supresión de la pena de muerte: enseñó así al proletariado que la voluntad de las clases dominantes, de ser necesario, se impone con o sin leyes que la faciliten. Pocas semanas después ese mismo gobierno fusilaría y asesinaría, con los métodos más viles y crueles, a cen-

tenares de obreros. Una masacre que sólo se puede comparar con la matanza de enero de 1919, perpetrada por ese mismo gobierno radical, o con el genocidio llevado adelante por la dictadura de Videla-Viola en 1976. Y el que encabezó esa masacre, el Tte. Cnel. Varela, enviado personalmente por el presidente Yrigoyen, con instrucciones directas de éste, de su ministro de Guerra y de su ministro del Interior, lo hizo con un bando público que establecía la pena de fusilamiento, pese a la mencionada ley de anulación de la pena de muerte que se acababa de aprobar.

Osvaldo Bayer da elementos serios que demuestran, prima facie, que las instrucciones que implantaron la ley marcial en la Patagonia “partieron del propio primer mandatario y fueron dadas a Varela por el ministro de Guerra, doctor Julio Moreno”.⁹² Esto será negado por la mayoría de los dirigentes radicales, que le atribuyeron la responsabilidad principal a los jefes del Ejército, olvidando el –por lo menos– silencio cómplice de Yrigoyen.

A principios de octubre de 1921 pararon numerosas estancias por el incumplimiento del pliego. Y la policía realizó una amplia redada en las principales ciudades de la provincia de Santa Cruz deteniendo a todos los militantes sindicales conocidos. Esto empujó a los obreros del campo a la huelga para exigir la libertad de sus compañeros presos. Este fue el objetivo de la huelga que iba a desencadenar la represión salvaje del gobierno. A fines de octubre, mientras se preparaban las tropas que irían a reprimirlos, los peones, aislados de las ciudades costeras, habían formado largas columnas de centenares de obreros huelguistas con banderas rojas que recorrían el desierto santacruceño, entraban a las estancias, requisaban armas, caballos y alimentos (documentando todo con vales de la Sociedad Obrera), llevaban como rehenes a estancieros y administradores y cortaban las comunicaciones. Lograron parar a todo el interior de la provincia. “Era una especie de revolución”, recordó Kuno Tschammler, administrador de la estancia Santa María.

El gobierno envió al crucero Almirante Brown al Puerto Santa Cruz y el 3 de diciembre partió de Buenos Aires un escuadrón del 10º de Caballería al mando del Tte. Cnel. Varela, al que se unieron, poco después, un centenar de efectivos del 5º de Caballería al

mando del capitán Elbio Anaya, con una sección de ametralladoras. En total eran 250 hombres.

Varela puso a la policía del Territorio bajo sus órdenes. Y, dividiendo su fuerza en grupos, partió a la caza de los campamentos de los peones. Desde diciembre de 1921 a enero de 1922 los localizaron, les intimaron rendición –lo que salvo alguna excepción consiguieron–, fusilaron y asesinaron a los líderes y a los más combativos y apalearon y apresaron a los sobrevivientes. En ocasiones les hicieron cavar sus propias tumbas y fusilaron a los peones al borde de ellas. A otros se los degolló o quemó vivos con gasolina y mata negra, después de mantenerlos atados a los alambrados, desnudos, durante toda una noche helada. A muchos se los arrojó al Lago Argentino con una piedra al cuello o se los enterró vivos con la cabeza afuera para que se la devorasen las aves de rapiña. Se les robó todo lo que tenían. Se estimó en 1.500 el número de peones asesinados.

Lucha de líneas

Los peones tenían la experiencia del año anterior –con el propio Varela– y no imaginaron, inicialmente, que el Ejército fuese a matar a trabajadores que se entregaban pacíficamente.

Pero el Tte. Cnel. Varela no era el mismo de la primera huelga. Esta vez habían cambiado las órdenes del gobierno. Y pese a que ahora la huelga era pacífica, la calificó de “levantamiento contra la Patria” y contra el “gobierno nacional” y la reprimió con saña. Los peones se equivocaron al creer que Varela mediaría entre ellos y los estancieros. Sin entrenamiento ni organización militar, y mal armados, fueron víctimas de una carnicería. Sólo se combatió en la estación Tehuelche, donde el carrero Font (Facón Grande) enfrentó al Ejército.

El contingente de Antonio Soto, que operaba en la zona del Lago Argentino y del Lago Viedma, llegó a contar con más de 600 hombres. Allí, antes de la asamblea que decidió entregarse sin enfrentar al Ejército, hubo un debate entre Soto y Pablo Shulz, un joven anarquista alemán que lo acompañaba. Shulz era partidario de enfrentar al Ejército, pese a que tenían sólo winchester y savage

frente a los máuser de las fuerzas represivas. Antonio Soto –que siguió fiel a sus ideas hasta su muerte en 1963– tampoco confiaba en los militares, pero era partidario de dividirse en partidas móviles, desaparecer, aparecer sorpresivamente, esconderse en los bosques, hasta obligar a los estancieros a pactar. Planteaba esta táctica no para luchar por el poder, sino para ganar la huelga, consolidar al sindicato e ir luego a objetivos mayores. Perdida la asamblea final, Shulz, respetuoso hasta la muerte del resultado de la asamblea, se entregó y fue asesinado. Soto huyó con un grupo de peones, pasó a Chile, vivió mucho tiempo en la clandestinidad y salvó la vida.

Considera Susana Fiorito que las reivindicaciones planteadas eran “modestas” y posibles de conseguir en el marco reformista del gobierno de Yrigoyen, pero la situación de crisis de la explotación lanera y los stock acumulados les permitieron a los estancieros resistir, e incluso ganar millones con el no pago de los sueldos. Pero lo que cambió el carácter del conflicto para la oligarquía, dice, fue la táctica de los peones: los “campamentos” constituidos en comunidades armadas que tenían sus propias leyes, intendencias y servicios sanitarios, y tenían el método de las asambleas generales para tomar resoluciones. Su forma de aprovisionamiento desconoció todas las normas del sistema.⁹³ Hay que insistir en que la exigencia de tener delegados del sindicato en los establecimientos era –como demostró la historia posterior del movimiento obrero argentino– totalmente inaceptable para la oligarquía terrateniente.

El Ejército –con una sola baja– redujo a 3 mil hombres armados. Susana Fiorito señala que esto se debió a que “tanto la Sociedad Obrera como el conjunto de los huelguistas creían factible **la armonía entre el capital y el trabajo**” y adjudicaban un papel neutral al Ejército en los conflictos sociales.⁹⁴

Cuando Susana Fiorito señala la concepción de conciliación de clases de los huelguistas, incluso de sus dirigentes, olvida evaluar la lucha de líneas que hubo entre éstos. Si bien es cierto que en definitiva predominó esa concepción, la misma no fue unánime; predominó con lucha. No es cierto que ésa era la ideología “del conjunto” de los obreros y dirigentes. No era la conciliación de clases, precisamente, la línea de Antonio Soto. Ni la de Shulz. Ni

la de “el Toscano”, ni la de “el 68”. Y si el movimiento empleó una táctica que salió de los moldes legales del sistema fue porque una parte importante de sus dirigentes, en forma confusa, sin una línea clara, expresó mucho más que una concepción de conciliación de clases. El debate a fondo de esa experiencia en su momento, sacar de ella a tiempo todas las lecciones posibles, hubiese sido muy útil para el movimiento obrero en las décadas futuras.

El movimiento obrero organizado del resto del país no acompañó la lucha. La dejó sola. Cuando llegaron a Buenos Aires las noticias de los fusilamientos, todas las organizaciones sindicales y políticas de la clase obrera hicieron declaraciones solidarias. Anarquistas, sindicalistas, socialistas y comunistas. Hasta los sindicalistas de la Federación Obrera Marítima, que habían traicionado a la Sociedad Obrera de Río Gallegos y dividido el movimiento, denunciaron la matanza. Pero ya era tarde. Y, por otro lado, no propusieron junto con las declaraciones solidarias medidas concretas de protesta.

Recién el 26 de noviembre, cuando ya habían sido asesinados muchos obreros, la FORA X denunció el “vandalismo capitalista gubernamental” y el 4 de diciembre criticó la represión pero no ordenó ninguna movilización solidaria.⁹⁵

En la primera huelga la FORA X había informado día por día de los sucesos de Santa Cruz. El 10 de diciembre, hizo un **mea culpa** cínico: “...atentos únicamente a lo que pasa en Pekín, en Londres o en Nueva York, descuidamos lo que ocurre a nuestro lado”.⁹⁶ Señala Bayer que, ese día, todavía estaba entera la columna de Facón Grande. Y que dejaron a la huelga sola porque perturbaba la línea –predominante en la FORA sindicalista– de entendimiento con el gobierno radical, y porque esperaban unificar al movimiento obrero, aislando a los anarquistas quintistas (de la FORA V), en el congreso de unidad que había sido citado para marzo de 1922.

La responsabilidad de Yrigoyen y la UCR

El gran responsable de la represión fue el gobierno radical. Durante años los dirigentes de la UCR se lavaron las manos y cul-

paron por la masacre al Tte. Coronel Varela y a su jefe, el Gral. Luis Dellepiane (el asesino de la Semana de Enero del '19). Habían corrido tres años desde la represión de la huelga de Vasena: si Yrigoyen sacó conclusiones de la misma, no fueron las de evitar la represión sangrienta al movimiento obrero. Todo lo contrario.

Inicialmente, los hombres del gobierno radical –en especial Viñas– usaron la lucha de los obreros para golpear a los terratenientes y a los ingleses. Hasta que el movimiento obrero se radicalizó, escapó a los límites de la conciliación de clases que le imprimían en sus proclamas Viñas y Borrero, y desbordó la política reformista de la UCR. Los terratenientes y el imperialismo inglés –que amenazó con enviar sus barcos de guerra a la Patagonia–, asustados, presionaron al gobierno y fueron tomando en sus manos la represión. Entonces el gobierno radical se inclinó hacia su lado y persiguió y reprimió con saña a los peones. Luego, igual que en 1919, pretendió desvincularse de lo sucedido y dejó solo al Tte. Cnel. Varela, como si semejante matanza pudiera haber sido la obra de un hombre enfurecido.

Pero el Tte. Cnel. Varela afirmó, en una nota elevada al Comandante de la 2da. División de Ejército el 20 de marzo de 1922, que “el Exmo. Presidente de la Nación me ha manifestado su conformidad con el procedimiento empleado por las tropas de mi mando en el movimiento sedicioso de la Patagonia, no permitiendo que se efectuara investigación alguna sobre el proceder de las tropas”.⁹⁷

Las tropas fueron enviadas por el Presidente de la Nación, las órdenes fueron dadas por él y sus ministros, y el procedimiento adoptado –incluso el bando que estableció la pena de muerte– aprobados por Yrigoyen. Luego, con un método que con el tiempo las masas obreras calificarían como “típicamente radical”, se lavaron las manos.

Es evidente que el Tte. Cnel. Varela cumplió órdenes. “No era un estadista, ni era demasiado inteligente como para dar órdenes propias y actuar por su cuenta”.⁹⁸ Y si las interpretó mal y “se le fue la mano”, como dijeron los radicales, el gobierno de Yrigoyen no hizo ningún esfuerzo para modificar sus excesos. El Tte. Cnel. Varela reivindicó totalmente su labor represiva. Contestando a

las acusaciones de debilidad que le hizo Correa Falcón, escribió: “Ahí está nuestra obra, nuestra ejemplar acción represiva en una campaña cuyo trágico relato ha llenado las columnas de la prensa, como el mejor testimonio de gloria que podemos escribir ante la república y ante la historia”.⁹⁹

Es cierto que la dirección del Partido Comunista, en la década del 20, no diferenció la violencia y los rasgos represivos del yrigoyenismo, del fascismo que incubaba el golpe de Estado de 1930. Un error grave respecto de la diferencia entre la democracia burguesa y el fascismo y también respecto de la diferencia entre la burguesía nacional y la burguesía proimperialista. Pero la dirección del PC caracterizó bien la línea del yrigoyenismo respecto del movimiento obrero cuando planteó, en las *Tesis* para su VIII Congreso, en 1928, que la demagogia yrigoyenista se explicaba por la necesidad de conquistar el apoyo de las masas trabajadoras, pero que el yrigoyenismo era antiobrero: “Santa Cruz, la Semana de Enero lo prueban. Mientras hay relaciones relativamente pacíficas entre el proletariado y la burguesía, puede el yrigoyenismo realizar con éxito su demagogia; cuando la lucha de clases asume proporciones vastas y se ahonda, el yrigoyenismo muestra su verdadera faz y acude a las represiones más sangrientas”. Por otra parte, cuando a mediados de la década del 30 la dirección del PC autocriticó sus errores sectarios con la UCR, no analizó a fondo el doble carácter de la burguesía nacional respecto de la clase obrera y sacó conclusiones erróneas: golpeó, bien, a la oligarquía y el imperialismo, pero embelleció la línea del radicalismo en la represión de la Patagonia y en la Semana Trágica. Presentó a la UCR como una veleta al viento que giraba de acuerdo con la orientación de la brisa que la presionaba, una figura que muestra algo de la verdad y oculta lo principal: el carácter de clase (burgués-reformista) de la política radical, tanto cuando conciliaba con el movimiento obrero, como cuando lo reprimía. Embelleció, así, a la burguesía nacional. El *Esbozo...*, dice que el gobierno radical, luego de las represiones de 1919, “había respetado –en cierta medida– el derecho de huelga. Pero en 1921, bajo la presión de la oligarquía y el capital extranjero (...) volvió a utilizar métodos represivos violentos”.¹⁰⁰

Pedro Chiarante, cuando narra en sus *Memorias* los sucesos de la huelga de la Patagonia dice: “El Ejército tomó descaradamente partido por los terratenientes y por los intereses de los súbditos de su graciosa majestad británica”, descargando de culpas a Yrigoyen y el gobierno radical.¹⁰¹ Y Florindo Moretti, muchos años después, en 1985, demostrando, por un lado, la benevolencia con la que la dirección del PC trató la conducta de Yrigoyen y del gobierno radical en la matanza, y, por otro, adecuando la historia a las necesidades de la política proalfonsinista del PC, dijo, refiriéndose a los hechos de la Patagonia que “La burguesía nacional reformista en el gobierno no supo (sic) a tiempo depurar las filas de un aparato represivo que había construido la oligarquía en la década del ’80”.¹⁰²

La participación del PC en la huelga

Tal como había acontecido antes con la llamada Semana Trágica, la dirección del PC no estudió a fondo la experiencia de la huelga de la Patagonia. En ella los obreros organizaron “comunidades” que eran verdaderos soviets. Desde el punto de vista insurreccional las enseñanzas de esa lucha son enormes. Años después, en los debates internos, la dirección del PC enfrentaría al izquierdismo ridiculizando aquellas experiencias, presentándolas como fruto de un sectarismo que intentó trasplantar aquí métodos inadecuados —“sovietistas”—, sin ver que el movimiento de los peones de la Patagonia utilizó formas organizativas que son propias del proletariado internacional, formas que bocetan la dictadura del proletariado y que volverían a aparecer en la Argentina —muchas décadas después, una y otra vez— al tensarse la lucha de clases. Cuando la dirección del PC volvió, al redactar el *Esbozo...* en 1947, sobre las enseñanzas del auge de masas de 1917 a 1922 —auge que se cerró con la lucha de la Patagonia—, lo hizo más preocupada por la línea que, según sus concepciones reformistas, debía tener el proletariado con la burguesía liberal, que por las enseñanzas de esas luchas para una política de hegemonía proletaria en la revolución agraria y antiimperialista. Y lo hizo condicionada por las necesidades y las concepciones reformistas

y pacifistas con las que abordó el frente único en los años posteriores a la Unión Democrática de 1945.

La dirección del Partido Socialista Internacional no tenía como método lo que Mao Tsetung llamó **la línea de masas**. Esto se explica por su juventud e inexperiencia y por los lastres que arrastraba de su pasado socialdemócrata. Pero tampoco lograron adquirirlo las futuras direcciones del PC. Este fue, históricamente, el principal defecto metodológico de sus direcciones. El que resume sus principales fallas. El método que el maoísmo llamó **línea de masas** considera que “toda dirección justa es necesariamente ‘de las masas a las masas’. Esto significa: recoger las ideas (dispersas y no sistemáticas) de las masas y resumirlas (transformarlas en ideas sintetizadas y sistematizadas mediante el estudio) para luego llevarlas a las masas, propagarlas y explicarlas, de modo que las masas se apropien de ellas, perseveren en ellas y las traduzcan en acción; al mismo tiempo, comprobar en la acción la justeza de esas ideas; luego, volver a resumir las ideas de las masas y llevarlas a las masas para que perseveren en ellas. Esto se repite infinitamente, y las ideas se tornan cada vez más justas, más vivas y más ricas de contenido. Tal es la teoría marxista del conocimiento”.¹⁰³

La dirección del Partido Socialista Internacional (futuro PC) fue muy crítica de la falta de solidaridad del proletariado porteño con la huelga de la Patagonia. Pero no fue para nada autocrítica. Analizó el hecho desde las alturas de su soberbia “consciente”, cosa que haría muchas veces en el futuro. Los comunistas tenían varios miembros en la dirección de la FORA del X y, aunque estaban en polémica permanente con los sindicalistas que la hegemonizaban, tenían influencia en ella. Lo prueba aquel congreso en el que participó Antonio Soto, en 1921: los miembros del PC plantearon la unidad del movimiento obrero, su propuesta fue aceptada y se creó un Comité de Unidad cuyo secretario fue el dirigente del PC, Juan Greco. El trabajo de ese Comité fructificó en el Congreso de Unidad que dio origen a la Unión Sindical Argentina. Es evidente, por el resultado de la votación en el XI Congreso de la Fora X, que en la polémica desarrollada entre Antonio Soto y la dirección de la FORA X por la falta de solidaridad de esta

organización con la huelga de la Patagonia, los dirigentes del PC apoyaron a la dirección sindicalista y no a Soto.

Recordemos que para el IV Congreso de la Internacional Comunista, un grupo de afiliados excluido del PC envió a Moscú como delegados a Cosme Gjivoje y Pedro Presa, quienes sostuvieron que en la dirección del Partido había una mayoría reformista y una minoría revolucionaria, y criticaron la actitud asumida durante la huelga de Santa Cruz. La Internacional Comunista apoyó a la dirección del PC.

El *Esbozo...* dice que “varios de los dirigentes del movimiento de la Patagonia eran afiliados del Partido Comunista”.¹⁰⁴ En nota al pie, hablando de la represión a la huelga, menciona al “compañero Argüelles” como afiliado al PC. Aunque el *Esbozo...* no da el nombre, se trata de Albino Argüelles, secretario general de la Sociedad de Oficios Varios de San Julián, uno de los dirigentes más destacados del movimiento, que organizó a los peones de las estancias del centro de la provincia, desde la cordillera a la costa. Albino Argüelles dirigía una columna de varios centenares de obreros cuando fueron rodeados. Se rindieron, y luego, junto con Manuel Jara (alias “el Paraguayo”) y otros peones, fueron garroteados a sablazos y fusilados.

Sobre la filiación de Argüelles hubo mucha discusión. El Partido Socialista lo reivindicó inicialmente como afiliado: “Fue afiliado a nuestro partido del Centro de la 1era. Nueva Pompeya”.¹⁰⁵ En su edición del 1º de febrero, *La Vanguardia* aclaró que su nombre era Argüelles y no Argüello, publicó su foto y dijo que se afilió al Partido Socialista el 25 de mayo de 1919. Según Osvaldo Bayer, era afiliado al Partido Socialista Internacional, pero “no demasiado metido, decía que era ‘socialista’”.¹⁰⁶

“Yo había leído que Argüelles era socialista. Los anarquistas creíamos que era anarquista”, escribió Domingo Varone en su libro de memorias, prologado por Osvaldo Bayer.¹⁰⁷ Pedro Chiarrante, en sus *Memorias*, como reconoció Varone, no deja dudas sobre la militancia de Argüelles. Dice que “desde hacía años conocía a Albino Argüelles. Estábamos acostumbrados con Enrique [su hermano], a verlo por las calles del barrio” y que la relación se transformó en amistad cuando “ambos ingresamos al Partido

Socialista Internacional”. Recuerda que lo admiraban por su “sabiduría popular. Esa sabiduría que solamente la frecuentación de los hombres del pueblo, con sus luchas, con sus dolores, puede otorgar”. Y que en una ocasión, de regreso a Buenos Aires, en el local del Partido Socialista Internacional –en Almagro y Sáenz– les habló de las tremendas condiciones de vida y explotación de los trabajadores en la Patagonia.¹⁰⁸ Cuenta también Chiarante que, antes del que sería el último viaje de Argüelles al sur, se reunieron Albino y su hermano Benigno, herrero de obra, Pedro y Enrique Chiarante, Serradel, empleado de comercio, Alvarez, obrero ferroviario, y Jorge Vega, metalúrgico, y redactaron el esbozo del que sería el pliego de reivindicaciones de los obreros del sur. Pliego al que Serradel le dio forma definitiva. Al conocerse el asesinato de Albino, dice, se realizó un funeral cívico en la casa de sus padres en la calle Aconquija, de Parque Patricios, al que concurrieron “miles de vecinos, militantes obreros y políticos y representaciones de los partidos Comunista y Socialista”.

Argüelles era un obrero porteño, de esos miles que todos los años se trasladaban a los campos de la pampa húmeda a levantar la cosecha o a la Patagonia a esquilarse. Había sido obrero de obra y en el campo llegó a ser arriero, resero y esquilador. Era uno de los activistas gremiales anónimos que, heroicamente, se separaban de sus familias y de su medio para ir a organizar a los trabajadores de esas zonas. También Florindo Moretti dice que conoció a Argüelles como militante comunista, presentado por Pedro Chiarante.¹⁰⁹

Sobre la militancia de Antonio Soto existe, en cambio, una gran discusión. Osvaldo Bayer da numerosos datos respecto de la militancia anarquista de Soto hasta el día de su muerte. Sus amigos, según Bayer, lo confirman. Cuando salió a la venta el cuarto tomo de la obra de Bayer, el Partido Comunista publicó que Antonio Soto fue miembro del PC. Athos Fava, el dirigente del PC, lo reivindicó en el órgano del Comité Central, *Qué Pasa* (Nº 357). Bayer, entonces, escribió una carta diciéndoles que todo lo que había indagado le indicaba que Soto era anarquista; que si ellos tenían documentos que probasen lo contrario, él no tendría problema en aceptarlos. No le contestaron. Bayer cree que lo con-

funden con un Soto que era de la Federación Obrera Marítima (la FOM). Y agrega que hay que tener en cuenta que Soto apenas sabía escribir, que en ese momento muchos anarquistas adherían a la Revolución Rusa y, al mismo tiempo, que Soto y los dirigentes de Santa Cruz luchaban por la unidad de la Sociedad Obrera, porque la división los perjudicaba mucho.¹¹⁰ En un acto organizado por la CTA en el Teatro San Martín, con motivo del centenario del nacimiento de Antonio Soto, y en presencia de Isabel Soto, su hija menor, dijo Osvaldo Bayer: “Era un libertario, pero jamás tuvo una palabra contra los socialistas internacionalistas”.

Hablando de la “identidad” del Partido Comunista, la Corriente de Refundación Comunista, uno de los fragmentos surgidos de la división del PCA en los '90, integrada por algunos viejos militantes de ese partido, planteó en su periódico *Principios* que “el legendario ‘Gallego Soto’, dirigente de los acontecimientos conocidos como la Patagonia Trágica, era comunista”.¹¹¹ *La Internacional*, en un editorial del 10/5/1923, reivindicando la posición del PC frente a la reacción, afirmó: “...así en Santa Cruz, donde un Soto comunista estaba en la primera fila y donde un Argüelles caía asesinado en manos de Varela”. Pero esta afirmación –por lo que sabemos– no se repitió nunca más.

Florindo Moretti se refiere a la militancia de Soto diciendo que él y Argüelles eran comunistas.¹¹² Dice que Soto daba la impresión de tener mayor cultura que Argüelles, “más lector de temas sociales, había leído a Gorki. Lo conocí en 1922, en un picnic organizado por el PC, creo que en el Parque Lezica. Su cabeza tenía precio, pero era un audaz: se presentó al picnic y cuando se apareció la policía le di una manito para que escape”. Edgardo Dávila, secretario general del PC de Santa Cruz, ha dicho que Antonio Soto “se fue a Chile, donde se contactó con el Partido Comunista y siguió siendo un luchador. En Punta Arena fundó el centro de estudiantes, del que su hija fue la primera secretaria general”.¹¹³

Llama la atención que, en un artículo escrito por Juan Greco sobre el movimiento sindical de la Argentina en *La Sindical Roja*, publicación oficial de la sección uruguaya de la IC, en diciembre de 1921 (cuando la lucha de la Patagonia estaba en su apogeo), refiriéndose a la importancia de las actividades agrícola-ganaderas

en nuestro país, escribiera: “Sin embargo, por su forma de explotación no existe un movimiento entre los trabajadores del campo en relación a la intensidad de su trabajo”.¹¹⁴

En mayo de 1924, Miguel Contreras viajó a la URSS y tuvo reuniones con la Internacional Comunista. Allí entregó un informe manuscrito sobre “la reacción blanca, los presos políticos y su situación en la Argentina” en el que describe la huelga de la Patagonia y dice que “a su frente estaban el bravo y querido Albino Argüelles y Antonio Soto, ambos dos buenos y abnegados militantes del Partido Comunista”.¹¹⁵

Miguel Contreras viajó a Moscú acompañado por Juan Greco. Ambos presentaron un informe al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista en el que informaron ampliamente de la situación económica y política del país y sobre el movimiento obrero argentino. En ese informe se refieren a la “huelga de la Patagonia”, y dicen que “no sólo el Partido cumplió con su deber sino que, con su campaña periodística primero, y con su agitación pública contra el gobierno después, ha obligado a las dos Federaciones – sindicalista y anarquista– a ocuparse del asunto, sin lograr, sin embargo, que éstas hicieran más que tomar simples declaraciones. En la dirección de ese movimiento había afiliados del Partido; el Comité Ejecutivo contribuyó con recursos materiales de importancia a salvar de la reacción capitalista al líder más conocido de esa huelga –afiliado al Partido– cuya cabeza había sido puesta a precio por los capitalistas de esa región (...) esta intervención del Partido ha merecido la aprobación de los dirigentes del movimiento que han tenido la oportunidad de expresarlo en varias oportunidades”.¹¹⁶ ¿Los dichos de Contreras y Greco son una simple exageración, para ser mejor considerados en Moscú? ¿O son ciertos? En este último caso, ¿qué pasó con Soto, ya que posteriormente habría militado en el anarquismo chileno? Es evidente que el tema exige nuevas investigaciones.

En todo caso, el balance global de la posición del PC frente a la huelga no se modifica por ese informe exitista de Contreras y Greco.

El asesinato de Wilckens

y la huelga general de 1923

El 23 de enero de 1923, Kurt Gustav Wilckens, un obrero anarquista alemán, ajustició al Tte. Cnel. Varela.

La corta vida de Wilckens es un ejemplo de entrega a la causa de la liberación social de la clase obrera. Minero en su país natal, en Silesia, trabajador en las minas y las cosechas en los Estados Unidos, adonde emigró, fue primero marxista y luego anarquista, adherente a la teoría pacifista de Tolstoi. Era antimilitarista. Preso y expulsado de los EE.UU. por su militancia sindical, viajó a la Argentina y trabajó en las chacras del Alto Valle de Río Negro y como estibador y en otros oficios en Ingeniero White y Bahía Blanca. Fue detenido por cuatro meses en Buenos Aires, cuando estaba próximo a embarcarse para los EE.UU. y, al salir en libertad, se quedó a trabajar en la Capital Federal.¹¹⁷ Empujado por la desocupación volvió a Ingeniero White, sufrió un accidente, y regresó a Buenos Aires. Wilckens era corresponsal de los periódicos anarquistas *Alarm*, de Hamburgo y *Der Syndicalist*, de Berlín. Dice Bayer que este hombre había aprendido a amar al trabajador patagónico en su estadía en el sur, y la masacre de Santa Cruz lo conmovió profundamente. A pesar de sus convicciones pacifistas, decidió vengar, con un atentado individual, a sus hermanos de clase. Por eso ajustició a Varela. “No fue venganza; yo no vi en Varela al insignificante oficial. No, él era todo en la Patagonia: gobierno, juez, verdugo y sepulturero. Intenté herir en él al ídolo desnudo de un sistema criminal”, declaró después del atentado.

El viernes 15 de junio de 1923, mientras dormía en su celda, en la Prisión Nacional, Wilckens fue herido de un balazo por Jorge Ernesto Pérez Millán Temperley, joven de familia aristocrática, miembro de la Asociación Patriótica Argentina y represor en las huelgas de la Patagonia. Había entrado al servicio de guardiacárcel como brazo ejecutor de un complot de la derecha oligárquica. Wilckens agonizó en la enfermería del penal y murió en la madrugada del domingo.

La noticia del atentado contra Wilckens corrió rápidamente por las calles y los barrios obreros de Buenos Aires. La FORA V proclamó la huelga general e invitó al pueblo a ganar la calle. Las

organizaciones sindicales fueron proclamando el paro por tiempo indeterminado. Se publicaron boletines de *La Protesta* y *La Antorcha* y se generalizó la consigna de huelga general por tiempo indeterminado. “Y entonces se va a producir un movimiento espontáneo

en todo el país. Sin esperar órdenes de nadie, los obreros comienzan de *motu proprio* a abandonar los lugares de trabajo (...). La muerte de Wilckens ha logrado un milagro increíble: unir a la dividida clase trabajadora argentina”.¹¹⁸

El paro en los puertos fue total. Lo mismo en las principales ciudades: Rosario, Avellaneda, Bahía Blanca, Mar del Plata, Tandil, Mendoza, Tucumán, San Juan. El lunes la ciudad de Buenos Aires estaba paralizada. Hubo un tiroteo con obreros heridos en la ciudad de Santa Fe. La Unión Sindical Argentina (ex FORA X) salió también a la lucha. Se conmovió todo el país: desde Orán a Añatuya, desde el Chaco hasta General Pico.¹¹⁹ En actitud conmovedora, los detenidos en la Prisión Nacional declararon la huelga de hambre. La policía, por órdenes del gobierno nacional (el Presidente de la Nación ya era Marcelo T. de Alvear) enterró de incógnito el cadáver de Wilckens, para impedir un funeral de masas. Entonces, la FORA V convocó a una manifestación en Plaza Once para el martes 19 a las 14 hs.

Ese día, a las 18 hs., la Unión Sindical Argentina (USA) ordenó levantar la huelga. Lo hizo con palabras combativas, pero dejó sola a la FORA anarquista. El acto de Plaza Once terminó en brutal tiroteo. En la zona estaba el Sindicato de Panaderos, sede de la FORA V, allí quedó un tendal de muertos y heridos (2 muertos y 17 heridos graves). Hubo 163 detenidos. También hubo un policía muerto y 3 heridos. Durante la noche siguieron los incidentes: quema de tranvías, ataques a policías, entre otros. La USA, presionada por estos acontecimientos, decidió mantener el levantamiento del paro para volver a parar el día del entierro de uno de los obreros asesinado en el Sindicato de Panaderos. Pero como la policía hizo desaparecer su cadáver, utilizando este pretexto la USA levantó el nuevo paro. Pese a su actitud, la huelga continuó en el puerto, el gremio del calzado, conductores de carros, pintores, guincheros, Luz y Fuerza, expendedores de nafta, entre otros.

La importancia de este inmenso paro espontáneo de gran parte de la masa obrera se agiganta si tomamos en cuenta que existía un inmenso número de desocupados que presionaba sobre los obreros ocupados y que la actitud de la USA dividió el paro. A los pocos días el movimiento cesó. Kurt Wilckens quedó sólo en el recuerdo de los fogones patagónicos y de los payadores populares.

Wilckens fue vengado, a su vez, por sus compañeros anarquistas. Pérez Millán, su asesino, fue ajusticiado en abril de 1925, en el hospicio de la calle Vieytes, donde había sido trasladado por razones de seguridad.

La posición del Partido Comunista

El ajusticiamiento del Tte. Cnel. Varela coincidió con un debate en el Partido Comunista –impulsado por la Internacional Comunista– sobre los temas de la violencia de masas y la dictadura del proletariado. Lo que está en discusión surge con toda nitidez de las páginas de *La Internacional*: “Somos enemigos de la violencia individual; la consideramos ineficaz. La historia nos ha enseñado a comprenderlo así. Pero, frente a estos hechos que responden a un ansia colectiva de justicia, ante acontecimientos que como éste, tienen su origen en la violencia desmedida y sangrienta de arriba, contra la cual nada pueden los de abajo, no surge de nuestros pechos la condenación”.¹²⁰

No fue ésa la posición de los socialistas. El 1/2/1923 *La Internacional* informó de un homenaje rendido al Tte. Cnel. Varela en la Cámara de Diputados, homenaje aprobado con el “asentimiento general, incluso de los diputados socialistas”.

El 28/1/1923 *La Internacional* dirá que el gesto de Wilckens, pese a “ser individual tiene una base social: los hechos de la Patagonia”.

También sobre la ideología y la pertenencia orgánica de Wilckens se abrió una polémica entre anarquistas y comunistas. El 28/1/1923 editorializó *La Internacional*: “Wilckens no es, precisamente, un anarquista individualista. El es kapedista. Ha pertenecido, según parece, en Alemania, al Kommunistischen Arbeiter Partei Deutschland, partido que perteneció a la Internacional

como simpatizante hasta el III Congreso”. Y agrega que el KAPD “no era propiamente anarquista”.¹²¹

El 31/1/1923, en un artículo titulado “Cochinadas anarquistas”, *La Internacional* polemizó con *La Protesta*, que había acusado al PC de haber llamado a Wilckens “agente burgués y espía al servicio del capitalismo”. *La Internacional* transcribió un artículo que había publicado el 4/9/1921 defendiendo a Wilckens, en ocasión de su primera detención (cuando había concurrido a una asamblea del centro comunista de las secciones 12 y 13 buscando ayuda, ya que venía de Bahía Blanca y estaba sin trabajo y sin recursos). Y agregaba que fue defendido por Juan A. Prieto, un abogado del PC, quien logró impedir que fuera deportado.

Siguiendo con esta polémica, el 27/1/1923 *La Internacional* transcribió un reportaje a Wilckens en *La Nación*, en el que alababa a Marx como un “sostenedor de la violencia organizada” y afirmaba: “A la violencia hay que responder con la violencia”.

Cuando estalló la huelga por el asesinato de Wilckens, el PC llamó a la huelga general y a “hacer frente único en forma orgánica para fructificar la acción de clase contra la reacción”.¹²²

Pero cuando la USA, organización sindical en la que militaban sus afiliados, levantó el paro, la Unión Obrera Local de la Capital Federal, dirigida por el PC, la apoyó y “llamó a la más exigente homogeneidad en el levantamiento del paro”. Y el 20/6/1923 *La Internacional* planteó que la USA “ha hecho bien en fijar un término al movimiento”. Ese mismo día, luego de la agresión policial al acto de Plaza Once, llamó a “agruparse y trabajar por el frente único” y acató la decisión de la USA de no hacer el nuevo paro. Argumentó que la USA “tenía escasamente la mitad de los cotizantes que tenía la FORA en la época del X Congreso (...) y la FORA tiene muchísimos menos” y que por eso no era “posible soñar con huelgas generales revolucionarias” (como si fuese eso lo que estaba planteado!). Denunciaron también como “provocación policial el intento de seguir la huelga” ya que era “la burguesía la que tiene interés en provocar un movimiento de huelga general revolucionaria que le daría el pretexto para deshacer las organizaciones”.¹²³ Más aun, con esa suficiencia eurocentrista que caracterizó siempre a los dirigentes del PC argentino frente a la clase obrera del país y al movimiento

espontáneo de las masas (suficiencia que años después, ante el peronismo, se enmascararía en muchos de sus dirigentes como crítica al fascismo), pasaron a criticar directamente al movimiento obrero nacional: porque estaba desarticulado y carecía de una clara noción clasista; porque “la inmensa y aplastante mayoría del proletariado argentino es reducidamente consciente (...) falta educación clasista”, de donde resultaba que “la inmensa mayoría del proletariado no ha dado los primeros pasos; es un niño de teta que no sabe mantenerse en pie”. De allí teorizaron que sería un grave error deducir del paro de esos días que “se dispone de un proletariado aguerrido y clasista”, porque el paro fue “una espontánea agitación de masas que abandonaron el trabajo por una razón sentimental, pero no por una razón de clase”.¹²⁴

Así, de manera increíble para un marxista, analizó la dirección del PC la gran huelga de 1923 en repudio al asesinato de Wilckens, huelga **política** del proletariado argentino que impresiona aún hoy por su fuerza espontánea y su amplitud.

El período de auge

Todo el período que va desde el año 1917 a inicios de 1922 se caracterizó por grandes luchas de los obreros de la ciudad y del campo, de los campesinos, de los estudiantes. Fue el segundo gran período de auge. El primero fue el de los años 1902 a 1910, que terminó con la sangrienta represión del Centenario. Este segundo –de 1917 a 1922– estuvo fuertemente signado por el triunfo radical en las elecciones de 1916 y por la Revolución Rusa, en noviembre de 1917, cuya influencia en nuestro país fue notable. En ese período “todas las corrientes de izquierda se fracturaron alrededor de la ‘cuestión rusa’”.¹²⁵ Se dividieron los socialistas, los anarquistas y los sindicalistas revolucionarios en torno a esa cuestión.

El auge abierto en 1917 se cerró en 1922 con la masacre de los obreros de la Patagonia. Mundialmente comenzó también, en los años 1921-1922, un período de reflujó. Había sido aplastada la revolución espartaquista en Alemania y se consolidaba la socialdemocracia en el gobierno de ese país. Habían sido aplastados,

también, las revoluciones de Hungría y el movimiento revolucionario en Italia, donde avanzaba el fascismo. Rusia, que acababa de salir de la guerra civil, estaba cercada por las grandes potencias capitalistas y la sequía del Volga agravó una terrible hambruna.

En diciembre de 1917 se desarrolló la gran huelga de los obreros de los frigoríficos de Berisso, Avellaneda y Zárate, por aumento de salarios, las 8 horas de trabajo (generalmente se trabajaba 12 horas o más) y otras reivindicaciones. Fue ferozmente reprimida, “a sangre y fuego”.¹²⁶ Los obreros fueron baleados desde las ventanas del frigorífico La Negra, con el saldo de muertos y heridos; castigados con saña en las puertas del frigorífico La Blanca, con numerosos heridos; baleados en sus humildes casas de zinc en Berisso, por la marinería, la noche del 5 de enero de 1918, desde los techos del frigorífico Swift. Baleados por la policía en Piñeiro (Avellaneda) en enero de 1918. Baleados por tropas del Ejército en Zárate. Después de dos y tres meses de huelga, los obreros de la carne fueron derrotados. En 1919, 1920 y 1921 hubo nuevas huelgas de la carne en Zárate, Campana y Las Palmas y en 1921, en el Swift de Río Gallegos.

El 24 de septiembre de 1917, por el despido de dos trabajadores en los talleres Pérez de Rosario, comenzó la gran huelga ferroviaria que conmovió a todo el país. La represión fue sangrienta, pero la movilización obrera desbordó a la policía. Esta tiró sobre una manifestación de obreros ferroviarios, encabezada por sus mujeres, en Junín, matando a una niña. El Ejército disparó sobre los huelguistas en Mendoza, con el saldo de muertos y heridos. El 17 de octubre de 1917 triunfó la huelga.

Los obreros ferroviarios protagonizaron, entre 1917 y 1921, más de 40 huelgas generales o parciales. En el período 1920-1921 la huelga marítima –que durante 13 meses paralizó el 70 por ciento de la marina mercante nacional y generó un gran movimiento solidario en torno de sí– y la huelga de la construcción, que duró 3 meses, fueron exponentes de ese auge. Los petroleros de Comodoro Rivadavia protagonizaron huelgas en 1917 y 1918 y crearon la Federación Obrera Petrolera. En abril de 1920 fueron de nuevo a la huelga. Esta duró tres meses, fue ferozmente reprimida y la Federación Petrolera fue disuelta.

En 1919, la huelga paralizó por un mes a la empresa La Forestal, que era un gran feudo del imperialismo inglés en el norte de la provincia de Santa Fe y en el Chaco. El gobierno mandó fuerzas militares (el Regimiento XII de Infantería) y policiales a reprimir. La Forestal tuvo que ceder. Pero exigió y consiguió instalar en su territorio un cuerpo de “Gendarmería volante”.¹²⁷ Los obreros de La Forestal –más de 20 mil– volvieron a la lucha en abril de 1920 porque la patronal no había cumplido lo prometido en diciembre de 1919; ocuparon la empresa y enfrentaron a la Gendarmería.¹²⁸ La represión, a lo largo de 1920, fue brutal, hasta que fueron forzados a ir a una nueva huelga el 28 de enero de 1921. Los obreros, utilizando el ferrocarril, transportaban nutridos contingentes de huelguistas a los pueblos de la zona. La adhesión de la población fue total. Los obreros de los obrajes “se apoderaron de todo el feudo de La Forestal con sus cuatro o cinco poblaciones”.¹²⁹ Recibieron la solidaridad de la clase obrera de Rosario y el resto del país. Emboscados en los montes de quebracho junto con sus familias, los obreros enfrentaron a tiros al cuerpo especial de Gendarmería. La represión fue feroz: a balazo limpio. Se generalizaron las razias, persecuciones, detenciones, expulsiones, incendio de ranchos, torturas y asesinatos de obreros. Familias enteras huyeron de la zona. Después de una lucha heroica, los trabajadores fueron derrotados.

El 1º de Mayo de 1921, denominándolo Día del Trabajador Libre, la Liga Patriótica –con el pretexto de conmemorar el Pronunciamiento de Urquiza contra Rosas– movilizó en Gualeguaychú una columna de más de 2 mil partidarios –5 mil según la Federación Obrera Departamental adherida a la FORA X– a caballo, armados de máuser y winchester, y atacó a balazos el acto proletario que conmemoraba la fecha, causando 4 muertos y 20 heridos.

En 1919, los obreros de la empresa azucarera inglesa Las Palmas, en el Chaco, ferozmente explotados hasta entonces, se rebelaron y fueron a la huelga por aumento de salarios. Luego de 7 días de lucha, triunfaron. El 6 de julio de 1920 se planteó nuevamente el conflicto. La patronal movilizó toda la policía, Gendarmería, guardias blancas y centenares de indígenas, reuniendo un total de más de mil hombres armados para despedir y desalojar de la

colonia a los activistas sindicales. La fuerza patronal fue recibida por los obreros protegidos tras una trinchera de 200 metros, armados con algunos winchester, palos y alambres. La patronal mandó unos 200 indígenas al frente. Nunca se supo cuántos peones e indígenas murieron en ese ataque.¹³⁰

En junio de 1921, la Cámara de Diputados discutía un proyecto de ley mordaza: ésta permitiría al gobierno controlar los sindicatos, ilegalizar las huelgas y establecía, en la práctica, entre otras medidas, la jornada de 10 horas. El repudio del movimiento sindical fue unánime. El 10 de agosto se realizó un mitin multitudinario en Plaza Congreso, en la Capital Federal. Era tal la cantidad de obreros, que cuando los primeros manifestantes llegaban a la Plaza San Martín, la cola de la columna todavía estaba en Congreso.¹³¹

En junio de 1921, ambas FORA (V y X) declararon la huelga general y constituyeron un Comité Mixto para protestar contra la tentativa de trabar el libre funcionamiento de los sindicatos y por la libertad de los presos sociales. El paro fue total.

El gobierno radical instaló de hecho el estado de sitio, clausuró los locales obreros y detuvo a centenares de trabajadores. Pero el paro triunfó.

Al mismo tiempo, el movimiento agrario, entre 1920 y 1921 fue tan fuerte “que se dio el caso de pueblos de Santa Fe tomados por los campesinos”.¹³²

Cuando en marzo de 1922 se realizó el Congreso de Unidad de los sindicatos de la FORA del X Congreso, sindicatos autónomos y algunos dirigidos por los anarquistas –congreso que constituyó la Unión Sindical Argentina (USA)–, sobre 27 mil cotizantes representados, 13 mil marchaban bajo la orientación de los comunistas, lo que “da una idea del crecimiento de la influencia de los comunistas en el movimiento sindical”.¹³³

Pero el PCA no sintetizó correctamente la rica experiencia de esos años. Sólo vio en ella los errores “izquierdistas”, “infantiles”, de los anarquistas, los sindicalistas revolucionarios y muchos comunistas. Tiró así “al niño con el agua de la bañadera” y alimentó con ese balance equivocado la desviación reformista y revisionista que carcomió sus fuerzas revolucionarias. La gran huelga de ene-

ro de 1919 y luchas como la de La Forestal y la Patagonia constituyeron un boceto para la futura Revolución Argentina, que 50 años después –en nuevas y superiores circunstancias– enriquecerían el Cordobazo y otras puebladas. **“Este primer boceto revolucionario mostró que el proletariado tenía fuerza y capacidad (aun en las condiciones descriptas) para hegemonizar al conjunto del pueblo y hacer temblar a las clases dominantes”**.¹³⁴

NOTAS DEL CAPÍTULO III

1. Revista *Panorama*, Argentina, 14/4/1970.
2. Domingo Varone, *obra cit.*, pág. 40.
3. Julio Godio, *La semana trágica de enero de 1919*, Buenos Aires, Granica, 1972, pág. 12.
4. Enrique Díaz Araujo, *La semana trágica de 1919*, Mendoza, 1988, pág. 56.
5. Domingo Varone, *obra cit.*, pág. 42.
6. Enrique Díaz Araujo, *obra cit.*, Segunda parte, pág. 60.
7. Mateo Fossa, entrevista del Proyecto de Historia Oral del Instituto Torcuato Di Tella, 14/12/1971. En la Biblioteca del Congreso de la Nación.
8. Enrique Díaz Araujo, *obra cit.*, pág. 64.
9. *Idem*, pág. 92.
10. Nicolás Babini, “La Semana Trágica”, *Todo es Historia*, N° 5, septiembre 1967, pág. 16. Babini dice que el Gral. Dellepiane tomó esa decisión “en forma personal e inconsulta” y el ministro de Guerra “ante el hecho consumado”, lo designó “jefe militar de la Capital”.
11. Enrique Broquen, militante del Partido Comunista y del Partido Socialista Obrero en la década del 30 y del MAS en la década del 80, hijo del Gral. de Brigada Jorge Broquen, relató que cuando la policía perdió el control de la situación, su padre fue convocado, junto con el ministro de Defensa, a una entrevista con Yrigoyen. Este le ofreció dirigir la represión, “hablándole de la intervención de los rojos, de los anarquistas, de la ideología extran-

jera y de la influencia de la revolución rusa”, pero su padre se negó a actuar y pidió el pase a retiro que, luego de los acontecimientos de enero, Yrigoyen rechazó. Ver: Enrique Broquen, *Qué Pasa*, órgano del CC del Partido Comunista, N° 257, 12/2/1986.

12. Edgardo Bilsky, *obra cit.*, pág. 74.

13. Robert A. Potash, *El ejército y la política en la Argentina, 1928-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 1981, pág. 30, y Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1981, pág. 158. Este último, citando al coronel Juan Orona, incluye a oficiales en el soviet que funcionaba en el 2do. Regimiento de Artillería. Los anarquistas simpatizantes de la Revolución Rusa editaban un periódico para los soldados y hacían un activo trabajo en los cuarteles.

14. Carlos Echagüe, *Las grandes huelgas*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971, pág. 39.

15. Domingo Varone, *obra cit.*, pág. 45.

16. Simón Radowitzky, anarquista, a los 17 años ajustició al Jefe de Policía Ramón Falcón. Fue condenado a prisión perpetua. Apolinario Barrera, un ex administrador del periódico anarquista *La Protesta*, se trasladó a Tierra del Fuego y ayudó a Radowitzky en su fuga frustrada del penal de la isla.

17. Edgardo Bilsky, *obra cit.*, pág. 21.

18. Sebastián Marotta, *El movimiento sindical argentino*, tomo II, Buenos Aires, Ediciones Lacio, 1961, pág. 243.

19. Julio Godio, *La semana trágica de enero de 1919*, edic. cit., pág. 49.

20. Enrique Díaz Araujo, *obra cit.*, pág. 124.

21. Carlos Echagüe, *Las grandes huelgas*, edic. cit., pág. 40 y sptes.

22. *Idem*, pág. 43.

23. Angel Carrasco, *Lo que yo vi desde el 80...*, Buenos Aires, PROCMO, 1947, pág. 193.

24. *La Vanguardia*, 27/1/1919.

25. Liborio Justo, *Nuestra Patria Vasalla*, edic. cit., pág. 192.

26. José Ingenieros, *Revista de Filosofía*, IX, N° 1, 1919.

27. *La Internacional*, 1/3/1919.

28. Nicolás Babini, *obra cit.*, pág. 8.

29. Pedro Chiarante, *Pedro Chiarante, ejemplo de dirigente obrero clasista*, Buenos Aires, Fundamentos, 1976, pág. 39.
30. Enrique Díaz Araujo, *obra cit.*, pág. 117.
31. Waldo Ansaldi (compilador), *obra cit.*, tomo II, pág. 135 y sgtes.
32. *Idem*, pág. 188.
33. Número del Centenario de *El Liberal* del 3/11/1948.
34. Torcuato Di Tella, *Industria y política*, Buenos Aires, Tesis-Grupo editorial Norma, 1993, pág. 46.
35. *La Chispa*, 21/7/1928.
36. Waldo Ansaldi (compilador), *obra cit.*, tomo I, págs. 76 en adelante.
37. *El Patagónico*, edición especial, 1970.
38. Delia Kamia, *Entre Yrigoyen e Ingenieros*, Buenos Aires, Meridión, 1957.
39. *La Prensa*, 13/1/1919.
40. *La Internacional*, 1/3/1919.
41. Edgardo Bilsky, *obra cit.*, pág. 104.
42. *Revista América Latina*, Moscú, Progreso, Nos. 1 y 2 de 1981.
43. Hugo Del Campo, *La Semana Trágica*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, Colección Polémica N° 53, pág. 68.
44. Conversación del autor con Nazareno Iscaro, militante anarquista que, luego de 1930, se afilió al Partido Comunista.
45. Edgardo Bilsky, *obra cit.*, pág. 152.
46. Hugo Del Campo, *obra cit.*, pág. 63.
47. Sebastián Marotta, *obra cit.*, tomo II, pág. 249.
48. Antonio Gramsci, *Passato e Presente*, Turín, Einaudi, 1954, pág. 55.
49. Enrique Díaz Araujo, *obra cit.*, pág. 142.
50. Nicolás Babini, *obra cit.*, pág. 19.
51. La Opinión Cultural, suplemento del diario *La Opinión*, 19/1/1975.
52. Edgardo Bilsky, *obra cit.*, pág. 150.
53. Julio Godio, *El movimiento obrero argentino, 1910-1930*, edic. cit., pág. 95.
54. La Opinión Cultural, suplemento del diario *La Opinión*,

19/1/1975.

55. *Bandera Proletaria*, N° 94, 1/1/1923.

56. Osvaldo Bayer, *Los vengadores de la Patagonia trágica*, tomo I, Buenos Aires, Galerna, 1972, pág. 52.

57. Emilio Corbière, *Orígenes del comunismo argentino*, edic. cit., pág. 45.

58. *La Internacional*, 22/1/1927.

59. *Esbozo...* edic. cit., págs. 39 y 40, nota al pie.

60. *Revista de Filosofía*, IX, N° 1, 1919.

61. *La Internacional*, 1/3/1919.

62. Relató Mateo Fossa, refiriéndose a una asamblea del gremio de la madera: "...se vuelve a hacer la asamblea y la volvemos a ganar, por la influencia que tenía la Revolución Rusa. En la masa había una simpatía grande. Es un hecho histórico que no se puede negar, no se puede discutir la influencia que tenía (...) nosotros estábamos a la sombra y la influencia de la Revolución Rusa y por eso ganábamos". Mateo Fossa, entrevista para el Proyecto de Historia Oral del Instituto Torcuato Di Tella, 1971, pág. 59.

63. Vladimir I. Lenin, *El Estado y la Revolución*, Buenos Aires, Lautaro, 1946. Utilizamos la palabra *resumen* –que utiliza la edición alemana– en vez de *condensación* que utiliza la edición de Lautaro.

64. *La Internacional*, 1/10/1925 y 3/10/1925.

65. *La Internacional*, 27/9/1925.

66. *La Internacional*, 1/10/1925.

67. *La Internacional*, 22/1/1927.

68. *La Vanguardia*, 27/1/1919.

69. *La Chispa*, 29/1/1927. El 19/11/1927, la publicación, comentando la crisis con Penelón, dijo que "en la Semana de Enero se escondía miedoso, traicionando como dirigente que era de la F.O.R.A. a la clase trabajadora en lucha contra el Estado. En la semana de mayo de 1921 repetía su cobardía al esconderse nuevamente". Es posible que la conducta de Penelón, que critica *La Chispa*, no se debiese a la supuesta cobardía que ésta le adjudica. Penelón era, por un lado, el dirigente máximo del Partido Socialista Internacional y el máximo representante de la Internacional Comunista en el país, y, por el otro, un dirigente sindical de

la FORA IX. El ejercicio de ambas responsabilidades se tornaba imposible cuando la lucha pasaba del terreno sindical al terreno preinsurreccional.

70. Floreal Mazía, novelista del Partido Comunista, acepta, en forma casi grosera, esta caracterización de las huelgas de enero de 1919. En su novela *Enero rojo Semana negra*, un representante del capital inglés, en una reunión con la patronal de Vasena propone: “Primero: provocar un estallido prematuro. Medios: a convenir. Una vez conseguido eso, segundo: la represión total”. Y un afiliado al Partido Socialista Internacional dice, en otro momento de la novela: “Va a haber huelga general (...) no tenemos fuerza (...). No hay dirección conjunta (...). El partido repudia (...). Si pudiéramos unirnos (...) la gente quiere salir a la calle (...) pero el partido todavía es nuevo (...) y la FORA del V embrolla”. Floreal Mazía, *Enero rojo Semana negra*, Buenos Aires, Cartago, 1974, págs. 70 y 130.

71. Pedro Chiarante, *Memorias*, Buenos Aires, Fundamentos, 1976, pág. 40.

72. Enrique Díaz Araujo, *obra cit.*, pág. 35.

73. *La Chispa*, 14/1/1928.

74. José María Borrero, *La Patagonia Trágica*, Buenos Aires, Zagier y Urruty, 1994.

75. Así lo relató a Osvaldo Bayer un familiar de Viñas Ibarra. Conversación del autor con Osvaldo Bayer.

76. Susana Fiorito, *Las huelgas de Santa Cruz (1921-1922)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985, pág. 7.

77. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 49.

78. *Todo es historia*, N° 350, septiembre de 1996.

79. Otto Vargas, *Breve análisis de la historia de la tierra fiscal en el país*, 1964, inédito.

80. Osvaldo Bayer, *La Patagonia Rebelde*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1980, pág. 32.

81. Susana Fiorito, *obra cit.*, pág. 9.

82. *Idem*, pág. 66.

83. Osvaldo Bayer, *obra cit.*, págs. 38, 40 y 41.

84. Hasta el día de hoy, sigue siendo total la intransigencia patronal en este punto: la organización de los obreros rurales ha estado –y sigue– proscrita en las grandes estancias, que son la fortaleza principal de los terratenientes patagónicos.

85. Osvaldo Bayer, *obra cit.*, págs. 70 a 72.

86. *Idem*, pág. 95.

87. *Idem*, pág. 105.

88. Alain Rouquié, *obra cit.*, pág. 149.

89. Osvaldo Bayer, *obra cit.*, pág. 114.

90. Osvaldo Bayer, *obra cit.*, pág. 135.

91. *Idem*, pág. 145.

92. *Idem*, pág. 152.

93. Susana Fiorito, *obra cit.*, pág. 15.

94. *Idem*, pág. 14.

95. Osvaldo Bayer, *Los vengadores de la Patagonia trágica*, tomo III, Buenos Aires, Galerna, 1974, pág. 196.

96. *Idem*, págs. 197 a 200.

97. Osvaldo Bayer, *La Patagonia Rebelde*, edic. cit., pág. 344.

98. *Idem*, pág. 358.

99. *La Vanguardia*, 17/1/1922.

100. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 46.

101. Pedro Chiarante, *Memorias*, edit. cit., pág. 47.

102. Arturo Lozza, *obra cit.*, pág. 223.

103. Mao Tsetung, “Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección”, *Obras Escogidas*, tomo III, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1972, pág. 179.

104. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 48.

105. *La Vanguardia*, 31/1/1922.

106. Conversación con el autor.

107. Domingo Varone, *obra cit.*, pág. 63.

108. Pedro Chiarante, *obra cit.*, págs. 44-47.

109. Arturo Lozza, *obra cit.*, pág. 222.

110. Conversación con el autor.

111. *Principios*, Agosto de 1995, pág. 6.

112. Arturo Lozza, *obra cit.*, pág. 221-223.

113. *Propuesta*, 5/12/1996.

114. *La Sindical Roja*, Diciembre de 1921, Montevideo, Uru-

guay, pág. 67.

115. Archivos de la Comintern y sus relaciones con el PC de la Argentina, 1921-1940, Rollo 4125-ME

116/8. Biblioteca del Congreso de la Nación.

116. *Idem*, Informe de la delegación argentina al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, 1922, Rollo 1.

117. Contó el dirigente anarquista Diego Abad de Santillán que “por esa época yo compartía una habitación en la calle Sarandí con Kurt Wilckens (...) era un hombre encantador, tolstoiano, de una sensibilidad exquisita”. En *La Opinión Cultural*, suplemento de *La Opinión*, 19/1/1975.

118. Osvaldo Bayer, *La Patagonia Rebelde*, edic. cit., págs. 379-380.

119. *Idem*, pág. 396.

120. *La Internacional*, 23/1/1923.

121. El Kommunistischen Arbeiter Partei Deutschland (KAPD) se creó en abril de 1920 a partir del ala izquierda del Partido Comunista de Alemania (KPD) que se negaba a trabajar en los sindicatos reformistas y a participar en las elecciones parlamentarias. Tenía 25 mil militantes en el otoño de 1920, frente a 75 mil del KPD. En noviembre de 1920 el KAPD fue admitido como partido simpatizante con la recomendación de ingresar en el KPD, apoyar las acciones del KPD, y publicar las resoluciones de la Internacional. Posteriormente, Lenin definió como errónea, autocriticamente, esta decisión. A fines de 1921 la Internacional Comunista interrumpió las relaciones con el KAPD. En Milos Hájek, *Historia de la Tercera Internacional*, Barcelona, Crítica, 1984, págs. 23 y 24, nota al pie.

122. *La Internacional*, 18/6/1923.

123. *La Internacional*, 21/6/1923.

124. *La Internacional*, 22/6/1923.

125. Edgardo Bilsky, *Esbozo de historia del movimiento obrero argentino: desde sus orígenes hasta el advenimiento del peronismo*, Buenos Aires, Biblos, Fundación Simón Rodríguez, s/f, pág. 35.

126. José Peter, *Historia y luchas de los obreros de la carne*,

- Buenos Aires, Anteo, 1947, pág. 10 y sgtes.
127. Arturo Lozza, *obra cit.*, pág. 217.
128. *HOY*, semanario del comunismo revolucionario, N° 648, 19/2/1997.
129. *La Chispa*, 21/7/1928.
130. José García Pulido, *El Gran Chaco y su imperio Las Palmas*, Casa García S.A., 1977, pág. 127.
131. Rubens Iscaro, *Historia del movimiento sindical*, tomo 3, Buenos Aires, Ciencias del Hombre, 1974, pág. 186.
132. *La Chispa*, 21/7/1928.
133. Rubens Iscaro, *obra cit.*, tomo 4, pág. 14.
134. *Programa del Partido Comunista Revolucionario de la Argentina*, VIII Congreso Nacional, 1997, pág. 31.

CAPÍTULO IV

EL PROBLEMA BÁSICO

Las cosas no eran entonces, al inicio, ni simples ni claras.
Palmiro Togliatti

Al hojear las páginas de *La Internacional*, en sus primeros años, encontramos –junto con su innegable defensa de los principios clasistas y sus posiciones enfrentadas al reformismo y al oportunismo– una evidente confusión de sus redactores sobre temas fundamentales para el triunfo de la revolución. Sin duda, parte del legado que los dirigentes del joven PC habían recibido del viejo Partido Socialista; el “fardito” que traían de él, como dijeron después. No tenían claridad sobre las particularidades de la formación económico-social del país, el carácter de país oprimido por el imperialismo, el papel de los terratenientes en la economía y el Estado, qué tipo de revolución embarazaba a la sociedad argentina: ¿democrática? ¿socialista? ¿de liberación nacional?, y cuál era el rol del proletariado en ella. Consiguientemente, no podían establecer **quiénes eran los enemigos y quiénes los amigos** en esa lucha, una “cuestión de importancia primordial para la revolución” (Mao Tsetung).

El núcleo de dirección inicial del PCA se mantenía aferrado al análisis del viejo Partido Socialista sobre la Argentina. En 1955, refiriéndose a ese período, escribió Victorio Codovilla: “...**el joven Partido Comunista de la Argentina distaba mucho de ser un verdadero partido comunista. No dominaba todavía la doctrina leninista sobre el partido, sobre la esencia del imperialismo, no tenía noción clara sobre un problema básico para nosotros: el carácter de la revolución argentina y sus fuerzas motrices**”.¹

La dirección del viejo Partido Socialista no comprendió, nun-

ca, la esencia económica del imperialismo contemporáneo. Por esa razón, no tuvo un análisis correcto sobre los rasgos determinantes de la formación económico-social de la Argentina, ni sobre fenómenos como el colonialismo o la guerra moderna; tampoco pudo tener una política para la burguesía nacional (aquella que resiste la opresión imperialista) diferenciada de la burguesía intermediaria de los monopolios imperialistas. Además, al no conocer –o no comprender– la teoría marxista de la renta agraria, en especial la llamada renta absoluta (generada por el monopolio de la propiedad privada sobre la tierra, que dificulta la libre emigración del capital de la industria a la agricultura y la ganadería), consideró a los terratenientes como una capa –la capa rural– de la burguesía, sin diferencias importantes con ésta.

Si bien el núcleo fundador del PC dio lucha –en sus primeros años de vida– contra las deformaciones revisionistas y reformistas más groseras de la dirección del PS (que estaba profundamente impregnada por el liberalismo burgués y se oponía a la teoría marxista sobre el Estado), el nuevo partido desconocía lo fundamental de la obra teórica de Lenin y no había reelaborado, críticamente, desde el marxismo-leninismo, las concepciones que había heredado del PS.

Lo anterior explica la incompreensión inicial de los dirigentes del PC sobre la importancia del tema nacional en un país dependiente, como era el caso de la Argentina. El carácter de país oprimido por el imperialismo obliga al proletariado consciente de esos países, decía Lenin, a ser muy cuidadoso con la supervivencia del sentimiento nacional, supervivencia que será muy prolongada, afirmaba. Esto lo ha demostrado con creces la historia contemporánea.

Cuando en los primeros años del PC el Comité Ejecutivo expulsa a Aldo Antoni –uno de sus fundadores– lo califica de “traidor”, entre otras razones, por “ceder a ceremonias nacionalistas” en un acto deportivo.² Antoni, que era dirigente deportivo, había izado la bandera argentina y cantado el Himno Nacional en un partido de fútbol. Hay que tener en cuenta –para explicar, no para justificar la sanción– que en esos años, como vimos anteriormente, la oligarquía y las fuerzas reaccionarias eran “nativistas” y

hacían de la bandera nacional el emblema de su lucha xenofóbica, propatronal y fascista, al tiempo que la llamada “Ley Social” del Centenario prohibía sacar a las calles la bandera roja. Además, el naciente Partido Socialista Internacional, partiendo de su posición internacionalista, criticó –desde el inicio– el supuesto “nacionalismo” de la dirección del viejo Partido Socialista y en sus documentos liminares expresó su repudio a “toda manifestación nacionalista”.

Por esas razones, pero principalmente por la profunda incomprensión del tema nacional en un país semicolonial o dependiente, el movimiento obrero socialista y anarquista de comienzos de siglo repudió, tradicionalmente, el uso y el respeto a la bandera nacional. El dirigente socialista Mario Bravo escribió a principios de siglo: “La bandera argentina está envilecida por la misma clase que ella ampara. El proletariado no tiene por qué colocarla al lado de su estandarte rojo de combate”.³ Andando el tiempo, Bravo adoptaría posiciones nacionalistas y antiimperialistas.

En la ya comentada *Historia del Socialismo Marxista en la República Argentina*, se cita la crítica del naciente PSI al Partido Socialista por haber embanderado sus locales el 9 de Julio de 1916 sólo con la bandera argentina; y a Juan B. Justo porque quiso que la bandera roja “**y la argentina**” acompañaran sus restos.

Cuando el diario *La Prensa* calificó a Cañada Verde de “comuna ácrata” porque el 25 de Mayo de 1928 la municipalidad no había izado la bandera nacional, *La Internacional* se refirió al hecho como “la *bagatella* de la bandera...”.

La dirección del PC no veía diferencias importantes entre la burguesía nacional y la burguesía imperialista. Ni grados en cuanto al dominio imperialista: atacando el sometimiento al capital extranjero concluía, en ese período, que “la independencia nacional se transforma en el mejor medio de esclavizar al pueblo”.⁴

Lo nacional

La Internacional Comunista tampoco tenía mayor claridad sobre este tema: en su Manifiesto para Sudamérica⁵ llama al proletariado de estos países a luchar “contra vuestras propias bur-

guesías: así estaréis luchando contra el imperialismo norteamericano”. Los cuadros dirigentes de la Internacional Comunista –comenzando por el suizo Jules Humbert-Droz, bujarinista, responsable del trabajo en América Latina–, afirmando el carácter de semicolonias de nuestros países, negaban “la existencia de una clase de burgueses nacionales en América Latina”⁶ y planteaban que no había oposición entre la burguesía industrial y los terratenientes porque “a menudo eran la misma persona”; algunos negaban incluso la existencia de una burguesía “compradora” (en el sentido de comerciantes nativos que tratan con la importación y exportación de productos coloniales típicos). Todavía en 1928, en el Programa para América Latina, aprobado en el VI Congreso de la IC –en gran medida como un eco de la traición de la burguesía china a la revolución– se planteó confiscar no sólo a las empresas de la gran burguesía extranjera y a los terratenientes sino también a las de la “burguesía nacional”. En la Primera Conferencia Comunista Latino Americana, en 1929, Victorio Codovilla tuvo en este tema la misma posición que Droz, afirmando que no existía una burguesía nacional en nuestros países, puesto que ésta había estado ligada desde su nacimiento al imperialismo, era su agente, etc.⁷

Los comunistas latinoamericanos, incluso los centroamericanos, se resistían a que sus países fueran considerados colonias o semicolonias, pese a la dura realidad de sometimiento nacional –respecto de Estados Unidos, como sucedía en Cuba, o de Gran Bretaña, en el caso argentino– porque exageraban las implicancias de la independencia política de nuestros países. “Hace tiempo –dijo Humbert-Droz en la Primera Conferencia Comunista Latino Americana– tuvimos que discutir vivamente con nuestros camaradas de América Latina, para hacerles aceptar la idea de que sus respectivos países son países dependientes semicolonias del imperialismo inglés y norteamericano”.⁸

En el caso argentino, el tema de la burguesía nacional comenzaba en esos tiempos a transformarse en uno de los grandes problemas a resolver para el triunfo de la revolución. Como vimos, teníamos un gobierno radical que conciliaba con el imperialismo, especialmente con el inglés, pero que tuvo serias contradicciones

con el imperialismo yanqui. Además, en 1921 había otorgado una ayuda de 5 millones de pesos en alimentos a la hambrienta y aislada Rusia y en 1922 –rechazando presiones anglo-yanquis– comerció con la Unión Soviética.

Un ejemplo que ilustra la falta de comprensión sobre la cuestión nacional está en la crítica que se hacía desde *La Internacional* al boxeador Luis Angel Firpo, una especie de héroe nacional para la época. Esa crítica tenía un aspecto justo: el repudio a la instrumentación de los deportes por parte de la burguesía, que los usaba para crear sus propios ídolos e imponer sus propias concepciones ideológicas, modelando tendencias espirituales en la masa que facilitarían su opresión. Pero el señalamiento sobre Firpo terminaba expresando desprecio a las masas que el Partido debía ganar para realizar sus objetivos históricos. Así el PC censuró, en varios números, que el pueblo festejase el triunfo de Firpo con un “entusiasmo estúpido y malsano”, con “maneras de jubileo” originadas en “la nacionalidad de Firpo”.⁹ Consideraba también que la tristeza de Firpo en Nueva York se debía a que allá no tenía “un teatro Apolo donde exhibirse, como bicho raro, ante la curiosidad –tasada rigurosamente– de las gentes simples y estúpidas”.¹⁰ Firpo “es símbolo de la juventud argentina, que deja moral, ideas, afectos, todo, a cambio de un puñado de monedas”.¹¹ Y con un tono de superioridad intelectualoide, típica del positivismo de la burguesía de esa época –tono que mantendría durante muchos años la prosa de Rodolfo Ghioldi, y que llegó a extremos increíbles en los días posteriores al 17 de octubre de 1945–, *La Internacional* critica a Luis Angel Firpo por “no saber leer ni escribir correctamente”, por hablar una lengua semejante a la de Yrigoyen “su maestro y protector”. Y lamenta que la Argentina se conozca en el extranjero por “las vacas, el trigo y los puños de un animal fuerte con figura humana”, llamando a Firpo “distinguido exponente analfabeto de argentinismo”.¹²

En el menosprecio de cuestiones claves que hacían a lo nacional, pesaban opiniones liberales como las de Domingo F. Sarmiento –tan admirado por Juan B. Justo y los socialistas– con su antinomia de civilización o barbarie y, al igual que él se preguntaban: “¿Somos europeos? ¿Somos indígenas? ¿Mixtos? ¿Somos

Nación?”.¹³ También pesaba la tesis liberal, sobre las dos civilizaciones en conflicto: una india-gauchi-mulata y otra blanca-euroargentina. La primera, según Aníbal Ponce (antes de que este gran intelectual amigo del PC hubiese avanzado en el dominio del marxismo) era la que mantenía “con algún vigor sus costumbres oscuras, sus gustos plebeyos, su odio al extranjero, sus estrechos sectarismos” y estaba “destinada a desaparecer por su nulidad evidente”.¹⁴ Para Aníbal Ponce, en esa primera época tan influido por Sarmiento y por Ingenieros, “los argentinos actuales queremos ser nada más que lo que somos –europeos modificados por el medio”.¹⁵

La incompreensión del tema nacional se manifestó durante años, en una cuestión clave: la concerniente al libre cambio y el proteccionismo. Se criticaba el “descarado proteccionismo argentino sobre el azúcar (...) con el cuento de proteger la industria nacional”¹⁶ y se condenaba a Alejandro Bunge “por continuar impertérritamente una campaña proteccionista” cuando proteger la industria argentina, planteaban, “es la solución más cara para los consumidores”.¹⁷ En esto los dirigentes del joven PC fueron continuadores de Juan B. Justo que había dicho, en 1898, que el progreso argentino se debía a la burguesía porteña y al librecambio.¹⁸

La importancia de lo que más tarde se llamaría “la defensa del patrimonio nacional” no se vio hasta mucho después de la década del 20, principalmente por la confusión teórica sobre la diferencia existente entre burguesía nacional y burguesía intermediaria en los países oprimidos por el imperialismo.

En 1927 el PC publicó declaraciones en defensa del petróleo nacional, contra los trusts yanquis e ingleses. Pero en ese mismo año los dirigentes del PC reiteraron su error respecto de la cuestión nacional cuando estalló el gran debate en torno al petróleo. El yrigoyenismo había presentado un proyecto para transformar los yacimientos petroleros en bienes de la Nación y dejarlos bajo jurisdicción federal (manteniendo las concesiones ya hechas al capital extranjero). Planteó en la Cámara de Diputados **la nacionalización y el monopolio por el Estado** de la explotación petrolífera y luego, ante la oposición de otros partidos –como el socialista– que acordaban con la explotación privada, se retiró de

la sesión. *La Internacional* calificó de demagógica la posición yri-goyenista, argumentando que tal medida “era imposible bajo el gobierno burgués” y recordó que, en su anterior gobierno, Yri-goyen había hecho grandes concesiones para cateos.¹⁹

Los “chispistas” criticaron la línea de Penelón-Codovilla-Ghioldi, apoyada por la Internacional Comunista, por resucitar las “viejas teorías del librecambio inglés”, las viejas ideas de Juan B. Justo, que propiciaban la “libre importación de automóviles, sedas y artículos de lujo”. *La Internacional* contestó a *La Chispa* acusándola de tener “el criterio reaccionario de sostener editorialmente la defensa de la industria nacional frente a la industria extranjera”.²⁰

El problema nacional, como demostró la historia de este siglo en Asia, Africa y América Latina, en general, y la experiencia argentina lo comprobaría –dramáticamente para el PC– en 1946, es un problema esencial que debe resolver el proletariado de un país oprimido por el imperialismo en su lucha por acabar con la explotación del hombre por el hombre. Las revoluciones triunfantes demostraron, con la fuerza irrefutable de la práctica, que el carácter social de la revolución en los países coloniales, semicoloniales y dependientes es democrático-burgués y de liberación nacional. Pero debido a que en la época del imperialismo y la revolución proletaria la burguesía nacional es incapaz de llevar hasta el fin a la propia revolución democrático-burguesa, ésta sólo puede ser dirigida por el proletariado para establecer, en una primera etapa, una sociedad de nueva democracia (como la llamó Mao Tsetung), una dictadura conjunta de todas las clases revolucionarias, una dictadura democrático-popular que avance ininterrumpidamente, en una segunda etapa, a construir el socialismo. Esas revoluciones democráticas, de liberación nacional, ya no son parte de la revolución burguesa mundial sino de la revolución socialista, proletaria, mundial. De allí el lema de Lenin para la Tercera Internacional: **“¡Proletarios de todos los países, pueblos y naciones oprimidos del mundo, uníos!”**.

El carácter de país en disputa de la Argentina es un rasgo favorable para el triunfo de la revolución aquí. Este rasgo lo señaló Mao Tsetung como uno de los aspectos claves que diferenciaron

a la Revolución China de la revolución hindú: “¿Por qué (...) la revolución no triunfó en la India, según la tesis del eslabón más débil, tal como la concebían Lenin y Stalin? Ello se debe a que la India era una colonia del imperialismo británico. En este punto difería de China. China era una semicolonía dominada por varios países imperialistas”.²¹ Pero es un rasgo favorable cuando se acierta en la determinación del principal enemigo imperialista a golpear, y se usan las contradicciones interimperialistas sin tener ilusiones, sin apoyarse en un imperialismo para golpear a otro.

Yanquis e ingleses

Este carácter de país dependiente disputado por varias potencias imperialistas fue utilizado por la dirección del PCA, en ocasiones, como argumento para atenuar el papel dominante del imperialismo inglés. Durante muchos años hubo debates y oscilaciones en torno a **cuál** era el imperialismo dominante: el yanqui o el inglés. Las imprecisiones y equivocaciones en este tema tuvieron una importancia decisiva para incurrir en errores políticos, como los que cometió la dirección del PCA ante el golpe de Estado de 1930.

La supeditación de la política de la Internacional Comunista a la diplomacia de la Unión Soviética influyó mucho en esos errores y oscilaciones. En 1927 Bujarin definió a Inglaterra como el “primer enemigo burgués de la la Unión Soviética”, el principal peligro para el naciente Estado obrero y campesino provenía de Gran Bretaña; en otras ocasiones, de los EE.UU., o de Alemania (1936-1939). Consecuentemente, cambiaba la dirección del golpe principal de la política exterior soviética influyendo en las decisiones políticas de la Internacional Comunista y sus partidos miembros.

A partir de una lectura parcial de los textos de Carlos Marx y/o de una mala integración de los mismos a la realidad latinoamericana de fines del siglo pasado y principios de éste, una fuerte corriente en el Partido Socialista (incluido Germán Avé Lallemand) y en otras fuerzas de la izquierda, consideró, durante muchos años, al imperialismo yanqui como un imperialismo “progresista” en América Latina.²² A mediados de la década del 20, trabajando

en la Internacional Comunista, Victorio Codovilla escribió artículos señalando el papel progresista que, supuestamente, jugaba el imperialismo yanqui (industrialista) en Brasil, oponiéndose al imperialismo inglés (que se unía a los fazendeiros productores de café). “Codovilla pronunció en Moscú, por ese entonces, un discurso en el que aseguraba que el imperialismo yanqui desempeñaba en el Brasil una función de progreso (...) llegó luego un discurso de Bujarin que refutaba a Codovilla”. Así lo planteó Pedro Romo, secretario general del Partido Comunista, en la reunión del CC de los días 24, 25, 26, y 27 de diciembre de 1927.²³

Se pueden rastrear en *La Internacional* las oscilaciones de la dirección del PC sobre el enemigo principal en la década del 20. El Proyecto de Programa de Acción Inmediata, elaborado por la mayoría de su Comité Ejecutivo (Penelón, Ghioldi, Codovilla) y publicado en *La Internacional* el 22/7/1923, al denunciar los empréstitos provinciales, nacionales y municipales señala que ellos “van haciendo de esta semicolonía inglesa una colonia yanqui”; que la industria está cada día más “en manos de los norteamericanos” y que “los comunistas debemos crear un ambiente contra el imperialismo yanqui sin que nuestra propaganda pueda caer en el nacionalismo”. Plantea “levantar a las masas en la lucha abierta contra ese imperialismo, como los comunistas egipcios, hindúes o sudafricanos contra el imperialismo inglés”. Durante todo ese período (Zinoviev dirigía entonces la Internacional Comunista) el golpe principal iba contra el imperialismo yanqui.²⁴

Pero en la Argentina dominaba el imperialismo inglés, como demostrarían los acontecimientos políticos de toda esa década y, más aun, los de la década del 30 y de los primeros años de la del 40.

A fines de 1923 se plantea la posibilidad de una guerra argentino-brasileña empujada por los yanquis. Juan Greco –entonces secretario general del Partido– en varios artículos publicados en *La Internacional* denuncia esta posibilidad, pero subraya el peso que tienen los ingleses en la economía argentina, ya que son dueños de las líneas férreas y de “inmensas extensiones de terreno en el Norte y en el Sur del país”, recordando que en 1917, “cuando el decreto de caducidad de tierras” de Yrigoyen, Inglaterra amenazó

con una intervención diplomática.²⁵

En 1923-1924 definen al imperialismo yanqui como “el más terrible reducto del capitalismo internacional”²⁶ y la designación como embajador en los EE.UU. de Honorio Pueyrredón (que años después sería abogado de la compañía soviética Luyamtorg) es denunciada como una medida destinada a “remachar nuestra dependencia respecto del imperialismo yanqui”.²⁷ Fue permanente, en esos años, la denuncia sobre la penetración del “brutal imperialismo yanqui”.²⁸ No denuncian así al imperialismo inglés. Plantean que como el imperialismo yanqui “es el más potente y el más peligroso para el proletariado” y como es más fuerte, “vence al imperialismo inglés, como lo mostró el caso de los frigoríficos”.²⁹

En 1925, Penelón y Rodolfo Ghioldi presentaron un proyecto de programa que significó un importante paso adelante en el esclarecimiento de los problemas de los que venimos hablando. El 4 de abril de 1925 el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista emitió la Carta Abierta al PC de la Argentina, firmada por Jules Humbert-Droz, miembro del Comité Ejecutivo y secretario de la comisión que atendía el trabajo en los países latinos, publicada en *Ordine Nuovo* (edición en italiano de *La Internacional*) el 2/9/1925. Esta Carta fue la base del programa presentado por Penelón y Ghioldi.

La Carta Abierta de la IC plantea que la tarea “más importante e inmediata del partido” es la lucha contra el imperialismo capitalista cuyo rápido desarrollo “tiende a transformar en países semicoloniales a los países de Sud-América”. Y subraya que la masa obrera y campesina todavía no tiene una idea clara de la relación entre este problema y la lucha de clases. Destaca también la contradicción angloyanqui, marcando el avance yanqui en las finanzas, el transporte marítimo, los frigoríficos, y dice que contra esto protestan “elementos de la pequeña y la gran burguesía y la pequeña y la gran burguesía de la campaña”. Señala que la división en la Unión Cívica Radical está ligada a la lucha entre la Standard Oil y la Royal Dutch-Shell. Plantea usar la contradicción anglo-yanqui, y aprovechar “todas las pequeñas fisuras que la lucha entre los dos imperialismos antagónicos deja abiertas”.

La Carta Abierta analiza la rápida extensión de la influencia

yanqui en América del Sur y su lucha por desplazar, “por todos los medios”, al imperialismo inglés. Destaca esta rivalidad como la base del golpe de Estado que acababa de producirse en Chile. Ya en enero de 1921, en su “Llamamiento a la clase obrera de las dos Américas”, la Internacional Comunista había calificado a Sudamérica como “colonia de los EE.UU.”. La Carta Abierta, refiriéndose a la Argentina dice que ésta se transforma “en un país semicolonial, dependiente cada vez más del imperialismo yanqui que desaloja al imperialismo inglés”. Plantea que en 1916 no había ningún gran banco americano en la Argentina, mientras que “hoy día [se han instalado] siete grandes bancos con sucursales en todos los pueblos más importantes del país”. También remarca que los cinco grandes trust de América del Norte dominaban la industria frigorífica y la mayor parte de la deuda externa (3.500 millones de pesos) era deuda con los yanquis, quienes también predominaban en el petróleo sobre los ingleses.

El Comité Ejecutivo de la IC afirma en la Carta que la dominación imperialista somete al proletariado a una doble explotación: la directa y la indirecta, porque la burguesía nacional, además de realizar sus propias ganancias, debe asegurar la del capital que la domina.

Como vemos, la Carta Abierta de la IC define a la Argentina como un país **semicolonial**; y subraya la agudeza de la disputa angloyanqui por la hegemonía. Muchos años después escribió Victorio Codovilla: “Para comprender el carácter semicolonial de nuestro país ha sido de gran importancia la definición de Lenin en su histórico libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo* respecto de la serie de **‘formas de transición** de dependencia estatal’ en el período del capitalismo monopolista”.³⁰

El 12 de mayo de 1926 el Presidium de la Internacional Comunista envió otra carta al PC de la Argentina firmada por Ercoli (Palmiro Togliatti). Allí se planteó que comenzaba para el proletariado argentino un período de lucha contra “la burguesía del país y contra el imperialismo americano”.

Pero el 24/1/1926 Victorio Codovilla afirma que “es un error hablar únicamente del imperialismo yanqui” cuando se habla de América del Sur, porque “no hay que olvidar que el imperialismo

inglés, en algunos países de América –especialmente en Brasil– está apoyando a los elementos reaccionarios de la oligarquía fundadora” y que “el desarrollo del capitalismo industrial puede llegar a ser beneficioso a los fines de la revolución proletaria”. Pocos meses después, como veremos más adelante, Codovilla cambió de opinión y a partir de considerar al imperialismo yanqui como “el más potente y avasallador” subestimó la importancia de la resistencia que ofrecía el imperialismo inglés al avance yanqui.

Se agudiza la lucha interimperialista

La rivalidad anglo-yanqui en la Argentina crecía en esos años. El 9/7/1926 *La Internacional*, en un artículo titulado “La lucha imperialista anglo-yanqui por el bocado argentino” informó sobre el banquete ofrecido a Mr. Smith, gerente del diario británico *The Times*, en ocasión de su alejamiento de Buenos Aires. Tanto éste como Sir Robertson, embajador inglés en la Argentina, plantearon allí “desembozadamente la pelea entre Inglaterra y Estados Unidos y (...) la obligación argentina de favorecer la causa británica”. Los británicos se quejaban por los empréstitos contratados en los Estados Unidos y por la reparación de barcos de guerra en astilleros yanquis, lo que de hacerse en Inglaterra “hubiese dado trabajo a muchos miles de desocupados”.

Se mantenía la rivalidad anglo-yanqui en los frigoríficos. En 1927 el alvearismo propuso crear una cooperativa con los frigoríficos ingleses, los ganaderos y el gobierno argentino. El ingeniero Duhau, presidente de la Sociedad Rural Argentina y creador de la fórmula “comprar a quien nos compra”, apoyó el proyecto. El gobierno italiano manifestó deseos de entrar en la cooperativa. Se pensaba que esto mejoraría el precio de las carnes de los ganaderos argentinos (criadores e invernadores de vacunos y de ovinos). *La*

Internacional planteó, correctamente, que la “burguesía ganadera argentina” intentaba salvarse de la creciente presión yanqui aliándose con los imperialistas ingleses. Mario Guido, ex presidente de la Cámara de Diputados, apoyaba abiertamente la necesidad de aliarse con los ingleses contra los yanquis en la guerra

por las carnes argentinas: “Conviene hacernos beligerantes activos en la guerra actual. La neutralidad nos aplasta. Aliarnos al capital británico sería una solución”. La dirección del PC se opuso frontalmente al proyecto.

Como se ve, la agudización de la lucha interimperialista acumulaba los elementos de la tormenta que llevaría al golpe de Estado de 1930.

En 1927 la URSS ya había alcanzado una producción petrolera superior en un 60 por ciento a la de 1913 y había hecho un contrato con la Standard Oil, monopolio yanqui que vendía el petróleo soviético. Esto generaba una contradicción grande con Inglaterra, pues ese petróleo se vendía en los mercados de la Royal Dutch-Shell (monopolio anglo-holandés), como explicó Rodolfo Ghioldi en *La Internacional* del 5/11/1927.

La Internacional Comunista, en 1927, golpeaba principalmente a los ingleses, quienes – según denunciaron – preparaban una guerra contra la URSS en alianza con los franceses y los italianos. El asesinato del funcionario soviético Voikoff en Varsovia, en ese mismo año, fue atribuido a los ingleses y esta situación, objetiva, se unió a la idea –que la historia demostró equivocada– de que el conflicto anglo-yanqui pasaba a ser el principal conflicto interimperialista, desplazando al conflicto anglo-germano de la preguerra. Se dijo en esos años que el “antagonismo básico” en el campo del imperialismo se daba entre Gran Bretaña y los EE.UU., “antagonismo que está llevando a una guerra mundial imperialista”, como planteó el Bureau Latinoamericano de la IC en Moscú.³¹

El debate sobre cuál de los dos imperialismos, el yanqui o el inglés, era el enemigo principal duró años. Durante gran parte de la década del 30 el PC de la Argentina y el aparato secreto de los soviéticos aquí ignoró como enemigo al imperialismo inglés y, tácitamente –como sucedería a partir de 1946– se apoyó en éste contra los yanquis. En febrero de 1953, Victorio Codovilla criticó las directivas de Juan José Real a la Juventud Comunista, en torno a la cuestión de la soberanía argentina en las islas Malvinas, por “sumarse a la ola chauvinista de la juventud estudiantil oficialista”. El programa aprobado por el XII Congreso, en 1963, tampoco menciona la reivindicación de las Malvinas. Ilustra esta

posición un diálogo que mantuve con Ernesto Giúdice en 1973, cuando éste estaba rompiendo con el PC: “A los yanquis los paramos en Paraguay, cuando la guerra del Chaco”, me dijo. “¿Los paramos? –contesté–. Los pararon los ingleses...” Pero estaba claro a qué se refería Giúdice.

En esos años el Partido Comunista promovía numerosas iniciativas antiimperialistas. En 1925, Arturo Orzábal Quintana – uno de los más conocidos aliados del PC–, presidente de la Unión Latinoamericana, y Alfredo Palacios organizaban conferencias antiimperialistas que eran propagandizadas en *La Internacional*. Existía, además, la Liga Antiimperialista, donde militaban miembros del PC y cuya dirección, en 1927, fue hegemonizada por los “chispistas”. El 3 de mayo de 1927 Arturo Orzábal Quintana fundó la Alianza Continental, con el objetivo de realizar una campaña contra los trusts petroleros en América Latina. Adhirieron a la misma los generales Enrique Mosconi y Alonso Baldrich, además de Diego Luis Molinari, Carlos Sánchez Viamonte, Arturo Orgaz y Moisés Lebenshon.

Ese año, el PC denunció el golpe de Estado en Chile como producto de la rivalidad angloyanqui por el control del carbón y el salitre.

La lucha antiimperialista se fue transformando en el eje de la política del PC, que jugó un importante papel en despertar una conciencia antiimperialista en el pueblo argentino. Victorio Codovilla, junto a Gregorio Bergman, participó del Congreso Antiimperialista de Bruselas. Este Congreso (1927) llamó a enfrentar al imperialismo y a la solidaridad con las luchas contra la opresión colonial del imperialismo, especialmente con el pueblo chino; con el movimiento democrático-liberador de México, y con la lucha de Sandino en Nicaragua. El PC de la Argentina desarrolló en 1927 y 1928 una amplia solidaridad con Sandino.

Atrás estaba el imperialismo

La Internacional Comunista fue avanzando, con aciertos y errores, al calor de la Revolución China. El 30 de noviembre de 1926 José Stalin pronunció un discurso en la comisión china de

la Internacional Comunista, en el que estableció puntos importantes. Algunos de ellos tenían validez para todo el movimiento revolucionario de los países coloniales, semicoloniales y dependientes. Stalin definió el carácter democrático-burgués de esa revolución (años más tarde Mao precisaría su carácter de revolución democrática “de nuevo tipo”), pero también de liberación nacional, dirigida contra la dominación del imperialismo extranjero. Esclareció cómo el imperialismo empujaba en China la guerra civil y cómo detrás de lo que **aparecía** como una cuestión interior, **estaban los imperialistas**. Si se subestima la intervención imperialista “**se subestima lo esencial**”, dijo Stalin; subrayó la importancia del ejército revolucionario: “Los comunistas deben consagrar especial atención al trabajo en el Ejército. Hay que reforzar en él el trabajo político”, y se refirió muy especialmente al control revolucionario sobre los generales que se acercaban al ejército de Cantón. Destacó la necesidad de que los comunistas chinos estudiaran seriamente el arte militar. El futuro poder en China “será un poder antiimperialista y parte de la revolución proletaria mundial”. Planteó que los comunistas no debían salir del Kuomintang (éste participaba en los congresos de la Internacional Comunista) indicando, simultáneamente, que había que asegurar la hegemonía proletaria en la revolución y no había que temer las huelgas en las circunstancias de ese momento. Y si bien subrayó la importancia del movimiento campesino y la necesidad de estimular la acción revolucionaria en el campo, no comprendió que la Revolución China iba del campo a la ciudad (como plantearía posteriormente Mao) y, por eso, consideró que no era el tiempo de lanzar la consigna de los soviets de campesinos hasta que “los centros industriales” no estuvieran en “condiciones de afirmarlos”.³²

Frente único antiimperialista o partido único

El debate de esos años sobre la Revolución China generó discusiones sobre si el proletariado debía –y podría– dirigir esa revolución, y sobre si debía organizarse un frente único antiimperialista o un partido único. La Revolución China estremecía Oriente. El

24 de enero de 1926 Victorio Codovilla escribió en *La Internacional*: “El sol de Occidente surge en el Oriente que será la base del desarrollo de la revolución mundial”; y afirmó que con la sublevación de los trabajadores de Oriente “recibe el golpe más duro la aristocracia obrera de los países dominadores”. Codovilla consideraba que el Kuomintang accionaba “para la redención efectiva de los obreros y campesinos de China”. *La Internacional* publicó la carta abierta de la Organización Comunista de la Provincia de Cantón al Comité Ejecutivo del Kuomintang, cuyo punto 2do. decía: “El Partido Comunista reconoce la dirección del Kuomintang en el movimiento nacional revolucionario”. Era el momento de la hegemonía, en la dirección del PC de China, de la línea de derecha de Chen Tusiu.

El 9/4/1927 *La Internacional* publicó una carta de Víctor Haya de la Torre a los estudiantes de la Universidad de La Plata que habían elegido a un peruano, Luis Heysen, para presidir la Federación Universitaria de esa ciudad. Apoyándose en la experiencia china, Haya de la Torre planteaba que “contra el imperialismo es necesario unirse en un gran Partido Popular de Frente Unico”, como el Kuomintang. Sólo así, decía, se podría derrotar al imperialismo. Esa alianza de clases debería “capturar” el Estado que utiliza el imperialismo para su avance. “He ahí el propósito del APRA” que, como el Kuomintang, afirmaba, era un “movimiento de juventud”.

El 23 de abril de ese año *La Internacional* le contesta a Haya de la Torre. Entre la carta de este último y la respuesta de *La Internacional*, el jefe del Kuomintang, Chiang Kaishek, había dado el golpe de Estado contrarrevolucionario del 12 de abril de 1927, traicionando a la revolución y sumergiendo a China en un inmenso baño de sangre. Reconoce *La Internacional* que Haya de la Torre “acierta en varias partes de su análisis”, y valora la “justicia de su planteo antiimperialista”, pero afirma *La Internacional* que así como el proletariado y el campesinado son “elementos constitutivos del frente único antiimperialista”, la pequeña burguesía y la burguesía media “abandonarán en cierto momento del desarrollo del combate a aquéllos con los cuales se alió”. Da como ejemplo de esto a Chiang Kaishek. Dice también el artículo que el

proletariado será “la fuerza central y decisiva” de la revolución, criticando que se asigne a la juventud una función preponderante. Plantea que “El frente único es el frente único, NUNCA UN PARTIDO”, y que el Kuomintang es “un bloc de fuerzas y de grupos, no un partido”. Además, dice, en la Argentina el frente único antiimperialista ya existe: “es la Liga Antiimperialista de América Latina” (organización de frente único colateral de la IC).

Un país agrícola-ganadero

Del tipo de país, de su naturaleza, depende el carácter de la revolución y los blancos contra los cuales va dirigida la misma. Tardó tiempo la joven dirección del PC –encorsetada por las ideas que trajo del viejo Partido Socialista– en definir estos blancos: el imperialismo, la burguesía intermediaria dependiente del imperialismo, los terratenientes y las fuerzas políticas y sociales subordinadas a estos enemigos. Argentina era un país semicolonial y semifeudal (un país en el que no se había realizado la revolución burguesa y subsistían incumplidas las tareas democráticas), definió la dirección del PC –con la ayuda de la Internacional Comunista– en la década del 20.

Desde 1923 –como hemos visto– se subrayó el carácter semicolonial de la Argentina de entonces. Pero siguió confusa la definición de las relaciones de producción predominantes, ya que si bien éstas eran capitalistas –y lo eran cada día más–, se entrelazaban con fuertes resabios semif feudales en gran parte del país; y estos resabios, defendidos a capa y espada por la oligarquía gobernante, impregnaban fuertemente la economía, la legislación, la política y las costumbres nacionales.

Hemos analizado en el primer tomo de esta obra las opiniones de Germán Avé Lallemand y los llamados “marxistas del 90” sobre la revolución argentina y su carácter democrático burgués, al igual que su denuncia sobre la dependencia nacional del imperialismo.³³ También vimos que esos marxistas no adhirieron a las tesis de Marx y Engels sobre la necesidad de hegemonía proletaria en la revolución democrática y sobre la revolución ininterrumpida, que es consecuencia directa de esa hegemonía. Por esta razón –y

entre otras cosas por no diferenciar el latifundio de origen semi-feudal del de origen capitalista— Lallemand y los “marxistas del 90”, aunque veían con claridad el rol retardatario del latifundio en la economía argentina, no plantearon como vía de desarrollo en el campo el camino revolucionario y consideraron progresista y necesario el desarrollo capitalista a través de las inversiones de capital en los latifundios. “Gobernar es atraer los grandes capitales para la explotación de latifundios”, escribió Lallemand en *La Agricultura*.³⁴

En los primeros años de la década del 20, los dirigentes del Partido Comunista de la Argentina sostenían las tesis del viejo Partido Socialista que articulaba el programa máximo (socialista) con un programa mínimo y **no utilizaba la categoría marxista-leninista de etapas de la revolución.**

En la década del 20 (que es el período de la historia del PC de la Argentina que estamos analizando) se vivían los primeros años de la Revolución Rusa. En la década del 30 se realizaría en la URSS, en medio de una aguda lucha de clases, la más impresionante revolución agraria de la historia, llevando a más de 80 millones de campesinos de la embrutecedora y esclavizante pequeña propiedad agraria a la colectivización socialista. Luego de la Segunda Guerra Mundial, centenares de millones de campesinos harían lo mismo en Asia (principalmente en China), en Europa del Este y, posteriormente, en Cuba. Se acumuló así una riquísima experiencia revolucionaria, una enorme cantera teórica que enriqueció el marxismo-leninismo y que ayudó —y ayudará— al proletariado revolucionario a resolver el problema más complicado de la revolución socialista.

En el Llamamiento a la clase obrera de las dos Américas, de 1921, primer documento de la IC sobre la región (seguramente leído por Lenin) se plantea que Sudamérica es una “colonia” de los Estados Unidos y que es “ridículo” hablar de la “independencia” de estos países. Se subraya la importancia del problema agrario ya que, incluso en la Argentina, “el país más desarrollado desde el punto de vista capitalista”, hay menos “de 400.000 obreros industriales para una población de más de 8 millones”.³⁵ Pese a eso, la dirección del PC tardó años en darle verdadera importan-

cia al tema y en poner, desde el punto de vista organizativo, “los pies” en el campo, ya que, como diría mucho después Codovilla, de poco sirve poner la cabeza si no se “ponen los pies” en ese trabajo.

En sus primeros años de vida, el PC se oponía a la subdivisión de la tierra; consideraba esto “un programa esencialmente contrarrevolucionario”. Dejaba así en manos de la burguesía –como hacen los trotskistas– la principal reivindicación que permite al proletariado aliarse con las masas de los pobres del campo en países como el nuestro. Criticaba a los anarquistas que pedían que “los colonos sean dueños de la tierra”³⁶ porque, como señaló editorialmente *La Internacional* del 15/3/1924, multiplicar la clase de los pequeños propietarios es “trabajar para la contrarrevolución”. Esos pequeños propietarios, decía *La Internacional*, eran “los conservadores más recalcitrantes, los peores enemigos del proletariado, los más acérrimos defensores del régimen capitalista”. Criticaba al Partido Socialista por organizar a los chacareros y no a los obreros rurales, oponiendo una cosa a la otra, e invalidando la organización de los primeros para señalar el error de no trabajar entre los obreros rurales.

En las Bases para un Proyecto de Programa de Reivindicaciones Inmediatas que presentó la mayoría del Comité Central del PCA el 22/7/1923, encabezada por José Penelón –el proyecto sería derrotado en el V Congreso del Partido por 144 votos a 86– se reconoce que la cuestión agraria exige un estudio que el Partido no está aún en condiciones de hacer. El Proyecto parte de procurar la **neutralización** de las masas campesinas, dando como razón que la agricultura y la ganadería tienen cada vez más “las características de una gran explotación capitalista”. El Proyecto también propone la confiscación de los latifundios próximos a los medios de comunicación y transporte y su arrendamiento a los agricultores con un precio mínimo de locación determinado por comisiones de campesinos.

El Proyecto de Programa del PC de la Argentina presentado el 25 de octubre de 1925 por Penelón y Ghioldi (basado en la mencionada Carta Abierta del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista del 4 de abril de 1925) implicó un importante paso

adelante. Define a la Argentina como **“un país agrícola-ganadero, que se desarrolla rápidamente en el orden industrial, de inmigración y semicolonial en que los grandes países imperialistas pugnan por imponer su predominio definitivo (...) tiene regiones donde el desarrollo industrial es grande; otras donde conviven las formas feudales de producción y de las grandes industrias que crea un sistema de explotación que no desmerece de los más explotados países coloniales; otras regiones agrícolas o agropecuarias donde predomina un mayor o menor grado de desarrollo en la producción: regiones típicamente feudales, casi inexploradas, y otras donde la gran industria o el capital industrial o financiero ejerce un verdadero monopolio (...). Pero el rasgo característico de la Argentina son las grandes estancias. Los grandes ganaderos son los que han ejercido una influencia preponderante en el gobierno. Es la casta dominante en la política nacional de la Argentina. Su vinculación con el capital financiero es cada vez más estrecha y aumenta su grado de dependencia del imperialismo anglo-americano”**.

En 1926, Pedro Romo, secretario general del Partido, que se ocupaba permanentemente del problema agrario en la prensa partidaria, planteó el “fracaso de la concepción reformista de la subdivisión de la tierra”.³⁷

En todos esos años siguió estando oscuro el carácter de clase especial de los terratenientes, diferenciados de la clase burguesa, y el tema de la renta de la tierra en un país en el que el latifundio no tenía un origen capitalista sino colonial y feudal. El error había nacido con el Partido Socialista. Juan B. Justo consideraba que en el país sólo había dos clases: proletarios y burgueses. Desconocía la existencia de los terratenientes como una clase diferenciada y, por eso, para el PS, conservadores y radicales eran la misma cosa. Justo veía sólo la apariencia aburguesada de esos terratenientes y desconocía su esencia de clase. No valoraba suficientemente la traba que implicaba el latifundio de origen precapitalista, en la Argentina, para el propio desarrollo del capitalismo. No tenía en cuenta el carácter semifeudal de los terratenientes que opri-

mían a los campesinos mediante la obligación del pago de la renta agraria, renta extraída principalmente del trabajo de la familia campesina arrendataria, mediera o aparcerera –incluyendo formas típicamente semif feudales como el llamado “trabajo a la réndita”, tan común en la pampa húmeda– y no –o no sólo– de la plusvalía arrancada a los obreros agrícolas contratados por esos arrendatarios o aparceros. Renta que era pagada, incluso, en trabajo o en especie en muchas zonas del país. Zonas en las que la renta pagada al terrateniente absorbía todo o casi todo el plusproducto que rendía el trabajo de los campesinos. Además, aun en la zona con mayor desarrollo de las relaciones capitalistas, la pampa húmeda, los contratos de arrendamiento incluían múltiples prohibiciones –típicamente semif feudales– para los campesinos: la obligación de trillar y desgranar con determinada máquina; dar preferencia a determinado comprador, o determinado comerciante; prohibiciones de criar más de un cierto número de animales domésticos, de tener más de una o dos lecheras, ocupar más de determinados metros para huerta, de cavar más de un determinado número de pozos de agua o de pozos negros; obligación de entregar el campo limpio de plagas y vizcacheras –aunque se lo hubiera recibido lleno de ellas– y sembrado con alfalfa, u otro cereal o grano, a elección del propietario; la familia del arrendatario debía prestar servicios gratuitos en la casa del terrateniente, etc. Los contratos se firmaban a dos o tres años; pero los campesinos quedaban obligados a entregar el campo si por la pérdida de una cosecha no pudieran pagar el arriendo.

No se veía que los terratenientes eran, precisamente, los principales aliados del imperialismo, un **apéndice** de éste. Se confundía a los terratenientes con la burguesía rural. Por eso, durante muchos años, el PC consideró a Yrigoyen como “expresión de la burguesía industrial que en 1916 desplazó a la burguesía agraria del poder” (como planteó el mencionado Programa de 1925); para ellos los terratenientes del Partido Conservador, como dijimos, eran, simplemente, una capa burguesa. Así, consideraron a Marcelo T. de Alvear y a la corriente “antipersonalista” del radicalismo, que “trenzan con los conservadores”, una expresión de la burguesía rural.

Tenían también una gran confusión sobre las clases en el campo pese a que Lenin, en el *Primer esbozo de las tesis sobre el problema agrario* (para el II Congreso de la Internacional Comunista) había analizado el tema a fondo.³⁸ En ocasiones se hablaba de “colonos pobres” considerando tales a campesinos ricos –o en el mejor de los casos, medios– que tienen personal asalariado permanente (“algún boyerito”) y a veces “dos o tres mensuales o diez en épocas de cosecha”.³⁹ Pedro Romo, por ejemplo, plantea ganar al campesinado pobre, explotado por los terratenientes, comerciantes e intermediarios, considerando pobres a campesinos que, a su vez, eran “explotadores del trabajo asalariado”: confunde a los campesinos pobres con los medios y los ricos.⁴⁰

En 1926 *La Internacional* comienza a insistir (tal como hacía en esa época la Internacional Comunista) sobre la vinculación del problema campesino con la cuestión colonial, subrayando que la colonial es, en el fondo, una cuestión de relación “entre la ciudad mundial y la campaña mundial, que sufre el triple yugo de la propiedad feudal, de la explotación capitalista y de la desigualdad nacional”.⁴¹ A partir de este momento, Pedro Romo y otros dirigentes del PC comienzan a enfocar el problema agrario argentino en vinculación con la etapa imperialista que vive el capitalismo.

Un largo proceso

Con la implantación del método de enfriamiento de las carnes para la exportación, se fue perfilando entre los ganaderos del país una capa ligada directamente a los frigoríficos (controlados principalmente por los yanquis) y al mercado del “chilled beef” (inglés): la capa de los invernadores. Los invernadores se fueron diferenciando de los criadores que, por tener tierras alejadas del puerto –como era el caso de la Mesopotamia– o de peor calidad –como sucedía con los de ciertas zonas de la provincia de Buenos Aires– no podían entrar en lo que se llamó “la trenza” de invernadores y frigoríficos. Había también contradicciones entre los frigoríficos y los consumidores ingleses, y entre los frigoríficos y los invernadores por el precio de las carnes. Entre 1921 y 1923 hubo un período de conflictividad terrateniente. En 1917 y 1918 el

precio de la libra de carne era de 0,21 pesos en Buenos Aires, y de 11 chelines en Smithfield, Inglaterra; en 1922, de 0,15 pesos y 0,16 y 3,50 chelines respectivamente.⁴²

En 1923-1924 el gobierno radical cedió en el problema del precio mínimo del ganado en beneficio de los frigoríficos y los ganaderos comenzaron a organizar una Junta de Defensa de la Producción Nacional para presionar al gobierno. La dirección del PC tomó nota del conflicto.⁴³ Paulino González Alberdi describió posteriormente cómo los frigoríficos ingleses se unían a los yanquis, en acuerdos transitorios, para imponer el precio del ganado a los estancieros criollos y a los consumidores ingleses y para repartirse las bodegas de los barcos de exportación.⁴⁴ Señaló con justeza que esto no evitaba “la lucha a muerte entre las empresas estadounidenses y británicas, sino que es una consecuencia de ella”. Pero, al mismo tiempo, González Alberdi criticaba a los ganaderos argentinos y uruguayos (“la clase patricia rioplatense”) porque “sólo atinan a pedir protección a los gobiernos” sin saber qué medidas protectoras implementar: primero “pedían precios mínimos y ahora piden la nacionalización de los frigoríficos (...)”. Conocen el mal pero no aciertan el remedio”. Como se ve, la dirección del PC (que hizo críticas similares frente a la reivindicación de municipalizar los tranvías, que eran de compañías extranjeras) se mantenía en las posiciones liberales del viejo socialismo y no comprendía la importancia revolucionaria que podía tener, en un país dependiente como era la Argentina, la nacionalización de los frigoríficos extranjeros que manejaban el principal recurso exportable del país. Recién en la década del 30 la dirección del PC pudo valorar en toda su dimensión la contradicción de la gran masa de ganaderos, principalmente los criadores, pero también algunos sectores de cabañeros e invernadores, con los frigoríficos extranjeros. Valorarla no sólo desde el punto de vista agrario sino, principalmente, desde el punto de vista nacional.

Poco a poco el PC se iría adentrando en el conocimiento de la realidad agraria del país.

En esos años, tres aves de rapiña se llevaban lo fundamental de la producción de la gran masa campesina: los terratenientes, los ferrocarriles ingleses y los monopolios comercializadores. En

1926, en un artículo titulado “Hacia otro 1912” (en referencia a la rebelión campesina llamada “el Grito de Alcorta”) subraya *La Internacional* que el chacarero ya no era el de antes. En 1912 “no tenían (...) grandes intereses arraigados, es decir, importantes capitales agrícolas y útiles de labranza (...) sino deudas y un triste rancho de barro (...) no tenían nada que perder no siendo las cadenas de la esclavitud (...) en cambio hoy son pequeños propietarios que con un poco de capital efectivo se aventuraron en comprar campos que les vendían los terratenientes de 1 a 5 años de plazo y pagaron un disparate por los mismos; ante los productos desvalorizados se ven frente a un dilema, de perder el terreno o entregarlos a los usureros o al Banco Hipotecario Nacional en peores condiciones que las adquiridas”.⁴⁵ El PC plantea el problema de los fletes, la reducción de los arriendos, la abolición de las cláusulas leoninas de los mismos. Pero –por las razones antes analizadas– **no toca** el problema de la propiedad de la tierra.

En una conferencia que Pedro Romo dio en la Facultad de Ciencias Económicas, en noviembre de 1927, señaló que sólo tres firmas (Bunge y Born, Dreyfus y Cía, y Weil Hnos.), monopolizaban el 85 por ciento de la exportación de cereales.⁴⁶

La alianza obrero-campesina

El gran tema que tenía que resolver el PCA, más aun en un país dependiente, era el de la alianza obrero-campesina. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, en la mencionada Carta Abierta al PCA de 1925, esbozó como objetivo estratégico para la Argentina **la combinación de una insurrección proletaria urbana con una revolución campesina**. Esta definición sigue horrorizando en nuestros días a Julio Godio –teórico argentino de la Fundación Friedrich Ebert y ex funcionario de la Organización Internacional del Trabajo– para quien el nuestro es, actualmente y ya lo era en 1925, “**un país sin campesinos en el sentido estricto**”.⁴⁷ Pero sabemos que Godio se caracterizaba en sus años de revolucionario por su ignorancia supina sobre los problemas agrarios, no superada –por lo visto– tras renegar de la revolución. Es cierto que Juan José Real y los desarrollistas,

que conocían el tema, opinaban lo mismo que Godio. Sucede que ellos conocían el campo sólo horizontalmente (desde la noción burguesa de “campesinado” o productores agrarios en general); no verticalmente (es decir, diferenciando las distintas clases, sectores y capas que constituyen la pirámide de clases en el campo).

La Carta Abierta de 1925 señaló también que en 1923 el 57 por ciento de los productores agrarios de la Argentina eran colonos; el 12 por ciento, medieros y el 31 por ciento, propietarios (según las estadísticas oficiales). Por lo que las dos terceras partes de los productores agropecuarios trabajaban en tierra ajena.

El proceso de conocimiento de la realidad agraria nacional por parte del PC estuvo estrechamente relacionado con el trabajo del Partido en el campo. Los anarquistas eran fuertes en el proletariado rural y al convertirse algunos de ellos al comunismo aportaron cuadros importantes. Poco a poco el Partido fue ganando posiciones en los sindicatos de obreros rurales en la provincia de Buenos Aires, en La Pampa, Santa Fe, Misiones, Córdoba y otras provincias y territorios nacionales.

De tiempo en tiempo, rebeliones obreras, campesinas e indígenas, en Tucumán, Jujuy, norte de Santa Fe, Salta, Chaco, Misiones o la Patagonia, recordaban que el problema agrario argentino no concernía sólo –ni principalmente– a la llamada “pampa húmeda” o “pampa gringa”, como creía la tendencia predominante en el viejo Partido Socialista y en la dirección del joven PC, que subestimaban la importancia revolucionaria de esas regiones. Esta visión deformada del problema agrario nacional lastró por muchos años al movimiento obrero y revolucionario argentino y fue, en definitiva, una de las razones esenciales que impidió su triunfo. Visión que implicaba, lógicamente, la subestimación del latifundio semifeudal, predominante en esas zonas.

A veces aparecían noticias en *La Internacional* sobre luchas que eran verdaderas rebeliones en las provincias del NOA y el NEA. Eran observadas a distancia y sin acompañarlas con hechos de solidaridad por el proletariado de los centros urbanos del litoral, como había sucedido con las huelgas de la Patagonia. Hubo alzamientos importantes de los aborígenes tobas, mocovíes y vilelas de la Colonia Napalpí, en el Chaco. Los indígenas eran brutal-

mente explotados como mano de obra semiservil en los ingenios azucareros y en los algodonales. En Napalpí hubo choques armados entre indígenas y colonos en 1922 y de nuevo en 1923, con indígenas y criollos asesinados por la policía y la Gendarmería. En julio de 1924, la policía atacó a mansalva los toldos del campamento de Aguará, en el Chaco, asesinando alrededor de 200 aborígenes guaycurú. Luego de la matanza, destruidos los toldos, la represión siguió. Indio con vida encontrado por los represores “sin respetar sexo ni edad, era ultimado, acribillado a balazos o machetazos (...). Les extraían el órgano viril, con testículos y todo, que guardaba la canalla como trofeo”.⁴⁸ El 14/5/1923, *La Internacional* informó que en el Chaco y Salta se había producido un “levantamiento de indios” y que el 5to. Regimiento de Caballería se dirigía a reprimirlos.

El Partido, carente de fondos y cuadros experimentados, tuvo inicialmente grandes dificultades para encarar la organización de los obreros y campesinos de esas regiones. Además, es evidente que no tenía un conocimiento profundo, a partir de un análisis marxista, de la historia nacional. Son claras las incrustaciones mitristas y justistas en la visión de la historia patria que tenían los dirigentes del naciente PC. Y desarrollaron, inicialmente, un análisis eurocentrista, metropolitano, no leninista, del problema agrario en un país dependiente, lo que los llevó a menospreciar, en esos años, la importancia del movimiento campesino del NOA y el NEA. En la Carta de la Internacional Comunista de 1925, ésta señaló al PC de la Argentina la importancia de la lucha por la tierra de los campesinos jujeños que, desilusionados de la Unión Cívica Radical, escribieron a la dirección del Partido Socialista que “si no les daban la tierra debían emigrar (...) o armarse para defenderse”.

Posteriormente, en 1927, se produjeron grandes asambleas y manifestaciones de los campesinos cañeros tucumanos. En junio de ese año, 30 mil cañeros realizaron un importante mitin en la ciudad de Tucumán. Llegaron a caballo y en vagones especiales y manifestaron por más de dos horas. Hablaron los dirigentes de la Federación Agraria Argentina, quienes, según *La Internacional*, hacían “todo lo posible para apagar el sentimiento de lucha con-

tra sus explotadores”.⁴⁹ En ese año *La Internacional* comienza a informar sobre las condiciones de vida y de trabajo de los obreros azucareros. El 9/7/1927 publica el contrato que aplica la Compañía Azucarera Tucumana, que pagaba a destajo y sin precio. Los obreros cobraban por cada 1.000 kg de caña hachada y pelada y les robaban escandalosamente en la pesada. Ante cualquier movimiento de lucha la patronal imponía multas y, argumentando incumplimiento de contrato, se quedaba con el 50 por ciento del salario adeudado al obrero.

En Misiones, informaba *La Internacional* el 17 de mayo de 1923, el Sindicato de los Trabajadores y Obrajes de San Ignacio fue “destruido en distintas oportunidades por la reacción capitalista, incendiado su local, perseguidos y aprisionados sus militantes, violadas sus compañeras por las hordas al servicio del capitalismo”. En 1927, Eusebio Mañasco, dirigente anarco-sindicalista –que luego se acercó al PC– purgaba su sexto año de prisión de una condena de veinticinco, por querer organizar a los mensúes. Había sufrido horrendas torturas. El PC realizó una intensa campaña por su libertad y fue indultado por Alvear el 9/7/1927. Mañasco escribía a *La Internacional* que los mensúes sufrían “régimenes de vida que no pueden ser imaginados por quien no haya tenido oportunidad de verlos de cerca” y que tenían “mucho espíritu de lucha”. Los patrones yerbateros, por otra parte, “no mezquinan el dinero para impedir la organización”. Y explicaba que para organizar a los mensúes “el sistema de la simple conferencia”, tan usado en las ciudades, “no era el más eficaz (...) hay que saber hablar en guaraní y en portugués; son muy pocos los que entienden el castellano (...) y tienen que ser persuadidos personalmente, hablándoles de a uno a la vez (...) uno reúne a cuatro o cinco y les explica las cosas; pero luego cada uno quiere que se las explique personalmente (...) hay que tener paciencia y voluntad para esto (...) eso sí, cuando la han comprendido, se puede contar con ellos en forma definitiva. Están acostumbrados a todos los sufrimientos y no calculan en ningún momento que les pueda sobrevenir algo más doloroso que la vida que padecen”.⁵⁰

Marcos Kaner, anarquista, fue gran organizador de los rurales del sur de Santa Fe y de los mensúes misioneros, personaje de

leyenda del movimiento obrero argentino de las décadas del 20 y del 30. Polemizó duramente con el PC a mitad de la década del 20 –en actos en Arteaga y otras localidades santafesinas– y se afilió posteriormente al Partido.

La Federación Agraria

La movilización y la lucha de los chacareros de la pampa húmeda fue una constante de la sociedad argentina entre 1910 y 1919. Luego del Grito de Alcorta la lucha se reiteró en 1913,

1914, 1916, 1918, alcanzó su pico máximo en 1919 y tuvo un coletazo con la marcha sobre Buenos Aires, para obtener una ley de arrendamiento, en 1921. Tras esto sobrevino un período de reflujo que coincidió con la recuperación de la agricultura y la conquista de reivindicaciones chacareras.

Inicialmente, la Federación Agraria Argentina fue comprensiva de la organización de los obreros rurales y alentó la posibilidad de concretar, con los sectores socialistas y sindicalistas, un frente común contra los enemigos comunes. Y “trató de persuadir a los colonos de que la especulación sobre los jornales y el alimento de los peones debía ser evitada a fin de no caer en situaciones conflictivas con los centros obreros”.⁵¹ Estaba fresca en la memoria de los dirigentes de la FAA y de los editores de *La Tierra*, su órgano de expresión, el origen proletario o semiproletario de la mayoría de los afiliados a esa organización. Escribió *La Tierra* el 15/11/1918: “Todo compañero que se valga de las circunstancias para tiranizar al peón durante la cosecha cometerá un acto de los más censurables y nos obligará a que le recordemos los tiempos que, linyera al hombro, éramos también peones”.⁵² Esto cambiaría al poco tiempo. Mientras algunos dirigentes de la FAA mantuvieron posiciones progresistas frente a la combatividad obrera –aunque atacando siempre a los anarquistas, especialmente a los de la FORA V–, otros tomaron posiciones conservadoras contra las “pretensiones” de los obreros de trabajar 8 horas (a veces las de trabajar sólo de sol a sol, no de noche) o de tener una “casa higiénica”.

El 12 de junio de 1920 se firmó un pacto obrero-campesino

entre la Federación Agraria y la Forá IX, reconociendo que podían marchar juntas “en su finalidad, que es libertar la tierra y todas las fuentes de producción y de cambio, anulando la arbitraria apropiación capitalista y de los terratenientes para ponerla a disposición de los trabajadores”. El pacto de la FORA IX y la FAA fue muy importante para concretar la marcha agraria a Buenos Aires del 27 de agosto de 1921, que logró la aprobación parlamentaria de la Ley de arrendamiento. A partir de 1922 fue apareciendo una capa de chacareros propietarios y esto se fue reflejando, paulatinamente, en la política de la Federación Agraria.

Los anarquistas de la FORA V llamaban a la “guerra a muerte contra el chacarero hasta el exterminio, por considerarlo un burgués y parásito de los trabajadores verdaderos del campo” y los sindicalistas y socialistas de la FORA IX tenían una actitud moderada, conciliadora frente a ellos.

En el PC, la línea respecto de la Federación Agraria Argentina fue motivo de mucho debate. En esta organización tenían un gran peso los campesinos arrendatarios, fundamentalmente los medios, pero la dirigían los campesinos ricos con una orientación fuertemente reformista. Entre los fundadores del Partido Socialista Internacional estuvieron Antonio Columbich, organizador de sindicatos de obreros rurales en el sur de Santa Fe, y José Boglich, que había participado en el Grito de Alcorta y era secretario de la Federación Agraria Argentina. En la dirección de ésta predominaban los agraristas de Sebastián Piacenza, uno de los dirigentes, y los socialistas. *La Internacional* criticaba a la dirección de la FAA, y a Piacenza en especial, por colaborar con los terratenientes y por ser intermediaria de las casas mayoristas del campo y los cerealistas de la ciudad.⁵³ Calificaban a la FAA como “una sociedad anónima con personería jurídica” y planteaban como consigna: “A las cooperativas de la FAA deben oponerse los sindicatos rojos de colonos”. El 3/6/1923, luego del Congreso de la Federación Agraria realizado en Rosario, *La Internacional* criticó a Nicolás Repetto, Justo y Piacenza. A este último, la FAA le había ofrecido un banquete por su expulsión del Partido Socialista. Allí Piacenza calificó a Repetto de “cagatinta, malvado e ignorante” y manifestó que “en los establecimientos de campo de los diputados

doctores Repetto y Justo, las condiciones en las que se trabaja son tan onerosas, que cada año cambian mayordomo, tanto que uno de éstos tuvo que suicidarse de desesperación”. Y recordó que Repetto, “en doce años había cambiado once veces de mayordomo”. Cuando Repetto contestó a Piacenza en *La Vanguardia*, según *La Internacional*, no desmintió estos hechos y, en cambio, acusó a Piacenza de haber permitido –por descontrol– la desaparición de 18 mil pesos de los fondos de la FAA.

La Internacional Comunista, en su Carta de 1925, criticaba al PC por no ocuparse de las huelgas agrarias contra los altos arrendamientos, ni de la posibilidad de organizar un partido agrario. También señalaba la necesidad de darle importancia al movimiento cooperativista.

Ya en la década del 20, la Federación Agraria Argentina tenía características que se profundizarían en las décadas siguientes. La organización dependía para su existencia, cada día más, de las cooperativas asociadas, que eran dirigidas, en lo fundamental, por los campesinos ricos y se vinculaban por múltiples lazos a los monopolios comercializadores de la producción agraria, a los terratenientes y al gobierno de turno. En 1926, la Federación Agraria Argentina tenía 315 centros y sólo 6.745 socios al día con la caja social; los suscriptores a *La Tierra* eran 18.559. Las utilidades líquidas de la organización fueron, ese año, de 523.800,91 pesos y el capital de la sección seguros contra el granizo era de 668.862,95 pesos.⁵⁴

En 1927 *La Internacional* reprodujo un artículo de Pedro Romo, secretario general del PC, que había sido publicado en *La Correspondencia Sudamericana* bajo el título “Cómo organizar a los campesinos”,⁵⁵ donde se refería a la situación del campesinado en la Argentina y otros países sudamericanos. En cuanto a nuestro país, analizaba particularmente la producción cerealera, la vitivinícola, la azucarera y la ganadería. Planteaba crear Ligas Campesinas que organizaran a todas las capas del campesinado. Los asalariados integrarían las Ligas por medio de sus sindicatos. Llamaba a organizar la defensa del pequeño arrendatario, el pequeño viñatero y el cañero independiente que estaban siendo eliminados por la gran industria agrícola. En definitiva, Romo seña-

laba como tarea esencial del Partido, ganar al asalariado y ganar o neutralizar al agricultor separándolo de las capas burguesas.

En esos años la situación del campesinado se fue agravando. Crecía el precio del arrendamiento: en las tierras donde antes de la guerra se pagaba el 10 por ciento de la cosecha, en 1927 se estaba pagando un 22 por ciento; el flete ferroviario pasó de 0,90 pesos a 1,90 pesos en ese período; y la máquina espigadora pasó de 650 pesos a 1.500; mientras, el trigo mantenía, aproximadamente, su precio. Se acercaba la crisis de 1930 que, para la Argentina, se adelantó con la caída de los precios de su producción exportable.

La vía de la revolución

Como vimos anteriormente, fueron las concepciones kautskistas del núcleo dirigente del joven PC las que dificultaron la comprensión de la teoría leninista del Estado. El kautskismo olvidaba lo que es básico en toda la doctrina de Marx y de Engels: “la necesidad de educar sistemáticamente a las masas en **esta**, precisamente en esta idea de la revolución violenta (...) porque la sustitución del Estado burgués por el Estado proletario es imposible sin una revolución violenta”.⁵⁶ Un ejemplo de estas concepciones sobre el Estado lo dio en 1923 el secretario general del PC, Pedro Romo, quien escribió en *La Internacional*: “...y como el Estado no lo forman los hombres que lo gobiernan sino la masa total de la población...”⁵⁷

Señalamos también que el naciente PC argentino (entonces PSI) reprodujo en su congreso fundacional el párrafo que había apoyado J. B. Justo en el Congreso del PS de 1886. Juan B. Justo y la derecha reformista del partido creían que la utilización de la violencia por el proletariado para tomar el poder era sólo una **posibilidad** y rechazaron, en aquel Congreso, las posiciones de la izquierda del Partido Socialista, que planteaba la **inevitabilidad** de la lucha violenta para el triunfo de la revolución.⁵⁸ Es decir: el congreso fundacional del PC reprodujo el pensamiento principal, el núcleo ideológico determinante de la desviación reformista y revisionista del marxismo en el PS. Y demostrando el arraigo de

esas concepciones en la dirección del PCA, años después Rodolfo Ghioldi –enrolado en las filas de los defensores de la tesis reviosinista del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS que en 1956 planteó la posibilidad de “una u otra vía”, pacífica o violenta, para el triunfo de la revolución– alabó, en 1965, la sabiduría de aquel pensamiento formulado por Juan B. Justo y tomado luego por el PC como guía en la cuestión clave de la revolución. Y en 1975, otro dirigente del PC, Oscar Arévalo, citó esa idea directriz del pensamiento justista como ejemplo de la continuidad histórica de la línea del PC.⁵⁹ Indudablemente, Arévalo tenía razón: la adhesión al parrafito histórico demostraba la continuidad, la persistencia, en el ya viejo PC, de las ideas revisionistas que dejaron una profunda impronta en su nacimiento.

Sobre este tema se desarrolló –en diferentes momentos– una dura lucha de líneas en el joven PC. La discusión suscitada por la Semana Trágica y la huelga de los peones de la Patagonia de 1921 giró, en definitiva, en torno a la línea del PC para la revolución en la Argentina. En la década del 20, los hechos de la vida política nacional como el ajusticiamiento del Tte. Cnel. Varela por el anarco-comunista alemán Kurt Wilckens, el posterior asesinato de éste en la cárcel por un sicario de la oligarquía, y la lucha de líneas en torno a la huelga general que desató este asesinato, hicieron que irrumpiera esa discusión en la prensa del PC y se tensara la lucha de líneas entre los revolucionarios, los reformistas y los terceristas.

El 14 de enero de 1923, con motivo del tercer aniversario del asesinato de Rosa Luxemburgo, *La Internacional* subrayó el error de la socialdemocracia al exagerar la importancia de los anteriores medios de lucha (se refería al parlamentarismo, la democracia del voto general, la lucha sindical, etc.) en la era del imperialismo, ya que “al poder legalizado del imperialismo (...) han de ser interpuestas todas las fuerzas del proletariado en una insurrección armada”. Y planteó “la acción de masas” como medio para liberarse del yugo capitalista. Reconociendo la insuficiencia del parlamento y de la organización sindical para la liberación de la clase explotada, recomendaba participar en las campañas electorales.

El 26 de enero de 1923, con motivo del ajusticiamiento del

Tte. Cnel. Varela, *La Internacional* fijó la posición que viéramos en el capítulo III: “Somos enemigos de la violencia individual; la consideramos ineficaz. **La historia nos ha enseñado a comprenderlo así** (...). Hay que destruir a estos regímenes para que desaparezcan para siempre los varela, los carlés y los yrigoyen que, hablando del ‘obrerismo’ fusilan en masa a los obreros y sus crímenes quedan impunes, porque han sido cometidos en nombre de la ‘patria’ y del ‘orden’”. Y parodiando a Carlés, que había dicho, luego de la matanza de Gualeguaychú, que los “tiros habían partido del fondo de la historia”, dice *La Internacional*: “Los proyectiles que mataron a Varela partieron del fondo mismo de la conciencia proletaria”. Como se ve, la discusión con el terrorismo individual, se hace, correctamente, en relación a la ineficacia de éste en la lucha contra la burguesía. No por razones “morales”. En medio de la dura polémica que mantenía con el anarquismo, llena de epítetos y agravios mutuos, el PC señaló que Wilckens no comprendía que mientras exista el capitalismo, habrá mercenarios como Varela que realicen tan criminal tarea. Y, ante la espontánea e impresionante huelga general en repudio al asesinato de Wilckens, planteó, como vimos, que su gesto individual tenía una base social y subrayó que “sin medir su sacrificio, encarnó todo el odio, todo el espíritu justiciero de la clase trabajadora y, superando la impotencia de la misma, alzó su brazo y lo descargó, implacable sobre el que encarnara la injusticia y la criminalidad del régimen social imperante”.⁶⁰

El conocimiento de la Revolución Rusa y la vinculación con la Internacional Comunista produjeron cambios positivos en la mentalidad de los dirigentes del PC. *La Internacional* planteaba en 1923 que luego de la Revolución Rusa “tenemos la constatación de que solamente mediante la aplicación de la violencia colectiva el proletariado conquista su liberación (...) la emancipación del proletariado tiene un solo camino: el de la dictadura, que presupone la aplicación de la violencia de clase (...) el régimen burgués es un régimen injusto y de violencia (...) a la violencia burguesa, pues, el proletariado opone la suya”.⁶¹

El 31/1/1923 *La Internacional*, en un editorial titulado “Democracia y violencia”, trató esta cuestión vinculándola al análisis

de la Revolución de Mayo. Escrito en el estilo inconfundible de Rodolfo Ghioldi y tomando como base las palabras de Bartolomé Mitre –al que la burguesía argentina consideraba su historiador “insuperado”– explica cómo la Revolución de Mayo “fue guiada por una minoría audaz y dictatorial”, por una sociedad secreta elegida por los patriotas que fue el “foco invisible” del movimiento de Mayo, y no por “grandes asambleas populares y abiertas de mayorías”. Esta referencia sirvió a *La Internacional* para defender la dictadura del proletariado y la violencia revolucionaria, concluyendo que la Revolución de Mayo “aunque reducida y de pocas proporciones, nos demuestra que no hay revolución posible sin violencia revolucionaria y sin procedimientos dictatoriales”. *La Internacional* volvió sobre el tema en los días y semanas siguientes, para remarcar que “no hay revolución que no sea violenta, hablar de ‘revolución violenta’ es incurrir en pleonasma” y que “la Historia ha enseñado que ninguna clase puede desplazar de sus posiciones a otra clase, sin intervención de la violencia”.⁶²

Luis Recabarren, fundador del PC de la Argentina y del PC de Chile, tuvo, inicialmente, opiniones a favor de la posibilidad de utilizar “una u otra vía” para la revolución, como vimos en el primer tomo de esta obra. Pero al regresar de Rusia, en 1923, de paso por Buenos Aires, declaró: “Mi breve estadía en la Rusia de los Soviets me ha confirmado en todas mis ideas respecto de la necesidad de la violencia revolucionaria y de la dictadura proletaria. He comprendido perfectamente que sin esa dictadura de la clase obrera la revolución social no puede ser conducida a buen término”.⁶³

José Penelón, que como Recabarren regresaba también de Moscú en 1923, hizo declaraciones en *La Internacional* en las que criticó a los teóricos reformistas que “no querían la dictadura proletaria (...) no querían la violencia (...) no querían el terror rojo” y querían “una revolución sin violencia, como si no fueran inseparables la una de la otra (...) querían la destrucción de un régimen de clase paulatinamente (...) como si toda desaparición de un régimen de clase no hubiese exigido siempre el empleo de la violencia, de la lucha armada, de la conquista violenta del poder, defendido con todas las armas posibles por la clase derrotada”.⁶⁴

El trabajo en las Fuerzas Armadas

Leyendo la prensa partidaria puede verse también la influencia de la Internacional Comunista en su sección argentina respecto del tema del trabajo revolucionario en las Fuerzas Armadas (al que entonces denominaban “trabajo antimilitarista”). Como hemos visto, este trabajo era una condición para el reconocimiento de las secciones nacionales de la Internacional. La Federación Juvenil Comunista tenía como uno de sus principales objetivos el trabajo con los soldados. La Internacional Juvenil Comunista hizo suya, en vida de Lenin, la fórmula de Rosa Luxemburgo: “No se hace la Revolución sin el Ejército ni contra el Ejército: es con el Ejército como se conduce a las masas proletarias al asalto del poder”.⁶⁵ Se propagandizaba la frase del comunista francés Gabriel Peri: “La lucha por la conquista del Ejército y contra la represión fascista es una **única** batalla, expresiones complementarias de un solo combate (contra los pacifistas llorones y los antimilitaristas abstraídos)”.⁶⁶

Desde 1922, el PC y la FJC editaron mensualmente *El Lampazo*, dirigido a soldados y marinos y, años más tarde, periódicos de región, zona, cuartel, barco, etc., como *La Fajina*, del 12 de Infantería, en Santa Fe; *Alas Rojas*, para la Fábrica Militar de Aviones de Córdoba; *La Churrasca*, del 1.º de Infantería de Palermo, entre otros.

Hacia 1926, es visible que el conocimiento de la experiencia revolucionaria china redundó en la intensificación del trabajo en las FFAA. La Internacional Comunista subrayó la enorme importancia de este trabajo revolucionario insistiendo en que —en el caso chino, pero con validez para todos los países coloniales, semicoloniales y dependientes— “los comunistas deben consagrar especial atención al trabajo en el Ejército”. Ese año el PC dio su solidaridad a los policías de Bahía Blanca, que reclamaban mejoras, planteando que recapacitasen cuando se los enviaba a reprimir.⁶⁷ También en ese año realizaron una intensa campaña por un escándalo de corrupción en el Ejército, denunciando que en éste existía una “disciplina doble”, la que se aplicaba al proletariado, mientras que, para los jefes quedaba “la tolerancia, la ocultación,

la benignidad”.⁶⁸ Se trataba del “caso Mórtola”, un subteniente del Ejército que, según denunciaba *La Internacional*, era “asediado por un pederasta que es amigo de sus superiores”. Mórtola había respondido al asedio “como se lo merece el degenerado”, por lo que el jefe del regimiento le impuso un arresto. Allí comenzaron las desgracias de Mórtola. Fue preso a Martín García y se lo suspendió un año en su cargo. En estas circunstancias “es provocado por un mayor que se encontraba con el invertido, originándose el incidente en que se basó el proceso”. La Corte Suprema falló contra Mórtola. *La Internacional* tituló el comentario sobre este fallo: “Un triunfo de la camarilla de pederastas y una derrota del Ejército argentino”. “El único vencido en este ‘affaire’ –dicen en la nota– resulta la institución militar”. Agregan que saben “que el Ejército es un instrumento destinado a defender los privilegios y las ganancias burguesas, dentro de la sociedad capitalista (...) los trabajadores tendrán, para emanciparse que vencerlo y formar su ejército para combatirlo”.⁶⁹

El PC utilizó el “caso Mórtola” para desenmascarar “la esencia del Ejército y la justicia burguesa”, como dijeron. El Partido Socialista, en cambio, usó el escándalo para pedir la sustitución de los tribunales militares por los civiles. Como resultado de la agitación que realizó la Federación Juvenil Comunista por este caso se desató una oleada de detenciones y allanamientos. La policía detuvo al secretario general de la FJC, Cayetano Bernabó; al secretario de la Capital de la FJC y a otros militantes, generando, a la vez, una amplia campaña por la libertad de los presos que encabezó el Dr. Alfredo Palacios.

La polémica con los “terceristas”

El tema de la violencia, el camino revolucionario o reformista, estuvo en el centro de la polémica con el sector “tercerista”, centrista, que, con motivo del reflujo internacional y nacional de los primeros años de la década del 20, organizó una tendencia fraccional en el PC pretendiendo el retorno de sus militantes al PS. Alberto Palcos fue uno de los líderes de esta corriente. Palcos, con motivo de la muerte de Lenin, escribió un artículo

en *Crítica* elogiando el triunfo de los laboristas ingleses, cuyo método diferenciaba del de los bolcheviques, diciendo: “Se trata de dos métodos diferentes que no se excluyen, sino que se complementan”. Para Palcos, “el método inglés o democrático” correspondía para los países civilizados, y el método “violento o dictatorial” era para los países atrasados como Rusia. Con el mismo fundamento, el dirigente socialista Enrique Dickman decía que el bolcheviquismo era “un fenómeno estrictamente ruso” (como se ve, los revisionistas jruschovianos en 1956 y los gorbachovianos en la década del 80 no inventaron nada nuevo). *La Internacional* criticó firmemente esta tesis revisionista del marxismo planteando así el problema: “¿Hay posibilidad histórica para una revolución proletaria realizada por vía pacífica o democrática?”.⁷⁰ ¡Ironías de la historia! Treinta y tres años después, la posición criticada por *La Internacional* en 1924, sería línea oficial del PC.

Este debate con las viejas posiciones reformistas del PS se matuvo, permanentemente, durante toda la década del 20.

En 1921, Enrique Del Valle Iberlucea defendió la dictadura del proletariado y señaló la **necesidad** de la violencia revolucionaria de la clase obrera; esto le valió el desafuero del Senado de la Nación para someterlo a juicio por el delito de sedición. En 1927, Enrique Dickman se jactó de que el PS hubiera “repudiado la actitud de un senador, después dura y desgraciadamente castigado, cuando en una reunión pública proclamó el alzamiento armado contra la Constitución de nuestro país”.⁷¹

Al calor de la lucha de la clase obrera argentina, durante esos años iniciales, y con la ayuda de la Internacional Comunista, el núcleo fundacional del PC avanzó en sus concepciones revolucionarias hasta parecer que había hecho una revisión profunda de sus ideas kautskistas. Así, en 1927, en el suplemento de *La Internacional* dedicado al décimo aniversario de la Revolución Rusa, escribió Rodolfo Ghioldi: “A la vieja táctica parlamentaria de la Segunda Internacional, sucede pues la táctica revolucionaria, que utiliza el parlamento sin parlamentarizarse, y no asignándole más valor que el de la agitación proletaria y desprestigio de la democracia burguesa: el centro de la táctica revolucionaria no es

el parlamento sino las acciones de masa (...) el sindicalismo no es la forma de organización de la revolución, tanto como la huelga general no es la garantía de la victoria. Hace falta la insurrección: prescindir de ella es engolfarse en el academicismo burocrático de la Charte d'Amiens (...). Organizaciones de masa; sí; pero organizaciones para la revolución también, porque sin ellas no queda más que el organismo de masas, juguete de la política burguesa".⁷² ¡Qué bien escribía Rodolfo Ghioldi en 1927!

Mujer y feminismo

La prédica por la liberación de la mujer tuvo, tradicionalmente, un cierto eco en las publicaciones y organizaciones gremiales y políticas socialistas, sindicalistas revolucionarias y anarquistas. Entre 1896 y 1897 se publicó la revista *La voz de la mujer*, dirigida por Virginia Bolthen, destacada luchadora (anarco-sindicalista) y organizadora del movimiento obrero de fines del siglo pasado e inicios del actual y, entre 1922 y 1925, *La Nueva Tribuna*, que dirigía Juana Ronco Buela. En 1902 se había fundado el Centro Feminista Socialista y en 1903 la Unión Gremial Femenina. Hubo grandes huelgas protagonizadas por mujeres: empleadas domésticas contra la libreta de conchabo, papeleras, textiles, obreras de Alpargatas. Las mujeres obreras participaron por miles en grandes manifestaciones de apoyo en Mendoza, Rosario, Junín, entre otras, con motivo de las huelgas de los ferroviarios en 1917. Jugaron un gran papel en las huelgas de enero de 1919. Participaron activamente en los piquetes. Integrando uno de esos piquetes cayó asesinada Luisa Lallana –obrero de la fábrica Mancini– durante la huelga de los portuarios en Rosario, en 1928. Las mujeres estuvieron en la avanzada del movimiento agrario en lo que se llamó “el levantamiento de la mujeres de Irala” y el Grito de Alcorta. Todos recuerdan que fue la actitud de María Bulzani, cuando el 10 de junio de 1912 se sacó y tiró el delantal declarándose “en huelga”, ante una reunión de campesinos en su casa, lo que decidió a los hombres a declarar la primera huelga agraria, el 25 de junio de ese año.

Hubo grandes dirigentes socialistas y sindicalistas mujeres, como Alicia Moreau de Justo

y Gabriela Laperrière de Coni. Carolina Muzzilli polemizaba desde *La Vanguardia* con el feminismo “diletante” del reformismo burgués y le oponía un feminismo “clasista”.⁷³ Hacia 1920 los diputados socialistas presentaron numerosos proyectos de ley sobre emancipación civil, divorcio, la igualdad jurídica y el sufragio femenino.

En la década del 20 la Unión Feminista Nacional y el Partido Feminista difundían las reivindicaciones de la mujer. La dirección del PC criticaba al feminismo planteando que pretendía colocar a la mujer burguesa en el mismo plano del hombre burgués, para explotar luego, juntos, a la clase trabajadora, como escribió Ida Bondareff en *La Internacional*, el 24/2/1924. Y agregaba: “Los derechos políticos de la mujer no solucionan su situación de inferioridad, de dependencia y de esclavitud económica”. Criticando al movimiento feminista como pequeñoburgués,⁷⁴ planteaban que Alicia Moreau de Justo exigía el derecho al voto “para contrarrestar en lo político la posición de los trabajadores revolucionarios”, y la cuestionaron por “facilitar” el juego reaccionario de las feministas burguesas, cuyo congreso había funcionado en la Roma fascista. Reivindicaban al **feminismo proletario** frente al feminismo burgués; levantaban la consigna “por el comunismo hacia la liberación completa e integral de la mujer” y tomaban las reivindicaciones femeninas para “incorporar a la acción revolucionaria a vastas capas de mujeres obreras”. El 8 de marzo de 1923 el PC hizo, por primera vez, la jornada de propaganda femenina.

La crítica al feminismo que hacían Ida Bondareff y la dirección del PC –impregnada de un pseudoobrerismo sectario, que en los hechos se convertía en reaccionario– marcó por muchos años la línea del Partido. Cuando en España, en 1924, se otorgó el derecho al sufragio a la mujer, *La Internacional* publicó un artículo titulado “**Explotando la ignorancia femenina**”.⁷⁵ En 1926, analizando la ley 11.357 de ese mismo año, que otorgó derechos civiles a la mujer, la consideraron “un progreso sobre la vieja legislación” pero subrayando que la independencia de bienes no le interesa al proletariado: “podrá ser apreciada por las mujeres burguesas” que tienen bienes, “mientras que para el proletariado

rige la solidaridad de la miseria”.⁷⁶ El comentario de *La Internacional* era incorrecto. Le resultaba indiferente que, hasta entonces, la mujer casada fuera considerada incapaz –al igual que los menores, los dementes y los idiotas–, que no pudiera tener bienes propios, ni siquiera los que ganaba con su trabajo (porque, por ley, la mujer estaba obligada a entregar el salario que ganaba a su marido, si éste se lo exigía). La nueva ley no eliminaba todos los rasgos feudales de opresión de la mujer pero –además de garantizar la independencia de bienes– concedía a la madre “natural” la patria potestad sobre sus hijos con los mismos derechos que la madre “legítima”; daba la posibilidad a la mujer de ejercer profesión, oficio, empleo, comercio o industria “honesto”, sin necesidad de autorización marital y adquirir o administrar bienes; le permitía formar parte de asociaciones civiles, comerciales o cooperativas, estar en juicio, etc.; derechos que hasta entonces le habían sido negados. No hacía tanto tiempo, en 1916, la Facultad de Filosofía y Letras había rechazado a Raquel Caamaño como docente, “en la duda de si es posible abrir esa carrera, por ahora, al sexo femenino”. ¡Vaya, entonces, si le interesaba al proletariado esta cuestión!

Contradictoriamente, las concepciones avanzadas sobre la cuestión femenina que florecieron en la Rusia revolucionaria habían ejercido una gran influencia en el PC, en sus primeros años. Angélica Mendoza, intelectual brillante, un cuadro muy importante del núcleo de dirección del Partido, difundió y defendió desde las páginas de *La Internacional* –y en mítines y reuniones– las opiniones de Alejandra Kollontai. Esta dirigente del partido bolchevique, oradora, escritora, amiga de Lenin –designada por éste embajadora en México, la primera embajadora mujer–, era partidaria de la unión libre y de la emancipación de la mujer y tuvo, en esos años, mucha influencia en el movimiento comunista. Criticando a la moral burguesa, había declarado que la mujer era tan libre de hacer con su cuerpo lo que hacía el hombre con el suyo, y que su sexualidad no podía reducirse sólo a la concepción. Partía de considerar que las relaciones sexuales en Rusia no estaban “organizadas en forma definitiva (...) y no puede saberse cómo serán (...) cuando Rusia se haya consolidado y elaborado

nuevas costumbres, nuevas modalidades sociales (...); la fidelidad sexual de la mujer hacia el marido, como la virginidad, son virtudes de acuerdo a la moral burguesa, mejor dicho, son resabios de la moral feudal, transportados a la moral burguesa”.⁷⁷

En aquellos años iniciales, la falta de claridad sobre el carácter de la revolución argentina les impedía comprender a los dirigentes del PCA que la falta de derechos políticos de la mujer y las trabas jurídicas para su igualdad con el hombre –establecidas con toda crudeza en el Código Civil de Vélez Sarfield desde 1869– eran la expresión, en la superestructura jurídica, de los resabios semif feudales que subsistían, tras la creciente modernidad burguesa, en la Argentina del siglo XX. Este error en el análisis de la realidad argentina, en el tema de la mujer, afectó a la izquierda argentina en general y al PC en particular hasta comienzos de la década del 80 del siglo XX.

El voto femenino, una verdadera conquista histórica, fue calificado por el PC como una simple medida demagógica del peronismo. Y cuando en 1958 se suprimió la reivindicación del divorcio del programa electoral frondizista, el PC le restó importancia.⁷⁸ Al apoyar la candidatura de Frondizi, no valoró la gravedad de esta concesión hecha a los sectores reaccionarios de la Iglesia, verdadero preanuncio de la ley que finalmente impuso la enseñanza libre en vez de la enseñanza laica.

Entre los cuadros dirigentes del PC en sus primeros años se destacaron, entre otras: Ida Bondareff, odontóloga, de nacionalidad rusa, corresponsal en la Argentina de *El Proletario*, periódico dirigido por Lenin; Angélica Mendoza, oradora de fuste y una de las dirigentes del grupo llamado “chispista”, y Julia Coral, que figuraba en 1923 como corresponsal del Secretariado Internacional Femenino de la Internacional Comunista. El 4/12/1922 se constituyó el Comité Central Femenino del PCA. Lo componían 7 mujeres y un representante del CC. Ida Bondareff de Kantor fue su secretaria y Angélica Mendoza secretaria adjunta. Bertha Mateuchi era su representante en el CC del Partido. No tenían ninguna funcionaria paga y no trabajaban en el interior del país.⁷⁹

Carnavales, religión, deporte e historia

Los fuertes resabios anarquistas y sindicalistas revolucionarios que primaban en el Partido Comunista en los primeros años de la década del 20 se evidencian en la posición del Partido hacia los carnavales. En la Argentina de aquellos años, incluso en la ciudad de Buenos Aires, los carnavales eran de una verdadera y masiva alegría, una actividad popular por excelencia, la fiesta que Goethe vio como un acto esencialmente democrático, en el que el pueblo es el sujeto creador y en el que, muchas veces, se ríe de las jerarquías oficiales. Por eso, en todas las épocas y países, los gobernantes siempre trataron de manipularlos.

En 1924 *La Internacional* hizo un virulento ataque a los carnavales: "...un medio más que tiene la burguesía de obtener dinero, engañar bobos y distraer a ellos". Días después escribió: "¡Qué lindo, exclaman los bobos, los que no ven más allá de sus narices! ¡Qué crimen y qué vergüenza, decimos nosotros!"⁸⁰

Con respecto a la religión, en la década del 20 el PC fue muy estricto, internamente, en el juicio de las actitudes conciliadoras. Muchos afiliados fueron sancionados por casarse por la Iglesia (aunque muchos de los así castigados eran luego recogidos por el aparato secreto del Partido). En 1926 el Partido tuvo que hacer una "amplia investigación", de la que se hizo eco *La Internacional*, porque se acusó a Julio Linkowsky de haber bautizado en la religión judía a su hijo. La investigación demostró que el acto ritual había sido realizado por su familia a espaldas del camarada, por lo que la dirección decidió que "en nada afecta su moral política como afiliado al Partido". En aquellos primeros años de vida del PC, la posición frente a la religión estuvo muy influida por las campañas antirreligiosas en Rusia, donde ya se había "derrocado a los zares de la tierra y ahora había que derrocar a los zares del cielo".⁸¹

En relación al deporte, el PC realizó desde su fundación una activa labor. Desarrollaron el deporte amateur y crearon y dirigieron importantes organizaciones de masa. En 1924 fundaron la Federación Deportiva Obrera, que llegó a nuclear a más de setenta clubes obreros.

Simultáneamente, criticaban el contenido del deporte profesional y las líneas burguesas en los clubes amateurs. En junio de 1927, Pedro Chiarante planteó en la Conferencia Regional de la FJC de la Capital que la juventud era “dirigida en los clubes para alejarla de la lucha de clases” y que la Federación Deportiva “debe trabajar al revés”.

En cuanto a la historia nacional, su estudio no era considerado importante por la dirección del PC. Las influencias anarquistas y sectarias, pero especialmente el error sobre el carácter antiimperialista y democrático de la revolución argentina, hizo que, inicialmente, se menospreciara. Por eso, aunque destacaban el carácter violento de la Revolución de Mayo, la calificaron como una “revolucioncita”.⁸² Viendo con justeza que la lucha por la independencia nacional del siglo XIX no había modificado fundamentalmente la situación de las masas populares, concluían en relación a la fecha histórica del aniversario de la batalla de Ayacucho que “la clase obrera nada tiene que ver con su conmemoración” y debía sí conmemorar “acontecimientos como la Comuna de París o la Revolución Rusa”.⁸³ Pero ya en 1926, a partir de los cambios que introdujo el V Congreso de la IC respecto de la línea para América Latina, el PCA comienza a revisar la posición frente a la Revolución de Mayo. Afirma que ésta “como todas las revoluciones burguesas” fue un progreso en la historia; reivindica a “los espíritus clarividentes” que tuvo la misma, en especial a Moreno, el revolucionario que sabía “dónde debe irse y qué debe quererse”; compara la lucha entre Moreno y Saavedra con la de los comunistas con los socialistas y plantea que el proletariado revolucionario debe estudiar la Revolución de Mayo y aprender de ella para su lucha contra el capitalismo.

En 1927, inaugurando la Escuela Leninista de la FJC, Penelón llamó a aplicar el marxismo-leninismo al “estudio de sus propios problemas, de su propia historia (...) a encontrar cuáles son las enseñanzas que proporciona la propia historia argentina” y a “profundizar en la historia argentina, en la historia del movimiento obrero y revolucionario de este país, en la de nuestro propio movimiento”.⁸⁴

La lucha política

El sectarismo obrerista de los primeros años del PC era, principalmente, de matriz sindicalista y, secundariamente, parlamentarista o electoralista.

El PC participó activamente, desde su nacimiento, en las elecciones a nivel comunal – especialmente en la Capital Federal– y para diputados. El Congreso Fundacional del Partido Socialista Internacional decidió la participación del PSI en las elecciones de 1918.⁸⁵

En octubre de 1918 el Partido tuvo su primer concejal en la Capital Federal, Juan Ferlini, electo por 3.258 votos.

La actividad sindical del Partido cubría gran cantidad de páginas de *La Internacional*. Se puede seguir allí una parte importante de la política internacional, en particular todo lo referido a la Unión Soviética y al movimiento revolucionario europeo y asiático. Pero es imposible encontrar, hasta finales de la década del 20, los hechos de la política nacional. Como una rareza se pueden mencionar el comentario crítico al apoyo conservador a Mario

Bravo, en varios números de *La Internacional* de marzo de 1923, y 40 líneas sobre el mensaje de Alvear al Parlamento en 1926.⁸⁶

En los primeros años del Partido hay una permanente lucha contra las posiciones del anarquismo. Los insultos son fuertes: califican a los periodistas de *La Protesta* como “andróginos escribidores” y “cretinos incurables”, “sinvergüenzas”, “perros”; dicen que “la obra de los puros –así llamaban a los anarquistas– es rastrera”.⁸⁷ Atacan con saña “al pasquín de los quintistas”, que no deja de contestarles de igual manera, calificando a los comunistas como “maricas”, por lo que éstos les responden: “Muy bien; cuando quieran nomás pueden acercarse y veremos a quiénes se le verán las enaguas”.⁸⁸

El centro de la propaganda comunista mundial, durante casi toda la década del 20, estuvo puesto en el ataque a la socialdemocracia pese a ser evidente –como lo planteaba Lenin desde 1921– que se había entrado en un período de reflujo de la revolución en Europa. Lo mismo hicieron las direcciones del PC de Alemania

y el PC de Italia, aún antes de que, en 1928, el VI Congreso de la IC trazara la línea de “clase contra clase”. El peligro del fascismo fue menospreciado, lo que tuvo un costo dramático para la clase obrera mundial. Rodolfo Ghioldi, en 1924, hablando de una revolución alemana inminente, decía que no “puede haber revolución proletaria alemana si no se pulveriza a la socialdemocracia, última reserva de la contrarrevolución”.⁸⁹ Estas posiciones son un eco de las que sustentara la Internacional Comunista en ese período. En el V Congreso de la IC, Zinoviev había atacado la teoría de Radek y Brandler según la cual el fascismo había vencido a la socialdemocracia, porque de ella se deducirían “tácticas oportunistas”. Y si esa teoría era cierta, había que acercarse a la socialdemocracia y no atacarla. Extendiendo la idea de que la socialdemocracia era “un ala de la burguesía” Zinoviev señaló: “el hecho esencial es que la socialdemocracia se ha convertido en un ala del fascismo”.⁹⁰

Ya en el II Congreso de la IC (1920) Lenin había hecho un rico análisis sobre las contradicciones de ese momento a escala mundial: a) entre el proletariado y la burguesía de los países capitalistas; b) entre el imperialismo y el movimiento liberador de las colonias; c) entre vencedores y vencidos en la Primera Guerra Mundial; d) entre los propios vencedores; e) entre la URSS y los capitalistas. Pese a eso, recién en 1926 el PC argentino enriqueció su visión de la política nacional con un análisis correcto de las mismas, incorporando aquellas tesis leninistas.⁹¹

NOTAS DEL CAPÍTULO IV

1. Victorio Codovilla, “El leninismo y la lucha del pueblo argentino por la paz, la democracia y la independencia nacional”. En *Trabajos Escogidos*, tomo III, Buenos Aires, Anteo, 1964, segunda edición, pág. 130.

2. *La Internacional*, 4/2/1923. Por otro lado, *La Chispa* del 27/2/1926 dijo que “Cantoni, ya en el Partido Radical, seguía militando en nuestro Partido, con el beneplácito del C.E.; pero es que Cantoni... ‘meglio tacere’”. Este “mejor callar” de *La Chispa* indica que Cantoni seguía vinculado a los aparatos de la IC, des-

pués de expulsado del PC. En el mismo ejemplar dicen que “en el Partido hay muchos Di Tella que están completamente hipotecados al Comité Ejecutivo...”. Se puede lícitamente sospechar que por estas referencias –entre otras– no se pudo conseguir, durante décadas, ningún ejemplar de *La Chispa*.

3. *La Vanguardia*, 5/6/1909.
4. *La Internacional*, 16/5/1923.
5. *La Internacional*, 19/2/1923 y 20/2/1923.
6. Manuel Caballero, *obra cit.*, pág. 115.
7. *Idem*, pág. 119.
8. *El movimiento revolucionario latinoamericano*, editado por La Correspondencia Sudamericana, Buenos Aires, 1929, pág. 43.
9. *La Internacional*, 14/3/1923.
10. *La Internacional*, 8/3/1923.
11. *La Internacional*, 3/2/1923.
12. *La Internacional*, 24/2/1923.
13. Oscar Terán, “Latinoamérica: naciones y marxismos”. En: *Socialismo y Participación* N° 11.
14. *Nosotros*, Buenos Aires, año XVII, julio de 1923.
15. Oscar Terán, *artículo cit.*
16. *La Internacional*, 16/8/1925 y 21/10/1925.
17. *La Internacional*, 18/8/1926.
18. Juan B. Justo, “Teoría científica de la historia y la política argentina”. Conferencia dada el 18 de julio de 1898. Ver: *Interpretación económica de la historia*, Buenos Aires, Biblioteca de Estudios Sociales Juan B. Justo, 1929.
19. *La Internacional*, 13/8/1927.
20. *La Internacional*, 21/8/1926.
21. Mao Tsetung, *Escritos Inéditos*, Buenos Aires, Mundo Nuevo, 1975, pág. 35.
22. Otto Vargas, *El marxismo y la revolución argentina*, tomo I, edic. cit., pág. 88.
23. *La Internacional*, 28/1/1928.
24. Ver editorial de *La Internacional*, 23/8/1923.
25. *La Internacional*, 6/1/1924.
26. *La Internacional*, 10/2/1924.

27. *La Internacional*, 16/2/1924.
28. *La Internacional*, 24/5/1925.
29. *La Internacional*, 28/5/1925.
30. Victorio Codovilla, “El leninismo y la lucha del pueblo argentino...” En *Trabajos Escogidos*, tomo 3, edic. cit., pág. 131.
31. Manuel Caballero, *obra cit.*, pág. 148.
32. *La Internacional*, 29/1/1927.
33. Otto Vargas, *El marxismo...*, tomo I, edic. cit., pág. 80 y sgtes.
34. *La Agricultura*, abril de 1895, págs. 280-282.
35. Manuel Caballero, *obra cit.*, pág. 111.
36. *La Internacional*, 7/3/1924.
37. *La Internacional*, 22/1/1926.
38. V. I. Lenin, *Obras Completas*, tomo XXXI, edic. cit., pág. 145.
39. *La Internacional*, 1/6/1926.
40. *La Internacional*, 22/1/1926.
41. *La Internacional*, 1/5/1926.
42. Waldo Ansaldi (compilador), *obra cit.*, tomo I, pág. 32.
43. *La Internacional*, 14/2/1924.
44. *La Internacional*, 1/5/1926.
45. *La Internacional*, 8/8/1926.
46. *La Internacional*, 26/11/1927.
47. Julio Godio, *El movimiento obrero argentino 1910-1930*, edic. cit., pág. 209.
48. Jorge Luis Ubertalli, *Guaycurútierra rebelde*, Antarca, 1987, pág. 62 en adelante.
49. *La Internacional*, 4/6/1927.
50. *La Internacional*, 30/4/1927.
51. Waldo Ansaldi (compilador), *obra cit.*, tomo II, pág. 143.
52. *Idem*, pág. 144.
53. *La Internacional*, 13/1/1923.
54. *La Internacional*, 3/7/1926.
55. *La Internacional*, 17/12/1927.
56. V. I. Lenin, *Obras Completas*, tomo XXV, edic. cit, pág. 393.

57. *La Internacional*, 14/1/1923.
58. Otto Vargas, *El marxismo...*, tomo I, edic. cit., pág. 175.
59. *Idem*.
60. *La Internacional*, 18/6/1923.
61. *La Internacional*, 28/1/1923.
62. *La Internacional*, 5/2/1923 y 6/2/1923.
63. *La Internacional*, 19/2/1923 y 20/2/1923.
64. *La Internacional*, 1/3/1923.
65. *La Internacional*, 21/5/1923 y 22/5/1923.
66. *Idem*.
67. *La Internacional*, 13/2/1926.
68. *La Internacional*, 14/2/1926.
69. *La Internacional*, 13/8/1926.
70. *La Internacional*, 28/1/1924 y 29/1/1924.
71. *La Internacional*, 30/7/1927.
72. *La Internacional*, 5/11/1927.
73. *La Vanguardia*, 27/9/1910.
74. *La Internacional*, 21/5/1923 y 22/5/1923.
75. *La Internacional*, 13/4/1924.
76. *La Internacional*, 4/11/1926.
77. *La Internacional*, 3/7/1926.
78. “Eso no le interesa a los obreros”, dijo Victorio Codovilla en una charla con afiliados en el local del PC de Villa Devoto, en Capital Federal, durante la campaña de apoyo a Frondizi, refiriéndose a sus declaraciones en contra de una ley de divorcio.
79. *Comisión Popular Argentina contra el comunismo: el comunismo en la República Argentina. Historia. Desarrollo y organización*. (Informe a máquina).80. *La Internacional*, 3, 4 y 8 de febrero de 1924.
81. *La Internacional*, 10/1/1923.
82. *La Internacional*, 5/2/1923 y 6/2/1923.
83. *La Internacional*, 13/12/1924.
84. *La Internacional*, 8/1/1927.
85. Hubo en ese congreso un interesante debate sobre si participar o no en las elecciones. Ver: Otto Vargas, *El marxismo y la revolución argentina*, tomo I, edic. cit., pág. 163.
86. *La Internacional*, 2/7/1926.

87. *La Internacional*, 4/2/1923.
88. *La Internacional*, 10/6/1923.
89. *La Internacional*, 17/5/1924.
90. *La Internacional*, 20/9/1924.
91. *La Internacional*, 2/3/1926.

CAPÍTULO V

LOS PRIMEROS AÑOS

Nada procede de la nada.
Lucrecio Caro

Todo el desarrollo está incluido en su germen.
G.W.F. Hegel

...la tesis fundamental de la dialéctica marxista afirma que en la naturaleza y en la sociedad todos los límites son condicionales y móviles, que no existe un solo fenómeno que no se pueda transformar, en determinadas condiciones, en su opuesto.

V.I. Lenin

El renacimiento de la corriente marxista revolucionaria en la Argentina, que se produjo en la segunda década de este siglo, tuvo causas objetivas y subjetivas.

La base objetiva está en el peso de los asalariados, muy grande para la época: 65 por ciento de la población económicamente activa. Y si bien sólo el 12 por ciento de la población activa trabajaba en el sector industrial —en general pequeños talleres e industrias no manufactureras— había ya algunas grandes fábricas: frigoríficos, empresas de la alimentación, textiles, talleres ferroviarios, metalúrgicos, centrales eléctricas, entre otras. Se desarrollaron los gremios ferroviario y de transportes. Su organización le permitió al proletariado pesar en la economía nacional: los movimientos huelguísticos en esos gremios tenían una enorme repercusión económica. En 1918 había 106.297 trabajadores en los ferrocarriles. Los puertos en general y el puerto de Buenos Aires en particular eran la llave maestra de la economía argentina, y la huelga de 1902 demostró que la clase obrera podía llegar a

manejarla. En el puerto de Buenos Aires trabajaban, según los períodos, entre 9 y 14 mil obreros. El 95 por ciento de los marineros estaban organizados en la Federación Obrera Marítima que tenía, en 1918, 12.336 afiliados. En 1918-1919 se produjo un aumento importante del costo de vida y una disminución del salario real.

Entre los elementos subjetivos, hay que tener en cuenta, en primer lugar, que la organización sindical de la clase obrera argentina, aunque dividida, era relativamente antigua; al igual que su organización política, ya que el núcleo marxista-revolucionario que se desarrolló a fines del siglo XIX había dejado semillas que no se perdieron. La crítica al reformismo y al marxismo revisionista emergieron con la corriente sindicalista revolucionaria y con la corriente marxista revolucionaria que daría origen al Partido Socialista Internacional. La estrategia política del reformismo, basada en el parlamentarismo, se demostró impotente ante el Estado oligárquico, más aun cuando sólo se permitía votar a los argentinos nativos, quedando el grueso de la clase obrera –que era extranjera– privada de derechos políticos y fuera del sistema. En esos años se organizaron las primeras federaciones de industria, creció la FORA IX y se extendió la organización sindical al interior del país. La clase obrera se fue transformando en una importantísima fuerza política en el plano nacional.

Otro factor subjetivo, que jugó un papel importante en el desarrollo posterior de la corriente marxista revolucionaria, fue la crisis del insurreccionalismo espontaneísta anarquista, producto del triunfo de la Revolución Rusa y del fracaso de aquellos movimientos revolucionarios (Italia, Hungría, Alemania, entre otros) que no contaron con un poderoso partido revolucionario de vanguardia. La llamada Semana Trágica ejemplificaría el fracaso de la línea anarquista ante la gran masa de obreros revolucionarios de la Argentina: los dirigentes anarquistas los entusiasmaron con planes revolucionarios “hasta ponerlos frente a las armas del gobierno y, cuando llegó el momento decisivo los dejaron solos, inermes”.¹

La corriente marxista revolucionaria encontró algunas trabas para su desarrollo. Trabas objetivas, ya que, como señala Bilsky, el obrero medio era “todavía durante la Primera Guerra Mundial

un trabajador que se halla al borde del artesanado o un campesino que acaba de proletarizarse”.²

Eran trabas el uso de la inmigración masiva para mantener un gran ejército de trabajadores desocupados como reserva de la burguesía, y la existencia de una gran masa de obreros explotados en condiciones semiserviles en el interior, sobre todo en los ingenios azucareros y en las explotaciones forestales y de yerba mate. Además, la mayoría de los obreros rurales eran transitorios, obreros “golondrinas” que iban del campo a la ciudad y viceversa, dificultando su organización. Y otras tantas trabas eran la división de la clase obrera entre nativos y extranjeros y, entre éstos, la existencia de diferentes nacionalidades que hacía que en las grandes fábricas se hablasen varios idiomas y en los actos obreros tres o más lenguas diferentes.

Ya hemos dicho que en los años previos y en el momento del nacimiento del Partido Socialista Internacional, hubo movimientos huelguísticos y luchas campesinas y estudiantiles que conmocionaron al país y, en el caso de la Reforma Universitaria, a América Latina. El radicalismo había triunfado en las elecciones de 1916 y el yrigoyenismo removería aguas profundas de la política argentina. Aunque los actores de esos movimientos obreros, campesinos y estudiantiles, o los radicales que participaron en alzamientos armados y luego ganaron el gobierno por la vía electoral, no tuviesen conciencia clara de ello y evaluaran de manera diferente los hechos, renacían de nuevo en la Argentina –entrelazados con la lucha por la liberación nacional– los brotes de la revolución democrática que se había frustrado luego de 1810. Ahora con un protagonista nuevo: el proletariado. En ese magma en fusión emergían las reivindicaciones sociales de la clase obrera y la necesidad de su hegemonía política y social para abrir paso al reclamo revolucionario de la sociedad argentina.

Internacionalmente, el capitalismo se había transformado en imperialismo, había triunfado la revolución proletaria en la sexta parte de la Tierra, y se vivía una época de guerras y revoluciones proletarias. En la Argentina, país dependiente, oprimido por el imperialismo, en el que predominan relaciones de producción capitalistas deformadas por esa dominación imperialista y por

la subsistencia del latifundio, la revolución, luego del triunfo de la Revolución Rusa, pasó a ser –como lo denominaría Mao Tse-tung– democrática de “nuevo tipo”, porque ya no formaba parte de la revolución democrático-burguesa mundial sino de la revolución mundial socialista proletaria.

El núcleo inicial

Para analizar el proceso de desarrollo histórico del Partido Comunista de la Argentina – desde la concepción del materialismo histórico– investigamos cuáles fueron los factores contenidos en el núcleo fundador del Partido Socialista Internacional que posibilitaron su desarrollo en determinada dirección. Esa investigación nos muestra que en aquel embrión inicial ya estaban contenidos los gérmenes de las contradicciones que se desplegarían en la historia del Partido, o existían, al menos, como posibilidad.

Desde 1912 se libró en el viejo Partido Socialista la lucha entre los reformistas y revisionistas justistas, por un lado, y los que defendían el marxismo revolucionario, por otro. Los justistas expresaban, como reformistas, la ideología de la burguesía en el seno del movimiento obrero. Y los internacionalistas, aunque a veces lo hiciesen en forma confusa, representaban la ideología y los intereses de la clase obrera.

Inicialmente, como sucedió en la propia Internacional Comunista, convivirían en el nuevo partido, primero llamado Partido Socialista Internacional y luego Partido Comunista, dos corrientes: una socialdemócrata, “aggiornada”, y otra, la de la nueva generación de obreros y revolucionarios crecida en los años de la guerra y las revoluciones de posguerra.

¿**Dos se unían en uno** –como sostiene la negación de la negación hegeliana que conserva y recupera lo negado en una nueva síntesis– o **uno se divide en dos**, como plantea la dialéctica marxista defendida, en el siglo XX, por Lenin y Mao Tsetung? Lenin planteó a los jóvenes partidos comunistas que, en todo proceso revolucionario, lo negado debe ser destruido –en todo lo posible– y no preservado, para construir algo nuevo de signo contrario a lo viejo. En este caso, referido al Partido, hablamos de

destrucción entendiendo que, si bien era inevitable que se mantuviesen elementos de lo que fue negado (y siguiese en nuevas condiciones la lucha entre las líneas proletaria y burguesa, como un reflejo interno de la lucha de clases en la sociedad), con la ruptura orgánica con el viejo núcleo socialdemócrata se producía un cambio en las relaciones y en la hegemonía. Los elementos reformistas subsistentes eran insertados en una nueva combinación con los elementos revolucionarios. Combinación en la que predominaban estos últimos. Pero en todo nuevo partido revolucionario –incluso en los procesos revolucionarios– sigue vigente la posibilidad de una nueva mutación reformista o contrarrevolucionaria, en determinadas condiciones, ya que se mantienen los elementos (burgueses) negados. Y esto sucedía tanto en el PCA como en la Internacional Comunista, como lo demostraría la virulenta lucha de líneas de la década del 20 en la URSS y en todos los partidos comunistas.

El presente que los fundadores del Partido Socialista Internacional habían ayudado a crear era, en sí mismo, una crítica del pasado más que una “superación” del mismo, como escribió Gramsci en referencia al joven Partido Comunista de Italia.³ ¿Qué había que negar del viejo Partido Socialista? ¿De qué era necesario desprenderse? ¿Había algo que conservar?

¿Qué era lo que cada militante del nuevo partido debía rescatar y qué debía criticar y cambiar de su pasado socialista para ser útil en este presente?

Sobre este tema se enfrentaron, en los primeros años de la década del 20, los llamados “ultraizquierdistas” o “verbalistas” y el grupo dirigente de Penelón-Codovilla-Ghioldi, que contaba con el apoyo de la dirección de la Internacional Comunista. Para Rodolfo Ghioldi había dos trincheras en la lucha interna del Partido: la trinchera de la “vieja guardia” (encabezaba por Penelón) y la de la “oposición” (la izquierdista o “ultraizquierdista” que encabezaba, entre otros, Cayetano Oriolo). Angélica Mendoza, del sector “ultraizquierdista”, acusaba a la “vieja guardia” de reformista por no haber roto con las concepciones que provenían del Partido Socialista. Victorio Codovilla respondió que una de las condiciones para “bolchevizarse” era estudiar la historia del Partido, para

analizar ideológicamente las corrientes que habían existido en su seno y así saber “cuál representa, en su continuidad, la línea marxista-leninista”. Decía que los de la “guardia vieja” no eran los fundadores sino los que habían sabido interpretar “con coherencia y continuidad la línea marxista en el Partido”; por eso Oriolo, que era fundador, no era “guardia vieja”. Angélica Mendoza “es ‘pura’ – ironizaba Codovilla– su metamorfosis había sido milagrosa” y, citando a Zinoviev, decía que así como un comunista francés debía estudiar a Guesde y a Lafargue y un ruso a Plejanov, había que “enseñar todo lo valioso que enseñó la socialdemocracia”. Y decía también que la “vieja guardia” se honraba de “haber pertenecido a la Segunda Internacional y al Partido Socialista sobre todo porque en el seno del mismo supo mantener la continuidad de la línea marxista”.⁴

Es interesante ver que en la lista de miembros del Comité Ejecutivo que firman el llamamiento liminar del Partido Socialista Internacional no figuran Victorio Codovilla, Rodolfo Ghioldi, José Penelón ni Pedro Romo, quienes luego constituirían lo que la Internacional Comunista definió como la “tendencia marxista” del comunismo argentino. Firman por el Comité Ejecutivo: Luis Recabarren, José F. Grosso, Guido A. Cartey, Juan Ferlini, Alberto Palcos, Aldo Cantoni, Pedro Zivecchi, Carlos Pascali, Arturo Blanco, José Alonso y E. González Mellén.⁵

Pero, ¿cuál era la continuidad histórica del Partido Socialista que debía defender el nuevo Partido Comunista? Este era un gran tema, porque en el PS –como vimos en el primer tomo de esta obra– hubo desde su inicio una aguda lucha de líneas. No podía ser una continuidad **leninista**, porque el leninismo era desconocido entonces por los fundadores del PC y hubiera implicado una revisión crítica de **todo** lo practicado en el viejo Partido Socialista, especialmente en el tema de la actitud del proletariado en la revolución democrática (en particular ante la cuestión agraria), en la cuestión nacional y en la cuestión de la violencia revolucionaria. El tema de “la continuidad histórica” era un gran tema y volvería a serlo, a mitad del siglo XX, cuando se formaron nuevos partidos que rompieron con los viejos partidos comunistas ganados por el revisionismo, y en la Argentina, miles de afiliados

rompieron con el PCA y fundaron el que sería el PCR (Partido Comunista Revolucionario) el 6 de enero de 1968, rescatando las banderas revolucionarias del marxismo-leninismo.

Sobre el viejo Partido Socialista había escrito, con justeza, Lalléman, en la primera década del siglo, que contaba con pocas simpatías entre los obreros locales y sus “elementos propulsores (...) son ideólogos burgueses que no están dispuestos a cruzar determinado Rubicón, en realidad no pueden estar dispuestos a hacerlo”.⁶

La dirección del Partido Comunista, treinta años después, hizo una evaluación histórica correcta, en general, del justismo y la dirección del Partido Socialista, evaluación que incluyó, como nota al pie, en el *Esbozo de historia...* El simple hecho de ubicar la crítica a las concepciones del Partido Socialista en una nota al pie en dos capítulos que tratan del origen de la organización sindical y política de la clase obrera argentina, desde 1878 a 1912, y de las causas que determinaron la formación del PSI, demuestra que la dirección del PC atribuyó al tema una importancia secundaria o meramente histórica.⁷

El núcleo inicial del Partido se desarrolló en determinada forma y dirección. Pero no como la simple evolución de una unidad históricamente predeterminada. No como un simple desarrollo autogestado. Aquel germen inicial tuvo determinadas condiciones de desarrollo y un contenido contradictorio, de múltiples elementos. En el núcleo de dirección del PSI coexistían elementos sindicalistas y electoralistas, con elementos revolucionarios; reformistas de matriz justista, con marxistas que repudiaban esa matriz pero aún no conocían los desarrollos teóricos de Lenin; revolucionarios que admiraban la experiencia del proletariado europeo y querían trasplantarla acríticamente, con otros que estaban preocupados por indagar los caminos propios de la revolución argentina. Al no poder desenvolverse positivamente determinados elementos revolucionarios, permitieron que crecieran otros, reformistas.

La principal traba que impidió que el Partido se transformase en una poderosa fuerza revolucionaria fue la falta de una concepción de lucha por el poder, objetivo

supremo de todo verdadero partido comunista. Todo esto se dio en un proceso histórico concreto. “Cuando se quiere escribir la historia de un partido político (...) será necesario tener en cuenta el grupo social del cual el partido es la expresión y la parte más avanzada. La historia de un partido, en suma, no podrá ser menos que la historia de un determinado grupo social. Pero este grupo no está aislado; tiene amigos, afines, adversarios, enemigos. Sólo del complejo cuadro de todo el conjunto social y estatal (y frecuentemente también con interferencias internacionales) resultará la historia de un determinado partido, por lo que se puede decir que escribir la historia de un partido no significa otra cosa que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para subrayar un aspecto característico”.⁸

Las contradicciones internas son el motor del desarrollo de todas las cosas y, también, de la vida de los partidos políticos. Pero esas contradicciones están condicionadas e interrelacionadas con hechos (crisis, guerras, golpes de Estado, etc.) que implican el surgimiento –o la negación– de fases determinadas en la historia de los partidos. Hechos que favorecen, o dificultan –según la línea con la que se los analice y aborde– los saltos propios de todo proceso de crecimiento y el pasaje de una a otra fase del mismo. En el caso argentino, hubo cambios cualitativos parciales, positivos –desde un punto de vista revolucionario– como la definición del carácter de la Revolución Argentina en 1928; y otros negativos, como la posición del Partido frente al yrigoyenismo y al golpe de 1930 o frente al peronismo, en 1946. La acumulación de factores reformistas y revisionistas produjo, en determinado momento, un cambio de calidad absoluta en la evolución del Partido, que lo transformó en su contrario.

¿Cuáles fueron los factores, internos y externos, que llevaron al Partido Comunista de la Argentina, que nació defendiendo el marxismo revolucionario frente al revisionismo justista y bersteiniano, a transformarse en un partido revisionista y a defender las mismas tesis que había combatido? ¿Qué razones llevaron a ese partido a renegar de su pasado revolucionario, de su doctrina y de la lucha por la dictadura del proletariado? ¿Cuáles fueron las causas de la degeneración que, en su desarrollo,

llegó a convertirlo, en 1976, en una fuerza de apoyo político a la sangrienta dictadura militar de Videla-Viola? ¿Fue producto de la casualidad que los herederos de Juan B. Justo y Nicolás Repetto, organizados en el Partido Socialista Democrático, y el Partido Comunista, heredero de Codovilla y Ghioldi, coincidiesen en el apoyo a esa dictadura?

Respuestas simples a estos interrogantes, como las que explican las causas de la degeneración, el revisionismo y la traición sólo por la obediencia ciega a la política soviética o por una supuesta adhesión al “estalinismo” (entendido por los trotskistas y revisionistas como algo diabólico, que escapa a las leyes de la lucha de clases y a la interpretación marxista-leninista) no sirven, son incapaces de alumbrar la verdad. En ocasiones, mostrando el porqué, ocultan el porqué del porqué.

Por eso damos importancia al estudio de la lucha de líneas en la historia del Partido Comunista, porque ella alumbró el proceso de formación de las ideas que llevaron al PC a su degeneración, completa, a fines de la década del 50 y lo transformaron, primero, en una agencia local de una potencia socialimperialista, y, posteriormente, en apoyo de una dictadura militar genocida, la de Videla-Viola.

La lucha de líneas en el Partido Comunista

Mao Tsetung, sacando experiencia de la historia del Partido Comunista de China y de los otros partidos comunistas del mundo, definió a la lucha de líneas en el Partido como “el reflejo en su seno de las contradicciones entre las clases y entre lo nuevo y lo viejo en la sociedad. Si en el Partido no hubiera contradicciones ni luchas ideológicas para resolverlas la vida del Partido tocaría a su fin”. Esto es lógico si se recuerda que Mao Tsetung, defendiendo la dialéctica marxista, consideró “la diferencia entre los conceptos de los hombres (...) como reflejo de las contradicciones objetivas” y no como una mera adecuación o inadecuación al objeto de conocimiento. De allí que “toda diferencia entraña ya una contradicción y que la diferencia en sí es contradicción”, lo que no implica que esas contradicciones sean necesariamente antagóni-

cas. Precisamente para evitar que determinadas diferencias en el seno del partido revolucionario se transformen en antagónicas, es fundamental un acertado método de abordaje de esas diferencias. Mao Tsetung criticó la teoría del partido monolítico, teoría generalizada en el movimiento comunista a partir de mediados de la década del 20, y adoptada como propia por la dirección del Partido Comunista de la Argentina. En la reunión de partidos comunistas realizada en noviembre de 1957 en Moscú, dijo Mao: “Algunos parecen considerar que, una vez ingresados en el Partido Comunista, todos se convierten en santos, quedan libres de divergencias, de malentendidos y se encuentran más allá de todo análisis, es decir, que conforman un todo monolítico cual una lámina de acero (...). En realidad, hay diversos tipos de marxistas: marxistas en un 100 por ciento, marxistas en un 90 por ciento, marxistas en un 80 por ciento, marxistas en un 70 por ciento, marxistas en un 60 por ciento, marxistas en un 50 por ciento, y algunos son marxistas sólo en un 10 o 20 por ciento”.⁹

Nuestra propia experiencia nos enseña que “la lucha de clases en la sociedad y la lucha de líneas en el seno del Partido son permanentes. Pero esa lucha tiene picos, momentos de auge y momentos de reposo, que, en el caso de la lucha interna, luego de un proceso de acumulación, pasa, como señalan los camaradas del PC de China, de la etapa de **‘reposo relativo’** a la de **‘cambio manifiesto’**, que resuelve la etapa concreta de la contradicción y abre una nueva etapa específica de la misma”.¹⁰

En el primer tomo de este libro analizamos las concepciones predominantes en el núcleo fundador del Partido Socialista Internacional, luego Partido Comunista de la Argentina, y recordamos que Rodolfo Ghioldi definió a ese núcleo diciendo: “Nosotros éramos internacionalistas. Algunos diarios nos presentaban como neutralistas. Ciertamente había neutralistas, pero nuestro sector, que fue enseguida el núcleo del nuevo Partido, era internacionalista (...). Considero esto como un mérito de nuestro sector, victorioso en el ‘Congreso de la Verdi’, pero aun así, claro está que por entonces no habíamos accedido al leninismo”.¹¹ José Ratzler planteó que el núcleo al que se refiere Rodolfo Ghioldi “tenía un conjunto de opiniones que lo acercaban más al marxismo revolu-

cionario que a un simple internacionalismo”.¹² Tiene razón: eran **internacionalistas** que se aproximaban al marxismo revolucionario, y que, por eso mismo, apoyaron a Lenin contra Kerenski en el proceso de la Revolución Rusa, mientras que la mayoría de la dirección del Partido Socialista apoyó al líder menchevique contra Lenin.

En los años iniciales del Partido Socialista Internacional, se llamaba “internacionalistas” a los marxistas que tenían como punto de referencia a la Conferencia de Zimmerwald. Pero ésta tuvo componentes leninistas y componentes pacifistas pequeño-burgueses y kautskianos. En la Conferencia de Zimmerwald los bolcheviques plantearon la lucha por la paz a través de la transformación de la guerra de la burguesía en guerra civil. Esta posición, minoritaria, como vimos en el capítulo II, sólo fue apoyada por el pequeño partido serbio (que no estuvo en la Conferencia) y por minorías combatientes en Alemania, Francia, Inglaterra, Bulgaria y otros países. Los socialistas italianos –que fueron los propulsores de la Conferencia de Zimmerwald y que tenían mucha influencia en el núcleo fundacional del Partido Socialista Internacional de la Argentina– tuvieron una posición centrista, la de Constantino Lazzari, sintetizada en la consigna “Ni adherir ni sabotear” a la guerra imperialista, posición que se iría diferenciando en una derecha y una izquierda. Esta última, liderada por Giacinto Serratti, se aproximaría a Lenin en la reunión de Kienthal, realizada un año después. Recordemos que la izquierda de Zimmerwald fue liderada por Lenin (a quien apoyaron Zinoviev y Radek) y el centro era liderado por Kautsky. Trotsky, que redactó el manifiesto final, se colocó en el medio de las tendencias en debate.

“Los internacionalistas argentinos al incorporarse, posteriormente, a la Internacional Comunista, adhirieron formalmente al leninismo; pero la esencia de la mayoría de sus componentes (entre otras cosas por el peso que tuvieron los elementos centristas en la integración del nuevo partido) **fue kautskista**.”¹³ Esta fue la razón principal para que el nuevo partido, como lo reconoce el *Esbozo de historia del PC*, tuviese grandes dificultades para adquirir el dominio de las principales tesis leninistas. Especialmente las referidas al Estado y a la teoría de Partido. Cuando hablamos del

kautskismo predominante en la dirección del nuevo Partido nos referimos especialmente al olvido del principio básico de la teoría de Marx y de Engels: la inevitabilidad de la revolución violenta para sustituir al Estado burgués por el Estado proletario. Aquella concepción kautskista de la lucha por el socialismo fue propia del “núcleo” del nuevo Partido al que se refiere Rodolfo Ghioldi; núcleo que él integró con José Penelón (hasta 1928) y con Victorio Codovilla (hasta el fin de su vida).

Los primeros dirigentes

En un reportaje que Rodolfo Ghioldi dio a Emilio Corbière dijo que “El proceso en el que se desarrolló la tendencia de izquierda dentro del Partido Socialista, arranca a principios de la década del 10” y que ellos “constituían un grupo juvenil numeroso”, apoyados por “algunos veteranos militantes”.¹⁴ Hubo un núcleo inicial de izquierda que enfrentó al justismo, liderado por José Penelón, miembro del Comité Ejecutivo del Partido Socialista. José Penelón fundó en 1912 el “Centro de Estudios Sociales Carlos Marx” y fue uno de los editores, junto con otros jóvenes y obreros, a mediados de ese año, del periódico *Palabra Socialista* que, “en desacuerdo con el pensamiento del teórico socialista alemán Bernstein”, enfrentó a la tendencia revisionista del marxismo de la dirección del PS.¹⁵ José Grosso, Emilio González Mellén, Martín Casaretto y otros fueron miembros del comité redactor del mismo.¹⁶ Penelón fue dirigente, desde 1914 a 1917, del Comité de Propaganda Gremial (con Luis Miranda y Emilio González Mellén como secretarios generales). Este Comité constituyó 12 organizaciones sindicales y en 1917 tenía 16.671 socios.¹⁷ El Comité de Propaganda Gremial –y Penelón en particular– dieron batalla al reformismo de la dirección del Partido Socialista, que concebía al movimiento sindical como algo autónomo y ajeno al partido. José Penelón –quien llegaría a ser el dirigente máximo del nuevo partido y director de su órgano de prensa *La Internacional*– planteaba que el partido debía participar intensamente en el movimiento obrero.

Otros dirigentes principales de la oposición de izquierda a la

dirección del PS fueron Juan Ferlini, Alberto Palcos, Juan Greco, José Grosso, Pedro Zibecchi, Carlos Pascali (quien presidió el Tercer Congreso Extraordinario del PS derrotando a Juan B. Justo) y Aldo Cantoni.¹⁸

En el primer núcleo de dirección del PSI tuvo un papel destacado Luis Recabarren, primer secretario general. Juan Ferlini, escritor y poeta, dirigió el periódico *Adelante*, de las Juventudes Socialistas, que reprodujo el Manifiesto de la Conferencia de Zimmerwald. José Penelón y Juan Ferlini eran miembros, antes de la ruptura orgánica de enero de 1918, del Comité Ejecutivo del Partido Socialista. Alberto Palcos, que en la ruptura con el Partido Socialista tuvo una posición centrista, esperanzada en un acuerdo con la dirección justista, era un intelectual prestigioso que dirigió, en 1917, la revista teórica del Partido Socialista Internacional, la *Revista Socialista*, y fue el subdirector inicial de *La Internacional*. José Grosso era el primer suplente del Comité Ejecutivo del PS; y José Penelón, Manuel González Maseda, Pedro Bengut y Francisco Docal integraron la dirección de la FORA del X Congreso. Otros fundadores destacados fueron: Nicolás Di Palma –miembro de la oposición socialista desde 1912–, quien sería un gran propagandista del nuevo partido en el interior; Pedro Romo, miembro del Comité Ejecutivo en el Segundo Congreso del Partido y secretario general durante varios años, y Juan Greco –presidente del II Congreso de las Juventudes Socialistas y secretario general del Comité Pro Defensa de las Resoluciones del III Congreso Extraordinario del Partido Socialista– que sería, también, secretario general del PSI durante un período. Miguel Contreras, obrero tapicero, y Pablo López, obrero gráfico, fueron fundadores del nuevo partido en Córdoba. Rodolfo Ghioldi y Victorio Codovilla eran miembros de la Federación de Juventudes Socialistas. Victorio Codovilla fue electo como suplente del primer Comité Ejecutivo del Partido Socialista Internacional con 224 votos, frente a los más de 600 que tuvieron Ferlini, José Grosso, Aldo Cantoni y Guido Cartey.¹⁹

Setecientos sesenta y seis afiliados del PS (cifra que da el *Esbozo...*), expulsados del mismo, representando a veintidós centros, fueron los que fundaron el Partido Socialista Internacional.

El Primer Congreso fue presidido por José Penelón; fueron vicepresidentes del mismo Juan Pereyra y Aldo Cantoni y secretarios Rodolfo Schmidt y Atilio Medaglia. El primer Comité Ejecutivo del nuevo partido quedó integrado por Luis Recabarren, secretario general; Guido Anatolio Cartey, secretario de actas; José F. Grosso, tesorero, y como vocales: Juan Ferlini, Arturo Blanco, Aldo Cantoni, Pedro Zibecchi, Carlos Pascali, Alberto Palcos, José Alonso y Emilio González Mellén. Suplentes: Nicolás Di Palma, Atilio Medaglia, Rodolfo Schmidt, Francisco Docal, Victorio Codovilla y M. Lorenzo Rañó, en ese orden según el número de votos.²⁰ El peso fundamental en ese primer Comité Ejecutivo lo tuvo el grupo centrista. Pocas semanas después del Primer Congreso se publicaron los nombres de los candidatos a diputados nacionales por el PSI: José Penelón, Juan Ferlini, José F. Grosso, Aldo Cantoni, Pedro Zibecchi, Carlos Pascali y Alberto Palcos.²¹

En cuanto a la composición social de los primeros dirigentes, Juan Ferlini era empleado, José Penelón, obrero gráfico; Pedro Zibecchi, empleado; Aldo Cantoni, médico; José F. Grosso, maestro; Alberto Palcos, estudiante; Francisco Docal, empleado telepostal; Atilio Medaglia, maestro; Emilio González Mellén, carpintero; Amadeo Zeme, cortador de calzado; Luis Miranda, fundidor; José Karothy, tenedor de libros; Luis Koifmann, periodista;²² Rodolfo Ghioldi, maestro; Victorio Codovilla, empleado de comercio; Carlos Pascali, ingeniero; Pedro Romo, periodista, había sido peón agrícola en Santa Fe y Córdoba.

Por lo expuesto, la ruptura con el justismo no fue protagonizada por las Juventudes Socialistas apoyadas por “algunos veteranos militantes” —como planteó Rodolfo Ghioldi— sino por un núcleo de militantes y dirigentes del Partido Socialista, principalmente sindicalistas, que se oponían a la línea reformista de la dirección del PS, quienes se apoyaron en el Comité de Propaganda Gremial, en algunos intelectuales prestigiosos del partido y, principalmente, en las Juventudes Socialistas. Sucedió, sí, que todos ellos, en su enorme mayoría, eran jóvenes. En el congreso fundacional predominaba “casi en absoluto el elemento joven”, escribió el cronista de *La Razón* el 5/1/1918. Su líder, José Penelón, era veinteañero. Rodolfo Ghioldi y Victorio Codovilla, que

tenían en ese momento 20 y 23 años respectivamente, jugaron un rol secundario en el núcleo fundacional, como lo demuestra el número de votos que tuvieron para integrar la dirección en el Primer Congreso del nuevo partido. Tanto el *Esbozo de historia del Partido Comunista* como otras publicaciones de ese partido adjudican a ambos dirigentes en la fundación del PSI un rol que no tuvieron. Esto lo demostró, acabadamente, Jordán Oriolo en su libro *Antiesbozo de la historia del Partido Comunista*.²³

Es importante tener en cuenta la composición social predominante en el viejo Partido Socialista. La influencia sindical del PS, en la década del 10 al 20, era débil. Y se debilitó más aun luego de la ruptura con los internacionalistas. En 1920, antes del Congreso de Bahía Blanca donde se produjo la ruptura con los “terceristas” (que reclamaban la adhesión a la Tercera Internacional), sobre 3.808 afiliados que tenía el PS en Buenos Aires sólo 1.141 estaban sindicalizados y 1.726 pertenecían a la clase media (empleados, profesionales, comerciantes, estudiantes, etc.). Luego de ese congreso, de 4.300 afiliados que tenía el partido en todo el país sólo quedaron 2.400.²⁴

El Partido Socialista Internacional se desgajó del tronco de aquel Partido Socialista en el que eran pocos los militantes obreros y, entre éstos, predominaban los criollos, pero no los más explotados. En lo fundamental, estos últimos constituían la base social del anarquismo. El Comité de Propaganda Gremial, ligado al PS e instrumento, luego, de la influencia sindical del Partido Socialista Internacional, agrupó, como dijimos, a 12 sindicatos y 16.671 trabajadores, pero su influencia principal estaba en la Federación Gráfica Bonaerense –de la que eran dirigentes José Penelón y Luis Recabarren– y algunos sindicatos chicos (confiteros, peluqueros, empleados de comercio, sastres, municipales, obreros de la dirección del puerto –donde crearon un sindicato que llegó a tener 2.254 afiliados–, empleados de correo, mozos y cocineros de a bordo, tranviarios, algunos pocos textiles, etc.).²⁵ Al calor del entusiasmo despertado por la Revolución Rusa, el futuro Partido Comunista iba a ganar a sectores considerables de obreros extranjeros –principalmente eslavos, judíos e italianos– que le permitirían, luego de algunos años, penetrar en los

gremios de la carne, textiles, metalúrgicos, de la construcción y en el petróleo.

Las concepciones iniciales

Cuando señalamos el carácter kautskista del núcleo inicial que dirigió al PSI y luego al PC, nos referimos a la tendencia predominante en el mismo. Tanto Rodolfo Ghioldi como Victorio Codovilla subrayan que no eran leninistas. Ya vimos que desconocían el pensamiento filosófico leninista, por lo que tuvieron grandes dificultades para enfrentar a las concepciones positivistas que arrastraba la mayoría de los cuadros provenientes del socialismo. Y tenían concepciones contrarias a las marxistas-leninistas en el tema del Estado, el imperialismo y la revolución, en la cuestión de la hegemonía proletaria en la revolución democrático-burguesa y respecto a la tesis de Marx y Engels sobre la revolución ininterrumpida. El núcleo dirigente inicial era profundamente sindicalista y parlamentarista.

Estaba planteada la tarea de integrar el marxismo-leninismo a la revolución argentina y, para ello, debían recuperar la doctrina que había sido deformada, o directamente negada, por los revisionistas del socialismo, y tenían que revolucionarizarse y reorganizarse de acuerdo con esto.

Señala con razón Emilio Corbière que los dirigentes del PSI “no actuaron –según se cree equivocadamente– al influjo de la Revolución Rusa, transportando mecánicamente una experiencia vivida en otro país, al nuestro”.²⁶ Pero sí abordaron el estudio de esa experiencia desde las concepciones filosóficas y teóricas que tenían.

Como vimos anteriormente, hubo dos ideas sobre lo que debía ser la Internacional Comunista: una quería un partido mundial, centralizado, legal y clandestino, que preparase la revolución mundial, y privilegiaba –por eso– a los cuadros que trabajaban para el enfrentamiento revolucionario, los revolucionarios profesionales (esta idea, de Lenin, recién se impondría en el Partido Comunista de la Argentina, a impulso de la Internacional, luego de 1925); y hubo otra concepción que sólo aprobaba la coordina-

ción de acciones a nivel internacional, privilegiaba la labor legal y daba preponderancia a sus parlamentarios y publicistas. No es casual que la primera ruptura del núcleo inicial del Partido Socialista Internacional se produjese con la negativa de Juan Ferlini a aprobar las 21 condiciones de la Internacional Comunista.

A poco andar se separaría también Alberto Palcos. Fue una ruptura importante del núcleo inicial. Palcos planteó el regreso al Partido Socialista. Para ubicar su ideología recordaremos que, con motivo de la muerte de Lenin, en 1924, escribió un artículo en *Crítica*, al que ya nos referimos en el capítulo IV, al hablar de la polémica con los “terceristas”. Allí elogiaba al laborismo inglés y su método democrático para “países civilizados”, comparándolo a los bolcheviques, y su método violento para países “atrasados o bárbaros”.²⁷

En el primer tomo de esta obra nos referimos a los principales afluentes que confluyeron en el Partido Socialista Internacional y en el joven Partido Comunista. Su análisis nos permite definir las concepciones que predominaban en el nuevo Partido. Allí mencionamos a los jóvenes socialistas y a los activistas gremiales del Comité de Propaganda Gremial; a los dirigentes que José Ratzer llamara “los grandes viejos” del ’90, como Augusto Kühn, quien fuera redactor de *El Obrero* y de *Vorwärts*, Germán Müller, Guillermo Schultze, quienes fueron adhiriendo al Partido entre 1917 y 1920. Carlos Mauli se incorporó más adelante, con los llamados “terceristas”, luego del congreso que éstos realizaran en febrero de 1921. Conviene recordar que los “terceristas” constituían un grupo heterogéneo, con un gran sector vacilante y oportunista arrastrado a la izquierda por el auge del movimiento de masas. Y en cuanto a los “grandes viejos”, aquellos organizadores de la corriente socialista del ’90 junto con Germán Avé Lallemand, recuerdo que Orestes Ghioldi decía que los jóvenes socialistas los respetaban por lo que habían sido, pese a que “decían cosas muchas veces incorrectas”. El no indicaba cuáles. Nosotros podemos afirmar –por lo que se conoce de sus principales exponentes– que algunos tuvieron, históricamente, posiciones de izquierda, y otros concepciones de tipo socialdemócrata, semejantes a las que predominaron en el inicio del PC.

El *Esbozo de historia...* destaca la posición de apoyo a la Revolución Rusa que tuvo, desde su inicio, el sector de los intelectuales del sindicalismo revolucionario: Julio Arraga, Emilio Troise, Aquiles Lorenzo, Bartolomé Bosio, entre otros. Muchos de ellos, a partir de 1930 se acercarían al PC.²⁸

La lucha de líneas en la IC

La lucha de líneas en el Partido Comunista de la Argentina tuvo su propia dinámica, pero, como sección de la Internacional Comunista a partir de diciembre de 1920, fue parte, a la vez, de la lucha de líneas en el seno de la IC. Por otro lado en ésta repercutía, lógicamente, la lucha de líneas que se daba en el PC(b) de Rusia, que era el partido más importante de la IC: dirigía la única experiencia de construcción del socialismo y tenía, además, por su historia, por su fuerza y por su nivel teórico, un peso enorme en la Internacional.

Para facilitar el análisis podemos dividir la historia de la Internacional Comunista en diferentes períodos, tal como lo hizo su VI Congreso en 1928. Al período de auge revolucionario de posguerra siguió uno de estabilización relativa del capitalismo mundial y luego, el llamado “tercer período”, de un agravamiento de las contradicciones del capitalismo que, pronosticado en 1928 por algunos dirigentes de la IC, tuvo una estruendosa confirmación en la crisis de 1929 y la tormentosa década del 30. Década en la que se produciría un nuevo ascenso del movimiento de masas, simultáneo con el crecimiento del fascismo. Se abriría, luego, un cuarto período con el VII Congreso en 1935 y la política de frente único antifascista, que transformó a la IC en el centro de un formidable movimiento mundial antifascista y la convirtió en una verdadera potencia mundial.

Otra periodización, útil para el objetivo de este libro, podría ser la que divide esa historia en dos etapas: la década del 20 y los años en vida de Lenin, y los posteriores a su muerte.

El primer período –en vida de Lenin– cubre los cuatro primeros congresos de la IC.

El I Congreso de la IC, del que ya hablamos en el capítulo se-

gundo, giró en torno a si fundar o no la Internacional y las características que debía tener: ¿un partido revolucionario mundial, centralizado, o un centro de coordinación de partidos comunistas relativamente autónomos?

En el Congreso hubo unanimidad –con una sola abstención– para la fundación de la IC. Pero esa abstención perteneció al único delegado extranjero con mandato, el delegado alemán, Eberlein. En Rusia acababa de triunfar la insurrección y el país estaba en plena guerra civil, aislado y hambriento. El Partido Comunista de Rusia venía de enfrentar dos grandes luchas de líneas: una, cuando se debió vencer la oposición de Kamenev y Zinoviev a la insurrección, oposición que bordeó la traición al Partido, y otra, cuando la firma de la paz de Brest-Litovsk, que fue una “retirada” de la revolución, como dijo Lenin. El problema campesino fue esencial en ambos casos para determinar la táctica leninista: en el primero porque el apoyo campesino era fundamental para tomar y consolidar el poder y, en el segundo, porque los campesinos votaban contra la guerra, abandonando las filas y volviendo a las aldeas.

El II Congreso de la IC, que se inauguró el 17 de julio de 1920, en Petrogrado, fue pensado como un congreso contra la derecha y el centro. Se pidió a los partidos adheridos que cambiaran el nombre y aceptaran las 21 condiciones que aprobó ese congreso, como base para adherir a la IC. Las 21 condiciones de admisión a la IC hacían blanco en los reformistas y el centro.

En el II Congreso de la IC se trató, por primera vez, el tema de los países coloniales, semicoloniales y dependientes y se discutió un *Primer esbozo de tesis sobre el problema agrario*, preparado por Lenin, trabajo que orientó por muchos años al movimiento comunista. También en el II Congreso, Lenin pronunció un informe *Sobre la situación internacional y sobre las tareas fundamentales de la IC* que se convertiría en un texto clásico, un ejemplo de la táctica leninista. Escrito en 1920, afirma que “el fundamento de la situación internacional en su conjunto, tal como se nos aparece hoy, son las relaciones económicas del imperialismo”.²⁹ Cincuenta años después, ese informe serviría de modelo táctico al maoísmo ante el surgimiento de la rivalidad de las dos superpotencias

por el dominio del mundo (los EE.UU. y la URSS) y la aparición de lo que se llamó el Tercer Mundo.

En el II Congreso de la IC se discutió también el tema sindical y la cuestión de los consejos obreros y los consejos de fábrica.

El viraje del III Congreso de la IC

El III Congreso de la IC, en junio de 1921, fue un congreso de lucha contra el izquierdismo. En los años posteriores a la Primera Guerra Mundial se vivió un período de auge revolucionario en Europa. Pero la situación cambió a fines de 1920, cuando fracasó la ofensiva del ejército soviético sobre Varsovia. Por lo tanto, seguir considerando en 1921 que estaba próximo el triunfo de la revolución en ese Continente, era una apreciación equivocada. En 1922, en la Conferencia del Comité Ejecutivo Ampliado de la Internacional Comunista, dijo Zinoviev: “[En 1919] la situación estaba madura, o como dijo la camarada Zetkin, ‘más que madura’, pero la socialdemocracia, en el momento decisivo, luchó al lado de la burguesía”. Y agregó: “Durante un año nosotros no lo vimos”. Se habían equivocado, según Zinoviev, porque sobreestimaron sus fuerzas, cuando “en verdad no teníamos partidos comunistas sino grandes sociedades de propaganda en algunos países”; el error había estado en que el movimiento espontáneo de las masas al terminar la guerra era extremo y “lo considerábamos como una fuerza comunista organizada”.³⁰ Este análisis de la situación internacional es clave para entender los vaivenes de la lucha interna en el PC de la Argentina en ese período, cuando surgió, aquí, una corriente de derecha que quiso retornar al viejo Partido Socialista y fue enfrentada, entre otros, por una corriente de izquierda que consideraba que la situación revolucionaria mundial era semejante a la de 1918-1919.

Las secciones de la IC –formadas muchas de ellas al calor y en el propio curso de aquella crisis revolucionaria– no estuvieron en el momento de auge revolucionario previo a 1921 a la altura de la situación. Debían constituir una vanguardia revolucionaria y ganar una influencia decisiva sobre las masas obreras y populares, y debían hacerlo al calor de la propia lucha revolucionaria –y en

un corto período de tiempo— antes de que las clases dominantes y su aparato estatal saliesen de la crisis que las paralizaba. “Resultó que era más fácil romper con los jefes socialdemócratas que liberarse del socialdemocratismo”.³¹ No lograron librarse del lastre socialdemócrata en cuestiones esenciales para el triunfo del movimiento revolucionario, como la importancia de la alianza con el campesinado y las capas medias urbanas, tal como sucedió con la Liga Espartaco, en Alemania; o en Hungría. En esta última, después de haber tomado y defendido el poder, los dirigentes cometieron el error de no distribuir individualmente a los campesinos las tierras de los terratenientes. La burguesía logró aislar a la clase obrera y —aprovechando además la política nefasta de los líderes socialdemócratas que se habían unido al Partido Comunista— liquidó la revolución triunfante.

La conclusión sobre esos primeros años de la IC es que la Revolución triunfó solamente donde hubo una vanguardia sólidamente organizada, es decir, en Rusia. Una vanguardia que, acumulando un profundo conocimiento científico de la doctrina marxista y de la realidad internacional y rusa, supo trazar una estrategia y una táctica revolucionarias que se correspondieran con la realidad a la que debían ser aplicadas.

Esos primeros años de la IC, pasado el momento de auge revolucionario, fueron de dura lucha interna en Rusia. Lenin, en su famoso artículo “La importancia del oro ahora y después”, escrito en noviembre de 1921, planteó que “lo nuevo para nuestra revolución en el momento actual es la necesidad de encontrar un método de acción reformista (...) en lo que se refiere a los problemas fundamentales de la construcción económica”, lo que suscitaba, entre los amigos de la revolución “cierta (...) incompreensión”.³²

Había terminado, en Europa, la oleada de auge revolucionario posterior a la Primera Guerra Mundial. El movimiento comunista había tenido una etapa de rápido crecimiento a través de la escisión de los partidos socialistas. El método usado había sido el de la propaganda del programa revolucionario (revolución socialista mediante la lucha armada y dictadura del proletariado en forma de soviets). La socialdemocracia había sido el blanco principal para ese avance. Pero esa táctica ya no servía ni para conser-

var lo ganado. Las derrotas habían desanimado al proletariado que estaba sumamente dividido. Había sido derrotado porque los partidos comunistas eran, como escribió el comunista húngaro Mathías Rakosi, “más bien una tendencia que una organización capaz de tomar la dirección de la lucha de clases”.³³

Mientras se esperaban nuevos combates revolucionarios había que “reconstruir y fortalecer nuestras organizaciones y conquistar las posiciones de los reformistas mediante un trabajo tesonero en el seno de las organizaciones obreras”.³⁴

En esta situación el III Congreso de la IC lanzó la consigna: “**¡Id a las masas!**” y discutió la táctica, línea o política del Frente Unico, que apuntaba a la reunificación del movimiento obrero mediante la colaboración de los partidos comunistas con las organizaciones socialistas, sindicalistas, reformistas y los sindicatos cristianos, para realizar acciones defensivas frente a la ofensiva capitalista. Después de cuatro años de hambre y de ruinas, las masas trabajadoras europeas, dijeron, no tenían apuro por subir a las barricadas. Necesitaban un descanso. El III Congreso fue un viraje en la política de la IC. No se podía organizar el asalto contra la sociedad burguesa y, como dijo el dirigente ruso Karl Radek, había que “preparar y entrenar las fuerzas que darán ese asalto un día”.

En el III Congreso también fue uno de los temas centrales la Carta Abierta de los comunistas alemanes. Estos, luego de la unificación del Partido Comunista de Alemania (KPD) con el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD), conscientes de que ya no podían atraer a nuevos sectores obreros con el viejo método, habían enviado el 7/1/1921 una Carta Abierta a los demás partidos obreros y a los sindicatos, haciendo un llamado a acciones conjuntas por las reivindicaciones inmediatas de los obreros y trabajadores. Hubo muchas cartas abiertas de los comunistas a los socialdemócratas, pero, escribió Hájek, “sólo una se escribe con C mayúscula”.³⁵ La Carta suscitó una oposición brutal de muchos comunistas. No es extraño, puesto que en la mayoría de los partidos se desplegaba una dura lucha con los elementos centristas y de derecha.

Tres hechos importantes

El debate del III Congreso se dio en el marco de tres hechos de gran importancia para el movimiento comunista. El primero fue la ruptura del Partido Socialista Italiano, en el congreso de Livorno, en enero de 1921. El PSI era un gran partido. Tenía 200 mil afiliados y dirigía sindicatos con 2 millones de afiliados. Tenía 156 diputados y su diario tiraba 300 mil ejemplares. Era el partido más grande de Italia. Ingresó en el año 1919 a la IC. La minoría de izquierda dividió al PS, porque Giacinto Menotti Serratti (que había combatido por la adhesión del PSI a la IC), con el apoyo de la mayoría del Congreso, se había negado a expulsar del Partido a los elementos reformistas del grupo de Turati, tal como lo exigía la IC. Con el apoyo de Zinoviev y la dirección de la IC esa minoría de izquierda fundó el Partido Comunista de Italia. Este se quedó con la cuarta parte, aproximadamente, de la fuerza del PSI (en el congreso de los sindicatos tuvo 433 mil votos contra 1 millón 436 mil de los militantes que se quedaron en el PSI). Se abrió con este hecho un gran debate en el movimiento comunista mundial: para algunos esa posición de la izquierda había sido correcta; para otros no, porque Serratti y la mayoría del Congreso socialista reconocían a la Internacional Comunista; y, para muchos, la política de la izquierda italiana era la fórmula mágica para terminar con los centristas.

El segundo hecho de gran importancia fue el fracaso del levantamiento insurreccional en Alemania, conocido con el nombre de la “Acción de Marzo”.³⁶ De la defensa de ese levantamiento surgió en la IC la llamada “teoría de la ofensiva”, que sería sostenida a ultranza en el III Congreso por los “izquierdistas”. Allí se enfrentaron los defensores de la línea del Frente Único y los partidarios de la “teoría de la ofensiva”. Esta teoría se basaba en una valoración equivocada de la situación global: no registraba el reflujo de la oleada revolucionaria. Sus partidarios pensaban que la lucha por los intereses cotidianos de las masas trabajadoras era materia de los sindicatos y no del Partido. Esta posición tuvo seguidores en la Argentina y llegó a ser mayoría en el PC durante todo un período. Lenin se opuso a esta línea y defendió firmemente la táctica del

Frente Unico. En 1922 dijo que en ese Congreso “me encontré en el flanco de la extrema derecha” y que estaba “convencido de que era la única posición acertada”.³⁷

El tercer hecho determinante en el III Congreso de la IC fue el agotamiento de la política de “comunismo de guerra” en Rusia y su reemplazo por la Nueva Política Económica (NEP). Rusia vivía el momento del desastre económico y se producían grandes rebeliones campesinas. La política del comunismo de guerra se tornó insostenible. La moneda rusa tenía un valor infinitesimal: un kilo de centeno costaba algo así como 400 mil rublos. Se produjo la rebelión de los marineros de Kronstadt, un viejo baluarte de la revolución socialista, exigiendo la libertad para todos los partidos socialistas, libertad de prensa y de expresión para los obreros y campesinos, elección de los soviets por sufragio directo y secreto. La rebelión fue aplastada por los bolcheviques. En el X Congreso del PC de Rusia se aprobó la línea de la Nueva Política Económica, que implicó grandes concesiones a los campesinos ricos y a la burguesía. En el partido ruso surgió la Oposición Obrera, cuyos jefes eran Alexandra Kollontai y Chliapnikov. A pedido de Lenin el Comité Ejecutivo de la IC escuchó a esa oposición, conoció sus planteos y se pronunció sobre ellos.

La situación global “era caldo de cultivo para la tendencia de izquierda de la Comintern” cuyo foco estaba “en el buró restringido del Ejecutivo de la IC”.³⁸ Dos de los delegados del PC de Rusia al Comité Ejecutivo de la IC, Zinoviev y Bujarin, se inclinaban hacia la “teoría de la ofensiva”. Lenin, Trotsky y Kamenev se ubicaban a la derecha de la delegación rusa. Lenin hizo pesar la disciplina de Partido para aprobar las tesis que planteaban la táctica del Frente Unico. Lenin fue sumamente crítico de la “Acción de Marzo”, aunque era cuidadoso de las críticas públicas a la misma. El debate se dio en el mismo Congreso. La delegación rusa centraba su opinión en la necesidad de los partidos comunistas de ganar a la mayoría de la clase obrera, y era enfrentada por las delegaciones de los partidos comunistas de Alemania, Austria e Italia, entre otras. El delegado italiano Umberto Terracini planteó que no era necesario, en absoluto, ganar a las masas, dado que “lo único importante” era que los partidos comunistas fueran capa-

ces “de arrastrar a las masas en el momento de la lucha”.³⁹

Lenin llamó a estas opiniones “boberías de izquierda” y señaló que no se podía hacer un deporte de la lucha contra los centristas, puesto que “ahora tenemos ante nosotros problemas más importantes que hostigar a los centristas”.⁴⁰ Dijo secamente: “El camarada Terracini siempre repite, como al inicio, que el problema de la escuela preparatoria consiste en desgajar, perseguir y desenmascarar a los centristas y semicentristas. Muchas gracias, nos hemos ocupado ya bastante de esta tarea”.⁴¹

El ala “izquierda” –en los partidos y en el Ejecutivo de la Internacional– consideró que el **objetivo** de la táctica del Frente Único era desenmascarar a los reformistas. Como dijo Albert Treint, del PC de Francia, era una táctica “para desplumar al pollo”. Para Lenin, en cambio, era la línea necesaria para ganar la confianza de las masas trabajadoras influenciadas por la socialdemocracia, en un período de reflujo del movimiento revolucionario en el que esas masas buscaban una unidad fuerte para oponerse a la ofensiva del capital. Lenin ya había practicado la política del frente único con los mencheviques en distintas oportunidades, entre 1905 y 1917.

La “táctica” del Frente Único

El III Congreso, luego de una ardua discusión, aprobó esta línea por 19 votos a 3, y lanzó la consigna “Id a las masas”. La IC planteaba, como condición imprescindible para el frente único, que los partidos comunistas mantuvieran su independencia y tuvieran derecho a crítica.

Las resoluciones del III Congreso serían duramente resistidas por los partidos comunistas de Alemania, Italia (donde Amadeo Bordiga rechazó la política de Frente Único con el apoyo inicial de Gramsci y sus compañeros de Turín), Francia, España y Polonia. Además, en el seno del Comité Ejecutivo de la IC surgieron posiciones –como la de Bujarin– que limitaban la línea de Frente Único concibiéndola como “táctica” y no como “programa”. Si era sólo una “táctica” (aunque en el vocabulario comunista de entonces, influenciado aún por la socialdemocracia, no eran muchos

los que distinguían entre táctica y estrategia) se la podía cambiar en 24 horas. Ante la objeción de Radek, Bujarin la planteó, luego, como “estrategia”. En definitiva se la denominó la “táctica” del Frente Unico. La impugnaron también quienes la creían válida sólo para los partidos desarrollados, por temor a que los pequeños partidos terminasen disueltos en el reformismo.

En la Argentina, *La Internacional* –dirigida por Rodolfo Ghioldi– editorializó sobre la táctica del Frente Unico el 11/3/1922 y el 9/4/1922 con opiniones contrarias a la misma. Esos editoriales se escribieron antes de que el Comité Ejecutivo del Partido tratase el tema. El 15 de abril de ese año lo trató, con la presencia de 13 miembros y la posición de Rodolfo Ghioldi, crítica de la nueva táctica, tuvo 10 votos.⁴² En un acto público, realizado en el salón Augusteo el 1/6/1922, Rodolfo Ghioldi dijo que en Europa “el problema del frente único surge (...) lógicamente de una realidad trágica y dolorosa; son las masas proletarias las que exigen la suma de todos los esfuerzos contra la ofensiva capitalista”. Pero, agregó, “¿La Argentina se halla en la misma situación? Basta examinar un poco el asunto para comprender que no ocurre lo mismo”. Centraba su argumentación en que los socialistas no dirigían, aquí, organizaciones sindicales importantes ni tenían en sus filas a muchos trabajadores. Según Ghioldi, “difícilmente cuentan con más de 3.000 miembros, de los cuales la mayoría no son obreros” y preguntaba: “¿qué conquista de masas obreras se pretendería haciendo con él el frente único? Se trata de un partido de pequeños burgueses, tanto en la ciudad como en el campo”.⁴³

Por otro lado, la derecha tomó la táctica del Frente Unico para reemplazar la táctica revolucionaria por la reformista y por los métodos pacíficos.

Pero la forma más clara del boicot a la línea del Frente Unico fue definirla como una maniobra táctica, una maniobra –diría Zinoviev a la muerte de Lenin– para desenmascarar a los dirigentes socialdemócratas y aplicarla “sólo por abajo”. Sin embargo, en vida de Lenin, Zinoviev había apoyado la línea del Frente Unico y había polemizado con los izquierdistas: “Las masas están ligadas a los jefes. La dificultad es separarlas de ellos. Nosotros examinamos **cómo** hacerlo. Y Uds. dicen: ‘sí, bien, nosotros queremos

colaborar con las masas, pero no con los jefes'. Queriendo ignorar la dificultad Uds. no la suprimen".⁴⁴

En la Argentina, en 1924, refiriéndose a la posible revolución alemana, dijo Rodolfo Ghioldi: "No hay ni puede haber revolución proletaria alemana si no se pulveriza a la socialdemocracia, 'última reserva' de la contrarrevolución. Ese es el principal enemigo". Y señaló que la táctica del Frente Unico era para ganarle cada día nuevos miembros a la socialdemocracia trabajando con las bases de ésta, a pesar de los jefes, y destruyendo también "a la izquierda socialdemócrata".⁴⁵

Otro debate, reflejado en opiniones que aparecieron durante años en el periódico del PC de la Argentina, giró en torno a si la socialdemocracia era parte de la clase obrera, su ala derecha, y como tal debía ser apoyada por la izquierda frente a la burguesía, siendo imprescindible la unidad con ella frente al fascismo en ascenso; o si era, en realidad, "el ala izquierda de la burguesía" (como dijo Togliatti en 1924); el "ala izquierda del fascismo" (como diría Zinoviev en el V Congreso de la IC), o bien, como dijo después Stalin, "más peligrosa que el nazismo".

El III Congreso avanzó, también, en la formulación de **consignas de transición** como el control de la producción o la de gobierno obrero, buscando una consigna de unidad con la socialdemocracia, ya que ésta no aceptaba la dictadura del proletariado. En Alemania, se apoyó a gobiernos regionales socialdemócratas, y se revalorizó la lucha democrática y parlamentaria con planteos que bordearon la formulación de la vía pacífica para acceder al poder. La cuestión del gobierno obrero, como transición a la dictadura del proletariado, abrió un debate que renacería en la década del 30 con la política de los frentes populares antifascistas. ¿El gobierno obrero sería un "seudónimo de la dictadura del proletariado", como planteó Zinoviev, o sería posible un largo período de transición con un tal gobierno, una etapa intermedia en el camino hacia la dictadura del proletariado, como plantearon otros? ¿O acaso sería una forma de aproximación a la dictadura del proletariado, como planteó Lenin en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*?

La idea de la unidad de acción encontró un eco favorable en las

grandes masas obreras. Los socialistas franceses, en noviembre de 1921, se pronunciaron a favor de una reunión de las tres Internacionales. Las tres Internacionales (la Segunda, la “Segunda y media” –de la Comunidad Vienesa del Trabajo– y la Tercera) se reunieron en Berlín del 2 al 5 de abril de 1922, acordaron preparar un Congreso Obrero Internacional y manifestaciones conjuntas para el 1º de Mayo, una de cuyas consignas sería “Por la Revolución Rusa, por la Rusia hambrienta, por el establecimiento de relaciones políticas y económicas de todos los Estados con la Rusia soviética”. La Internacional Comunista hizo grandes concesiones para llegar a este acuerdo, comprometiéndose a no sentenciar a muerte a ninguno de los 47 socialistas revolucionarios presos por actos contrarrevolucionarios y autorizar la presencia de representantes de la tres Internacionales en el proceso. Lenin escribió un artículo llamado “Hemos pagado demasiado caro”, criticando esas concesiones pero planteando que había que mantener el acuerdo. No era un error grave el que se había cometido para llegar a ese acuerdo. El 23 de mayo de 1922 el Comité Internacional de las tres Internacionales se disolvió. Esto animó a los enemigos del frente único dentro de la IC para intensificar su lucha contra esta línea.⁴⁶

El último congreso con Lenin

El IV Congreso de la IC se inauguró el 11 de noviembre de 1922 y fue el último en el que participó Lenin. En Petrogrado numerosas fábricas habían reanudado el trabajo. Volvían a ellas los obreros que durante cuatro años las habían dejado vacías porque estaban en las barricadas, en la guerra civil, en las calles.⁴⁷ El pueblo comenzaba a comer pasablemente bien. En el quinto aniversario de la Revolución desfilaron 200 mil habitantes de Petrogrado y 500 mil en Moscú.

La situación, sin embargo, seguía siendo difícil en diferentes regiones de la URSS. En enero de 1922, *La Vanguardia*, que hacía una suscripción y organizaba festivales en la Argentina para combatir el hambre en Rusia, publicó el relato de un miembro de la Cruz Roja alemana que había aparecido en el *Vorwärts* de Ber-

lín, sobre la situación en Kazán, capital de la República Soviética de Tartaria. Allí, decía, “se desarrolla el drama más espantoso de la historia. Existen aquí todas las enfermedades: viruela negra, escarlatina, difteria, cólera, escorbuto, tifus de todas las clases, sarampión, erisipela, etcétera... A cinco pasos de nuestro convoy, hacinados en galpones, se encuentran los enfermos, acostados sobre tablones, sucios y helados de frío. Ayer por la mañana sacaron 12 cadáveres descubiertos, de las personas fallecidas durante la noche en los galpones. El aspecto de estos cadáveres, comidos por las ratas, era horroroso”.⁴⁸ En esa misma edición *La Vanguardia* informó sobre la insurrección en Carelia, provocada por el hambre. Muchos años después, V. Molotov diría que “nuestro país ha conocido períodos más duros todavía que los de la guerra [se refiere a la Segunda Guerra]. Hubo momentos en los que nosotros estuvimos al borde del abismo: en los años veinte fue peor”.⁴⁹ Pero, en general, la situación había mejorado en 1922.

El IV Congreso avanzó en la táctica del Frente Unico. Se estimuló a los partidos comunistas a apoyar a gobiernos socialistas y a participar en gobiernos obreros y campesinos contra la reacción capitalista. Esas coaliciones debían tener como objetivo desarmar a las formaciones contrarrevolucionarias y armar a la clase obrera.

En ese Congreso, Lenin y Zinoviev plantearon dos temas que en el futuro tendrían una extraordinaria importancia. Lenin planteó el carácter “casi enteramente ruso” de la resolución del III Congreso relativa a la organización de los partidos comunistas y a los métodos y el contenido de su trabajo. Una resolución, dijo, “rusa hasta la médula, es decir (...) basada en las condiciones rusas”. En esto residía, según Lenin, su aspecto positivo, pero también el negativo, porque era una resolución que “casi ningún extranjero podrá leerla”, ni comprenderla, porque estaba “penetrada por completo del espíritu ruso”, y aunque la comprendieran “no podrán llevarla a la práctica”. Y señaló “a los camaradas rusos como a los extranjeros que lo más importante del período que comienza es el estudio. Nosotros debemos estudiar en general; ellos deben hacerlo en particular, llegar a comprender realmente la organización, estructura, método y contenido de la labor revolucionaria”.⁵⁰

Zinoviev, por otra parte, enfrentó la acusación que se hacía a la IC de ser “un instrumento de la República soviética rusa”. Su-
brayó la estrecha interdependencia que debía existir entre la re-
pública proletaria y la IC que luchaba contra la burguesía: “Como
comunistas consideramos que la IC es evidentemente muy impor-
tante para la Rusia soviética y viceversa. Sería ridículo preguntar
cuál es el sujeto y cuál el objeto. Ellos son el fundamento y el techo
de un solo edificio. Lo que pertenece a uno pertenece al otro”.

Los hechos posteriores demostrarían que la resolución de
este problema sería extremadamente compleja. Progresivamente
se fue consolidando en el Partido ruso una tendencia que lleva-
ba a subordinar la línea política y la organización de los parti-
dos comunistas a las necesidades de la política diplomática de la
URSS. Y, a partir de determinado momento, esa tendencia tuvo
influencia decisiva en el aparato de la IC. La complicada situación
internacional dificultaba mucho poder enfrentar y vencer a esta
tendencia. Porque si bien todos los comunistas aceptaban que era
necesario colocar la defensa de la única república proletaria del
mundo por encima de los intereses particulares de cada desta-
camento nacional del movimiento obrero, esto no era sencillo de
resolver y no siempre se articulaba armoniosamente con las nece-
sidades inmediatas de la lucha de la clase obrera de cada país. Por
ejemplo, cuando en marzo de 1921 se firmó el pacto de amistad
y ayuda del Estado soviético con el líder turco Mustafá Kemal –
pacto que era totalmente lógico desde el punto de vista antiim-
perialista– se abrió un agudo debate en el movimiento comunis-
ta: cuarenta y cinco días antes, los kemalistas habían detenido y
asesinado (estrangulándolos y arrojando sus cadáveres al mar) a
los principales dirigentes comunistas turcos. Otra contradicción
se planteó cuando se firmó el tratado comercial con Inglaterra
–en ese mismo año– con el compromiso de abstenerse de toda
propaganda mutuamente hostil. En particular, la Rusia soviética
declaraba que se abstendría de toda propaganda que pudiese in-
citar a los pueblos de Asia a una acción contraria a los intereses
británicos.⁵¹

También generó gran revuelo el reconocimiento de la URSS
por la Italia fascista, poco después del asesinato de Giácomo Ma-

tteotti. Con este gesto totalmente demagógico, Mussolini, en un momento difícil, acosado por el vasto movimiento de protesta que se inició tras aquel crimen, intentaba dividir a la izquierda. Pero hubo un revuelo aun mayor cuando se conoció la propuesta de Moscú de firmar un tratado de alianza política y militar con la Italia fascista. Miembros del PC de Rusia comenzaron a llamar al Duce “un gran hombre” y lo alababan en artículos que publicaba la prensa fascista.⁵² Para la URSS, bloqueada, era muy importante el reconocimiento de Italia, puesto que ni EE.UU., ni Gran Bretaña, ni Francia, lo habían hecho. Era la primera puerta que se abría en Occidente. Una delegación del PC de Italia, acompañada de Jules Humbert-Droz, fue a discutir a Moscú. Bujarin les explicó que “los intereses superiores de la URSS estaban antes que los intereses de los comunistas italianos”.⁵³ La corriente “izquierdista” fue, en este sentido, aun más extrema: Albert Treint, dirigente del PC de Francia, escribió en 1923 en *L’Humanité* (hablando del Ejército Rojo y su carácter de ejército de clase) que él, al igual que la clase obrera, no reconocía fronteras y podía decir: “Imperialismo ruso, no; imperialismo de clase, sí”.⁵⁴

El 21 de enero de 1924 murió Lenin. Se abrió entonces un período tormentoso para la Revolución Rusa y para la Internacional Comunista.

Argentina

La ruptura con el reformismo

La oposición en el seno del viejo Partido Socialista, como escribió *La Chispa* en 1926, “fue predominantemente internacional y en sus grandes lineamientos marxista (...) era heterogénea en la táctica y en la ideología”. Constituido el Partido, “continuó realmente prosiguiendo idéntico objetivo (...) de allí su propaganda exclusivamente internacional”. Enfocó la lucha nacional con “el criterio y la ideología del viejo Partido” y, en cuanto a la organización, usó “normas democráticas que no eran sino la herencia” del Partido Socialista.⁵⁵

En los primeros años de vida del Partido Socialista Internacional y en sus primeros congresos, se desplegó la lucha de líneas.

Entre una línea de derecha que resistió, primero, la separación orgánica con el Partido Socialista y la constitución de un nuevo partido, y que se opuso, luego, a la adhesión a los 21 puntos de la Internacional Comunista, por un lado, y, por otro, la línea de izquierda, que pugnó por la ruptura orgánica con la dirección oportunista y revisionista del marxismo del PS, para constituir un nuevo partido; un verdadero Partido Socialista, puesto que el que así se llamaba había “expulsado de su seno, deliberada y conscientemente al socialismo”, como escribió *La Internacional*, en el *Llamamiento a los trabajadores* que publicó al constituirse el PSI.⁵⁶ Línea de izquierda que, posteriormente, apoyó las 21 condiciones de la IC.

La línea de derecha apoyaba a la Revolución Rusa pero negaba, en los hechos, la validez universal de algunas de sus enseñanzas. Ya vimos que Alberto Palcos pensaba que esa revolución necesitó de la violencia revolucionaria para triunfar porque Rusia era un país bárbaro, atrasado, asiático y, por lo tanto, sus enseñanzas no eran válidas en Occidente. La línea de derecha tenía mucho peso en el núcleo fundador que venía del Partido Socialista. Este sector era partidario del pacifismo pequeñoburgués en vez de un antimilitarismo revolucionario.

En el Congreso Fundacional del PSI (5 y 6 de enero de 1918), el despacho de la comisión denominada “Declaración de principios, programa mínimo y estatuto” fue redactado por Juan Ferlini, Guido Cartey y José F. Grosso. Guido Cartey es caracterizado por el *Esbozo...* como un “elemento centrista”⁵⁷ porque durante todo el período que va del III Congreso Extraordinario del PS, llamado el “Congreso de ‘la Verdi’” (28 y 29 de abril de 1917)⁵⁸ al Congreso Fundacional del PSI, abrigó “ilusiones respecto a la posibilidad de un acuerdo con la dirección del PS” y formó un “grupo independiente” esperando no ser sancionado por su dirección. En cuanto a Ferlini, si bien integró inicialmente la corriente marxista revolucionaria o internacionalista (como la denomina indiferenciadamente el *Esbozo...*) y aprobó la adhesión a las 21 condiciones de la Internacional Comunista en el Primer Congreso Extraordinario del PSI, luego “defecionó (...) argumentando su oposición a las resoluciones verbalistas” de ese Congreso y fue separado del Par-

tido en febrero de 1921.

El despacho de la mencionada comisión del Congreso Fundamental del PSI propuso adoptar la declaración de principios del Partido Socialista (aprobada en el Segundo Congreso del PS) demostrando que en el núcleo dirigente del nuevo partido predominaba una concepción pacifista, kautskista. Recordemos que la Declaración de Principios estuvo en el centro de un duro debate en el PS. Como ya vimos, en el primer Congreso, en 1896, derrotando a los reformistas, se había aprobado la propuesta de José Ingenieros y Leopoldo Lugones, que concebía el recurso de la violencia como algo **ineluctable** en la lucha por el poder. Propuesta que había sido apoyada por quienes eran, según la denominación de Alicia Moreau de Justo, el “ala marxista del partido”.⁵⁹ Pero en 1898, en el segundo Congreso del PS, triunfó la línea del grupo de Juan B. Justo y cabe recordar también que el párrafo en debate quedó redactado así: “... mientras la burguesía respete los actuales derechos políticos y los amplíe por medio del sufragio universal, el uso de estos derechos y la organización de la resistencia de la clase trabajadora serán los medios de agitación, propaganda y mejoramiento que servirán para preparar esa fuerza. Que por este camino el proletariado podrá llegar al poder político y constituirá esa fuerza, y se formará una conciencia de clase que le servirá para practicar con resultado otro método de acción **cuando las circunstancias lo hagan conveniente**”.⁶⁰ Como se ve, el uso de la fuerza para conquistar el poder se plantea como probable y no ineluctable.

En 1918, el despacho de la comisión del Congreso Fundamental del PSI planteaba: “Nada puede agregarse ni debe restarse a esa admirable pieza dialéctica fundada en el análisis profundo de la evolución histórica, política y económica de la sociedad”.⁶¹ Más aun, el Congreso votó sobre este párrafo –“a fin de evitar la más leve sombra de duda sobre su interpretación, no obstante su admirable claridad y precisión y aleccionados por la experiencia lamentable del viejo Partido, que no lo ha respetado en lo más mínimo”– el siguiente agregado aclaratorio: “Y al aceptar este programa el Partido Socialista Internacional afirma que sus medios de acción serán: 1º) La actividad política utilizada en la calle, en

la comuna y en el parlamento, como función de crítica del actual régimen social y constructiva en todo lo que acelere la evolución económica e implique confiscación efectiva de privilegios e intereses capitalistas. 2º) La actividad gremial, incorporando todas sus fuerzas vivas en el movimiento obrero, para que éste, desviándose del corporativismo cerrado y estrecho, pase a ser poderoso instrumento de conquistas con vistas francas a la finalidad de emancipación del proletariado. 3º) La actividad cooperativa netamente socialista para el consumo y la producción, y que sirva, con parte de los beneficios confiscados a los parásitos de la producción y del consumo (industriales y comerciantes), para fortalecer pecuniariamente el más intenso desarrollo de la acción gremial y de la acción política de clase. 4º) Acción cultural tendenciosa entrañada ya en las actividades enunciadas”.⁶²

El agregado aclaratorio, subrayando la necesidad de unir la lucha gremial a la política y a la cooperativa y cultural, refirma aun más el camino pacífico para la acumulación de fuerzas para la emancipación de la clase obrera y en ningún momento plantea la cuestión de la revolución y de la acción revolucionaria para lograrla. Como señaló la oposición de izquierda (los que luego serían llamados “chispistas”), en esa declaración de principios “se contempla la lucha de clases a través de la lente marxista de la Segunda Internacional en su primer período. Sin caer en el reformismo expresa una concepción estática del desarrollo económico y de la lucha social. Su falla principal consiste en la desestimación de la nueva característica del desarrollo capitalista, que es el período del imperialismo y del bolchevismo”.⁶³

El programa mínimo aprobado por el Congreso Fundacional del PSI está claramente marcado por esas tendencias socialdemócratas, tanto en el terreno político –con puntos que son claramente parlamentarios– como en el terreno agrario, donde se postulan medidas para constituir y proteger la pequeña propiedad sin una perspectiva antiterrateniente y menos aun socialista y sin diferenciar las diversas clases que componen el campesinado; y en el terreno de la lucha antiimperialista, donde no presenta reivindicaciones “ni plantea el modo general de encararla”.⁶⁴

En el Congreso Fundacional del 5 y 6 de enero de 1918 la lucha

entre la corriente de izquierda y la de derecha se expresó en la votación en torno a si fundar o no un nuevo partido. Los representantes de 753 afiliados, a propuesta de Juan Greco, apoyaron formarlo, y 13 votaron en contra, proponiendo esperar la celebración de un próximo Congreso del PS y resolver según los resultados del mismo.

El II Congreso del PSI

El II Congreso del PSI se reunió los días 19 y 20 de abril de 1919. Fue presidido por el cordobés Jacobo Arrieta. El PSI había duplicado sus afiliados y se había extendido al interior del país. Una de las organizaciones más fuertes del Partido, por su composición social y por su participación en las luchas obreras y populares, incluida la universitaria, estaba en Córdoba. El dirigente gráfico Pablo López, el obrero tapicero Miguel Contreras y Miguel Burgas, un joven comerciante de Jesús María –dirigentes del PSI en Córdoba– jugarían un gran papel en la dirección nacional del Partido. Pablo López fue un verdadero patriarca del movimiento obrero cordobés; Miguel Contreras fue secretario general del Comité Provisional de la Confederación Sindical Latinoamericana, reunido en mayo de 1929 en Montevideo, y dirigente máximo de ésta; Miguel Burgas, dirigente de Jesús María, sería, en 1924, el primer diputado comunista de la Argentina y de América Latina.

El PSI también se había fortalecido en la provincia de Santa Fe. Ramiro Blanco, Francisco Mónaco, Francisco Muñoz y Tomás Velles eran sus principales dirigentes.

El II Congreso decidió publicar un informe dirigido a la Internacional Socialista y a todos los partidos socialistas.⁶⁵ Resolvió editar como diario al semanario *La Internacional*. Mediante una colecta (cada afiliado aportaba medio jornal por mes) lograron montar una rotativa importante para la época. *La Internacional* comenzó a salir como diario el 5/8/1921, pero, al poco tiempo, debió volver a su carácter de semanario. Es interesante señalar, para entender el trabajo artesanal de esa época del Partido, que hasta 1926, cuando Nicolás Kazandjieff se hizo cargo de la tesorería del Partido, ésta estuvo unida a la administración del periódico.

La importancia histórica del II Congreso se debe a la adhesión del PSI a la Internacional Comunista. No pudiendo enviar una delegación a Moscú, se decidió mandar al Partido Socialista de Italia para representar al PSI en el Congreso Fundacional de la Internacional Comunista, razón por la cual, como ya vimos en el capítulo II, el PC de la Argentina “ha sido considerado como partido fundador de la IC”.⁶⁶

Se eligió la dirección del Partido, manteniendo el núcleo dirigente fundador: José Grosso, secretario general; Nicolás Di Palma, secretario de actas; Victorio Codovilla, tesorero; Arturo Blanco, Guido Cartey, Atilio Medaglia, José Alonso, Emilio González Mellén y M. Lorenzo Rañó, vocales; Alberto Palcos, director de *La Internacional*; Luis Koifman, administrador; José Penelón, delegado al Congreso Internacional.⁶⁷

III Congreso: la corriente izquierdista es mayoría

En el III Congreso –realizado a partir del 24 de abril de 1920– se produjo la primera discusión sobre el programa del Partido. Influenciada por el clima insurreccional que se vivía en el mundo, surgió una corriente “izquierdista” que se negaba a levantar un programa de reivindicaciones mínimas; consideraban que ésta era tarea de los sindicatos y no del Partido y reaccionaban contra las posiciones socialdemócratas de muchos miembros del nuevo Partido que no habían roto con las concepciones reformistas sobre el Estado. Liderados por Tomás Velles, delegado de Rosario, decían que “debido a la situación revolucionaria mundial, el programa mínimo no tiene razón de ser”. Para ellos, el programa debía hacer una “crítica despiadada del actual régimen social (...) la exposición de nuestro concepto comunista” y una política de “obstrucción sistemática a toda labor constructiva”. Planteaban la necesidad de “preparar al Partido para la revolución”. Era una línea muy semejante a la que levantaba el sector de la Internacional que encabezaba Amadeo Bordiga en Italia. Estuvieron muy vinculados a la dirección del PC de Italia y otros partidos acusados de “verbalistas” por Lenin.⁶⁸

La corriente “izquierdista”, mayoritaria en el III Congreso, en-

frentaba a una poderosa corriente de derecha que había levantado, para las elecciones parlamentarias de 1920, un programa claramente influenciado por concepciones no marxistas sobre el Estado. La corriente de derecha planteaba, como reivindicaciones a exigir en el Parlamento, la abolición de la diplomacia capitalista, la solución de todos los conflictos internacionales por la intervención directa de los Parlamentos y medidas por el estilo. Según los “chispistas”, en el III Congreso del Partido chocaron dos corrientes de orientación: “la una, verbalmente revolucionaria; la otra, prácticamente reformista”.⁶⁹

En la corriente de izquierda, corriente mayoritaria durante varios años, militaron: Angélica Mendoza, dirigente muy prestigiada en el Partido, gran agitadora, oradora brillante;⁷⁰ Rafael Greco, obrero metalúrgico, dirigente del Sindicato de Metalúrgicos, uno de los gremios más importantes que dirigió el PC en la década del 20; Romeo Gentile, también metalúrgico; Mateo Fossa, obrero de la madera; Teófilo González, del calzado; Alberto Astudillo, arquitecto; Cayetano Oriolo, chofer;⁷¹ Modesto Fernández, gráfico; Miguel Contreras, obrero tapicero, y Salvador Loíacono.

En la corriente minoritaria, defensora de la necesidad del programa mínimo, militaban: Rodolfo Ghioldi, Victorio Codovilla, José Penelón, Pedro Romo, José Grosso y Juan Ferlini.

Hubo una corriente centrista encabezada por Alberto Palcos. El III Congreso resolvió la solidaridad con el régimen soviético, la protesta frente al terror blanco en Europa y se pronunció contra la intervención yanqui en México.

En noviembre de 1920 fue elegido el segundo concejal del partido, José Penelón, que tuvo en la Capital 5.061 votos (2.343 votos más que los obtenidos en 1918). El PSI tuvo 3.114 votos en Rosario, contra 2.900 de los socialistas.

I Congreso Extraordinario

Los días 25 y 26 de diciembre de 1920 se realizó el I Congreso Extraordinario del PSI para aceptar las 21 condiciones de la IC y cambiar el nombre del partido (ver Capítulo II).

En este Congreso se enfrentaron nuevamente los llamados

“verbalistas” o “ultraizquierdistas” y el sector de Penelón, Grosso, Ghioldi y Codovilla. Volvieron a ser mayoría los “izquierdistas”.

En el I Congreso Extraordinario se expresó el acercamiento al comunismo de muchos sindicalistas revolucionarios que planteaban su adhesión a la Internacional Sindical Roja, cuyo trabajo de fundación se estaba haciendo en Moscú, y de muchos socialistas –partidarios de afiliarse al Partido Socialista a la Tercera Internacional, por lo que se los llamó “terceristas”– que tuvieron un gran peso en el PS. Los “terceristas” (algunos de cuyos dirigentes editaron la revista *Claridad*) habían tenido 3.656 votos, contra 5.013 de la dirección del Partido Socialista, en el Congreso del PS realizado a fines de 1920, en Bahía Blanca. La corriente “tercerista” realizó un congreso el 26 y 27 de febrero de 1921 y decidió afiliarse sin condiciones al Partido Comunista. Un grupo importante de militantes encabezados por Carlos Mauli, Silvano Santander, Rafael Greco, Orestes Ghioldi, José García y Simón Scheinberg se incorporó al Partido. Como vimos anteriormente, los terceristas eran políticamente heterogéneos y, junto a un sector revolucionario que adhería a las posiciones de la Tercera Internacional, había un sector reformista y centrista que, apenas incorporado al PC hizo bloque común con corrientes oportunistas de derecha, como se expresaría luego en el IV Congreso del Partido. Entre los “terceristas” había también una corriente de izquierda, más próxima al “maximalismo” italiano que a Lenin, como señaló el *Esbozo...*, que iría a reforzar al sector izquierdista del PC. Entre estos izquierdistas estaban F. Nájera, Silvano Santander, José Barreiro, Rafael Greco, entre otros.⁷²

IV Congreso: “Los reformistas estamos vengados”

El IV Congreso del PC tuvo lugar entre el 22 y el 26 de enero de 1922. Lo inauguró Pedro Romo. Banderas rojas, el escudo soviético, un busto de Marx, decoraban el salón. Se cantó *La Internacional*, *Hijo del Pueblo* y *Bandiera Rossa*. Sobre 76 agrupaciones, el día de la inauguración estaban presentes 47. Había también grupos idiomáticos que tenían voz pero no voto. La comisión de poderes quedó integrada por Angélica Mendoza, Silvano Santan-

der, Juan Prieto, Miguel Contreras y Awscholon. La presidencia del congreso recayó en José Penelón con 39 votos (Alberto Palcos tuvo 30). Vicepresidencia: primera, Angélica Mendoza y segunda, Ida Bondareff. Secretarios: Silvano Santander y Juan Prieto. En la sesión inicial se rindió homenaje a Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht y se aprobó una declaración de condena a los asesinatos de la Patagonia.⁷³ A partir de un informe de Pedro Romo, el Congreso debatió el grave problema creado al Partido por la falta de fondos. Se notificó la expulsión de Atilio Medaglia –aprobada por unanimidad– por su actitud ante la última huelga general, y sobre las de Aldo Cantoni y Juan Ferlini.

Rodolfo Ghioldi informó sobre su viaje por Rusia y sus reuniones en la Internacional. Volvió de ese congreso, dijo, muy impresionado por el discurso de Trotsky, quien había planteado que “el capitalismo no tenía ningún medio para reponerse y que estaba viviendo su última hora”. El informe de Rodolfo Ghioldi fue aprobado. Atendiendo el pedido hecho por escrito por la IC, se decidió enviar un delegado permanente al Comité Ejecutivo de la misma.

En este Congreso el debate giró en torno a la política de Frente Unico de la Internacional Comunista. Según Ruggiero Rugilo, “existía el temor de una absorción por el PS” y por eso la mayoría se opuso “no a la idea de Frente Unico sino a la forma en que se planteaba”. A la cabeza de la lucha contra el frentismo “estuvo Rodolfo Ghioldi y la mayoría de los miembros del CC”.⁷⁴ El grupo “frentista” estuvo en completa minoría.

La discusión se polarizó en torno a las posiciones de Rodolfo Ghioldi y de Alberto Palcos. Este y los llamados “frentistas” defendían a fondo la nueva táctica. Ya mencionamos que Rodolfo Ghioldi, desde la dirección de *La Internacional* había editorializado en contra, ni bien se conocieron los informes de Zinoviev y Radek. La línea del Frente Unico había sido tomada con muchos reparos por la mayoría del Comité Ejecutivo del Partido. La posición crítica de Rodolfo Ghioldi había tenido, allí, 10 votos sobre 13. Abierta una consulta a los centros del Partido, seis se pronunciaron contra la línea de Frente Unico.⁷⁵ El Comité Ejecutivo del Partido Socialista, en reunión extraordinaria, el 13/4/1922 había saludado el “acercamiento de las tres agrupaciones internaciona-

les de partidos obreros y socialistas”, al que vio como el “movimiento preliminar de la constitución definitiva de la Asociación Internacional de los Trabajadores para la lucha política”. Pero, aviesamente, en vez de interpretar los acuerdos internacionales como un llamado en favor de la unidad de acción, los consideró como un llamado a la unidad de organización, autorizó a los centros socialistas a admitir libremente en su seno a los ex afiliados que se hubiesen separado del Partido en las disidencias de 1917 y 1921 y a reconocerles la antigüedad correspondiente a su anterior militancia en el Partido.⁷⁶

Alberto Palcos informó en el IV Congreso por la mayoría de la comisión de táctica política. Planteó que la revolución mundial “se ha postergado” y que había que vincular la dictadura del proletariado con “los problemas vitales del pueblo, con los problemas del pan y el salario”. Dijo que había que agitar la dictadura del proletariado “alrededor de problemas concretos”. Que eran necesarias, como había demostrado la Revolución Rusa, “fases transitorias”, “la fase del capitalismo de Estado es inevitable”. Se detuvo en analizar cómo los partidos comunistas europeos “colaboran sin asco con los partidos socialistas reformistas”. Teófilo González le contestó que Palcos había presentado un “programa de acción reformista” y, refiriéndose a las dificultades que tuvo Rodolfo Ghioldi en Moscú para que la Internacional reconociese al Partido, preguntó: “¿Por qué lo reconocieron? gracias a la pureza del programa de acción que se había dado el Partido (...) programa del que ahora hay peligro de desviarse con la táctica preconizada por el despacho de la mayoría”. Acusó al Comité Ejecutivo de haber ocultado ese programa y haberlo saboteado. Luis Koifman, del sector “frentista”, planteó que “se hacen concesiones a las pasiones de las masas (...) los obreros han perdido su entusiasmo revolucionario y hoy escuchan hablar mal de la revolución sin manifestar su protesta, pues la palabra en sí no entusiasmo a los trabajadores”. Y agregó que el concejal comunista, “se ha extralimitado en la oposición sistemática”. Ida Bondareff (que apoyó a los “frentistas”) dijo que “sería ridículo dirigirse a las masas haciendo fraseología revolucionaria (...) el problema fundamental es saber si está vencida o no la revolución (...) como en 1905”.

Se aprobó un estatuto. Se constituyeron agrupaciones sobre la base de 20 adhesiones en la Capital y de 10 en el interior. Los centros remitían la lista de afiliados y los carnetizaban. Existía un Comité Central femenino elegido por las conferencias nacionales de delegadas de centros. Donde había más de cinco centros se constituía una federación. El Comité Ejecutivo del Partido tenía quince miembros y dos comisiones: una administrativa y otra política. El secretario general era parte de ambas. El Comité Central se integraba con el Comité Ejecutivo y un delegado por cada federación provincial.

El nuevo Comité Ejecutivo fue integrado por los más votados: Ramón Suárez (3.040 votos); Rodolfo Ghioldi (2.946); Nicolás Di Palma; Juan Llinas; Alberto Palcos; Teófilo González; Pedro Romo; Luis Koifman; Victorio Codovilla (1.892 votos); Cayetano Oriolo; Aldo Pechini; Juan Greco; Miguel Pastor; Augusto Khün y Guillermo Rugilo (en lugar de Ida Bondareff, que obtuvo más votos pero renunció a integrar el CE).

Como vemos, el IV Congreso tomó nota de los importantes cambios que se estaban produciendo en el movimiento obrero internacional. Al mismo tiempo, la masacre de la Patagonia, pocas semanas antes del Congreso, marcaría el fin de la oleada de ascenso revolucionario comenzada en 1917 en nuestro país. La corriente reformista, engrosada con muchos de los recién llegados del PS del mencionado grupo “tercerista”, pasó a la ofensiva, interpretando la consigna del Frente Único de la Internacional Comunista como la capitulación frente al reformismo.

En el IV Congreso se mantuvo una fuerte corriente centrista, la que, según el *Esbozo...*, conciliaba con la corriente “izquierdista”. La integraban, entre otros, Pedro Romo, que era el secretario general del Partido, y Juan Greco.⁷⁷

El 25 de enero de 1922 *La Vanguardia* había editorializado sobre los cambios de la política de la URSS. Dijo que habían “comenzado a preocupar a los que en diferentes países aspiraban a tomarlos de modelo” y que en el propio congreso del PC de la Argentina, aquí reunido, “ha repercutido ese cambio”. Elogió el informe de Palcos e, hipócritamente, preguntó: “¿Hablar aquí de dictadura del proletariado, cuando la clase trabajadora deja ase-

sinar, sin protesta, a sus hermanos?”. Hipócritamente, porque ya vimos cuál fue la línea del Partido Socialista ante las masacres de la Semana de Enero y la huelga de la Patagonia. Comentando el IV Congreso del PC, escribió *La Vanguardia* el 28/1/1922: **“Los reformistas estamos vengados”**.

Expulsión de los “frentistas”

Los “frentistas”, derrotados en el IV Congreso, se organizaron fraccionalmente: editaron manifiestos y un órgano propio, *Nuevo Orden*. Tomaron contacto con la dirección del PS para acordar la liquidación del PC. Intimidados a disolver la fracción, no acataron la decisión y fueron expulsados del PC. Entre estos expulsados figuraban: Alberto e Isaac Palcos, Silvano Santander, Luis Koifman, Juan Prieto, F. Nájera, Cosme Gjivoje, Pedro Milesi, etc.⁷⁸

Los “frentistas” expulsados del PC enviaron una delegación extraoficial a Moscú para informar al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. La integraron Pedro Presa y Cosme Gjivoje. Informaron que la fracción opositora estaba integrada por 13 entidades: los centros de la 5ª, 7ª, 8ª, 9ª y 19ª de la Capital Federal y las secciones de Avellaneda, Piñeiro, La Plata, Pasteur, Gral. Pintos, grupos de las secciones 10, 11, 12 y 13 de la Capital Federal y la mayoría de la Federación Juvenil Comunista. Formaron un Comité de Relaciones para coordinar su trabajo. En la carta que presentaron al Comité Ejecutivo de la IC señalan que “la causa verdadera” de su expulsión del Partido estaba en la actitud sectaria de la dirección del mismo hacia el trabajo con los socialistas. Recuerdan la actitud “huraña” de esa dirección ante los “terceristas” del PS cuando éste los expulsaba, con lo que esa disidencia se transformó en división cuando pudo haber sido propicia “para desorganizar totalmente al PS”. Critican en esa carta que sólo se los admitiese individualmente en el Partido y que, al hacerlo, se les negase antigüedad partidaria. Subrayan la importancia que tuvo esta división en el PS dado que, luego de ella, el PC pasó de 46 centros que tenía en 1920 a 81 en abril de 1921, el tiraje de *La Internacional* se elevó de 3 mil ejemplares a 8 mil y el número de afiliados, aproximadamente, de 1.400 a 4 mil.

Los “frentistas” atacaron a los encargados de los asuntos gremiales del Comité Ejecutivo del PCA (seis camaradas encabezados por Greco) por haber propuesto una carta orgánica de criterio sindicalista, con el apoyo de Rodolfo Ghioldi y Penelón. Acusaron a Pedro Romo (acusación que sería retomada años después por los llamados “chispistas”), secretario general del Partido, por haber traicionado una huelga del gremio al que pertenecía, acusación que fue comprobada por una comisión designada por el Congreso del Partido, que llegó a la conclusión que Romo “había sido krumiro”. Y acusaron a Romo de haber expulsado luego del Partido a los miembros de esa comisión.

También criticaron (por no dar participación a los sindicatos y la juventud) la labor del Comité Pro Ayuda a los Hambrientos del Volga, que integraban Codovilla, Penelón y Prieto, y el no aceptar puestos de dirección en la Unión Sindical Argentina.

Según la carta de los “frentistas” a la IC, luego de su expulsión a raíz de la “depuración de afiliados” dispuesta por la dirección del Partido, éste entró en crisis en su trabajo sindical y el tiraje de *La Internacional* cayó de 6.500 ejemplares, en marzo de 1922, a 3 mil a principios de septiembre de ese año.⁷⁹

Gjivoje y Presa también censuraban (según se planteó luego, durante la crisis con los “chispistas”) la actitud del Partido Comunista en la cuestión de la huelga de los peones de Santa Cruz. Decían que existía una mayoría reformista en el Comité Ejecutivo.

La ruptura de 1922 fue de tal magnitud que el *Diario del Plata* pronosticaba que llevaría al PC “a una crisis tal que fácilmente puede deducirse su desaparición en el escenario de la lucha yendo la mayoría de sus componentes a integrar las filas del Partido Socialista oficial, dejando así prácticamente establecido el frente único en la República, como lógica consecuencia de la decisión de las Internacionales que tienden al mismo fin”.⁸⁰ La Junta Ejecutiva de la Federación Juvenil Comunista se dividió en una reunión en la que participaron Rodolfo Ghioldi, Alberto Palcos y Nicolás Di Palma. La mayoría del organismo juvenil apoyó a la minoría del Comité Ejecutivo del Partido. Integraron esa mayoría Moisés Kornblit, B. Sierra, José Celano, Francisco Sánchez, C. Gjivoje y Nicolás Cretari. Apoyaron a la mayoría del Comité Ejecutivo del Partido: Enrique

Müller, Antonio Cantor y Carmen Alfaya. El Comité Ejecutivo del Partido desaprobó la resolución de la FJC y decidió medidas disciplinarias. Pero la Junta Ejecutiva de la FJC no reconoció las expulsiones decretadas y expulsó, a la vez, a Müller, Cantor y Alfaya, reemplazándolos por los suplentes: Pesino, Cabrera y Bondareff; trasladó la secretaría de la FJC al centro de la 8ª, en Humberto Primo 2694, y convocó a un Congreso Extraordinario de la FJC. En tanto, el centro partidario de la 8ª (uno de los más numerosos de la Capital) resolvió en asamblea integrar el Comité Pro Frente Único, recién constituido. Lo mismo hizo el Centro del Barrio Piñeiro de Avellaneda, la mayoría de cuyos miembros venían de los “terceristas”. El centro de la 19ª (norte de la Capital) también se desafiló. Otros centros siguieron ese camino y en algunos más el Partido se dividió. Los “frentistas” denunciaron que la imprenta de *La Internacional*, tasada en 80 mil pesos, había sido puesta a nombre de Victorio Codovilla, que era uno “de los que se oponen más encarnizadamente al frente único”.⁸¹

Como vimos, en el IV Congreso se mantuvo la corriente izquierdista. Sus integrantes hicieron frente único con la corriente de Penelón, Ghioldi y Codovilla contra la derecha y, como reconoce el *Esbozo...*, se fortalecieron porque la polémica con los “frentistas”, liquidacionistas del Partido, pareció darles argumentos a favor de su línea de izquierda.

El V Congreso

Para el V Congreso del PCA la corriente izquierdista había crecido. El Congreso se abrió el 23 de julio de 1923 y sesionó durante cinco días. Lo presidió José Penelón, fue vicepresidente primero Cayetano Oriolo y vicepresidente segunda Julia Coral.⁸²

Para el *Esbozo...* el V Congreso fue “un verdadero torneo de oratoria revolucionaria pequeñoburguesa por parte de los elementos izquierdistas”.⁸³

El 23/7/1923 *La Internacional* publicó el “Proyecto de programa de acción inmediata del Partido Comunista”, redactado por la mayoría del Comité Ejecutivo, mayoría que sería minoría en la comisión de programa del Congreso.

El proyecto tiene importancia para comprender el debate de fondo entre las dos corrientes, que abarcaba mucho más que la simple discusión sobre la necesidad o no de una plataforma de acción inmediata.

Para entender ese debate sobre el llamado programa mínimo, hay que tener en cuenta que el llamamiento fundacional del Partido Socialista Internacional criticaba al Partido Socialista porque éste se había convertido, decía, en un partido que se contentaba “con conseguir algunas reformas democráticas” que en algunos países figuraban “hasta en el programa de la democracia cristiana”. Y señalaba que algunas de sus exigencias habían sido defendidas incluso por Manuel Quintana y Roque Sáenz Peña, lo que no debía extrañar porque “el programa mínimo, por sí solo no es nada revolucionario; lejos de ello, consolida y prestigia al régimen burgués (...) el programa mínimo sólo es avanzado y temido por el capitalismo cuando lo anima el espíritu revolucionario del programa máximo que el Partido Socialista ha archivado definitivamente”.⁸⁴

El Proyecto de 1923 de la mayoría del Comité Ejecutivo hizo una valoración del sindicalismo revolucionario, al que consideró una reacción de las capas más atrasadas de la aristocracia obrera europea contra las más privilegiadas. Por eso, decía el Proyecto, tuvo fuerza en Italia, España y Francia. Al separar la lucha política de la lucha económica – agregaba– tenían que caer necesariamente en el reformismo, como cayeron.

En cuanto a la Segunda Internacional, el Proyecto decía que había cumplido su misión histórica al organizar nacionalmente a la clase obrera de los países más importantes. De sus filas habían salido los bolcheviques y la mayoría de los comunistas. Pero había sido incapaz de servir al proletariado cuando el imperialismo capitalista transformó la lucha de la clase obrera en lucha internacional. Así como la Comuna selló la suerte de la Primera Internacional, la Revolución Rusa fue el acta de defunción de la Segunda. El fracaso de ésta no estuvo en tener como programa las reivindicaciones inmediatas, sino en que su programa era el de la aristocracia obrera y no el de las masas más explotadas.

El Proyecto se mete en el debate crucial sobre el momento po-

lítico internacional y dice que “el estado psicológico de las masas después de la Revolución Rusa (...) y la necesidad de la lucha contra el reformismo (...) determinó la concepción errónea de la creencia en la posibilidad de una revolución inmediata”, pero la situación varió y, “aunque la situación revolucionaria subsiste”, la perspectiva de “la revolución mundial no puede ser inmediata”. El programa de acción que tenía el PC “no ha podido hacernos conquistar a las masas”. De aquí la necesidad de la organización y acción del proletariado sobre la base de las acciones inmediatas de los asalariados. No es la masa la que debe acercarse al Partido sino éste el que debe ir a las masas, y para esto “debe colocarse a la altura de éstas, prever sus necesidades, agitarlas (...) y no esperar que la masa se agite para ir a remolque de ellas”.

Cuando se habla de la condición de la clase obrera en la Argentina –dice el Proyecto– se comete el error reformista de ver como tales sólo a las de la Capital y las ciudades importantes del interior (ferroviarios, gráficos, municipales, colonos pequeñoburgueses).

Luego el Proyecto hace un análisis de clase de las distintas corrientes del movimiento obrero argentino. Los socialistas representan a la aristocracia obrera (maquinistas ferroviarios, gráficos, empleados) y a los pequeñoburgueses campesinos. Los sindicalistas revolucionarios (en ese momento llamados “amsterdammers” por su adhesión a la Internacional Sindical de Amsterdam), que “han ido evolucionando de la huelga general a la personería jurídica” representan según el Proyecto la ideología de las capas más bajas de la aristocracia obrera (la Confraternidad Ferroviaria, marítimos, ebanistas de la Capital, gráficos del interior y obreros de algunas grandes ciudades del interior). Los anarquistas – sigue desarrollando– son fuertes en Santa Fe y Córdoba donde convive un desarrollo capitalista con vestigios de una explotación feudal. Son fuertes entre los panaderos, carpinteros y gremios con vestigio de individualismo feudal, y entre los obreros que sufren peores condiciones y no tienen organización estable. Entre los obreros de las grandes explotaciones vitivinícolas de Mendoza disputan los sindicalistas con los anarquistas. En Tucumán, San Juan, San Luis, Santiago, Salta, Jujuy, Entre Ríos, Corrientes, Territorios Nacionales, los trabajadores están sometidos a una explotación

infame, existen formas de producción feudales, se les paga con bonos y viven como los explotados de Africa y Asia.

El Proyecto de programa de la mayoría del CE (repetimos: que fueron minoría en el V Congreso) polemizó con los “izquierdistas”, que decían que en la Capital estaban impuestas las 8 horas, había salarios más o menos altos y la educación revolucionaria del proletariado era “más elevada” que la del proletariado europeo, con lo que, al igual que los reformistas, decía el Proyecto, sólo pensaban en la aristocracia obrera de la Capital y no veían que en Tucumán la masa seguía a un Partido Radical “verista” (por el gobernador tucumano Vera) buscando mejoras; en Jujuy, a los que le habían prometido la tierra.

El Proyecto planteaba como primer punto “el reconocimiento del gobierno y la alianza con la Rusia soviética” y tenía un fuerte tono antiyanqui. Denunciaba la conquista económica de Sudamérica a marcha forzada por el imperialismo yanqui y los empréstitos concertados con él por los gobiernos nacionales, provinciales y municipales que “van haciendo de esta semicolonias inglesa una colonia yanqui”. Señalaba también que la Compañía Nacional de Petróleo (que luego sería YPF) “es una dependencia de la Standard Oil” y las industrias y bancos estaban cada día más en manos de los yanquis, por lo que los comunistas “debemos crear ambiente contra el imperialismo yanqui, sin que nuestra propaganda pueda caer en el nacionalismo”. Decía, además, que había que levantar a las masas a la lucha abierta contra el imperialismo yanqui, “como los comunistas egipcios, hindúes o sudafricanos contra el imperialismo inglés”.

Como segundo punto, el Proyecto planteaba la oposición sistemática a la adquisición de armamentos y a nuevos empréstitos. Y en los siguientes puntos exigía: la semana de trabajo de 44 horas; salario mínimo que cubra las necesidades de la clase obrera; a igual trabajo igual salario; precio máximo de las viviendas; el control e inspección obrera de la producción; derecho a huelga para los obreros de los servicios públicos; reglamentación de precios y distribución de artículos de consumo bajo control obrero; alojamiento y manutención gratuita a los inmigrantes hasta que encuentren trabajo; salario íntegro a los desocupados a cargo de

los patrones y el Estado bajo el control de los sindicatos; oposición a todo gravamen que pesa sobre la clase obrera; aumento progresivo del impuesto a las herencias, a la renta y al capital. Confiscación de toda herencia que exceda de 10 mil pesos. Confiscación de todas las ganancias o rentas que sean superiores al interés corriente sobre el capital invertido o el valor de la propiedad. Participación del Estado con el 51 por ciento de las acciones y por el solo hecho de la concesión en todas las empresas comerciales o industriales establecidas en el país.

Los autores del Proyecto reconocían que no estaban en condiciones de formular un programa agrario que exigía un estudio concreto, y partían de buscar la **neutralización** de las masas campesinas, ya que la agricultura y la ganadería tenían cada vez más “las características de gran explotación capitalista”. Planteaban confiscar los latifundios próximos a los medios de comunicación y transporte, y arrendamiento a los agricultores con un precio mínimo de locación, determinado por comisiones de campesinos.

En cuanto al programa de la minoría del Comité Ejecutivo, que fue mayoría en el Congreso –representada por Teófilo González y Cayetano Oriolo– planteó los tres puntos ya llevados al III Congreso: reconocimiento de la URSS, crítica despiadada al régimen social y exposición de los conceptos comunistas. Su argumento de fondo era la oposición a un programa que ilusionara a las masas haciéndoles creer que con el régimen vigente podían mejorar su situación. Eran partidarios, como vimos, de la “oposición sistemática a toda labor constructiva”. Su preocupación central estaba en atraer a los militantes sindicales, elementos de vanguardia, que “observan con simpatía a nuestro movimiento”. Estos elementos, decían, se acercaban al Partido y su entrada a éste se dificultaría con un programa de reivindicaciones inmediatas, que asemejaría el PC a los partidos reformistas. Según los “izquierdistas” “hoy los comunistas constituyen la fracción más fuerte del proletariado organizado sindicalmente”. Consideraban que sería más fácil caer en el reformismo con un tal programa que “hablando de las ideas comunistas en general”. No negaban la importancia de aprovechar las necesidades vitales de las masas para la agitación revolucionaria, pero empeñándose siempre en una propaganda

incansable y metódica para demostrar que las mejoras que se obtuvieran en el marco de la actual sociedad serían transitorias y ficticias.⁸⁵

El verdadero debate

La diferencia fundamental de las dos corrientes en el seno del V Congreso no nacía solamente del tema de la aceptación o no de un programa táctico, aunque allí se condensó la lucha de las líneas antagónicas. Jordán Oriolo dice que la discusión puso frente a frente a los que habían desarrollado durante años “una ardua lucha dentro del Partido Socialista de Juan B. Justo y Nicolás Repetto, mucho antes de estallar la Revolución Rusa y los que, luego de ella, transportaban artificialmente una experiencia revolucionaria operada en otro país, pretendiendo asimilarla a nuestra sociedad”.⁸⁶ Pero, por los documentos que se tienen –y reconociendo que son parciales e insuficientes– los “izquierdistas” encabezados por Cayetano Oriolo y Teófilo González defendían, frente a Penelón-Ghioldi-Codovilla, la democracia soviética frente a la parlamentaria e insistían en mantener una perspectiva revolucionaria impregnando la lucha inmediata, posición que parece más inspirada en la Revolución Rusa que la de sus rivales. Acusaron a la dirección del PCA de estar alejada de las luchas obreras y ser electoralista desde su origen en el Partido Socialista Internacional.

Es evidente que una cuestión fundamental en debate era el momento político. ¿Momento de auge o de reflujo? En un inicio no fue fácil entender que había pasado el momento internacional de auge revolucionario. (En realidad, el momento **europ**eo de auge revolucionario). Y las corrientes en pugna en el PC acentuaban uno u otro rasgo de la situación para fortalecer sus posiciones. Así, por ejemplo, los partidarios del Programa de acción inmediata subrayaban que se vivía un momento de reflujo, que no se podía seguir trabajando ilusionados en “el espejismo de la revolución mundial”, que la clase obrera argentina sólo estaba organizada en una pequeña parte y las organizaciones sindicales estaban divididas; recordaban la Semana Trágica y “el charco de

sangre que es Santa Cruz” y decían que “la clase obrera no puede señalar victorias efectivas (...) y la moral proletaria está achatada y deprimida”.⁸⁷

Además, había un debate sobre la relación entre la lucha reformista y la revolucionaria. Los partidarios del Programa de acción inmediata recordaban que la Comuna de París ejemplificaba que “en circunstancias históricas determinadas las luchas por las necesidades inmediatas de las masas llevan a la revolución proletaria”.⁸⁸ En esta defensa de la lucha por la reivindicaciones inmediatas está el germen de posteriores desviaciones del PC. Los partidarios de Codovilla, Penelón y Ghioldi llegaron a decir que “la lucha por las reivindicaciones inmediatas es una lucha revolucionaria”. En el calor de la polémica, Paulino González Alberdi habría sostenido que la diferencia entre los comunistas y los políticos burgueses y reformistas estaba en que los primeros “luchan sinceramente por las reivindicaciones que también ofrecen burgueses y reformistas”.⁸⁹ Cuarenta años después, en las escuelas de la FJC, el responsable de la Escuela de Cuadros del Partido Comunista, Oscar Arévalo, al calor del XX Congreso del PCUS, explicaría por qué “la lucha del movimiento juvenil por una cancha de fútbol, es revolucionaria”. Lenin, recordando a Marx, había señalado exactamente lo contrario, a fines de 1921, en un artículo que tuvo enorme repercusión: antes del triunfo del proletariado “las reformas son un producto subsidiario de la lucha de clases revolucionaria”.⁹⁰ Esto por un lado. Por el otro lado, los “izquierdistas”, como vimos, temían que esa lucha ilusionase a las masas con el régimen capitalista. Criticaban a sus oponentes por no diferenciar entre reformas y reivindicaciones, que son, decían, “diametralmente opuestas”, porque la reforma “es una modificación que se realiza pacíficamente dentro de los marcos de la sociedad capitalista sin transformar la economía ni la relación de clases en su expresión política, es decir, el Estado”, mientras que la reivindicación “supone la ejercitación del espíritu combativo de las masas y su disciplinización capacitadora para las grandes luchas de clase (...) que preparan la dictadura del proletariado”.⁹¹

Rodolfo Ghioldi planteó correctamente, en ese momento, la relación entre reformas y revolución. No se le puede pedir a un

obrero hambriento, escribió, “que espere que tomemos el poder político sino que hay que luchar para conseguir más pan. La burguesía no puede garantizarle ninguna mejora efectiva. Sólo la dictadura del proletariado, y aunque hoy ese obrero no comprenda que tiene que luchar por la dictadura del proletariado ya lo aprenderá a través de la experiencia. Entretanto luchamos por el pan”.⁹²

Como ya mencionamos, se discutía también sobre las razones del fracaso de la Segunda Internacional, que muchos izquierdistas atribuían a su excesiva preocupación por las reivindicaciones inmediatas, mientras que los partidarios del Programa mínimo adjudicaban al tipo de reivindicaciones (propias de la aristocracia obrera) que defendían los socialdemócratas.

Había, además, un debate sobre espontaneidad y conciencia. La corriente de PenelónCodovilla-Ghioldi, como se había visto en la Semana de Enero o en la huelga de repudio al asesinato de Wilckens, temía facilitar la provocación policial cada vez que el proletariado superaba a sus organizaciones sindicales y políticas, y partía en todos sus análisis tácticos de “la falta de educación clasista” del proletariado argentino, al que veían como “un niño de teta que no sabe mantenerse en pie”.⁹³ Esta idea, lógicamente, tiene algo de verdad; pero en lo que subraya ignora lo principal, ya que no fue por “educación clasista” que el proletariado ruso hizo la revolución. La idea siguió vigente, muchos años después, en la dirección codovilista del PC, dirección que atribuiría principalmente a esa “falta de educación clasista” la adhesión de la mayoría del proletariado argentino al peronismo. Es conocida la repulsión instintiva del reformismo al espontaneísmo del movimiento de masas. En esa repulsión del que sería el núcleo de dirección del PC al espontaneísmo de las masas que protagonizaron la Semana Trágica o las huelgas de la Patagonia, ya se percibe su inclinación reformista.

Los “izquierdistas” ganaron la discusión por 144 votos a 86. Pero, “una vez más, el Congreso supo elegir la mayoría de los miembros de la dirección nacional entre los camaradas de la corriente marxista revolucionaria”.⁹⁴ Las cosas, sin embargo, en esta ocasión fueron un poco más complejas, porque fue electo secretario general Juan Greco, al que el *Esbozo* acusa de centrista.

Del relato del *Esbozo...* surge con claridad que esa corriente “marxista-revolucionaria” no respetaba el centralismo democrático –y por lo tanto no aplicaba la línea–: confiesa que pese a que no se aprobaban en los congresos sus programas, se preocupó “siempre por orientar a sus afiliados hacia la lucha por las reclamaciones más urgente de los obreros y del pueblo”. Y el *Esbozo...* culpa a los “extremistas” porque el Partido, pese al aumento de votos, no pudo obtener la reelección de sus dos concejales. En realidad, el Partido avanzó en ese período entre los obreros del campo, de los quebrachales, ingenios azucareros y la yerba, por lo que, pese a lo anterior, el *Esbozo...* se ve obligado a hablar “de la creciente influencia del Partido entre las masas”.⁹⁵

El VI Congreso

El VI Congreso del PCA se realizó los días 25 al 27 de julio de 1924.

Penelón planteó, poco antes, que “la vida del Partido –esto es indudable– está en crisis”.⁹⁶ Crisis que para él era de crecimiento. Hasta ese momento, escribió, “el entusiasmo había sustituido a la organización” pero ya no bastaba con eso. El Partido había crecido en los sindicatos, pero había perdido el 20 por ciento de su caudal electoral. Para la mayoría del Comité Ejecutivo esto se debía a que la táctica política era equivocada. En lo sindical, se tomaban las reivindicaciones de las masas, pero el Partido sólo hacía agitación general. La mayoría del CE subrayaba que, en determinadas condiciones históricas, la lucha por las reivindicaciones inmediatas de las masas lleva a la revolución proletaria y que “la misión” de la Tercera Internacional “consiste en dirigir la lucha internacional por las reivindicaciones de las masas contra la clase capitalista organizada internacionalmente con el imperialismo”. También, que la lucha por las reivindicaciones inmediatas de los pueblos coloniales afectaría a las burguesías imperialistas y a sus aristocracias obreras. “Decirle a las masas que queremos la revolución es caer en el verbalismo revolucionario”. E insistía en que la lucha por las reivindicaciones inmediatas “es una lucha revolucionaria”.⁹⁷ Junto con esta lucha planteaba la reorganización del Partido, que era

un partido con una “apariencia centralizada pero dominado por el más craso espíritu democrático”, afirmaba Penelón.

El VI Congreso fue abierto por Juan Greco. Hubo inicialmente un debate sobre las credenciales de Ida Bondareff que fueron rechazadas.⁹⁸ Participó el dirigente del PC de Uruguay Eusebio Gómez. Presidió el Congreso José Penelón y fueron designados vicepresidentes primero, Eusebio Gómez y segundo, Cayetano Oriolo. Sebastián Monforte, delegado por Mendoza, acusó al Comité Ejecutivo de ser “perjudicial al partido y contrario a los intereses del comunismo en la Argentina (...) poseído de una fiebre de expulsión”. El centro de la 2ª sección de Capital, que tenía como delegada a Angélica Mendoza, junto con otros delegados, rechazó el informe del CE. Hubo un gran debate sobre el manejo de las finanzas que implicaba un ataque a Codovilla y críticas a los funcionarios del Partido, llamados “vividores del Partido”, ante lo que Pedro Romo aclaró que no cobraban sus sueldos. Pablo López criticó al CE por imponer a Burgas ante el Comité de Córdoba, no por maniobrar pero sí “por haber procedido mal”. Hubo ataques a *La Internacional* por sus epítetos gruesos “que envenenan en vez de atraer y convencer”; crítica dirigida evidentemente a Rodolfo Ghioldi, quien dijo sentirse “decepcionado” por ello. Finalmente se aprobó por unanimidad el informe financiero y se elogió a Codovilla por su honestidad. Se formó una comisión que en tres meses debería informar sobre el programa. Quedó integrada por: Penelón (37 votos), Angélica Mendoza (37 votos), Greco (35 votos) y Rodolfo Ghioldi (31 votos). La dirección quedó formada por Penelón, Greco,⁹⁹ Rodolfo Ghioldi, Oriolo, Romo, Riccardi, Rugilo, Vicente Armendaris¹⁰⁰ y Bernárdez. Emilio Satanowsky fue designado secretario de actas. Los delegados al VI Congreso no sólo no votaron la propuesta programática de Penelón, Codovilla y Ghioldi, sino que “eligieron una dirección cuya mayoría perteneció a sus oponentes”.¹⁰¹ Según el *Esbozo...* “los elementos izquierdistas (...) buscaron y obtuvieron el apoyo de los elementos centristas (Juan Greco, Pedro Romo y otros)”, y con este apoyo lograron “la mayoría en la dirección del Partido”.¹⁰²

Un programa en disidencia

Angélica Mendoza y Cayetano Oriolo, ante los hechos que se produjeron luego del VI Congreso, presentaron un proyecto de programa en disidencia.¹⁰³ El mismo es importante para entender que la polémica entre las dos alas del Partido no giraba ya en torno a elaborar o no el programa. La izquierda del Partido criticaba al grupo Penelón-Codovilla-Ghioldi por posiciones equivocadas en cuanto a la lucha antiimperialista, a la cuestión agraria, al trabajo en las Fuerzas Armadas y a la cuestión sindical, entre otras.

Con respecto a cuanto a la lucha antiimperialista, señalando la disputa anglo-yanqui por el control del país, subrayaban la hegemonía yanqui, llegando a afirmar que “nuestro país actualmente se encuentra en la condición de una colonia de Yanquilandia”. Sostenían la defensa de la ganadería nacional contra los frigoríficos, defendían la nacionalización de las industrias extranjeras y planteaban que el grupo liderado por Penelón y Codovilla se oponía a esta consigna argumentando “la no existencia de industrias extranjeras” (sic) y “que el proletariado no estaba capacitado para comprender el significado de la nacionalización”. Penelón y Ghioldi ponían el centro en las “concesiones” al capital extranjero y no se pronunciaban sobre el capital extranjero invertido en industrias privadas.

En cuanto a las concesiones al capital extranjero, los “chispistas” planteaban “el control por la organización nacional de obreros y campesinos de todas las concesiones industriales que confiera el gobierno al capital extranjero, como asimismo en toda inversión de capital extranjero, a fin de determinar las condiciones de trabajo y de producción”. Y el grupo Penelón-Codovilla-Ghioldi planteaba la “intervención del Estado en el 51 por ciento de las acciones en toda concesión a empresas extranjeras y la revisión de todas las concesiones acordadas teniendo en cuenta garantizar las condiciones de los trabajadores ocupados en ellas”. La corriente que lideraban Oriolo y Angélica Mendoza se oponía a esto; decían que eran las empresas extranjeras como Anglo Argentina –ésta, en 1909, tenía 11.433 empleados y era “la mayor empresa particular del mundo”– y las ferroviarias, las que que-

rían, en ese momento, la revisión de los contratos. En cuanto al control estatal del 51 por ciento de las acciones de las empresas concesionarias, eso, decían los “chispistas”, era lo que se aplicaba en Rusia, en donde el proletariado ejercía su dictadura, pero no era aplicable a un Estado capitalista como la Argentina.

En relación a la lucha antiimperialista, la izquierda ponía el centro en “la alianza del proletariado con los campesinos y nativos americanos y organizar las fuerzas para combatir al imperialismo”; en tanto que el sector penelcionista centraba en la “federación de las naciones latinoamericanas para la lucha contra el imperialismo”, por lo que los izquierdistas los acusaban de pretender reeditar en América una Sociedad de las Naciones¹⁰⁴ “con su significado socialdemócrata”.

Oriolo y Mendoza plantearon también la municipalización de los servicios tranviarios y el control de su administración por la organización obrera para determinar las condiciones del trabajo. La dirección del PC se opuso a esta reivindicación a través de artículos de Paulino González Alberdi en *La Internacional*. González Alberdi decía que eso se podía hacer “revolucionariamente violando la Constitución” o legalmente, indemnizando a la compañía Anglo Argentina, lo que le convendría a ésta. Además, agregaba, había que tener en cuenta “la mala administración de las empresas públicas del país, mucho más cara que en las empresas privadas”.¹⁰⁵

Los “chispistas” eran partidarios del proteccionismo aduanero, salvo para los artículos de primera necesidad: alimentos y vestidos de consumo obrero, para los que pedían el libre ingreso. Acusaron a la corriente de Penelón, Codovilla y Ghioldi de ser librecambistas y paladines “de una teoría que solo el diario *La Prensa* y el Dr. Justo sostienen”, una posición insostenible en la época de los trust y monopolios. *La Chispa* se mofaba de la posición de *La Internacional*, que planteaba que “aumentando la producción aquí **se reduce la de otros países y aumenta la inmigración**” (sic).¹⁰⁶

Lo fundamental de las discrepancias se plantearon en el terreno de la cuestión agraria. Mendoza y Oriolo sostenían una línea que procuraba tomar todos los aspectos de esa cuestión (incluir

das la infiltración del imperialismo y la función de la Bolsa y el Mercado a Término) y trataba de diferenciar las clases en el campesinado (“los diferentes estratos” en “la clase campesina”) para “conquistar a la masa proletaria agrícola, como así a los campesinos medios y la neutralización de otras capas”. Esa línea subrayaba la importancia de abarcar todas las zonas del país con sus diferencias de desarrollo y explotación, mientras que Penelón y Ghioldi decían que “la división por zonas de la cuestión agraria era inaceptable”. Los luego llamados “chispistas” hacían un análisis bastante minucioso de las clases sociales en el campo, de la actividad pecuaria, la cerealera, la industria azucarera, la forestal, la yerbatera y la vitivinícola.

En cuanto al trabajo en las Fuerzas Armadas (llamado entonces cuestión militarista), según Oriolo y Mendoza, la diferencia estaba en que, mientras ellos se planteaban una línea para ganar al Ejército burgués para la revolución proletaria, sus opositores planteaban “obtener reformas para el Ejército burgués”. Los “chispistas” propusieron la creación de los consejos de soldados para controlar el régimen cuartelario.

En la cuestión sindical, ponían el centro en la lucha por la unidad, que debía ser planteada constantemente en las condiciones concretas de dominio imperialista para convencer, de ser posible, a los jefes anarquistas, anarco-sindicalistas y reformistas y, si no se los convencía, conquistar a las grandes masas obreras “a pesar y contra los jefes que sirven a la clase patronal”. Subrayaban que “el fracaso en general de la ofensiva obrera de 1919 al 20 significa y debe significar fundamentalmente, la ineptitud y la inutilidad de la vieja organización fraccionaria y sectarista” y que los “sindicatos en su forma actual son incapaces de una movilización real de masas explotadas”. Defendían la organización por industria y la organización de los consejos de fábrica, tema al que “el Partido no le ha prestado casi ninguna atención”.

Mendoza y Oriolo redactaron, también, una plataforma minuciosa en los terrenos de las reivindicaciones obreras, impositivo, de la carestía de la vida, el deporte, la inmigración, el seguro social y en lo político.

Los “chispistas” criticaron al grupo Penelón-Codovilla-Ghiol-

di por haber ignorado “la situación de la burguesía nacional, sus fuerzas económicas fundamentales, las tendencias de su desarrollo, su orientación y su base financiera”, conocimiento que era necesario para “orientar la política y la acción del partido”. Plantearon que al proletariado le interesa la transformación industrial del país y que “ésta se haga por el fortalecimiento de la burguesía industrial nacional” y no por “empresas de capital extranjero, es decir, por el aumento de la dominación imperialista en el país”. Además, dijeron, porque este camino aumenta las contradicciones del régimen.¹⁰⁷

En el VI Congreso, como vimos, los “izquierdistas”, con el apoyo “de los elementos centristas” **habían ganado la dirección del Partido**. Del texto del *Esbozo...* se deduce que ante esto el grupo Penelón-Ghioldi-Codovilla pasó al trabajo fraccional abierto y “logró que varios dirigentes y muchos afiliados que habían sido víctimas del verbalismo izquierdista se sumaran a la posición de la minoría de la dirección del partido que se transformó así en mayoría”. No sólo esto sino que “los partidarios del Programa (...) encomendaron al camarada Codovilla plantearlo una vez más y recabar del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista su ayuda política para resolverlo definitivamente”.¹⁰⁸ Codovilla participó de la reunión del Comité Ejecutivo Ampliado de la Internacional, llamado de “bolchevización de los partidos”. El 4 de abril de 1925 el Comité Ejecutivo de la IC envió, como vimos en el capítulo IV, una Carta Abierta al PC de la Argentina.

Interviene la Internacional Comunista

La intervención de la Internacional Comunista definió el debate a favor del grupo de afiliados que encabezaban Penelón, Codovilla y Ghioldi. Pero tuvo un significado mucho mayor para el joven Partido: hay un **antes** y un **después** de esa intervención que permitió la derrota de la corriente “izquierdista” del Partido, una corriente que reunía muchos elementos políticos de tipo anarco-sindicalistas junto a otros revolucionarios marxista-leninistas. Fue un momento de inflexión en la vida partidaria, porque implicó la primera intervención seria de la Internacional Comunista en

la vida interna del Partido. A partir de ese momento, la orientación política fundamental del Partido Comunista de la Argentina y la composición de sus órganos de dirección serían decididos por la Internacional Comunista y, en última instancia, por el Partido Comunista de la URSS.

Se hacían realidad, se aplicaban, los 21 puntos de la IC a los que había adherido el PC argentino y lo habían transformado en una sección de la organización internacional. Esto no quiere decir que en el futuro no surgiesen múltiples discrepancias y forcejeos entre ambas direcciones y que la aplicación de las directivas de la IC se hiciese en forma mecánica, pero, en última instancia, la dependencia de la organización nacional a la Internacional Comunista fue la regla.¹⁰⁹

El resultado de la lucha de líneas en la Argentina estuvo relacionado con la lucha de líneas en la Internacional Comunista y en el Partido Comunista de Rusia. Luego del triunfo de la Revolución, hasta 1924 hubo en el PC(b) de Rusia tres grandes luchas de líneas: la primera, en torno a la paz de Brest-Litovsk de febrero de 1918, cuando la “izquierda” se opuso a la propuesta de paz hecha por Lenin. La segunda fue sobre el papel de los sindicatos en la URSS, polémica que enfrentó a Lenin con Bujarin y Trotsky. Y la tercera, sobre la unidad del Partido. Las tres luchas tuvieron como eje la relación de la clase obrera con los campesinos, como requisito clave para defender el Poder Soviético. Ese fue también el eje de la lucha de líneas de mediados de la década del 20, cuando el “bloque de oposición” discutió la posibilidad de construir el socialismo en la URSS. ¿Era posible crear un mercado propio basándose en el campesinado e industrializar el país? En el fondo se discutía la fuerza y la capacidad del proletariado ruso –como dijo Stalin– para dirigir a las masas campesinas y construir el socialismo en un país que representaba la sexta parte del planeta, aunque esta opción encerrase peligros y deformaciones muy difíciles de evitar.

Inicialmente, los comunistas argentinos se mofaban de la supuesta lucha de tendencias en Rusia (“hoy ya ni el más zongo de los zongos cree en esas patrañas”, escribió *La Internacional* el 20 de enero de 1924) pero, a poco andar, debieron afanarse por en-

tender los sucesos que se desarrollaban en Moscú e irían a incidir decisivamente en los acontecimientos nacionales. El V Congreso Mundial de la IC, que se abrió el 17 de junio de 1924, estuvo dominado por la crisis y el debate en el PC de Rusia, donde se desplegó la lucha entre Trotsky, por un lado, y Stalin, Zinoviev y Kamenev por el otro. Por una parte, se combatió a Trotsky y las corrientes izquierdistas que dominaban en los partidos occidentales (el alemán, el francés y el italiano) y, políticamente, en cuanto a la táctica del Frente Único, el Congreso dio un golpe de volante hacia la izquierda y enmendó la línea del III y IV Congresos respecto de la política de Frente Único y gobiernos obreros con los partidos socialistas y los sindicatos reformistas. Se formuló una línea dura con la socialdemocracia en el momento en que el fascismo –triunfante en Italia– crecía en Alemania. “Los jefes de la socialdemocracia son nuestros enemigos mortales”, dijo Zinoviev en el discurso de apertura del Congreso. Y agregó: “La socialdemocracia se ha convertido en un ala del fascismo”. El asesinato de Matteoti, en Italia

–y los acontecimientos posteriores– demostrarían lo erróneo de la caracterización de Zinoviev. La derecha tomaba al frente único con la socialdemocracia y los reformistas como un reemplazo de la táctica revolucionaria por una táctica pacífica y evolutiva. Frente a ella, Zinoviev rechazaba el frente único porque no lo veía como una táctica para reunir las fuerzas obreras en la defensa de sus intereses, en un momento de reflujo, sino como una táctica para la revolución.

Hay que tener en cuenta, también, que con el V Congreso de la IC “comienza un período en el que el Comité Ejecutivo de la misma, dirigido por Zinoviev, interviene en la composición de los cuadros del comité central de las secciones, muchas veces en contra de la voluntad de sus propios militantes”.¹¹⁰

La Internacional apoyó a la corriente de Penelón, Codovilla y Ghioldi, contra los “izquierdistas”, en el momento en que se desplegaba, internacionalmente, el combate contra el trotskismo. Pero lo hizo cuando, simultáneamente, la IC formulaba una serie de posiciones y una línea izquierdista respecto del frente único en Europa y en el movimiento sindical.

Para el desenlace de la batalla de líneas en el PC de la Argentina fue decisiva la relación que Penelón y su grupo habían establecido con la dirección de la Internacional. A inicios de enero de 1924, viajaron a Moscú, Penelón y Miguel Contreras. Al volver informaron sobre la reorganización de los partidos comunistas sobre la base de las células de fábrica y talleres, resolución obligatoria para todos los partidos. El 9 de septiembre de 1924, Victorio Codovilla (que no integraba el CE del PC) viajó a Moscú al Congreso del Comité Internacional de Ayuda y llevó un pedido de ayuda de los partidarios del Programa y la información para la Carta Abierta que remitiría la IC al PCA en abril de 1925.¹¹¹

Los viajes de Penelón y de Codovilla tuvieron una importancia enorme en la historia del PC de la Argentina. Codovilla regresó con el apoyo de la dirección de la IC para su corriente y habiendo establecido relaciones estrechas con el Servicio de Relaciones Internacionales de la Internacional, conocido por su sigla en ruso OMS (Otdel Mezhdunarodnykh Suyazey), el corazón del aparato de la Internacional, que dirigía Ossip Piatnitski. Victorio Codovilla fue designado para trabajar en el Bureau Latino de la Internacional Comunista, que dirigía el suizo Jules Humbert-Droz (alias Luis). Se ha dicho que el dirigente japonés Sem Katayama, que estuvo aquí realizando tareas para la IC, sugirió el nombre de Codovilla para trabajar en Moscú. Hay muchos indicios que permiten pensar que fue José Penelón, en su viaje de 1924, el que sugirió el nombre de Codovilla para el contacto entre el Partido y los aparatos especiales de la IC en la Argentina. Al poco tiempo, Victorio Codovilla se transformaría en un cuadro muy importante de la IC.

La Internacional, que había dejado de aparecer como diario y salía quincenalmente, volvió a editarse diariamente –junto con una edición del *Ordine Nuovo* para los lectores en italiano– a partir de septiembre de 1924.

La lucha contra la corriente izquierdista en el PC de la Argentina era parte de la lucha interna contra la corriente izquierdista en la Internacional Comunista; corriente que tuvo como dirigentes destacados a Ruth Fischer y Maslow en Alemania, Treint y Suzanne Girault en Francia y Bordiga en Italia. Los planteos de los iz-

quierdistas del PC de la Argentina eran semejantes a los que atacó Lenin en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*. Al mismo tiempo, el debate se entrelazó con la discusión sobre la llamada “bolchevización” de los partidos comunistas, que encararon Codovilla y otros dirigentes en contra de las que calificaban como tendencias democratizantes de los “izquierdistas”.

La Carta Abierta

La Carta Abierta del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista al PC de la Argentina está fechada el 4 de abril de 1925 y firmada por Jules Humbert-Droz, que utilizaba el seudónimo de Luis. Apoya al grupo Penelón-Codovilla-Ghioldi. La Carta habría sido redactada por Penelón en Moscú en 1924 y, posteriormente, “con actualizaciones hechas por Codovilla”, aprobada por la Comintern.¹¹² Subraya que el PCA es “el primer partido comunista que nace en Sud América” y que, “aún antes de la Revolución de Octubre los militantes de la izquierda del Partido Socialista se declararon de acuerdo con los bolcheviques”. Valoriza el “trabajo continuado del partido” enfrentando al reformismo y la propaganda anarquista y anarcosindicalista. Luego la Carta Abierta analiza “los orígenes y la composición actual del partido”, señalando que la incorporación, luego de su creación, de militantes de tendencia anarcosindicalista y de la nueva izquierda expulsada del PS en 1921, hizo que algunos de ellos llevara al Partido los prejuicios anarquistas en el primer caso y “todos los prejuicios del viejo partido” en el segundo, provocando diversas crisis.

La Carta señala que en el seno del PC sobreviven prejuicios democráticos que trajo la antigua izquierda del PS y que es necesario un “cambio profundo y radical de táctica al transformarse en PC”. Lo que había servido para combatir a los reformistas en el seno del PS “debe ser abandonado, en su mayor parte, por los comunistas”. Por ejemplo: “el derecho de organizarse en fracción” —que la izquierda reclamaba dentro del PS en su lucha contra el reformismo— al igual que la lucha contra la dirección centralizada, el desconocimiento de la autoridad del Comité Ejecutivo, etc. Lo que antes había sido correcto ahora era incorrecto. Lo que

entonces era comunista ahora no lo era. ¿Por qué sucedía ahora? Porque el PC se había formado sobre bases que no se diferenciaban, en mucho, de las que sostenía dentro del PS. Tuvo a su favor la unidad que la oposición de izquierda había logrado en su lucha contra el reformismo y la autoridad que tuvo el Comité Ejecutivo del nuevo Partido. Pero la entrada de nuevos afiliados provenientes del PS y el anarquismo cambió todo eso y tuvieron lugar manifestaciones contra el centralismo. Esto tuvo su máxima expresión con los llamados “centristas” (los “frentistas” del ’22), que llegaron a editar su propio periódico y por eso fueron expulsados del Partido. La Carta Abierta subraya la necesidad de tener una organización centralizada en su Comité Ejecutivo, sobre el que “existe el control de la Internacional Comunista”.

Pasando al tema del programa, señala que un partido comunista “no puede ser únicamente un partido de propaganda (...) debe ser sobre todo, un partido de acción”. Está claro que tanto el grupo Penelón-Codovilla-Ghioldi como la Carta del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista se orientan por las categorías teóricas del viejo PS y plantean la necesidad del programa mínimo como una forma de articulación de la actividad cotidiana del Partido con el programa máximo: el socialismo. Conciben el programa como un conjunto de reivindicaciones que empujan a las masas trabajadoras a la acción revolucionaria. No lo plantean como el programa que corresponde a la concepción de una revolución por etapas).¹¹³

Toda la Carta está teñida por la lucha que se desarrolla en la IC contra el trotskismo y la desviación de izquierda, y por el hecho de que se avizora un período de estabilidad relativa del capitalismo, en el que tendría gran importancia para ganar a las grandes masas “estudiar detalladamente sus más vitales e inmediatas aspiraciones”, impulsando la lucha por éstas como “fuerza motriz” para movilizarlas. La Carta subraya la consigna de la Internacional Comunista a todos los partidos comunistas: “Es necesario ir a las masas”. Los reformistas se alejan cada vez más de las masas y los anarquistas no se preocupan por las necesidades inmediatas de las masas. La Carta Abierta critica el Programa de Acción del PC y, luego de definir a la Argentina como un país semicolonial,

plantea la necesidad de un programa concreto de acción que formule “consignas concretas” para incitar a las masas a la acción. A partir de esto, plantea la reorganización del Partido sobre la base de las células de fábrica y de taller. Reorganización que el PC ya había decidido en su último congreso.

Luego, la Carta pasa a apoyar abiertamente a la mayoría del Comité Ejecutivo del PCA señalando que, de seguir éste con el programa de acción que tenía en ese momento, se convertiría en una secta y no en un verdadero partido bolchevique.

La Carta de la IC esboza una teoría de la alianza obrero campesina que, como vimos, le resulta “estrafalaria” al camaleónico socialdemócrata Godio, porque “Argentina es un país, como es sabido, sin campesinos en sentido estricto” (sic). Godio escribe refiriéndose a un período en que la mayoría de los colonos que trabajaban la tierra en la pampa húmeda lo hacía en tierra ajena, basándose en el trabajo familiar y cuando existían enormes bolsones de semifeudalidad en todas las provincias argentinas, especialmente en el NOA y en el NEA.

El documento de la Internacional Comunista subraya el carácter moderno de la industria argentina y la concentración capitalista de la misma, en un país de colonización que, debido a su característica agroganadera, permitió a la clase obrera condiciones generales de vida superiores a las de los grandes países capitalistas, que venían de sufrir la Primera Guerra Mundial y recién salían del período de reconstrucción posbélica. Esta situación relativamente privilegiada de la clase obrera argentina se deterioraba, en esos momentos, por la carestía de la vida y el crecimiento de la desocupación con la gran afluencia de inmigrantes. El gran peso de la inmigración también jugaba para que se perdiesen muchas huelgas.

La Carta de la IC también señalaba las condiciones materialmente esclavistas de los trabajadores azucareros en Tucumán, de los yerbateros en Misiones, de los hacheros en los quebrachales del norte santafesino y el Chaco, y los de las manufacturas en Jujuy y la Patagonia. Analizaba la situación en el campo, en las grandes estancias y en explotaciones como la Leach en Jujuy, la crisis de los pequeños propietarios ganaderos por la opresión de

los grandes frigoríficos norteamericanos e ingleses; remarcaba que “dos tercios de la explotación agraria están formados de campesinos que no tienen tierra” (57 por ciento de colonos y 12 por ciento de medieros) y llamaba la atención sobre la importancia de la lucha por la tierra de los campesinos jujeños.

Sobre el tema sindical, la Carta Abierta aprobaba la línea del Partido y planteaba que el proletariado argentino “es el más avanzado de Sud América pero también el más dividido”; atacaba las “incongruencias anarquistas” y el “antipoliticismo de los anarco-sindicalistas” que habían llevado a la casi inexistencia de la FORA y la parálisis de la USA. Levantaba la consigna de “unidad nacional e internacional del proletariado” y la necesidad de que la táctica de los comunistas fuera “esencialmente unitaria”. Más adelante, la Carta subrayaba “el carácter de partido eminentemente proletario que tiene nuestra sección argentina” y luego de analizar las distintas corrientes del movimiento obrero y su peso en éste concluía:

“La única fuerza que está llamada a asumir la dirección del movimiento sindical argentino, en un futuro próximo, son los comunistas y sindicalistas revolucionarios, si saben unir sus esfuerzos. La conquista de la Unión Obrera Local de Buenos Aires es una demostración de lo que pueden lograr estas dos fuerzas combinadas”.

La Carta, en relación con la polémica que existía en la Internacional respecto del Frente Único, habla siempre del frente único “desde abajo”.

En cuanto a la lucha antiimperialista, la Carta subraya su importancia y plantea que el rápido desarrollo del imperialismo yanqui, en una región cuyos países fueron, hasta la Primera Guerra Mundial, una semicolonía del imperialismo inglés, hace previsibles futuras guerras entre Inglaterra, EE.UU. y Alemania por la redistribución de esferas de influencia en el Continente (lo que se expresaría años después en la guerra del Chaco, entre Paraguay y Bolivia, detrás de la cual se movían los intereses de la Standard Oil y la Shell). Y señala la necesidad de aprovechar “todas las pequeñas fisuras” en la lucha entre los imperialismos antagónicos.

Expulsión de la corriente de izquierda

La corriente penelonista-codovillista, que era minoritaria en el Comité Ejecutivo, trabajó durante tres meses para revertir la situación y realizar una reunión del mismo que avalase la Carta Abierta. El Comité Ejecutivo se reunió el 27 de junio de 1925. Fue presidido por Rodolfo Ghioldi y no por el secretario general del Partido, Pedro Romo. Fue una reunión “ampliada”, lo que permitió participar a seguidores de la tendencia apoyada por la Internacional Comunista, como Enrique Müller y Orestes Ghioldi (dirigentes de la FJC), entre otros, y a Miguel Contreras (de Córdoba), que había abandonado a los “izquierdistas”. Siendo el PC una sección de la Internacional Comunista, la resolución del Comité Ejecutivo fue legal. Lo que no quiere decir que fuera correcta.

Victorio Codovilla dio el informe sobre la Carta de la IC, que fue apoyado por unanimidad, y se decidió (en realidad esto ya se había decidido anteriormente) reorganizar al Partido sobre la base celular. Desde ese día en adelante, dijo Codovilla en su informe, las discusiones deberían circunscribirse a la mejor forma de llevar adelante el contenido de la Carta Programa de la IC. Según Jordán Oriolo esto significaba “circunscribirse solamente a lo que se les mandara desde la gerencia staliniana”.¹⁴⁴ Pero en ese momento la Internacional Comunista era dirigida por Zinoviev, que estaba enfrentado en una dura lucha interna con Stalin, y el trabajo en América Latina se hacía bajo la dirección de Jules Humbert-Droz, que se alineaba en la corriente de Bujarin (lo que demuestra el peligro de reducir los males del movimiento comunista internacional a la supuesta influencia demoníaca de Stalin).

Los opositores fingieron aceptar el contenido de la Carta. Pero el grupo codovillistapenelonista, ahora mayoritario en la dirección, pasó a la ofensiva con un artículo de Rodolfo Ghioldi en *La Internacional*, destinado a consolidar el triunfo obtenido con la aprobación de la Carta: “¿Se acepta o se sabotea la Carta Abierta?” En él Ghioldi dio tres razones para explicar el anterior predominio de los “izquierdistas”: 1) el espejismo producido por la creencia en el triunfo inmediato de la revolución, 2) el ambiente

antipolítico argentino y 3) el criterio predominante en los sindicatos “influenciados por ideologías no comunistas”.

Por qué durante años fue tan difícil encontrar un ejemplar de *La Chispa*

Los luego llamados “chispistas” explicaban las cosas de otra manera. Señalaban ya en el III Congreso la existencia de dos corrientes contrapuestas en el tema del programa: “la una verbalmente revolucionaria; la otra prácticamente reformista” y se diferenciaban de ambas. Señalaron que “nadie en el Partido, ni los firmantes de este documento, dejan de reconocer que ha sido un error del Partido, ideológico y político, el de haberse dado el viejo programa”, pero, la fracción de Penelón-Ghioldi-Codovilla no reconocía los errores reformistas de 1918-1920.¹¹⁵ Según Cayetano Oriolo “en 1918, 1919, 1920, estábamos colocados en una posición de derecha” y las plataformas del Partido tenían “un espíritu pacifista, socialdemócrata y reformista ya que pedían la supresión del Senado, el divorcio absoluto, la abolición de la pena de muerte, etc.” Luego, escribía Oriolo, el Partido aprobó el programa elaborado en la provincia de Santa Fe y “se pasó para el otro lado”, pero esto se había debido, seguía afirmando Oriolo, a que hubo quienes, como Rodolfo Ghioldi, quisieron mantener la vieja posición. En 1922, vencida la derecha “en una forma rotunda”, se “nivelaron las posiciones”; en 1922 y 1923, agrega Oriolo, “Penelón presentó proyectos a los que nadie se opuso”.¹¹⁶ Oriolo y Angélica Mendoza acusaron a la corriente de Penelón por no tener una estrategia de poder para el Partido y reemplazar a éste por la clase, en vez de ver al primero como “un agente consciente” del proletariado, por lo que se exaltaba “la espontaneidad de las masas en la consumación del hecho insurreccional”. Decían que “la historia de la IC en el caso húngaro, italiano y alemán evidenció que la premisa fundamental del triunfo es la existencia de un partido comunista de masas, ideológica y políticamente leninista”.

Oriolo también atacó a Rodolfo Ghioldi por hablar en nombre de una tendencia y haber afirmado: “Ellos o nosotros”.

El proyecto de programa de Angélica Mendoza y Cayetano

Oriolo se diferenci6 nítida y críticamente del trotskismo.

En la discusión con los “chispistas”, Victorio Codovilla defendió en bloque a la “vieja guardia” por haber sostenido, “allá por 1918”, en una plataforma electoral, una “Liga de los pueblos sobre la base del desarme militar absoluto y la supresión de los ejércitos”, puesto que, dijo, se estaba en plena guerra y se levantó eso frente a los imperialistas que proponían “ligas económicas” y a los reformistas que apoyaban a los aliados. Codovilla se olvidó de explicar por qué en el programa de 1920 plantearon “la solución de los conflictos internacionales por la intervención de los parlamentos”, una buena demostración de esas ideas reformistas y parlamentaristas.

Teófilo González, del sector izquierdista, defendiendo a sus compañeros de corriente, reconoce el error de éstos respecto del tema del programa, pero dice que el mismo se basaba en “el clima general de avance revolucionario”, en tanto ahora “los trabajadores se hallan a la defensiva tratando de conjurar el peligro de la reacción burguesa”. Y critica a Victorio Codovilla con el mismo argumento con el que se lo criticaría en el Partido luego del golpe de Uriburu: por su desprecio a los cuadros obreros, que “han tenido la virtud de pelear a brazo partido por elevar a la organización obrera al nivel de clase”. Dolorido por los ataques de Codovilla, escribió González que él pertenecía “a la fracción de los obreros ‘buenos’, pero equivocados” que, al decir de Codovilla, “no servimos más que para organizar sindicatuchos de poca monta”, por lo que calificó al mencionado dirigente de “un verdadero tunante que entiendo el marxismo por las tapas de los libros”.¹¹⁷

Angélica Mendoza acusaba al Comité Ejecutivo hegemonizado por Penelón-Codovilla-Ghioldi de burocrático y ellos se defendían diciendo que “si hay un Partido Comunista donde no existen funcionarios es precisamente el PC argentino”.¹¹⁸

Los “izquierdistas” fueron expulsados y se utilizó para esto diversos pretextos delictivos. A Cayetano Oriolo se lo expulsó en una reunión del Comité Ejecutivo del 4/10/1925 por una “provocación contra Pedro Romo”, a quien había acusado de carnero en 1923 sin poder demostrarlo, y habiéndose demostrado “todo lo contrario”, por lo que se expulsaba a Oriolo por “calumnia, irres-

ponsabilidad y deslealtad comunista”.¹¹⁹ Como vimos, los “frentistas” dijeron que sí se habían demostrado los cargos contra Romo.

Junto con Oriolo se expulsó a Juan Nieto. Mallo López exigía en *La Internacional* (6/10/1925) “limpiar al partido de elementos ajenos”. El 19/10/1925 el Comité Ejecutivo expulsó a Angélica Mendoza. Había exigido que *La Internacional* publicase el proyecto de programa que había elaborado para la comisión de programa que integraba. Como el Comité Ejecutivo no aceptó esto, no lo entregó. En *La Internacional* del 1/12/1925, en una campaña de desacreditación, la citaron para que rindiese cuentas de 15 entradas a un festival y firmase el recibo por 20 pesos de devolución de un préstamo. Como se ve, ya se aplicaban métodos que luego fueron atribuidos al “estalinismo”, de donde se deduce que en estas cuestiones conviene investigar qué le corresponde a cada partido de la Internacional Comunista en la aplicación de esas normas de vida interna. Se expulsaba a los opositores **antes** de la realización del Congreso, donde hubieran podido discutir sus ideas. Así se haría, también, para el XI Congreso, en 1946, con los llamados “fraccionistas”, encabezados por Rodolfo Pui-gross y, 42 años después, en 1967, antes del XIII Congreso, en plena “desestalinización” jruschovista-brezhnevista, con quienes constituiríamos el Partido Comunista Revolucionario. En el momento en el que se expulsa a Oriolo y a los izquierdistas, en *La Internacional*, pero especialmente en *Ordine Nuovo* (el periódico editado junto con *La Internacional* en idioma italiano) siguieron apareciendo fotos de Trotsky.

Es interesante señalar que, en el momento en que se expulsaba a los izquierdistas, Codovilla estaba más cerca de las posiciones de Zinoviev que de las de Stalin. Escribió entonces en *La Internacional*: “La divergencia entre Stalin y Zinoviev es seguramente una cuestión de concepción sobre la Nueva Política Económica. Stalin está más cerca de Trotsky que de Zinoviev, y por eso desea acelerar tanto las cosas, que harían peligrosa la situación”.¹²⁰

Según *La Chispa*, Victorio Codovilla habría planteado “a mi entender Zinoviev es el que interpreta con exactitud el leninismo”.¹²¹

Angélica Mendoza, Cayetano Oriolo y un grupo de los expul-

sados se agruparon y editaron el periódico *La Chispa*, por lo que fueron llamados “los chispistas” por la dirección del PC. Los “chispistas” fueron acusados, posteriormente, de trotskistas. Llamativamente, *La Chispa*, en 1927, elogió a Stalin, cuando se libraba una intensa lucha de líneas en la URSS, y publicó varios artículos de él (que dicho sea de paso no se publicaban en *La Internacional*) y ninguno de Bujarin, pese a que éste dirigía la Internacional Comunista. *La Chispa* no publicó en ningún momento artículos de Trotsky, ni lo defendió. Más aun, publicó varios artículos de polémica con el trotskismo.

Miguel Contreras (que según Codovilla “había entendido en Moscú” lo erróneo de sus posiciones izquierdistas) y Nicolás Di Palma, hicieron autocrítica pública por sus pasadas posiciones izquierdistas.

Juan Greco (“el animador de los opositores”, según Codovilla, y “el eje” de las tendencias, según Romo) se ausentó al Uruguay. A Greco se lo acusó, posteriormente, de haber seguido influyendo, con cartas, una vez alejado, sobre Oriolo y Modesto Fernández. Victorio Codovilla había pedido la expulsión de Juan Greco, por estar de acuerdo con los “chispistas” y, junto con Rodolfo Ghioldi pidieron al PC de Uruguay que no se le diese ningún trabajo responsable. Pero, pese a esto, en 1928 Juan Greco fue candidato a diputado departamental, en segundo lugar, en el Uruguay.¹²²

Rafael Greco fue acusado por Codovilla de “agente de policía” logrando que se lo expulsase de la URSS, en su momento, aunque había viajado allí en representación del Sindicato Metalúrgico. Pese a esto, se lo aceptó como delegado al Congreso Constitutivo de la Confederación Sindical Latino Americana que se hizo en Montevideo en 1929, organizado por la Internacional Sindical Roja, en momentos en los que se produjo el acercamiento de los “chispistas” con el PC. Posteriormente, sin embargo, el PC siguió repudiando a Rafael Greco, a quien llamó “agente patronal”.¹²³

Las ideas de Codovilla

En ese momento de la lucha interna, Victorio Codovilla escribió el artículo titulado “¿Partido político o conglomerado de frac-

ciones?”¹²⁴ que, en torno a la llamada “bolchevización” de los partidos comunistas, y a la lucha contra los izquierdistas, resume las ideas principales en el tema de la organización del Partido del que sería el máximo dirigente del Partido Comunista de la Argentina. Nos hemos referido anteriormente a las opiniones de Codovilla, vertidas en ese artículo, con respecto a la historia del Partido y a las corrientes que existieron en su seno, y respecto de la línea del PSI en la Semana Trágica.

Dice Codovilla que la base de la bolchevización del Partido debe ser su “homogeneización ideológica”, para que sea “monolítico”, porque la afinidad ideológica es “la base principal de la disciplina consciente”. Sin esa unidad ideológica el Partido no puede tener una táctica uniforme puesto que, aunque se acaten sus directivas, al no existir afinidad ideológica, cuando se las quiere aplicar, o se lo hace en “forma mecánica o se desvirtúa su propósito”. En el PC de la Argentina esta unidad ideológica estaba impedida por la existencia, en su seno, “de una corriente opositora heterogénea que impide la bolchevización del mismo”. Codovilla analiza también las diferencias entre los distintos miembros de la corriente izquierdista, que no tienen una línea única pero se unen contra la dirección del Partido (olvida Codovilla que esos “izquierdistas” eran mayoría en la dirección partidaria).

La condición principal, agrega, para que los miembros del Partido puedan hacerlo bolchevique, es la autocrítica. Y no hay autocrítica de Partido si antes no la hay individual.

Señala Codovilla que, efectivamente, hay una corriente trotskista en el Partido “sin querer ofender a Trotsky”; una corriente que utiliza la misma metodología que usó Trotsky cuando se lo atacó.

Al defender el viejo Programa de acción del PSI y la plataforma en las elecciones municipales de 1918, Codovilla desarrolla la teoría del “mal menor”, teoría que siguió manejando durante toda su vida como guía táctica. Dice así: “Los comunistas frente a dos males hemos de aceptar siempre (sic) el menor. A una monarquía absoluta preferimos una constitucional, a ésta un régimen republicano y, sucesivamente, un gobierno obrero y campesino, los soviets, la dictadura del proletariado”. Pese a que Codovilla era

italiano, parece no conocer el refrán: “Peggio non e’ mai morto” o, como se dice también: “siempre hay algo peor que lo peor”. Y parece compartir, a fondo, el prejuicio socialdemócrata que, creyendo aplicar el marxismo, explicó siempre sus derrotas y traiciones por la correlación de fuerzas. Así agrega: “Nuestras exigencias para con la burguesía dependen del grado de nuestras fuerzas y de las posibilidades de triunfo, dispuestos a apoyar una fórmula hoy para combatirla mañana, en el caso de que ésta fuese un obstáculo –después del cambio de situación– para nuestra marcha ascendente hacia la dictadura proletaria”.¹²⁵

En este debate con los “chispistas”, Codovilla va a desarrollar lo que él entiende por “bolchevización” del Partido, idea **clave** para entender el **tipo** de Partido Comunista que se desarrollaría posteriormente en la Argentina. Dice Codovilla que “la bolchevización de un partido comunista presupone el buen funcionamiento de su aparato” ya que “sin aparato no hay bolchevización posible”. E insiste: “La bolchevización, cuya base fundamental es la formación del aparato...”¹²⁶

Los “chispistas” acusaron a la dirección del PC de transformar la bolchevización en la formación de un “aparato” al servicio de “los cuatro marxistas” (se refieren a Penelón, Romo, Codovilla y Ghioldi).¹²⁷ Para los “chispistas” la bolchevización tenía requisitos ideológicos (citan once que pueden resumirse en la aceptación de los aportes leninistas al marxismo); políticos (elaboración de una estrategia y una táctica bolcheviques) y orgánicos (la célula de fábrica como organismo básico del Partido).¹²⁸

Es notable la diferencia entre lo que Codovilla entiende por bolchevización del Partido y la opinión de Stalin, formulada en 1924, y publicada por *Pravda* pocos días después del artículo de Codovilla.¹²⁹ Stalin plantea 12 condiciones para la bolchevización de los partidos: 1) Que no se los considere apéndices del mecanismo electoral parlamentario ni apéndices gratuitos del sindicato, sino fuerza **superior** de la unidad de clase del proletariado destinada a **dirigir** todas las otras formas de organización proletaria; 2) que el Partido y especialmente sus dirigentes posean completamente la teoría revolucionaria del marxismo inseparablemente ligada a la práctica; 3) que ese Partido elabore directivas sobre la

base de “análisis escrupulosos de las condiciones concretas, internas e internacionales del movimiento revolucionario teniendo obligatoriamente en consideración la experiencia de la revolución en todos los países”; 4) que verifique la justeza de esas directivas en el fuego de la lucha revolucionaria de masas; 5) que acabe con las tradiciones socialdemócratas y se asiente en un nuevo plano, revolucionario, y que cada uno de sus pasos conduzca naturalmente a la transformación revolucionaria de las masas, a preparar y educar a las grandes masas de la clase obrera en el espíritu de la revolución; 6) que el Partido sepa mantener en su trabajo una elevada fidelidad a los principios, sin ello es imposible para el Partido no sólo educar a las masas, sino también aprender de ellas; no sólo guiar a las masas y elevarlas al nivel del Partido, sino escuchar la voz de las masas e interpretar sus necesidades apremiantes; 7) que el Partido una, en su trabajo, un implacable espíritu revolucionario con la máxima flexibilidad y capacidad de maniobra, para que pueda adueñarse de todas las formas de lucha y organización, unir los intereses cotidianos del proletariado a los fundamentales de la revolución proletaria y unir en el trabajo la lucha legal y la ilegal; 8) es necesario que el Partido no esconda sus propios errores, no tema la crítica y eduque a sus cuadros en base a sus propios errores; 9) el Partido debe saber recoger en un grupo dirigente fundamental a los mejores dirigentes de los militantes de vanguardia; 10) el Partido debe mejorar sistemáticamente la composición social de su organización y purificarla de los elementos en descomposición; 11) es necesario que el Partido elabore una férrea disciplina proletaria sobre la base de la unidad ideológica, de la claridad en las metas del movimiento, de la unidad en las acciones prácticas y de una actitud consciente hacia las tareas del Partido de parte de sus militantes; 12) es necesario que el Partido controle sistemáticamente la ejecución de sus resoluciones y directivas, para que éstas no se transformen en promesas vacías que pierdan la confianza de las amplias masas.

Como se ve, había grandes diferencias entre lo que Stalin consideró la **esencia** de la bolchevización de los partidos y la opinión de Codovilla sobre ese tema, opinión a la que muchos críticos superficiales suelen calificar de “estalinista”.

En la polémica contra los “chispistas” interviene Juan Jolles, quien, en un artículo a tres columnas, ataca al trotskismo en el PC de la Argentina y califica de tales a Angélica Mendoza, Arfuch, Raurich, Oriolo, Loiácono, González, entre otros. La cuestión tiene su miga. En primer lugar, como dijimos, y como lo demuestra el periódico *La Chispa*, porque los “chispistas” fueron estalinistas y, en segundo lugar, porque Jolles era un enviado de la Internacional Comunista y, con ese artículo, traslada al PC de la Argentina el debate interno en Moscú.¹³⁰ *La Chispa* publicó posteriormente varios artículos deslindando posiciones con el trotskismo. En uno titulado “Dónde están los trotskistas en nuestro país” acusaron a la “camarilla” que dirigía el PC de haber “utilizado constantemente el problema del trotskismo como un arma política” y de llamar trotskistas “para desprestigiarlos a los que divergieron con ellos” en 1922, 1925 y 1927.¹³¹

El VII Congreso

El 26 de diciembre de 1925 se abrieron las sesiones del VII Congreso Nacional.

El VII Congreso, expulsados los elementos izquierdistas, debía, según el *Esbozo...* terminar con la lucha de tendencias existente en el seno del Partido y resolver sobre el programa.

El *Esbozo...* comenta acerca del programa que discutió ese Congreso: “Se hizo sobre la base de un estudio con respecto a los cambios que iban produciéndose en la situación de nuestro país, demostrando cómo el gobierno radical –por su falta de consecuencia en la lucha contra la oligarquía terrateniente y comercial y contra las grandes empresas imperialistas– iba permitiendo que la oligarquía desplazada del poder reconquistase poco a poco las posiciones política perdidas y luchara ya abiertamente por conquistarlas completamente”. Plantea el *Esbozo...* que se iba a una crisis agraria de grandes proporciones y “el gobierno radical en lugar de proceder a una reforma agraria con el fin de salvar al país de esa crisis en ciernes (...) se preocupaba de ello”.¹³²

El comentario del *Esbozo...* es mentiroso. En primer lugar, en ningún momento el programa aprobado por el VII Congreso ha-

bla de oligarquía, sino de diferentes capas burguesas, señalando que en 1912 se desplazó a la burguesía terrateniente del control de las palancas claves del Estado, y gracias a la “unidad de las demás capas burguesas” se reemplazó a los ganaderos por “la oligarquía financiera”, y ésta inició su dominación efectiva “representando al gran capital industrial y financiero, especialmente norteamericano, vale decir, señalando el comienzo de la dominación política decisiva del imperialismo yanqui”. Con lo que queda claro que, en ese momento, la comisión de la Internacional Comunista para América del Sur y la dirección del PC de la Argentina carecían de una caracterización científica de la burguesía nacional y planteaban que el triunfo de la Unión Cívica Radical implicaba el inicio del dominio yanqui sobre la Argentina.

En segundo lugar, el comentario es mentiroso porque se golpeaba a la UCR no por conciliar con los terratenientes, sino por su política de contenido burgués e incluso se señalaban en la misma tendencias fascistas. Y, en tercer lugar, pese a que el programa avanza en el análisis del peso del latifundio –y en especial de los grandes ganaderos en la economía nacional– no critica a la UCR por no hacer la reforma agraria.

Mientras deliberaba el Congreso, en el salón de la asociación Vorwärts, al discutirse las credenciales de algunos delegados del interior –entre ellos la de Sebastián Monforte, de Mendoza, vinculado a los “chispistas”, al que se le negó representación y se lo consideró expulsado del Partido– se produjo un tumulto y un tiroteo en la barra, cayendo herido de muerte el dirigente de la Federación Juvenil Comunista Enrique Müller. Intervino la policía, que detuvo a los delegados y a la barra (unas 200 personas en total).¹³³ Según la dirección del PC, el asesino fue Modesto Fernández, quien se afiliaría posteriormente al Partido Socialista. “Modesto Fernández asesinó en forma fría y alevosa a Müller de dos balazos (...) el crimen fue preparado con anticipación y cometido fríamente”, escribió, meses después, *La Internacional*.¹³⁴ Según *La Chispa*, la acusación contra Modesto Fernández fue “una confabulación de delatores”, doce personas que en una celda de la comisaría 18 se pusieron de acuerdo y “determinaron llevar a cabo una delación combinada ante la justicia burguesa para incul-

par de hecho al compañero Modesto Fernández”. Nombra entre los “complotados” a Miguel Burgas, Salomón Jaselman (de quien dice que es “rentista”), Luis Ricardi, Mallo López y Benigno Argüelles.¹³⁵

El crimen de Enrique Müller dio argumentos a la corriente de Penelón-Ghioldi-Codovilla para plantear que “el extremismo verbalista” había degenerado, finalmente, “en una banda de criminales, provocadores y enemigos declarados del comunismo y de la clase obrera”.¹³⁶

Luego del VII Congreso, el Comité Ejecutivo planteó que el grupo de Ghioldi, Penelón, Romo y Codovilla era la “continuidad y la exactitud leninista” y que la IC, como escribió *La Internacional*, “reconoce cuatro marxistas que son Penelón, Ghioldi, Romo y Codovilla”.¹³⁷

Los “izquierdistas” expulsados formaron el Partido Comunista Obrero. Su Primer Congreso envió un telegrama a la IC planteando su adhesión incondicional. Sus dirigentes máximos fueron Pascual Loíacono (secretario general), Angélica Mendoza y Mateo Fossa.¹³⁸ E. Satanowsky fue designado responsable de la FJC y los grupos infantiles. La mayoría de la Agrupación Israelita apoyó a los “chispistas”, encabezados por David Yacubovich, Wolf Sudaiski, David Sirota, Pedro Wald (que era uno de los propietarios de *Die Presse*), Abraham Dreisik e Isaak Sujoy. Abraham Corach (padre de Carlos Vladimiro Corach, ministro del Interior del gobierno de Menem) apoyó al PCO.¹³⁹ También lo apoyaron la agrupación del calzado y la de los metalúrgicos.

NOTAS DEL CAPÍTULO V

1. *La Chispa*, 25/2/1928.
2. Edgardo Bilsky, *obra cit.*, pág. 15.
3. Antonio Gramsci, *Passato e Presente*, edic. cit., pág. 4.
4. Victorio Codovilla, “¿Partido monolítico o conglomerado de fracciones?”, *La Internacional*, 23/9/1925.
5. *La Internacional*, 2/2/1918.

6. Germán A. Lallemand, *Selección de artículos*, Buenos Aires, Anteo, 1974, pág. 205.
7. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 10.
8. Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre Política y sobre el Estado Moderno*, Buenos Aires, Lautaro, 1962, pág. 46.
9. Mao Tsetung, *Obras Escogidas*, tomo V, Pekín, Ediciones Lenguas Extranjeras, 1977, pág. 562.
10. Rosendo Irusta, *¿Qué fue la Revolución Cultural Proletaria China?*, Buenos Aires, Tercer Mundo, 1987, pág. 20.
11. Otto Vargas, *El marxismo y la revolución argentina*, tomo I, edic. cit., pág. 173.
12. José Ratzer, *El movimiento socialista en la Argentina*, Buenos Aires, Ágora, 1981, pág. 143.
13. “Para Kautsky el resultado inevitable del desarrollo capitalista era la transformación del proletariado en mayoría de la población, lo que le permitiría, a través del sufragio universal, del respeto a la legalidad democrática, y de un largo proceso de reformas sociales y política, tomar el poder. Kautsky despojaba a la democracia de su contenido de clase concreto.” Otto Vargas, “Una polémica actual”, *Política y Teoría*, N° 1, 1983, pág. 13.
14. Emilio Corbière, *obra cit.*, pág. 83.
15. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 16.
16. Hernán Camarero y Alejandro Schneider, *La polémica Penelón-Marotta*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991, pág. 40.
17. *Idem*, pág. 96.
18. Emilio Corbière, *obra cit.*, pág.68. El *Esbozo...* dice que Carlos Pascali fue expulsado poco después de la fundación del PSI “por haberse descubierto su intervención en sucios negociados con agentes del imperialismo alemán. Luego pasó por diversos partidos políticos, hasta terminar abiertamente en el campo de la reacción clerical-fascista. Siendo peronista, en 1946 fue designado interventor en la Universidad de La Plata, donde se caracterizó por su odio contra los estudiantes y profesores democráticos” (*Esbozo...*, pág. 23, nota al pie). Carlos Pascali merece una biografía más veraz que

la que hizo el *Esbozo...* Era ingeniero y fue profesor de física en las universidades de Buenos Aires y La Plata, en el Colegio Nacional Buenos Aires y en el Mariano Moreno de la Capital Federal. Según Jordán Oriolo, manifestó que “siempre seguiría siendo marxista”. En el segundo gobierno de Perón fue designado rector de la Universidad de La Plata, pero duró poco tiempo, atacado violentamente por los sectores “gorilas” a raíz de sus medidas: entre otras, la rebaja del 50 por ciento del precio del vale del comedor universitario, y un sistema de ingreso directo a la Universidad para obreros que no tenían hecho el bachillerato, luego de un breve curso introductorio. Fue el principal amigo del Gral. Juan Perón durante su exilio en Panamá, y lo acompañó durante un tiempo prolongado.

19. José Ratzer, *obra cit.*, pág. 140.

20. *La Internacional*, 23/1/1918.

21. *La Internacional*, 16/2/1918.

22. Luis Koifmann había nacido en Odessa, Rusia, el 20 de diciembre de 1900 y llegó al país en

1904. Se incorporó a las Juventudes Socialistas y fue fundador del PSI, luego transformado en PC, de donde fue expulsado junto con Alberto Palcos, Aldo Cantoni y otros que abogaban por la unidad con los socialistas. Fue fundador de la Liga Antiimperialista y de las revistas *Visión* (en 1935) y *Finanzas*. Fue director del semanario *Argentina Libre* y *Antinazi*, que dirigió desde 1940. Radicado luego en Montevideo, dirigió el diario *El Sol*.

23. Jordán Oriolo, *Antiesbozo de la historia del Partido Comunista*, tomo I, Buenos Aires, Centro

Editor de América Latina, 1994.

24. Roberto Reinoso, *Bandera proletaria*. Selección de textos, Buenos Aires, Centro Editor de

América Latina, 1985, pág. 38.

25. Hernán Camarero y Alejandro Schneider, *obra cit.*, pág. 78 en adelante.

26. Emilio Corbière, *obra cit.*, pág. 13.

27. *La Internacional*, 28/1/1924 y 29/1/1924.

28. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 24, nota al pie.

29. V. I. Lenin, *Obras completas*, tomo XXXI, edic. cit., pág. 207.

30. *La Internacional*, 6/9/1924. La burguesía realizó entonces –como escribió el dirigente húngaro de la IC, E. Varga– un “movimiento de retirada grandioso”; ante la presión de las masas “puso cara de querer entregarle el Poder al proletariado o de compartirlo con él. Hizo los mayores sacrificios para mantener el sistema capitalista (...). Puso el gobierno en manos de los líderes obreros reformistas. Realizó todas las reivindicaciones políticas tradicionales del proletariado: supresión de la monarquía y de la alta Cámara, sufragio universal (...) y las viejas reivindicaciones sociales del proletariado”. Así ganó tiempo la burguesía, realizando un movimiento de retirada de importancia histórica. Retrocedieron “ante la rebelión proletaria porque no tenían la fuerza ni el valor de afrontarla”. Pero ese movimiento de retirada de la burguesía se coronó con éxito y así pudo, luego, con la ayuda de los reformistas, reorganizar el Estado burgués, especialmente su poder represivo.

31. Palmiro Togliatti, *Problemi del movimento operaio internazionale*, Roma, Editori Riuniti,

1962, pág. 313.

32. V. I. Lenin, *Obras completas*, tomo XXXIII, edic. cit., pág. 94.

33. *Los primeros congresos de la Internacional Comunista*, Buenos Aires, Pasado y Presente, 1973, pág. 13.

34. *Idem*, pág. 11.

35. Milos Hájek, *obra cit.*, pág. 19.

36. En ese levantamiento tuvo una actuación destacada August o Abraham Guralski, enviado por la IC a Alemania, en donde fue posteriormente electo para el CC del PCA (KPD). Guralski se opuso a la Carta Abierta de 1921 del CC del PC de Alemania a los demás Partidos obreros que planteó el Frente Unico. Guralski tendría una larga actuación en América del Sur, en especial en la Argentina y Brasil. Boris Heifetz era el nombre verdadero de Guralski (conocido en América del Sur por el seudónimo de Rústico), según el brasileño William Waack. Isidoro Gilbert (al igual que Manuel Caballero) dice que se llamaba Abraham Heifetz. Gilbert y Waack, con la ayuda de amigos rusos, dicen haber revisado los mismos archivos de la Internacional, pero como se

ve copiaron –¿o les copiaron?– mal los datos. Guralski había nacido en Riga en 1890, cuando esa ciudad pertenecía a Polonia y fue militante –según Gilbert– de un partido socialista sionista (el Bund) hasta que se afilió al partido bolchevique en 1918. Guralski era muy amigo de Zinoviev. William Waack lo pinta como un hombre de trato grosero, de “un mal humor proverbial y maestro en el juego de intrigas”, casado con una caucasiana que era, también, una “refinada intrigante”. Isidoro Gilbert acepta, sin más ni más, esta caracterización de Waack. Pero Eudocio Ravines, pese a todo el rencor hacia la Internacional Comunista que manifiesta en su libro *La gran estafa*, describe a Guralski –quien en Buenos Aires también se hacía llamar Crémet o Raymond y en Moscú, Williams– como “un conocedor profundo de la literatura francesa”, un hombre de “actividad prodigiosa”, que “poseía un dominio pasmoso sobre sus nervios y sobre las situaciones aun las más complicadas. Era perspicaz, bondadoso, siempre cordialmente alegre y animado por el espíritu de lo que él llamaba ‘dar seguridad al dirigente’ e ‘inspirarle confianza en su idea y en su acción’”. Ver referencias sobre Guralski en el libro de William Waack: *Camaradas*, San Pablo, Schwarcz Ltda., 1993, pág. 32 y sgtes; en el libro de Isidoro Gilbert: *El oro de Moscú*, Buenos Aires, Planeta, 1994, pág. 45, y en el libro de Eudocio Ravines, *La gran estafa*, México, Libros y Revistas, 1952, pág. 166.

37. V.I. Lenin, *Obras Completas*, edic. cit., tomo XXXIII, pág. 190.

38. Milos Hájek, *obra cit.*, pág. 25.

39. *Idem*, pág. 31.

40. *Idem*, pág. 33.

41. Giorgio Bocca, *Palmiro Togliatti*, Roma, Edic. L’Unitá, 1922, pág. 68.

42. Archivos de la Comintern, Carta al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista de la delegación extraoficial del PC de la Argentina integrada por Pedro Presa y Cosme Gjivoje, 22/10/1922. En la Biblioteca del Congreso de la Nación.

43. *La Internacional*, 4/6/1922.

44. Jules Humbert-Droz, *obra cit.*, pág. 46.

45. *La Internacional*, 17/5/1924.

46. Milos Hájek, *obra. cit.*, pág. 47 y sgtes.
47. El viejo Hotel Lux –donde se alojaban los delegados de la Internacional Comunista–, famoso por sus chinches y sus ratas, se había transformado y estaba limpio y confortable. Habían sido desalojadas de sus habitaciones las “esposas abandonadas”, las “mujeres de los delegados” al III Congreso, la mayoría salidas de la burguesía o la aristocracia rusa, que habían pasado un período de *dolce vita* junto a algunos de esos delegados, verbalistas revolucionarios algunos de ellos, más preocupados por el buen vivir que por hacer la revolución en sus países de origen. Ver Jules Humbert-Droz, *obra cit.*, pág. 17.
48. *La Vanguardia*, 7/1/1922.
49. Félix Tchouev, *Conversations avec Molotov*, París, Albin Michel, 1995, pág. 82.
50. V. I. Lenin, *Obras Completas*, tomo XXXIII, edic. cit., págs. 397 y 399.
51. Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista*, Francia, Ruedo Ibérico, 1971, pág. 206.
52. Jules Humbert-Droz, *obra cit.*, pág. 248.
53. *Idem*, pág. 249.
54. *La Internacional*, 21/3/1923.
55. *La Chispa*, 30/1/1926.
56. *La Internacional*, 2/2/1918.
57. *Esbozo...*, edic. cit., págs. 22 y 23.
58. Sobre el Congreso de “la Verdi” ver: Otto Vargas, *El marxismo y la revolución argentina*, tomo I, edic. cit., pág. 159, y José Ratzler, *El movimiento socialista en la Argentina*, edic. cit., pág. 112.
59. El “ala marxista” del partido, según Alicia Moreau de Justo, estaba integrada por Kühn y Adrián Patroni, entre otros. Roberto Saravia, “¿Hubo una corriente marxista en 1890?”, *Política y Teoría*, N° 41, Julio-October 1999.
60. Jacinto Oddone, *Historia del socialismo argentino*, tomo 1, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, pág. 65. (El subrayado es mío, O.V.)
61. Grupo de trabajo, dirigido por Julio Laborde, *El nacimiento del PC*, Buenos Aires, Anteo,

1988, pág. 71.

62. *Historia del Socialismo Marxista en la República Argentina. Origen del Partido Socialista Internacional*. Informe dirigido a la Internacional Socialista y a todos los Partidos Socialistas. Buenos Aires, 1919, pág. 50.

63. Archivos de la Comintern, Proyecto de Programa de Reivindicaciones Inmediatas, Despacho de los miembros en disidencia de la Comisión de Programa nombrada en el VI Congreso del Partido Comunista de la Argentina, compañeros Angélica Mendoza y Cayetano Oriolo.

64. *Idem*.

65. Se trata del folleto *Historia del socialismo marxista en la República Argentina*, al que ya nos hemos referido, muy criticado, luego, por la izquierda del Partido a raíz de sus planteamientos reformistas.

66. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 41, nota 57.

67. Emilio Corbière, *obra cit.*, pág. 44.

68. Ver *Esbozo...*, edic. cit., pág. 41; Jordán Oriolo, *Antiesbozo de la historia del Partido Comunista*, edic. cit., pág. 44; Emilio Corbière, *Orígenes del comunismo argentino*, edic. cit., pág. 46.

69. Archivos de la Comintern, Proyecto de Programa de Reivindicaciones Inmediatas, Despacho de los miembros en disidencia de la Comisión de Programa nombrada en el VI Congreso del PCA, compañeros Angélica Mendoza y Cayetano Oriolo.

70. Angélica Mendoza fue dirigente del gremio docente y, siendo muy joven, tuvo una participación destacada en la gran huelga del gremio de fines de 1918 e inicios de 1919 en Mendoza. Tradujo *Filosofía del Derecho* de J. F. Hegel y publicó cuentos y libros, entre otros, "Cárcel de mujeres". Mucho después trabajó en las Naciones Unidas, en la División de Traducciones y en Control de la Documentación. El *Esbozo...* la difama y califica de "aventurera trotskista de vida turbia" (pág. 53, nota al pie), pese a lo cual, después de expulsada del Partido, acompañó a dirigentes del PC en varias publicaciones legales que ellos controlaban. Tampoco pudo haber trabajado en los mencionados departamentos de las Naciones Unidas sin el visto bueno de la URSS, ya que, por los acuerdos de posguerra, esos departamentos estaban bajo su di-

rección. En *La Chispa*, órgano del Partido Comunista Obrero del 13/8/1927, hay una foto del multitudinario mitin que se hizo en la Plaza del Congreso durante la huelga general del 5 y 6 de agosto contra el asesinato de Sacco y Vanzetti, en la que aparece hablando Angélica Mendoza.

71. Cayetano Oriolo fue el líder obrero de la corriente de izquierda, era ex suboficial de la Armada, chofer, dirigió el Sindicato de Obreros Afines del Automóvil y se “desempeñó en tareas secretas asignadas por el Comité Ejecutivo”. Jordán Oriolo, *Antiesbozo de la historia del PC*, edic. cit., pág. 72.

72. Silvano Santander fue expulsado del PC con los llamados “frentistas”, en 1922, y “apareció como radical” (según el *Esbozo...*, pág. 52, nota al pie) en la provincia de Entre Ríos. Sería luego diputado nacional por la UCR y adquirió gran notoriedad en febrero de 1945 con su libro *Nazismo en la Argentina*, publicado por la editorial del PC de Uruguay *Pueblos Unidos*. Allí denunció que bajo la “dominación aparente del coronel Perón”, en la dictadura militar instalada en 1943, “está en pie con toda su fuerza el servicio alemán de inteligencia”. En 1955 editó en la Argentina *Técnica de una traición, Juan Perón y Eva Duarte agentes del nazismo en la Argentina* (Buenos Aires, Antyguá, 1955) con supuestos documentos de la embajada alemana en Buenos Aires de los años 1941 a 1943 que muestran a Evita como agente nazi y a Perón como un amigo de los nazis. Santander fue acusado por el carácter falso de esos documentos, y de haberlos recibido en Alemania Oriental por ser un agente “al servicio del espionaje comunista”, amigo de Victorio Codovilla, etc. (Ver: Walter von Simons: *Santander bajo la lupa*, Buenos Aires, Aluminé, 1956, y Carlos von der Becke: *Destrucción de una infamia*, Buenos Aires, DER, 1956).

73. Hay una amplia crónica en *La Vanguardia*, 21/1/1922 y días siguientes.

74. Emilio Corbière, *obra cit.*, pág. 74.

75. Archivos de la Comintern, Carta al CE de la IC de la delegación extraoficial de Pedro Presa y

Cosme Gjivoje del 22/10/1922.

76. *La Vanguardia*, 14/5/1922.

77. Juan Greco presidió el II Congreso de las Juventudes Socialistas, previo a la formación del PSI, congreso del que Rodolfo Ghioldi fue vicepresidente. Posteriormente fue secretario general del Comité Pro Defensa de las Resoluciones del III Congreso Extraordinario del PS, delegado al IV Congreso de la Internacional Comunista en 1922 y secretario del Comité de Unidad Obrera que dio origen a la Unión Sindical Argentina.

78. Con el lenguaje habitual en el codovilismo, el *Esbozo...* califica a Gjivoje y Pedro Milesi (ver pág. 52, nota 80) de “provocadores policiales”. Pedro Milesi siguió vinculado durante muchos años al movimiento obrero; en enero de 1935 dirigía uno de los dos grupos denominados “trotskistas” que existían en el país, grupos que, como señala Liborio Justo –uno de los primeros dirigentes del trotskismo aquí–, repitiendo una figura de Plejanov sobre los marxistas rusos de su época, “cabían en un sofá” (Liborio Justo (Quebracho), *Estrategia revolucionaria*, Buenos Aires, Fragua, 1957, pág. 47). Milesi participó en la jornada del 17 de octubre de 1945 y, en ese mismo año, fue organizador del Partido Laborista que dirigió Cipriano Reyes; en la década del 70 colaboró con los sindicatos cordobeses de Concord (SITraC) y Materfer (SITraM) y presidió el Primer Congreso de Sindicatos Combativos, Agrupaciones Clasistas y Obreros Revolucionarios convocado por esos dos sindicatos el 28 y 29 de agosto de 1971. Fue consejero y amigo de Agustín Tosco. La revista *Crítica de nuestro tiempo*, N° 3, agosto de 1992, pág. 252, dice que Pedro Milesi fue expulsado del Partido Comunista “en 1932 (sic) por enfrenar la perversión del stalinismo”. Existe actualmente un Centro de Estudios Marxistas que lleva su nombre.

79. Archivos de la Comintern, Carta al CE de la IC de Pedro Presa y Cosme Gjivoje, delegados extraoficiales a la IC, del 22/10/1922.

80. *Diario del Plata*, 14/5/1922.

81. *Idem*.

82. Es posible que Jordán Oriolo se refiera a Julia Coral cuando habla de la delegada de la Internacional Comunista “que había viajado en apoyo de Codovilla-Ghioldi”, a la que Cayetano Oriolo “en la tribuna supo derrotar” (Jordán Oriolo, *obra cit.*, tomo I,

pág.72). Dice Emilio Corbière que “no hay datos que permitan reconocerla” y que “durante mucho tiempo pensé que era un seudónimo tras el que se ocultaba una mentalidad claramente feminista entre los comunistas de la primera época”, pero concluye que “es probable que Julia Coral se llamara de esa manera” (Emilio Corbière, “Los archivos secretos del PC argentino”, en *Todo es Historia*, N° 372, julio de 1998). Según el informe de la organización anticomunista “Comisión Popular Argentina contra el comunismo”, informe llamado *El comunismo en la República Argentina*, editado en diciembre de 1932 con evidente colaboración policial, “apenas establecido el Gobierno de los Soviets en Rusia, se envió a nuestro país una misión compuesta de seis miembros (...). La misión que llegó a la Argentina estaba bajo la dirección de la pareja Salomón Jaselman y su mujer Julia Fitz de Jaselman”. Según el informe, Salomón Jaselman sería luego uno de los directores de la empresa soviética Iuyamtorg, dedicada al comercio con la URSS. Su mujer, agrega, llegó aquí con documentos falsificados a nombre de Julia Coral. Dice que Julia Fitz había sido en Rusia comisario de la Cheka y que “actualmente la pareja Jaselman vive con gran pompa y lujo en un palacio del barrio de Belgrano, retirada de las actividades comunistas, aparentemente”. Salomón Jaselman – según ¡Adelante!, del 4/2/1928, publicación del PC de la Región Argentina que dirigía Penelón– fue militante del Partido Socialdemócrata Ruso desde 1903, donde desempeñó “diversos puestos de responsabilidad”, ya en la Argentina fue militante de la “agrupación rusa” que trabajaba con los emigrados rusos en el país y, en 1917, fue fundador del Partido Socialista Internacional. Fue miembro del Sindicato de Pintores y luego de la Federación de Empleados de Comercio.

83. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 52.

84. *La Internacional*, 2/2/1918.

85. *La Internacional*, 22/7/1923.

86. Jordán Oriolo, *obra cit.*, pág. 80.

87. *La Internacional*, 16/4/1923 y 17/4/1923.

88. *La Internacional*, 21/7/1923.

89. *La Chispa*, 25/2/1928.

90. V.I. Lenin, *Obras completas*, tomo XXXIII, edic. cit., pág.

101.

91. Archivos de la Comintern, Proyecto de Programa de Reivindicaciones Inmediatas, Despacho de los miembros de la disidencia de la Comisión de Programa nombrada en el VI Congreso del PCA, compañeros Angélica Mendoza y Cayetano Oriolo.

92. *La Internacional*, 27/9/1924.

93. *La Internacional*, 23/6/1923.

94. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 53.

95. *Idem*.

96. *La Internacional*, 12/7/1924.

97. *La Internacional*, 5/7/1924.

98. Ida Bondareff, según planteó Angélica Mendoza en el Congreso, representaba al CC Femenino ante el Comité Ejecutivo desde “que se fue Julia Coral”. Pero el CE no la aceptó por una “cuestión pendiente” que *La Internacional* no aclara y que, según I. Bondareff, era “un asunto viejo” sobre el que “existían rumores, aunque nunca con pruebas”, desde 1922, pese a lo cual ella “fue siempre muy activa”. En el Congreso de 1922 fue una de las cabezas de la “tendencia infantilista”, de lo que se autocriticó más tarde. Ante el uso de su nombre por *La Chispa* envió una carta a *La Internacional*, que ésta publicó el 18/9/1926, tomando distancia de los “chispistas”. Estos comentaron en *La Chispa* (25/9/1926) que expulsada del PCA en 1925, el VII Congreso del Partido no hizo lugar a su apelación. Ida Bondareff apeló a Moscú; el PC envió a Codovilla y luego de un período de silencio, *La Internacional* comenzó a publicar notas firmadas por ella. Según *La Chispa*, del 26/3/1926, Ida Bondareff “jamás gozó de confianza de parte de la dirección del Partido por suponérsele el propósito de querer ejercer un control sobre la actividad del mismo” (se refiere evidentemente a los contactos de Bondareff con los comunistas rusos, y con Lenin, desde antes de la Revolución de Octubre). Ida Bóndareva (y no Bondareff, puesto que llevaba este apellido por su primer marido), militante del Partido Obrero Social Demócrata de Rusia, llegó a la Argentina como emigrada luego de la Revolución Rusa de 1905, acompañada por una hija de su primer matrimonio con un revolucionario ruso que pasó la mayor parte de su vida en las cárceles zaristas; se casó aquí con Moisés Kantor,

profesor en la Universidad de La Plata, quien estaba casado con Lidia Korobítsyna –con la que tuvo tres hijos–, de la que se separó para casarse con ella. Ida Bóndareva era dentista, y corresponsal, aquí, del periódico *El Proletario*, que dirigió Lenin. En la década del 30 los Kantor y sus hijos, L. Korobítsyna y sus hijos y Benjamín Abramsón, su mujer y sus dos hijas, regresaron a Rusia. Luego estuvieron en la Guerra Civil Española colaborando con las fuerzas republicanas y posteriormente participaron en la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de ellos colaboró con los servicios especiales soviéticos, en particular las hijas de Abramsón que trabajaron en la Agencia de Inteligencia Militar de la URSS (GRU). La hija del primer matrimonio de la Bóndareva fue la poetisa Lilia Guerrero, traductora de Maiakovski al español, compañera de Luis Sommi, dirigente del PC de la Argentina. La dirección del PC de la Argentina se opuso terminantemente a que tanto Kantor como I. Bóndareva fuesen admitidos en el partido ruso, acusándolos de “arribistas e intrigantes”. Ver *Mosaico Roto*, de Paulina y Adelina Abramsón, Madrid, Compañía Literaria, 1994, y la carta del 12 de febrero de 1926 de Victorio Codovilla a Stirner, Archivos de la Comintern.

99. El 6/12/1924, Juan Greco renunció al CE porque se radicó en Montevideo. Era director de *La Internacional* y, al irse, fue reemplazado por Rodolfo Ghioldi.

100. Armendaris es llamado, algunas veces, Armentaris; en otras, Armentano, y en otras, Armendariz. Presenta informes y participa en reuniones y al poco tiempo desaparece.

101. Jordán Oriolo, *obra cit.*, pág. 80.

102. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 54.

103. Archivo de la Comintern, Proyecto de Programa de Reivindicaciones Inmediatas, Despacho de los miembros en disidencia de la Comisión de Programa nombrada en el VI Congreso del Partido Comunista de la Argentina, compañeros Angélica Mendoza y Cayetano Oriolo.

104. La Sociedad de las Naciones es la antecesora de la ONU (Organización de las Naciones

Unidas). Fue instituida en 1919 por el Tratado de Versalles, a través de un pacto que firmaron 23 Estados, a los que se sumaron

luego otros 22. Sesión hasta el 8/4/1946 y transfirió sus bienes a la ONU.

105. *La Internacional*, 8/10/1925.

106. *La Chispa*, 11/9/1926.

107. *La Chispa*, 20/11/1926 y 4/12/1926.

108. *Esbozo...*, edic. cit., págs. 54 y 55.

109. La intervención de la IC fue abierta hasta el VII Congreso de la IC, en 1935. Y más discreta, pero no menos eficaz, hasta la disolución de la IC en 1943. En realidad, con posterioridad a esa fecha, el PC de la Argentina dependería, utilizando mecanismos más ocultos, del PC de la URSS. Isidoro Gilbert en su libro *El oro de Moscú* (edic. cit., pág. 64) relata cómo influyó la dirección del partido soviético en la designación de Athos Fava como secretario general del PC de la Argentina a la muerte de Arnedo Alvarez, en 1982, y existen muchas pruebas de la injerencia soviética en el XVI Congreso “renovador” de ese partido en 1986. Los aparatos secretos del Partido Comunista de la Argentina tejieron una amplia red de infiltración en las Fuerzas Armadas y el aparato estatal, en los medios, en la burguesía nacional y en las fuerzas de izquierda y en otros sectores sociales y políticos. A fines de la década del 60 y principios de los '70 los aparatos secretos del PC fueron dirigidos *directamente* por cuadros disciplinados a la KGB (Comité de Seguridad del Estado) y otros servicios soviéticos. El autor tiene múltiples evidencias de esto. El incendio simultáneo, a la misma hora, el 28 de junio de 1969, de catorce supermercados Minimax pertenecientes a la familia Rockefeller realizado por distintas organizaciones de izquierda y dirigido –sin que ellas lo supieran– por el aparato militar del PCA encabezado por oficiales preparados por el Ejército soviético (ver Isidoro Gilbert, *obra cit.*, pág. 267) es la demostración del grado de coordinación de esa infiltración –en este caso en la izquierda– con la inteligencia soviética.

110. Milos Hájek, *obra cit.*, pág. 169.

111. “Los partidarios del Programa –que ya habían planteado ese problema ante la Internacional Comunista por intermedio de anteriores delegaciones– encomendaron al camarada Codovilla plantearlo una vez más y recabar del Comité Ejecutivo de la Inter-

nacional Comunista su ayuda política, para resolverlo definitivamente”. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 55.

112. ¡Adelante!, 26/9/1928.

113. Julio Godio, *El movimiento obrero argentino. 1910-1930*, edic. cit., pág. 174.

114. Jordán Oriolo, *obra cit.*, tomo I, pág. 87.

115. Archivos de la Comintern. Proyecto de Programa de Reivindicaciones Inmediatas, Despacho de los miembros en disidencia de la Comisión de Programa nombrada en el VI Congreso del Partido Comunista de la Argentina, compañeros Angélica Mendoza y Cayetano Oriolo.

116. *La Internacional*, 5/9/1925.

117. *La Internacional*, 22/9/1925.

118. *Ordine Nuovo*, 26/9/1925.

119. Después de expulsado del PC, Oriolo fue expulsado del Sindicato Obrero Afines del Automotor del que era dirigente, por ser “agente patronal”. Se lo acusó de estar en relación con el gerente de la empresa Energina, porque se lo sorprendió entrando al domicilio de un directivo de esa empresa luego de una asamblea obrera en Rosario, en momentos en que había un conflicto. Curiosamente, elementos del Sindicato del Mueble, entre otros su secretario general, Mársico, habían establecido vigilancia en esa casa y vieron entrar y salir a Oriolo. “Cuando se investigaba sobre Rafael Greco, y por casualidad, fue descubierto Oriolo”, escribió Pedro Romo, en carta al CE de la Internacional Comunista, el 23/4/1926 (Archivos de la Comintern). Cayetano Oriolo explicó que se le tendió una celada enviándole una carta a su compañera, en nombre de una persona desconocida, citándolo allí. En la entrevista, sorprendentemente, según Oriolo, le ofrecieron 2 mil pesos para que claudicase. Lo extraño del caso es que Oriolo era secretario del Partido Comunista Obrero, naftas Energina anunciaba en *La Internacional* y el hombre que lo contactó por esa empresa era Francisco Docal, un dirigente obrero que fue dirigente del PC y administrador de *La Internacional*, y que, posteriormente sería conocido, según carta de Oriolo a *La Vanguardia*, como “chantajista y hombre de la Asociación del Trabajo”. También es extraño que Francisco Docal enviase una carta a *La Vanguardia*

explicando que el jefe de personal de la empresa Energina decía que Oriolo estaba “vendido a ella”. Cayetano Oriolo explicó en *La Vanguardia* que la compañía Energina estaba en conflicto y trató de anularlo a él en “connivencia con elementos que hay dentro de la organización”, y que se aplicó con él un procedimiento semejante al que se había usado contra Apolinario Barrera mediante una carta fraguada, procedimiento, este último, que él dijo haber repudiado pero “calló por disciplina partidaria”. (Ver *La Internacional* del 20/3/1926 y *La Vanguardia* del 15/3/1926 y del 29/3/1926). En su edición del 1/5/1926, *La Chispa* denunció que F. Docal “mantiene relaciones cordialísimas con Mársico y Cía.” y que ambos pertenecían a la Agrupación “El Aventino”, que seguía la política yrigoyenista y eran “reformistas, amarillos y traidores”. Es decir: según los “chispistas”, Mársico respondía a Docal y éste a la patronal Asociación del Trabajo. El 20 de agosto de 1929, la Federación de Chauffeurs volvió a tratar el caso Oriolo, ya que por el tiempo transcurrido algunos consideraron que podía reverse el asunto. Según el periódico penelonista ¡Adelante!, que era profundamente hostil a Oriolo, éste estuvo presente en la asamblea y “no pudo levantar los cargos”, por lo que triunfó la posición de dar por terminado definitivamente el caso y dejar vigente la sanción (¡Adelante!, 15/9/1929). *La Chispa* del 17/4/1926 se preguntó por qué *La Internacional* atacaba a Oriolo y a Greco y defendía a Mársico, y contestó que lo hacía porque los dos primeros eran del Partido Comunista Obrero y por “el recuerdo de un viejo asunto entre la Energina y Codovilla que conviene callar o hacer olvidar”. El Partido Comunista Obrero fue el partido que fundaron los “chispistas” luego de ser expulsados del PC.

120. *La Internacional*, 30/12/1925.

121. *La Chispa*, 15/1/1927.

122. ¡Adelante!, 1/11/1928.

123. ¡Adelante!, 1/7/1929.

124. *La Internacional*, 20/9/1925.

125. *La Internacional*, 1/10/1925.

126. *La Internacional*, 3/10/1925 y *Ordine Nuovo*, 4/10/1925.

127. *La Chispa*, 13/2/1926.

128. *La Chispa*, 30/1/1926.

129. José Stalin, “Sobre la bolchevización”, *Pravda*, 3/12/1925, citado por Jorge Dimitrov en *Rinascita*, N° 12, diciembre de 1949.

130. Juan Jolles (Jean Jolles) fue un cuadro de la Internacional Comunista, de origen alemán, nacido en Freiburg, al sur de Alemania. Era hijo de un profesor universitario de filosofía. Apareció en la Argentina, en 1923, como militante de la Juventud Comunista de Holanda. Actuó en Argentina, Brasil y otros países sudamericanos con los seudónimos de Alonso, Cazón, Emilio, Eoles, Macario. Años después sería sancionado en el PC de la Argentina y enviado a Tucumán a realizar un trabajo de base. Murió en Guayaquil, Ecuador. Sobre Jolles ver Isidoro Gilbert, *El oro de Moscú*, edic. cit., pág. 50, y William Waack, *Companhia das Letras*, San Pablo, 1993, pág. 60.

131. *La Chispa*, 9/6/1928.

132. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 57.

133. *La Vanguardia*, 27/12/1925.

134. *La Internacional*, 4/4/1926.

135. *La Chispa*, 30/1/1926. En mayo de 1926, una resolución del juez Artemio Moreno –socialista, según *La Internacional*– dejaba libre a Modesto Fernández. El juez atribuyó el asesinato de Müller a “riñas internas y discusiones violentas”. Cuando ese mismo juez había decretado la prisión preventiva de Fernández, lo había hecho argumentando que las balas que mataron a Müller eran las de la pistola de Fernández, la única que se encontró en el salón y que tenía su carga incompleta. Pero para liberarlo, el mismo juez se basó en la pericia de los técnicos del Arsenal de Guerra, que concluyeron que las balas que mataron a Müller no correspondían a la pistola secuestrada. *La Internacional* subrayó que Artemio Moreno no era “cualquier juez”, era un socialista al que se lo conocía como “el juez de la izquierda, el más avanzado de los jueces”. El abogado defensor de Modesto Fernández fue Simón Scheimberg, expulsado en 1922 del PC. (Ver *La Internacional*, 11/5/1926, 12/5/1926, 4/5/1926; la del 5/6/1926 indica que “los amigos de Modesto Fernández” decían que el asesino había sido Aurelio Hernández y la del 6/6/1926, denuncia que se presentaron cinco testigos falsos en el juicio). La protección dada por los dirigentes socialistas a Modesto Fernández iba a agriar

enormemente la relación entre comunistas y socialistas.

136. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 58.

137. Citado en *La Chispa*, 30/11/1926.

138. Mateo Fossa fue un dirigente obrero de la madera, porteño, nacido a fines del siglo XIX en el barrio del Socorro, que militó en el movimiento sindical desde 1914. Visitó a Trotsky en México. Curiosamente, en la entrevista grabada de Mateo Fossa para el Proyecto de Historia Oral del Instituto Torcuato Di Tella en diciembre de 1970, habla de su militancia en las Juventudes Socialistas, en el Partido Socialista Internacional, en el Partido Comunista y en el Partido Socialista Obrero (que dirigían Benito Marianetti y Rodolfo Aráoz Alfaro) y de su adhesión a la 4ª Internacional (trotskista), pero no menciona el papel dirigente que jugó en el Partido Comunista Obrero. Tampoco habla de su militancia en el Grupo Obrero Revolucionario (GOR), posteriormente llamado Liga Obrera Revolucionaria (LOR), organizado por algunos disidentes del Partido Socialista Obrero y Liborio Justo, como relata este último en *Estrategia Revolucionaria*.

139. *La Chispa*, 24/7/1926.

CAPÍTULO VI

CLASE CONTRA CLASE

...los líderes socialdemócratas de izquierda son de hecho los enemigos más peligrosos del comunismo y de la dictadura del proletariado.

Tesis para el VI Congreso de la Internacional Comunista

Giro a la izquierda

En 1927 se produjo un giro a la izquierda de la Internacional Comunista, línea que se acentuó luego del VI Congreso de la IC, en 1928, y siguió por varios años, llevando a graves derrotas al movimiento comunista internacional.

El cambio de la línea de la IC se produjo en una situación muy compleja. Milos Hájek, en el prólogo a la edición de las tesis, manifiestos y resoluciones del VI Congreso de la IC que editó *Pasado y Presente* en 1977,¹ plantea que este cambio tuvo diversos motivos. Uno fue que la política de Frente Unico no dio los frutos esperados. El giro a la derecha operado en la Segunda Internacional y en la Internacional de Amsterdam se había expresado en la desaparición de la tendencia de izquierda de las Trade Unions inglesas, terminando con la posibilidad de un acuerdo entre éstas y los sindicatos soviéticos, que restableciese la unidad sindical internacional. El giro a la derecha de la socialdemocracia la llevó a una nueva colaboración con los Estados burgueses. La socialdemocracia alemana volvió a formar parte del gobierno en un gabinete de coalición y, en julio de 1928, aprobó –con gran oposición de la base del partido– la construcción de cruceros de guerra. El 1º de mayo de 1927 la milicia socialdemócrata de Varsovia mató a 8 obreros comunistas en una manifestación. El término **socialfascista** se empezó a generalizar. Dos años más tarde, el 1º de mayo

de 1929, el jefe de la policía de Berlín –socialdemócrata– prohibiría la realización de actos y manifestaciones al aire libre. Pese a la prohibición, los comunistas desfilaron y el jefe de la policía dio el orden de represión armada. En los barrios obreros se levantaron barricadas y hubo 32 muertos, masacrados por policías que, en su mayoría, eran afiliados al partido socialdemócrata.

Otra causa del giro a la izquierda estuvo en la ruptura de relaciones del gobierno británico con la URSS el 25 de mayo de 1927, hecho que tensó la situación internacional. En tercer lugar, se produjo la ruptura del frente único entre los comunistas chinos y el Kuomintang, como resultado de la traición de Chank Kaishek y del asesinato de decenas de miles de comunistas.

En la primavera de 1927, el Kuomintang, dirigido por Chiang Kaishek, había lanzado un golpe contrarrevolucionario seguido por una masacre de obreros y entre las masas populares. Hubo despidos masivos, rebaja de salarios y aumento de la jornada laboral que pasó a ser, en muchos casos, de 16 horas diarias. El 7 de agosto de 1927, en una reunión a la que asistió Mao Tsetung, la dirección central del PC de China acordó la política general de organizar la insurrección armada para oponerla a la contrarrevolución armada del Kuomintang. Finalizada la reunión, Mao Tsetung regresó a Junán donde dirigió el Levantamiento de la Cosecha de Otoño. Derrotado este movimiento insurreccional, el contingente armado dirigido por Mao, tras largos y duros combates, llegó a las montañas Chin Kang y organizó la primera base de apoyo revolucionario de la Revolución China. En ese marco se produjo la heroica insurrección de Cantón, planificada y dirigida con la ayuda de cuadros militares de la Internacional Comunista, el 11 de diciembre de 1927, a las 3,30 hs. de la madrugada. A dos horas del estallido toda la ciudad había caído en manos de los insurrectos que proclamaron la Comuna de Cantón. Pero, con el apoyo armado de los imperialistas, el Kuomintang volvió a la carga. Las tropas imperialistas estaban formadas por infantes de Marina yanquis e ingleses, fuerzas francesas y japonesas y buques de guerra ingleses, yanquis y japoneses. El 13 de diciembre, a las cinco de la tarde, la insurrección fue aplastada. El Kuomintang instauró el terror blanco y desplegó una tremenda represión sobre los re-

volucionarios y las masas populares. El fracaso de la insurrección de Cantón fue la prueba más clara de que la línea que propugnaba la Internacional Comunista, de llevar la revolución de la ciudad al campo, era una línea aventurera y de derrota para la Revolución China. Pero esto sólo se comprendería muchos años después, en 1935, cuando triunfó en el PC de China la línea de Mao Tsetung, que consideraba que la clase obrera debía ir al campo, apoyarse en el campesinado y crear bases de apoyo; la línea de organizar la guerra revolucionaria con base en el campo, una guerra campesina que debía tener en el campo su fuerza principal.

La situación de la Revolución China, de la que aún no se habían sacado conclusiones correctas, influyó poderosamente en la línea del VI Congreso de la Internacional Comunista, en especial respecto de los países coloniales, semicoloniales y dependientes.

En cuarto lugar, y relacionado a los hechos anteriores en la URSS, se generalizó el temor a una guerra antisoviética. También influyeron los acontecimientos posteriores al asesinato de Matteotti, en Italia, donde, según Hájek, “el bloqueo antifascista resultó ineficaz para derribar al régimen fascista”. Por otra parte, tras los sangrientos incidentes de julio de 1927, en Viena, la socialdemocracia se había retirado rápidamente de la lucha luego de las violentas represiones oficiales y, al mismo tiempo, dice Hájek, “la fuerza de la explosión espontánea favoreció la tendencia a sobrealzar la combatividad del proletariado europeo”.

E influyó también en el VI Congreso la nueva fase de la lucha interna en el PC(b) de Rusia, entre la mayoría del buró político, encabezado por Stalin, y el ala de derecha dirigida por Bujarin. Para algunos historiadores éste fue el motivo principal del giro a la izquierda de la IC, pero la mayoría se niega a realizar una asociación directa de causa-efecto entre la línea de la industrialización rápida y la colectivización del campo y la línea de clase contra clase de la Internacional. Es útil recordar que el llamado “giro a la izquierda” de Stalin en la política interna e internacional de la URSS encontró gran oposición en el buró político de parte de Bujarin, Rykoff (que era jefe del gobierno) y Tomsy (jefe de los sindicatos) y que, a principios de 1928, Stalin quedó en minoría.

Ya a comienzos de 1927, se volvió a proponer la tesis según la cual los socialdemócratas de izquierda eran más peligrosos –para los comunistas– que los de derecha. Línea que estuvo influenciada por el hecho de que gran parte de los socialdemócratas de izquierda eran excomunistas y por el profundo resentimiento de parte del movimiento obrero europeo –sobre todo el alemán– que fue golpeada por la traición y la perfidia de la socialdemocracia.

Nicolai Ivánovich Bujarin

Debemos detenernos en el análisis de la figura política que fue, en ese período, la personalidad dirigente más destacada de la Internacional Comunista: Nicolai Bujarin.

Bujarin ocupó distintas posiciones en el núcleo dirigente de la Revolución Rusa.² Al inicio de la Revolución, fue el líder de los llamados “jóvenes bolcheviques de izquierda” y, en la segunda mitad de la década del 20, el líder de la derecha del Partido. Sus ideas teóricas, su particular visión del marxismo –al que concebía fundamentalmente como una teoría sociológica– tuvo ejes que mantuvo, casi sin cambios esenciales, desde antes del triunfo de la Revolución Rusa hasta su muerte, en la década del 30.

Se puede afirmar que las ideas filosóficas, políticas y económicas de Bujarin son extraordinariamente semejantes a las de todos los revisionistas del marxismo-leninismo, incluyendo en esta nómina a Gorbachov y a Teng Siaoping. Puede ser considerado, a justo título, como el antecesor de éstos. Y no es casual que los defensores de Gorbachov –a quien en su momento de apogeo, algunos, bordeando el ridículo, llegaron a denominar “el hombre del siglo”– reconociesen públicamente la filiación bujarinista de sus ideas revisionistas. Bujarin tuvo una influencia muy grande en los principales hechos que protagonizó la Internacional Comunista en la década del 20 –en particular en la Revolución China– y en las posiciones de dirigentes de la Internacional Comunista como Palmiro Togliatti y Victorio Codovilla. De allí la importancia que atribuimos a sus ideas, que dejaron su impronta en el VI Congreso de la Internacional y en el Programa aprobado por ésta. Años después, antes de ser ajusticiado, sería el redactor principal de

la Constitución Soviética de 1936, que pasó a la historia como la “Constitución estaliniana”.

Bujarin desarrolló algunas de sus ideas fundamentales en 1915, en su libro *La economía mundial y el imperialismo*. Lenin escribió una introducción elogiosa del libro.³ *La economía mundial...* fue anterior al libro de Lenin *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. La obra de Bujarin tiene diferencias sustanciales con la de Lenin. Bujarin desarrolló en *La economía mundial...* su teoría sobre el capitalismo de Estado. El gigantesco proceso de concentración que vivía el mundo capitalista como resultado de la guerra, llevaba, opinó, a transformar las economías nacionales en una “especie de trust capitalista nacional”. “El porvenir pertenece (en tanto se mantenga el capitalismo) a formas económicas vecinas al capitalismo de Estado”.⁴ Esto se debía según Bujarin a que el aspecto sobresaliente del capitalismo moderno era “el nuevo papel intervencionista del Estado”, que se transforma en empresario directo, en “organizador de la producción” y dirige a ésta “como capitalista colectivo”. Esto llevaba a los Estados imperialistas a una lucha sanguiñaria en la arena internacional, en donde la guerra era “el catalizador y precursor” de su ruina.⁵ Era un análisis que desembocaba en la posibilidad de una sociedad futura con un sistema de explotación aún más cruel que el de entonces. Y traspasaba ese análisis al capitalismo mundial, o imperialismo, insistiendo en que “la internacionalización del capital había creado un auténtico sistema capitalista mundial” que se caracterizaba por “una estructura profundamente anárquica”. Ahora, las crisis capitalistas eran internacionales y la guerra, su mayor manifestación. Bujarin colocaba el “catalizador” definitivo de la Revolución **fuera** del sistema nacional.⁶ Esta idea, que influyó fuertemente las *Tesis* para el VI Congreso de la IC, fue sostenida por Bujarin hasta su muerte. La revolución proletaria dependía de la guerra, para Bujarin. Cuando a inicios de la década del 20 la revolución fue derrotada en Europa Occidental y la URSS quedó aislada, Bujarin valoró las guerras nacionales en las áreas coloniales, pero mantuvo siempre la idea de que la revolución no era posible en las sociedades capitalistas maduras sin una guerra general.

Lenin, en el análisis del imperialismo no concluía, como Bujarin, que la competencia y la anarquía de la producción habían sido eliminadas de las economías nacionales. En 1919, polemizando con Bujarin, insistió en que era un error presentar al imperialismo “como si no se apoyase en absoluto sobre las bases del viejo capitalismo”.⁷ Más aun, planteó que la monopolización intensificaba la anarquía inherente a la producción capitalista en su conjunto. Y consideró “un cuento” difundido por los economistas burgueses y socialdemócratas, la tesis que la trustificación abolía las crisis internas.⁸

Bujarin, en 1915-1916 consideró que “el imperialismo había hecho anacrónico el nacionalismo económico y político”. Por eso escribía “nacional”, entre comillas. Pensaba que el imperialismo llevaba a la “desaparición de los pequeños Estados independientes”. Algo muy semejante a lo que pensaba Rosa Luxemburgo. En ese entonces Lenin dijo de él que “era crédulo de los chismorreos, y endiabladamente **inestable** en política”. “La guerra lo ha empujado hacia ideas semianarquistas”, señaló, ante el rechazo de Bujarin a la consigna de autodeterminación de las naciones, consigna a la que consideraba “anticuada” y “propia del siglo pasado”. Por lo tanto, a diferencia de Lenin, Bujarin fue incapaz de prever el desarrollo histórico de la posguerra y la fuerza revolucionaria del movimiento antiimperialista. Para él había que “revolucionar la conciencia del proletariado (...) colocando constantemente ante él las cuestiones de la política mundial”.⁹ Lenin, en cambio, dio importancia a la ley del desarrollo desigual del capitalismo y atendió con interés a las posibles sublevaciones coloniales nacionalistas. Para Lenin, el imperialismo acelera el desarrollo capitalista de los países más atrasados y favorece, así, el crecimiento de factores que fortalecen, en estos países, la lucha contra la opresión nacional, engendrando las guerras nacionales que el imperialismo llamaba “guerras coloniales”.

En la década del 20, Bujarin postuló para la URSS una política evolucionista. Consideró a la Nueva Política Económica, aplicada en 1921 ante la gravedad de la situación (la economía estaba en ruinas, reinaba el hambre, las masas campesinas pasaban a la hostilidad abierta contra el gobierno soviético y había estallado

la rebelión en la base naval de Kronstadt), como el camino que llevaría a la URSS, gradualmente, al socialismo.

Las ideas filosóficas de Bujarin

Sus ideas en la economía pueden explicarse por sus ideas filosóficas. Su marxismo era determinista, mecanicista, y acentuaba exageradamente la primacía de las condiciones objetivas sobre la capacidad de intervención del hombre. Sus ideas filosóficas están condensadas en su obra *Materialismo histórico* (1921), concebida como un libro de texto para los jóvenes partidos comunistas y para los militantes soviéticos. El nudo de su pensamiento filosófico está en considerar que el fundamento de la dialéctica lo da la **teoría del equilibrio**. Su fórmula fue: equilibrio, ruptura del equilibrio y restablecimiento de éste sobre una base nueva.¹⁰ **De donde todo sistema tendería al equilibrio**. Habría dos estados de equilibrio: uno interno y otro externo, y habría una relación entre el equilibrio interno y el externo puesto que “la estructura interna del sistema (...) debe modificarse de acuerdo con la relación existente entre el sistema y su medio. Esta última relación es el factor decisivo (...) **el equilibrio interno (estructural) es un factor dependiente del equilibrio externo; es una ‘función’ de éste**”.¹¹ Aplicó su modelo de equilibrio a **todas** las formaciones sociales, abandonando el método historicista del marxismo y, como el equilibrio presupone la armonía social, privilegió a ésta por sobre el conflicto social. El origen del movimiento no estaba en la unidad y lucha de los contrarios “sino en las influencias y reacciones recíprocas”.¹² Bujarin destacaba los elementos de armonía y cooperación que permitirían el funcionamiento de la sociedad. De ahí su insistencia, en la URSS de los '20, en que “todos los estratos y clases de la sociedad soviética podían contribuir, consciente o inconscientemente, a la edificación del socialismo”.¹³

En el debate sobre los sindicatos, en enero de 1921, Lenin caracterizó el análisis bujarinista como “ecléctico” (conciliaba las posiciones contrapuestas de Lenin y Trotsky, sacando “un poco de aquí y otro poco de allá”, tratando de armonizar “lo uno y lo

otro”). Lo acusó de suplantar la dialéctica marxista por el eclecticismo.¹⁴ Sabemos, dijo Lenin, que a Bujarin se lo ha llamado, en broma, “cera blanda”, porque “cualquier persona sin principios, cualquier ‘demagogo’, puede escribir lo que le plazca en esta ‘cera blanda’”. En su llamado “testamento”, Lenin escribió sobre la filosofía de Bujarin: “Sus concepciones teóricas muy difícilmente pueden calificarse de enteramente marxistas, pues hay en él algo escolástico (...) jamás ha estudiado y creo que jamás ha comprendido la dialéctica”.¹⁵

Las ideas de Bujarin, siendo el máximo dirigente de la IC, tuvieron un eco importante en el VI Congreso. Esas ideas tenían continuidad con lo que había escrito en 1915. Para él, el capitalismo moderno era diferente al de los tiempos de Marx, ya que los problemas de mercado, de precios, las crisis, eran “problemas de la economía mundial”. Y repetía su tesis de que “el capitalismo organizado” liquidaba la competencia **dentro** de los países capitalistas pero se “**intensifica** la competencia **entre** países capitalistas (...) haciendo así inevitables la guerra y la revolución”.¹⁶ Es decir: su tesis sobre la primacía de los factores externos sobre los internos. De allí que en el VI Congreso de la IC se desarrollara la idea –que Bujarin negó haber sostenido– de que las futuras revoluciones proletarias serían posibles sólo en caso de guerra. Ante la polémica abierta por esta posición, Bujarin adaptó su argumentación, diciendo que las revoluciones en Europa serían posibles y, tal vez probables, **sin** guerra, pero eran “absolutamente inevitables” en el caso de una guerra.¹⁷ Estando la URSS aislada, esta tesis tenía serias connotaciones políticas para el futuro Estado proletario. De allí que Bujarin diese importancia a las guerras en la periferia colonial, buscando aliados en Oriente sin preocuparse demasiado del contenido de clase de esos movimientos de liberación.

“Ciudad mundial” y “campo mundial”

En el análisis de la realidad soviética, Bujarin tendía a hablar del campesinado en conjunto, indiferenciadamente, eludiendo la distinción bolchevique de clases sociales. Hablaba del prole-

tariado y del campesinado como de “dos clases trabajadoras”. En 1923, habló por primera vez de la “ciudad mundial” (los países imperialistas europeos y de América del Norte) y el “campo mundial” (refiriéndose a los países coloniales, semicoloniales y dependientes), aunque esta idea ya está planteada en su libro de 1915 sobre el imperialismo, donde afirma que “países enteros, especialmente aquéllos industriales, representan la ciudad y las regiones agrícolas el campo”.¹⁸ Posteriormente elaboró la noción del “campesinado mundial”. Como descubrió que la relación entre el número de obreros y campesinos en Rusia era un fenómeno mundial, planteó que el campesinado colonial, que comenzaba a despertar, era una “gigantesca reserva de infantería revolucionaria” que podía marchar junto al proletariado occidental contra el capitalismo mundial. Dijo: “Si se examina el estado de cosas en su escala histórica universal, puede decirse que los grandes Estados industriales son las **ciudades** de la economía mundial y las colonias y semicolonias **el campo**” y propugnó “un gran frente unido del proletariado revolucionario de la ‘ciudad’ mundial y el campesinado del ‘campo’ mundial”.¹⁹ Esta teoría fue uno de los ejes principales de línea en la Internacional Comunista durante el período en el que él fue su dirigente máximo.

Bujarin tuvo una influencia decisiva en la dirección del Partido Comunista y el gobierno de la URSS entre 1924 y 1928. Creyó posible edificar el socialismo en Rusia antes de que triunfase la revolución en Europa. Y veía esa edificación como un producto lógico de la NEP. Llevó a fondo la línea de Nueva Política Económica entendida, como dijimos, como la vía de acceso al socialismo. Su pensamiento era claramente evolucionista. Al igual que lo haría Teng Siaoping en China, en la década del 80 del siglo XX, Bujarin planteó a todo el campesinado, globalmente, sin diferenciación de clase, la consigna de “enriqueceos, acumulad, desarrollad vuestras haciendas”, aclarando que el gobierno soviético no iba a impedir la “acumulación de los kulaks [campesinos ricos]” ni iba a “organizar a los campesinos pobres para una segunda expropiación de los kulaks”.²⁰ Una estadística de 1925 estimó las familias campesinas pobres en Rusia en un 25 por ciento del total del campesinado, los campesinos medios en un 51 por ciento y los kulaks

en un 4 por ciento. Se estimaba el total del campesinado en unos 20/25 millones de familias. Otras estimaciones –de la izquierda– llevaban el número de familias ricas al 14 por ciento. Para Bujarin la población aldeana era indiferenciada desde el punto de vista de clase. Su objetivo era desencadenar el movimiento de mercancías como línea general de la economía soviética. Mientras la izquierda centraba en la producción, él partía de la circulación, de la ampliación del mercado, para llegar a la producción. Lo importante eran las cooperativas de comercialización, compras y créditos para llevar al campesinado al socialismo. Veía en estas células burguesas, o si se quiere pequeñoburguesas, células socialistas. Para Bujarin – como mucho después plantearía el tengsiaopinismo chino– la economía colectiva no era “ni la carretera principal, ni el camino, ni la senda primordial por la que el campesinado llegará al socialismo”.²¹ El avance hacia el socialismo suponía, en su concepción, la disminución del conflicto de clases y de la lucha civil.

La doctrina de Bujarin era **global**. Implicaba una revisión **global** del marxismo. Hoy se puede afirmar –vistos los resultados a los que llevó la aplicación de ideas semejantes a las teorías bujarinistas en la ex URSS, China y los ex países socialistas– que era una doctrina de restauración del capitalismo, como dijo entonces la izquierda y, particularmente, Stalin.

Ya en 1925 se comenzó a ver que el programa bujarinista no funcionaba. Mermaron los aprovisionamientos de cereales, pese a la buena cosecha, y se tropezaba en la industria con la falta de una inversión planificada.

Bujarin fue el principal responsable en la IC de la línea seguidista de la burguesía de Chen Tusiú, en China, línea que llevó al desastre a la Revolución China en abril de 1927. Bujarin, en vísperas del golpe reaccionario había aconsejado a los comunistas chinos que enterrasen las armas. Atrapado por el desarrollo vertiginoso de los acontecimientos en China, luego de abril de 1927, Bujarin ordenó la ayuda al Kuomintang de izquierda, que resistía en Wuhan, hasta que éste, en julio de 1927, se volvió contra los comunistas. Trotsky se montó en la derrota china para pasar a la ofensiva contra Bujarin y Stalin.

El VI Congreso de la Internacional Comunista

El VI Congreso de la IC se realizó entre el 17 de julio y el 1º de septiembre de 1928. Durante esas semanas, estalinistas y bujarinistas libraron una dura batalla por el control de la IC. Batalla que se libró fundamentalmente en los pasillos del Congreso, donde los stalinistas fueron ganando, una a una, a las delegaciones extranjeras. Stalin y sus seguidores anunciaron otra política para la IC, por primera vez, en diciembre de 1927, en reuniones a puertas cerradas.²² El debate del Congreso se centró en la índole del “tercer período”, que para Stalin significaba que las sociedades capitalistas avanzadas se hallaban en vísperas de profundas crisis internas y de trastornos revolucionarios. De ahí deducía su línea de rechazar toda colaboración con los socialdemócratas, cuyos partidos se estarían transformando en “socialfascistas”, y su línea de crear sindicatos paralelos por todas partes. Para los bujarinistas, la tesis sobre la posible crisis revolucionaria en los países capitalistas occidentales era radicalmente falsa, puesto que esos países atravesaban un período de gran estabilidad, con un nivel tecnológico y organizativo más alto. Por otro lado, Bujarin se resistía a mezclar a la socialdemocracia con el fascismo.

Los elementos esenciales de la línea del VI Congreso fueron:

1. En las relaciones internacionales, señaló como los hechos principales: la cuestión china (la agudización de la disputa interimperialista por el reparto de China); el tensamiento de la contradicción anglo-yanqui con el traslado del centro económico del capitalismo a los EE.UU. (en relación con la expansión yanqui definió a América Latina como una enorme esfera de influencia de los EE.UU.) y el proceso de decadencia del imperialismo inglés; el fortalecimiento económico de Alemania con la ayuda de los créditos yanquis y una orientación cada día más antisoviética de su política (aunque planteó no simplificar la cuestión alemana, porque ésta no renunciaba a ser intermediaria entre las potencias imperialistas y la URSS).

2. La definición del llamado **tercer período** de la posguerra. El **primero** había sido el de la **crisis revolucionaria**, cuyo punto culminante estuvo en 1920-1921. Las derrotas del proleta-

riado de Europa Occidental –en especial la del proletariado alemán en 1923– junto con el triunfo de la URSS sobre las fuerzas de la intervención y la contrarrevolución, abrieron paso al **segundo período**, de ofensiva del capital y estabilización gradual y parcial del capitalismo. Los acontecimientos revolucionarios se trasladaron a los países coloniales y semicoloniales (insurrecciones de Marruecos y Siria y agudización de la lucha revolucionaria en China; todo ello en 1925).

Un análisis general de la situación al VI Congreso mostraba un progreso cuantitativo y cualitativo superior al de preguerra, situación caracterizada por el aumento del nivel económico prebélico en la URSS y en el mundo capitalista, y denominada como “**el tercer período**”: período de rápido desarrollo de la técnica, y de un crecimiento impresionante de los **cartels** y **trust**, especialmente en Alemania y Estados Unidos. La Francia usurera se transformaba en industrial. Se registraba un progreso cuantitativo y cualitativo derivado del progreso técnico y de una amplia reorganización de las relaciones económicas capitalistas, en especial la nueva organización del trabajo. Se hablaba de una verdadera **revolución técnica** en referencia a invenciones muy importantes, especialmente en el campo de la química aplicada, al empleo masivo de los metales ligeros, al avance de la electrificación y a la utilización de nuevas máquinas en el campo. Adelantándose a una discusión que florecería en los '90 de este siglo, Bujarin subrayó que “por primera vez en gran escala en la historia mundial el número de obreros empleados en la industria disminuye”.

Junto con lo anterior, el VI Congreso de la IC –principalmente por obra de las correcciones que introdujeron Stalin y la mayoría del CC del PC(b) de la URSS en las tesis iniciales de Bujarin– señaló el crecimiento de la tendencia al capitalismo de Estado y a un poderoso desenvolvimiento de las contradicciones de la economía mundial, particularmente el agravamiento de la contradicción entre el crecimiento de las fuerzas productivas y la reducción de los mercados que hacía “inevitable una nueva fase de guerras entre Estados imperialistas, de guerras de estos últimos contra la URSS, de guerras de liberación nacional contra los imperialistas y sus intervenciones, de gigantescas ba-

tallas de clase”. El VI Congreso planteó que “al agudizarse las contradicciones internacionales (...) al desencadenarse los **movimientos coloniales** (...) este período conduce fatalmente a un nuevo desenvolvimiento de las contradicciones de la estabilización capitalista, a un nuevo quebrantamiento de la estabilización capitalista y a una aguda agravación de la crisis general del capitalismo”.²³ Este pronóstico, hecho en 1928, fue confirmado estruendosamente en 1929.

Bujarin planteó en su informe que “si las colonias se hallan en efervescencia (...) eso quiere decir que las contradicciones internas del sistema capitalista se agravan en general”.²⁴

La existencia de la URSS y el crecimiento de la Revolución China demostraban la existencia de una crisis grave del capitalismo. El economista de la Internacional, E. Varga, escribió sobre la estabilidad capitalista: “Estabilización no significa estabilidad. El capitalismo no ha sido nunca, ni puede ser, estable (...) está en la esencia misma del sistema capitalista que su equilibrio sea inestable y que esta inestabilidad sea constante. En los períodos de equilibrio aparente, se desarrollan sin cesar elementos de contradicción, hasta que éstas son violentamente resueltas por una crisis que restablece el equilibrio para un corto tiempo”.²⁵

Las anomalías que se observaban en la economía mundial y el crecimiento del antagonismo entre los Estados imperialistas expresaban que, luego de la guerra, se había creado una situación tal “que la potencia económica de algunos Estados ya no correspondía con la extensión de sus posesiones coloniales” (esto se refería especialmente a los Estados Unidos), lo que llevaría a un nuevo reparto del mundo y a la guerra, que era “**el problema central de la actualidad**”.

El desarrollo de la **tercera etapa**, planteó Bujarin, “se hace en el marco creado por la fase precedente que, a su vez, **agrava extremadamente todas las contradicciones**” y esto era “**lo que conduce al gran crack, a la gran catástrofe**”.²⁶ Sin embargo, es evidente que Bujarin, pese a plantear la existencia de múltiples síntomas de crisis, no le da la razón a los que profetizan “la catástrofe en todo el frente”.²⁷ Bujarin concluía que la guerra era “el problema central de la actualidad” y la tarea del proletaria-

do era transformarla en “una guerra civil del proletariado contra la burguesía”.²⁸

3. El VI Congreso desarrolló la mencionada tesis del social-fascismo, abonada por los numerosos informes que destacaron la degeneración ideológica de la socialdemocracia y llamaron a intensificar la lucha contra ella.

4. El Congreso consideró que “el eje de toda la situación es el problema de la guerra”, como dijo Bujarin en su discurso de conclusión sobre la situación internacional²⁹ y sostuvo que “Los preparativos de guerra contra la URSS están en su apogeo” y la subestimación de su amenaza era “el mayor peligro para la IC”. Palmiro Togliatti, en su informe al Congreso, fue aún más lejos y señaló, refiriéndose a los comunistas perseguidos o caídos por el terror blanco en todo el mundo, que “las primeras escaramuzas contra la Unión Soviética se están produciendo ya en el mundo entero”.³⁰

Precisamente en relación a este punto, se dio un debate referido a la relación entre las contradicciones internas y las externas. Bujarin, en su discurso de conclusión sobre la situación internacional, dio batalla contra los camaradas que “en un bolsillo meten las contradicciones **internas** y en el otro las contradicciones **externas**”. Y es aquí donde argumentó, como señaláramos, que es posible una situación revolucionaria sin guerra; aunque la mayoría de las grandes revoluciones estallaron en relación con la guerra, por lo que se podría decir que ellas son **inevitables** en el momento de una guerra. Bujarin planteó en relación con esto una opinión que contradice la esencia de la dialéctica marxista: dijo que hay una **acción recíproca** entre las contradicciones internas y las externas pero que las contradicciones económicas mundiales, los conflictos mundiales “tienen una importancia **primordial**” (el subrayado es mío, O.V.).³¹ De aquí deducía que “el problema de la guerra prima sobre todos los otros” y que, por ello, la lucha contra esta amenaza debía “impregnar todo nuestro trabajo cotidiano”. Ya veremos las consecuencias que tuvo esta tesis en la lucha de líneas dentro del PC de la Argentina. Las tesis filosóficas de Bujarin –que tuvieron muchos adeptos en la Internacional Comunista– fueron rebatidas, años después, por Mao

Tsetung, cuando criticó a las concepciones metafísicas y evolucionistas vulgares que consideran que la causa del aumento, disminución o desplazamiento no están dentro de las cosas mismas sino fuera de ellas, siendo que “la causa fundamental del desarrollo de las cosas no es externa sino interna; reside en su carácter contradictorio interno”.³²

5. El Congreso definió al ala izquierda de la socialdemocracia como más peligrosa que la de derecha. En el Programa aprobado por el VI Congreso se consideró a la socialdemocracia de izquierda como “la fracción más perniciosa de los partidos socialdemócratas”.³³ Stalin tuvo, en esto, la posición más extrema: en su informe sobre “La desviación derechista en el PC(b) de la URSS” criticó a Bujarin por no ir a fondo en la lucha contra el ala izquierda de la socialdemocracia, afirmando que, para luchar con éxito contra la socialdemocracia, “es necesario agudizar el problema de la lucha contra la llamada ‘izquierda’ de la socialdemocracia”.³⁴

6. El Congreso limitó el frente único exclusivamente a la colaboración con los obreros socialdemócratas por “abajo” y la no admisión de propuestas y acuerdos con los partidos socialdemócratas. Se hacía una división escolástica entre la unidad por abajo y la unidad por arriba, realizando una separación que no es fácil de hacer entre la base y la cumbre de un movimiento organizado sólidamente, y negando la acción recíproca que existe entre ambas.

La socialdemocracia había jugado en todo el período anterior, planteó el VI Congreso, “el papel de última reserva de la burguesía, de partido ‘obrero’ burgués”. Al consolidarse el capitalismo, hizo superflua su función de partido dirigente y jugando un papel opositor la socialdemocracia mantuvo bajo su influencia a capas importantes de la clase obrera y adquirió influencia en capas pequeñoburguesas en vías de radicalización. “Los líderes socialdemócratas de izquierda son de hecho los enemigos más peligrosos del comunismo y de la dictadura del proletariado”, afirmó el VI Congreso. Advirtió sobre el peligro del fascismo, pero secundariamente. Planteó que la ideología oficial de la socialdemocracia “tiene muchos puntos comunes con la del fascismo”.³⁵

Esta posición, al igual que la caracterización de la socialdemocracia como socialfascismo, que aparece por aquí y por allá en ese

período, es demostrativa de que no se advirtieron, inicialmente, las características y los peligros que encerraba el crecimiento del fascismo. No se comprendió que la naturaleza social de ambos fenómenos, fascismo y socialdemocracia, eran profundamente diversas: tras el fascismo estaban los sectores más reaccionarios del capital, mientras que tras los reformistas estaban grupos burgueses ligados a cierta tradición democrática y pacifista. Y que tenían diferentes bases de apoyo.

7. En la cuestión de los países coloniales y semicoloniales el VI Congreso subrayó **la importancia de la Revolución China**, que arrastraba en su órbita “a decenas de millones e indirectamente a centenas de millones de hombres”. Siendo “una revolución antiimperialista y de liberación nacional” y por “su contenido objetivo y en su fase actual, una revolución democrático burguesa (...) se transformará fatalmente en revolución proletaria”.³⁶

Destacó que la burguesía nacional (del Kuomintang) “ha pasado definitivamente al campo de la contrarrevolución” y que la lucha contra el imperialismo “es inseparable de la lucha por la tierra y de la lucha contra el poder de la burguesía contrarrevolucionaria”. Frente a la invasión japonesa a China planteó “unir la cuestión de la defensa revolucionaria del país a la lucha por derribar a Chiang Kaishek y el Kuomintang”. Bujarin, en el VI Congreso, consideró que no había habido un error en “la línea fundamental de la orientación táctica sino en los actos políticos y en la línea práctica efectivamente llevados a cabo en China”. Si se refería a que había sido correcta la línea de alianza con el Kuomintang luego de 1924, estuvo en lo cierto. Pero si incluía en la orientación táctica el seguidismo a la burguesía china por el CC del PC de China (dirigido por Chen Tusiu) se equivocaba en lo esencial. Bujarin criticó al Partido porque en el período inicial de la Revolución, período de colaboración con el Kuomintang, le faltó independencia y, a veces, fue apéndice de aquél en vez de ser su aliado. Ni el PC de China ni el delegado de la IC en China, señaló Bujarin, previeron los cambios y no vieron que su antiguo aliado se transformaría en “su enemigo encarnizado”. (En realidad, había sido la dirección de la Internacional Comunista, con Bujarin en primer lugar –además de Chen Tusiu y el delegado de la IC en

China— los que no habían visto esta posible transformación del Kuomintang.)³⁷ Por lo que el Partido, según Bujarin, fue, a veces, un obstáculo para el movimiento de masas, la revolución agraria y el movimiento obrero. Y agregaba Bujarin que —tras corregir sus errores oportunistas— habían aparecido tendencias golpistas y aventureras en el Partido chino y que éste tenía que pasar ahora a una etapa de acumulación de fuerzas para preparar a las masas para la insurrección.

La situación china

El Partido Comunista de China había sufrido una derrota de graves consecuencias. Su análisis era fundamental para todo el movimiento revolucionario en los países coloniales, semicoloniales y dependientes. Se abrió una lucha de líneas muy intensa en el PC de China y en la Internacional. Bujarin estaba directamente ligado a la línea derechista del secretario general del PC de China, Chen Tusiú, que llevó a la catástrofe. En el III Congreso del Partido, en 1923, Chen Tusiú sostuvo que todo el accionar político de los comunistas debía hacerse a través del Kuomintang. Considerando que el proletariado era una fuerza numérica escasa y sin independencia política y el campesinado estaba influido por ideas conservadoras y atrasadas, concluía que sólo la burguesía podía liderar el proceso revolucionario en esa etapa. Esa línea fue combatida por Mao Tsetung y otros comunistas. Mao sostenía que la burguesía nacional tenía una actitud contradictoria ante la Revolución China. Escribió en 1926 que la burguesía nacional china “siente la necesidad de la revolución y favorece el movimiento revolucionario contra el imperialismo y los caudillos militares cuando padece los golpes del capital extranjero y la opresión de los caudillos militares, pero desconfía de la revolución cuando siente que, con la valiente e impetuosa participación del proletariado del país, y el activo apoyo del proletariado internacional, la revolución amenaza su esperanza de alcanzar la condición de gran burguesía”.³⁸

Otro de los temas en debate era el de la participación de las masas campesinas en la Revolución China. La burguesía china

observaba horrorizada la lucha revolucionaria de los campesinos. Lo mismo sucedía con Chen Tusiú y muchos comunistas doctrinarios que temían por la “pureza” del frente único y que el desarrollo del movimiento campesino rompiera el frente único con la burguesía. Mao Tsetung escribió, en marzo de 1927, su famoso trabajo *Informe sobre una investigación del movimiento campesino en Junán*³⁹ en el que planteó la necesidad de que el Partido se colocara al frente del poderoso movimiento de masas del campesinado y lo dirigiera. Mao afirmó: “Sin los campesinos pobres no hay revolución. Negar su papel es negar la revolución. Atacarlos es atacar la revolución”. Stalin, siguiendo la línea leninista, advirtió, antes de la derrota de la revolución, en noviembre de 1926, que era una “inmensa equivocación” temer que “la entrada de la gente del campo a la revolución corrompa el frente único” y que “el frente antiimperialista en China será tanto más fuerte y poderoso mientras más rápida y completamente se haga entrar a la gente del campo chino a la revolución”.⁴⁰ En cambio Trotsky, cuyas ideas seguían teniendo influencia en la IC, había escrito en *La Revolución permanente*: “Hay que arrojar por la borda la teoría reaccionaria de las etapas y de las fases de la revolución. Hay que luchar por la dictadura del proletariado, arrastrando tras de sí al campesinado”. Pensaba que “sólo la hegemonía del proletariado en los centros políticos e industriales decisivos del país crearía las condiciones indispensables tanto para el establecimiento del Ejército Rojo como para el establecimiento del sistema soviético en el campo”.⁴¹ Para Trotsky, la revolución agraria en China “tiene un carácter tan antifeudal como antiburgués” y debía ir “no sólo contra los poco numerosos terratenientes y burócratas verdaderos, sino también contra los campesinos ricos y los usureros”. Desempeñó en la ocasión su vieja teoría de “arrastrar al campesinado” (con la que polemizara Lenin a comienzos de siglo), cuya falsedad quedó demostrada por la práctica de la Revolución Rusa.⁴²

También se expresaba la lucha de líneas en el PC de China alrededor del tema de la lucha armada, cuya necesidad era negada por la derecha. Stalin, en su discurso ante la Comisión China de la Internacional Comunista el 30/11/1926⁴³ subrayó que la Revolución China, revolución democráticoburguesa, era, también,

de liberación nacional. La burguesía nacional china era muy débil, dijo, más débil que la rusa de 1905. El imperialismo no sólo intervenía en China a través de la agresión armada. A veces la lucha **aparecía** como una cuestión interior, pero detrás estaba el imperialismo. Si se subestimaba la intervención imperialista “se subestima lo esencial”, afirmó Stalin. Subrayó también la importancia del ejército revolucionario para el trabajo de los comunistas. Planteó que el futuro poder en China sería “antiimperialista y parte de la revolución mundial” y que el Partido Comunista no debía salir del Kuomintang. Destacó la necesidad de asegurar la hegemonía del proletariado y, subrayando la importancia del campesinado en la Revolución China, planteó que sólo se podía lanzar la consigna de los soviets campesinos cuando “los centros industriales estén en condiciones de afirmarla”. Es decir: pensó que la Revolución China iría de la ciudad al campo y no del campo a la ciudad, como fue.

Stalin ya había planteado que la Revolución China tenía la ventaja de ser armada desde el inicio, veía la importancia de la lucha campesina y, en mayo de 1927, planteó que no había que llevar a cabo luchas decisivas por Shanghai, donde se entrecruzaban todos los poderes financieros que disputaban China. Pero Stalin no veía, en 1927, que la Revolución China iba del campo a la ciudad. Incluso los bujarinistas y los trotskistas han dicho que él fue quien envió a China al ruso Lominadzé, al alemán Neuman y al francés Doriot y ordenó la insurrección de Cantón, que fue rápidamente aplastada. Mao Tsetung siempre pensó que la Revolución China iba del campo a la ciudad, pero se convenció, definitivamente, y pudo dar batalla por esa idea –que revolucionó la táctica marxista– luego de la derrota de 1927, como le planteó a Malraux en su famosa entrevista.⁴⁴

Después de la derrota de la Revolución China por la traición del Kuomintang, en 1927, la Internacional Comunista rediscutió el papel de la burguesía nacional en el movimiento revolucionario de los países coloniales, semicoloniales y dependientes. La Internacional pasó de un bandazo de derecha (“Los obreros no deben tener desconfianza de Chiang Kaishek” había dicho Chen Tusiu, secretario general del PC de China) a otro de izquierda, que ubi-

có a la burguesía nacional y al campesinado rico en bloque como parte del blanco de la revolución, junto con los terratenientes, la burguesía intermediaria y el imperialismo. Este error tendría gravísimas consecuencias en el movimiento revolucionario de Asia, Africa y América Latina.

Tareas

Entre las principales tareas que planteó el VI Congreso al movimiento comunista internacional se destacaron “la lucha contra la guerra imperialista inminente”, la defensa de la URSS, la lucha contra la intervención en China y contra su reparto, y la defensa de la Revolución China y las insurrecciones coloniales.⁴⁵ Como veremos, este punto tuvo implicancias serias en la crisis interna del PC de la Argentina. Estas tareas fueron largamente analizadas por el Congreso, explicando lo que significaría la derrota de la URSS para el proletariado internacional y la necesidad de acentuar el **internacionalismo de combate**. Hubo también una resolución sobre la guerra imperialista, con tareas concretas para impedir una guerra contra la URSS.

El VI Congreso llamó también a intensificar la lucha contra los “partidos obreros de la burguesía”, abandonando, en la práctica, la lucha por el frente único con la socialdemocracia.

Para América Latina, se fijó como tareas transformar a los partidos de Argentina, Brasil, México y Uruguay en verdaderos partidos de masas y crear partidos comunistas allí donde no existían.

El trabajo de los comunistas en las Fuerzas Armadas

El VI Congreso dedicó una parte importante de sus tesis y discusiones a la cuestión del Ejército, “factor decisivo en todas las guerras”, planteando que, sin trabajar en el Ejército “toda lucha contra la guerra imperialista, todo esfuerzo por preparar las guerras revolucionarias quedan limitados al dominio de la teoría”.⁴⁶ El Congreso balanceó la rica experiencia de esos años de grandes combates revolucionarios, experiencia en la formación de organizaciones proletarias de autodefensa, milicias proletarias, guar-

días rojas insurreccionales, ejércitos revolucionarios y trabajo en las Fuerzas Armadas de la burguesía en los países metropolitanos y coloniales.

Combatió la tesis socialdemócrata que planteaba sustituir a los Ejércitos por milicias populares. Esto, afirmó, en la época del imperialismo era sólo “una gran utopía de la democracia pequeño burguesa”.

Diferenció la cuestión en los países coloniales y semicoloniales de los Estados imperialistas, en donde el proletariado “deberá destrozar y no democratizar” al Ejército.⁴⁷ En los Ejércitos de los países imperialistas, las reivindicaciones democráticas “tienen por objetivo no democratizar el Ejército o la milicia sino provocar su descomposición”,⁴⁸ señaló, valorizando, para el trabajo práctico, las diferencias existentes entre los diversos Ejércitos imperialistas. En esos países los comunistas no debían reclamar el servicio militar obligatorio (aunque el mismo permitiera a los obreros el uso de las armas), debían oponerse, al igual que a los Ejércitos profesionales, levantando una serie de reivindicaciones para debilitar a esos Ejércitos, afirmó el VI Congreso. En cuanto a las tropas especiales (gendarmería, policía, o bandas de voluntarios armados), en los países imperialistas, el centro estaría en excitar el odio de la población contra ellos. La consigna de milicias proletarias sería allí un llamado a las masas proletarias y no una reivindicación planteada al gobierno burgués, manifestó.

Diferenció también la cuestión militar en tiempos de revolución proletaria y en tiempos normales, y las tareas que se plantean al triunfar la revolución, cuando el proletariado debe organizar un “Ejército Rojo poderoso, disciplinado, bien armado y combativo”.⁴⁹

En los países coloniales y semicoloniales diferenció situaciones, en especial a los Ejércitos nacionales de los Ejércitos imperialistas enviados por las metrópolis o compuestos por indígenas. En China se tenía el ejemplo de cómo un Ejército nacional se transformó en imperialista. En lo que concierne a los Ejércitos nacionales planteó un programa de democratización para transformarlos en Ejércitos revolucionarios. Y diferenció, desde el punto de vista táctico, a un tercer tipo de Ejército “en el seno del

cual se desarrolla una lucha entre el movimiento nacional y los imperialistas”.⁵⁰ En ellos hay que “combinar los elementos de los dos programas”: el derrotista, para la parte que se encuentra bajo el comando imperialista, y la consigna del armamento del pueblo y el Ejército nacional para la otra parte. En general, en los países oprimidos, el proletariado debía defender el sistema de armamento democrático para que todos los trabajadores aprendieran el manejo de las armas, elevando la capacidad de defensa del país contra el imperialismo. En ellos se debía plantear el servicio militar obligatorio, la milicia democrática, el Ejército nacional, etc. El VI Congreso diferenció también las diversas situaciones en esos países, según fueran amigos o enemigos de la URSS o de la Revolución China, si eran opresores en otros países oprimidos por el imperialismo, si eran países que habían pasado por la revolución democrática o si, como sucedía en América Latina, la división de clases estaba decidida y la revolución burguesa no estaba aún terminada, y donde sería necesaria una consigna de clase: milicia obrera y campesina.

El tercer período

La caracterización del llamado “tercer período” suscitó –desde la víspera del VI Congreso– una dura polémica entre Stalin y Bujarin. Este último consideraba que la esencia del período era la consolidación del régimen capitalista, mientras que Stalin, acordando con la existencia del tercer período, le daba el significado de un recrudescimiento de la lucha de clases y de la acción revolucionaria del proletariado. Bujarin presentó sus tesis al VI Congreso **antes** de que las discutiese la dirección del PC(b) de la URSS. Esta introdujo, durante el Congreso, muchas correcciones (unas 20) que cambiaron la esencia del planteamiento de Bujarin en el sentido que pensaba Stalin. Se discute si el VI Congreso previó o no el estallido de la crisis económica de 1929; no se trató directamente, pero el centro del debate en el VI Congreso estuvo entre los que no veían diferencias entre el segundo y el tercer período y consideraban “efímera y parcial” a la estabilización del capitalismo, y los que subrayaban el tercer período como una fase más

acentuada de estabilización del capitalismo, aunque pensasen, al mismo tiempo, que esto implicaba contradicciones más violentas para el futuro.

El VI Congreso fue un compromiso entre las dos tendencias principales en pugna. Treinta o cuarenta días después “se pasó (...) a los discursos de Stalin sobre el problema alemán en el Presidium de la IC”, en los que se juzgaba “la estabilización capitalista como ‘podrida’ y ‘corrupta’”.⁵¹ Stalin explicó en su informe sobre “La desviación derechista en el PC(b) de la URSS” que la posición de Bujarin colocaba a la IC en el punto de vista de Hilferding sobre el llamado “saneamiento” del capitalismo, mientras que la estabilización capitalista no podía ser sólida por la agudización de la crisis del capitalismo mundial. Los partidarios de Stalin afirmaban “que las sociedades capitalistas avanzadas, desde Alemania a los EE.UU., se hallaban en vísperas de profundas crisis internas y de trastornos revolucionarios”.⁵² Del tema dependía una cuestión vital para todos los partidos comunistas: si se estaba ante un período de descenso del movimiento revolucionario, de simple concentración de fuerzas, o de maduración de las condiciones para un auge revolucionario.⁵³ No se puede descartar que Stalin (aunque no hay elementos para confirmarlo) haya tenido información precisa sobre la crisis económica que estalló, un año después, en los EE.UU. Crisis que él previó en mayo de 1929, mientras que la dirección de la Comintern se enteró de la misma recién cuando se produjo. El 24 de octubre de 1929 cayeron las acciones en la Bolsa de Nueva York y se inició la crisis que conmovió al mundo capitalista hasta 1932 y cuyas consecuencias afectaron a los EE.UU., prácticamente hasta la Segunda Guerra Mundial.

El debate en la Internacional Comunista entre Stalin y Bujarin se dio en el marco del debate en el PC(b) de la URSS entre la derecha (bujarinista) y la izquierda (liderada por Stalin), sobre la línea a seguir en la construcción del socialismo en ese país. Se había llegado a un punto en el que era necesario producir cambios de fondo en la llamada Nueva Política Económica seguida hasta entonces, política que estaba agotada. Se produjeron centenares de pequeñas insurrecciones campesinas y existía el peligro de una gran insurrección en el campo. Una parte influyente del Ejército

y la policía apoyaba a Bujarin, que quería dar un golpe de timón a la derecha.⁵⁴ La situación internacional se había complicado por las razones que había analizado el VI Congreso de la IC. En los partidos adheridos a la IC se abrió un período de aguda lucha de líneas y, combatiendo contra la desviación derechista, se pasó a sostener posiciones izquierdistas que trabarían, fuertemente, el desarrollo de los partidos comunistas.

El VI Congreso no resolvió, como se ha afirmado, un rumbo ultraizquierdista. La toma decidida de ese rumbo ocurriría un año más tarde, bajo el impulso de Stalin. En el X Pleno del CE de la IC, en julio de 1929, presidido por Molotov, se descartaron las decisiones del VI Congreso. Allí Bujarin y sus seguidores extranjeros fueron destituidos del CE de la Internacional Comunista.

Paralelamente, luego de la crisis de 1929, crecería el fascismo en todo el mundo y se generarían las condiciones que llevaron a la Segunda Guerra Mundial.

La opinión de Victorio Codovilla

Es de interés la posición de Victorio Codovilla en la cuestión sobre la estabilización capitalista. En su intervención en el XI Pleno de la Internacional Comunista⁵⁵ habló sobre “la repercusión indirecta” que tenía la estabilización capitalista sobre los países de América Latina. Indirecta, dijo, “porque en nuestros países no se puede hablar de estabilización capitalista como en Europa puesto que la economía en esos países no ha sido trabada por la guerra sino que, al contrario, tuvo un cierto desarrollo en esos años”. Señaló que la repercusión indirecta se debía a la lucha entre los imperialismos en relación a la situación mundial y habló de la importancia que tenía, para América Latina, la tesis sobre la decadencia progresiva del imperialismo inglés y el desarrollo del imperialismo norteamericano.

En el XI Pleno Victorio Codovilla polemizó con Albert Treint, que acusaba a Bujarin de subestimar el desarrollo del imperialismo norteamericano y, por esto, no haber prestado la atención necesaria al trabajo de la Internacional Comunista en América Latina. Dijo entonces Codovilla que “la cuestión fundamental es la

lucha que llevará a la revolución en Europa” y que “la América, en el período actual, no puede jugar un papel tan fundamental”, por lo que planteaba que Treint “sobreestima el rol de los países de América Latina”. Esto demuestra el desprecio de Victorio Codovilla por los movimientos revolucionarios antiimperialistas que se desarrollaban en México, Centroamérica (en especial en Nicaragua) y América del Sur (Columna Prestes).⁵⁶ La afirmación de Codovilla era propia de su visión eurocentrista y pesimista sobre las posibilidades revolucionarias en América Latina, pesimismo que lo acompañó toda la vida. Es evidente que ya maduraba la idea de la IC de tomar a América Latina como el “patio trasero” del imperialismo yanqui y la última zona del mundo a liberar. Más aun cuando se subrayaba la importancia que tenía América Latina para el imperialismo yanqui y a éste como el imperialismo en ascenso. Dijo Victorio Codovilla, en el XI Pleno, que los EE.UU. colocaban en América Latina una gran parte de sus inversiones industriales y financieras y que, a diferencia de los ingleses, el 40 por ciento iba a la industria. De esto concluía el carácter “completamente reaccionario” del imperialismo inglés en América Latina, dado que “impedía todo desarrollo industrial o económico en general en esos países”, mientras que “el imperialismo norteamericano era más flexible, más inteligente, más hábil”, puesto que, viendo la imposibilidad de seguir la política de exportación de mercancías manufacturadas, había comenzado a invertir en las industrias nacionales.

Planteó Codovilla que la lucha interimperialista en América Latina tenía por objetivo esencial la conquista de las materias primas que producían o podían producir estos países y eran necesarias para la gran industria: en primer lugar el petróleo, pero también el algodón, caucho, nitratos, cobre, estaño, etc. En este marco se desarrollaba el movimiento revolucionario latinoamericano, del cual Codovilla mostró varios ejemplos, en particular el mexicano, señalando solamente su carácter de movimientos dirigidos en general por la pequeña burguesía.

América Latina y la IC

Se ha dicho y repetido que recién en el VI Congreso la Internacional Comunista descubrió a América Latina. Es una frase rimbombante, pero sólo eso. Sucedió sí que en ese Congreso se puso a foco que Estados Unidos era el imperialismo más fuerte y expansivo y, lógicamente, se debió observar con otros ojos la importancia de nuestros países. Se hizo esto, siempre manteniendo una visión eurocentrista del mundo. Visión moderada por la importancia que tenían entonces China y la India en el movimiento revolucionario mundial.

En el VI Congreso de la IC, dijo Bujarin que “el movimiento comunista llegaba por primera vez a América Latina”. El delegado brasileño, Lacerda, contestó que no era así, sino que la Internacional Comunista se había interesado por primera vez en el movimiento comunista de América Latina, movimiento que ya existía –desde aproximadamente el año 1920– en varios países de la región. Todos los delegados latinoamericanos al VI Congreso subrayaron la importancia que América Latina tenía para los EE.UU. La región absorbía el 46 por ciento de los capitales yanquis colocados en el exterior.

El delegado brasileño, cuyo partido fue alabado por Bujarin por el crecimiento que había tenido, dijo que “estamos en vísperas de poderosas revoluciones agrarias en América del Sur y (...) se afirma la conciencia antiimperialista”. Planteó como enemigos de la revolución, al imperialismo y a “la burguesía nacional que explota a las masas obreras y campesinas, en coincidencia con el imperialismo”. Lacerda también planteó un tema que sería uno de los ejes de la próxima división del PC de la Argentina. “Dada una guerra mundial contra la URSS – dijo– debemos impedir, por todos los medios, que los ejércitos imperialistas se abastezcan de trigo y conservas de carne en la Argentina, y debemos sabotear el transporte de petróleo y de las principales materias primas para la industria de guerra”.⁵⁷

Argumentos semejantes a los de Lacerda –referentes a qué hacer ante una guerra contra la URSS, y ante la burguesía nacional– dio el delegado mexicano Carrillo, quien señaló, también,

el poco lugar que se daba en las tesis al problema agrario y a su importancia esencial en América Latina. “Es imposible comparar a nuestros campesinos con los de Europa Central, con los de los Balcanes e incluso con los de la Rusia zarista –dijo– porque viven en condiciones tan miserables, tienen medios de producción tan primitivos, que es imposible considerarlos como una clase poseedora, como pequeña burguesía”.⁵⁸ Los campesinos eran, según Carrillo, una masa que constituía la mayoría de la población de los países latinoamericanos y de la que millones de individuos pertenecían al semiproletariado.

Carrillo defendió a fondo la línea de frente único en el terreno sindical, ya que “la lucha contra los jefes reformistas y la burocracia sindical no se debilita con una táctica de frente único aplicada correctamente sino que, por el contrario, se fortalece”.⁵⁹ El delegado mexicano atacó las tesis de la imposibilidad del triunfo de la revolución en América Latina mientras el proletariado yanqui no derrotase a su propia burguesía, y a las tendencias de derecha que descuidaban el problema campesino y a las que dejaban en manos de la pequeña burguesía la hegemonía de la revolución agraria y de la revolución en general.

En su discurso de clausura sobre la situación internacional, Bujarin reconoció que había “diversas tendencias en nuestros medios sobre la cuestión de la línea táctica en los países americanos”. Y agregó: “No podría dar en este momento una respuesta a esas cuestiones discutidas”.⁶⁰

Un viejo debate

En el VI Congreso de la IC se debatió, en relación con la revolución en Latinoamérica, sobre el tipo de opresión imperialista que sufrían nuestros países y sobre el carácter de la revolución en ellos. Se puede decir que esa polémica entre los revolucionarios, hoy, setenta años después, sigue abierta.

En los primeros años de la Internacional Comunista, tanto Zinoviev como Bujarin, según el historiador ruso B. Koval, no veían ninguna diferencia entre América Latina, por un lado, y África y Asia por el otro. “En el fondo imitaban a Kautsky, quien catalo-

gaba a los países latinoamericanos entre las colonias feudales y semif feudales”.⁶¹

En el VI Congreso de la IC, Humbert-Droz –quien, ya mencionamos, dirigía la comisión para América Latina– planteó que “cuanto más capitales invierte en América Latina el imperialismo, más se desarrolla la industrialización, y más se desarrolla también la colonización de esos países”.⁶² El análisis de Droz ponía el acento en la colonización por el imperialismo yanqui y atenuaba la agudización del antagonismo entre el capital y el trabajo que traía la propia penetración imperialista; esto pese a que el imperialismo yanqui, a diferencia del inglés, en muchos casos realizaba inversiones en el terreno industrial.

El debate sobre las consecuencias de la industrialización imperialista en las colonias y países dependientes tenía repercusiones que hacían a cuestiones mucho más importantes para la Internacional Comunista. Analizando el desarrollo industrial que se había producido en los últimos veinte años en la India –y embelleciendo la penetración imperialista– algunos dirigentes comunistas de la Internacional como Palme Dutt, o el hindú Roy (Manabendranah Bhattacharya) planteaban, “en perspectiva, la **descolonización de la India** por parte del imperialismo británico”.⁶³ Según este análisis –opuesto al de Droz– el imperialismo, de una traba para el desarrollo social y económico de los países oprimidos (como había planteado el II Congreso de la IC) se transformaba en un impulsor de la industrialización moderna y la descolonización de las colonias y semicolonias, a las que pretendería transformar en dominios asociados del tipo de Canadá y Australia.

Lenin había dicho que en esa época eran típicos no sólo los países colonialistas y las colonias, sino también “formas **transitorias** de dependencia estatal (...) formas variadas de países dependientes que desde un punto de vista formal gozan de independencia política, pero que en realidad se hallan envueltos en las redes de la dependencia financiera y diplomática”. Entre esas formas Lenin citaba las semicolonias, y las existentes en países de América Latina como por ejemplo la Argentina.⁶⁴ Droz se tomaba del carácter transitorio de esas formas, carácter que Lenin subra-

yaba en el texto, para indicar que el destino de todos esos países era el de ser colonizados por el imperialismo.

El historiador ruso B. Koval, maliciosamente, dice que las tesis de Droz empalmaban con las tesis kautskistas, que afirmaban que éstos eran “países de capitalismo no desarrollado”, donde “la clase obrera no debía luchar independientemente sino apoyar a la burguesía doméstica”. Las opiniones de Droz, según Koval, eran manifestaciones del llamado “economismo imperialista” que defendían Radek, Piantakov y Pannekoek, entre otros, teoría que identificaba toda forma de dependencia con el colonialismo. También B. Koval dice que los dirigentes latinoamericanos Julio A. Mella, José Carlos Mariátegui y Victorio Codovilla, se pronunciaron contra estas ideas. Victorio Codovilla ya había planteado, en 1926, las diferencias que existían no solo entre los diversos países de América Latina, sino entre sus diferentes regiones, porque en algunas la economía era semifeudal y en algunos latifundios netamente colonial, en tanto que “en el centro principal del país, la situación se asemeja a la europea”.⁶⁵ Codovilla, según B. Koval, señalaba el carácter rector del modo capitalista de producción en los centros económicos latinoamericanos.

Humbert-Droz desechaba la definición de Lenin sobre el carácter dependiente de muchos de estos países y subrayaba el carácter semicolonial del conjunto de los países de América Latina. Droz insistía en la política colonizadora del imperialismo yanqui –que era el imperialismo más poderoso y expansivo–, que había transformado a estos países –salvo México– en la “gran colonia del imperialismo yanqui” pero, al contrario de lo que afirma Koval, luego del desastre sufrido por el PC de China en 1927 por su política seguidista de la burguesía nacional, Droz negaba todo papel revolucionario a la burguesía latinoamericana en la lucha contra el imperialismo. Argumentaba para esto que estaba “ligada desde sus primeros pasos al imperialismo extranjero” y a “la clase de los grandes propietarios terratenientes”. Sobre la base de las experiencias recientes en México, Nicaragua, Brasil y Chile, definía al movimiento revolucionario en América Latina como “un movimiento revolucionario de tipo democrático-burgués en un país semicolonial” en el que “ya no domina la lucha de una

burguesía nacional por un desarrollo autónomo, sobre la base del capitalismo sino más bien la lucha de los campesinos por la revolución agraria contra el régimen de los grandes terratenientes”. Y planteaba “la necesidad de conquistar la hegemonía del proletariado en la lucha revolucionaria en los países de América Latina”, formando “un bloque de las fuerzas revolucionarias de la clase obrera, la clase campesina sin tierra, los colonos, arrendatarios, etc. y la pequeña burguesía revolucionaria”.⁶⁶

Las ideas de Humbert-Droz

Las ideas de Droz no fueron apoyadas por los soviéticos, ni por los principales cuadros que trabajaban en la IC. En especial, Stepanov (que dirigía en ausencia de Droz la Comisión para América Latina) y Guralski, no las apoyaron. Pero estas tesis fueron discutidas ampliamente en el Presidium de la IC y en el VI Congreso, y sirvieron como base para los trabajos de la Primera Conferencia Comunista Latino Americana, que se reunió en Buenos Aires en 1929. Conviene por lo tanto tenerlas en cuenta, porque tuvieron influencia en el movimiento revolucionario continental.

Droz consideraba:

1) que Latinoamérica “vivía y trabajaba todavía enteramente bajo el régimen colonial”. En el caso de Brasil, Argentina y Chile, sometidos al dominio inglés, y en los otros países bajo el dominio yanqui.⁶⁷

2) que las condiciones de trabajo en las minas, como en las plantaciones, eran todavía las del período esclavista (existía el endeudamiento familiar de tipo esclavista por los alimentos, vestimentas y alcohol, que las proveedurías de las grandes compañías vendían a crédito a sus peones).

3) que “las grandes ciudades de América Latina no eran centros industriales productivos sino ciudades esencialmente parasitarias. Las fábricas, las grandes plantaciones o los grandes latifundios de Argentina y Uruguay, destinados a la producción de carne, estaban alejados de la capital (...) una sublevación del proletariado no podría llegar a esas ciudades parasitarias que albergaban el comercio, los bancos, la burocracia estatal, la burgue-

sía nacional, los terratenientes, el Ejército. El proletariado de las ciudades se componía esencialmente de trabajadores de servicios públicos, del transporte y empleados”.⁶⁸

Droz, quien junto con Bujarin había empujado primero la política seguidista a la burguesía china del PC de China, escaldado por la traición del Kuomintang, planteó en el VI Congreso de la IC que las burguesías latinoamericanas habían perdido toda posibilidad revolucionaria, porque “están ligadas a los intereses del imperialismo”. Por lo que la lucha contra el régimen colonial que, según Droz, existía en nuestros países, estaba “dirigida igualmente contra la naciente burguesía nacional ligada al imperialismo”.

La práctica demostraría en las décadas siguientes que toda burguesía nacional, más grande o más pequeña, de una u otra manera está “ligada” al imperialismo: o porque le vende o porque le compra, o porque es subsidiaria de empresas y monopolios imperialistas, etc. El problema para determinar, en concreto, si un sector de esa burguesía es amiga, enemiga o debe ser neutralizada, es un problema **político**: ¿ese sector tiende a enfrentar o a subordinarse al imperialismo? También la práctica demostraría que, en su conjunto, para garantizar la posibilidad de hegemonía proletaria en la revolución de liberación nacional y social, la burguesía nacional debe ser neutralizada, lo que implica ganar a un sector de la misma, golpear a otro y neutralizar a la mayoría de esa clase social, a través de una política activa de unidad y lucha.

El concepto de burguesía “ligada” al imperialismo, que tenía Droz para caracterizar a la burguesía nacional latinoamericana, predominó –hasta su desaparición– como criterio diferenciador del carácter de aliado o enemigo de la burguesía nacional, en la mayoría de los dirigentes comunistas latinoamericanos, quienes siguieron vinculados a la URSS y no estudiaron la experiencia del PC chino –y las obras de Mao Tsetung que la sintetizan–, ni profundizaron en el conocimiento de la propia experiencia revolucionaria latinoamericana.⁶⁹

Un ejemplo de los errores a los que podía llevar el análisis que hacía entonces la Internacional Comunista es que caracterizó –tal como lo hacía el PC de la Argentina– al reciente triunfo electoral de Hipólito Yrigoyen como ejemplo de “la creciente influencia

del imperialismo yanqui”⁷⁰ cuando, en realidad, crecían las contradicciones entre Yrigoyen y los yanquis y éstos jugarían, poco después, un papel muy activo en el golpe de Estado de 1930 que lo derribó.

En la discusión sobre el movimiento revolucionario en las colonias, Travín (su nombre real era Sergei Gusev), colaborador soviético de la IC que trabajaba en el Secretariado Latino, planteó que era incorrecto ubicar a los de América Latina en el grupo que integraban países como la India y China, que tenían una burguesía nacional, puesto que ésta no existía o era muy débil en nuestros países. Ni siquiera existía, dijo, una burguesía **compradora** (así llamaba el PC de China a la clase de comerciantes que importan a las colonias los productos de la metrópoli o exportan los tradicionales productos coloniales). Los países de América Latina, “no tienen en absoluto una burguesía nacional ni pequeña burguesía” (sic). En Argentina, agregó, existía “una burguesía nacional débilmente desarrollada pero evoluciona muy rápidamente en la dirección de la subordinación y la sumisión completa al imperialismo norteamericano del que depende totalmente”. Para completar semejante burrada, Travín afirmó que la revolución latinoamericana no era ni democrática burguesa, ni socialista. Era “un movimiento espontáneo de los obreros y campesinos de naturaleza socialista”.⁷¹

Polemizando con Travín, Droz dijo que “en estos países no hay bases para el desarrollo de un capitalismo autónomo”, puesto que su desarrollo capitalista “es **totalmente** dependiente del imperialismo”⁷² (el subrayado es mío, O.V.). Las experiencias posteriores de México (con el gobierno de Lázaro Cárdenas), Brasil (con Kubischek y Goulart) y Argentina (con Perón), entre otras, demostraría –en las condiciones de guerra mundial y de la existencia de países socialistas– la falsedad, relativa, pero falsedad al fin, de este análisis.

Una posición original

Ricardo Paredes, delegado de los partidos Comunista y Socialista de Ecuador, planteó en el VI Congreso la necesidad de incor-

porar en el programa de la IC “un nuevo grupo de países, el de los países ‘dependientes’”.⁷³ Aquí ubicaba a Argentina, Brasil, Uruguay, México, Ecuador, Chile y Perú. Había que distinguir, dijo, entre los países coloniales y los países dependientes. Se opuso a considerar en bloque a los países latinoamericanos como parte de la “campaña del mundo”, porque ese análisis, en el caso de nuestros países, subestimaba la importancia del proletariado y sobreestimaba la del campesinado. Aquí, en Latinoamérica, “la lucha principal debe ser llevada (...) contra la burguesía nacional, aliada de los imperialistas”. La lucha contra el imperialismo “será también uno de los problemas fundamentales de la revolución proletaria en todos estos países”. Paredes criticó a las *Tesis* por encarar “exclusivamente los problemas de la lucha contra el imperialismo” y olvidar “los de la lucha contra la burguesía nacional”.⁷⁴ Señaló que en las *Tesis* elaboradas para la discusión del VI Congreso se subestimaba el papel del proletariado y que era erróneo presentar al campesinado como la clase más numerosa, ya que “en un gran número de estos países el proletariado agrícola es mucho más numeroso que el campesinado”. Se opuso a caracterizar como “revolución agraria democrático-burguesa” a la revolución en países como Argentina, Brasil o Ecuador. Criticó a las *Tesis* por encarar todos los problemas de estos países solamente “desde el punto de vista de la repartición de tierras y de la lucha contra el imperialismo”.⁷⁵ También, para él, la burguesía nacional en casi todos estos países estaba íntimamente ligada con el imperialismo. Paredes se opuso al reparto de las tierras expropiadas por la revolución a los campesinos y propuso entregarlas para su explotación colectiva o para hacer grandes granjas estatales.⁷⁶

Como se ve, es notable la coincidencia de las posiciones de Paredes con las que, luego de 1975, defenderían los partidos comunistas prosoviéticos (incluido el PC de Cuba) en América Latina, con la llamada “teoría del capitalismo dependiente”. Esta teoría secundariza la división del mundo entre países opresores y países oprimidos, que es la división fundamental del mundo actual, independientemente de que los países oprimidos por el imperialismo tengan relaciones predominantemente feudales, semif feudales o capitalistas. Confunde las categorías marxistas de modo de pro-

ducción, formación económico social (dentro de la que pueden coexistir varios modos de producción, siendo uno el predominante) y sistema imperialista mundial (en el que existen países opresores y países oprimidos). La dependencia, para esta teoría, pasa a ser un **rasgo** de los países oprimidos y no lo que define su esencia. Se considera a la burguesía nacional en bloque como parte del enemigo, sin diferenciar a la burguesía intermediaria de la burguesía nacional. Se diferencia a la burguesía sólo por su tamaño: grande o mediana, y se golpea en bloque a la primera. Esta teoría revisa el proceso histórico de los países latinoamericanos para llegar a negar, totalmente, la existencia de rasgos precapitalistas en el campo (lo que era particularmente grave en la década del 20, cuando regiones íntegras de América Latina sufrían relaciones de producción semif feudales). Esto en países donde reina soberano el latifundio, en gran parte de origen precapitalista. Estas teorías negaron, en la década del 70 y el 80 del siglo XX, en América Latina, la entrega de la tierra en propiedad a los campesinos, tanto en Chile con Salvador Allende como en Nicaragua con el sandinismo, lo que tuvo mucho que ver con lo que pasó con esos procesos en ambos países.⁷⁷

El Programa de la Internacional Comunista aprobado en el VI Congreso unió y diferenció a la vez a la Argentina y Brasil —a los que consideró países **dependientes**, con gérmenes de industria y, a veces, con un desarrollo industrial considerable, pero “insuficiente, sin embargo para la edificación socialista independiente”— de los países **coloniales** y **semicoloniales** (China, India, etc.). Los unió por el predominio en ambos grupos “de las relaciones feudal-medievales o relaciones de ‘modo asiático de producción’, lo mismo en la economía del país que en su superestructura política; finalmente, con la concentración, en las manos de los grupos imperialistas extranjeros de las empresas industriales, comerciales y bancarias más importantes, de los medios de transporte fundamentales, latifundios y plantaciones, etc. (...). En estos países adquiere una importancia central la lucha contra el feudalismo y las formas precapitalistas de explotación y el desarrollo consecuente de la revolución agraria por un lado y la lucha contra el imperialismo extranjero y por la independencia nacional por otro”.⁷⁸

En el VI Congreso se discutió, también, la consigna del “latinoamericanismo” que había planteado Droz en su informe. El delegado de México Contreras (seudónimo de Vittorio Vitali, comunista italiano que actuó también en la Argentina y sería conocido en la Guerra Civil Española como el comandante Carlos) dijo que para la delegación latinoamericana “el latinoamericanismo es la consigna de un movimiento antiimperialista claramente pequeñoburgués que lucha contra el movimiento comunista y que afirma que el marxismo como el leninismo son plantas exóticas para América Latina”.

Por su parte, el delegado argentino Ravetto planteó en el Congreso que el triunfo de la UCR yrigoyenista en los recientes comicios marcaba “el comienzo de la dominación efectiva y abierta del imperialismo yanqui” y señaló que la delegación argentina estaba de acuerdo “con la calificación de países semicoloniales dada en este congreso a los países latinoamericanos” y que esto era “absolutamente justo para la Argentina, pese a la independencia formal de que goza”. Agregó que, para el PC de la Argentina, la lucha antiimperialista era la tarea esencial. Y afirmó que había que llevar “una lucha encarnizada contra el APRA que es una suerte de Kuomintang de América Latina”⁷⁹ Coincidiendo con la línea de la dirección de la IC sostuvo que “la lucha contra el imperialismo no es posible salvo en la medida en que se lucha contra la burguesía autóctona, vendida y cómplice”.

Esta línea llevaría al PC a un error muy grave frente al gobierno de Yrigoyen y facilitaría el golpe de 1930, golpe que aplastó, por un largo período, la democracia burguesa en la Argentina.

NOTAS DEL CAPÍTULO VI

1. *VI Congreso de la Internacional Comunista*, México, Pasado y Presente, 1977, primera parte.
2. En marzo de 1919, el VIII Congreso del PC(b) de Rusia designó para el que fuera el primer Politburó del Partido a Lenin, Trotsky, Stalin, Kámenev y Krestinski y, como suplentes, a Bujarin, Zinoviev y Kalinin. Estos ocho hombres concentraban el po-

der de la Rusia soviética, como declaró poco después Lenin en la Internacional Comunista. Bujarin tenía 31 años.

3. Nicolai Bujarin, *La economía mundial y el imperialismo*, Buenos Aires, Pasado y Presente, segunda edición, 1973.

4. *Idem*, pág. 196.

5. Stephen F. Cohen, *Bujarin y la revolución bolchevique*, Madrid, Siglo XXI, 1976, pág. 47.

6. *Idem*, pág. 51.

7. Renato Zangheri, Prólogo a *La economía mundial y el imperialismo* de N. Bujarin, edic. cit., pág.

9.

8. Bujarin planteó, en 1920, en su *Teoría económica del período de transición*, que “el capital financiero ha abolido la anarquía de la producción dentro de los países del gran capital”. Lenin lo corrigió: “no ha abolido” (Stephen Cohen, *obra cit.*, pág. 54, nota al pie).

9. Stephen Cohen, *obra cit.*, págs. 56 y 57.

10. *Idem*, pág. 166.

11. *Idem*, pág. 167.

12. Carlos Echagüe, *Revolución, restauración y crisis en la Unión Soviética*, tomo II, Buenos Aires, Ágora, 1995, pág. 140.

13. *Idem*, pág. 171.

14. V. I. Lenin, *Obras Completas*, tomo XXXII, edic. cit., pág. 85.

15. Stephen Cohen, *obra cit.*, pág. 151.

16. *Idem*, pág. 362.

17. Stephen Cohen, *obra cit.*, pág. 363.

18. Nicolai Bujarin, *obra cit.*, pág. 37.

19. *Idem*, pág. 212.

20. *Idem*, pág. 249 y 250.

21. *Idem*, pág. 275.

22. Stephen Cohen, *obra cit.*, pág. 415, nota al pie.

23. *VI Congreso de la Internacional Comunista*, primera parte, edic. cit., pág. 22.

24. *VI Congreso de la Internacional Comunista*, segunda parte, México, Pasado y Presente, 1978, pág. 19.

25. E. Varga, *La decadencia del capitalismo*, en Documentos

Políticos, Madrid, 1928, pág. 12.

26. *VI Congreso de la Internacional Comunista*, primera parte, edic. cit., pág. 20.

27. *Idem*, pág. 21.

28. *Idem*, pág. 22.

29. *VI Congreso de la Internacional Comunista*, segunda parte, edic. cit., pág. 100.

30. *Idem*, pág. 68.

31. *Idem*, pág. 108.

32. Mao Tsetung, *Obras Escogidas*, tomo I, Pekín, Ediciones Lenguas Extranjeras, 1968, págs. 334 y

335.

33. *VI Congreso de la Internacional Comunista*, primera parte, edic. cit., pág. 261.

34. José Stalin, *Cuestiones del leninismo*, Buenos Aires, Problemas, 1947, pág. 329.

35. *VI Congreso de la Internacional Comunista*, primera parte, edic. cit., págs. 108 y 109.

36. *Idem*, pág. 110.

37. *VI Congreso de la Internacional Comunista*, segunda parte, edic. cit., pág. 37.

38. Mao Tsetung, *Análisis de las clases en la sociedad china*, en *Obras Escogidas*, tomo I, edic. cit., pág. 10.

39. Mao Tsetung, *Obras Escogidas*, tomo I, edic. cit., pág. 19.

40. Otto Vargas, *Vigencia del pensamiento de Mao Tsetung*, Buenos Aires, edición del PCR, 1993, pág. 11.

41. Jules Humbert-Droz, cita de un llamamiento del Secretariado Internacional de la Oposición

Comunista, *obra cit.*, pág. 307.

42. León Trotsky, *Stalin, el gran organizador de derrotas*, Buenos Aires, Olimpo, 1965, pág. 221.

43. *La Internacional*, 29/1/1927.

44. André Malraux, *Antimemorias*, Buenos Aires, Sudamericana, 1968, pág. 496.

45. *VI Congreso de la Internacional Comunista*, primera parte, edic. cit., pág. 112.

46. *Idem*, pág. 162.

47. *Idem.*
48. *Idem*, pág. 164.
49. *Idem*, pág. 171.
50. *Idem*, pág. 173.
51. *Idem*, pág. 22.
52. Stephen Cohen, *obra cit.*, pág. 414.
53. José Stalin, *Cuestiones del leninismo*, edic. cit., pág. 328.
54. Carlos Echagüe, *Revolución, restauración y crisis en la Unión Soviética*, tomo I, Buenos Aires, Ágora, 1991, pág. 97.
55. Archivos de la Comintern, Biblioteca del Congreso, Carpeta 2, Rollo 5.
56. El 5 de julio de 1924 se levantó en San Pablo, Brasil, el general Eudoro Dias López, acompañado por oficiales jóvenes. Acorralado, se lanzó al interior hasta alcanzar el Paraná. En todo el trayecto sostuvo combates con las tropas del gobierno. Mientras tanto, el 29 de octubre, se produjeron varios levantamientos en Rio Grande do Sul, encabezados por oficiales jóvenes del Ejército, entre los que estaban el capitán Luis Carlos Prestes y algunos civiles. La mayoría –al igual que el acorazado “São Paulo”– se refugiaron en Uruguay. Sólo quedó el capitán Prestes con 1.500 hombres, quien subió a Santa Catharina para unirse a Dias López. Marchó a lo largo del río Uruguay abriendo picadas en la selva, combatiendo y eludiendo a sus enemigos. Llegó al encuentro con López, en la desembocadura del Iguazú, luego de más de 100 leguas de marcha, con 800 hombres. Dias López abandonó la empresa, pero Prestes la siguió, al frente, una vez más, de 1.500 efectivos. Marchó hacia el Norte, a Puerto Méndez. Luego llegó a las costas del Paraná. Entró y salió del Paraguay, escapando al enemigo, que, cuando lo creía cercado, se encontró con que había desaparecido. Barbudos, harapientos, sucios, volvieron a cruzar la frontera ingresando a Mato Grosso. Siempre combatiendo llegaron a Goyaz. Más que un factor de lucha militar, eran, ahora, la levadura de la subversión social para las poblaciones del interior: liberaban presos inocentes, destruían procesos abusivos, quemaban libros de impuestos y cepos, etc. Así siguieron por el interior de Brasil: Minas Geraes, Bahía, Goyaz otra vez, Maranhão, Piauí, Ceará, Paranahyba, Rio Grande do Norte, Pernambuco. Y así de

nuevo, del Uruguay y el Paraná, al Amazonas, vadeando grandes ríos. La columna estaba compuesta por negros, mulatos, blancos y algunos indios. Se municionaban con las armas del enemigo. Misiones militares extranjeras colaboraron con el Ejército brasileño. Pero no pudieron terminar con la “Columna”. Esta, después de recorrer 36 mil kilómetros y de haber entrado en 53 combates y centenares de tiroteos, el 3 de febrero de 1927 entró a Bolivia. Luis Carlos Prestes, en ese período, había evolucionado al marxismo.

57. *VI Congreso...*, segunda parte, edic. cit., pág. 83.

58. *Idem*, pág. 84.

59. *Idem*, pág. 85.

60. *Idem*, pág. 121.

61. B. Koval, *Movimiento obrero en América Latina*, Moscú, Progreso, 1985, pág. 28.

62. *VI Congreso...*, segunda parte, edic. cit., pág. 309.

63. *Idem*, pág. 236.

64. V. I. Lenin, *Obras Completas*, tomo XXII, edit. cit., pág. 277.

65. B. Koval, *obra cit.*, pág. 29.

66. *VI Congreso...*, segunda parte, edic. cit., págs. 309, 310, 312, 315 y 316.

67. Jules Humbert-Droz, *obra cit.*, pág. 311.

68. *Idem*, pág. 312.

69. En las *Resoluciones sobre la situación política internacional y nacional*, del 8º Congreso del PCR (año 1997), pág.62, se planteó que: “En los países dependientes como la Argentina los marxistas-leninistas llamamos burguesía nacional a aquella burguesía que políticamente resiste al imperialismo y la diferenciamos de la burguesía intermediaria que es aquella que se subordina al imperialismo. Mao Tsetung dice que: ‘La burguesía nacional es nuestro contrincante. En China hay un proverbio que reza: los contrincantes se encuentran siempre. La experiencia de la Revolución China enseña que es necesario tratar con prudencia a la burguesía nacional. Ella es contraria a la clase obrera y, al mismo tiempo, contraria al imperialismo. En vista de que nuestra tarea principal reside en luchar contra el imperialismo y el feudalismo

y que sin haber derribado a estos dos enemigos el pueblo no puede emanciparse, debemos esforzarnos por hacer que la burguesía nacional luche contra el imperialismo. Esta no tiene interés en la lucha contra el feudalismo, porque mantiene estrechos vínculos con la clase terrateniente. Además oprime y explota a los obreros. Por lo tanto debemos luchar contra ella. Sin embargo, con el propósito de lograr que combata junto a nosotros al imperialismo, nuestra lucha contra ella no debe ir más allá de lo conveniente, debe librarse con razón, con ventaja y sin sobrepasarse', Mao Tsetung: *Algunas experiencias en la historia de nuestro Partido*, Obras Escogidas, edic. cit., tomo V, pág. 356".

70. *VI Congreso...*, segunda parte, edic. cit., pág. 304.

71. *Idem*, pág. 327.

72. *Idem*, pág. 315.

73. *Idem*, pág. 353.

74. *Idem*, pág. 355.

75. *Idem*, pág. 356.

76. *Idem*, pág. 360.

77. Ver sobre la teoría del capitalismo dependiente: Jorge Brega, *¿Ha muerto el comunismo? El maoísmo en la Argentina*. Conversaciones con Otto Vargas, Buenos Aires, Ágora, 1990, pág. 43 y sgtes. Curiosamente, Antonio Gallo, uno de los fundadores del movimiento trotskista en la Argentina, definió a ésta, en 1933, como un país "capitalista dependiente" en el que no existen "supervivencias económicas feudales por cuanto las que podrían asumir esos caracteres (...) se han fundido químicamente con la explotación capitalista moderna y con el capital financiero" (se refería a los ingenios azucareros del Norte, yerbatales y explotaciones forestales del Chaco). Para él ésa "es la norma común del capitalismo moderno en los países coloniales, semicoloniales y atrasados". Por lo que la Revolución Argentina sería "revolución socialista permanente". Antonio Gallo, *Sobre el movimiento de septiembre*, Buenos Aires, 1933, págs. 9 y 62 (no menciona editorial).

78. *VI Congreso de la Internacional Comunista*, primera parte, edic. cit., pág. 287. Humbert-Droz relató en su libro *De Lenine a Stalíne*, el trabajo de la Comisión de Programa del VI Congreso,

comisión que ocupó la parte esencial de éste. Recibió 600 propuestas de cambio. Estuvo integrada, entre otros, por Bujarin –presidente de la comisión y autor del proyecto–, Molotov (impuesto por Stalin) y Humbert-Droz. El programa, democráticamente discutido, fue aceptado por unanimidad. Ver *De Lenine a Staline*, edic. cit., pág. 313.

79. *VI Congreso de la Internacional Comunista*, segunda parte, edic. cit., págs. 375 a 377. No sabemos quién es el delegado argentino que utilizó el seudónimo de Ravetto. Según V. Goncharov, el biógrafo de Codovilla, éste participó en el VI Congreso (V. Goncharov, *El camarada Victorio*, edic. cit., pág. 60).

CAPÍTULO VII

LA “ÚLTIMA” GRAN CRISIS

La crisis de Penelón fue la última crisis que afectó profundamente a nuestro Partido.

Esbozo de historia del Partido Comunista
de la Argentina (1947)

Fue la más importante que ha vivido el Partido desde su fundación.

Rodolfo Ghioldi

Felicitaciones de la Internacional

Expulsados los “chispistas”, el PC parecía navegar sin problemas internos por la política argentina. El 12 de mayo de 1926 el Presidium de la Internacional Comunista envió una carta al PCA. Allí decía que había analizado la situación del Partido de la Argentina en relación al Congreso que éste había realizado. Reconocía, “antes que nada”, que el Comité Central del PC había interpretado bien la carta del mes de enero de 1925 y había realizado con éxito una campaña de bolchevización, uno de cuyos objetivos, planteaba, fue “hacer aceptar por el partido el programa de la ‘tendencia marxista’ del Comité central” (por primera vez se calificaba así a la tendencia de Penelón, Ghioldi, Codovilla y Romo), además de “combatir y liquidar completamente todo residuo de mentalidad anarquista” y “toda manifestación fraccionista”. El Presidium llamaba a continuar organizando al Partido sobre la base celular. Existía ahora, decía la carta, una base segura para el desarrollo de un partido comunista de masas. El Presidium “reconocía al Comité Central electo por el congreso como interpretando la línea política de la Internacional”. Se estigmatizaba, simultáneamente, al Partido Comunista Obrero que habían conformado los disidentes,

a los que la Internacional llamaba a denunciar porque formando ese partido supuestamente comunista ayudaban a los enemigos de la clase obrera. La carta del Presidium convocaba a intensificar y ampliar la acción del Partido “para la conquista de la mayoría de la clase obrera” y, para este objetivo, señalaba que tenía un “valor decisivo” la aplicación “justa y sistemática de la táctica de frente único”. El Presidium “había estudiado” las experiencias de aplicación de esta táctica por el PC de la Argentina e instaba a éste a “continuar por esta vía”. Dada la intensificación de la disputa interimperialista por el control del país y la agravación de la explotación imperialista que ella traería, la carta llamaba a lograr, bajo la conducción del proletariado y de su partido de clase, “un frente único de todas las fuerzas que puedan ser movilizadas para la lucha contra la burguesía del país y contra el imperialismo”. Enfocaban la lucha “particularmente” contra el imperialismo americano.¹

Victorio Codovilla estaba en Moscú. El 26 de julio de 1926, *La Internacional* informó que el Secretariado de la Internacional Comunista había resuelto que siguiese allí. Codovilla era uno de los diez suplentes (junto con Molotov, Piatnitski y Droz, entre otros) del Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.² Pedro Romo era el secretario general del PCA. Funcionaba el Secretariado Sudamericano de la IC, que dirigía José Penelón. Colaboradores internacionales, principalmente soviéticos que actuaban con documentación falsa, trabajaban en ese Secretariado. En julio/agosto de 1926 llegó, para trabajar allí, Raymond (seudónimo de Boris Heifetz, también conocido como Williams, Rus-tico o Guralski; ver nota 36 del capítulo V).

Carnes y petróleo

Se comenzaron a publicar en *La Internacional* análisis económicos sobre el país. En 1926 la dirección del PCA se opuso a la exigencia de los ganaderos de “nacionalización de los frigoríficos” porque “se haría con dineros sacados en último término a los trabajadores” y su resultado inmediato “sería encarecer el precio de la carne en el país”.³ En 1927 analizaron la propuesta del

alvearista Leopoldo Melo, entre otros, de crear una cooperativa compuesta por ganaderos locales, frigoríficos ingleses, la cooperativa de carniceros del mercado de Smithfield en Londres y el gobierno argentino; iniciativa que consideraron una “tentativa de la burguesía ganadera argentina de salvarse de la creciente presión imperialista yanqui, a expensa de los consumidores y con el apoyo y alianza de los imperialistas ingleses”. La iniciativa, según *La Internacional*⁴ se unía a la propuesta de Mario Guido (radical, que fue presidente de la Cámara de Diputados), que llamaba, públicamente, a aliarse con el capital británico en la “guerra” que éste libraba con el norteamericano por el mercado de carnes argentinas. “La neutralidad nos aplasta; aliarnos al capital británico sería una solución”, decía Mario Guido. La iniciativa de Melo se vinculaba, también, con el llamado del ingeniero Duhau a “comprar a quien nos compra”, es decir, a los ingleses. Sugestivamente, Guido fue empleado como colaborador por los soviéticos que manejaban la compañía **Iuyamtorg**, de la que fue abogado y redactor de sus estatutos. También trabajó en la **Iuyamtorg** el Dr. Honorio Pueyrredón, quien sería canciller de Yrigoyen.⁵ Es decir: colocando al imperialismo yanqui como enemigo principal en América Latina, la URSS comenzó a producir iniciativas y tácticas concretas en la política de los partidos comunistas en nuestro Continente, generando la realización de acuerdos y alianzas contra los yanquis. Pero, contradictoriamente, según soplaban los vientos, la Internacional Comunista y la URSS empujaron acuerdos, años después, con sectores proyanquis para golpear a los ingleses o a los alemanes. Así, en enero de 1938, atacando duramente al gobierno inglés, saludaron al “Partido de la América del Norte y su líder Browder, que audazmente indica el camino correcto del frente popular americano alrededor del gran presidente Roosevelt, uno de los factores más serios en la lucha por la paz del mundo”.⁶ Algunas de esas tácticas que llevaron a golpear juntos con sectores de burguesía intermediaria –para aislar y golpear al enemigo principal– fueron correctas, y otras equivocadas. Pero se pasaría, en la década del 30, del izquierdismo ciego de la década anterior –que no diferenciaba colores en la política nacional– a un oportunismo muchas veces rastrero y también estrecho.

En América Latina era justo considerar al imperialismo yanqui como el enemigo principal. Pero en el caso argentino, el imperialismo dominante era el inglés. Al golpear a los yanquis como enemigo principal en toda América Latina, incluida la Argentina, la política exterior soviética, objetivamente, se aliaba, o golpeaba junto, con lo más reaccionario de la oligarquía argentina que estaba aliada a Gran Bretaña. En cuanto a la política del Partido Comunista de la Argentina, éste, en la década del 20 ponía como blanco en bloque a los imperialismos dominantes y a la burguesía argentina, sin diferenciar a la burguesía de los terratenientes, ni a la burguesía nacional de la intermediaria.

El 30 de julio de 1927, *La Internacional* publicó una declaración contra los trusts yanquis e ingleses del petróleo. Había, en ese momento, como vimos, un gran debate nacional a propósito de un proyecto yrigoyenista de transformar a los yacimientos petroleros en bienes de la Nación y dejarlos bajo jurisdicción federal. La posición yrigoyenista era calificada como demagógica por *La Internacional*.⁷ Nicolás Repetto, líder socialista, argumentaba a favor de su política de concesiones privadas dando el ejemplo de la URSS, que había hecho acuerdos con la Standard Oil.

Los debates sobre las carnes y sobre el petróleo ya indicaban dos de los grandes temas que motivarían el golpe de Estado de 1930.

Los comunistas argentinos analizaron también los cambios que se habían producido en el campo. El chacarero ya no era el de antes, el de 1912 y el Grito de Alcorta, cuando no tenía “grandes intereses arraigados (...) importantes capitales agrícolas y útiles de labranza (...) sino deudas y un triste rancho de barro”. En 1926 eran “pequeños propietarios que con un poco de capital en efectivo se aventuraron a comprar campos que les vendían los terratenientes de 1 a 5 años de plazo (...) por los que pagaron un disparate” y ahora, “ante los productos agrícolas desvalorizados se ven frente a un dilema, de perder el terreno o entregarlo a los usureros o al Banco Hipotecario Nacional”.

Yrigoyen, el golpismo y otros temas

En las elecciones de 1926, según *La Internacional*, se habían fortalecido los yrigoyenistas y los comunistas: “las fuerzas políticas extremas en detrimento de los partidos intermedios”. Decían esto porque el PC había crecido electoralmente en la Capital Federal (donde tuvo 6.835 votos) y en Avellaneda (donde festejaba sus 277 votos frente a los 97 que habían obtenido los “mafiosos”, como llamaba, ahora, a los “chispistas” del Partido Comunista Obrero).

El aumento de votos del PC significaba –para *La Internacional*– que éste era “la única fuerza antiirigoyenista⁸ seria, por lo mismo que es la única fuerza antiburguesa”. Ratificaban la definición del yrigoyenismo –hecha en el programa de 1925– como “la fuerza de la burguesía industrial argentina” que había desalojado del poder, en 1916, a la “burguesía agraria”. El PC aún no diferenciaba –como ya señalamos– a los terratenientes de los burgueses industriales. No veía que, como había escrito Marx ya en el siglo anterior, “los obreros asalariados, los capitalistas y los terratenientes, forman las tres grandes clases de la sociedad moderna, basada en el régimen capitalista de producción”.⁹ La contradicción entre personalistas (yrigoyenistas) y antipersonalistas (alvearistas), en la UCR, era para el PC una contradicción entre la burguesía industrial que apoyaba a Yrigoyen y la burguesía agraria que apoyaba a los alvearistas. Estos últimos se aliaban con los conservadores para impedir “el advenimiento al poder de la burguesía urbana” (o sea, los yrigoyenistas).

Los conservadores, aliados a los antipersonalistas, habían planteado en su convención de

Córdoba “comprar a quien nos compre”. El Partido Socialista hacía bloque con el alvearismo.¹⁰

En 1927 el Partido Socialista pidió la intervención a la provincia de Buenos Aires –dirigida por los yrigoyenistas– para permitir que los alvearistas (Melo y Gallo) ganaran las elecciones; recibirían, a cambio, el apoyo alvearista en la Capital Federal. Poco después se dividió el socialismo, entre los seguidores de Repetto y los de De Tomaso. Estos constituirían el Partido Socialista Inde-

pendiente y terminarían uniéndose con los antipersonalistas en el golpe de 1930. El yrigoyenismo fue votado por grandes sectores de la pequeña burguesía y la clase obrera, de ahí que tuviera una política demagógica. Sin mayores precisiones, el PC decía que el alvearismo se apoyaba en el capitalismo exterior y el yrigoyenismo contrapesaba “apoyándose en otro capitalismo exterior rival”. Expresaba, así, la opinión de que Yrigoyen se apoyaba en los yanquis y Alvear, en los ingleses. Opinión que los hechos posteriores demostrarían equivocada, al menos en cuanto a Yrigoyen, y tendría funestas consecuencias en ocasión del golpe de 1930.

Durante 1927 aparecieron algunos artículos en *La Internacional* que demostraban una cierta influencia del Partido en la Universidad. Elogiaban el triunfo de una lista del Círculo Universitario Intemerandus, que integraban, entre otros, Julio Arano-vich, Alfonso Albanese, Juan Carlos Pérez Jáuregui, Mauricio Dobrensky, Bernardo Teitelman, León Falcov y Pascual Albanese.¹¹ La Junta Ejecutiva de Intemerandus informó, posteriormente, la incorporación de Emilio Pesce y Ramón Castillo (hijo).¹² También informaron que Bartolomé Fiorini, consejero estudiantil de la Facultad de Derecho de La Plata, integraba el Grupo de Izquierda de la Liga Antiimperialista, grupo que dirigía el PC.

El PC promovió en esos años campañas antiimperialistas. Apoyó la lucha del general Alonso Baldrich, propagandizando sus conferencias en defensa del petróleo. Con el apoyo de figuras como Alfredo Palacios, Roberto Giusti, Aníbal Ponce, Julio V. González, Alfonsina Storni, Alberto Palcos, Alejandro Korn, Carlos Sánchez Viamonte, entre otros, se movilizaban pidiendo el reconocimiento de la URSS. Alfredo Palacios declaró que la Revolución Rusa era un hecho histórico de significación superior a la Revolución Francesa y Enrique Dickmann manifestó su “gran simpatía” por la URSS.¹³

El 5 y 6 de agosto de 1927 se realizó una huelga general en solidaridad con Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, electrocutados finalmente en Estados Unidos el 23 de agosto. El infame proceso a los obreros Sacco y Vanzetti, condenados a la silla eléctrica por el imperialismo yanqui, conmovió profundamente al mundo. La huelga de los días 5 y 6 “revivió las heroicas jornadas de 1919 al

21”, escribió *La Chispa*.¹⁴ En Rosario, el proletariado se lanzó a la calle, espontáneamente, sin mediar una declaración previa de huelga. El 10 de agosto hubo un paro unánime de las tres centrales obreras, que se repitió el 22 de agosto en repudio al crimen que se estaba por ejecutar. La paralización de las actividades fue casi absoluta. Los actos, en ciudades como Buenos Aires, fueron enormes. Se reunió un frente único espontáneo que generó la agitación obrera más importante de todos esos años. Con motivo de esa huelga, un obrero de la carne, entrerriano –que haría historia y sería leyenda en el movimiento obrero argentino–, José Peter, conoció en un rancho de Villa Mazoni, en las afueras de Zárate, a otro obrero de la carne –en ocasiones obrero rural–, Gerónimo Arnedo Alvarez, secretario del Comité local del PC. Alvarez sería, once años después y por varias décadas, secretario general del Partido.¹⁵

El 25 de diciembre de 1926 las tropas yanquis desembarcaron en Nicaragua. El PC denunció el hecho y organizó una amplia campaña solidaria con el Gral. Sandino y el pueblo nicaragüense. En marzo de 1927, el general Ibáñez dio un golpe reaccionario en Chile.

El 11/9/1926, *La Internacional* publicó la Resolución del Pleno del Comité Central y la Comisión Central de Control del PC de la URSS del 23/7/1926 sancionando a Zinoviev, quien había organizado una fracción a nivel nacional tratando de implicar en ella a la Internacional Comunista, de la que era máximo dirigente. Zinoviev y otros miembros de la oposición habían sido incluidos –significativamente– en el Comité Central y la Comisión Central de Control por el XIV Congreso del PC(b) para que defendiesen sus opiniones, pese a que el informe de Stalin al XIV Congreso fue aprobado por 559 votos, contra 65 que obtuvo el de Zinoviev. Este informe de Zinoviev fue publicado por *La Internacional* el 29/1/1926. El 20/11/1926, *La Internacional* publicó la declaración del Presidium de la Internacional Comunista excluyendo a Zinoviev de ese organismo. Entre otros líderes de la IC, Victorio Codovilla firmaba esa declaración por la Argentina. El 25/12/1926 el CC del PCA criticó a los trotskistas y a los fraccionistas rusos. Los “chispistas”, según *La Internacional*, protesta-

ron porque el CC “excomulgaba” a la oposición del PC(b) ruso. *La Internacional* respondió a esa acusación el 22/1/1927 diciendo: “No hemos excomulgado a nadie (...) condenamos a la oposición por su concepción política falsa, antileninista (...) no hemos llamado traidor ni a Trotsky ni a Zinoviev, ni a ningún miembro de la oposición”.¹⁶ En esa misma edición *La Internacional* publicó artículos de Trotsky y Zinoviev sobre Rosa Luxemburgo.

En 1926 se había creado un secretariado en el PC para “trámites de menor importancia”, que se reuniría semanalmente. Este secretariado, andando el tiempo, se colocaría por encima del CC del Partido y de su Comité Ejecutivo, y sería una de las claves – organizativas – de la degeneración política del PC. Inicialmente, se designó a Pedro Romo (secretario general), Miguel Burgas y Mallo López (secretario del Comité Regional de la Capital) como integrantes del mismo.¹⁷ El 3/12/1926 se había relevado de una parte de sus tareas a Romo, para que pudiese dedicarle más atención a la secretaría general, y se conformó el secretariado con él, José Penelón, Rodolfo Ghioldi y Mallo López. Se comenzó desde entonces a informar de las resoluciones del secretariado. En la reunión del CC del 17/5/1927 el organismo fue reestructurado, nombrando a Rodolfo Ghioldi, Gualdo, Ghitor (pseudónimo de Orestes Ghioldi, representante de la Internacional Juvenil Comunista en la Argentina), Codovilla y Romo. Rodolfo Ghioldi pasó a ser secretario del secretariado, manteniendo Romo la secretaría general del Partido.

La cuestión de la guerra

En 1927 el tema de la lucha contra la guerra imperialista comienza a ser el motivo principal de la propaganda del PC.

El 18 de mayo de 1927 *La Internacional* publicó un manifiesto de la Internacional Comunista del 15 de abril de ese año titulado: **Obreros: defended a Rusia y a China!!** Denunciaba que más de 170 navíos de guerra anclaban en los puertos chinos y que miles de soldados ingleses, japoneses, yanquis y de otras potencias “aplastaban a las masas martirizadas del pueblo chino (...) y preparaban ya a preparativos de guerra contra la URSS (...) preparan-

do una nueva carnicería mundial”. Por miedo a la gigantesca ola del movimiento obrero y campesino chino, Chiang Kaishek había traicionado y el imperialismo, para estrangular a la Revolución China, preparaba “una nueva guerra mundial”.

El 28/5/1927 *La Internacional* tituló un artículo: “La guerra se acerca”. El 3/6/1927 el PC realizó un acto contra la guerra, en el que habló Rodolfo Ghioldi. Dijo que “la guerra contra la URSS y China revolucionaria” ya estaba decidida políticamente y “constituía sólo un problema técnico que queda a cargo de los comandos militares”. *La Internacional* del 4/6/1927 publicó un llamado del Comité Central al proletariado: “**¡Contra la guerra, huelga general!**”. En esa misma edición se informaba del acuerdo anglo-yanqui para la guerra contra la URSS, el cual sería apoyado por Francia e Italia. El 11/6/1927 *La Internacional* informó sobre el asesinato de Voikoff, representante soviético en Varsovia, crimen que atribuyeron al imperialismo inglés, señalándolo como otro paso hacia la guerra. Una semana después, con firma del Secretariado Sudamericano de la Internacional, publicaron un llamamiento a la “huelga general contra la guerra antirrevolucionaria”. Allí plantearon que se iba a la guerra, que ésta sería una guerra de clase (antisoviética) y que abriría el capítulo de la revolución mundial. El enemigo: la burguesía internacional y la burguesía nacional; y la consigna: ante la guerra, huelga general y **ni una fanega de trigo, ni una libra de carne, para los ejércitos que luchan contra la URSS y China.**

En julio se constituyó el “Comité de acción contra la guerra” integrado por Alfredo Palacios, Próspero Malvestiti, Rizzo Barata, Manuel Seoane, Honorio Barbieri y Rafael Greco, entre otros.¹⁸

La proximidad de la guerra y la posición a tomar frente a ella, sería una de las cuestiones principales que empujaron a la nueva división del PC –la más importante desde su origen–, crisis que produciría la ruptura de José Penelón con el Partido, del que era su dirigente máximo, y con la Internacional (dirigía también el Secretariado Sudamericano de la IC).

La ruptura de Penelón

En vísperas de la Navidad de 1927 se reunió el Comité Ejecutivo Ampliado del PC. Estaban presentes: Miguel Burgas, Nicolás Kazandjieff, Israel Mallo López, Punyet Alberti, Luis Riccardi, Pedro Romo y E. Ghitor. Participaron, además, por la Capital Federal: Carlos Caligaris, Berta Matteucci, Paulino González Alberdi; por la provincia de Buenos Aires: Celestino Vena y Concilio Tomeo; por Santa Fe: Muñoz, Hernández y Cascallares; y por Santiago del Estero: Juan Jolles. Faltaron, sin aviso, Florindo Moretti, José Penelón, José Ravagni y Benjamín Semisa. Esta reunión del Comité Ejecutivo Ampliado duró varios días (24 al 27 de diciembre). El 31 de diciembre de 1927 se reunió de nuevo el Comité Ejecutivo Ampliado y, a la ya mencionada lista de ausentes sin aviso, se agregó el nombre de Cayetano Bernabó, secretario de la Juventud Comunista. Había estallado una nueva crisis. “La más importante que ha vivido el Partido desde su fundación”, como la calificaría, posteriormente, Rodolfo Ghioldi.¹⁹

El 21 de enero de 1928, *La Internacional* publicó un manifiesto que había sido aprobado en la mencionada reunión del Comité Ejecutivo Ampliado del 24 de diciembre de 1927.

Además de los miembros del Comité Ejecutivo presentes (que había publicado *La Internacional*), aparecen como participando de la misma y firman el manifiesto: Pablo B. López, el dirigente cordobés –a quien ahora *La Internacional* ubica en la presidencia de la reunión–, Miguel Contreras y Leonardo Peluffo, también de Córdoba.

Según el manifiesto las causas de la crisis estaban en Penelón, y eran:

1. La concepción oportunista del concejal Penelón sobre las reivindicaciones inmediatas.²⁰
2. Deficiencias políticas de su actuación como representante del Partido (se le criticaba que no suscitaba el debate sobre las grandes cuestiones políticas en el Concejo Deliberante).
3. Su negativa a aplicar las 21 condiciones de la Internacional Comunista y la tesis sobre parlamentarismo de la IC, condiciones y tesis que marcan el sometimiento de los parlamentarios al CC.

4. El abandono de su trabajo de dirección del Partido en aras del trabajo comunal y su tendencia al trabajo individual.

5. La incomprensión de las consignas de lucha contra la guerra, lo que entrañaba una concepción reformista.

6. La desviación de derecha en el movimiento sindical (“liquidacionismo de entrega al reformismo”). En la discusión sobre si ingresar o no a la Confederación Obrera Argentina (COA) –organización que dirigían los socialistas– y cómo hacerlo, Penelón planteaba entrar, sin condiciones y sin la más mínima declaración previa. El otro sector (que en realidad, aunque lo negase, bordeaba el paralelismo sindical, impulsando una nueva central) planteaba negociar la entrada, tratando de lograr concesiones y garantías de la dirección de la COA.

7. Una concepción trotskista de la organización del Partido y el “consiguiente desprecio a la Internacional Comunista” (aquí aparece una forma de argumentar que luego será común en los partidos comunistas: etiquetar al rival según la última herejía en boga. Nadie más lejos del trotskismo, en el PC, que Penelón, aunque manifestase actitudes de independencia frente a la Internacional).²¹

Criticaron también a Penelón por sus opiniones, equivocadas, sobre el golpe de Estado en Chile y sobre la reciente división en el Partido Socialista. Penelón planteaba que la fracción de Nicolás Repetto respondía al capitalismo urbano y la de Antonio de Tomaso a la del capitalismo rural, de acuerdo a la posición que tenían estos dirigentes socialistas respecto de la UCR personalista (yrigoyenistas) o antipersonalista (alvearistas).

Del manifiesto del Comité Ejecutivo se deduce que la crisis estalló antes de que Rodolfo Ghioldi partiera al VI Congreso de la Internacional Comunista, en julio de 1927, dado que los antipenelionistas –que eran la mayoría del Comité Ejecutivo– le entregaron a Ghioldi, antes de salir, una declaración donde se denunciaba a Penelón por actuar en fracción. La entregaron en el mes de julio, dijeron, porque “por efecto de una guerra que se sabía inminente” (sic) el grupo de Romo temía quedar desvinculado de la IC.

El 4/11/1927, una circular firmada por I. Mallo López y Edmundo Ghiton (por la que luego serían acusados de “centristas”)

afirmaba que la divergencia de opiniones se venía conformando desde varios meses atrás. Más exactamente desde diciembre de 1926, cuando esas diferencias dividieron al Secretariado Sudamericano compuesto por José Penelón, Rodolfo Ghioldi, Pedro Romo, Edmundo Ghiton y Raymond (el delegado de la Internacional). Dicen allí que la divergencia sobre la guerra fue la chispa de esa división. El 1º de junio, Penelón, secretario de ese Secretariado Sudamericano, dijo que vetaría una resolución del CC del PCA sobre la guerra. Penelón se opuso a la consigna del boicot contra todos los productos de los países provocadores de la guerra y amenazó con vetar la que reclamaba “ni una fanega de trigo ni una libra de carne para los ejércitos en lucha contra la URSS y China revolucionaria”, porque “no era, en ese momento, la consigna capaz de ser comprendida por el proletariado”.²² Penelón, en el tema de la guerra, proponía formular consignas “de realización posible”, mientras que Rodolfo Ghioldi y Pedro Romo planteaban fijar la posición del proletariado frente a la guerra que se avecinaba y, luego, en el trabajo práctico contra la misma, buscar las consignas de aplicación inmediata.

En realidad, las divergencias comenzaron con la llegada del delegado de la Internacional Sindical Roja (Profintern), Anselmi, y sus proyectos para modificar el trabajo en los llamados grupos idiomáticos o lingüísticos (encargados del trabajo con los extranjeros) y el trabajo sindical; y se agravaron en octubre de 1926, pocos meses después de la llegada de Raymond (alias Guralski, alias Williams, alias Rústico), delegado de la Internacional Comunista al Secretariado Sudamericano de la IC.

En ese mismo mes de octubre de 1926, llegó una carta de Victorio Codovilla “en la que pedía prevención contra Raymond, porque éste era un intrigante”. En la reunión del Comité Ejecutivo Ampliado del 24 al 27 de diciembre de 1927, Orestes Ghioldi (Ghiton) aclaró que esa afirmación no la hacía Codovilla por cuenta propia, sino “sobre la base de una información que le había dado Zinoviev en una entrevista”. Información que se explicaba, agregaba Ghiton, porque Raymond había estado en “todo momento contra los opositores del Partido Ruso”. De donde se deduciría, por el razonamiento contrario, que Victorio Codovilla había sido menos firme que

Raymond frente a los opositores del PC(b).²³ Una prueba más de la alineación de Codovilla con Zinoviev, que se mantuvo durante un tiempo bastante prolongado, según afirmó, también, con rencor, el renegado Eudocio Ravines, en su libro *La gran estafa*.

De lucha de tendencias a lucha de fracciones

Victorio Codovilla (según dijo Pedro Romo en esa misma reunión del Comité Ejecutivo y reprodujo *La Internacional*) “pronunció en Moscú, por ese entonces, un discurso en el que aseguraba que el imperialismo yanqui desempeñaba en el Brasil una función de progreso. Se resolvió, incluso por Penelón, no publicar ese párrafo. Llegó luego un discurso de Bujarin que refutaba a Codovilla. Como los conceptos que éste emitió en el discurso ya los había dado en artículos,²⁴ y había pasado además algún tiempo, Ghioldi no publicó ese discurso. Codovilla escribió, luego, hablando de sabotaje contra él, en forma que demostraba que Penelón le había escrito que no se había querido publicar su discurso deliberadamente. Así se envenenaba a Codovilla”.²⁵

La opinión de Orestes Ghioldi sobre Raymond (Guralski) es contradictoria con las afirmaciones de Eudocio Ravines: en “el año 1927, en ocasión del décimo aniversario de la Revolución de Octubre, Guralski reaparece en primer plano, como uno de los comandantes de la campaña opositora contra la política que se desarrollaba en Rusia bajo el signo staliniano (...) se afirmaba que él fue el organizador de la manifestación formada por millares de trabajadores y de bolcheviques, que recorrieron las calles de Moscú protestando contra la política de Stalin y contra sus orientaciones” el 7 de noviembre de 1927.²⁶

Las divergencias en el PCA se plantearon abiertamente, en el propio Comité Central, como señaló Penelón, luego de que la mayoría antipenelonista enviase un telegrama a la IC al margen del CC. Una carta de Codovilla –éste trabajaba en Moscú– que se leyó el 20 de julio de 1927, en la que le aclaraban a Penelón irregularidades cometidas por el delegado Raymond (Guralski) motivó “el desencadenamiento de una crisis seria”, según la circular de Mallo y Ghitor.

Con posterioridad a la discusión sobre las consignas para una posible guerra contra la URSS, surgieron divergencias entre Penelón y Rodolfo Ghioldi. Primero, sobre la división del Partido Socialista entre Repetto y de Tomaso, divergencias que se expresaron en un acto público realizado en la Capital Federal; y luego, sobre el golpe de Estado de Ibáñez en Chile.

El Secretariado Sudamericano había resuelto que no era posible determinar a qué imperialismo respondía la reacción chilena. En el mencionado acto, Ghioldi se atuvo a esto; Penelón, no. Luego vino el tema de los telegramas enviados al margen del CC; y la lucha de tendencias se transformó en lucha de fraccionnes. Según Mallo y Ghitor “todos recayeron en ella”. La llamada “mayoría”, fraccionalmente, envió un telegrama a la Internacional Comunista (firmado por Pedro Romo, secretario general del Partido, y Raymond, delegado de la IC) al margen del CC y luego envió un delegado. Además, Penelón le escribió a Victorio Codovilla: “Pronto nos veremos porque el Comité Central RESOLVIO REEMPLAZARTE”, lo cual, según Mallo y Ghitor, no era cierto. Después, la “minoría” del CC expulsó a la llamada “mayoría” –al margen del Comité Ejecutivo de la Internacional– y dieron una semana a los organismos del Partido para aprobar la sanción.

El debate tuvo un tema crucial, según la “mayoría” del CC: el trabajo en los barrios pobres. Penelón le daba muchísima importancia a ese trabajo y, según la “mayoría”, lo sobrevaloraba, ya que, decían, aunque sus habitantes fuesen obreros, se trataba de “obrerros desclasados en buena parte por su misma condición de propietarios”.

Penelón, según el manifiesto del Comité Ejecutivo Ampliado, publicado el 21/1/1928, acusaba a la mayoría del Comité Central de “corrupción, inmoralidad y malos procedimientos”. Según *La Internacional*, el centro de las acusaciones de Penelón era “la pretendida corrupción personal de los dirigentes”, retomando un argumento utilizado por los “chispistas” contra los “marxistas”, en la crisis anterior.²⁷ Ya habían aparecido en el movimiento comunista los que serían llamados “vividores del comunismo”, o “mantenidos de Moscú”.

Otro tema de debate: ¿en la disputa entre revolucionarios, se

puede hacer participar a la policía burguesa? Mallo López –que terminaría apoyando a la “mayoría”– llamó a la policía para recuperar un local; y los dirigentes de la “mayoría” mandaron una nota a la policía, firmada por Pedro Romo, denunciando a la “minoría” como expulsados y pidiendo el auxilio de esa fuerza para desalojar los locales. Así recuperaron, entre otros, el de la calle Viamonte 2999. Penelón, a la vez, frente a la actitud de Pedro Romo, hizo valer ante la policía su carácter de secretario sudamericano de la IC y de concejal. Según el penelonismo, la responsabilidad de estos hechos “recae en gran parte sobre un delegado de la Internacional Comunista”. Esto, y el envío de telegramas a Moscú al margen de los organismos, abrió el debate sobre el tema moral: para Pedro Romo (que en acuerdo con el delegado de la Internacional, Guralski, había firmado y enviado un telegrama a Moscú luego de una reunión del CC y al margen de éste) todo lo que se hiciese “en defensa del Partido”, era moral. Este sería, posteriormente, en vida de Victorio Codovilla y de Arnedo Alvarez, el criterio utilizado para definir qué se entendía por moral comunista: como el Partido es el representante de la clase obrera, la fidelidad a ésta pasa por la fidelidad al Partido.

Pero, contestaban los penelonistas, ¿quién dictamina lo que es bueno o malo y lo que ayuda, o no, a la revolución? Allí estaba el problema. Penelón planteaba que “algunos dirigentes comunistas, por su condición social, por sus costumbres y por su mentalidad se iban distanciando cada vez más de la clase obrera” y nombraba a Rodolfo Ghioldi, Pedro Romo, I. Mallo López, E. Ghitor, L. Riccardi, M. Burgas, N. Kazandjief y M. Punyet Alberti. Se discutía sobre la cuota mensual que se disponía a pagar Rodolfo Ghioldi para comprar una de las llamadas “casas baratas” y sobre las ropas y los gustos caros de Pedro Romo.²⁸ Penelón acusaba a sus rivales, también, por no ser obreros. Pedro Romo discutió con Penelón el tema de la composición social del grupo de la “mayoría”, recordó su vida de obrero, casi desde la niñez. Y señaló, sobre los cuadros que apoyaban a Penelón, que uno pertenecía a la aristocracia obrera y gozaba de privilegios y ventajas que no eran comunes a los obreros; dos no eran obreros, y el otro era un empleado del Estado “con derecho a jubilación, seguro médico, etc.”.²⁹

La corriente penelonista tuvo inicialmente una clara orientación obrerista. Penelón acusaba a la “mayoría” de estar compuesta por “empleaditos con camisas blancas y cuellos duros” y argumentaba que “la clase obrera no necesita de los intelectuales para tener una organización de hierro, homogénea y disciplinada y para llevar adelante los postulados de esa misma clase”.³⁰

Reagrupamientos en el Partido

La verdad es que con Penelón se agrupó la mayoría de los cuadros obreros del PC, el grupo de los “grandes viejos” que provenía de los llamados “marxistas del 90”, y los principales cuadros de la FJC. Formaron el Partido Comunista de la Región Argentina, cuyo Comité Central integraban: Florindo Moretti (ferroviario); José Ravagni (obrero metalúrgico naval, que fue miembro del CC de la USA); Benjamín Semisa (metalúrgico, miembro de la Comisión Administrativa de la Unión de Obreros Municipales); Luis Sous (obrero gráfico, dirigente de la Federación Gráfica Bonaerense y de la Federación Deportiva Obrera); Ruggiero Rugilo (obrero gráfico, dirigente de la Federación Gráfica Bonaerense y de la USA); Benigno Argüelles (dirigente metalúrgico); Gotaldo Hummel (obrero encuadernador, uno de los 9 adherentes, en diciembre de 1892, a la Agrupación Socialista, núcleo fundacional del socialismo argentino); Guillermo Schulze (obrero ebanista, uno de los fundadores del Worwärts); José Penelón (obrero gráfico, dirigente sindical de la Federación Gráfica Bonaerense y de organizaciones sindicales nacionales como la FORA del IX); Germán Müller (carpintero, ingresó al grupo Worwärts en 1892, fundador del Partido Socialista Internacional y del Sindicato de Muebleros y Carpinteros); Juan Toraño (obrero metalúrgico, militante del Sindicato Metalúrgico, miembro del Partido Socialista Español y, en la Argentina, del Partido Socialista Internacional); Carlos Bianchi (obrero sastre, fundador del Partido Socialista Internacional); Aníbal Alberini (herrero, fundador del PSI, encargado de la Editorial Lenin); Pedro de Palma (del Sindicato de Obreros Doradores y Anexos y de la Federación de Trabajadores de la Madera); Amadeo Zeme (obrero del calzado, fundador del PSI);

Luis Barthalon (miembro de la Comisión Directiva de la Industria del Dulce y luego de la Federación del Automóvil, fundador del PSI); Juan Clerc (electricista, secretario de su sindicato, fundador del PSI); Salomón Jasselman (del Sindicato de Empleados de Comercio, fundador del PSI y dirigente de la “agrupación rusa” que trabajaba con los inmigrantes de esa nacionalidad); Orestes Preto (obrero metalúrgico, fundador del PC de Italia y miembro del PC de la Argentina desde 1924); Carlos Fasani (metalúrgico, miembro del PC de Italia desde su formación y del PC de la Argentina desde 1922); Cayetano Bernabó (del Sindicato de Constructores de Carruajes, Carrocerías y Anexos; fue secretario general de la FJC); Egidio Lista (miembro de la Federación de Empleados de Comercio y luego de la Federación Gráfica, militante de la FJC); Domingo Torres (gráfico, secretario de la FJC); José Caggiano (gráfico, miembro de la FJC); Bernardo Moreno (metalúrgico, dirigente de la FJC); Salvador Loy (del Sindicato del Mueble y luego de la Federación de Empleados de Comercio, dirigente de la FJC); Rodolfo Salles (militante de la Federación de Empleados de Comercio y secretario de la Federación Deportiva Obrera); Luis V. Sommi (obrero del mueble y militante del sindicato de dicha industria; llegó al PC junto con un grupo de militantes anarquistas y sindicalistas, era dirigente de la FJC y sería, posteriormente, dirigente de la Internacional Comunista y, en la década del 30, secretario general del PCA; en Moscú fue traductor de español de José Stalin).³¹

Paralelamente, el aparato del Partido quedó totalmente en manos de la “mayoría”. Esta tenía también buenas relaciones con la prensa burguesa. Penelón hablaba de la “influencia” de los dirigentes de la mayoría del CC en un diario que “le dio páginas enteras para la campaña electoral de 1928”. Los de la “mayoría” estaban muy relacionados con *La Razón* y con *La Calle*, donde escribían Julio R. Barcos y Leónidas Barletta, entre otros, muy ligados a Rodolfo y Orestes Ghioldi y a Angélica Mendoza. Esta, según el penelonismo, seguía relacionada al PC.³² Mencionaban, además, la buena relación que tenían esos dirigentes con *Crítica*, donde escribían Honorio Barbieri, Gregorio Verbitsky y Rodolfo Ghioldi. Posteriormente, Barbieri y Verbitsky pasaron a *El Telé-*

grafo, diario del que Barbieri fue secretario de redacción.

El prestigio de Penelón, en el Partido, era muy grande. Rodolfo Ghioldi recordó, en una carta a V. Codovilla, que los opositores internos de 1922 y 1925 habían realizado, contra Penelón, “una repugnante campaña de desprestigio” y –en reacción– había sido Codovilla “el inventor del ‘jefe’”. Agregaba Ghioldi que Penelón “es testarudo y no tolera la menor palabra de crítica. Esa testarudez, al servicio de un error, puede ser funesta”.³³

La ruptura con Penelón hizo renacer el tema de la crisis de los “chispistas”. Según ¡Adelante! “se nos asegura que los chispistas se han dividido (...) al parecer en dos corrientes: una partidaria de disolver el partido y otra de afiliarse a los rabanitos”, y daba como demostración de esto los elogios de *La Internacional* a “la Mendoza”.³⁴ Según el dirigente sindical del PC Malvestiti, quien participó de reuniones en Moscú para tratar la crisis con Penelón, el dirigente ruso de la Internacional Sindical Roja Lozovski propuso hacer un llamado a los “chispistas”, es decir, al Partido Comunista Obrero, para que se incorporasen a la Tercera Internacional, ante lo cual ni Rodolfo Ghioldi, ni Victorio Codovilla, ni Raymond (Guralski, el delegado de la IC en la Argentina) se opusieron, por lo que Malvestiti pensó que coincidían. Cuando se produjo la crisis con Penelón los “chispistas” habían enviado una carta a Moscú planteando la unidad de los diferentes grupos comunistas argentinos. ¡Adelante! informó posteriormente que “la Mendoza va de casa en casa” de los afiliados “chispistas” para hacerles firmar una nota “reconociendo su error”, “que servirá para bañarlos en el Jordán y permitirle a la Mendoza un viaje a Moscú”.³⁵

Cuestiones en debate

La lucha de líneas entre ghioldistas y penelonistas se dio, como vimos, en torno a cuatro puntos: el trabajo con los obreros extranjeros (organización de los llamados grupos idiomáticos), el trabajo en los barrios pobres; la cuestión de la guerra; el trabajo sindical; y la llamada desviación parlamentarista de Penelón. También se discutieron otros temas de menor importancia, como la posición ante el golpe de Estado en Chile; la división del Par-

tido Socialista y la valoración del PS; y sobre métodos y estilo de trabajo.

La cuestión idiomática

Antes de la Primera Guerra Mundial, la mayoría de la inmigración estaba compuesta por campesinos que venían con la ilusión de enriquecerse. Muchos de ellos eran obreros “golondrina” que retornaban a su país luego de las cosechas. En la década del 20 se produjo una inmigración política compuesta, principalmente, por obreros italianos que habían hecho la guerra en Italia y participado en el movimiento de septiembre de 1920, perseguidos luego por el fascismo; obreros polacos, que vivieron la guerra civil; checoslovacos que participaron en grandes movimientos huelguísticos en su país natal, entre otros. Escapaban a la reacción europea, “estaban un poco fatigados de la lucha” y llegaban con el deseo de trabajar y ahorrar algún dinero; incluso algunos se habían prestado a ser rompehuelgas. Llegaban miles, pero sólo unos pocos se incorporaban al Partido y a la militancia política, explicó Codovilla, en Moscú.³⁶ La mayoría de los afiliados al Partido en la ciudad de Buenos Aires (no así en el resto del país) era de origen extranjero. Pero entre éstos había que distinguir los “estables”, con muchos años de residencia y familia aquí, asimilados en su mayoría a la vida del país, y los “transitorios”.

El tema de los llamados “grupos idiomáticos” era también muy importante en los Estados Unidos y en Francia. En la Argentina, el trabajo con los obreros extranjeros se hacía sobre la base territorial. Entonces, llegó a Buenos Aires el delegado de la Profintern (Internacional Sindical Roja), Anselmi, y preparó un proyecto que daba autonomía a los grupos idiomáticos. Anselmi había estado en Francia anteriormente, y trasladó a la Argentina el proyecto que había hecho allí.³⁷ Además, Anselmi, al llegar, se puso en contacto con los camaradas italianos entre los que había muchos “bordiguistas” (seguidores del dirigente “izquierdista” del PC de Italia Amadeo Bordiga) y fue apoyado por éstos.

El proyecto de Anselmi daba completa autonomía a los grupos idiomáticos. Según el dirigente de la Internacional Comunista

Vassiliev, ese proyecto era “absolutamente oportunista, absolutamente socialdemócrata”.³⁸ Mallo López preparó otro proyecto, sobre base territorial. Ambos proyectos fueron rechazados por el secretariado del Partido. Había acuerdo en transportar la organización de los grupos idiomáticos a las fábricas, pero no como grupos autónomos, sino dependiendo de las células, para que, como miembros de éstas, realizasen el trabajo común al organismo y un trabajo especial hacia el respectivo grupo extranjero. Rodolfo Ghioldi y la “mayoría” planteaban agrupar a todos los extranjeros de una célula en un grupo especial. Si en una célula de 50 afiliados, explicaba Ghioldi, había 35 italianos, éstos constituían un grupo lingüístico con una dirección especial. La “mayoría” también proponía comisiones de trabajo en todos los escalones partidarios, nombradas por los mismos interesados, y con un Comité Nacional de los grupos idiomáticos nombrado por una Conferencia Nacional de éstos. Comité que **posteriormente** debía ser ratificado por el Comité Central. Y le daba a los grupos idiomáticos el derecho de entregar carnets especiales a sus adherentes y pagar una cotización especial. Este proyecto de la “mayoría”, según Codovilla, “era totalmente contrario al sistema de organización de la Internacional Comunista”, era “federalista”.³⁹

El proyecto de la “minoría” proponía formar comisiones de trabajo en las células fuertes, para abordar el trabajo con los extranjeros, y en las células pequeñas, tener un camarada encargado. Ghioldi, defendiendo el proyecto de la “mayoría”, decía que el peligro de tener un partido de extranjeros, dentro del PCA, existía en ese momento, porque al estar organizados sobre una base territorial hacían asambleas en Buenos Aires –algunas con 150 a 180 camaradas, que estaban ligados sólo por su origen nacional– y en esas asambleas, el 90 por ciento de lo que se hablaba no tenía nada que ver con el trabajo en el país.

La cuestión de la guerra

Con motivo del allanamiento de la empresa soviética Arcos, en Inglaterra, ocurrido en mayo de 1927, cayeron direcciones de contactos de la Internacional con Argentina, y hubo camaradas

detenidos, abriéndose una discusión en el Secretariado Sudamericano. Cuando Romo se enteró de los sucesos, “se escondió para escapar a la policía y lanzó un manifiesto (...). Los camaradas tenían la impresión que la guerra estaba allí ya y que había que prepararse para la acción”. Rodolfo Ghioldi escribió un proyecto de declaración, con el acuerdo, en general, de Penelón, salvo con la consigna propuesta. La declaración planteaba una huelga de 24 o 48 horas contra la guerra y la consigna era “ni una bolsa de harina, ni un kilo de carne a los ejércitos contrarrevolucionarios”. “¿Por qué (estuvo en desacuerdo Penelón)?” preguntó Lozovski, el dirigente de la Internacional Sindical Roja en una reunión realizada, posteriormente, en Moscú para tratar la crisis del PC argentino. “No lo sabemos”, respondió Ghioldi. Pero sí lo sabía. Como aclaró más adelante, Penelón decía que ésa era una consigna “exagerada”, que los “apartaría de las masas”.⁴⁰ Ghioldi y el delegado de la IC, Guralski, polemizaron con Penelón, votaron y ganaron dos a uno. Entonces Penelón amenazó “con vetar” la declaración (era el secretario del Secretariado). En la reunión de Moscú, Ghioldi dijo, también, que en la Internacional había algunos que pensaban como Penelón. Mencionó a Stirner, el suizo colaborador de la Comisión Latina. Pero, en la propia reunión, quedó claro que Codovilla estaba más cerca de Penelón que de Ghioldi. Según Guralski, Penelón resistió “desesperadamente” la consigna, a la que aceptó, dos días después, planteando “nosotros lucharemos para que ni una bolsa de harina, etc.”. Pero siguió pensando que era equivocada, que era una “desviación extremista” y “saboteó” el trabajo contra la guerra.⁴¹

La clave de la discrepancia de Penelón y Codovilla con Ghioldi y el enviado de la IC, Guralski, la explicó Victorio Codovilla en la reunión de la IC en Moscú realizada a partir de enero de 1928 para tratar la crisis argentina, reunión que veremos en detalle más adelante. Allí dijo que “no se trata sólo de encontrar alguna fórmula más o menos justa de acción contra la guerra, sino que hay que tener consignas que sean comprendidas por las masas que tenemos que movilizar contra la guerra” y que había que combatir a los que proclamaban la huelga general y el sabotaje “sin hacer nada efectivo para preparar la lucha contra la guerra”.⁴² La

“mayoría”, según Codovilla, había constituido un Comité Contra la Guerra que era una *mélange* de organizaciones y personalidades como Soriano (un político español corrupto), de Tomaso (el dirigente socialista) e intelectuales pacifistas como Palacios y, así, le quitaba todo contenido de clase. “¿Por qué sucede esto?” se preguntaba Codovilla. Y respondía irónicamente: “porque nuestros camaradas han querido transportar –parece– el eje de la guerra a la Argentina”. Los camaradas, agregaba Codovilla, “vieron una sola perspectiva, la de una acción de todos los países imperialistas contra Rusia” (...) pero no vieron “la otra perspectiva, la de una guerra interimperialista”.⁴³

Surge del debate de la Comisión que trató la crisis del PC de la Argentina, que Codovilla consideraba que había dos posibilidades: una, la de la guerra contrarrevolucionaria contra la URSS, y otra, la de una guerra interimperialista. Para Rodolfo Ghioldi, en cambio, los países imperialistas no podían tener un conflicto entre ellos mientras se preparaban para atacar a la URSS. De donde Ghioldi, sin querer, dice Codovilla, “nos ha venido a explicar la teoría del superimperialismo, es decir (...) que los imperialistas pueden ponerse de acuerdo con el objeto de hacer desaparecer todas las contradicciones interiores”.⁴⁴ Rodolfo Ghioldi había dicho que “la mayoría de la clase obrera comprende claramente que esta guerra se transformará en una guerra civil contra la burguesía mundial”. “Una manera ‘demasiado simple’ de plantear la cuestión”, señalaba Codovilla, porque si fuese así “habría que desear el desencadenamiento de la guerra porque inmediatamente tendríamos los soviets en todos los países del mundo”. Esa era la opinión de Williams (Guralski), agregaba Codovilla, que era simplista “para no decir algo peor: que ella es aventurera”.⁴⁵

Sobre la declaración de la huelga general en caso de declararse la guerra, que postulaba la mayoría del CC del PC de la Argentina, Humbert-Droz planteó, en la mencionada reunión de Moscú, que la IC “había rechazado esta tesis” y que había que prever la utilización de la huelga general “como el comienzo de la insurrección”. Pero, en la cuestión de la guerra, decía Droz, la mayoría del CC tenía razón, porque una guerra contra la URSS “será una guerra de clases y será fatalmente llevada a todos los países”.⁴⁶

Sobre la desviación parlamentarista (municipalista)

La “mayoría” acusaba a Penelón de tener una desviación “parlamentarista”. Como en realidad Penelón era concejal –en el Concejo Deliberante de la Capital Federal– habría que hablar de una desviación “municipalista”. Se lo acusaba de hacer el centro de su trabajo en los llamados “barrios pobres”, arrastrando al conjunto del Partido y desviándolo del trabajo en las empresas obreras de concentración y en el movimiento obrero en general. Según Rodolfo Ghioldi, Penelón quería transformar a *La Internacional* en un periódico de “los barrios pobres”, en vez de ser el diario de la “vanguardia del proletariado”. La “mayoría” decía que el problema de esos barrios era el social y no el municipal. Lo característico allí, según Rodolfo Ghioldi, “no es el elemento proletario sino la masa pequeñoburguesa y los obreros desclasados que quieren su propia casa y no luchan por la revolución proletaria (...) la organización social más típica de esos barrios es la Sociedad de Fomento”.⁴⁷ La “mayoría” argumentaba, también, que Penelón no había querido plantear una cuestión por el tema de la ejecución de Sacco y Vanzetti ante el Concejo Deliberante, argumentando que el reglamento interno no se lo permitía, y terminó aprobando el despacho socialista –de tono “humanista”– para lograr un pronunciamiento unánime del Concejo. También, que había apoyado un proyecto de los conservadores para que las prostitutas trabajasen como máximo 12 horas, y no 15 o 16, como lo hacían. Penelón dijo ser partidario de la jornada de 8 horas, pero aprobó el proyecto sin hacer ninguna crítica de la sociedad burguesa (los socialistas estaban contra la prostitución, no querían ninguna reglamentación y se habían opuesto al proyecto conservador). El trabajo en el Concejo Deliberante no era controlado por el Partido. Penelón había ido abandonando las tareas del Partido, no iba al CC ni participaba en sus campañas y debates, no seguía el trabajo diario, ni el del Secretariado Sudamericano. Estaba absorbido por su trabajo de concejal. Incluso, en ocasión de una huelga de cañeros pobres, con los que se solidarizaron los obreros azucareros, hubo una demostración de 15 mil personas y huelguistas armados de carabinas que marcharon sobre la ciudad

de Tucumán, con el apoyo de sectores importantes de la pequeña burguesía, y Penelón no aceptó ir por el Partido a Tucumán, porque estaba ocupado en el Concejo Deliberante.

Codovilla coincidía en que Penelón había cometido errores, pero no estaba de acuerdo en calificarlos de “desviación parlamentarista”, y criticaba al CC no haber intervenido antes, no haber hecho nada para rectificarlos e, incluso, haber enviado informes a la Internacional alabando la labor de Penelón. Codovilla defendía el trabajo en los barrios pobres. El Partido seguía trabajando en las empresas, argumentaba, dando como ejemplo la publicación de numerosos periódicos de fábrica. En la reunión de Moscú para tratar el tema argentino, se había ironizado sobre la afirmación de Rodolfo Ghioldi de que en los barrios pobres no vivían muchos obreros. ¿Viven en los barrios ricos?, se le preguntó en sorna. En los barrios pobres, decía Codovilla, no viven sólo obreros, pero constituyen el 90 por ciento de los habitantes de esos barrios. Allí, la vivienda, la falta de transporte, las calles no pavimentadas, la falta de luz, eran un gran problema. Y era falso, sostenía Codovilla, que, porque lograsen comprar un terreno y edificar una pequeña casa, fueran obreros “desclasados”, como decía Ghioldi. Generalmente, estaban a merced de los acreedores hipotecarios que los explotaban ampliamente.

La cuestión sindical

El tema sindical fue uno de los ejes centrales de la lucha de líneas en la crisis de Penelón. Comenzó también con un proyecto del delegado de la Internacional Sindical, Anselmi, que proponía formar una nueva central sindical. Este proyecto fue condenado por la Internacional, a instancias de Victorio Codovilla, y por el Secretariado Latino, el Secretariado Político y el Presidium de la IC. La Profintern (Internacional Sindical Roja), luego de ciertas vacilaciones, adoptó, también, la posición de la Internacional. Según Rodolfo Ghioldi, Anselmi redactó ese proyecto junto con Florindo Moretti, responsable sindical del Partido y principal aliado de Penelón. Posteriormente, Florindo Moretti cambió de posición. Penelón nunca compartió esa propuesta divisionista. Ghiol-

di y Guralski (el otro delegado de la IC) atacaron violentamente el proyecto logrando que “la mayoría” lo rechazase.⁴⁸

Según Codovilla, pese a todas las declaraciones a favor de la unidad sindical, los comunistas, hasta ese momento, habían jugado un rol divisionista en el movimiento sindical argentino.⁴⁹

Mencionamos, anteriormente, el debate que existía sobre el ingreso de los gremios y militantes comunistas a la Confederación Obrera Argentina (COA). El trabajo sindical del PC era muy débil (lo reconoció Rodolfo Ghioldi en la reunión de Moscú que trató la crisis argentina): en la Capital Federal había 800 comunistas, y sólo la mitad era activa, señalaba el dirigente de la Profintern, Lozovski; “una base muy estrecha” para trabajar en la masa obrera, decía.⁵⁰ Ahora, esos 800 se habían dividido en dos grupos.

En primer lugar, el movimiento obrero estaba muy desorganizado. Dejando de lado a los ferroviarios, había sólo 30 mil obreros organizados en todo el país. En la Capital Federal había 450 mil obreros, de los cuales –según el Departamento de Trabajo– más de 200 mil eran obreros industriales. La inmigración era utilizada para aumentar la desocupación y la consecuente baja de los salarios. Cada año llegaban 150 mil inmigrantes. El movimiento obrero carecía de homogeneidad nacional. Por ejemplo, en el frigorífico Anglo, sobre 3 mil obreros, había mil italianos, 200 yugoslavos, 100 alemanes, 350 polacos, 150 húngaros, negros caboverdianos, japoneses, daneses, ingleses, franceses, etc. La célula del Partido tenía 10 afiliados y 40 simpatizantes. Un solo afiliado hablaba español.⁵¹ En todo el país había unos 2 millones 500 mil obreros, de los cuales sólo unos 100 mil estaban organizados. Había unos 65 mil obreros del azúcar (30 mil permanentes) y unos 100 mil forestales.⁵²

El movimiento obrero estaba dividido entre la Unión Sindical Argentina (USA), que contaba con unos 10 mil miembros (había tenido una pérdida catastrófica de adherentes si se considera que cuatro o cinco años antes tuvo 30 mil); la FORA, a esa altura muy desprestigiada, que tenía unos 3 mil (los obreros se habían cansado de la gimnasia revolucionaria anarquista con sus permanentes llamados a las huelgas generales y a los boicots, y, además, los anarquistas estaban divididos en cuatro grupos); los gremios au-

tónomos, con unos 7 mil miembros y la COA, que agrupaba a 90 mil, de los cuales 80 mil eran ferroviarios. La COA tenía grandes posibilidades de crecimiento porque los obreros estaban cansados del divisionismo y se orientaban hacia ella. Además, en cada ciudad había una seccional ferroviaria.

Entre los gremios autónomos el más importante era el de los ebanistas, con 1.500 miembros. Los tipógrafos habían salido de la USA, tenían 2.500 miembros y estaban dirigidos por los socialistas.

Los comunistas habían organizado y trabajado dentro de la USA, junto con los sindicalistas revolucionarios, y en los llamados gremios autónomos. Cuando se produjo la división con los “chispistas”, éstos estaban en la Unión Local y pasaron a tener mayoría en ésta y en la USA. Los grupos comunistas en la USA tenían unos 300 miembros; en los gremios autónomos, tenían entre 70 y 75; y en la COA, una cantidad semejante.⁵³ Los “chispistas” dirigían dos sindicatos: el de metalúrgicos, con unos mil afiliados, en su mayoría de pequeñas empresas (pese a que había algunas con 2 mil y 3 mil obreros), dirigido por Rafael Greco, al que Codovilla acusaba de ser “agente patronal”, y el sindicato del calzado (acababan de perder la dirección). Los anarcosindicalistas dirigían 15 sindicatos en Buenos Aires.

¿Cuál era la discrepancia? Los de la “minoría”, es decir, los penelonistas, querían entrar directamente a la COA, con una declaración y conversando con los jefes de ésta. Y los de la “mayoría”, argumentaban que la COA tenía una organización reformista, con una dirección muy concentrada en manos de una burocracia conservadora que no permitía la democracia obrera. Por lo tanto, decía Ghioldi, había que actuar “con mucha prudencia” al salir de la USA para ir a la COA. Por eso el ghioldismo proponía crear un Comité Provisorio de Unidad Nacional, con un programa de acción concreta (y no sólo para entrar a la COA) apoyándose en la Unión Obrera Local de la Capital Federal y la Unión Local de Córdoba. La “mayoría” proponía unificar a diferentes grupos que actuaban en sindicatos autónomos, en la USA y grupos de base llamados “grupos rojos” (el de municipales tenía 180 miembros) antes de entrar a la COA. El procedimiento llevaría –según el di-

rigente sindical del PC, Elguer— de uno a dos años.

Había dos uniones locales en la Capital, una adherida a la USA y otra autónoma, donde estaba el PC. Este había dividido a la Unión Local y la había separado de la USA pese al llamado de ésta a regresar a la central. Los comunistas habían separado nueve sindicatos de la USA, pero, al momento de la discusión, sólo quedaban tres o cuatro. El más importante era la Federación de Empleados de Comercio, que había tenido entre 5 y 6 mil miembros cuando la dirigían los anarcosindicalistas y ahora contaba con 700 u 800, sobre más de 100 mil empleados de comercio en la ciudad de Buenos Aires. La Unión Local de Córdoba tenía unos 900 miembros, sobre 20 a 25 mil obreros; además de otros 20 a 30 mil obreros agrícolas. La mayoría ghioldista acusaba a Penelón de querer entrar a la COA “tapando la bandera comunista”. Ellos proponían entrar con “la bandera desplegada”. Los penelonistas y Codovilla acusaban a los ghioldistas de querer transformar a la Unión Obrera Local de la Capital en un Comité de Relaciones para un Congreso de Unidad y, con ese pretexto, formar una nueva central sindical, semejante a la que había propuesto Anselmi.

Victorio Codovilla señalaba que la cuestión principal era plantear en el terreno práctico las reivindicaciones parciales que interesaban a los trabajadores, hacer “menos discursos” en el interior de los sindicatos e “ir más a las fábricas, organizar a los obreros y atraerlos a la organización sindical”. Decía que jamás se tenía en cuenta la coyuntura para declarar la huelga y jamás se estudiaba la situación de la industria aprovechando las coyunturas favorables para exigir aumento salarial. “En ningún país del mundo entero se ha abusado tanto de la orden de huelga general, como en la Argentina”.⁵⁴ Y explicaba cómo algunos empresarios —en especial del tabaco y de la nafta— habían usado a su favor el boicot sindical a empresas rivales, lo que había llevado a un gran desprestigio a esta forma de lucha, entonces muy usual en la práctica sindical argentina. Todo esto había facilitado a los reformistas introducir cláusulas antidemocráticas en los estatutos, reglamentando la declaración de las huelgas generales y el boicot.

Sobre la COA, si bien Codovilla admitía la existencia de repre-

sentantes de la aristocracia obrera más conservadora en su dirección, planteaba que era un error decir que todo el Comité Central de la misma estaba en las manos de esos elementos; la huelga en solidaridad con Sacco y Vanzetti –realizada por las organizaciones de base de esa central, pese a que ésta no la había convocado– así lo demostraba. No era despreciable, en un país semicolonial, que sobre 125 mil obreros ferroviarios, 85 mil estuviesen sindicalizados, entre la Fraternidad y la Unión Ferroviaria, decía Codovilla. En la primera se agrupaban los maquinistas, controladores, etc., aristocracia obrera bien pagada –siguiendo el método inglés– para apartarla de las categorías inferiores. La capa superior era de unos 15 mil obreros y la inferior, de 60 a 65 mil. Había que ligarse con éstos y dirigirlos en la lucha. Había sido un error, señalaba Codovilla, apoyar, en 1923, la salida de 7 u 8 mil ferroviarios, que constituyeron la Federación Ferroviaria, dirigidos por los anarco-sindicalistas. El resultado fue que se apartaron de la masa ferroviaria y, en 1928, cuando sólo quedaban 700 u 800 en esa organización, debieron entrar a la Unión Ferroviaria, “no con la bandera desplegada”, dijo Codovilla, polemizando con Ghioldi, sino bien oculta, es decir, individualmente. Pese a lo cual, en los talleres donde trabajaban 3 mil a 4 mil obreros, los comunistas habían conquistado los puestos de dirección.⁵⁵

Codovilla subrayaba la importancia de la contradicción entre los radicales y los socialistas. Los primeros aprovechaban la política “demagógica de la burguesía industrial naciente”. Yrigoyen arbitraba entre los obreros y las empresas –en especial los fraternales ferroviarios– y resolvía los conflictos dándoles ventajas a los obreros, a cambio de permitirles aumentar las tarifas a las empresas inglesas; y los socialistas –para impedir este avance de los radicales– buscaban aliados, “incluso entre los comunistas”. Esto creaba una buena situación, decía, para “plantear condiciones” a la dirección de la COA.⁵⁶ Además, para hacer un trabajo sindical de masas, se necesitaban “medios económicos” y la COA disponía de más de mil dólares por mes de cotizaciones. Tampoco coincidía Codovilla con la afirmación de Ghioldi de que “en el PS no hay obreros”. Y subrayaba la existencia de un momento de radicalización de las masas, e incluso de clarificación ideológica,

de los obreros que habían estado influenciados por los anarcosindicalistas. La USA acababa de enviar delegados al X aniversario de la Revolución Rusa y era posible que pidiese entrar en la Internacional Sindical Roja. Esto era el producto de “una maniobra de la dirección de la USA para salvar a esta organización” (para algunos dirigentes de la Internacional Comunista, como Maggi, el acercamiento a la Profintern de la USA se debía, sobre todo “a su estado financiero”), pero había que trabajar dentro de ella y no como ahora, que en la USA “esperamos que nos echen” y en la COA “esperamos entrar con la bandera desplegada”. Por lo que Codovilla se pronunciaba contra la táctica propuesta por la mayoría del CC que, en la práctica, llevaba a crear otra central sindical y, en caso contrario, si creaba ese Comité como grupo nucleador y no como una central paralela, eso serviría para darles pretexto a las direcciones de la USA y la COA para excluir a los comunistas. Los sindicatos autónomos tenían que entrar a la COA, y en cuanto a la USA, esperar a ver si se incorporaba a la Internacional Roja y, en tal caso, trabajar en su interior y tratar de ganar la dirección. Como tarea central había que reforzar las organizaciones que dirigían, decía Codovilla.⁵⁷

Lozovski, dirigente de la Internacional Sindical Roja,⁵⁸ manifestó que en el PCA se discutía todo el tiempo si ir o no a la COA, pero no cómo trabajar en las fábricas y ganar a los obreros para los sindicatos. Para ir a la COA “hay que ser fuertes”, ir por el placer de ir, no valía la pena porque “nosotros no seremos nada en esa unidad”; con este “pequeño ejército dividido quieren hacer maniobras”, ironizaba Lozovski. Y agregaba: “hablan horas pero no hablan de los ‘chispistas’ (...) y éstos, que según ustedes son policías, están a la cabeza del movimiento sindical”.⁵⁹ Según Humbert-Droz, el dirigente de la IC, Lozovski, al igual que la mayoría del CC del PC, proponía, en los hechos, crear otra central, una organización que llegaría a tener unos 4 a 5 mil afiliados frente a los 90 mil de los reformistas.⁶⁰

Las opiniones sobre el Partido Socialista y su reciente división

Rodolfo Ghioldi afirmó en la reunión de Moscú que trató la crisis en el PCA, que el Partido Socialista perdía influencia y que, en las últimas elecciones, “había tenido una catástrofe electoral en Buenos Aires”. Y también que el PS no estaba ligado al movimiento obrero. Codovilla le pidió que explicara, entonces, cómo podía ser que dirigiese la COA. Ghioldi contestó que lo que él decía era que el PS no tenía a la masa obrera “como punto de apoyo del partido”, y que éste, por su composición social, “era pequeño burgués” y los obreros “representaban la minoría del PS”. Para Victorio Codovilla, el 85 por ciento de los afiliados al socialismo eran obreros. Codovilla citaba a *La Vanguardia*: en 1927, el PS tenía 7.400 miembros y, de éstos, el 85 por ciento eran obreros industriales. Si bien antes de la división de De Tomaso, el PS había obtenido entre 60 y 70 mil votos, ahora conservaba unos 50 mil, frente a 7 u 8 mil de los comunistas. Y, según Codovilla, la gran mayoría de esos votos eran de obreros. En la Capital Federal, sobre 1.020 afiliados, 357 eran empleados de comercio. Para Codovilla no “había dudas” de que la mayoría de los afiliados al PS eran obreros.

Penelón, según decía Guralski, trasladaba mecánicamente la diferenciación burguesa al campo socialdemócrata porque –como ya mencionamos– consideraba que el PS de De Tomaso representaba a la fracción de “la gran burguesía agraria” y el PS oficial a “los cuadros de un partido de la burguesía industrial”.⁶¹ La idea de que el PS fuera un partido con base obrera era, para Guralski, “una ilusión que ha creado Codovilla” para hacer creer que el PS de la Argentina “no es igual a los otros PS”. Guralski decía que la línea de De Tomaso representaba a los socialistas más consecuentemente reformistas, mientras que la del PS oficial era más peligrosa porque buscaba engañar, con artículos demagógicos, a los obreros y “a algunos comunistas como Codovilla”. La lucha contra esta tendencia “era más difícil porque ella se oculta, se quiere cubrir con tendencias de izquierda” y, por ello, la crítica contra la misma “debía ser concentrada”.⁶² También se criticaba

al PCA por no haber organizado una corriente de izquierda dentro del PS. Para Rodolfo Ghioldi, tampoco había un ala de izquierda en el PS.⁶³

Otras cuestiones

La discusión del caso Penelón hizo aflorar otras cuestiones sobre el trabajo del PC de la Argentina y de la propia Internacional Comunista.

El tema de los métodos de trabajo se fue transformando en una de las cuestiones fundamentales a cambiar. En primer lugar, los delegados de la Internacional Comunista habían empujado métodos intrigantes y fraccionistas. Anselmi abrió la discusión sobre los grupos idiomáticos en el grupo italiano, donde hizo aprobar su proyecto, antes de hacerlo en el CC. La cuestión sindical se discutió –a impulso de Guralski– en una conferencia sindical, antes de que la discutiese el Comité Central del Partido. Guralski intrigaba e insinuaba que Penelón buscaba ligarse con la oposición rusa. Guralski había intrigado contra Codovilla, y lo había presentado, en 1926, como “zinovievista”.⁶⁴ Y Codovilla, que trabajaba en Moscú, alertaba a Penelón sobre las probables intrigas de Guralski, lo que a su vez era utilizado por Rodolfo Ghioldi para intrigar contra Codovilla.⁶⁵ Los dos grupos enfrentados practicaron métodos fraccionistas y se disputaron los locales partidarios. Penelón, en lo que hoy llamaríamos un “operativo comando”, ocupó la sede central y acusaba a los ghioldistas de policías (recordemos que éstos habían llamado en su auxilio a la policía para recuperar los locales). Allí se abrió lo que algunos llamaron “la guerra civil” en el Partido. Este, en la práctica, dejó de funcionar. Un ejemplo: en el mes de septiembre, el CC no había leído aún la carta sobre el trabajo con los extranjeros que la Internacional enviara en enero de 1927, porque “no tenía tiempo para hacerlo”.⁶⁶ Penelón telegrafaba a Moscú para que no dejaran entrar en la URSS a Ghioldi ni a Romo: “¿Pide que los arreste?”, preguntaba Lozovski, “¿Qué harán cuando tomen el poder? Evidentemente no lo tomarán jamás”.⁶⁷ Lozovski decía –refiriéndose a Codovilla y a Ghioldi– que había un mal método de trabajo con los simpatizantes y los sin

partido, que por eso se había perdido la Unión Obrera Local de Buenos Aires y la dirección de la USA y, entonces, se acusaba a los “chispistas” de policías. “Con ese método –concluía– se puede organizar las derrotas, pero jamás la victoria”.⁶⁸

El Partido había comenzado su reorganización celular y en la Capital Federal tenía 24 células de fábrica, “todas de grandes empresas” y editaba 48 periódicos de empresa. Tenía 2.200 afiliados.⁶⁹ Pero en las células no existía una dirección colectiva. Reinaba una concepción personalista del trabajo. Ghioldi, Penelón y Codovilla decidían todo. Se trabajaba con el viejo sistema de “los hombres de confianza” para dirigir la célula. Estas no se reunían regularmente. Nacionalmente, durante muchos años, sólo hubo un secretario; no había secretariado y Penelón bloqueaba su creación. Tampoco había direcciones colectivas en los comités de barrio. Las células no discutían los problemas políticos. Para informar sobre éstos, realizaban reuniones, conferencias –con afiliados y no afiliados– y algunos oradores pronunciaban discursos.

El dirigente de la IC Vassiliev decía que la composición social del CC del PC de la Argentina “no era tan mala”, pero trabajaba muy mal. Se estaba refiriendo, evidentemente, a la mayoría del CC. Para él, el CC era “demasiado filósofo, demasiado profesoral, demasiado intelectual”, una cosa que él “no sabría explicar (...) que está en la luna, en la esfera celeste” más que “sobre el terreno de la lucha de clases”.⁷⁰

A raíz del debate sobre Penelón, se hizo visible la pequeñez del Partido, que, como dijo Lozovski en la mencionada reunión de Moscú, tenía “una base muy estrecha” y no tenía “un verdadero trabajo en la masa obrera”.⁷¹ Se contaba con pocos cuadros y medios materiales. Rodolfo Ghioldi dirigía *La Internacional* y *La Correspondencia Sudamericana* y estaba solo para editar esta última –que salía dos veces por mes–, luego de hacer las tareas de Partido que le correspondían. “Es un trabajo de esclavos”, dijo Rodolfo Ghioldi en Moscú. Y el trabajo de *La Internacional* lo hacía con la ayuda de un solo compañero, que daba una noche por semana, para corregir la edición. Ghioldi, además, tenía que hacer la crónica de los actos, transcribir las cartas de obreros, etc. En la Comisión Sindical trabajaba un solo funcionario, y el “se-

cretario era un ferroviario que trabajaba 8 horas en el ferrocarril y luego cumplía su tarea de miembro del Partido y secretario de la Comisión Sindical”, compañero que “no sabía escribir una letra y había que ayudarlo”.⁷² Según Rodolfo Ghioldi, el Partido no tenía “una organización incluso primitiva de trabajo ilegal”. Hacía muy poco tiempo que habían comenzado a “trabajar verdaderamente en las Fuerzas Armadas”. Era un trabajo débil y en el último reclutamiento “sólo tuvimos dos camaradas de la juventud comunista de Buenos Aires en el Ejército”.⁷³

Del debate sobre la crisis de Penelón también surge la verdad de lo que planteó el dirigente de la IC, el suizo Stirner: el CC del PC discutía lo sindical y las tareas inmediatas, pero nunca la línea política, las tareas políticas generales. Se discutían pequeñeces porque no se discutían las cuestiones fundamentales.⁷⁴ En *La Internacional*, decía Stirner con razón, de diez artículos, nueve trataban de la situación internacional.

En la Internacional Comunista –como se ve con claridad en el debate realizado en Moscú– se atribuían ciertas posiciones y métodos del Partido Comunista de la Argentina y de los comunistas latinoamericanos –que los diferenciaban, por ejemplo, del Partido Comunista ruso, alemán o francés– a “una mentalidad tropical”, evidenciando un desprecio racial, eurocentrista, hacia los latinoamericanos. Este autor encontró subsistente, treinta años después, el mismo prejuicio en los cuadros soviéticos, checos y alemanes, entre otros, unido a un profundo antisemitismo que generaba, en el caso de los soviéticos, permanentes comentarios sobre la elevada cantidad de judíos que había en la FJC de la Argentina.

Gerónimo Arnedo Alvarez

En ese período comenzó a destacarse en la militancia del PC de Zárate quien luego sería, durante muchos años, secretario general del Partido: Gerónimo Arnedo Alvarez. Alvarez apoyó a la “mayoría” en la crisis con Penelón.

La biografía de Arnedo Alvarez es digna de ser conocida y meditada, porque ilustra sobre el rol positivo que jugó el Parti-

do Comunista en el movimiento obrero argentino, durante muchos años, al promover a decenas de cuadros obreros a la lucha revolucionaria, y el rol nefasto que jugaría, años después, para ese mismo movimiento obrero, bajo la dirección, precisamente, de Gerónimo Arnedo Alvarez. El fue uno de los grandes responsables, como secretario general del Partido, de la posición del PC en la década del 40 –la época del browderismo y de la Unión Democrática– y, en la década del 70, frente a la dictadura violovidelista.

En 1928, la mayoría del Partido de la localidad de Zárate siguió a Penelón. Arnedo se quedó con Romo y Ghioldi. Los penelonistas lo acusaron de desempeñar “el triste papel de cotorra de González Alberdi, por cuanto sólo dice lo que él le ha enseñado”. Alvarez, “al que muchas veces le ha faltado una cebadura de yerba y que donde vive, cuando llueve, se embarra hasta la mitad de la pierna”, fue atacado duramente por los penelonistas. M. Domínguez, militante de Zárate, escribió sobre Arnedo Alvarez en *¡Adelante!* (1928)⁷⁵ y contó que él lo había afiliado, “hace aproximadamente un año” (lo había conocido en el trabajo). Pero Arnedo debió ausentarse al campo, primeramente a la cosecha de Córdoba, luego a la cosecha de maíz, “por lo que estuvo alejado de la actividad” y era “consecuencia lógica de ello que asuma la posición que ahora asume”. Domínguez dijo que esa posición era común “en los obreros que siguen a los caudillos burgueses” y daban “la pata-da a quienes tratan de sacarlos del oscurantismo en que viven”. También, que si hasta entonces la organización de Zárate no lo había expulsado era “por el poco valor que se le da”. Y termina su carta diciendo: “¡Sed compasivos con los animales!”. Como se ve, el gorilismo que impregnó desde 1946 hasta hoy al PC, tuvo raíces profundas e incluso afectó, en ocasiones, el trato con sus propios cuadros obreros.

Los niños

La división incluyó a los grupos infantiles. Hubo reuniones accidentadas, con la participación de dirigentes mayores –Orestes Ghioldi entre otros– que se disputaban su control, como sucedió con el grupo Carlos Liebknecht, que había adherido al penelonis-

mo. En esos grupos infantiles militaron quienes, más adelante, adquirirían renombre en los ambientes comerciales e intelectuales: los hermanos Liberchuk, los Schcolnik, Roberto Pergament, entre otros.

Los telegramas

Las discrepancias entre Penelón y la mayoría del CC giraron durante bastante tiempo en torno al uso y al ocultamiento de los telegramas de y hacia la Internacional Comunista. El tema es ilustrativo de cómo esta organización se iba transformando en una organización burocrática, alejada de la lucha de clases en los países y que operaba en éstos de acuerdo con las necesidades o las fantasías que se discutían en Moscú. Los camaradas del PC de China recordaban, por ejemplo, que la orden para lanzar la insurrección en Cantón se dio por telegrama, desde Moscú. Cosas semejantes sucedieron, posteriormente, con el movimiento insurreccional en Brasil, en noviembre de 1935.

Que no se había sacado suficiente lección de estos hechos —que bordearían el ridículo, si no le hubieran costado la vida a muchos revolucionarios— se demostraría, muchos años después, en numerosos detalles de la preparación del foco guerrillero en Bolivia, con el Che Guevara, y las órdenes y contraórdenes recibidas, en este caso, desde La Habana.

Guralski, siendo delegado de la Internacional Comunista ante el Secretariado Sudamericano, envió telegramas a Moscú comunicando divergencias que todavía no habían sido planteadas en el Comité Central del PCA y por lo tanto, sobre las cuales éste no había tomado posición. Orestes Ghioldi (Ghitor) planteó que el CC fue “sorprendido desagradablemente por esas informaciones telegráficas, breves e insuficientes”.⁷⁶

La crisis con Penelón se inició por un telegrama firmado por Romo, enviado por éste y Williams a la Internacional, que decía: “Dada la situación general que demanda medidas inmediatas Williams demanda la autorización para viajar a Moscú, nosotros proponemos que Ghioldi viaje también. Causa oposición. Envíen los medios para viajar”. Firmaba Romo.⁷⁷ El “nosotros propone-

mos” indicaba que Romo había consultado el telegrama con Williams (lo que era cierto). “Dada la situación general” se refería, según Williams, a la situación creada “por la ruptura de Inglaterra y Rusia”; pero todo el mundo en Moscú lo entendió como referido a la “situación general” en la Argentina. Como se ve, Romo y Williams no proponían una delegación mixta, con representantes de las dos partes. Proponían una delegación de una de las partes y sin consultar al CC. Según Codovilla, es evidente que allí comenzó el trabajo fraccional. Romo pidió que se le contestara a su domicilio personal, para evitar, seguramente, que la respuesta fuese conocida por el CC.

La respuesta llegó en un largo telegrama que planteaba “suspender toda discusión y enviar información sobre la oposición” (las dos partes debían enviar esa información) y que nadie debía viajar a Moscú. Williams no estuvo de acuerdo con este telegrama: descubría sus intrigas, y lo rompió. Se justificó aduciendo “razones de clandestinidad”. Williams (Guralski) no quería discutir en Buenos Aires —donde iba a tener una oposición mayoritaria— y por eso llevó la discusión a Moscú.

El 23 de junio de 1927, José Penelón recibió un telegrama de la Comintern indicándole que reclamara copia de otro, enviado al secretario del Partido, con directivas. El telegrama decía: “Moscú, junio 23 de 1927: demanda copia telegrama remitido Central Partido y envíanos informes y tu opinión. Humbert-Codovilla”. Primero le negaron a Penelón que existiera tal telegrama y luego argumentaron que lo habían roto, que Raymond lo había hecho. El telegrama habría dicho más o menos lo siguiente: “Suspendan toda discusión hasta resolución Comintern. José, envíenos informes sobre la cuestión sindical y bélica. Apliquen táctica sindical resuelta por Comintern. Que nadie salga para Moscú sin autorización Comintern”.⁷⁸

Se conoce, por informes de Codovilla, que luego Romo mandó telegramas en nombre del CC (sin autorización de éste) proponiendo el envío de Rodolfo Ghioldi para plantear graves divergencias. A raíz de este hecho, Penelón pidió en el CC separar a Romo pero, en vez de esto, se le acordó un voto de confianza. Romo había informado a la Comintern que las discrepancias eran sobre el

tema sindical y la guerra. No se hablaba del trabajo de Penelón en el Concejo Deliberante; pero, hacia diciembre, ya se había hecho girar las divergencias en este último punto.

Pese a la oposición de la Comintern, la “mayoría” envió a Rodolfo Ghioldi a Moscú. En ese momento se produce la ruptura y el desalojo (por la policía, dicen los penelonistas) de los locales que ocupaba la “minoría”.

La posición de Victorio Codovilla

De la documentación sobre la “crisis Penelón” surge que, inicialmente, Penelón confió en Codovilla, que estaba en Moscú.⁷⁹ Al inicio de la crisis Victorio Codovilla envió cartas apoyando a Penelón; cartas que, según los miembros de la mayoría del CC, se debieron a las “informaciones tendenciosas y falsas” que Penelón había dado a Codovilla y al “desconocimiento de la posición de la mayoría”.⁸⁰

Los documentos del Archivo de la Comintern demuestran que Victorio Codovilla estaba enfrentado, en el Secretariado de la Comisión para América Latina, a Williams (Guralski, Raymond), y que, al inicio de la crisis, ante el embate de éste, defendió a Penelón.⁸¹ Pero Penelón temió por la resolución definitiva de la Internacional. Consideraba que allí “obra la muñeca de Stalin” (“La Internacional Comunista no responde a una persona”, le contestaba Orestes Ghioldi) y no estaba claro sobre la tormentosa lucha de tendencias y fracciones que existía en Moscú. Según Rodolfo Ghioldi, muchas células no aceptaban el telegrama de la Comintern porque según los penelonistas obedecería “al puño de Stalin”.⁸² El blanco del ataque de Penelón era el dúo Rodolfo Ghioldi-Pedro Romo.

Del debate sobre la crisis se deduce que Penelón no había querido ser candidato a concejal, porque entendió que se quería anular su trabajo como secretario del Secretariado Sudamericano de la IC. Y aparece todo un trasfondo de intrigas, en Moscú y Buenos Aires, manejadas por los cuadros que trabajaban en la Internacional hacia América Latina; intrigas que ayudaron a dividir al núcleo llamado hasta entonces “marxista” del PCA. En determinado

momento se pretendió sacar a Codovilla como delegado del Partido ante la IC, y él planteó venir a discutir con quienes pedían su relevo.⁸³ En medio de esa situación, había llegado Anselmi, como delegado de la Internacional, para ocuparse de las organizaciones idiomáticas y, como vimos, chocó violentamente con Mallo López, dirigente de la Capital Federal. Anselmi tenía –según Raymond– “fallas políticas”.

La crisis con los “chispistas” había tenido como trasfondo una diferente valoración de la situación internacional y nacional. Los “chispistas” creyeron, en esencia, durante mucho tiempo, luego de 1922, que seguía el período de auge abierto en 1917. En esta nueva crisis, según plantearon los miembros de la “mayoría”, Penelón decía que “si no se puede actuar revolucionariamente hasta dentro de muchos años habrá que dedicarse a la conquista de votos (...) continuar siendo un partidito por cincuenta años, todavía”. La discusión actual dividía a un núcleo que había enfrentado unido a las fracciones anteriores. Ante los cambios nacionales e internacionales, un grupo (el de Penelón) se había ido cayendo hacia la derecha, renegando de las posibilidades revolucionarias, y otro grupo (el de Rodolfo Ghioldi y Pedro Romo) hacia la izquierda, en sintonía con la línea de “clase contra clase” que comenzaba a predominar en la Internacional Comunista luego del VI Congreso.

Abierta la crisis, el Presidium de la Internacional Comunista planteó que se suspendiese la lucha interna, que cada uno siguiese en su puesto y que Penelón viajase a Moscú. Un telegrama del Comité Ejecutivo de la Comintern del 4/11/1927 planteó que había decidido examinar las divergencias surgidas en el seno del PCA con la presencia de representantes de las dos partes en litigio y que, por eso, consideraba imprescindible el viaje de Penelón a Moscú. Las decisiones de la IC serían obligatorias para ambas partes y sometidas a la ratificación del Congreso del Partido a realizarse en febrero. Hasta ese momento, cada miembro del Partido estaba absolutamente obligado a evitar la acentuación de la crisis, y si no lo hacía sería responsable ante el Comité Ejecutivo de la Comintern y el Congreso del Partido.⁸⁴

Pero Penelón, que, contradictoriamente con lo afirmado a

otros afiliados, habría dicho que confiaba en la resolución de la Internacional porque confiaba “en la muñeca de Stalin” –según Romo, que recogió un comentario de Orestes Ghioldi–, al parecer no confió tanto y se negó a viajar a Moscú (según Mallo López, porque temía que con su alejamiento se debilitase su influencia aquí). Mantuvo su propuesta de eliminar a la “mayoría”, a la que acusó de “tener concomitancias con la policía”, por el ya mencionado episodio del desalojo de los locales en poder de los penelónistas. Penelón planteó, según *La Internacional*, que el Partido “tenía cabeza propia” y “no necesitaba mirar a Moscú”.⁸⁵ O que “no hay que perder la cabeza ni buscarla en Moscú”. Victorio Codovilla le va a contestar, tiempo después, una vez sancionada la división: “No hay que perderla; pero a aquéllos que tienen tornillos flojos en la cabeza, la IC se los ajusta”.⁸⁶

Sobre la negativa de Penelón a viajar a Moscú hubo mucha discusión en las reuniones que, durante más de dos meses, se realizaron en la capital de la URSS analizando la crisis del PC de la Argentina. Es evidente que existía ya todo un clima sobre los métodos de la Internacional Comunista, clima que parece muy influenciado por la propaganda burguesa y socialdemócrata. Según Rodolfo Ghioldi, “un viejo camarada como Clerc” decía que Penelón no debía ir a Moscú “porque se lo quiere asesinar en la frontera”.⁸⁷ Codovilla contestaba que no creía que Clerc, “brazo derecho de Penelón”, hubiera dicho eso. Penelón había viajado dos veces a Moscú siendo concejal. Si no quería ir ahora era evidente que lo hacía porque la lucha fraccional había alcanzado tal punto que “no quería abandonar su puesto de lucha” en la Argentina, agregaba.⁸⁸

Como dijimos, Penelón se negó a viajar a Moscú. Viajó Rodolfo Ghioldi.

Orestes Ghioldi y Mallo López se diferenciaron del grupo de Rodolfo Ghioldi y Romo, por lo que fueron acusados de “centristas”. Acusaron a Penelón de sufrir desviaciones de derecha y a la “mayoría” y la “minoría” de haber hecho trabajo fraccional (cosa que Romo negó). Dijeron que Penelón explotó lo que le convenía de las cartas de Codovilla, dado que éste aconsejaba “tranquilidad”.⁸⁹ Penelón acusó a Ghitor (Orestes Ghioldi) de ser “de los

que actúan entre bambalinas” y “un verdadero Judas Iscariote”, puesto que decía estar “completamente de acuerdo con la minoría en las cuestiones políticas pero (...) condenaba a la mayoría por sus procedimientos al margen del Comité Central y estaba en desacuerdo con el ‘golpe de estado’ de la minoría”.⁹⁰

Cuando pelean las comadres...

Dice un refrán popular que “cuando pelean las comadres se saben las verdades”. Pocas veces esto fue tan cierto como en ocasión de la ruptura de Penelón con el sector de Codovilla Ghioldi. Habían estado muchos años juntos y se conocían íntimamente. Esas intimidades aparecieron entonces en la prensa de uno u otro sector.

Los miembros de la mayoría del Comité Central del PC (la corriente que dirigían Codovilla-Ghioldi-Romo) llamaron “cangrejos” a los penelonistas (en referencia a que su periódico se llamó ¡Adelante!) y los penelonistas llamaron “rabanitos” a sus rivales (rojos por fuera y blancos por dentro).

A Pedro Romo, los penelonistas lo llamaron “el pesado de Villa Crespo” (dijeron que por su concomitancia y relaciones con personas e instituciones de lo más opuestos: policías, clubes de juego y por su inclinación a vestir bien, invitar a cafés céntricos, teatros y bailes a los dirigentes del Partido e incluso de la Internacional Comunista de visita en Buenos Aires). Detallaron sus vacilaciones políticas, en 1922, con los llamados “frentistas”, “con quienes ya había aceptado distribución de cargos para el Comité Central”. Dijeron que había calificado a Rodolfo Ghioldi de “irresponsable” porque “por su culpa, la Mendoza se había hecho enemiga del Partido” (en obvia referencia a algún hecho derivado de que Rodolfo Ghioldi fue novio de Angélica Mendoza). Y que Romo intrigó entre Codovilla y Ghioldi, y alentó a Oriolo y Teófilo González contra Codovilla “para que lo combatieran en el administrativo” (se refieren a la acusación de malversación y mala administración de fondos que Oriolo y González hicieron a Codovilla).⁹¹ Esta última acusación es verosímil porque, poco después, Pedro Romo sería defenestrado de la dirección del Partido Comunista y el *Es-*

bozo..., redactado bajo la dirección directa de Codovilla, plantea que Penelón sacó “ventaja de la presencia de un elemento centrista, Romo, en la Secretaría del Partido”.⁹²

Cuando todavía el conflicto no estaba definitivamente zanjado apareció otra diferencia: Penelón habló en el acto del 1º de Mayo de los socialistas, previo acuerdo con Oddone y Dickman. La “mayoría” se mantenía adherida a la línea de la Internacional Comunista de rechazar “categórica y resueltamente” la unidad por arriba con el PS. El Partido Comunista de la Región Argentina –como se llamó inicialmente el partido que organizó Penelón– propuso a las centrales obreras, al PS, al Partido Socialista Independiente, a la ALA (Alianza Antiimperialista Argentina), a la ALA Roja y a los sindicatos autónomos, celebrar en conjunto la fecha del 1º de Mayo, sobre la base de un programa de reivindicaciones inmediatas. A partir de esta posición fueron al acto de la USA, donde no pudieron hablar, y al acto socialista, llevando un estandarte de la FJC y un gran retrato de Lenin. Allí lograron que les permitiesen hacer una alocución. Habló Penelón, planteando los ejes centrales de la política nacional e internacional del PC(RA). Dickman hizo un discurso de marcada tonalidad revolucionaria, crítico del valor del parlamentarismo y el sufragio universal, reconociendo que el PS se había alejado de las masas. Es posible que lo hiciese para seducir a los penelonistas, porque luego del acto se rectificó de esas palabras.⁹³

Los “vividores” del comunismo

La creciente burocratización del Partido Comunista y el Estado soviético, denunciada por Lenin antes de morir, en 1924, iba gangrenando también a la Internacional Comunista. En esa década aparecieron síntomas de lo que luego sería una enfermedad generalizada. Especialmente en América Latina. Como sucede en esos casos, inicialmente las lacras de la misma se ocultaban con vergüenza, mientras que, andando el tiempo, serían exhibidas con impudicia. Aparecieron los “viajeros” a Moscú. Se dijo que los partidarios de Codovilla y Ghioldi habían convertido el local de Estados Unidos 1525, donde funcionaba el Comité Central del

PC, “en una agencia para el envío de delegados a Moscú”.⁹⁴ “El gran gancho: los viajes a Moscú”, denunciaban los penelonistas. Comenzaron a proliferar los oportunistas, que se aferraban a pequeños privilegios y hacían de la lucha revolucionaria una forma cómoda de vida. Entonces eran pocos, y por eso eran fácilmente visibles, ya que todavía predominaban, entre los cuadros de la Internacional Comunista, los revolucionarios que ofrecían y daban su vida por la revolución. Pero los síntomas de degeneración estaban ahí. Los penelonistas comenzaron a hablar de “los vividores del comunismo”.

Según ¡Adelante!, en la lista de viajeros en primera clase especial del lujoso transatlántico Cap Arcona, que iba a Hamburgo, en septiembre de 1930, publicada por el diario *Crítica*, figuraban: el príncipe George von Bayern, familias de Rosa, Elizalde, Tornquist, Pierre de la Crompe de la Boissiere, Victorio Codovilla...”.⁹⁵

Ya se practicaban métodos de control y espionaje sobre los delegados de los partidos “hermanos” de la Internacional, que luego serían moneda corriente hasta llegar, en las décadas siguientes – especialmente luego de 1957– a vincular a los aparatos especiales de espionaje y contraespionaje a **todos** los funcionarios de los llamados “países socialistas” que atendían o trabajaban con delegados extranjeros en las organizaciones internacionales democráticas. Próspero Malvestiti denunció, a su regreso a la Argentina, que lo tuvieron “varado” en Moscú varios meses para impedirle volver al país antes de que lo hicieran Codovilla y Ghioldi. Le retenían el pasaporte y no tenía dinero para volver. Ya de vuelta, dijo: “Conozco bien el procedimiento de Codovilla que le permitió capturar cartas de alguien y entregar cartas abiertas a otros delegados y capturar las mías”.⁹⁶

Rodolfo Salles escribió en ¡Adelante! que fue un grave error de la Internacional Comunista dejar la solución de la crisis del PCA en manos de “un oportunista sin escrúpulos”, como Victorio Codovilla, y de “tres empleados que han creído más cómodo cuidar sus empleos como delegados, a insubordinarse en contra de un hombre que, como Codovilla, tiene tantos amigos personales en Moscú”.⁹⁷ Victorio Codovilla ya usaba la expresión –digna de un buen ladrón de chiqueros o de gallineros– que utilizaría en 1967

durante la ruptura que dio origen al Partido Comunista Revolucionario: “Hay que pelar al chancho sin que chille” (parecida a otra que también utilizaba: “Matar a la gallina sin que cacaree”).

Se falsificaban cifras y datos para agrandar la influencia del Partido ante Moscú: “Mañana, Lozovski contará también con los diez mil afiliados que tenía el tupé de decir Codovilla que tiene el partido de los rabanitos”.⁹⁸

Una reunión en Moscú

La crisis provocada por la ruptura con Penelón motivó la reunión de la Comisión Argentina del Secretariado de Países Latinos, de la que venimos hablando, que se realizó en Moscú entre el 3 de enero y el 2 de marzo de 1928. De esa reunión participaron: los dirigentes de la IC Pétrov, Vassiliev, Stirner, Humbert-Droz, Lozovski, Stepanov (era, en realidad, el seudónimo de Minieff), Williams (Guralski), Trilla, Rodolfo Ghioldi, Maggi, Martini, Crémet, Rigault, Engdal; y representantes de partidos comunistas de América del Sur (entre ellos, Victorio Codovilla, Elguer y Próspero Malvestiti, delegados sindicales, estos dos últimos, al X Aniversario de la Revolución Rusa). Las reuniones fueron presididas por Stepanov. Actualmente se puede tener acceso a las actas de esa reunión en Moscú por los Archivos de la Comintern. Las actas de esa reunión ocupan más de 500 páginas, pero es evidente que faltan algunas y tampoco fue mecanografiada la última sesión, en la que se adoptaron las resoluciones. Pese a ello, las actas nos permiten –como ningún otro material– conocer el clima que imperaba en el trabajo cotidiano de la Internacional Comunista hacia América Latina, en el período inmediatamente anterior a que Stalin ganase la dirección del PC(b) de la URSS. Un momento, previo al VI Congreso de la Internacional, como vimos en el capítulo anterior, de aguda lucha interna entre la corriente derechista que dirigía Bujarin y la izquierdista de Stalin. Las actas demuestran que la crisis en el PC de la Argentina estuvo estrechamente relacionada con esa lucha en la IC, ya que su detonante fueron las maniobras e intrigas de dos delegados de la Internacional que pretendieron impulsar cambios en el trabajo sindical y organizativo del Partido,

acordes con los que se impondrían en la IC posteriormente, durante el período izquierdista previo al VII Congreso de la misma.

Las actas de la reunión nos permiten acercarnos al conocimiento más profundo de las contradicciones de Victorio Codovilla –que sería durante más de 25 años el máximo dirigente del PC argentino– con algunos cuadros importantes de la IC, como Lozovski, el máximo dirigente de la Internacional Sindical Roja⁹⁹ y con otros cuadros del núcleo dirigente del PCA, como Rodolfo Ghioldi.

Por otro lado, en esa reunión se realizó un análisis de la realidad económico-social de la Argentina y se dedujeron conclusiones que tendrían honda influencia en la política argentina, hasta la década del 60. No sólo respecto de la política del PC sino, también, a través de la influencia de hombres del aparato soviético, en otras fuerzas políticas como el desarrollismo, el radicalismo y el peronismo.

Polémicas en la reunión

El enfrentamiento de Codovilla con Lozovski fue violento. Lozovski, en la primera sesión, el 3 de enero de 1928, preguntó si estaban presentes delegados de la “minoría”. Se le contestó que no y que Penelón mismo se había negado a ir a Moscú. Lozovski planteó entonces que figurase en actas, porque “hay que saber qué hay atrás de esa negativa (...) porque nosotros conocemos lo que quiere decir que no se quiera ir a Moscú”. Codovilla lo enfrentó violentamente. Dijo que Penelón no había ido a Moscú por razones que “no son de orden político” y que si Lozovski “quiere constatar esto y hacer una declaración política, entonces de mi lado, yo haré otra”. “Hay un malentendido”, replicó Lozovski.¹⁰⁰ Más adelante Codovilla le hizo “una pequeña observación” a Lozovski: “Yo no soy ni ‘penelonista’, ni mayoritario, pero debo decir también que yo no soy ‘lozovista’ tampoco en la cuestión sindical y el camarada Lozovski comprende por qué”.¹⁰¹ Codovilla se refería a que se oponía a la propuesta sindical de Guralski y Ghioldi –que era apoyada por Lozovski– la que, según Codovilla, llevaría a dividir aun más al movimiento sindical.¹⁰²

Codovilla estaba violentamente enfrentado a Guralski. Lo acusaba de mentiroso e intrigante y le echaba en cara haber dicho, en 1926, que él era zinovievista.¹⁰³ Y en la reunión, cuando Codovilla volvió a tratar a Guralski de mentiroso, Stepanov le pidió a éste que no dijera nada agravante “por el estado de ánimo de Codovilla”, y le pidió a Codovilla que “tuviese sangre fría”. “Es el té el que calienta a Codovilla...”, acotó Lozovski. En determinado momento, Williams (Guralski) comentó una carta personal de Codovilla a Romo y Codovilla exclamó, refiriéndose a Guralski: “¡Es posible! ¡Qué idiota!”. Se discutió entonces largamente si le dijo “idiota” o dijo “¡qué idiotez!”.¹⁰⁴

Codovilla pensaba que Guralski, de acuerdo con Romo, el secretario del Partido, había intrigado, desde diciembre de 1926, contra Penelón y Codovilla y que “estaba claro” que todo el trabajo de Guralski en la Argentina “era el de practicar el trabajo fraccional en el interior del Partido (...) no quería llevar la cuestión a la base del Partido sino a Moscú y presentarse como ‘salvador’, luego de haberlo destruido”.¹⁰⁵ “El que no ha pecado que tire la primera piedra”, dijo Lozovski, refiriéndose al trabajo fraccional. Y Codovilla contestó: “Yo pienso que en esta cuestión muchos camaradas han pecado. Pero si Uds. quieren encontrar quién tiró la primera piedra (...) miren a Williams (Guralski) y tendrán la respuesta”.¹⁰⁶ Codovilla opinó en la reunión que Ghioldi y Williams “han hecho el trabajo fraccional juntos, son solidarios de la misma línea política” y que habían hecho una división del trabajo: “lo que Williams no podía decir, lo ha dicho Ghioldi”.¹⁰⁷ Guralski (Williams en la reunión), a su vez, apoyado por Lozovski, atacó violentamente a Codovilla “que hace una danza salvaje alrededor de telegramas y documentos desaparecidos”. Interrumpió Lozovski: “No una danza salvaje, sino una danza macabra”.¹⁰⁸ Para Guralski, Penelón comenzaba a “orientarse a otros caminos internacionales cuando usa términos como la dictadura de Stalin”, términos “usados por otras fuerzas”. “¿Qué fuerzas?”, preguntó Codovilla. Guralski: “Las fuerzas de la oposición internacional”. Codovilla: “Tú eres capaz de hacerlo pero no él”.¹⁰⁹

Rodolfo Ghioldi y Victorio Codovilla estaban enfrentados en el tema sindical; en el de la guerra; respecto de la valoración del PS;

la consideración sobre cuál era el imperialismo dominante (yanquis o ingleses) y en la cuestión agraria.

En la reunión, Rodolfo Ghioldi atacó permanentemente al dirigente de la IC Stirner, y a Codovilla. Stirner había preguntado, extrañado, por qué se planteaba el problema de la guerra en la Argentina. Ghioldi opinó que Codovilla y Stirner habían “tomado la defensa de Penelón”.¹¹⁰ Y planteó que se hacía caer toda la responsabilidad de la crisis en Williams (Guralski) porque se había dicho “no pocas veces, que es un intrigante”, que había intrigado en Francia, en Italia y en España (Codovilla había dicho esto). En su intervención del 1º de febrero de 1928, Rodolfo Ghioldi volvió a atacar a Codovilla y criticar a Stirner, Vassiliev y Maggi. Y concentró su crítica en el secretario de la Comisión Latina, el bujarinista Humbert Droz. Según Ghioldi, Droz acusaba a la mayoría del CC de “maximalistas” –por la posición adoptada ante la guerra– y los consideraba como “intelectuales metafísicos”, que no eran una garantía para salir de la crisis, de donde se deducía que la solución era “realizar cierta concentración de fuerzas en torno al camarada Codovilla”. Conclusión equivocada, sostenía Ghioldi, porque así sería imposible resolver la crisis del Partido.¹¹¹

Esto permite darse una idea de cómo se dividieron los cuadros de la IC en la discusión sobre la Argentina. Rodolfo Ghioldi defendió a Williams en su aseveración de que, si estallaba la guerra, “se sovietería Europa en seis meses”, por tratarse de una frase “propagandística” y recordó que Codovilla “también hacía maximalismo”, pues había dicho “en una carta al CC que en pocos meses Fe-Yu-Sien, nuestro amigo, tomaría Pekín”. Y agregaba irónicamente: “Nosotros esperamos siempre que Pekín sea tomada”.¹¹²

Stepanov, dirigente de la IC, también criticó, bastante violentamente, a Codovilla por su posición sobre la guerra y planteó que él consideraba que “la línea política de Williams era más justa que la de otros camaradas”, con lo que nos da una pista de quiénes sostenían en Moscú al delegado de la IC en la Argentina.¹¹³

La discusión en Moscú sobre los temas de la polémica con Penelón alumbró las diferencias y los matices sobre las cuestiones de fondo en el análisis de la revolución argentina.

Inexistencia de la gran industria

Stepanov, acordando con que la economía argentina estaba dominada por la economía rural, dijo no estar convencido sobre algunos datos de los análisis realizados en la reunión. Porque los camaradas habían prestado poca atención al hecho de que la economía en este país producía sobre todo artículos de consumo, para el mercado interno y la exportación, y no producía casi nada de medios de producción –imprescindibles para la industria pesada de transformación, para la metalurgia, las minas, etc.–, los que se importaban. Y las materias primas que producía no eran trabajadas en el lugar (lanas, algodón) sino que se exportaban, importándose los artículos confeccionados con ellas. Esto determinaba una inferioridad del país y de la economía nacional en relación a los países industriales, y determinaba el ritmo lento de desarrollo de la Argentina. Se comprendía esto, agregó, comparando el desarrollo argentino con el hindú.¹¹⁴ Como se ve, Stepanov puso el dedo en la llaga del desarrollo industrial deformado de la Argentina, subrayando un rasgo (inexistencia de la gran industria) que subsistiría hasta mucho después de terminada la Segunda Guerra Mundial; rasgo que sería el blanco de la política desarrollista del frondo-frigerismo. A diferencia de Stepanov, Guralski exageraba el desarrollo industrial y capitalista en la Argentina y decía que, pese a todo, la industria argentina se desarrollaba rápidamente.¹¹⁵ Stepanov señaló, al mismo tiempo, que el latifundio provocaba una crisis agraria permanente y existía una superpoblación de obreros nativos que no podía ser absorbida por la industria, que se desarrollaba muy lentamente, y prefería tomar obreros extranjeros, inmigrantes, que eran más calificados.

La lucha interimperialista

El debate sobre la lucha interimperialista sería vital para la línea del Partido en los años siguientes. En la reunión se tocaron aspectos de la lucha entre los yanquis y los ingleses, que tendrían enorme importancia en el futuro. No se habló de los alemanes –ni de otros imperialismos– que jugaban y jugarían gran papel en la

política nacional. Todos coincidían en que la “burguesía” agraria argentina (se referían a los terratenientes) hacía bloque con el imperialismo inglés contra los yanquis. Rodolfo Ghioldi mencionó que la Sociedad Rural había enviado, recientemente, un memorandum al gobierno “pidiéndole una intervención directa, un control directo del gobierno sobre las empresas americanas de carne”.¹¹⁶ Dio la idea, en su intervención, de un cierto desarrollo del imperialismo inglés que, apoyándose en capas de la gran “burguesía” agraria, obligaría a recular al imperialismo yanqui. La vida le daría la razón a Rodolfo Ghioldi en la década del 30. Guralski también se refería a “una intervención más intensa” del imperialismo inglés en la vida interna del país.¹¹⁷ Inglaterra tenía invertidos en la Argentina 400 millones de libras esterlinas, contra 90 millones de los EE.UU.

Victorio Codovilla estaba en contra de estas afirmaciones de Ghioldi y Guralski. El planteaba la cuestión así: ¿Cuál es el imperialismo que avanza y cuál el que retrocede, en la Argentina? Y contestaba: avanzan los yanquis, como se ve en el tema carnes. Los yanquis habían ganado la “guerra de las carnes” contra los ingleses. La guerra les había costado, dijo Codovilla, 150 millones de dólares a los yanquis y 3 millones de libras a los ingleses. Los yanquis están a la ofensiva y los ingleses a la defensiva, concluía. Todos acordaban en que la burguesía nacional naciente y la pequeña burguesía, cuya expresión política era el yrigoyenismo, estaban ligadas al imperialismo norteamericano y que éste estaba a la ofensiva; entonces, esa burguesía dirigiría el Estado. Esto no significaba que los ingleses renunciarían a acaparar toda la riqueza que pudiesen, decía Codovilla, pero estaban “obligados a recular”.¹¹⁸ Intervino Stepanov en el debate y planteó que estas ideas de Codovilla significaban que “en la guerra de mañana” uno de los dos sectores se “doblegará”; que seguramente “debía haber un mal entendido sobre un punto tan importante”, que él creía que Codovilla “no persistirá en esta idea”, porque sería falso pensar “que el capitalismo inglés no reforzará sus posiciones en la Argentina, que no opondrá nada a la ofensiva del imperialismo yanqui”.¹¹⁹

Codovilla explicaba que la Argentina podía transformarse en

un país industrial. Tenía las materias primas necesarias para ello. Pero la burguesía nacional “es incapaz de emprender una tal explotación” y las potencias imperialistas no se proponían explotarla, sino guardarlas como reservas e impedir que las utilizaran sus rivales. Además, las potencias imperialistas estaban interesadas en colocar aquí sus mercancías. Consideraba “una farsa” la política yrigoyenista de nacionalización de los yacimientos petrolíferos, aprobada por la Cámara de Diputados, porque esa política respetaba las concesiones ya otorgadas “que son las mejores” y en las cuales los yanquis habían invertido 125 millones de pesos.¹²⁰

Codovilla decía que también había contradicciones entre la “burguesía” agraria y la burguesía industrial naciente. La primera era librecambista, mientras que la burguesía industrial y la pequeña burguesía planteaban que la Argentina debía ser autosuficiente, por lo que exigían protección aduanera para permitir el desarrollo de la industria nacional. La “burguesía” agraria se oponía a eso y argumentaba que así aumentarían los precios internos. La burguesía industrial calculaba en 250 millones de dólares lo que podía ser fabricado por la industria nacional dejando ese dinero dentro del país y aumentando el nivel de vida de los trabajadores. Codovilla consideraba que este desarrollo se haría con capital extranjero y, consecuentemente, sería en beneficio del imperialismo, principalmente de los yanquis. La “burguesía” agraria apoyaba a la Liga de las Naciones y la industrial, a la Alianza Panamericana.

Surge con claridad en el debate de la crisis Penelón, que Codovilla, y muchos cuadros de la Internacional, hacían esta alineación automática: la burguesía industrial era proyanqui y como el yrigoyenismo representaba a la burguesía industrial, ergo, era también proyanqui. Numerosos hechos de la política nacional e internacional del yrigoyenismo contradecían esta afirmación. Había, además, múltiples relaciones del yrigoyenismo con los ingleses. Incluso personales. Pero desde la mencionada idea se sacaban conclusiones políticas erróneas.

Guralski polemizaba con la diferenciación que hacía Codovilla entre “capital ofensivo” y “capital defensivo”. Sentía, dijo, que ése era un “lenguaje reformista”, cuando se marcaba diferencias en-

tre el imperialismo que ataca y el que se defiende. Algo así como “el cordero inglés que se defiende del lobo americano”, cuando “la defensiva de Inglaterra consiste en un ataque directo contra la Argentina”. Y daba como ejemplo el caso del petróleo, donde los ingleses se defendían “atacando al país”.¹²¹ Todos coincidían en que esa disputa interimperialista se expresaba en la lucha por el poder entre alvearistas e yrigoyenistas. Codovilla pensaba para el futuro una lucha defensiva de la “burguesía” agraria nacional, ligada a los ingleses, contra la burguesía industrial naciente ligada a los yanquis. Por eso cuando vio, luego del golpe del 6 de septiembre de 1930, a los representantes de la más rancia “burguesía” agraria (terratenientes) sentados en el gabinete de Uriburu y a los yanquis primando allí sobre los ingleses, no entendió qué sucedía y cayó en la confusión.

Sobre la burguesía nacional

Surge de las actas de la reunión de Moscú que sus protagonistas no tenían un concepto claro sobre la burguesía nacional. Se confunde allí a los terratenientes con la burguesía agraria.¹²² Y en cuanto a la burguesía nacional, los participantes en la reunión de Moscú que analizaron la crisis del PC de la Argentina no diferenciaban a la burguesía intermediaria (intermediaria del imperialismo y los monopolios) de la burguesía cuyos intereses y cuya posición política está enfrentada, en mayor o menor medida, al imperialismo. Codovilla y otros dirigentes de la Internacional, como vimos en el capítulo anterior, utilizan mucho el concepto de burguesía “ligada” al imperialismo, siendo que en los países dependientes prácticamente no existe burguesía que no esté “ligada” al imperialismo, o a sus monopolios.

Codovilla, Ghioldi o Guralski, teniendo diferencias, partían de investigar si tal sector de la burguesía (donde incluían también a los terratenientes) estaba ligado a tal o cual imperialismo, y concluían que la burguesía industrial naciente lo estaba a los yanquis y la agraria a los ingleses. Por ende, para Codovilla (quien subrayaba el hecho de que los yanquis “estaban a la ofensiva”), dado que los yrigoyenistas (expresión de la burguesía industrial

naciente) estaban ligados a los yanquis y que éstos iban “a dirigir el Estado”, por una consecuencia lógica, los yrigoyenistas iban a predominar frente a sus opositores. Ghioldi, en cambio –la reunión se hacía antes de las elecciones de 1928– dejaba el tema en suspenso, porque él opinaba que la pequeña burguesía yrigoyenista no tenía fuerzas para tomar el poder, y la “burguesía” agraria no la tenía para mantenerse en el mismo.

Sobre este tema, en la reunión de Moscú, Stepanov planteó la cuestión clave para un país dependiente: el Partido tenía que tener un análisis exacto de las diferencias de clases en la Argentina y conocer si había una capa de la joven burguesía industrial, y saber también en qué puntos podía haber comunidad de intereses entre la burguesía industrial, la pequeña burguesía, los empleados y los funcionarios contra los grandes propietarios terratenientes, los trust de comercio de trigo, etc. La comunidad de intereses podía ser aun más amplia, dijo, si algunos terratenientes, que no estaban ligados directamente, podían sostener tal cosa.¹²³

El problema agrario

La Argentina –señaló Codovilla en la reunión de Moscú– ocupaba el segundo lugar en el mundo como exportador de carnes y de trigo. Antes de la guerra se exportaban poco más de 5 millones de toneladas de productos agrícolas y, en 1927, 9 millones 500 mil. Y se pasó de exportar 440 mil toneladas de carne a exportar 880 mil. ¿Qué había empujado ese progreso?: la necesidad de los mercados europeos. Pero ahora, agregaba en su análisis, en 1928, existía una crisis agraria por la falta de salida de los productos y la caída de los precios. Codovilla, entre otros, no evaluaba bien la magnitud de esta crisis, que se adelantaba a la crisis mundial que estallaría en 1929. El pensaba que la producción agrícola seguiría creciendo – porque se resolvería el “problema de los precios”– y que la de ese momento era “una crisis de crecimiento”. Por un lado, subestimaba la fuerza del imperialismo inglés y, por otro, no comprendía la magnitud de la crisis que venía y cómo afectaría a los EE.UU. Veía al imperialismo yanqui pujante y como el principal factor de “desarrollo económico del país tanto en la industria

como en la agricultura”. Desarrollo que, lógicamente, haría de la Argentina un país cada vez más controlado por los imperialismos, pero... con su economía en desarrollo.¹²⁴

El problema fundamental es el de la tierra, decía Codovilla; problema del que Rodolfo Ghioldi “no habló en su intervención”. Hasta ahora, agregaba, “no hemos hecho casi nada en esta cuestión”. “El sesenta y ocho por ciento de la tierra es cultivada por personas que no la poseen (...) el sistema general es el latifundio”.¹²⁵ En este tema surge el nudo de la diferencia de Codovilla con Guralski. Para Codovilla, la masa fundamental del campesinado en la Argentina “no son los pequeños propietarios, sino los arrendatarios y los medieros” y “esto es lo que no ve Williams (Guralski)”.¹²⁶ Codovilla leyó en la reunión los programas alvearista, yrigoyenista, del PS y el del PC de 1925, y subrayó que en ninguno de ellos había nada sobre la entrega de la tierra a los campesinos.¹²⁷ En su intervención, Codovilla planteó centralmente un tema que sigue siendo una cuestión palpitante en el problema agrario. Romo había escrito en *La Internacional* que una de las causas del atraso del campo argentino estaba en la pequeña propiedad agrícola y había subrayado las enormes ventajas que daba la gran explotación agrícola a los trabajadores. Para Romo, dada la tendencia a la concentración de la propiedad agraria, había “que abandonar toda esperanza en la creación inmediata de la pequeña explotación agraria”. Esto, según Codovilla, era como decirles a los campesinos que “ese proceso era fatal” y no se podía hacer nada frente a él, decirles “no podemos hacer nada por Uds. es necesario que esperen a la dictadura del proletariado”.

Romo, en realidad, planteaba la entrega de la tierra al que la trabaja, pero no en parcelas privadas. Tanto él como Guralski sostenían que “sólo la confiscación de la tierra podría resolver la cuestión agraria” y que “mientras no se tuviese el poder del Estado no se podía hacer nada”. Para Codovilla, ésa era la “teoría de la pasividad”, ya que si bien la resolución del problema agrario, como la de todos los problemas sociales, no sería posible sin la revolución, de lo que se trataba, decía, era de “saber si nosotros debemos o no agitar en el campo el problema agrario con la consigna de ‘la tierra para quien la trabaja’”.

Codovilla rechazaba plantear que “la concentración de la tierra es una cosa fatal”; sostenía que no había que temer la creación de la pequeña propiedad y que había que “agitar la cuestión de la tierra para los campesinos”.¹²⁸ En la reunión, señaló la importancia de las cooperativas agrarias que se agrupaban en la Federación Agraria Argentina. Estas concentraban la producción triguera pero, cuando tenían que transportarla y venderla, era el trust – que dominaba el mercado– el que fijaba los precios y las cooperativas tenían que someterse a riesgo de no encontrar compradores para su producción. Codovilla decía que “había que trabajar en el interior de esas cooperativas”. Había “que penetrar esas organizaciones” y organizar la resistencia contra los trust y los terratenientes “sobre la base de las reivindicaciones inmediatas pero teniendo como palabra de orden general ‘la tierra a los campesinos’”. El constataba que, en este terreno, “nuestro Partido no ha hecho ningún progreso”. El retraso del Partido en el trabajo con los obreros agrícolas y los campesinos era grave, porque “la Argentina era un país agrario”.¹²⁹ Agregaba que el Partido debía precisar las reivindicaciones de **todas** las capas del campesinado, teniendo en cuenta las características de cada región y no en forma vaga, como sucedía hasta entonces.

En la Argentina había, se dijo en la reunión de Moscú, 600 mil obreros agrícolas estables y una enorme masa de obreros “golondrinas”, transitorios, que se trasladaban 2 mil y 3 mil kilómetros de un trabajo de temporada a otro. La propaganda del Partido aún no entraba en las estancias, semif feudales, pese a que había ejemplos que demostraban que era posible hacerlo. Codovilla planteaba organizar a los obreros rurales separadamente de los campesinos, se oponía a integrar en la misma organización a capas sociales con intereses bien diferentes.

La reunión de Moscú mostró que en el trasfondo de la lucha de líneas en el Partido –sobre el tema agrario– estaba la consideración sobre el grado de desarrollo capitalista en el campo. Guralski y Ghioldi no veían que el imperialismo –como sucedía en todos los países coloniales, semicoloniales y dependientes– se aliaba con los terratenientes para asegurar su dominio del país y, en vez de empujar el desarrollo de tipo capitalista, moderno, fortalecía

las tendencias semif feudales y atrasadas en el campo. Para Guralski, había “cambios de tendencia en la agricultura argentina”. En primer lugar, “su fuerte concentración, luego la mecanización de la agricultura y la penetración del capital extranjero en la agricultura”. Había “un proceso de absorción de los pequeños y medianos propietarios por los grandes propietarios y por el capital extranjero (...) sobre todo en las ramas de la agricultura ligadas a la industria, por ejemplo en la caña de azúcar”. Se desarrollaba el capitalismo “gracias al capital extranjero y al buen mercado de la mano de obra extranjera”. No sacaba ninguna conclusión de que la forma dominante de la renta fuera la de la renta en especie. Guralski resaltaba que “no existía en la Argentina el feudalismo como sistema durable; los elementos de feudalismo no tenían el carácter de un sistema”.¹³⁰ Stepanov contestó que no se trataba de buscar un sistema feudal como el que existió en la segunda parte del Imperio Romano, pero, de las intervenciones de los camaradas que hablaron de “grandes terratenientes, con sistemas propios de defensa y policía particular”, se podía afirmar que en las relaciones sociales en la Argentina había “muchos elementos de feudalismo”.¹³¹

El 30 de enero de 1928, en la séptima sesión de la Comisión Argentina, Stepanov planteó cuestiones de sumo interés, algunas de las cuales mantienen su vigencia hasta hoy.

Para Stepanov, como vimos, el latifundio provocaba una crisis agraria **permanente** y existía una superpoblación de obreros nativos que no podía ser absorbida por la industria. Pensaba que tanto Codovilla como Guralski confundían la **crisis agraria**, con la **crisis agrícola**.¹³² Siendo la crisis agraria lo que luego se denominaría crisis estructural – provocada por el latifundio y la subsistencia de relaciones precapitalistas en el campo –, y la crisis agrícola, la crisis coyuntural que vivía en ese momento el campo argentino. En la base de la crisis agrícola estaba la crisis agraria, explicó, y la primera reforzaba las manifestaciones provenientes de la segunda. Para Stepanov había tres posibilidades de desarrollo capitalista: la primera era la conservación del latifundio manteniendo las viejas relaciones de producción (todos los participantes habían acordado que el latifundio dominaba tanto

desde el punto de vista de la superficie como de la cantidad de la producción). Era la vía seguida por los gobiernos de los terratenientes sostenidos por el imperialismo inglés. Era el camino de la colonización completa de la economía nacional al imperialismo inglés. Otra vía era el parcelamiento de algunos latifundios y la explotación intensiva, camino seguido, hasta un cierto grado, por el capital americano, que buscaba vincular esas explotaciones a la industria ligada a ellas. Traía un cierto progreso pero, al mismo tiempo, abría el camino al capital financiero americano y producía un desarrollo unilateral del capitalismo. El tercer camino era el de la confiscación sin indemnización de la gran propiedad terrateniente, dando el usufructo de la tierra a los que la trabajaban. Implicaba nacionalizar los medios de transporte y, por lo tanto, luchar contra las compañías ferroviarias inglesas. No sería la revolución social, pero permitiría ligar la lucha campesina a la lucha contra el imperialismo.

Para Stepanov, por el peso de la gran propiedad terrateniente, la renta agraria absoluta era el obstáculo para el desarrollo de la agricultura, la responsable de mantenerla en un estado atrasado e impedir el aumento de la productividad por hectárea. La renta agraria absoluta entraba en la carga, dijo, de lo que se llama el precio de reventa, que le impide sacar, al productor, un precio que le permita competir ventajosamente en el mercado mundial. Para competir debía reforzar su explotación e incluso trabajar él en condiciones penosas. Esa renta agraria absoluta, en la competencia, favorecía a la economía rural de los Estados Unidos. Además, la Argentina era uno de los países del mundo con el más elevado precio de transportación.

Stepanov subrayó en la reunión que el rol del imperialismo, en general, en los países coloniales y semicoloniales (y la “Argentina es un país semicolonial”, dijo) es “impedir el desarrollo económico, el desarrollo de las fuerzas productivas del país”. No hay que “entender esto en un sentido absoluto”, aclaró, porque habrá cierto desarrollo, pero el imperialismo es “por así decirlo, un obstáculo al desarrollo normal del país”. Stepanov, contradiciendo a Guralski, señaló que en la época del imperialismo el capital financiero sabe adaptarse a la economía primitiva, natural o

colectiva. “Yo no comprendo –lo interrumpió Guralski– cómo el capital financiero puede adaptarse a las condiciones primitivas”. “Se adapta subyugándolas”, le contestó Stepanov. “Pero, entonces, toma otras formas”, replicó Guralski. A lo que respondió Stepanov: “Se puede ver esto, por ejemplo, en Africa del Norte. El capital financiero procede así: para poder explotar las riquezas del país, pone de su lado, atrae, a la aristocracia del país y la transforma en su aliado”. “Así es en la Argentina”, agregó Codovilla.¹³³ Este es un tema de debate, hasta el día de hoy, en la izquierda argentina.

Resoluciones de la reunión de Moscú

Surge de las actas de la reunión –según el planteo de Guralski– que Codovilla pensaba que la solución de la crisis del Partido estaba en recrear un núcleo dirigente integrado por él, Penelón, Ghioldi y algún otro.¹³⁴ Esto fue confirmado por otras intervenciones. Codovilla planteó en varias ocasiones que “había que salvar a Ghioldi”, cosa que le reprochaba Penelón, porque demostraba que Ghioldi “era responsable de algunas cosas”.¹³⁵ Según Próspero Malvestiti, el dirigente sindical Elguer le comentó que Codovilla le propuso a él constituir un bureau político de tres, integrado por Ghioldi, Penelón y el propio Codovilla como “director político”.¹³⁶ Pero Codovilla le dijo a Ghioldi, en la octava sesión de la reunión de Moscú: “Fuiste tú el que me propuso como centro de concentración para resolver la crisis del Partido” y puso a Humbert-Droz como testigo de lo que afirmaba, para demostrar que no era él el autor de esa propuesta. Y agregó que Piatnitski le había propuesto ir a la Argentina a resolver la crisis y él no había aceptado porque “no aspiro a transformarme en el centro”. Pero, agregó Codovilla, “tampoco Ghioldi puede ser el centro de concentración del Partido. Éste se establecerá sobre la base de la línea que establecerá la Comintern y no sobre la base de una persona cualquiera”.¹³⁷

Malvestiti, en una sesión de la reunión de Moscú, propuso un congreso de unidad de penelonistas, chispistas y la “mayoría”, lo que fue rechazado con indignación, porque, dijo Codovilla, los “chispistas” “son elementos nefastos del movimiento obrero” y al-

gunos, como Fernández, “asesinaron camaradas comunistas”.¹³⁸ Los “chispistas” habían llamado a la “unificación de las fuerzas comunistas”, convocando para esa unidad al PC, al PC de la Región Argentina (penelonistas) y a “los comunistas sinceros que estuviesen al margen de los dos partidos”.¹³⁹

En cuanto a la resolución de la crisis, hay que tener en cuenta que la “mayoría”, en vez de llevar la discusión a la base del Partido, la había llevado, como vimos, a Moscú. En una circular al Partido firmada por Pedro Romo, el 1/12/1927¹⁴⁰ se planteó que esto se había hecho porque en el secretariado de la IC se ignoraba “la magnitud y gravedad de la crisis” y ante esto quedaban tres vías: desencadenar la lucha fraccionista en la base, limitarse a la remisión de los informes escritos, o enviar un delegado ante la IC para exponer las cuestiones. Los dos primeros caminos, según Romo, eran malos: el primero llevaba a un período de “relajamiento y de descomposición del cual saldría perdiendo el Partido”; el segundo implicaba “una demora de meses”, enviando actas que primero debían ser leídas y aprobadas para remitirlas, luego, por vía postal y esperar la resolución de las instancias superiores, lo que podía hacer que “cualquier chispa” desencadenase la lucha en la base. Por eso, agregaba Romo, decidieron enviar a Ghioldi a Moscú. En verdad, se procedió así porque la base del Partido **estaba en contra de la mayoría del CC que encabezaban Rodolfo Ghioldi y Pedro Romo.**

Vassiliev, en la octava sesión criticó a “la minoría” y a “la mayoría”. Ni los de la minoría en su totalidad eran oportunistas, dijo, ni los de la mayoría eran bolcheviques. Ninguno de los dos sectores tenía una línea clara “porque nuestro partido argentino no ha salido, todavía, de ese estado de secta (...) no ha tomado parte en luchas directas (...) y la situación objetiva en Argentina (...) no le dio la oportunidad de mostrarse como un verdadero partido bolchevique, un verdadero partido comunista”.¹⁴¹

Al terminar la reunión de Moscú, dijo Codovilla: “¿Cómo considerar al grupo Penelón? ¿Como traidores conscientes que quieren quitar las filas de la Internacional Comunista y pasarse a los socialdemócratas o como revolucionarios que pueden haber cometido errores y que pese a ello pueden retornar a las filas de la

IC? Se trata de lo segundo. Son elementos revolucionarios y hay que hacer todos los esfuerzos para recuperarlos”.¹⁴² Los “chispistas” consideraron como una “muestra de debilidad” del PC de la Argentina, que el fallo no considerase a Penelón como un renegado y un traidor y reservara ese trato para cuando éste contestase la propuesta de la IC de realizar un Congreso de Unidad.¹⁴³

El fallo de la Internacional

El 24/3/1928 la IC destituyó a Penelón del cargo de secretario del Secretariado Sudamericano de la IC. El telegrama lo firmó Humbert-Droz. Designaron a Paulino González Alberdi para que se hiciera cargo de la administración del Secretariado.

El 19/5/1928, por *La Internacional*, se conoció el fallo de la Internacional Comunista sobre la crisis interna del PCA. El Comité Ejecutivo de la IC emitió una resolución y un comentario sobre la misma.

La Resolución de la IC ubicó el origen de las divergencias en el Comité Central del PC y la posterior lucha fraccional en las “transformaciones (...) en la estructura económica y social de la Argentina producidas en los últimos años”. El PC, para estudiar y resolver esos nuevos problemas “poseía formas de organización patriarcales y métodos de trabajo individuales” que no se correspondían con las nuevas tareas y con la influencia del Partido. “El CC no trabajaba como un órgano de dirección colectiva”. Esta contradicción hizo “degenerar la discusión política en una lucha fraccionista”.

Las discusiones de 1927 probaron, dijo la IC, que existían en la dirección del Partido “desviaciones oportunistas netamente expresadas y representadas por el compañero Penelón”, desviaciones que la mayoría del CC combatió pero no siempre oponiéndoles “una línea revolucionaria consecuente y justa”.

Como se ve, la Internacional Comunista criticó a Penelón, pero tomó distancia de la línea de la “mayoría” (que había sido apoyada por el delegado de la IC, Guralski).

La Internacional consideró como el error más importante del Partido “la desvalorización de la importancia del movimiento an-

tiimperialista de los pueblos de América Latina” y “más particularmente en la lucha contra la guerra”. Esta conclusión de la IC se vincula con que los “chispistas” se habían adelantado y habían creado y dirigían la sección local de la Liga Antiimperialista de la Argentina, esto pese a que Victorio Codovilla, junto a Gregorio Bergman, había participado, en febrero de 1927, del Congreso Antiimperialista de Bruselas. También se criticaba al PCA por no haber denunciado con suficiente fuerza “la actitud socialpatriota y social-traidora de la social-democracia”. La “minoría” había “subestimado el peligro de guerra de los Estados imperialistas contra la URSS y contra los países coloniales en la lucha revolucionaria antiimperialista” y “la función de sostén” que en una tal guerra jugaría la burguesía argentina. En este punto la IC se colocó en el centro, entre la “mayoría” y la “minoría”. Por un lado apoyó la consigna, tan debatida, “ni un saco de trigo, ni un kilo de carne para los ejércitos imperialistas”, pero, por el otro, criticó consignas como la de “huelga general de protesta” y “sabotaje de la guerra”, por implicar “un riesgo de verbalismo revolucionario” al no estar ligadas a un trabajo práctico serio y a una preparación ideológica conveniente.

Sobre la cuestión sindical, el fallo señaló que la “minoría” y la “mayoría” coincidían en concentrar el trabajo en la COA. Pero la “minoría” la concebía como una cuestión administrativa y no “como el coronamiento de una lucha”, de un trabajo con la base de la COA para presionar a los jefes reformistas de ésta y exigiendo garantías para entrar (que no expulsaran a los militantes revolucionarios, etc.). Al mismo tiempo, en una recomendación claramente dirigida a la “mayoría”, rechazó toda tendencia “a construir una cuarta central sindical”.

En la cuestión municipal se criticó a Penelón “por desviaciones netamente oportunistas” que limitaban su actividad a propuestas prácticas inmediatas, realizables, “sin ligarlas a la lucha revolucionaria y a los objetivos finales del Partido Comunista” y sin plantear “con fuerza los problemas políticos generales”, lo que conducía al “oportunismo posibilista”. A la vez el fallo alertó sobre la necesidad de no subestimar la importancia del trabajo municipal.

En la cuestión idiomática planteó luchar contra la tendencia a tratar a los extranjeros “como comunistas de segundo grado que hay que ‘asimilar’” y contra la línea que hacía del Partido “una federación de grupos idiomáticos más o menos autónomos”.

Como se ve, el Presidium de la Internacional Comunista, en la resolución sobre el caso argentino, resolución que –según dijo posteriormente Codovilla– fue discutida por todos sus dirigentes, incluido Bujarin (su presidente)¹⁴⁴ critica principalmente –pero no solamente– a Penelón y, “una de cal y otra de arena”, como se dice, a una crítica a la “minoría” adjunta otra a la “mayoría”.

Sobre el representante de la IC, Guralski (Raymond), el Presidium de la IC concluyó que “su línea general y su lucha contra los peligros oportunistas en el Partido eran justas y necesarias” y dijo que había señalado estos peligros a tiempo. Pero había cometido errores en la “aplicación de esta línea” que “se confunden con los de la mayoría del CC”, y al tiempo que criticaron “la forma” del envío del telegrama que hizo Guralski el 13/6/1927, le criticaron a Penelón “sus hábitos de trabajo personal”.

La Resolución de la IC reconoció al PCA y a su CC como la única sección argentina de la IC, e invitó a Penelón a unificar su partido con el PCA, para lo cual debía disolver su fracción, suprimir su periódico y su propaganda y someterse a la disciplina de la IC y del próximo congreso del PC. La resolución propuso conformar una comisión con representantes de los dos partidos, responsable directamente ante el Presidium de la IC, para preparar el congreso de unificación. Las acusaciones de tipo personal serían trasladadas a una comisión de control compuesta por viejos camaradas fieles a la causa comunista, nombrados por partes iguales por los dos partidos.

La Carta-comentario, adjunta a la Resolución de la IC, hizo un largo desarrollo sobre los cambios en la economía argentina en la última década. Definió a la Argentina como un país semi-colonial. Subrayó un rasgo de la situación económico-social que adquiriría gran importancia en la década del 30: “el capital financiero extranjero domina y dirige, ‘desarrolla’ la economía argentina, solamente en la medida en que este desarrollo beneficia a sus intereses. Es un ‘desarrollo’ unilateral e irregular que impide el

desarrollo y el crecimiento normal de las fuerzas productivas del país y sobre todo de la economía rural”. Esta última, planteó, se encaminaba de más en más “hacia una crisis crónica” porque el “desarrollo” económico, dirigido por el capital financiero inglés sólo beneficiaba “a los grandes propietarios de tierra” y no a la economía rural y a los trabajadores.

La Carta-comentario hizo un análisis de las causas de la crisis agraria y de las clases de la sociedad argentina y formuló la tesis de que “la particularidad de la lucha de clases en la Argentina está determinada por el hecho de que el movimiento antiimperialista –tomando el carácter de un movimiento de liberación de la economía nacional del yugo imperialista– puede ser y será un serio movimiento político de clase solamente a través de una lucha contra los grandes propietarios de tierra y la burguesía agroindustrial”. Como se ve, la Internacional Comunista abandonaba el concepto de “burguesía agraria” y comenzaba a utilizar el de “grandes propietarios de tierra” al tiempo que mezclaba y confundía a los terratenientes y a la burguesía intermediaria, apéndices del imperialismo, con la burguesía nacional, que tenía contradicciones con éste y con los terratenientes. Las consecuencias políticas de esto último se evidenciaron –aunque no se reparó en ello inmediatamente– en la línea frente al golpe de 1930.

La Carta-comentario también hizo un análisis detallado de la clase obrera y el movimiento sindical argentino. Se lo puede resumir así: sobre 2 millones 500 mil trabajadores asalariados, sólo estaban organizados 100 mil y había tres centrales de trabajadores.

El PC de la Argentina, señaló la Carta-comentario, por su desarrollo y las características del país, debía convertirse y “efectivamente se convirtió en el centro del movimiento comunista de América Latina”, y era el que, “en una cierta medida tiene la responsabilidad moral y política (ése es un deber y no un mérito) del desenvolvimiento, bueno, malo o insuficiente de los partidos comunistas de los países de América Latina”.

Junto con la resolución comentada de la IC, llegaron a Buenos Aires Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi.

Para solucionar las cuestiones creadas por la crisis del PC de

la Argentina, se constituyeron comisiones paritarias incluyendo a miembros del PC penelonista que habían integrado un Comité Pro Aceptación de la Resolución de la Internacional Comunista. Por el PC, integraron la Comisión Paritaria Victorio Codovilla, E. Ghitor (Orestes Ghioldi), Luis Zanetti, Luis Cecchini y Arturo Braga y por el mencionado Comité, Florindo Moretti, Ricardo Cantoni, Carlos Fassani, Germán Müller, Lista y Pedro De Palma. La Comisión Paritaria se reunió el 15 de agosto de 1928 y constituyó una Comisión Política y una Comisión de Control. La Comisión Política se encargaría de la preparación técnica del próximo congreso del Partido, el proceso de unificación (disolución de fracciones, etc.), y la preparación ideológica del mismo (tesis, resoluciones, etc.). Todas las cuestiones de orden personal y moral serían enviadas a la Comisión de Control y sus conclusiones serían inapelables: debían ser aceptadas sin discusión por ambas partes.

El fin de la “crisis Penelón”

Los penelonistas apelaron la resolución de la IC por estar fundada “sobre bases completamente falsas derivadas de informaciones tendenciosas”, e insistieron en sus acusaciones de inmoralidad respecto de dirigentes de la “mayoría”.¹⁴⁵ En la redacción de la resolución de la IC, dijeron, hasta “un ciego nota que es obra de Rodolfo Ghioldi con inspiraciones acopladas de Raymond [Guralski] y palabras casi textuales dichas por los ‘rabanitos’ en este país”.¹⁴⁶

Los penelonistas ponían el centro de su ataque en Rodolfo Ghioldi, al que consideraban – con fundamento– enfrentado con Victorio Codovilla. Planteaban que la línea de Rodolfo Ghioldi era mayoría en el PC, y recordaban, con amargura, que ambos (Codovilla y Ghioldi) habían sido echados de la dirección por los “chispistas” y volvieron a ella gracias a Penelón. Que ambos, en aquel momento, habían considerado que “no había nada que hacer (...) el Partido estaba perdido” y que Rodolfo Ghioldi, “durante años”, ni siquiera había asistido a las reuniones del Comité Central.¹⁴⁷

Con la resolución de la IC en sus manos, Victorio Codovilla regresó al país y, con Rodolfo Ghioldi, Contreras y Romo, entre

otros, inició un intenso trabajo para rescatar a los cuadros que se habían pasado al penelonismo. Victorio Codovilla hablaba como delegado de la Internacional Comunista. Para este trabajo se apoyó principalmente en Florindo Moretti y, secundariamente, en Pedro de Palma y en Carlos Fasani (miembros del CC del partido de Penelón). El viraje de Moretti fue un golpe demoledor al penelonismo, porque era el secretario del PC(RA) y había sido compañero de fórmula (Penelón-Moretti) por ese partido, en las elecciones presidenciales del 1º de abril de 1928. Florindo Moretti narró cómo, desde un local penelonista, cuando volvió a disciplinarse al CC del PC, empezó a advertir, “especialmente a los cuadros obreros, del mal paso que habíamos dado (...). Yo, y otros cuarenta y dos cuadros obreros (...) decidimos retornar a nuestro Partido”. Cuando Penelón descubrió el juego de Moretti y cambió la llave del local desde el que operaba, ya era tarde.¹⁴⁸

De Palma y Fasani no acataron el rechazo de Penelón a la discusión con la IC; consideraron erróneo haber fundado el PC(RA); reclamaron un congreso o conferencia con representación de la IC, y se constituyeron en minoría organizada dentro del CC de Penelón. Fueron expulsados; era evidente que trabajaban bajo la dirección de Florindo Moretti y Victorio Codovilla. Los dirigentes del PC provocaron durante meses una situación de crisis permanente al penelonismo. Victorio Codovilla recorría casa por casa visitando a los afiliados de Penelón y los locales partidarios y de las organizaciones en disputa. Rodolfo Ghioldi había dicho, en Moscú, que Codovilla tenía simpatías en los elementos que estaban con Penelón y “logrará arrancarle 15 o 20 de los mejores”.¹⁴⁹

Los penelonistas trabajaban sobre la base de las diferencias en el núcleo dirigente del PC, sobre todo entre Codovilla y Romo y Codovilla y Ghioldi.¹⁵⁰ Próspero Malvestiti apoyó a Penelón en la reunión de Moscú pero, el 14 de abril de 1928, firmó en Moscú una declaración, dirigida a Humbert-Droz, en la que declaró estar “completamente de acuerdo con la resolución tomada por el Presidium de la Internacional Comunista” y se comprometió “a trabajar sobre la base de dicha resolución a los efectos de unificar a nuestras fuerzas divididas para superar la crisis”.¹⁵¹ Al regresar al país se sumó al partido de Penelón. Al parecer, debe haber sido él

quién informó a Penelón que Humbert-Droz, el jefe de la Sección Latina de la IC, después de aprobada la resolución contra Penelón, había dicho que si éste hubiese ido a Moscú “el 80 por ciento de la razón le hubiera correspondido a él”.¹⁵² Malvestiti estaba –o parecía estar– “envenenado” contra Rodolfo Ghioldi y Codovilla. Pero a principios de 1929 fue expulsado del partido de Penelón porque “en los últimos tiempos (...) estaba prácticamente sirviendo de instrumento a los rabanitos” y “haciendo un trabajo de zapa contra nuestro partido”.¹⁵³ El documento firmado en Moscú permite pensar que fue fiel a la Internacional Comunista. También cambió de bando José Slavín, que al regresar de los EE.UU. se había incorporado, con bombos y platillos, al partido de Penelón. Evidentemente, Victorio Codovilla, que ya estaba vinculado a los aparatos especiales de la Internacional Comunista, hizo un buen trabajo...

Refiriéndose a la crisis del año 1927, dijo Juan José Real (secretario de organización del PC en las décadas del 40 y 50, durante 11 años) que con Penelón se fueron “todos, absolutamente todos los obreros (...) el penelonismo fue la expresión de una clase obrera que rechazaba las consignas sectarias, izquierdistas y extrañas a la realidad nacional que imponía el Partido Comunista. Más tarde derivó en una corriente reformista, en una corriente que no se diferenciaba esencialmente del partido socialista (...) la adhesión de los obreros a Penelón fue porque Penelón rechazaba el sectarismo que le imprimía fundamentalmente Rodolfo Ghioldi al Partido (...) además Penelón, tal vez haya sido el dirigente obrero más prestigioso que tuvo el Partido Socialista y que luego tuvo el Partido Comunista”.¹⁵⁴ El Partido Comunista (RA) formado por Penelón al ser expulsado de la IC se llamó posteriormente Concentración Obrera. Penelón era muy popular entre los obreros municipales y, fundamentalmente, fueron los votos de éstos los que le permitieron, con una línea muy reformista, durante muchos años –hasta que fue disuelto el Concejo Deliberante en 1941– ser concejal.

Debilitamiento del Partido

La “crisis Penelón” paralizó y afectó seriamente a la organización del Partido. Dejó una enseñanza, que la dirección del PC aplicó hasta muchos años después: ante los procesos fraccionales, no permitir que la actividad de masas del Partido se paralice por la lucha interna.

Hay un Informe de Organización elevado por la secretaría de organización al Bureau (sic) Político del PCA el 29 de mayo de 1928 que detalla el estado orgánico del Partido luego de la crisis interna.¹⁵⁵ Según ese Informe, la organización celular del Partido –iniciada en 1925 en la Capital Federal– se había extendido a Córdoba, Rosario, Berisso, Comodoro Rivadavia y el Gran Buenos Aires próximo a la Capital (Avellaneda, Lanús, Lomas, Quilmes, Valentín Alsina, Ciudadela, Morón, Moreno, entre otras localidades) que también dependían del comité porteño. Salvo las provincias mencionadas, la organización territorial se mantenía en todo el interior del país. En la Capital Federal había cerca de 60 células, 10 de las cuales eran de empresa. En total abarcaban a 642 afiliados. Alrededor de 250 se habían ido con los penelonistas. Muchos compañeros habían optado por retirarse por la crisis y otros habían caído en la inactividad. El funcionamiento de las células era malo, por la extrema movilidad de los afiliados que cambiaban constantemente de domicilio por ser de oficios volantes (pintores, albañiles, etc.), por trabajar en pequeños talleres y por el precio de los alquileres. Se ignoraba el paradero de muchos afiliados por esas razones. El otro obstáculo era que muchos de ellos hablaban un idioma extranjero. En Berisso, donde había frigoríficos que ocupaban a miles de obreros, en su mayoría extranjeros, se formaron 2 células con 30 afiliados, muchos de los cuales eran búlgaros, israelitas e italianos. En Rosario, se habían constituido 14 células cuyo funcionamiento era malo y, según el informe, “de célula tienen muy poco”. En Rosario había unos 100 afiliados y el Comité Provincial había cometido el error de no organizar un Comité local fuerte construyendo, en cambio, débiles Comités de Barrio que atendían malamente a esas células. Había 3 células en Casilda. En Córdoba, el Partido dirigía el movimiento

sindical en toda la provincia. Tenía 6 células y 2 Comités de Barrio. En Comodoro Rivadavia, donde trabajaban miles de obreros, el Partido llegó a contar con 8 células y 60 afiliados. La mayoría eran búlgaros y muchos fueron deportados quedando sólo 40 al momento de hacerse el Informe. En la provincia de Buenos Aires había 18 centros con 250 afiliados. En Santa Fe tenían centros en 16 localidades. Algunos, como los de Rafaela y Sunchales, estaban formados sólo por italianos. En el resto del país la organización era muy débil. Se trabajaba en las ciudades (Tucumán, Posadas, etc.) y no en el interior de las provincias; salvo en Santiago del Estero, donde existía una organización de muchos años. Un centro en Jujuy, recién constituido, era atendido –deficientemente– desde Tucumán. El Partido sólo trabajaba en Mendoza, no lo hacía en todo Cuyo y, salvo en Comodoro Rivadavia y un pequeño centro en Villa Regina, Río Negro, tampoco tenía trabajo en la Patagonia. Carecer de fondos, para viajar y atender el trabajo en el interior, dificultaba el crecimiento del Partido en los ingenios azucareros, quebrachales, yerbatales, etc. Salvo la comisión sindical, no existían –o no trabajaban– otras comisiones partidarias (femenina, agitaciónpropaganda, organización, ni siquiera la comisión idiomática).

Después de la crisis, lentamente, el Partido comenzó a crecer. En 8 meses, balanceaba el mencionado Informe, el reclutamiento fue de 150 afiliados en la Capital Federal y el PC contaba con un total de 1.920 afiliados en todo el país.

El VIII Congreso

El 20 de octubre de 1928 *La Internacional* publicó las *Tesis* sobre la situación económica y política nacional para el VIII Congreso del Partido. En la misma edición se informaba la fecha de las conferencias regionales –la de Córdoba se haría los días 20, 21 y 22 de octubre– y del Congreso Nacional: 1, 2, 3 y 4 de noviembre. Como se observa, casi no había tiempo para el estudio profundo de las *Tesis*. Estas habían sido redactadas por la Comisión Política Paritaria.

Las *Tesis* reflejan un gran trabajo de elaboración colectiva y un

grado avanzado de madurez política del Partido. Se aclara en ellas que se basan en la reciente Resolución de la Internacional Comunista sobre el caso Penelón. Su análisis de la situación económica es detallado y profundo. Por encima de errores que señalaremos, y que en algunos casos serían autocriticados años después (expresa o implícitamente) por el propio Partido, esas *Tesis* demuestran un grado avanzado de integración del marxismo con la revolución argentina.

La situación internacional

Las *Tesis* caracterizan, brevemente, la situación internacional en la que la “relativa estabilización del capitalismo” provocaba la “agravación de las contradicciones capitalistas de toda índole” y “contiene los gérmenes de desagregación que preparan nuevas guerras”. Las contradicciones capitalistas “están dominadas por la contradicción fundamental entre el block de las potencias imperialistas y la Unión Soviética”.

Todas las *Tesis* están impregnadas de la idea que la guerra “puede desencadenarse en cualquier momento”. Dicen que “la guerra contra la Unión Soviética estaba ya resuelta en 1927 y a la cabeza de la misma estaba Inglaterra”; pero que “razones poderosas”, sobre todo la actitud pacífica pero enérgica de Rusia, impidieron que el conflicto armado se desencadenara. Dicen, también, que Inglaterra “no ha cejado en sus propósitos”.

La economía argentina

Las *Tesis* ubican a la economía nacional en “un grado de dependencia poco menos que absoluta del mercado internacional”. “La función de las clases gobernantes de la América Latina es el de servidores del imperialismo (...) son su instrumento político en el interior. La Argentina no escapa a esta regla: la confirma”. Ejemplifican esto con el “memorandum Gallardo” –que debe su nombre al ministro de Relaciones Exteriores que lo presentó–, sobre las relaciones con la URSS y la “capitulación” de los países latinoamericanos ante los EE.UU., en la Conferencia Panamericana-

na realizada hacía poco tiempo en La Habana.¹⁵⁶

Paralelamente se producía la lucha interimperialista por la fiscalización de nuestros países. La importancia de la Argentina en el contexto latinoamericano, señalaban las *Tesis*, era muy grande, por su desenvolvimiento económico: en 1923-1924, la capacidad económica del país, con 10 millones de habitantes, era igual a “la de la totalidad del resto de América Latina con

54 millones de habitantes”. Esto explicaba por qué las formas de penetración del imperialismo en nuestro país no eran idénticas a las que aplicaba en Centroamérica, por ejemplo.

La opresión imperialista

Las *Tesis* planteaban también que la Argentina sufría una “doble dependencia”. Por un lado “los precios de sus productos dependen de las necesidades de los mercados consumidores y de los monopolios imperialistas y los de los artículos que importa están condicionados por las necesidades de los países vendedores”.

Sobre la lucha interimperialista subrayaban “la actitud cada vez más agresiva del imperialismo yanqui contra los países de América Latina” (recientemente se había producido el desembarco de los infantes de Marina yanquis en Nicaragua). Ese imperialismo “procederá a la colonización violenta de los mismos para desalojar a su rival el imperialismo inglés” y utilizarlos para “la lucha interimperialista con vistas a la dominación mundial”, decían.

En el caso argentino, agregaban, los yanquis habían ido desplazando a los ingleses de la industria de la carne y tenían, en 1928, la hegemonía en la industria frigorífica y en el comercio de exportación de la misma. El imperialismo yanqui tendía a ligarse con la burguesía industrial naciente y con ciertas capas de la pequeña burguesía, y el imperialismo inglés con la burguesía agraria (las *Tesis* englobaban en la categoría de “burguesía agraria” a los burgueses agrarios y a los terratenientes).

La contradicción anglo-yanqui era la principal contradicción interimperialista en América Latina. Las posiciones adquiridas históricamente por Gran Bretaña eran un obstáculo serio a la ex-

pansión yanqui. Incluso no era de descartar, según las *Tesis* para el VIII Congreso, una guerra de esos dos países imperialistas para “la conquista violenta de la América Latina”.

Las *Tesis* hicieron un análisis concreto de las consecuencias del dominio imperialista sobre cada clase social. Explicaban las posiciones que tuvo la burguesía agropecuaria contra el imperialismo, especialmente el yanqui; contra el trust de la carne y el monopolio de cereales que le imponían bajos precios para sus productos. En ese momento la “burguesía agraria” llegó a proponer la nacionalización de los frigoríficos y los transportes y la disolución de los trust extranjeros, pero abandonó esos movimientos cuando comprobó que los agricultores, exasperados por los precios bajos, iniciaban movimientos reivindicatorios, y porque la ruptura transitoria del pool de las carnes mejoró los precios del ganado.

Argentina: país semicolonial

La estabilización capitalista, afirmaban las *Tesis*, era “un factor de crisis económica en la Argentina”. Esto se debía a que, luego de la guerra, los países metropolitanos levantaron “formidables barreras aduaneras”, como ejemplificaban las tarifas proteccionistas de los Estados Unidos contra la Argentina y los acuerdos de Gran Bretaña con sus Dominios (exportadores de productos similares a los nuestros) para perjudicar nuestras exportaciones. En un país “sometido en forma decisiva al comercio exterior”, eso repercutía “bajo forma de crisis inmediata”.

Caracterizaban luego a la Argentina como un país semicolonial, fundamentando ese carácter en que:

1. Era un país productor de materias primas y alimentos que dependía del extranjero para los productos manufacturados. Aplicando la conocida tesis bujarinista sobre los países coloniales y semicoloniales, planteaban que Argentina era “el campo” respecto del imperialismo, que era “la ciudad”.

2. Carecía de industria pesada (productora de medios de producción).

3. Los centros decisivos de su economía estaban en manos del imperialismo.

4. La deuda pública nacional ascendía a 3.500 millones de pesos, cuya mayor parte era deuda externa, que representaba un servicio anual de 215 millones de pesos oro. La amortización y los intereses de las deudas nacional, provinciales y municipales absorbía más del 30 por ciento de la renta nacional.

5. Su dependencia del mercado exterior.

Por todo esto el imperialismo dictaba la línea del desarrollo argentino.

Un cierto desenvolvimiento industrial

Las *Tesis* señalaron que, sobre todo durante la guerra, se había operado “un cierto desarrollo industrial” que no significaba apartarse del desarrollo agropecuario y del imperialismo (la producción agropecuaria representaba el 63,8 por ciento de la producción total y con la producción forestal, la caza y la pesca, llegaba al 70 por ciento). Este desarrollo no se producía en el sector de la gran industria, por varias razones: la opresión imperialista; la falta de carbón y hierro; la concurrencia que sufría el país; la falta de capital de base; y el carácter parasitario del capital argentino. Un desarrollo “que no está dirigido contra el imperialismo”, por lo que nunca podría significar el fundamento de “una pretendida independencia económica”.

La agricultura se basaba en la gran propiedad, la explotación de sólo un mínimo de la superficie arable y una técnica inferior a la de Canadá y Estados Unidos. Era una agricultura regulada por el imperialismo: por la dependencia respecto del mercado exterior; por el monopolio del transporte en manos imperialistas (los ferrocarriles y el transporte naviero hacían de las tarifas un medio tremendo de presión sobre la agricultura); por los préstamos hipotecarios (el 65 por ciento de las operaciones de compraventa se hacían por su intermedio y una gran parte de las cédulas hipotecarias estaban en el extranjero); por el monopolio del comercio exterior (el 80 por ciento de las exportaciones se hacían por el puerto de Buenos Aires y el 55 por ciento por dos firmas, Dreyfus y Bunge y Born).

Las *Tesis* hicieron un análisis detallado de la situación de la

ganadería argentina. El comercio exterior de las carnes estaba en manos del imperialismo anglo-americano. Después de las diversas batallas entre el grupo frigorífico yanqui y el grupo frigorífico inglés por el control del mercado argentino, en 1928, la parte americana del “pool” de las carnes era del 60,5%, la británica del 26,7% y el llamado “grupo argentino” tenía el 12,8%. Las inversiones yanquis en el “pool” sumaban 550 millones de dólares, cuatro veces más que la inversión inglesa. La suerte de la ganadería argentina era dictada por los imperialistas yanquis e ingleses.¹⁵⁷

Se analizaba también en las *Tesis* lo sucedido con la industria del tasajo argentino. Esta industria había sido desarrollada por los ganaderos de Corrientes, Entre Ríos y otras provincias porque, con el pretexto de la sanidad animal, los terratenientes de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba les cerraban las puertas de los grandes mercados de consumo y les impedían el refinamiento del ganado y el mejoramiento de los campos. Los ganaderos de aquellas provincias crearon saladeros y fábricas colectivas de carnes conservadas y desarrollaron una industria similar en el Uruguay. Tenían como mercado Cuba y Brasil. En 1925 se llegó a exportar 7 millones 453 mil kilogramos de tasajo argentino a Cuba. Los yanquis maniobraron aprovechando su dominio sobre este país y, con impuestos aduaneros diferenciales, cerraron ese mercado al tasajo argentino en beneficio del uruguayo. Luego hicieron lo mismo en Brasil, a cambio de asegurarles a las carnes brasileñas –de inferior calidad– el mercado italiano. Así, los yanquis aprovecharon el comercio de las carnes para reforzar su presencia en Uruguay y Brasil.

La cuestión campesina

El análisis que se hacía sobre el tema de las carnes estaba estrechamente ligado al problema agrario. Demostraba, con claridad, cómo el monopolio imperialista había aprisionado entre sus tentáculos a la ganadería argentina y al destino de miles de productores pobres y medios.

En la producción cerealera se observaba, según las *Tesis*, el mismo fenómeno de trustificación interna y de monopolio del

comercio exterior. En éste, dos firmas, Dreyfus y Cía. y Bunge y Born, monopolizaban el 80 por ciento de la exportación que salía por el puerto de Buenos Aires y el 55 por ciento del total nacional. Esos dos grupos hacían acuerdos de compra-venta para manejar los precios a su antojo. Utilizaban para ello la falta de depósitos y elevadores de granos y un mecanismo propio de crédito para acogotar a los agricultores.

Las *Tesis* detallaban los medios utilizados por los monopolios comercializadores para reducir los precios que pagaban a los productores. Uno de ellos era el llamado “precio a fijar”: el campesino entregaba el cereal y recibía a cuenta el 80 por ciento del precio del día de la entrega; debía pagar interés por ese 80 por ciento que se le adelantaba, aunque era parte de su propio capital. Luego, las combinaciones de los intermediarios rebajaban el precio para el momento de la compra definitiva.

Los verdugos del agricultor eran los terratenientes, las empresas de transporte, los exportadores y los comerciantes de ramos generales.

Los ferrocarriles, construidos de acuerdo a los intereses de los ingleses y la “aristocracia vacuna” habían “llevado a la paradoja de que faltan tierras aptas para la explotación agrícola en un país despoblado y con 217 millones 646 mil hectáreas (73,7 por ciento) de superficie productiva, de las cuales apenas se explotan, para la agricultura, poco más de 15 millones”. Las tierras aptas para la explotación cerealera y de buenos pastos, con medios de transporte cercanos, se las disputaban los ganaderos, agricultores, y tamboros, entre sí; y se había creado una zona de irritante privilegio (Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos) disfrutado por un puñado de terratenientes que cobraban alquileres que pasaban del 50 por ciento del rendimiento de las tierras y tenían “cláusulas feudales” en los contratos, como vimos en el capítulo IV.

Las *Tesis* analizaban la situación de las tierras fiscales y cómo se despojaba de esas tierras a sus pobladores (aunque durante años hubiesen pagado el canon y los impuestos) para entregárselas a grandes compañías argentinas o extranjeras. El Estado era el mayor terrateniente en la Argentina. Empresas como La Forestal se habían beneficiado con la explotación de miles de hectáreas

boscosas, y tenían allí “verdaderos feudos donde no circulaba la moneda nacional y los salarios se pagan con moneda de las propias empresas negociables únicamente en las propias proveedurías”. En esos establecimientos, la Policía y la Justicia eran ejercidas por empleados de las empresas “habiéndose comprobado muchas veces que se asesinaba a los trabajadores que se rebelaban”; en esos lugares no existía nada (ni una casa, un camino, nada) que no fuese de la empresa; de allí no se salía sin permiso. Los trabajadores (hombres, mujeres y niños) vivían hacinados en ranchos, sometidos a brutal explotación, sin asistencia médica ni medicamentos; y se trabajaba a destajo, sin descanso semanal.

Una situación semejante, o peor, era la de los yerbatales o yerbales, agravada por el sistema de “conchabo”. Las *Tesis* detallaban cómo se reclutaba y esclavizaba a los mensúes y concluían: “puede decirse (...) que en el presidio más infame se vive mejor; y guay del que intente fugar!! Será asesinado para ejemplo de los otros”.

Las *Tesis* continuaban con el detalle de los factores de crisis agraria (cuyos efectos se notaban ya, en forma aguda, para el trigo); los intentos de sectores campesinos de escapar a la presión del monopolio del comercio exterior (mediante la exportación por la Federación Agraria Argentina) y cómo el monopolio los hizo fracasar, aprovechando la sobreproducción triguera en Canadá.

Se planteaba la necesidad de que los agricultores permaneciesen en la Federación Agraria Argentina y fortificasen “sus cooperativas pero esforzándose por cambiar su orientación, encaminándolas hacia la lucha activa contra los terratenientes, contra las empresas de transporte, contra el comercio usurero, contra el monopolio imperialista y realizando el frente único con los asalariados de la agricultura para esas luchas”. Las *Tesis* destacaban la importancia de las posiciones de la Liga Agraria de La Pampa, donde existía “una fuerte corriente de acercamiento al proletariado”.

Criticaban la línea de la burguesía nacional de crear “una numerosa capa de pequeños propietarios para que sean sus defensores”, apoyaran el régimen capitalista –e incluso “tomen las armas contra el proletariado”– para seguir siendo oprimidos por las em-

presas de transporte y los monopolios imperialistas. Criticaban los créditos hipotecarios de colonización que instrumentaba el radicalismo, préstamos que en realidad buscaron – decían– salvar a los terratenientes endeudados con el Banco Hipotecario Nacional por la gran crisis ganadera de la posguerra. La crisis agraria arruinaría a los pequeños agricultores que, con mil sacrificios, se habían hipotecado por un pedazo de tierra. “La tierra a quien la trabaja, sí; pero como en la Rusia obrera y campesina en donde fue entregada a los campesinos a quienes se proveyó de útiles y semillas y se les organizó la venta y distribución de sus productos y aseguró su mejoramiento, mientras se opera la preparación del régimen superior de la socialización”.

También objetaban, con muchos argumentos, la línea de desarrollar un sistema de granjas, como planteaban algunos burgueses y socialistas, porque no era más que otra “ficción” frente al poder de los monopolios.

En definitiva: “el problema agrario (...) no tiene solución en el marco de la sociedad capitalista” y sólo se podrá resolver con “la instalación del gobierno obrero y campesino”, sostenían.

Las *Tesis* ponían el centro de la preocupación del Partido en la organización del campesino, agricultor de la pampa húmeda, que “desempeña, también, la función de explotador del trabajo asalariado”, oprimido, por un lado, por los terratenientes y los restos feudales, explotador del obrero rural por otro. Esto exigía organizar independientemente a los sindicatos de obreros rurales. En cuanto a los agricultores, planteaban organizar Ligas Campesinas de arrendatarios, medieros y pequeños productores que trabajasen por sí mismos la tierra; y luchar por las siguientes reivindicaciones: 1) rebaja de los arriendos en un 50 por ciento; 2) reducción de un 40 por ciento en los fletes ferroviarios y marítimos; 3) supresión de todo impuesto de importación o exportación sobre los enseres, maquinarias y productos de la agricultura (ésta sería, en las décadas posteriores, una reivindicación de la oligarquía que sólo le sería concedida por el gobierno del Dr. Menem); 4) anulación de todas las cláusulas en los contratos que obliguen al agricultor a trillar con determinada máquina, limitar el número de vacas lecheras, etc.; 5) contrato mínimo de 6 años;

6) construcción de elevadores y depósitos por el Estado, controlados por las Ligas Campesinas; 7) crédito agrícola por el Estado; 8) nacionalización de los ferrocarriles, molinos elevadores y demás medios de transporte y almacenaje; 9) expropiación de las empresas imperialistas: frigoríficos, saladeros, ingenios azucareros y yerbateros, etc.; 10) entrega de la tierra a quien la trabaja; 11) provisión de útiles, herramientas y enseres de trabajo a los agricultores pobres; 12) gobierno obrero y campesino.

Otras contradicciones

En cuanto a la balanza comercial argentina, las *Tesis* subrayaron la cuestión de las “tijeras” entre los precios de importación y los de exportación: los primeros ascendían a un ritmo muy superior a los segundos. La parte británica en el comercio exterior perdía importancia (era del 34 por ciento en 1914 y cayó al 22 por ciento en 1923) y crecía la parte yanqui.

Se constataba “la supeditación de la industria nacional al imperialismo bajo cuya dirección se desenvuelve” y que el propio desarrollo industrial nacional “no se verifica en línea contradictoria con el imperialismo”.

Las *Tesis* hacían un análisis detallado de la contradicción entre el Litoral, desarrollado, y el interior empobrecido. El Litoral –que abarca la tercera parte del territorio nacional– tenía las cuatro quintas partes de la población total; y más de las dos terceras partes de la capacidad económica argentina. El gobierno nacional, planteaban, reflejaba esa contradicción puesto que era “un gobierno central para y por el Litoral”, constituido sobre la base de la alianza de la burguesía agropecuaria de esta zona con el imperialismo, alianza que afianzaba esa diferencia.

También polemizaron con los que pretendían encontrar una solución al estancamiento económico alentando las inversiones extranjeras; así se acentuaría la crisis, dado que ésta provenía de la sujeción de la economía nacional al imperialismo.

Definieron que las fuerzas antiimperialistas eran: el proletariado, el campesinado, la pequeña burguesía urbana y la intelectualidad de izquierda.

La burguesía nacional

Por primera vez en la historia del Partido Comunista, en las *Tesis* se hacía un análisis de la burguesía nacional.

Se trata de un problema fundamental de la revolución en los países coloniales, semicoloniales y dependientes. Son evidentes, hoy, los errores conceptuales y las insuficiencias teóricas con las que el Partido realizó ese estudio: los terratenientes, como ya vimos, eran considerados una parte de la burguesía agraria. Esto, dijimos, traería graves consecuencias al momento de determinar la línea frente al golpe de Estado de 1930. Y no se diferenció, dentro de la burguesía, al sector que depende o está entregado al imperialismo – burguesía compradora o intermediaria– del sector que lo enfrenta, con más o menos fuerza, y resiste su dominio. Las concepciones señaladas, junto con un rechazo permanente al proteccionismo de la industria nacional, dieron fundamento a la línea que se dio el Partido, años más tarde, ante el advenimiento del peronismo.

La política de la burguesía nacional, planteaban las *Tesis*, “tiende a buscar un cierto respiro a la economía, pero sobre la base de no romper con el imperialismo; por el contrario, ligándose a él más fuertemente”. A partir de esta valoración, analizaban distintos movimientos y propuestas de los sectores burgueses:

1. La propuesta de “comprar a quien nos compra” (es decir: a Gran Bretaña) presentada por sectores ganaderos como una línea antiyanqui.

2. Los movimientos de resistencia de los ganaderos que, ante la crisis del sector, llegaron a hablar de implementar medidas de acción directa y de nacionalización de los frigoríficos; pero arrugaron cuando el capital frigorífico amenazó con no comprar ganado.

3. Las propuestas de Bunge y de Torquinst de atraer capital extranjero y “bastarse a sí mismos”, cosa que, según las *Tesis*, no tenía sentido si no se rompía con el imperialismo.

4. Evaluaron que la coincidencia de las propuestas de Molinari, Padilla-Rouges, el plan Herrera-Vega, las campañas de prensa burguesas, la Unión Industrial Argentina, la Confederación Eco-

nómica Nacional y otras entidades nacionales se debía a “la ligazón entre el capital industrial y el agropecuario”. Tanto la UIA, como Tornquist y Bunge, hacían campaña “contra los salarios elevados y las cortas jornadas”. Todos propiciaban “el reforzamiento de la política proteccionista” y ésta, decían, “significaría el hambreamiento de las grandes masas del proletariado y del campesinado, en primer término” y la “hipertrofia presupuestaria”. Todos admiraban, según las *Tesis*, “el escandaloso proteccionismo azucarero”. El proteccionismo, plantearon, no reduciría la presión imperialista, ya que el imperialismo, en tal caso, aplicaría una guerra de tarifas en contra de nuestros productos y, por otra parte, vería facilitado el acceso de capitales para producir aquí lo que ahora se importaba. La única solución era la ruptura con el imperialismo.

Las *Tesis* señalaban que la burguesía industrial naciente y la pequeña burguesía –que formaban, afirmaban, la base del yrigoyenismo– “intentan independizarse del imperialismo mediante el desarrollo de una economía nacional independiente” y presionan, en esa dirección, al radicalismo. También tenían interés en el aumento de la capacidad de consumo del mercado interno y “propician la solución democrática del problema agrario”, pero se empeñaban en hacerlo “en los marcos de la sociedad capitalista”, mediante la creación de la pequeña propiedad y la colonización agrícola. Pero como las perspectivas eran de agudización de la lucha de clases, en el radicalismo habría desplazamiento de fuerzas –continúan analizando las *Tesis*– y “**el partido yrigoyenista se transformará de más en más en el partido de la gran burguesía agraria e industrial, netamente contrarrevolucionario**” (el subrayado es mío, O.V.).

La burguesía nacional es puesta en el blanco

De todo esto, dijimos, las *Tesis* para el VIII Congreso extrajeron una conclusión que estuvo directamente vinculada a los errores cometidos por el PC en la caracterización del gobierno de Yrigoyen y ante el golpe de Estado de 1930.

Dicen las *Tesis*: “La cuestión capital de la independencia y

curso propio de la economía nacional es, en primer término, la cuestión del aplastamiento del imperialismo, lo cual presupone, asimismo, el aplastamiento de su aliado interior, la burguesía nacional y, particularmente de la burguesía agropecuaria”.

Y más adelante: “La burguesía nacional ha mostrado su incapacidad para luchar contra el imperialismo, cuando simula posición antiimperialista sólo se trata de combatir a uno favoreciendo a otro, **participando así como un apéndice imperialista. En general, esa burguesía estará al lado del imperialismo**” (el subrayado es mío, O.V.). Precisan que, en momentos de crisis aguda, no es improbable que la burguesía nacional asuma posiciones antiimperialistas; pero ello, de producirse, “sería por un brevísimo período y no modificaría la línea general”.

El reagrupamiento de las fuerzas políticas

Analizan las *Tesis* que, en ese momento, se asistía a “una tentativa de reagrupamiento de fuerzas políticas que se continuará más aceleradamente en el próximo período (...). La burguesía agropecuaria ha intentado su organización nacional, apoyándose en el imperialismo británico” (se refieren a la convergencia de las fuerzas conservadoras y la radical-alvearista). Subrayan que las elecciones de abril de 1928 significaron la pérdida del poder por las fuerzas más vinculadas a la burguesía agropecuaria.

Sobre el yrigoyenismo, las *Tesis* señalaron su carácter heterogéneo (burguesía agropecuaria, burguesía industrial y pequeña burguesía), que carecía de programa y el que expresaban sus voceros era “difuso y contradictorio”, lo que le permitía mantener a los elementos más diversos en su seno. Inicialmente, decían, el yrigoyenismo fue la reacción de “la pequeña burguesía urbana y rural contra el nepotismo político de la burguesía agropecuaria; su consigna fue entonces la libertad de sufragio y su programa la pureza administrativa”. Luego de la Ley Saenz Peña “su tendencia es sostener los intereses específicos de la naciente burguesía industrial, apoyándose siempre en la pequeña burguesía y en parte de las masas obreras, pues aquélla, cuantitativamente es insignificante”. Su demagogia expresaba la necesidad de conquistar este

apoyo. Pero el yrigoyenismo “es antiobrero: Santa Cruz, la Semana de Enero, lo prueban”. Cuando la lucha de clases se tensaba el yrigoyenismo “muestra su verdadera faz”.

Las *Tesis* planteaban que las posiciones antiimperialistas del yrigoyenismo eran demagógicas. Así valoraron su política petrolera (que en ese momento sufría la presión concentrada de los monopolios petroleros para impedir la aprobación de la Ley de nacionalización y monopolio del petróleo, que se discutía en la Cámara de Diputados desde

1927 y se aprobaría en esa Cámara en septiembre de 1928), la amenaza de una “guerra de tarifas” y la política del gobierno radical hacia la Sociedad de las Naciones. Todos éstos eran meros “instrumentos que permitan negociar mejor un compromiso con el imperialismo”. Preveían un proceso de **desagregación yrigoyenista** especialmente en sus sectores pequeñoburgueses, lo que generaba “**el peligro del unicato, forma de semidictadura**”. El “unicato”, dijeron las *Tesis*, “**sería en suma un vehículo del imperialismo yanqui**” (el subrayado es mío, O.V.). Recuérdese la línea de la Internacional Comunista, aprobada por estas *Tesis*, que ubicaba al imperialismo yanqui como el enemigo principal en América Latina, y se deducirá, sin mayor esfuerzo, la línea que tendría el PC ante el gobierno yrigoyenista.

Luego de analizar al Partido Socialista y al Partido Socialista Independiente (de reciente creación) y de afirmar que este último representaba al “reformismo consecuente”, planteaban que el PC era “la verdadera fuerza de clase del proletariado, su vanguardia consciente y revolucionaria que organiza la lucha contra la burguesía nacional y contra el imperialismo”. Hacían un balance de la reciente crisis del Partido, la crisis del penelonismo. Y definían a la lucha contra el imperialismo y a la vinculación de cada problema con esa lucha y en función de ella, como el “eje de nuestra actividad futura”.

Consecuente con este análisis que no diferenciaba a la débil burguesía nacional –opuesta o que forcejeaba con el imperialismo– de los terratenientes (que eran apéndice del mismo) e incluso del propio imperialismo; y no distinguía la diferencia entre el reformismo socialista, del entreguismo de las fuerzas seguidistas

de la oligarquía y del imperialismo, la dirección del PC planteó, ante la perspectiva de grandes combates de clase, “reforzar la lucha contra el yrigoyenismo y también contra el reformismo socialista, contra el penelonismo y contra todas las tendencias políticas que intentan desviar al proletariado de su terreno de clases”.

El trabajo sindical

En relación al trabajo sindical, las *Tesis* para el VIII Congreso señalaban que el Partido había reaccionado contra la corriente de capitulación que, procurando la unidad, transformaba la lucha en renunciamiento ante los jefes reformistas. La línea posterior a la crisis del Partido seguida por el penelonismo (línea de seguidismo a la dirección reformista de la COA) ratificó que ésa era la línea de Penelón. Pero el rechazo a la línea penelonista, analizaban las *Tesis*, fue seguido por una línea “confusa y las medidas propuestas para la solución del problema sindical, peligrosas”. Señalando que la cuestión de la unidad sindical seguía siendo la más importante, plantearon que la misma debía concretarse sobre la base de la lucha de clases y realizando un trabajo intenso en todas las centrales, desde las fábricas, los Grupos Rojos, los comités unitarios. “Sin un trabajo persistente en la base” la labor unitaria “quedaría en el aire”. Las *Tesis* señalaban las contradicciones en las centrales sindicales, la USA y la COA. Los socialistas planteaban: unidad dentro de la COA. Las *Tesis*: seguir “la lucha de clases contra el reformismo y al servicio de la unificación real del proletariado”. La tarea más urgente del movimiento sindical era la lucha anti-imperialista y, en esa dirección, organizar a “los obreros de las empresas imperialistas más importantes (La Forestal, los frigoríficos, entre otras)”. También insistían en la necesidad de “vencer la organización por oficios, tendiendo a la organización por industrias y en el plano nacional”.

El Partido

En cuanto a la organización partidaria, las *Tesis* subrayaban la necesidad “de vivificar al Partido”. En la Capital Federal, donde

estaba la principal fuerza, éste había estado paralizado durante cerca de un año y medio, como consecuencia de la crisis partidaria. Vivificar al Partido y consolidar y extender la organización celular. Se subrayaba la pasividad y el apoliticismo de la vida celular del Partido. Entre las medidas orgánicas a tomar se recomendó reforzar el Comité Regional de la Capital Federal y el Bonaerense (en especial el trabajo en Avellaneda, Bahía Blanca y Tandil, que eran grandes centros proletarios) y la organización del Partido en el Norte (se señalaba que el Partido todavía no había llegado a Jujuy). Hay que “nacionalizar” al Partido, penetrando los problemas nacionales y reforzando el Comité Central con cuadros del interior, decían.

El VIII Congreso del PC se realizó el 1º de noviembre de 1928. Así se dio por resuelta la más grave crisis interna del Partido y éste entró en una nueva etapa de su desarrollo.

NOTAS DEL CAPÍTULO VII

1. Archivos de la Comintern.
2. *La Internacional*, 29/1/1927.
3. *La Internacional*, 1/5/1926.
4. *La Internacional*, 9/7/1927.
5. Carlos Echagüe, *El socialimperialismo ruso en la Argentina*, edic. cit., pág. 90.
6. Orestes Ghioldi, *Informe al IX Congreso del PCA*, enero de 1938. En su informe al IX Congreso, dijo Luis V. Sommi: “Saludamos a la democracia norteamericana por la política progresista que en EE.UU. y en América Latina propulsa su gran presidente Roosevelt, política que lleva aliento de paz y tranquilidad a los hogares argentinos”.
7. *La Internacional*, 6/8/1927 y 13/8/1927.
8. Escribían *Irigoyen* (y de allí *irigoyenistas*), porque ésa había sido la grafía original del apellido, que Hipólito había cambiado por Yrigoyen.

9. Carlos Marx, *El Capital*, tomo III, Buenos Aires, Cartago, 1956, pág. 745.

10. *La Internacional*, 21/5/1927.

11. *La Internacional*, 11/6/1927.

12. *La Internacional*, 1/10/1927.

13. *La Internacional*, 18/9/1926.

14. *La Chispa*, 13/8/1927.

15. En 1927, José Peter fue a trabajar al frigorífico Swift, de Berisso. El Swift había adoptado el método taylorista de producción en serie y con el sistema llamado *standard* impuso ritmos infernales. En 1929, Arnedo Alvarez siguió a Peter y, en el '30, con base en Avellaneda, Berisso y Zárate, crearon la FOIC, Federación Obrera de la Industria de la Carne. Luego del golpe de Uriburu, la FOIC fue ilegalizada y José Peter y Arnedo Alvarez fueron llevados a la cárcel de Ushuaia. Ver: José Peter, *Crónicas Proletarias*, Buenos Aires, Esfera, 1968. El encuentro con Arnedo Alvarez se detalla en la pág. 35.

16. *La Internacional*, 22/1/1927.

17. *La Internacional*, 29/7/1926.

18. *La Internacional*, 9/7/1927.

19. *La Internacional*, 30/6/1928; Archivos de la Comintern. Actas de la reunión del 24, 25, 26 y 27 de diciembre de 1927 del PCA, documento N° 30.

20. Penelón planteaba que, para adquirir influencia sobre las masas, el Partido debía ponerse al frente de las luchas por sus reivindicaciones inmediatas “sin preocuparse de si ellas son compatibles o no con el régimen capitalista”. ¡Adelante!, 4/2/1928.

21. Curiosamente, el “primer grupo opositor de izquierda” surgido en la Argentina, en 1929 – que se llamó Comité Comunista de Oposición y se relacionó con los primeros grupos trotskistas existentes en el extranjero– no provino ni de los “chispistas”, ni del PCA, sino del PC de la Región Argentina, que fundaría Penelón. El grupo trotskista estuvo integrado por tres inmigrantes: los ingleses Roberto y M. Guinney y, el al parecer español, Camilo López. R. Guinney era el administrador del semanario ¡Adelante! que editaron los penelonistas. Aparentemente, decidieron crear ese pequeño grupo ante la decisión de Penelón de no relacionarse

con la Oposición de Izquierda Internacional, organización conformada por los grupos influenciados por Trotsky. Ver: Osvaldo Coggiola, *Historia del trotskismo argentino (1929-1960)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985, pág. 12.

22. Archivos de la Comintern, Acta de la reunión del Comité Central del PCA del 20/7/1927.

23. *La Internacional*, 28/1/1928.

24. Uno de esos artículos en los que Victorio Codovilla subraya que en Brasil y Argentina el imperialismo yanqui, para someter a estos países económica y políticamente, se apoya en la pequeña burguesía y la burguesía industrial, y ayuda “al desarrollo de las industrias nacidas durante la guerra”, se publicó en *La Correspondencia Sudamericana*, N° 20-21, del 15/3/1927.

25. Archivos de la Comintern, Actas de la reunión del CC del PC del 24, 25, 26 y 27 de diciembre de 1927.

26. Eudocio Ravines, *La gran estafa*, México, Libros y Revistas, 1952, pág. 164. También Isidoro Gilbert da la versión que relaciona a Guralski con los opositores a Stalin-Bujarin y agrega que Guralski fue detenido en Moscú, no en las manifestaciones del X Aniversario, como dice Ravines, sino luego de las manifestaciones del 1° de Mayo de 1927 “contra Stalin”, que “fueron reprimidas violentamente” (Isidoro Gilbert, *El oro de Moscú*, edic. cit., pág. 45). También Williams Waack dice que Guralski “estuvo ligado por demasiado tiempo a los opositores circunstanciales a Stalin, como Zinoviev”. (Williams Waack, *Camaradas*, edic. cit., pág. 33). Trotsky –del mismo modo que Gilbert y Waack– caracterizó a Guralski como un individuo cuyo “elemento natural (...) es la intriga entre bastidores”. Trotsky dijo que escribió esto luego del VI Congreso de la IC, en 1928, estando ya en la oposición (por lo que es bueno dudar de la caracterización de Guralski como opositor) y agregó que Guralski “coronó y destronó a los jefes de los partidos francés, alemán y otros” (León Trotsky, *Stalin, el gran organizador de derrotas*, edit. cit., págs. 273 y 274).

27. A través de José Ratzter conocí testimonios de compañeros de lucha de José Penelón, que subrayan la vida sencilla y sacrificada que llevaba el entonces dirigente máximo del PC. Cuentan sus camaradas que Penelón cobraba muy mal, o no cobraba, su

asignación de funcionario del Partido y, a veces, pasaba hambre, por lo que sus amigos le dejaban, en ocasiones, una botella de leche y pan en la puerta, cosa que Penelón rechazaba.

28. ¡Adelante!, 4/2/1928 y 18/2/1928.

29. *La Internacional*, 11/2/1928.

30. ¡Adelante!, 4/2/1928.

31. La lista de integrantes del CC del PC de la Región Argentina, con su biografía, fue publicada por ¡Adelante!, órgano del mencionado partido, el 4/2/1928.

32. ¡Adelante!, 17/7/1928.

33. Archivos de la Comintern, Carta de Rodolfo Ghioldi a Victorio Codovilla del 5/7/1927.

34. ¡Adelante!, 3/8/1928.

35. ¡Adelante!, 18/12/1929.

36. Archivos de la Comintern, Documento 15, Secretariado de los países latinos, reunión de la Comisión Argentina, enero de 1928, pág. 181.

37. Archivos de la Comintern. Intervención de Cremét en la VII sesión, pág. 253.

38. Archivos de la Comintern, Documento 15, pág. 47.

39. Archivos..., Documento N° 15, pág. 185.

40. Archivos..., Documento N° 15, pág. 19.

41. Archivos..., Documento N° 15, pág. 125.

42. Archivos..., Documento N° 15, pág. 187.

43. Archivos..., Documento N° 15, pág. 189. La posición de Codovilla coincidía, en lo fundamental, con la de Penelón. Según Guralski, Codovilla “se burla de que se plantee la cuestión de la guerra en la Argentina” y calificaba de “ridícula a esa cuestión”, a la que veía sólo como un tema ideológico. Ver Archivos..., Documento N° 15, pág. 358. El dirigente de la Internacional, Stepanov, polemizó con “cosas bastante sorprendentes” que dijo Codovilla el 27 de octubre de 1927 cuando se hizo, en la IC, una reunión sobre la crisis argentina. Allí Codovilla calificó de “ridícula, totalmente ridícula, perfectamente ridícula” la manera de enfocar el tema que hacía parecer que “el eje de la guerra se encontraba transportado de Europa a la Argentina”, y dijo que había que re-
flexionar para no aparecer “ridículos entre las masas” planteando

el boicot en “un país que vive únicamente de las exportaciones”. Según Stepanov, los argumentos de Codovilla eran los mismos que habían usado los socialistas en 1914, y durante la guerra, “cuando los obreros argentinos tenían altos salarios”. Fue Codovilla, agregó Stepanov, “el que criticó largamente la consigna: ‘ni una bolsa de harina, ni un kilo de carne’...”. A lo que contestó Codovilla: “Yo dije que se necesitaba una preparación ideológica”. Archivos..., Documento N° 15, pág. 207 y 208.

44. Archivos..., Documento N° 15, pág. 191.

45. Archivos..., Documento N° 15, pág. 190.

46. Archivos..., Documento N° 15, pág. 238.

47. Archivos..., Documento N° 15, pág. 24. Para Rodolfo Ghioldi la composición de las sociedades de fomento “es completamente pequeñoburguesa: comprenden a obreros desclasados que han realizado su independencia de clase”; aunque ganasen bajos salarios, realizaban ahorros –decía Ghioldi– y, a la larga, se convertirían “en propietarios de una pequeña casa”. Ver: Archivos..., Documento N° 15, crónica de la IV sesión, pág. 70. El asunto tiene su miga ya que los “chispistas”, en 1925, habían acusado a Rodolfo Ghioldi de “desviación burguesa” y “corrupción”, porque decían que había entrado en un plan de compra de una de las llamadas entonces “casas baratas”. Penelón dijo haberse enterado por *La Prensa*, que Ghioldi se había comprado una casita por la que pagaba 85 pesos mensuales. Fue desmentido por Orestes Ghioldi, en la reunión del CC del 24 al 27 de diciembre de 1927, diciendo que la acusación de Penelón era “miserable, ruin y baja” y que era “incierto”, que Rodolfo no tenía “tal casita” y él y su compañera vivían en la casa de la madre del primero.

48. Archivos..., Actas, Documento N° 15, IV sesión, pág. 12.

49. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 155.

50. Archivos..., Actas, Documento N° 15, VI sesión, pág. 161.

51. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 344.

52. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 331.

53. Archivos..., Actas, Documento N° 15, págs. 55 y 56.

54. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 167.

55. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 173.

56. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 174.

57. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 180.
58. Stephen Cohen define como “estalinista” a Lozovski en *Bujarin y la revolución bolchevique*, edic. cit., pág. 396.
59. Archivos..., Actas, Documento N° 15, VI sesión, págs. 170 y 173.
60. Archivos..., Actas, Documento N° 15, sesión del 30/1/1928, pág. 234.
61. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 326.
62. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 329 y sgtes.
63. Archivos..., Actas, Documento N° 15, págs. 53 a 55 y 209.
64. Archivos..., Actas, Documento N° 15, VIII sesión, pág. 36.
65. Archivos..., Actas, págs. 12, 18 y 68.
66. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 67.
67. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 166.
68. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 175.
69. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 342.
70. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 54.
71. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 162.
72. Archivos..., Actas, Documento N° 15, págs. 18 y 19.
73. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 20.
74. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 370.
75. ¡Adelante!, 3/3/1928.
76. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 220.
77. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 221.
78. ¡Adelante!, 24/11/1928.
79. Los seguidores de Penelón decían que Codovilla “se daba a sí mismo el título de ‘penelonista’ pretendiendo haberlo sido”. ¡Adelante!, 3/8/1928. En la reunión de Moscú para tratar la crisis en el PC de la Argentina, como vimos, también fue acusado de serlo.
80. El 24 de junio de 1927, dos meses después de que Penelón asumiera su cargo de concejal, Victorio Codovilla le envió una carta: “Sigo con interés tu actividad en el Concejo, y estoy entusiasmado de ella. Sos un verdadero representante popular, por tu actividad dentro y fuera del Concejo y por la índole de los asuntos que tratás ¡Muy bien!”. Por eso, el penelonismo afirmaba que las acusaciones sobre el reformismo de Penelón –en el Concejo– ha-

bían aparecido recién después de que él planteara la cuestión de la inmoralidad de la “mayoría” (iAdelante!, 4/2/1928). Con fecha 10/10/1928 Codovilla le escribió a Penelón repudiando el ocultamiento de los telegramas de la Internacional Comunista por parte de Romo y el delegado de la IC, Raymond. Allí le decía: “¿Cómo es posible que hasta la fecha tú no conozcas el envío de ese telegrama? La dirección decía claramente Penelón-Romo, de manera que el telegrama no podía prestarse a equivocaciones. Caro José, yo me resisto a creer que se puedan emplear semejantes métodos en nuestro Partido, es decir que se tenga miedo de comunicar los informes oficiales: desgraciados de los que tienen que recurrir a esos sistemas desleales (...). Raymond tendrá que dar cuenta aquí de esos métodos que están en riña con todo principio de honradez política, que debe ser característica de todo comunista”. En esa carta Codovilla desmintió la existencia de ningún telegrama personal a Raymond, diciendo que eran telegramas oficiales al Partido, pero aceptó luego la Resolución de la Internacional que decía lo contrario, es decir, aceptó que ésta mintiese sobre ese tema (iAdelante! 3/8/1928). Próspero Malvestiti –dirigente obrero de la construcción, que viajó a Moscú y al regresar se sumó, inicialmente, al partido de Penelón– planteó en un acto en la Casa Sui-za, el 3 de agosto de 1928, que Codovilla le había dicho en Moscú: “Estoy con Penelón. La mayoría del CC debe ser expulsada; Ghioldi es solamente un ambicioso, pero dado su valor teórico, debemos ser tácticos y utilizarlo, procurando no dejarle levantar cabeza” y repitió una palabra de orden “que hubo de hacerse célebre (...) hay que salvar a Ghioldi”. Según Malvestiti, Codovilla pensaba en una dirección del Partido integrada por Penelón, Ghioldi y Codovilla, en la que él sería el “director político” (iAdelante!, 21/8/1928). Según dijo Penelón –en ese mismo acto– al reducir todo a intrigas de Raymond, Codovilla quería salvar a Ghioldi y a Romo.

81. Archivos de la Comintern, Apuntes de la reunión del Secretariado de América Latina de la

Internacional Comunista sobre la situación argentina del 27/10/1927.

82. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 46.

83. Según *La Chispa* (31/12/1927), la mayoría del Partido “reunida en un café”, resolvió reemplazar a Codovilla por Rodolfo Ghioldi.

84. Archivos de la Comintern.

85. *La Internacional*, 11/2/1928.

86. *La Internacional*, 30/6/1928. En su artículo de presentación del 4/1/1928, el periódico *¡Adelante!*, del Partido Comunista de la Región Argentina, resumió así la idea de Penelón sobre este tema: “Somos comunistas y sabemos por qué somos comunistas. Y porque sabemos por qué somos comunistas es que, con nuestra propia cabeza, porque no la perdemos para ir a buscar a Moscú, asumimos hoy la verdadera posición comunista”.

87. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 47.

88. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 208.

89. *La Internacional*, 28/1/1928.

90. *¡Adelante!* 18/2/1928.

91. Ver en Jordán Oriolo, *Antiesbozo de la historia del Partido Comunista*, Tomo 2, edic. cit., pág 157: “Informe económico de la Comisión de Control designada por el VI Congreso del Partido Comunista de la Argentina integrada por los compañeros Cayetano Oriolo y Juan Nieto”.

92. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 63.

93. *¡Adelante!*, 14/6/1928.

94. *¡Adelante!*, 6/9/1928.

95. *¡Adelante!*, 1/10/1930.

96. *¡Adelante!*, 21/8/1928.

97. *¡Adelante!*, 30/12/1928.

98. *¡Adelante!*, 24/3/1929. Según el mismo periódico, en 1922, cuando se fundó el PC del Brasil, que apenas tenía de 300 a 400 adherentes, la delegación argentina ante el IV Congreso de la IC tuvo que poner bien en claro el absurdo de un delegado del Brasil que pretendía que su partido tenía 10 mil adherentes (*¡Adelante!*, 15/9/1929).

99. Según Trotsky, Lozovski militó con él en París, donde representó, dice, la “tendencia de extrema derecha”; en 1917 no adhirió, siempre según Trotsky, a los bolcheviques y se opuso a éstos, desde los sindicatos, hasta 1920, y fue un encarnizado ene-

migo del “trotskismo”, por lo que se explicaría el rencor chismoso de Trotsky hacia él, sin olvidar, claro, que el chismorreos descalificador fue una pasión de toda la vida en Trotsky. Ver: León Trotsky, *Stalin, el gran organizador de derrotas*, edic. cit., pág. 279.

100. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 4.

101. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 155.

102. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 180.

103. Pareciera haber unanimidad en considerar a Guralski como un gran intrigante. Así lo estiman tanto Isidoro Gilbert en su libro *El oro de Moscú* y Williams Waack en su libro *Camara-das*, como León Trotsky en su libro *Stalin, el gran organizador de derrotas* (edic. cit., pág. 273). Otra, como ya vimos, fue la opinión de Eudocio Ravines.

104. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 363.

105. Archivos..., Actas, Documento N° 15, págs. 218, 221 y 223.

106. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 224.

107. Archivos..., Actas, Documento N° 15, VIII sesión, pág. 1.

108. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 355.

109. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 367.

110. Archivos..., Actas, Documento N° 15, IV sesión, 19/1/1928, pág. 2.

111. Archivos..., Actas, Documento N° 15, sesión del 1/2/1928, pág. 21.

112. Archivos..., Actas, Documento N° 15, sesión del 1/2/1928, pág. 5.

113. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 229.

114. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 192.

115. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 322.

116. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 8.

117. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 323.

118. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 134 y, en la IV sesión, pág. 19.

119. Archivos..., Actas, Documento N° 15, VII sesión, 30/1/1928, pág. 12.

120. Archivos..., Actas, Documento N° 15, págs. 138 y 139.

121. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 323.

122. Para Carlos Marx, en la sociedad capitalista no hay sólo

dos grandes clases, burgueses y proletarios. Hay tres: “los obreros asalariados, los capitalistas y los terratenientes forman las tres grandes clases de la sociedad moderna, basada en el régimen capitalista de producción”. Carlos Marx, *El Capital*, tomo III, edic. cit., pág. 745.

123. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 204.
124. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 154.
125. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 141.
126. Archivos..., Actas, Documento N° 15, VIII sesión, pág. 7.
127. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 147.
128. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 150, y en la sesión del 21/1/1928, pág. 20.
129. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 152.
130. Archivos..., Actas, Documento N° 15, págs. 320 a 322.
131. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 200.
132. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 193.
133. Archivos..., Actas, Documento N° 15, págs. 197 y sgtes.
134. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 366.
135. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 109.
136. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 110.
137. Archivos..., Actas, Documento N° 15, VIII sesión, pág. 18.
138. Archivos..., Actas, Documento N° 15, VIII sesión, pág. 90.
139. *La Chispa*, 11/2/1928.
140. Archivos de la Comintern.
141. Archivos..., Actas, Documento N° 15, VIII sesión, pág. 63.
142. Archivos..., Actas, Documento N° 15, pág. 93.
143. *La Chispa*, 26/5/1928.
144. *La Internacional*, 30/6/1928.
145. ¡Adelante!, 14/6/1928.
146. ¡Adelante!, 28/6/1928.
147. ¡Adelante!, 1/11/1928.
148. Arturo M. Lozza, *obra cit.*, edic. cit., pág. 267.
149. ¡Adelante!, 3/8/1928.
150. Los penelonistas decían que los “chispistas” atacaban a Victorio Codovilla, pero no a Rodolfo Ghioldi, y planteaban que “en el partido de los rabanitos hay, prácticamente, dos tendencias que están en pugna entre sí, formadas por ‘codovillistas’ y ‘ghiol-

distas', pero la que predomina es, indudablemente, la de Ghioldi" (iAdelante!, 16/2/1929). Al regresar al país, "se produjo el casamiento de Codovilla y Ghioldi con Contreras de padrino", según Malvestiti en iAdelante!, 21/8/1928.

151. Archivos de la Comintern, Rollo 13.

152. iAdelante!, 17/7/1928.

153. iAdelante!, 16/2/1929.

154. Juan José Real, Proyecto de Historia Oral del Instituto Torcuato Di Tella, entrevista de abril de 1971 realizada por el Lic. Leandro Gutiérrez, pág. 44.

155. Archivos de la Comintern, Informe de organización sobre la actual situación del Partido, Caja 4121, Rollo 38.

156. El "memorandum Gallardo" fue el informe enviado por el Dr. Angel Gallardo, ministro de Relaciones Exteriores y Culto, a la Comisión de Negocios Extranjeros de la Cámara de Diputados, sobre la situación diplomática entre la República Argentina y el Gobierno de los Soviets de Rusia, el 31 de agosto de 1928. Allí Gallardo aclaraba que no había relaciones diplomáticas con el gobierno soviético y detallaba las peripecias vividas con posterioridad a la caída del zar, en 1917, por el personal diplomático argentino que estaba en Rusia: entre otras, la detención del correo diplomático argentino, Constantino Lianbeis, el 3 de febrero de 1919, acusado de espionaje, y luego la detención del canciller J. Naveillán, que estaba a cargo del archivo de la embajada, en marzo de 1920, quien, una vez liberado, redactó un informe tremendista sobre su existencia en Rusia, luego de la Revolución, "en esos inolvidables días de terror" (sic). Angel Gallardo se pronunciaba, expresamente, contra el establecimiento de relaciones diplomáticas con la URSS, pese a que, en enero de 1928, el gobierno ruso había decidido establecer en la Argentina una agencia comercial (Iuyamtorg). Gallardo formuló su propuesta de no establecer relaciones como emanada del Poder Ejecutivo y desde una posición claramente anticomunista (existe una publicación especial de la Cámara de Diputados, fechada en agosto de 1928, conteniendo este informe). En cuanto a la Conferencia de La Habana, se refiere a la VI Conferencia Panamericana que se reunió en La Habana en 1928. Algunas delegaciones latinoamericanas proponían conde-

nar a los EE.UU. por su agresión a Haití y a Nicaragua.

157. Las exportaciones de carnes argentinas representaban más del 60 por ciento del comercio mundial de carnes. De 930 mil toneladas de carne exportadas en 1926, Argentina exportó 584 mil toneladas. La seguía, lejos, Nueva Zelanda, con 161 mil toneladas. La exportación de carnes representaba el 78 por ciento del comercio de exportación de la Argentina. El grupo inglés (Westtey) tenía la ventaja de controlar gran parte del comercio en las carnicerías inglesas a través del control de las cámaras frías del mercado mayorista inglés e, incluso, con el contralor directo de parte de las carnicerías. Los cinco grandes grupos frigoríficos yanquis de Chicago (Armour, Morris, Wilson, Swift y Cubach) se lanzaron a la lucha por el control de las carnes argentinas. En 1911, en la primera conferencia internacional para regular el negocio de las carnes, se constituyó el primer *cártel* para la regulación de la exportación argentina: al grupo yanqui le tocó el 48 por ciento, al grupo inglés 29,64 por ciento y al grupo argentino el 18,5 por ciento (el grupo argentino, en su mayoría, sería absorbido por yanquis e ingleses). Hubo un nuevo reparto en 1913 y libertad de contratación entre 1921 y 1925, cuando se produjo la llamada “guerra de las carnes” que terminó con un nuevo reparto, en 1927, en las proporciones indicadas. Las *Tesis* dan una cifra un poco diferente, pero en la Primera Conferencia Comunista de Latino América, Pedro Romo dio las cifras mencionadas.

CAPÍTULO VIII

EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA LATINA

Algunos camaradas, pretendiendo ironizar, han afirmado que la Internacional Comunista recién ha descubierto la América Latina (...). Pero hay que recordar que muchos camaradas americanos, recién hacen ese mismo descubrimiento.

Jules Humbert-Droz, en la Primera Conferencia Comunista Latino Americana.

La Primera Conferencia Comunista Latino Americana

Del 1º al 12 de junio de 1929, se realizó en Buenos Aires la Primera Conferencia Comunista Latino Americana. Participaron 38 delegados directos, de los Partidos Comunistas de Argentina, Brasil, Bolivia, Colombia, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, México, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela. La delegación chilena no pudo llegar por la represión existente en su país. Participaron también delegaciones de la Internacional Comunista, de la Internacional Juvenil Comunista, del Partido Comunista de Estados Unidos, del Partido Comunista de Francia, del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista y del Secretariado Sudamericano de la Internacional Juvenil Comunista. Como señaló el Secretariado Sudamericano de la IC en la introducción al relatorio de la Conferencia: “ella marca una etapa en el desarrollo del movimiento revolucionario de América Latina”.¹

El orden del día de la Primera Conferencia fue el siguiente:

1) La situación internacional de América Latina y los peligros de

guerra. 2) La lucha antiimperialista y los problemas de táctica de los partidos comunistas de América Latina. 3) Cuestión sindical. 4) Cuestión campesina. 5) El problema de las razas en América Latina. 6) Trabajo de la Liga Antiimperialista. 7) Movimiento de la Juventud Comunista. 8) Cuestiones de Organización.

9) Trabajo del Secretariado Sudamericano. 10) Informe sobre la solución de la crisis en el Partido Comunista de la Argentina.

Previamente, en mayo de 1929, se había reunido en Montevideo el Congreso Constitutivo de la Confederación Sindical Latino Americana, adherida a la Internacional Sindical Roja.

Los partidos comunistas latinoamericanos se encontraban en distintas fases de su desarrollo. Algunos eran sólo pequeños grupos. Otros, como los de México, Brasil, Uruguay y Argentina, ya tenían un grado relativo de consolidación.² En Chile, el Partido Comunista – que a mediados de la década del 20 había adquirido una influencia considerable en el movimiento obrero– había sido diezmado por la represión dictatorial posterior al golpe de 1927. En Colombia, Perú, Ecuador, Panamá y Bolivia se conformaron partidos socialistas que, o habían adherido a la Internacional, o tenían grupos comunistas trabajando dentro de ellos. Eran una excepción los Partidos organizados, verdaderamente, en células; predominaba la organización de tipo socialdemócrata. El tradicional “caudillismo” latinoamericano tenía mucho peso; se teorizaba, incluso, sobre la supuesta bondad de los llamados “caudillos rojos”. La confusión ideológica era grande. Se puede decir que, para el movimiento comunista latinoamericano, hubo un antes y un después de esa Conferencia. Pero la lucha de líneas en el interior del movimiento comunista mundial y de cada uno de nuestros países –unida a una metodología no leninista– ocultó o minimizó, posteriormente, el debate de la Conferencia.

A partir de la década del 60 –luego del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y del triunfo del revisionismo del marxismo-leninismo en la mayoría de esos partidos– se difundió, y supuestamente se acreditó, una visión mítica y maniquea de algunos protagonistas de la Conferencia, como José C. Mariátegui y Victorio Codovilla, con la finalidad de presentar las tesis defendidas en la reunión por el Partido Socialista del Perú

como fundamento de posiciones socialdemócratas actuales y como origen de la llamada teoría del “capitalismo dependiente”. Esta teoría, elaborada por Víctor V. Volski y sus colaboradores del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, se transformó, luego de la Conferencia de los partidos comunistas de la América Latina realizada en La Habana en 1975, en la doctrina oficial de esos partidos revisionistas.³

Para fundamentar en la Primera Conferencia Comunista Latino Americana de 1929 posiciones actuales de revisión del marxismo-leninismo, se usaron citas aisladas y fuera de contexto de las posiciones de la delegación peruana; se imaginó a un Mariátegui detractado en la propia Conferencia por los dirigentes de la Internacional Comunista (hecho que no existió); y, con la finalidad de falsear la herencia teórica del fundador del Partido Comunista del Perú, se ignoraron o subestimaron los cambios, en la posición de Mariátegui, posteriores a la Conferencia.⁴

Los análisis de este tipo no consideran –y menos aun resaltan– las coincidencias de opiniones entre Mariátegui y los dirigentes de la Internacional Comunista. En particular sobre la cuestión de la burguesía nacional, un tema en el que todos los participantes estuvieron influidos por las conclusiones erradas del VI Congreso de la IC, en torno a la derrota de 1927 de la Revolución China.

No es nuestro objetivo, al referirnos a la Primera Conferencia Comunista Latino Americana, realizar una valoración general sobre el papel de José Carlos Mariátegui – tampoco sobre Victorio Codovilla– en el movimiento revolucionario latinoamericano. Menos aun sobre las raíces del pensamiento de Mariátegui, ni sobre los calificativos que ese mismo pensamiento mereció en la larga polémica entre revolucionarios y reformistas, que ya lleva setenta años, sobre el fundador del Partido Comunista de Perú. No haremos como José Aricó, que atribuye al Mariátegui de 1930 las posiciones que tuvo en 1923; ni como el *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*, que atribuye al Codovilla de 1929 las posiciones que tenía en 1947; no vamos a valorar al Victorio Codovilla de 1929 con el juicio que nos merecía en 1967, cuando rompimos con el PC. Sin ocultar, desde ya, que analizando las posiciones que sustentó Codovilla en la reunión de Buenos

Aires en 1929, se puede encontrar algunas explicaciones para la línea del PCA en 1945, en 1955 o en 1967.

El delegado de la Internacional Comunista a la Conferencia, Humbert-Droz (Luis), dijo que la IC “recién había descubierto América Latina”. Se refería a lo que se había afirmado en el VI Congreso de la IC. Pero, como señaló en la reunión, ésta había demostrado que también muchos camaradas americanos “recién hacen ese mismo descubrimiento”, por lo que los invitó a realizar “juntos ese viaje”.⁵ En esos años hubo grandes luchas obreras en el Cono Sur de América Latina y, al igual que la revolución mexicana, la Columna Prestes en Brasil, la gran huelga bananera en Colombia y la heroica lucha de Sandino en Nicaragua, protagonizadas por grandes masas campesinas y de obreros rurales, ejercieron una poderosa influencia en los sectores revolucionarios de nuestro Continente; y ayudaron, efectivamente, a muchos latinoamericanos a “redescubrir” América Latina.

En la reunión se hizo, por primera vez en América Latina, un estudio serio sobre la penetración imperialista y sobre las formas y manifestaciones de la lucha interimperialista en estos países, principalmente entre Inglaterra y los EE.UU. Se avanzó, al mismo tiempo, en el análisis de la estructura económica y social; en particular, la de la clase obrera latinoamericana. Un análisis que, pese a todas sus limitaciones, fue muy superior, infinitamente superior, al efectuado habitualmente en las reuniones socialdemócratas o al realizado por intelectuales burgueses o pequeñoburgueses del Continente; tendría, por eso, una influencia considerable en la política latinoamericana posterior.

Polémicas que siguen vigentes

La Conferencia definió el carácter de la revolución en nuestros países y las fuerzas motrices de la misma. Esta definición estuvo lastrada por el corrimiento izquierdista en la Internacional Comunista tras la derrota de la Revolución China, en 1927, y derivó en conclusiones equivocadas, en particular, respecto de la burguesía nacional. Y estuvo teñida (con excepciones) por una visión eurocentrista (urbana, insurreccionalista) sobre la vía de la revo-

lución latinoamericana.

Solía decir Orestes Ghioldi –quien, con el seudónimo de Ghitto y representando a la

Internacional Juvenil Comunista, fue uno de los principales protagonistas de la Conferencia

–, que el Partido Comunista de la Argentina había definido con claridad, en 1928, y en la Primera Conferencia Latino Americana, el tipo de revolución en nuestro país y los aliados del proletariado en la misma, pero que, al no haber hecho correctamente el correlato político correspondiente a esa caracterización, se había equivocado en la política de alianzas. Así disminuía la responsabilidad de la dirección del PC por sus errores izquierdistas frente al segundo gobierno de Yrigoyen y ante el golpe de Estado de 1930. En realidad, esos errores del PC de la Argentina en su política de alianzas a fines de la década del 20 e inicios de la del 30, se corresponden totalmente con el análisis equivocado del VI Congreso de la IC y del VIII Congreso del PC, de 1928, como vimos, y con el análisis de la Primera Conferencia Latino Americana respecto de la burguesía nacional de los países semicoloniales y dependientes. Por eso, pese a que vieron, con justeza, que “la tendencia actual del imperialismo es la de crear gobiernos nacional-fascistas”, como dijo Victorio Codovilla en su informe en la reunión de 1929, fueron sorprendidos por el golpe de 1930. Al no comprender que “en los países que sufren la opresión imperialista, hay dos tipos de burguesía: la burguesía nacional y la burguesía compradora” y que es necesario tratar a la burguesía nacional con prudencia porque “ella es contraria a la clase obrera y, al mismo tiempo, contraria al imperialismo”,⁶ no lograron diferenciar al fascismo naciente y a las dictaduras militar-fascistas, de los gobiernos socialdemócratas (calificados frecuentemente de socialfascistas) y tampoco de los gobiernos de la burguesía nacional-reformista, como el gobierno de Yrigoyen (calificados, también frecuentemente, como nacional-fascistas).

Todo el análisis de la Conferencia de Buenos Aires estuvo –así como lo había estado ante el VI Congreso de la IC en 1928– influenciado por la reciente derrota de la Revolución China y por un insuficiente análisis de la misma. Como vimos, todavía el PC

de China no había sintetizado sus experiencias respecto de esa derrota; lo pudo hacer recién cuando triunfó –en plena retirada del Ejército Rojo– la línea de Mao Tsetung. En enero de 1935, en la reunión ampliada del Buró Político del PC de China en Tsunyi, triunfó la línea maoísta para la Revolución China, concebida como una revolución dirigida por el proletariado que iba “del campo a la ciudad”, y Mao Tsetung fue designado jefe militar del Partido. Esta línea permitió que el Ejército Rojo, apoyándose en las masas campesinas, rodease las ciudades y, bajo la dirección del PC de China, llevara al triunfo a la revolución agraria y anti-imperialista en el país más poblado del mundo. El despliegue de la estrategia de la guerra popular prolongada en China fue casi simultáneo con el inicio de la Guerra Civil Española y encontraría a los Partidos Comunistas de América Latina en pleno apogeo de la táctica de los frentes populares antifascistas. Los partidos comunistas latinoamericanos nunca discutieron a fondo la experiencia china; no lo hicieron en la década del 30 ni cuando se transformó en la primera experiencia, triunfante, de una revolución democrática de liberación nacional dirigida por los comunistas en un país semicolonial.

En la Primera Conferencia Comunista Latino Americana –salvo matices planteados por la delegación mexicana– predominó una visión eurocentrista de la revolución latinoamericana, que la tiñó de un insurreccionalismo “a la europea”. Hablando del tema indígena, el delegado de El Salvador, Marquez, dijo: “La revolución debe ir de la ciudad al campo. Es necesario aclarar porque se piensa que es necesario hacer antes un estudio concreto de la cuestión india. Lo importante es hacer la revolución en la ciudad y luego, por la misma fuerza revolucionaria, tiene que venir el indio. La minoría revolucionaria es la que siempre triunfa. Las capas indígenas tendrán que ser fatalmente arrastradas por el movimiento”.⁷ Palabras más, palabras menos, la posición de El Salvador expresaba las ideas predominantes en la Conferencia. Paradojalmente, la única revolución agraria y antiimperialista que triunfaría en el Continente, transformándose, luego, en revolución socialista, se haría en 1959 en Cuba, luego de recorrer el camino de la lucha armada del campo a la ciudad.

La mayoría de los temas debatidos en la Primera Conferencia Comunista Latino Americana siguen siendo ejes de polémicas actuales en el movimiento revolucionario latinoamericano. Por ejemplo, la discusión sobre el carácter progresista o reaccionario de las inversiones de capital extranjero en nuestros países; o sobre el carácter de la revolución y la relación entre la revolución democrático burguesa, o agraria y antiimperialista, y la revolución socialista. A partir de la segunda mitad de los '60 se popularizaron las tesis del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS (en particular las de su director, Víctor V. Volski) y fueron consagradas como línea oficial para el Continente en 1975.⁸ Así, los partidos comunistas revisionistas del marxismo-leninismo han vuelto a plantear –pese a la larga experiencia histórica y, en particular, pese a la experiencia cubana– que la revolución latinoamericana es socialista “de inicio”. Se reflatan las teorías del llamado “fatalismo geográfico” –que habían sido discutidas en 1929, en la reunión de Buenos Aires– fundamentadas, luego del colapso de la URSS, en la falta de “una retaguardia”; y se replantean las mismas consideraciones sobre la burguesía nacional que predominaron en aquella reunión. Otro tanto sobre el tipo de partidos comunistas, sobre el putchismo, etc.

Por todo esto, releer las tesis de la Primera Conferencia Comunista Latino Americana y seguir el desarrollo de aquellos debates, es una labor apasionante y actual.

Detalles de trastienda

Jules Humbert-Droz, que integraba el Presidium y el Secretariado de la Internacional Comunista, fue el delegado de esos organismos ante la Conferencia Latino Americana. Era un hombre alineado con Bujarin en la IC. Como mencionamos en el análisis del VI Congreso de la IC, ya estaba desplegada la lucha de líneas en la dirección del Partido Comunista de la URSS, y en la Internacional, entre Stalin y el grupo de Bujarin, Rykov y Tomsky. Antes de partir para Buenos Aires, Droz se reunió con Bujarin y éste le dijo que su grupo “había decidido utilizar el terror individual para desembarazarse de Stalin”.⁹ Dice Droz que le manifestó a Bujarin

no compartir el ejercicio del terror individual como método, ni constituir una tendencia basada simplemente en la oposición a Stalin.

En 1929, al realizarse la Primera Conferencia Comunista Latino Americana, Bujarin acababa de ser desplazado de la dirección de la IC. En su reemplazo, el PC(b) de la URSS había designado a Molotov, pero, en realidad, la dirección real la ejercía Manuilski, con la ayuda de Piatnitski en las cuestiones de organización.¹⁰ El 19 de diciembre de 1928 Stalin había pronunciado un importante discurso en el Presidium de la IC atacando a Serra (seudónimo de Tasca, delegado del PC de Italia) y a Droz por sus ideas sobre la estabilización del capitalismo, expresadas en las *Tesis* para el VI Congreso de la IC. En realidad, era un ataque contra Bujarin. Luego de este incidente, Droz renunció al Secretariado y al Presidium de la IC, pero su renuncia no fue aceptada. En esa reunión se aprobó, por amplia mayoría, una resolución criticando a Droz por su apoyo “a los elementos de derecha del PC de Alemania”.¹¹ Droz pidió viajar a América del Sur, argumentando que había cuestiones urgentes a discutir sobre México, Colombia y Ecuador y era imprescindible enviar aquí una persona que, por conocer a los protagonistas, pudiese ayudar.

En septiembre de 1928, el Presidium de la IC había aprobado las tesis que servirían de base a la conferencia comunista de América Latina, pero la comisión que debía darles una redacción definitiva (en la que participaba Otto Kuusinen) no había podido trabajar. Stepanov, a último momento, había redactado enmiendas —que, en realidad, constituían un contraproyecto— pero ni Droz las conocía, porque estaban en ruso. “Yo comprendo muy bien que ni el camarada Kuusinen, ni el Presidium pueden tomar la responsabilidad de tesis elaboradas por un ‘oportunist’ de mi suerte”, escribió Droz en una carta a la dirección de la IC¹² y pidió que el Presidium anulase su decisión de tomar a su proyecto de tesis como base y tomase tesis elaboradas por Travín (Serguei Gusev) o las nuevas hechas por Stepanov, redondeadas con el aporte de camaradas que conocían el tema: Travín, Banderes, Stepanov, Williams (Guralski), Meister, Vassiliev. En definitiva, el Presidium de la IC aprobó las *Tesis*, que se discutirían

en la Conferencia Latino Americana. Estas fueron publicadas en *La Correspondencia Sudamericana* en mayo de 1929. Posteriormente, Droz pidió participar de la Conferencia de la Internacional Sindical Roja que se iba a realizar en Montevideo (mayo de 1929). Estimó necesario estar allí porque los anarcosindicalistas (así calificaba, entre otros, a los “chispistas”) habían adherido y, simultáneamente, preparaban su propia reunión y podían llegar a controlar o hacer fracasar la reunión sindical. Además, el IV Congreso de esa Internacional había revelado una fuerte rivalidad entre los camaradas de México y de América Central con los del sur del Continente. Lucha que se iba a repetir, sin duda, y sin que la autoridad del Ejecutivo de la Internacional Sindical pudiese mediar, dado que Lozovski no estaría en Montevideo.

Droz, pese a sus divergencias con la mayoría del Presidium, petitionó también participar en la reunión de Buenos Aires. Argumentó que la Primera Conferencia Comunista Latino Americana “no es menos importante”, y la creación del Secretariado Sudamericano “despertará las mismas rivalidades que sobre el tema sindical entre Buenos Aires y México”.¹³

No se podía dirigir el movimiento comunista latinoamericano desde Moscú, decía Droz. Más aun cuando los telegramas que los funcionarios de la IC enviaban desde París y otras ciudades de Occidente, no llegaban a América Latina, y los diarios y publicaciones que se remitían desde ésta tampoco llegaban a Moscú. Incluso una carta abierta que el Presidium de la IC había enviado a Colombia –y publicó *La Correspondencia Sudamericana*– no había llegado a su destino.

La Internacional autorizó a Droz a participar como representante del Presidium en las dos Conferencias. Lo hizo, según Droz, para alejarlo de Europa, por su influencia sobre los partidos de Alemania, Francia, Italia y otros; y para que reflexionara y pudiese autocriticarse.¹⁴

Al partir Droz hacia América Latina, Williams (Guralski), que estaba enfrentado a Droz y antes había sido alejado por Kuusinen de su equipo de trabajo por ultraizquierdista, fue colocado a la cabeza de los asuntos latinoamericanos.

Ya en Montevideo, el 16 de mayo de 1929, Droz escribió: “La

atmósfera es infinitamente mejor que en Moscú. Incluso Pièrre, de la Juventud, que es estalinista de nacionalidad (sic), conserva a mi respecto una excelente camaradería, absolutamente exceptuada de esa bilis fraccional que corre hasta el borde en Moscú. Todos los compañeros son absolutamente asombrosos y no tendremos ninguna dificultad (...). Tendremos al contrario fastidios con Codovilla. Yo le comuniqué con la mayor calma del mundo la decisión del secretariado político de tenerlo alejado de la conferencia de Montevideo y, como es estalinista, yo pensé que esa orden sería aceptada por él sin dificultad ni oposición. Pero no fue el caso. El afirmó, con mucha justeza por otro lado, que es una falta de confianza que lo obliga a dimitir del Secretariado y, como es el único que trabaja, se ve desde aquí el cuadro. Yo traté de hacerlo cambiar su decisión, pero fue en vano. Decidimos entonces enviar un telegrama de la delegación entera pidiendo anular esta decisión. Si Moscú rechaza será la renuncia irrevocable y el trabajo del Secretariado por tierra (...) yo temo lo peor”.¹⁵ En definitiva, Codovilla fue mantenido al margen de la Conferencia de Montevideo.¹⁶ Por otro lado, la mayoría de los participantes de la Conferencia realizada en Buenos Aires conocía los ataques de Stalin hacia Droz en el Presidium de la Internacional.¹⁷

Países semicoloniales

Las *Tesis* para el VI Congreso de la Internacional Comunista habían definido a América Latina como “uno de los nudos más importantes de las contradicciones del sistema colonial imperialista en su conjunto”. Recordando que la influencia de Gran Bretaña fue preponderante en estos países hasta la guerra e “hizo semicolonias de muchos de ellos”, las *Tesis* plantearon que, posteriormente, los Estados Unidos relevaron a los ingleses “por una dependencia aun más fuerte”. El Programa de la Internacional Comunista, aprobado por el VI Congreso, había diferenciado a la Argentina y Brasil –calificándolos como **países dependientes**– de los países coloniales y semicoloniales, como la India y China. Esta diferenciación del Programa de la IC no encontró eco en la Conferencia de Buenos Aires. El Proyecto de *Tesis* para la Primera

Conferencia Comunista Latino Americana planteó que “el carácter semicolonial de los países de América Latina, a pesar de su independencia política formal, más o menos grande, es por consecuencia evidente”.¹⁸

En el VI Congreso Humbert-Droz, en su coinforme al punto 4^o del orden del día, después de señalar las diferencias entre países que eran colonias francesas e inglesas en el Caribe y las repúblicas de América Central, con otros como Argentina, Chile y Brasil, había planteado que “todos estos países (...) tienen algunos caracteres comunes”. Y subrayó el “carácter semicolonial del conjunto de los países de América Latina”, aunque algunos “parecen gozar de una independencia bastante grande: Argentina, Uruguay, Chile”. Sin embargo, había dicho, en estos países, la magnitud de las inversiones de capitales ingleses y norteamericanos demostraban que “son semicolonias de los imperialismos inglés y norteamericano”.¹⁹ El pensamiento de Droz era coherente con su opinión de que no existía “un régimen capitalista nacional desarrollado en América Latina” y que la burguesía de estos países “se encuentra ligada desde sus primeros pasos al imperialismo extranjero, tal como la clase de los grandes propietarios terratenientes”.²⁰ Humbert-Droz pensaba, como dijo en el VI Congreso de la IC, que “cuanto más capitales invierte el imperialismo en América Latina, tanto más se desenvuelve la industrialización y tanto más rápidamente el continente se transforma en colonia”.²¹ La colonización creciente era, entonces, la tendencia principal en América Latina para Droz, con lo que disminuía el peso del antagonismo del capital y el trabajo en el Continente. Esta idea estaba en discusión entre los líderes comunistas latinoamericanos y se contraponía con la tesis izquierdista de “clase contra clase” que, luego del VI Congreso de la IC, prevalecería en el movimiento comunista latinoamericano y mundial.

En ese Congreso, como vimos, el delegado ecuatoriano Ricardo Paredes había planteado una discrepancia con las *Tesis* de la IC. Paredes señalaba el carácter de países dependientes de Argentina, Brasil, Uruguay, México, Ecuador y criticó la clasificación en bloque de estos países como semicoloniales, porque ello llevaba a exagerar el papel del campesinado y a subestimar el del prole-

tariado. En realidad, dice con razón Manuel Caballero, “la tendencia natural entre los leninistas era exactamente la contraria”,²² exagerar el papel del proletariado subestimando al campesinado.

En la intervención que hizo el delegado argentino Ravetto en el VI Congreso de la IC, se había referido a la lucha encarnizada entre yanquis e ingleses por la dominación efectiva económica y política de la Argentina y había planteado que “los resultados de esta lucha son la creciente dependencia de nuestro país con respecto a las potencias extranjeras”. Ravetto afirmó en el VI Congreso que la delegación argentina “está de acuerdo con la calificación de países semicoloniales, dada en este congreso a los países latinoamericanos y (...) esto es absolutamente justo para la Argentina, pese a la independencia formal de la que goza”.²³

En su informe sobre el primer punto del orden del día a la Primera Conferencia Comunista Latino Americana, sobre “La situación internacional de América Latina y los peligros de guerra”, refiriéndose a las características de América Latina, Victorio Codovilla dijo que, en vez de asistir a una descolonización de ésta, se asistía “a su colonización”; y que la independencia nacional de nuestros países a principios de siglo anterior, había sido “una independencia de forma” porque la intervención imperialista impidió el desarrollo normal de una burguesía independiente y conservó el régimen semifeudal.²⁴

Por su parte, Luis (Droz), al intervenir sobre el primer punto del orden del día, se refirió al progreso de los partidos comunistas de América Latina: anteriormente habían tenido que discutir vivamente con ellos “para hacerles aceptar la idea de que sus respectivos países son dependientes semicolonias del imperialismo inglés y norteamericano”; en el momento de la Conferencia nadie dudaba del carácter colonial o semicolonial de los mismos, agregaba Droz. Ahora “hay que dar un paso más adelante”. No bastaba con analizar las inversiones de capitales extranjeros (las había en Alemania e Italia y no eran colonias ni semicolonias yanquis). Había que estudiar “qué repercusiones han tenido esas penetraciones del imperialismo” que habían provocado “un desarrollo unilateral y monstruoso de la vida económica”, que tendía a explotar únicamente las riquezas naturales, las fuentes de materias

primas y reservaba el mercado sudamericano para los productos fabricados en las metrópolis.²⁵

Más adelante, en la quinta y sexta sesión de la Conferencia, hablando de la estructura económica de nuestros países, subrayó Droz que el desarrollo industrial de los mismos era unilateral. La empresa moderna, racionalizada, estaba solo en las industrias extractivas y de explotación de riquezas naturales y materias primas para las metrópolis: producción mi nera, petrolífera, frigoríficos, refinerías, fábricas de tanino, etc. Pero la industria pesada no existía. Incluso la industria textil, que era la más avanzada, en ningún país de América Latina satisfacía el consumo nacional. Las empresas de transporte, navegación, ferrocarriles, tranvías, electricidad, líneas telefónicas y telegráficas, etc. estaban en manos yanquis e inglesas. La economía descansaba, pues, en la exportación de las riquezas naturales y productos del suelo y en la importación de los productos industriales y, a la sombra de esta última, crecía una red de intermediarios comerciales, agiotistas, usureros y todo tipo de parásitos. Toda la vida económica dependía enteramente del mercado exterior. Esto generaba una gran inestabilidad política y Droz daba como ejemplo la crisis del petróleo producida por yanquis e ingleses para abolir las cláusulas de la Constitución mexicana que los perjudicaban; la del azúcar contra Cuba y Perú; la del café contra Colombia y Brasil; la del nitrato contra Chile, etc.²⁶

Reinaba la gran propiedad agraria

El delegado de la IC, Droz, al analizar la estructura económico-social de América Latina, subrayó que la producción esencial de estos países era la agraria y que aquí dominaba “el régimen de la gran propiedad”, ya sea “a la manera del gran latifundio feudal” perteneciente a terratenientes nacionales, generalmente descendientes de los conquistadores que arrancaron sus tierras a los indios, ya sea en la forma de “grandes plantaciones racionalizadas propiedad de sociedades anónimas y de los ‘trust’ imperialistas”.²⁷ Era extremadamente reducida la explotación por pequeñas parcelas y, cuando esto sucedía, en Argentina, México y otros países,

ella estaba “bajo una dependencia absoluta de los grandes ‘trust’ y de las grandes empresas de exportación para la venta de los productos, para adquirir abonos y semillas seleccionadas”, lo que transformaba a esos pequeños productores en “apéndices de los grandes propietarios de tierra y de las grandes sociedades extranjeras”. Y señaló Droz que desde el feudalismo (que existía en ciertas regiones de Bolivia, Perú, Ecuador, etc., en donde el terrateniente era el propietario del campesino, existía la prestación personal de éste y su familia e, incluso, subsistía el derecho de pernada) y la esclavitud disfrazada que se aplicaba a miles de negros en las islas antillanas, Haití, Santo Domingo, Jamaica, Martinica, etc., a la gran plantación moderna, había una escala “muy variada de combinaciones de distintos regímenes de producción y de explotación de la mano de obra”. Pero, destacó el delegado de la IC, en ellas **dominaba**, a pesar de engañosas apariencias, “el régimen semifeudal y semiesclavista”.²⁸ Los ‘trust’ yanquis trasladaban millares de negros de Haití, Santo Domingo, Jamaica, etc., a sus plantaciones bananeras de América Central, Panamá y Colombia para reemplazar a la población indígena, menos resistente; esto recordaba, por sus formas y métodos, a la trata de negros en la colonia, dijo Droz. De donde deducía, en polémica con los que subrayaban el rol “modernizador” de la penetración imperialista, que “la gran empresa racionalizada yanqui, si introduce ciertas formas de explotación capitalista adopta, pues, y adapta las formas de explotación de la mano de obra que encuentra en el lugar”. Por lo que se conservaban en esas empresas “ciertos vestigios del feudalismo” y, “bajo una forma apenas modernizada, la vieja trata de negros”; tenían su policía propia que prohibía la entrada a las plantaciones a los extraños y cuidaba que los trabajadores agrícolas “ligados por los largos contratos no huyan de esa vida miserable”. En casi todos los latifundios feudales y en las empresas yanquis e inglesas modernas “existe el régimen de las penas corporales” y las leyes del Estado eran desconocidas, sin efecto ni aplicación. “Por encima de la ley está el arbitrio de los grandes terratenientes y de las compañías extranjeras, dueñas absolutas de su territorio”.²⁹

Comentando la Primera Conferencia Comunista Latino Americana, *La Correspondencia*

Sudamericana diría luego que, en Brasil, “existen las condiciones de trabajo más brutales que se conocen en América Latina (...) diez millones de obreros trabajan en las ‘fazendas’ en estado de semiesclavitud”.³⁰

Al momento de realizarse la Conferencia, la crisis agraria internacional amenazaba aplastar a los países latinoamericanos. Los yanquis imponían aranceles proteccionistas y se implantaban en Asia y África cultivos que competían con los de América Latina.

Luis (Droz) criticaba que en América Latina se llamase “campesinos” a quienes eran obreros agrícolas, proletarios, asalariados, ya que “todo ‘campesino’ –decía– que recibe un salario, bajo una u otra forma, por su trabajo, ya sea salario en bonos o en moneda de las grandes plantaciones, ya bajo la forma de un pequeño lote de tierra para él y su familia, donde se pueden cultivar ciertos productos para su consumo personal y aun para el mercado como en los casos de los grandes latifundios, ya bajo la forma de participación en la mitad o la cuarta parte de los productos de la tierra (...) es un obrero agrícola”.

Como se ve, Luis combatía un error de clasificación social: esencialmente tenía razón, pero era impreciso, puesto que se necesitaba ver, en cada caso, qué predominaba en lo que recibía el trabajador que cobraba un salario y a la vez participaba en una parte de la producción, para determinar si era asalariado agrícola, semiproletario o campesino pobre. Había que investigar, cosa que Luis no señalaba, si predominaba el salario o el pago en producto o formas semejantes. ¿Qué era económicamente más importante para el campesino o asalariado, el salario o el porcentaje de la producción que recibía al momento de la cosecha o recuento del ganado? Y ¿qué fuerza tenían los lazos semif feudales que lo ligaban al latifundio?

¿Era un trabajador libre o estaba sometido a ataduras extraeconómicas como las que existían en los yerbatales, explotaciones forestales, estancias o ‘fazendas’? En el debate previo a la Conferencia se dijo que en Brasil hacía solo 40 años que el brazo asalariado había sustituido al brazo esclavizado y, como escribió un comunista de San Pablo refiriéndose al salario

agrícola en su país, había surgido “un régimen mixto que se aproxima mucho a la servidumbre medieval”.³¹

El carácter de la revolución latinoamericana

Con la excepción del camarada Gusev (Travin), que hizo estudios “de alto vuelo” y caracterizó a la revolución mexicana como de tipo “socialista elemental y proletario” – según ironizó Droz– todos allí acordaron en caracterizar el movimiento revolucionario de América Latina como de “**tipo democrático burgués anti-imperialista**”. La revolución democrático-burguesa, dijo Droz, “no es una revolución efectuada por burgueses o pequeñoburgueses democráticos para quitarle el poder político a los grandes terratenientes conservadores”.³² Esta revolución tiene una misión económica: “quebrar la dominación del feudalismo, del imperialismo, de la Iglesia, de los grandes terratenientes; liberar a la América Latina de las empresas imperialistas, solucionar la cuestión agraria, entregando la tierra a los que la trabajan, sea bajo la forma de la repartición individual a los campesinos, sea devolviéndola a las comunidades agrícolas o colectivamente a los obreros agrícolas, bajo la forma de cooperativas de producción, de comunidades rurales o de empresas colectivas. Su finalidad es, pues, la nacionalización de las tierras, del subsuelo, del transporte y de las grandes empresas imperialistas; la anulación de las deudas del Estado, la creación del gobierno obrero y campesino, sobre la base de los soviets de obreros, campesinos y soldados, la supresión del Ejército y sustitución por la milicia obrera y campesina, el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros, jornada de 8 horas para la generalidad de los trabajadores, de 6 horas en las minas y trabajos insalubres, seguros sociales, etc., etc.”.³³ “Estamos, pues, bien lejos de una revolución de la pequeña burguesía democrática (...). No es, entonces, un Estado liberal el que nacerá de la revolución democrático-burguesa, sino la dictadura democrática de los obreros y de los campesinos”. Este camino conduciría esas revoluciones, rápidamente, a la revolución proletaria, agregaba.³⁴

Ya en la discusión del primer punto del orden del día de la Conferencia, había planteado Victorio Codovilla que “sólo una

revolución democrático-burguesa dirigida contra el imperialismo y los grandes terratenientes” podía crear las condiciones para un desarrollo independiente de estos países y que “el carácter de la revolución en América Latina, es el de una revolución democrático-burguesa. Pero, las conquistas de esa revolución podrán llevarse a cabo, únicamente si se tiene en cuenta que las masas obreras y campesinas serán la fuerza motriz de la misma y bajo la hegemonía del proletariado”.³⁵

Esta definición del carácter de la revolución en América Latina y sus fuerzas motrices, por la Primera Conferencia Comunista Latino Americana, fue **esencialmente correcta**. En los documentos de la Internacional Comunista y en el debate de la Conferencia sobre este tema hubo imprecisiones; pero, como decimos, las conclusiones fueron sustancialmente justas. Este es el punto que obvian, cuando se refieren a la Conferencia, los revisionistas del marxismoleninismo. Las desviaciones posteriores, como las que derivaron en políticas seguidistas de la burguesía en distintos países, e incluso en el apoyo del PCA al sector violó-videlista de la dictadura establecida en 1976, no tienen sus raíces allí. Por el contrario, en la reunión de Buenos Aires de 1929 se encuentran los gérmenes de desviaciones izquierdistas y sectarias posteriores, a partir del análisis incorrecto que allí se hizo sobre la burguesía nacional e, incluso, por parte de algunos delegados (los peruanos particularmente) sobre la pequeña burguesía.

Lenin, y posteriormente Stalin, desarrollaron la teoría de las revoluciones de las colonias y semicolonias. Luego de la Revolución de Octubre, éstas habían dejado de ser parte de la vieja revolución mundial, burguesa, y eran parte de la nueva revolución mundial, socialista. Eran parte de la revolución socialista proletaria. Por eso Mao Tsetung, desarrollando la teoría marxista-leninista, definió a la Revolución China, en enero de 1940, como revolución democrático-burguesa **de nuevo tipo**.³⁶

La contradicción anglo-yanqui

En su informe sobre el primer punto del orden del día, Victorio Codovilla subrayó que la principal contradicción interimperia-

lista en América Latina era entre los yanquis y los ingleses. Que en la batalla entre los dos por la hegemonía en la región “las ventajas se resuelven de más en más en favor del primero”.³⁷ La guerra vendría, dijo, cuando Inglaterra “que va siendo desalojada de sus posiciones en las colonias y semicolonias y del mercado internacional, por el imperialismo americano, no encuentre otra salida que jugarse el todo por el todo”.³⁸

En el orden internacional, si bien las diversas potencias capitalistas giraban “como satélites alrededor de Inglaterra y de Estados Unidos”,³⁹ trataban, al mismo tiempo, de jugar un rol independiente transformándose en puntos de concentración de otras potencias. Codovilla se refirió especialmente al caso de Francia, que acababa de firmar un pacto naval con Gran Bretaña, y de Japón, que era cortejado por los yanquis para alejarlo de la influencia inglesa. Esta había sido muy fuerte en el imperio nipón antes de la Primera Guerra Mundial. Curiosamente, el imperialismo alemán, que pocos años después jugaría un rol importantísimo en la disputa interimperialista mundial –y en América Latina en particular, ya que tuvo un gran peso en el golpe de Estado de 1930 en la Argentina– no entró en el análisis de Victorio Codovilla y de la Internacional Comunista.

Dijo Codovilla en la Conferencia que para los yanquis era fundamental dominar América Latina, por su situación interna “donde existe una crisis de superproducción, y la obtención del mercado exterior es la condición para evitar una crisis catastrófica de su economía”.⁴⁰

Expresaba así las posiciones que, en Moscú, se contraponían a las de Bujarin y Droz. Estos exageraban la estabilidad del capitalismo. Pocos meses después, en octubre de 1929, el “jueves negro” de Wall Street daría la razón al análisis de Stalin, defendido en la Conferencia por Codovilla.

La lucha entre yanquis e ingleses, planteó Codovilla, estaba siendo resuelta en favor de los primeros. Los yanquis desalojaban a los ingleses imponiendo “gobiernos reaccionarios nacional-fascistas”, por lo que, luchando contra los dos, era necesario “reforzar la lucha contra el imperialismo americano” que, en ese momento “era el más potente y el más avasallador”.⁴¹ Los yanquis

producían el 72 por ciento del petróleo mundial, el 60 por ciento del acero y el 53 por ciento del cobre. A Codovilla le parecía un error “que no se tuviese en cuenta la realidad de los hechos que demuestra la decadencia del imperialismo británico en el orden internacional”, aunque los ingleses, “como toda fuerza reaccionaria retrocede atacando”.⁴² Daba cifras sobre las exportaciones yanquis de mercancías y de capitales a América Latina, en relación a las de Gran Bretaña, que demostraban esto. Mientras los capitales ingleses iban, fundamentalmente, a los empréstitos gubernamentales y el transporte, los yanquis se concentraban en las industrias, particularmente las extractivas. Industrias y concesiones, como las eléctricas y gran parte de las tranviarias, de teléfonos y telégrafos pasaban, en Chile, Brasil y Argentina, de manos inglesas a yanquis. Estos trataban de obtener los ferrocarriles ingleses en la Argentina y Brasil. Desarrollaban el café en Colombia para enfrentar al monopolio brasileño –apoyado financieramente por el imperialismo inglés– y pretendían el dominio del puerto de Santos para quebrar, definitivamente, el predominio inglés sobre el café.

El imperialismo inglés estaba en “proceso de disgregación”, dijo en la Conferencia el delegado argentino Paulino González Alberti, debido al desgaste de la economía británica por la guerra, a la inferioridad técnica de la industria inglesa, al reemplazo del carbón por el petróleo como combustible, a la pérdida del mercado ruso, al nacimiento de industrias en las colonias, etc.⁴³

En la cuarta sesión de la Conferencia, Victorio Codovilla y el delegado de los Estados Unidos, Simons, polemizaron sobre esta cuestión. Codovilla planteó que “el imperialismo inglés se ve obligado a abandonar muchas de sus antiguas posiciones en América Latina, pasando del **compromiso** con el capital yanqui, a la **cesión** de esas mismas posiciones”. Dio el ejemplo de la industria salitrera chilena para demostrar cómo el imperialismo inglés “ha tenido que recular frente al yanqui, pasando del compromiso momentáneo al abandono de sus posiciones”. Simons criticó la afirmación de Codovilla; dijo: “Inglaterra continúa la lucha. Las concesiones no son índice del abandono de la lucha”. Y agregó: “Muchos errores se han cometido sobre este punto”. Codovilla

señaló que era justa la observación de Simons sobre no subestimar la importancia del imperialismo inglés en América Latina, pero no debía “impedirnos ver cuál es la relación de fuerzas de nuestros enemigos, para, aun combatiéndolos por igual, reforzar nuestra lucha contra el enemigo más fuerte y avasallador”.⁴⁴

Era correcto destacar la creciente influencia yanqui en América Latina y que este imperialismo era el enemigo **principal** a combatir en la mayoría de los países de la región. Pero, al mismo tiempo, los acontecimientos argentinos de la década del 30 demostrarían que los ingleses no estaban vencidos ni cedían graciosamente sus posiciones. Los monopolios yanquis predominaron, en alianza con los alemanes (inexistentes en el informe de Codovilla), en el golpe de Uriburu. Pero, a poco andar, los ingleses volverían a demostrar su fuerza llegando a reducir a la Argentina, en la década del 30, con el Pacto Roca-Runciman, a una situación semejante a la de una semicolonía.

El imperialismo inglés, en alianza con los alemanes, impidió el triunfo del juego yanqui durante toda esa década y gran parte de la posterior, hasta el triunfo de un gobierno de burguesía nacional, con el peronismo, en 1946. Es conocida la oposición británica a las maniobras golpistas que empujaron los yanquis contra el gobierno de Farrell.⁴⁵ Los ingleses tuvieron, posteriormente, mucho peso en el golpe de 1955 y en el gobierno de la llamada Revolución Libertadora. El análisis de Codovilla en la Conferencia de Buenos Aires fue, al menos para los países del Cono Sur de América del Sur, excesivamente economicista. Separó el análisis económico del complejo análisis político, decisivo para determinar el peso predominante de este o aquel imperialismo.

La caracterización de la burguesía nacional

Refiriéndose a las características de América Latina, Victorio Codovilla planteó, en el primer punto del orden del día, que “la burguesía nacional estuvo vinculada desde su nacimiento con el imperialismo, transformándose en agente del mismo”. De donde la verdadera lucha por la independencia nacional debía realizarse “contra la gran burguesía nacional y el imperialismo”. Codo-

villa, defendiendo las posiciones oficiales de ese momento de la Internacional Comunista –que había pasado del seguidismo a la burguesía china a un bandazo izquierdista– puso a la burguesía nacional en el blanco directo de ataque del movimiento revolucionario. En este punto, el informe de Victorio Codovilla coincidió con el informe de la delegación de Perú a la Conferencia, redactado por Mariátegui.

Codovilla extendió incluso el golpe a la pequeña burguesía, planteando que “sería un error grave sobreestimar el rol de la pequeña burguesía y de la burguesía industrial naciente, como posible aliada de la revolución antiimperialista. En algunos casos podrían ser aliados momentáneos; pero la fuerza motriz de la revolución deben ser los obreros y los campesinos”.⁴⁶ Decía esto cuando estaba fresco el papel jugado por sectores pequeño-burgueses en la lucha guerrillera de Sandino, en Nicaragua, y en la Columna Prestes, en Brasil. Y cuando bullía un activo movimiento estudiantil antiimperialista en toda América Latina.

En la Conferencia, el delegado argentino Paulino González Alberdi hizo un interesantísimo aporte sobre la pequeña burguesía, aclarando que ésta “no forma, propiamente hablando, una clase social”; dijo que está formada “por capas heterogéneas, utilizables para la revolución unas, contrarrevolucionarias otras” y que la crisis crearía condiciones para ganar capas de esa pequeña burguesía para la revolución.

Humbert-Droz (Luis), hablando sobre la estructura social de nuestros países, en el segundo punto del orden del día planteó que en el sur del Continente, donde la lucha angloyanqui era más aguda, los grandes terratenientes eran agentes del imperialismo inglés, mientras que la burguesía industrial y comerciante de las ciudades estaba más ligada al imperialismo yanqui. Pero que “esta división de ninguna manera es absoluta. La burguesía nacional generalmente se vende al mejor postor, sin tomar en consideración más que los intereses inmediatos”.⁴⁷

En la Internacional Comunista y en los partidos latinoamericanos estaba confusa la diferenciación de clase entre terratenientes y burguesía.⁴⁸ Al igual que en los viejos partidos socialistas, como el PSA, se consideraba a los terratenientes como una capa

de la burguesía. “La burguesía agropecuaria –terrateniente y ganadera– es la clase explotadora más fuerte del país”, dijo Paulino González Alberdi, refiriéndose al caso argentino.⁴⁹

También es evidente que en ningún momento, ni Codovilla, ni la Internacional Comunista tuvieron en cuenta, como dijimos, que “en los países que sufren la opresión imperialista, hay dos tipos de burguesía: la burguesía nacional y la burguesía compradora”.⁵⁰ Esta última, también llamada en algunos países burguesía intermediaria, es “siempre lacaya del imperialismo y blanco de la revolución”, aunque, en países como los nuestros, disputados por varias potencias imperialistas, hay que utilizar –en la lucha contra ella– las contradicciones interimperialistas, ya que diferentes sectores de esa burguesía intermediaria están unidos a diferentes imperialismos, y hay que concentrar el ataque contra el imperialismo que es el enemigo principal de cada momento para poder aislarlo y derrotarlo. En cuanto a la burguesía nacional, ella es contraria a la clase obrera y, al mismo tiempo, contraria al imperialismo, y siendo la tarea principal en la mayoría de los países coloniales, semicoloniales y dependientes, la lucha contra el imperialismo y el feudalismo o el semifeudalismo (como lo era en ese momento en América Latina) es necesario esforzarse “para hacer que la burguesía nacional luche contra el imperialismo”. Frente a la burguesía nacional se debe seguir la política de “unidad y lucha”, luchando contra ella cuando es necesario –y siempre “con razón, con ventaja y sin sobrepasarse”– y uniéndose con ella cuando es posible.⁵¹

La experiencia acumulada hasta entonces por los comunistas en los países coloniales, semicoloniales y dependientes era insuficiente, y la dirección del movimiento comunista internacional cometió en esos años los mismos errores que señalamos en la Conferencia de Buenos Aires. La desviación izquierdista posterior a la derrota de la Revolución China en 1927 –que tuvo como un componente esencial el error respecto de la burguesía nacional– llevó al movimiento comunista a grandes derrotas en los países coloniales, semicoloniales y dependientes. Luego de la década del 50, el desconocimiento o el menosprecio de las enseñanzas universales de la principal experiencia del proletariado al frente de

una revolución agraria y antiimperialista, como fue la Revolución China, tornó oscuro para muchos comunistas este aspecto fundamental para la lucha en los países oprimidos por el imperialismo y facilitó el triunfo de las tesis revisionistas. Es interesante leer el libro del soviético B. Koval sobre el *Movimiento obrero en América Latina*, y su análisis sobre la Conferencia Comunista Latino Americana de 1929, realizado en 1985, para ver cómo, 56 años después, los revisionistas del marxismo nadan en este tema en un mar de confusiones.⁵²

La posición peruana

En determinado momento de la Conferencia, Humbert-Droz pareció diferenciar a una capa de la burguesía nacional cercana a la definida por Mao como burguesía compradora o intermediaria; dijo que un ejemplo de las deformaciones generadas por el dominio imperialista estaba en el surgimiento “de una burguesía nacional netamente parasitaria, que vive de la explotación imperialista de los países de América Latina, intermediaria entre las grandes metrópolis y las masas de obreros y campesinos explotadas”.⁵³ Pero no fue más allá.

En cuanto a la moción de la delegación de Perú, “Punto de vista antiimperialista”, redactada por José Carlos Mariátegui y leída en la Conferencia por el delegado Zamora, asimiló, al igual que la dirección de la Internacional Comunista, a “la aristocracia y la burguesía criollas” y fue aun más lejos: refiriéndose a la psicología política que, dijo, olvidaba el APRA, incluyó a la pequeña burguesía en la pincelada. “En el Perú, el aristócrata y el burgués blancos, desprecian lo popular, lo nacional. Se sienten, ante todo, blancos. El pequeño burgués mestizo imita este ejemplo. La burguesía limeña fraterniza con los capitalistas yanquis, y aun con sus simples empleados, en el ‘Country Club’, en el tenis y en la calle”, etc. etc.⁵⁴ Expresamente Mariátegui hace mención a la traición de la burguesía china y generaliza esa experiencia a todas las burguesías nacionales. Mariátegui no sólo niega que la burguesía nacional pueda conducir un proceso de liberación nacional en América Latina, lo que ya era evidente para todos los partici-

pantes en la Primera Conferencia Comunista Latino Americana, sino que va más allá y plantea que “ni la burguesía ni la pequeña burguesía en el poder, pueden hacer **una política** antiimperialista”⁵⁵ (el subrayado es mío, O.V.).

Peters, el joven delegado de la Internacional Comunista, planteó que algunos cuadros dudaban de que fuese correcta la caracterización de la Internacional Comunista sobre el yrigoyenismo. Esta lo había definido como “una fuerza política de la **joven burguesía argentina**” (subrayado en el original), dado que aquél defendía, ante los movimientos agrarios, los intereses terratenientes. Esos cuadros olvidaban, dijo Peters, que se trataba de “una burguesía de un país semicolonial” por lo que, en el período del que hablaban, temía apoyarse “sobre el movimiento de masas en lucha contra el imperialismo y las fuerzas agrarias” y capitulaba frente al imperialismo y se transformaba “**en agente interior del mismo**” (subrayado en el original). El yrigoyenismo, agregó Peters, “es la expresión política de este proceso”.⁵⁶

Como era evidente que la realidad no entraba en semejante corset teórico, Droz, luego de desarrollar el concepto del carácter parasitario de la burguesía nacional dijo que cuando se hablaba de ese carácter y se señalaba a la burguesía nacional como agente del imperialismo, había que cuidarse de “no simplificar estas nociones al extremo”. No había que pensar que “estaban rendidas a tal imperialismo de una manera absoluta y simple”, porque al conservar esas naciones formalmente la autonomía (no estaban gobernadas por un virrey “a pesar que el embajador yanqui desempeña a menudo el papel de virrey”), esto daba a la burguesía “la posibilidad de maniobrar, de mercantilizar sus servicios, de venderse al mejor postor y de sacar un beneficio muy grande de esta posición ‘independiente’”.⁵⁷

El carácter parasitario de la burguesía nacional se expresaba, según Droz –y tal como subrayara, junto a Bujarin, en el análisis de América Latina– en la existencia de “las grandes ciudades parasitarias cuyo papel era el de succionar las riquezas del país y de la fuerza de trabajo”. Buenos Aires era un ejemplo; era “el tipo de esa gran ciudad parasitaria donde la gran masa vive, no del trabajo creador de riquezas, sino de la explotación ajena”.⁵⁸

El delegado argentino Jolles⁵⁹ diferenció a la pequeña burguesía parasitaria de la ciudad, de la pequeña burguesía “más castigada por el latifundio, por el feudalismo y por el imperialismo que es la pequeña burguesía del campo: cañeros, colonos, arrendatarios y la infinidad de otros tipos de la pequeña burguesía campesina, que dependen directamente del latifundio”.⁶⁰

Sala, de Uruguay, planteó que la entrega de la burguesía nacional al imperialismo determina que parte de la pequeña burguesía –la que sufre realmente los efectos de la penetración imperialista o la dominación feudal– “sea revolucionaria”. Y que era posible hacer alianzas y pactos circunstanciales con esta última, pero polemizó con las tesis del PC del Perú que al tiempo que la ubicaban, como clase, en el campo enemigo, “quieren hacerla entrar en un partido socialista o socialista revolucionario en conjunto con el proletariado y el campesinado”.⁶¹ Prieto, de Colombia, dijo que la pequeña burguesía debería tomar posición “o con la burguesía nacional, aliada del imperialismo, o con el proletariado”.⁶²

Droz, en su informe sobre el punto dos del orden del día, se refirió a los acuerdos con los partidos y organizaciones revolucionarias de la pequeña burguesía liberal o nacionalista, problema planteado en Cuba, Colombia, Brasil, Perú y Venezuela. Esos acuerdos eran una necesidad allí donde esas organizaciones tenían una influencia de masas real “sobre importantes sectores obreros y campesinos y preparan la lucha armada contra el poder y el imperialismo”.⁶³ Droz estableció las limitaciones a esos acuerdos: no aceptar ningún programa mínimo común que implicara la renuncia al propio programa, no hacer depender la acción revolucionaria propia de los planes militares de los generales pequeño burgueses, no colocar las fuerzas armadas propias a las órdenes de los generales liberales, conservar el derecho de crítica y libertad e independencia política, etc. La historia del movimiento revolucionario latinoamericano, desde entonces hasta la actualidad, con experiencias como la de Sandino, la Columna Prestes, el Movimiento 26 de Julio de Cuba, las corrientes antiimperialistas y democráticas en las fuerzas armadas venezolanas, entre otras, demostraría la gran importancia de esta cuestión. El centro estaba –se subrayó en la reunión de Buenos Aires– en desarrollar la

revolución de las masas obreras y campesinas y no “la revolución del ‘golpe de Estado’ de los jefes liberales”.⁶⁴

La revolución democrático-burguesa y la revolución socialista

Los delegados de la Internacional Comunista a la Primera Conferencia Comunista Latino Americana mantuvieron, con firmeza, la definición sobre el carácter democrático-burgués de la revolución en estos países. Rechazaron la teoría del dirigente ruso de la IC Travin (Serguei Gusev), que caracterizaba de “proletaria y socialista elemental a la revolución mexicana” ya que, “enmascarado en teorías muy radicales”, llevaba al más crudo oportunismo de derecha (como ya había sucedido con la línea, practicada en ese país, de defender a los gobiernos de Calles, Obregón y Portes Gil contra “las tentativas reaccionarias”)⁶⁵ y afirmaron que la cuestión de la hegemonía del proletariado era esencial para el triunfo de la revolución. El proletariado debía arrancar esa hegemonía de manos de la pequeña burguesía, ganándose la confianza de las masas obreras y campesinas. Si la hegemonía quedaba en manos de la pequeña burguesía, “tarde o temprano el movimiento revolucionario será refrenado, las masas desarmadas y se contraerán compromisos con el imperialismo y las fuerzas reaccionarias (...). La existencia de un primer gran Estado proletario, la existencia de la Internacional Comunista y de la solidaridad internacional, y las mismas condiciones del desenvolvimiento capitalista en América Latina –en grandes empresas concentradas, en grandes plantaciones, etc.–, permiten un desarrollo rápido de la revolución democráticoburguesa en revolución proletaria”.⁶⁶

El historiador ruso B. Koval recuerda que las *Tesis* para la discusión de la Conferencia –que, como vimos, había preparado inicialmente Humbert-Droz– sostenían que “el movimiento y la lucha de las masas contra el imperialismo”, en América Latina, eran “un **apoyo**, una importante ayuda a la revolución proletaria mundial” (el subrayado es mío, O.V.). Y que ese movimiento “no se transformará en una parte integrante de ella sino cuando, bajo la hegemonía del proletariado, la revolución democrático burgue-

sa se transforme en una revolución socialista”.⁶⁷ Peters criticó en la Conferencia esa formulación de las *Tesis*. “Es confusa –dijo–, no expresa la relación dialéctica que existe entre la revolución democrático-burguesa y la revolución proletaria internacional y es una revisión de la concepción leninista de la revolución proletaria como un proceso todo [quiere decir único], como todo un período que comprende revueltas de proletarios en los países avanzados y la lucha de los pueblos coloniales y semicoloniales contra el imperialismo”.⁶⁸

Durante la Conferencia el propio Humbert-Droz, cosa que malévola mente olvida mencionar Koval, corrigió ese error y señaló que la revolución proletaria “no es un acto único ni momentáneo: es toda una época histórica, un largo proceso revolucionario que ha comenzado con el fin de la guerra mundial y que terminará con la victoria definitiva del proletariado”. “Ese gran proceso histórico no está formado solamente por revoluciones de tipo proletario como la rusa” sino que todas las luchas de las masas obreras y explotadas contra el capital y el imperialismo, la lucha de los pueblos oprimidos por su independencia, las revoluciones democrático-burguesas de los pueblos coloniales, etc. “forman parte del gran proceso histórico de la revolución proletaria”. Aunque por su carácter esos movimientos no fueran socialistas y proletarios, “por la época en que se producen” eran factores importantes en la lucha por terminar con el imperialismo. Ese papel histórico “**no da** al movimiento un contenido proletario y socialista” ya que, por su naturaleza propia, se trataba de “movimientos de independencia nacional que conservan el carácter feudal de las relaciones sociales, como en Marruecos, o movimientos de tipo democrático-burgués antiimperialista como en México, China, etc.”. La posición de los comunistas frente a ellos debía estar “condicionada por ese doble carácter, su alcance histórico revolucionario y su contenido no proletario, a veces aun anti-proletario”.⁶⁹

La actitud de los comunistas con respecto a los movimientos democrático-burgueses de América Latina, fluía de ese doble carácter, dijo Droz, y agregó que los comunistas debían “defender esos movimientos contra el imperialismo que quiere sofocarlos; pero también trabajar en el seno de los movimientos para apode-

rarnos del movimiento de masas de los obreros y los campesinos y orientarlo en el camino de la revolución democrático-burguesa, susceptible de transformarse en revolución proletaria”. Era necesario participar en toda acción armada o no de las masas obreras y campesinas por la defensa de sus posiciones ya conquistadas contra las tentativas reaccionarias de los grandes terratenientes; en todo movimiento insurreccional por la posesión de la tierra, etc.; “pero participar en el movimiento no significa el apoyo incondicional al gobierno pretendidamente revolucionario, o al estado mayor de los oficiales liberales que dirigen la insurrección”. Había que tomar parte como una fuerza independiente, con un programa propio de gobierno obrero y campesino “realizando, si es útil, alianzas temporarias de tipo militar, con las fuerzas de la pequeña burguesía revolucionaria”, pero sin abandonar las consignas y la organización de las fuerzas propias.⁷⁰

El delegado de la Internacional Juvenil Comunista, Peters, también se refirió al desarrollo de la revolución democrático-burguesa en revolución proletaria, cuestión que, dijo, no estaba clara para muchos camaradas. “De acuerdo a la concepción leninista, la revolución democrático-burguesa **no está separada por una muralla de la revolución proletaria**. En su desarrollo, **se transforma** en revolución proletaria”. Para ello, según el leninismo, deben existir ciertas condiciones indispensables: primero, **al lado** de las contradicciones de clase que se desarrollan sobre la base de relaciones feudales, deben estar las contradicciones de clase propias del régimen capitalista, es decir, contradicciones de clase entre los asalariados y los burgueses. Segundo, el grado de desarrollo de esas contradicciones capitalistas debe ser tal que impida a la burguesía tomar la dirección de la revolución democrático-burguesa y, tercero, debe existir **tal grado de penetración capitalista en la campaña** que desarrolle los antagonismos de clase en el campo, originando capas importantes de proletarios agrícolas. Estas condiciones, “conjuntamente con la situación internacional, forman la base del desarrollo de una revolución democrático-burguesa en revolución proletaria”. Estas condiciones existían en América Latina, agregó Peters.⁷¹

La estructura de la clase obrera latinoamericana

La estructura de la clase obrera en América Latina fue uno de los debates más interesantes de la Conferencia. Droz insistía en aquella tesis de la Internacional Comunista que consideraba a las grandes ciudades del Continente (al igual que las de todos los países coloniales y dependientes) como ciudades parasitarias. Los obreros de profesiones secundarias de esas ciudades, dijo en la Conferencia, estaban mucho mejor pagos que los obreros agrícolas, de las minas o las grandes empresas imperialistas del interior. Eran obreros panaderos y de la alimentación en general, peluqueros, sastres, mozos de hotel y bares, etc. Y los obreros de grandes empresas que trabajaban en esas ciudades –como era el caso de Buenos Aires y Montevideo– “eran infinitamente más mal pagos” y habitaban en “barrios especiales con pésimo alojamiento”. La tarea esencial de la Internacional Comunista era organizar a “las capas de obreros más bajas, menos remuneradas”, dado que allí estaba “la gran reserva para la lucha revolucionaria”.⁷²

Droz insistió en el tema al hablar de la estructura social de nuestros países y analizar la capa de los obreros industriales. En primer lugar consideró a los obreros de las grandes empresas imperialistas, del petróleo, los frigoríficos, las minas, etc. En general eran negros, indios, obreros emigrados condenados a una vida miserable. Daba el ejemplo de las minas de Potosí: jornadas de 36 horas en el fondo de las minas de estaño, con interrupciones de dos horas para comer y tomar aire y, luego, una jornada de reposo de 12 horas. En otras, jornadas de 24 horas y 24 horas de reposo. Vivían en el territorio de las concesiones mineras y debían gastar su salario en los almacenes de las compañías, contrayendo deudas que los ligaban indefinidamente a las empresas. Esa masa obrera, la más concentrada y explotada, al igual que la de los obreros agrícolas, estaba desorganizada. Se podía decir, agregó Droz, que “la verdadera masa proletaria latinoamericana, los millones de trabajadores agrícolas y de grandes empresas imperialistas, están desorganizados y escapa hasta el presente a nuestra acción”.⁷³

En la discusión previa a la Conferencia, el dirigente uruguayo Eugenio Gómez había subrayado la magnitud del problema de la

desorganización del movimiento obrero latinoamericano: mientras la masa organizada sólo llegaba a 600 mil trabajadores, la masa desorganizada era de 4 millones 800 mil.⁷⁴ La masa organizada no comprendía a los obreros de las industrias fundamentales y las ramas más importantes de la economía nacional. En lo principal, sólo abarcaba a artesanos y obreros de las pequeñas industrias. En los años próximos los partidos comunistas latinoamericanos darían un salto enorme en la dirección señalada por la Conferencia y los comunistas organizarían, sobre la base de los sindicatos por industria, a grandes contingentes proletarios de la región: obreros de las minas, de los frigoríficos, de los yerbatales, forestales, ferroviarios, azucareros, de las explotaciones bananeras y cafetaleras, de la construcción y de grandes empresas imperialistas. Los comunistas se transformarían en la principal fuerza obrera en muchos países latinoamericanos.

El grueso de los obreros industriales de las grandes ciudades eran obreros de la industria liviana, el transporte y las obras públicas. Vivían en condiciones muy semejantes a las de los obreros europeos. Droz dijo que eran “una capa privilegiada que participa en cierta medida del parasitismo de la gran ciudad”. Muchos trabajaban “en pequeñas empresas de tipo artesano”. Entre esta capa obrera se habían desarrollado, hasta entonces, las organizaciones sindicales en estos países, lo que explicaba “el carácter muy frecuentemente pequeñoburgués de las organizaciones de Latinoamérica”. Esta era la fuente, agregó Droz, de la ideología anarquista y anarcosindicalista y de la penetración patronal en el movimiento obrero; de la facilidad con la que los gobiernos encontraban políticos sindicales para desarrollar su trabajo en ese movimiento.⁷⁵ La Internacional Comunista, según Droz, había tenido la impresión de que, por el carácter semicolonial de los países de América Latina, era imposible la constitución de un movimiento sindical reformista. Pero, agregó, “debemos rever este pensamiento. Esta capa de obreros de la ciudad es un terreno muy favorable para el desenvolvimiento del reformismo”. No era casual, dijo, que Buenos Aires fuese el centro de la central amsterdarniana en América Latina: la gran ciudad parasitaria brindaba “una base al reformismo que toma directamente las formas más corrompidas”.⁷⁶

Peters, refiriéndose a este tema afirmó: “La principal fuente de la insuficiencia y de las faltas de muchos de nuestros partidos es su composición social. Sus esferas de trabajo, se limitan a estas capas, **que en la estructura económica particular de los países semicoloniales, constituyen la base social y económica del reformismo**”.⁷⁷ Esa composición social determinaba también el enemigo (en realidad se trata del adversario, pero la línea sectaria de la IC, en ese momento, ubicaba como enemigos a quienes le disputaban la dirección de las masas a los comunistas, y no al enemigo de clase real desde el punto de vista proletario), ya que, dijo Peters, si trabajaban en los **gráficos** de Buenos Aires “nuestro enemigo será el partido socialista, pero si nos alejamos un tanto de la Capital Federal, si vamos al campo, veremos que nuestro enemigo **principal** es la demagogia irigoyenista en sus diversos matices”.⁷⁸

La “base de nuestros partidos se recluta en los centros urbanos, allí donde existe aún el artesanado y donde se acentúa la superioridad económica, social y política del obrero de las industrias parasitarias (sic) sobre el obrero de las industrias básicas”, afirmó en la discusión el delegado argentino Jolles, basándose en un hecho real para sacar una conclusión extrema.⁷⁹

Mao Tsetung, refiriéndose a un hecho semejante, propio de los países coloniales, semicoloniales y dependientes, le dijo a André Malraux: “Después del golpe de Chiang Kaishek en Shanghai, nos dispersamos. Como usted sabe resolví volver a mi aldea. Antes, ya había conocido el hambre terrible de Changsha; y había visto las cabezas cortadas de los rebeldes en las puntas de las pértigas. Pero lo había olvidado. A tres kilómetros de mi aldea no quedaban rastros de corteza en algunos árboles hasta una altura de cuatro metros: los campesinos se la habían comido. De hombres obligados a comer corteza, pudimos hacer combatientes mejores que con los choferes de Shanghai o con los **coolies**. Pero Borodin no sabía nada de los campesinos”.⁸⁰ Mao explicaba así la tesis de apoyarse en los pobres del campo para hacer la revolución, rechazando la línea de los teóricos de la Internacional Comunista, previa a 1927, que empujó al PC de China a apoyarse principalmente en los obreros de esas ciudades a las que Droz calificaba

de “ciudades parasitarias”, obreros que en muchas ocasiones eran artesanos o trabajadores cuentapropistas.

El problema de las razas en América Latina

El llamado problema de las razas en América Latina era un gran tema, dado que sobre 100 millones de habitantes que había en ese entonces en la región, la mayoría de la población estaba constituida por indígenas y negros. Pese a esto –relató Droz en la Conferencia–, cuando a los delegados de los partidos comunistas latinoamericanos que se encontraban en Moscú se les planteaba esta cuestión, repetían, siempre, que “en América Latina no había conflictos de razas; negaban la existencia de tal problema, limitándose a plantear la cuestión de razas como una simple cuestión social y afirmando que en las repúblicas de América Latina, no existen los prejuicios raciales, que se manifiestan en los Estados Unidos o en el Sur de Africa”. Se había demostrado, agregaba Droz, no sólo que existía en América Latina el problema de las razas, “sino que es de una extrema complejidad: íntimamente ligado al problema social de la tierra, al pasado histórico de la América Latina, realizado a base de la conquista violenta, de la esclavitud y de servidumbre, al problema de los idiomas y de las diversas nacionalidades indígenas de las diferentes regiones, a la coexistencia de tres razas y de un número considerable de mestizos y de criollos, a la pérfida política del imperialismo que crea y fomenta las rivalidades entre las razas para poderlas explotar mejor. Existe, entonces, el problema social, el nacional y el racial propiamente dicho: la lucha de razas entre sí, el levantamiento de los indios contra los blancos. Naturalmente que el blanco es con frecuencia el explotador, pero ello no obsta para que se marche contra el blanco por diferencias raciales”.⁸¹

Como se ve, la Conferencia abordaba una discusión que, hasta hoy, sigue siendo una cuestión central del movimiento revolucionario latinoamericano. Así lo demostraron las experiencias de los diferentes movimientos de guerrilla campesina en América Latina en la década del '70 y, muy especialmente, las de Guatemala y México; el problema de los indios mizquitos en Nicaragua

y su oposición al sandinismo; la experiencia del EZLN en México; y, actualmente, las propuestas separatistas para la Nación Mapuche; el gran movimiento político-cultural alrededor de los 500 años de la “conquista” de América y el debate que entonces recorrió la región; el crecimiento en los últimos años de grandes movimientos indígenas en México, Bolivia, Ecuador, Perú, Chile, Guatemala, entre otros países.

Las *Tesis* aprobadas por el Presidium de la Internacional para la Conferencia habían planteado:

1. Que el problema de las razas debía ser abordado “esencialmente desde el punto de vista de clases (...) los comunistas deben luchar con energía contra todo prejuicio de raza y esforzarse por agrupar en las mismas organizaciones de clase a los explotados de todas las razas”.

2. Que la consigna “América Latina para los indios”, propagada por la organización nacionalista pequeñoburguesa APRA, era una “utopía irrealizable”, ya que, por el desarrollo histórico, económico y social de América Latina “millones de negros, blancos, emigrados, mestizos y mulatos, viven y trabajan en América Latina” y expulsarlos para reservar América Latina sólo para los indios, era “querer remontar el curso de la historia”.

3. Que los comunistas debían “defender, propagar y llegado el momento realizar para los indios que viven todavía en tribus, con su idioma y su costumbre” y para los indígenas y negros, que en algunas regiones eran la gran mayoría de la población, “el derecho absoluto de disponer de sí mismos y de formar estados independientes que desenvuelvan sus propias culturas”. Y deberían “devolver a tales Estados indígenas las tierras necesarias para su trabajo”.⁸²

El informe central

El informe central a la Conferencia sobre este punto fue rendido por Saco, delegado peruano, y tuvo un eje diferente al de las *Tesis* preparadas por el Presidium de la Internacional Comunista. Se basó en las tesis de José Carlos Mariátegui y fue elaborado, dijo Saco al presentarlo, “utilizando los aportes de los compañeros de

todas las delegaciones”, por lo que, en gran medida, expresó opiniones comunes a los distintos partidos latinoamericanos.⁸³

Se aceptaba generalmente la afirmación, dijo Saco, de que las cuatro quintas partes de la población del Perú eran indígenas. Esta era una apreciación fundamentalmente económicosocial, agregó, porque muchos de los así considerados eran mestizos. No menos del 90 por ciento de la población indígena trabajaba en la agricultura, en donde subsistía un “régimen de trabajo feudal o semifeudal”. En Ecuador y el norte de Argentina la masa indígena era esencialmente agrícola. En Bolivia existía un fuerte proletariado minero indio y en México “no existe animadversión hacia el indio” ya que era tan fuerte el porcentaje de indios puros y tan extenso el mestizaje, que “las características raciales indias son características nacionales”. En Guatemala y otros estados centroamericanos el problema racial “se aproxima, por las mismas razones, más a las condiciones de México que al de las naciones del grupo incásico”.⁸⁴

La tesis básica del informe peruano fue que “el problema de las razas es, en su base, el de la liquidación del feudalismo”; las razas indígenas “se encuentran en América Latina, en un estado clamoroso de atraso y de ignorancia, por la servidumbre que pesa sobre ellas, desde la conquista ibérica”.⁸⁵ La clase explotadora –primero la ibérica y luego la criolla– explicaba la condición de los indígenas por su inferioridad o primitivismo con lo que reproducía, en la cuestión nacional interna, las razones de la raza blanca para oprimir a los pueblos coloniales. Pero la colonización por los blancos de América Latina tuvo sólo efectos retardatarios y deprimentes en la vida de las razas indígenas. “Llamamos problema indígena a la explotación feudal de los nativos en la gran propiedad agraria. El indio, en el 90 por ciento de los casos, no es un proletario, sino un siervo”.⁸⁶ Sin quitar “por entero el carácter ‘racial’ al problema” de los negros e indios oprimidos, concluyó el informante, “el aspecto principal de la cuestión, es ‘económico y social’ y tiende a serlo cada día más, dentro de la clase básicamente explotada de elementos de todas las razas”. Por lo que los Partidos Comunistas tenían “el deber de acentuar el carácter económico-social de las luchas de las masas indígenas o negras explotadas, destruyendo

los prejuicios raciales, dando a estas mismas masas una clara conciencia de clase, orientándolas a sus reivindicaciones concretas y revolucionarias, alejándolas de soluciones utópicas y evidenciando su identidad con los proletarios mestizos y blancos, como elementos de una misma clase productora y explotada”.⁸⁷

En la misma línea, el delegado de Brasil, Leoncio, planteó: “¿Existe el problema del indio en América Latina? (...). Sustitúyase la expresión ‘problema indígena’ por la de ‘problema agrario’ y tendremos la cuestión colocada en sus términos exactos (...) con el advenimiento del régimen del latifundio, el indio pasó a la condición de simple siervo dependiente del señor feudal, cuando no como esclavo, dispersándose por todo el territorio y abandonando su civilización”.⁸⁸

Demostrando que el problema era más complejo, hubo intervenciones que señalaron una dimensión más amplia del problema racial (ligada, desde ya, al pasado feudal y al presente semifeudal de la mayoría de estos países al momento de hacerse la Conferencia). Se demostraba una opresión generalizada del indio por el blanco que trascendía, en mucho, al problema agrario. Así, el delegado de Bolivia, Mendizábal, planteó: “Con respecto al blanco, el indio se encuentra en una absoluta inferioridad, está humillado, y así por ejemplo, tiene la obligación de saludar prosternado a todo blanco. No puede penetrar en los locales donde habitan blancos; no tiene el derecho de utilizar los mismos utensilios de ellos, etc. (...) se considera y tiene la concepción arraigada de que no puede formar parte de la sociedad de los blancos (...). En general, se nota en Bolivia una repugnancia muy marcada, muy notable, de razas”.⁸⁹ Esta situación cambiaría, en sus aspectos más degradantes, muchos años después, con la Revolución Nacionalista de 1952. Pero todavía hoy, se observa en ese país la continuidad de esa “repugnancia de razas” que denunciara Mendizábal en la Conferencia de 1929.

El propio informe peruano reconocía dificultades para el trabajo de los comunistas con las masas indígenas, que complicaban “el factor clase”, ya que “el indio quichua o aymará, ve su opresor en el ‘misti’, en ‘el blanco’” y “no es raro encontrar entre los propios elementos de la ciudad que se proclaman revolucionarios,

el prejuicio de la inferioridad del indio y la resistencia a reconocer este prejuicio como una simple herencia o contagio mental del ambiente”. Además, el idioma se interponía “entre las masas campesinas indias y los núcleos obreros revolucionarios de raza blanca o mestiza”. Pero el informante pensaba que todo esto se solucionaría “a través de propagandistas indios”, ya que con ellos “la doctrina socialista, por la naturaleza de sus reivindicaciones, arraigará prontamente en las masas indígenas”. “Lo que hasta ahora ha faltado es la preparación sistemática de propagandistas indios”, concluía el informe.⁹⁰

El informe del peruano Saco mostró que el trabajo de los indígenas era irremplazable en grandes zonas del Perú. “Los salarios que se pagan en las haciendas de la costa y de la sierra (cuando en estas últimas se adopta el salario) descartan la posibilidad de emplear inmigrantes europeos en la agricultura. Los inmigrantes campesinos no se avendrían jamás a trabajar en las condiciones de los indios; sólo se los podría atraer haciéndolos pequeños propietarios. El indio no ha podido ser nunca reemplazado en las faenas agrícolas de las haciendas costeñas, sino con el esclavo negro o el ‘coolí’ chino”.⁹¹ La industria azucarera peruana, explicó Saco, dada su distancia de los mercados de consumo y su atraso técnico, no hubiera estado nunca en condiciones de competir en el mercado mundial si no fuese por la baratura de la mano de obra indígena, albergada en repugnantes “rancherías”, privada de toda libertad y derechos, sometida a jornadas abrumadoras de trabajo, etc. La descripción que hizo Saco sobre la explotación de la mano de obra indígena era válida para toda América Latina, incluida la Argentina, donde se reclutaba a grandes contingentes de indios para explotarlos ferozmente en los ingenios azucareros, yerbatales y compañías forestales del norte.

La posición de la burguesía nacional

Partiendo de considerar a las burguesías nacionales “instrumentos dóciles del imperialismo yanqui y británico”, tesis fuertemente subrayada en la Conferencia por la delegación peruana (y que no encontró oposición en la delegación de la Internacio-

nal Comunista), el informe central consideró que “los elementos feudales y burgueses, en nuestros países, sienten por los indios, como por los negros y mulatos, el mismo desprecio que los imperialistas blancos. El sentimiento racial actúa en esta clase dominante en un sentido absolutamente favorable a la penetración imperialista”. Sentimiento que, planteó el informe, “se extiende a gran parte de las clases medias que imitan a la aristocracia y a la burguesía en el desprecio por la plebe de color”.⁹² Es evidente que esta tesis fue controvertida por la realidad política de las décadas siguientes, cuando crecieron, en muchos países de América Latina, movimientos pequeñoburgueses de carácter “indoamericanista” y movimientos burgueses de tipo populista que hicieron una fuerte demagogia en torno al problema indígena, sin resolver, o resolviendo parcialmente, desde ya, lo que la Conferencia llamó “el problema de razas” en América Latina.

El problema negro

El informe peruano planteó que la raza negra importada a América Latina por los colonizadores “para aumentar su poder sobre la raza indígena americana, llenó pasivamente su función colonialista. Explotada ella misma duramente, reforzó la opresión de la raza indígena por los conquistadores españoles (...) se convirtió en auxiliar del dominio blanco, pese a cualquier ráfaga de humor turbulento o levantisco”. Ahora “la conciencia de clase eleva, moral, históricamente al negro. El sindicato significa la ruptura definitiva de los hábitos serviles que mantienen, en cambio, en la condición de artesano o criado”.⁹³

Conclusiones del informe

El informe central a la Conferencia sobre estos puntos, dado por la delegación peruana, subrayó que era “imprescindible dar al movimiento del proletariado indígena o negro, agrícola e industrial, un carácter neto de lucha de clases”. Y, recogiendo palabras de un camarada brasileño, planteó dar a las poblaciones indígenas o negras “la certidumbre de que solamente un gobierno de obre-

ros y campesinos de todas las razas que habitan el territorio, los emancipará verdaderamente”.⁹⁴

El informe se refirió a la larga historia de insurrecciones y asonadas indígenas y a las masacres y represiones consiguientes. Muchas fueron de carácter incidental, debidas a la rebelión contra una autoridad o un hacendado, pero en otros casos se transformaron en motines locales y en ocasiones se propagaron a toda una región, movilizandoo a miles de indios que sembraron el pánico entre los terratenientes, y obligando a las clases dominantes a apelar a fuerzas considerables para aplastarlas. Saco enumeró a varios de esos levantamientos producidos en el Perú y mencionó a congresos, comités, agrupaciones e incluso a federaciones anarcosindicalistas de obreros indígenas. Su tesis central era: la reivindicación indígena, “instintiva y profunda (...) se identifica con el problema de la tierra”.

En cuanto a los negros, dijo el informe central, su lucha nunca tuvo en América Latina carácter nacional y raramente tuvieron contenido de reivindicación racial. La Internacional Comunista había combatido la tendencia a formar un “sionismo negro”. El principio del APRA “América para los indios” era contrarrevolucionario. A él se le debía oponer “lucha de clases y no lucha de razas”.⁹⁵

Y así también la “constitución de la raza india en un Estado autónomo, no conduciría en el momento actual, a la dictadura del proletariado indio ni mucho menos a la formación de un Estado indio sin clases, como alguien ha pretendido afirmar, sino a la constitución de un Estado indio burgués con todas las contradicciones internas y externas de los Estados burgueses”.⁹⁶ Sólo el movimiento revolucionario clasista de las masas indígenas explotadas favorecería “las posibilidades de su autodeterminación política”.⁹⁷

Las conclusiones del informe leído por Saco se opusieron a las “campañass por la pretendida autonomía política actual de indios y negros” en América Latina.⁹⁸

El informe subrayó la posibilidad de transformar fácilmente a las comunidades indígenas en cooperativas. Esto era particularmente válido para la región de la sierra, sobre la base de entregar a los campesinos indígenas las tierras de los latifundios. En la cos-

ta, donde la propiedad comunitaria había desaparecido, se tendía a la individualización de la propiedad de la tierra y la reivindicación indígena era “la tierra para quien la trabaja”.

En definitiva, todo el informe y sus conclusiones estuvo recorrido por la tesis según la cual “el ‘problema del indio’ en los países tales como México, Perú, Ecuador, etc., de gran población indígena y de producción agraria no es un problema fundamentalmente racial, sino más bien económico, pudiendo ser considerado como sinónimo de ‘cuestión agraria’”.⁹⁹

En cuanto a los llamados indios selvícolas, como los de Brasil, la visión de la revolución latinoamericana como un proceso que iba de la ciudad al campo, y no al revés, oscurecía toda posibilidad de considerarlos como una de las fuerzas motrices de la revolución de liberación nacional y social. Los pocos millares “que aún conservan sus costumbres y tradiciones viven aislados del proletariado urbano, siendo imposible su contacto en nuestros días, con la vanguardia proletaria y su consecuente incorporación al movimiento revolucionario de las masas proletarias”.¹⁰⁰

Con respecto a la raza negra, el informe central consignaba, además, que en América Latina también se encontraba, en proporciones notables. Predominaba en Cuba, el grupo antillano y Brasil. Los negros trabajaban preferentemente en la industria. “Importado por los colonizadores, no tiene arraigo a la tierra como los indios, casi no tiene tradiciones propias, falta de idioma propio, hablando el castellano o el portugués o el francés o el inglés”. En Cuba “están con frecuencia distribuidos en todas las clases sociales, e integran también, aunque en número escaso, las clases explotadoras”. En Haití y Santo Domingo, en especial en el primero, las “burguesías son casi exclusivamente negras”.¹⁰¹ En Brasil “el preconceito contra el negro asume reducidas proporciones” y “en el seno del proletariado (...) no existe”. Había “innumerables negros y mulatos ocupando cargos de relieve en el seno de la burguesía nacional”, por lo que el informe deducía “que no se podrá hablar en rigor, en el Brasil, de preconceitos de raza”.¹⁰²

El informe disminuía, evidentemente, el peso de los prejuicios y la discriminación racial contra el negro, como se evidenció en la propia Conferencia.

El delegado cubano Juárez planteó que el suyo era uno de los países donde con mayor agudeza se presentaba este problema, a pesar de que la burguesía cubana, hipócritamente, pretendía negarlo. Los negros actuaban como raza “que se encuentra en las peores condiciones” y creaban asociaciones recreativas y culturales propias, dentro de las cuales era posible trabajar y hacer la propaganda del marxismo. La prueba más elocuente, dijo, de que en Cuba existía el problema de razas era “una ley que prohíbe a los negros ser elegidos candidatos a la presidencia de la República. Con motivo de su promulgación, en el año 1912, hubo una rebelión llamada ‘guerra de razas’”. Ese hecho, agregó “demuestra que los negros son una fuerza política en el país”. El negro en Cuba “sólo puede emplearse en aquellas labores más pesadas (...) no puede ser empleado en la banca, en el comercio, etc.”. Y donde no podía prescindirse de él se le ponía límites: “tal ocurre con los empleados de los tranvías urbanos e interurbanos en los que los negros sólo pueden ser motoristas, estándoles absolutamente vedado el empleo de cobrador”. En muchos oficios eran “sistemáticamente rechazados. Al que habla le ha ocurrido y por eso es que lo hace con conocimiento de causa. Cierta vez el Sindicato de Panaderos de La Habana tuvo que luchar para impedir que fuera rechazado del trabajo por ser negro”.¹⁰³ Braceras, otro delegado de Cuba, subrayó esto. Dijo que en su país se había establecido una ley por la cual el 75 por ciento de los obreros de la industria tabacalera debía ser blanco y el resto, 25 por ciento, negro. Contra esta ley, llamada del “75 por ciento”, el Partido había realizado una gran agitación. El problema racial existía, dijo, también en Brasil, donde en las organizaciones deportivas y culturales no se permitía la entrada a hombres de origen negro.¹⁰⁴

Idealización del incario

En el informe peruano, cuando se habla de la subsistencia de las comunidades indígenas, se evidencia una clara idealización del imperio incaico. Se afirma que “así como fue repartida la tierra, se repartió toda clase de riquezas, minas, ganados, etc.” y

“gran parte de las rentas del Inca, volvían después, por uno u otro concepto, a las manos del pueblo”. El informe termina negando que la tendencia del colectivismo primitivo ha sido evolucionar a la propiedad privada.¹⁰⁵

La idealización del imperio incaico en el informe peruano fue sin embargo relativa; es conocido que Mariátegui no negó el carácter autocrático del mismo y, en polémica con el APRA, planteó que había que ver el pasado como raíz y no como programa.¹⁰⁶ Pero es evidente que el informe está lejos de reconocer lo que hoy podemos afirmar sobre esa sociedad que, a la llegada de los españoles, desarrollaba, aceleradamente, el régimen esclavista. “Durante largo tiempo –centenares de años– se habían desarrollado en el comunismo primitivo de la región andina sudamericana los gérmenes de esclavitud que negaban y disolvían a aquél. El proceso se aceleró notablemente con las reformas de Pachacútec y las conquistas posteriores. La clase dirigente en el imperio incaico, la aristocracia de los incas de sangre a la que pertenecía el Inca soberano, había establecido su dictadura y construido un Estado poderoso, un imperio que sometía a explotación y explotación brutales a una enorme región”.¹⁰⁷ Al contrario de lo que planteó el informe peruano, hoy está comprobado que “el Estado inca impedía que el producto excedente se acumulase en manos de los campesinos comunitarios por el cobro de una elevada renta en productos y en trabajo –fundamentalmente en trabajo–. La parte principal del tiempo de trabajo del campesino en el imperio incaico era dada en beneficio de las clases privilegiadas (...) fue necesario un largo proceso en el seno del ayllu –que se remonta a la época en la que los jefes del mismo dejaron de ser temporales convirtiéndose en permanentes, y en que se fueron creando relaciones de dependencia y encadenamiento a la clase dominante– para poder arrancar ese plustrabajo. El trabajo en común perdió su sentido democrático y mágico profundo para transformarse en pesada obligación. Los productores directos habían perdido el dominio del principal bien de producción: la tierra. (...). Todo esto se hizo por la **violencia**. La aristocracia cuzqueña gobernaba por derecho de conquista”.¹⁰⁸

¿Cuestión de razas o cuestión nacional?

El joven dirigente soviético Peters (de la Internacional de la Juventud Comunista y miembro del Buró Sudamericano de la IC), el “caucasiano” a quien Droz había llamado “estalinista por nacionalidad”, cuestionó el informe peruano. Dijo: “Se confunde la cuestión de razas con la cuestión nacional”. Lo que no era justo, agregó, “no solamente porque teóricamente la ‘raza’ y la ‘nación’ no coinciden (...) sino también, porque eso puede conducirnos a confusiones y errores en la táctica”.¹⁰⁹ En América Latina, según Peters, existía el problema de las razas, por ejemplo en Panamá, donde los imperialistas explotaban los antagonismos raciales, pero también había “diferencias de razas **ligadas al problema agrario**, relacionado con todo el proceso histórico de la servidumbre de esas razas por los ‘blancos’ dando a este problema todos los aspectos de la **lucha nacional**, de la cuestión nacional. El caso típico se presenta con los indios de Perú y de Bolivia”.¹¹⁰

Era necesario evitar algunos errores, dijo Peters, como considerar “este problema solamente como un problema cultural o racial, como los hacen los ‘defensores’ pequeñoburgueses de la ‘raza indígena’”. Los camaradas del Perú, con mucha razón, agregó, habían “reaccionado contra esta concepción idealista y pequeño burguesa, precisando la base agraria, la **base de clase** de este problema, pero en esta reacción de todo punto de vista exacta, me parece que han caído en el error contrario: el de **negar el carácter nacional** a la lucha de los indígenas. Una cosa no excluye a la otra, sino que la completa. El camarada Lenin decía que ‘cada cuestión nacional es, en el 90 por ciento, cuestión agraria’, porque es claro que la lucha de los pueblos atrasados desde el punto de vista del desarrollo capitalista (es decir, pueblos de producción agraria preferentemente, con grandes masas campesinas) es, justamente, esta lucha contra las metrópolis capitalistas lo que constituye el eje principal de cada cuestión ‘nacional’. En resumen –dijo Peters–, cada lucha nacional que se presente tiene su base agraria; y solamente los pequeñoburgueses antimarxistas lo niegan, pero sería igualmente un grave error, **reducir** la cuestión

nacional a la cuestión de clase, a la cuestión agraria, porque esto significaría olvidar, justamente, las condiciones históricas de la lucha contra los conquistadores, etc.; peculiaridades que han determinado a los revolucionarios marxistas, a proclamar, **al lado** de las reivindicaciones de clase, la consigna, para nosotros fundamental, del ‘derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos, hasta el derecho de separación’.¹¹¹

Saco, en una conversación con Peters, había dicho que lanzar la consigna de autodeterminación implicaba “desarrollar el chauvinismo entre los indígenas facilitando que éstos en sus revueltas asesinen blancos, inclusive a los obreros”. Pero el Partido sólo podía combatir esto, opinaba Peters, haciendo que los trabajadores blancos “defiendan las reivindicaciones de los indígenas, tales, por ejemplo, como la **reconquista** de la tierra y el derecho para los indios de vivir de acuerdo a sus tradiciones, es decir, el derecho de autodeterminación”. Así, según Peters, se crearían las condiciones para la lucha en común contra los explotadores peruanos y extranjeros, ya que, como había dicho Lenin: “Por la **unión de todos los explotados**, por su solidaridad de clase, es indispensable el reconocimiento del derecho de la **separación** de los pueblos”. La experiencia soviética demostraba que la consigna del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos, no sólo era exacta, sino que era, también, el único “camino **real** del desarrollo rápido y verdaderamente libre de los pueblos”. En el fondo, concluía Peters, “la objeción del camarada Saco, refleja inconscientemente, el espíritu chovinista de los ‘blancos’ del Perú, que no acepta la idea de Perú sin indios”.¹¹² La referencia de Peters al Perú sin indios, se vincula con su idea de combatir “el fetichismo de las fronteras **actuales** entre los países latinoamericanos” sin entender que “Perú, por ejemplo, no es **una nación**”. Porque el proceso de formación nacional “en países como Perú, Bolivia, etc. **no está terminado**”, puesto que “la revolución victoriosa borraría las actuales fronteras, creando la federación de las repúblicas obreras y campesinas, **sobre una nueva base**; y no debe excluirse que en el proceso de la revolución –como consecuencia de levantamientos simultáneos de indígenas de diversos países– tengamos formada una república indígena. En todo caso, los par-

tidos revolucionarios deben proclamar con energía, este derecho de los trabajadores indígenas”.¹¹³

Como se ve, el joven soviético, por un lado, captó el aspecto incorrecto de la tesis peruana –que no reconocía el carácter nacional del llamado problema racial indígena– pero, por otro, al igual que muchos marxistas latinoamericanos de esa época, subestimó el grado de consolidación de las formaciones nacionales latinoamericanas y, paralelamente, desconectó el problema de las nacionalidades oprimidas del Continente de la contradicción principal de las masas oprimidas de Latinoamérica, cualquiera fuese su raza y nacionalidad: el dominio imperialista, en particular el anglo-yanqui, y los terratenientes. Esta contradicción obligaba –desde el punto de vista marxista– a colocar, dialécticamente, la lucha por la liberación de esas nacionalidades en la perspectiva de la lucha común contra el imperialismo y las oligarquías nativas asociadas a él.

Peters planteó la necesidad de estudiar los levantamientos indígenas producidos hasta entonces, al igual que las formas de organización de masas de los aborígenes, y la necesidad de crear grupos de indígenas en los sindicatos obreros y organizaciones de masa, editar periódicos en idioma indígena y publicaciones con grabados para los analfabetos. Y terminó su intervención diciendo que también había que estudiar, con mucha seriedad, el grado de diferenciación de clase entre los indios.¹¹⁴

Suárez (David Alfaro Siqueiros), de México, acordó con Peters en cuanto a la consigna de autodeterminación “sin que esto implique en todos los casos la formación de gobierno aparte”.¹¹⁵

Droz manifestó que la consigna de autodeterminación de las naciones oprimidas “no sería suficiente para solucionar el problema racial en América Latina. El problema aparece más complejo. Las tribus indígenas han sido arrojadas de las mejores tierras” y la autodeterminación “consagrará el derecho de los conquistadores. El derecho de autodeterminación debe ser completado por el derecho de arrebatar las tierras a quienes las han conquistado. Pero este aspecto del problema presenta también dificultades evidentes. No se puede lanzar la consigna de América Latina solamente para los indígenas; hay millones de negros, de mestizos, de

criollos y de blancos, que no pueden ser arrojados simplemente de la América Latina con los imperialistas y los grandes terratenientes porque constituyen una gran masa explotada de trabajadores”. Se podría confundir la propuesta de Peters con la del APRA, dijo Droz, la de “Latinoamérica para los indios”, que era “una consigna francamente reaccionaria”. El problema, insistió, era complejo; debía ser estudiado a fondo y toda la acción de los comunistas debía girar alrededor de la consigna del “derecho a la tierra”.¹¹⁶

Saco contestó a Peters. Aclaró que no oponía el aspecto de la lucha de clases al racial, pero sí separaba el factor racial del nacional, “negando la importancia actual de este último”. Saco se basaba, para esto, en “el carácter completamente contingente” de “nación” de una colectividad, condicionado por una serie de factores “cuya agregación y suma tiene un valor temporal”: factores geográficos, étnicos, idiomáticos, religiosos, histórico-políticos y hasta climáticos, dijo. Daba así mayor importancia “potencial” al factor raza que al nacional, y a partir de esto sostenía que el problema indígena no era en ese momento un problema nacional. Y en cuanto a la afirmación de Peters de que el problema nacional, en este caso, tenía un 90 por ciento de problema campesino, Saco consideraba que era al revés: que este problema campesino tenía un 90 por ciento de aspecto racial. Y ratificaba que “la palabra de orden que hará del indio un aliado del proletariado no indio en la lucha por sus reivindicaciones, no debe ser la palabra de orden de la autodeterminación india, sino la palabra de orden que plantee a los indios sus reivindicaciones de clase oprimida y explotada (...) el proletariado debe limitarse a afirmar por el momento, su voluntad de respetar los derechos de la raza indígena, de reconocer su paridad racial con las demás razas, de no obstaculizar en ninguna forma, sino impulsar el libre desenvolvimiento de su cultura y de sus características raciales”. En definitiva: “hay que tener en cuenta el problema racial, pero hay que supeditar al problema de clase”.¹¹⁷

Coincidió con Peters en que “los límites actuales de los países de América Latina que encierran grandes mayorías indígenas, tal como han sido sancionados al finalizar las guerras llamadas de la

independencia, son completamente arbitrarios” y por la importancia del factor racial era cierta la afirmación de Peters de que había “más afinidad entre un indio de Perú y uno de Bolivia, que entre un indio peruano y un blanco o mestizo peruano”.¹¹⁸

Releyendo hoy este debate de 1929, y considerando válida la última afirmación, también se podría decir que hay más afinidad entre un argentino bonaerense y un uruguayo, que entre un bonaerense y un jujeño de origen kolla o un surero de origen mapuche. Y sin embargo, esta realidad no impide que existan fuertes lazos nacionales entre este jujeño y el bonaerense y una fuerte nacionalidad uruguaya diferenciada de la argentina. La guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia o, incluso, los recientes choques fronterizos entre Ecuador y Perú, demuestran que, en este siglo, la relación entre la unidad racial y la nacional, es diferente a como se dio en algunas grandes sublevaciones indígenas del siglo pasado y es inversa a como la describieron, en la Conferencia, Saco y Peters.

Resolución

La Correspondencia Sudamericana, N° 15, del año 1929, publicó las resoluciones de la Primera Conferencia Comunista Latino Americana. Sobre la cuestión de las razas, por haber divergencias “en la parte resolutive”, y dado que “el debate no se había agotado”, se publicaron dos proyectos de tesis que “son iguales en su parte analítica pero difieren en la parte resolutive”. Se publicaron también observaciones escritas por Humbert-Droz sobre este mismo problema y se invitó a los Partidos a estudiar más las características del problema de razas en sus respectivos países y enviar esos estudios a *La Correspondencia Sudamericana*.

La primera resolución, inspirada en el informe peruano, planteaba no levantar la consigna de la autodeterminación nacional de las razas india y negra en la parte continental de América Latina; la otra subrayaba que del proceso de la “lucha contra el imperialismo, contra la burguesía nacional, por las reivindicaciones de la revolución democrático-burguesa FORMA PARTE LA LUCHA DE LOS INDIOS POR LA REIVINDICACION DE SU NACIONA-

LIDAD OPRIMIDA” (en mayúscula en el original). Lo que no significaba “obligar a los indios a buscar su propia nacionalidad sino (...) hacerles llegar la absoluta convicción de su derecho a determinar su propio destino como nación y que esto lo conseguirán tan sólo mediante la alianza revolucionaria con el proletariado blanco y mestizo latinoamericano y de su propia metrópoli”.¹¹⁹

Humbert-Droz, en un artículo separado de las dos resoluciones mencionadas, ratificó las posiciones que había sostenido en la Conferencia. Criticó la tesis peruana por “no diferenciar el problema racial del nacional”, lo que pudiendo ser exacto para los negros no lo era para los indios que “venían de tribus muy diferentes, cuyas lenguas, costumbres y tradiciones son diversas, constituyen una raza pero muchas nacionalidades, muchas tribus frecuentemente en lucha”. Por lo que el problema racial se componía de problemas nacionales y sociales, en especial el tema de la tierra que unía a todos los indios contra los que la ocupaban y explotaban. Por otro lado, afirmó que la consigna de autodeterminación de las naciones oprimidas no era suficiente para solucionar el problema racial en América Latina y debía ser completado por el derecho de “arrebatar las tierras a quienes las han conquistado”. Pero esto presentaba dificultades evidentes dada la existencia de millones de negros, mestizos, mulatos, criollos y blancos que no pueden ser expulsados de América Latina. “Sólo un gobierno obrero y campesino, aplicando las soluciones adoptadas por la República Soviética en el viejo imperio de los zares, podrá solucionar realmente este problema”, concluía Droz.¹²⁰

Acerca del llamado “fatalismo geográfico”

En la década del 20 tenía mucha difusión la llamada tesis del “fatalismo geográfico”, que planteaba que, dada la fuerza del imperialismo yanqui en América Latina, la revolución socialista e incluso la revolución agraria y antiimperialista, sólo podría triunfar en esta parte del mundo luego de hacerlo en el resto o en los EE.UU. Particularmente afirmaba que en los países pequeños y cercanos a los EE.UU., la revolución sólo triunfaría luego, o simultáneamente, con el triunfo de la revolución en los EE.UU.

Criticando a la dirección del PC de la Argentina, los “chispistas” escribieron, en 1928, que esa dirección siempre eludió plantear la cuestión “del poder político en América”, porque sentía un profundo pesimismo revolucionario y pensaba que, “iniciada una intentona del proletariado para tomar el poder en la Argentina, tendremos inmediatamente las escuadras inglesas y norteamericanas ahogando todo movimiento y que por lo tanto la acción del proletariado nacional solo puede ser a ese respecto un reflejo del movimiento insurreccional de las metrópolis imperialistas”. Por eso, agregaban los “chispistas”, en la “Semana de Enero sólo ven una reacción burguesa” y de la huelga de la Patagonia y de las regiones agrarias “no ven nada”. Y daban como argumento que, en *La Internacional* del 26/4/1922, Rodolfo Ghioldi había escrito sobre la importancia para la revolución mundial de una acción de masas en los EE.UU., porque dada “la dependencia cada vez mayor a que se ven sometidos los países latinoamericanos respecto del coloso del Norte”, un movimiento en un país de Sudamérica “provocaría una intervención armada del capitalismo yanqui, movilización ésta que —a su vez— podría provocar una intensa agitación revolucionaria del proletariado estadounidense”. Entonces, aunque no tuviésemos posibilidades revolucionarias “a objeto de provocar esa intervención de Norte América podría realizarse un movimiento. Iría al fracaso (...) pero daría una excelente posibilidad de acción al comunismo de los EE.UU.”. Dejando de lado “las estupideces” del párrafo, dice *La Chispa*, el mismo refleja el criterio real de la dirección: “dependencia absoluta del movimiento revolucionario de las metrópolis”.¹²¹

En la década del 40 se escucharon ecos de esa teoría del “fatalismo geográfico” cuando un gobierno progresista en Costa Rica cedió a la invasión de José Figueres, apoyada por el imperialismo yanqui. La sublevación triunfante de Castillo Armas en Guatemala, en 1954, contra el gobierno progresista de Jacobo Arbenz, financiada y organizada por los EE.UU., sirvió también para rejuvenecer esa tesis. Fue el triunfo de la Revolución Cubana el que la derrotó transitoriamente. En los años '90, caída la URSS, los revisionistas del marxismo han vuelto a defenderla, reciclando y actualizando los viejos argumentos reformistas.

El delegado uruguayo Leopoldo Sala se refirió en la Conferencia de 1929 a este tema, polemizando con lo que había afirmado, en el VI Congreso de la Internacional Comunista, el ruso Travin (Gusev). Travin había sostenido que la revolución latinoamericana sólo podía tener posibilidades de éxito en el caso de que estallase simultáneamente en varios países de América Latina. Sala dijo que Suárez, el delegado mexicano, en conversaciones con otros delegados a la Conferencia, había expresado la misma duda referida a un eventual triunfo de la revolución en México, argumentando que en tal caso los yanquis intervendrían tomando los puertos y las capitales, empujando a las fuerzas revolucionarias hacia la sierra. Ante todo, dijo Sala, “hay que establecer que si la revolución está madura objetiva y subjetivamente, no es posible que nosotros la frenemos, sino que hay que desencadenarla y dirigirla hacia la realización de sus fines sin la menor vacilación”. La tesis de Travin, agregó, condenaría a la pasividad al movimiento revolucionario de cada país. “El triunfo de la revolución democrático-burguesa en un solo país latinoamericano es posible. Tenemos el caso de Sandino, en Nicaragua. A pesar de que él no ha entregado las tierras a los campesinos, ha sido capaz de resistir durante años a las fuerzas del imperialismo yanqui y a las propias fuerzas del gobierno de Moncada”. Una revolución que entregara las tierras a los campesinos y que luchara por el mejoramiento de la clase obrera y por su liberación, movilizandole a las masas profundas de obreros y campesinos “tendrá mucha mayor capacidad de resistencia y con la solidaridad de las fuerzas revolucionarias de los otros países, será capaz de mantener en jaque al imperialismo y a la reacción interior”.¹²²

Codovilla también polemizó con planteamientos semejantes a la tesis del “fatalismo geográfico” formulados por un dirigente del movimiento revolucionario mexicano, Salvador De la Plaza (un venezolano emigrado a México). Planteamientos que concebían la lucha del movimiento revolucionario latinoamericano como “una lucha prolongada hasta que los Estados Unidos lleguen a la revolución”.¹²³ Coincidiendo con el delegado mexicano Suárez, quien había sostenido en la Conferencia que no se debía frenar un movimiento revolucionario en un país determinado por miedo a que

no se pudiese mantener en el poder por la intervención del imperialismo, Codovila planteó que efectivamente no se debía frenar, primero, porque el movimiento revolucionario latinoamericano respondería de inmediato con otras acciones iguales a las del país insurreccionado. Nadie podía concebir una revolución en México que no tuviese de inmediato repercusión en otros países del Centro y el Norte de América Latina, como había sucedido cuando el gobierno pequeñoburgués de México resistía la penetración imperialista: habían surgido el movimiento de Sandino en Nicaragua y había crecido el movimiento revolucionario en Venezuela, Cuba y otros países. Con mucha mayor razón las masas trabajadoras latinoamericanas apoyarían un movimiento revolucionario de la clase obrera y los campesinos. Segundo, “porque las condiciones topográficas de nuestros países permiten una guerra de guerrillas prolongada que mantendría en jaque a las fuerzas imperialistas” dando tiempo para organizar la solidaridad.¹²⁴

La necesidad de organizar a los partidos comunistas y sus características

En América Latina la Internacional Comunista tenía una “tarea fundamental”, planteó Humbert-Droz en su informe. Una tarea sin cuya realización “todo lo que discutimos no es más que un juego y un parloteo sin valor”. Esa tarea era la de “crear, consolidar, formar los Partidos Comunistas en todos los países latinoamericanos, como una fuerza política independiente, íntimamente ligada a la masa obrera y campesina”. Exceptuando Argentina, Uruguay y Brasil, donde existían esos partidos, con las debilidades ya señaladas, se podía afirmar, “sin temor a exagerar que debemos todavía crear nuestros partidos, verdaderos partidos comunistas”.¹²⁵

Era necesario que esos partidos comunistas se transformasen en partidos de masas, organizando a la masa de obreros y campesinos, y, para ello, encontrar los métodos y los procedimientos adecuados. En la lucha por buscar formas legales de trabajo que permitiesen superar las dificultades para lograr ese objetivo, algunos partidos, como el mexicano, se habían planteado crear

otro, legal, de masas, con lo que habían llevado confusión a las masas y se habían resbalado “hacia la ideología del Partido Socialista Revolucionario”. Por consejo del Comité Ejecutivo de la IC, el partido mexicano había renunciado a esa idea. En Panamá y Bolivia se había creado un Partido Laborista. En esos dos países un núcleo de comunistas dirigía un gran partido, al cual habían adherido sindicatos y ligas campesinas. El peligro era que, por un lado, esos partidos escapasen al control de los comunistas, como había sucedido en Bolivia, y, por otro, ese método reducía al verdadero Partido Comunista a una especie de facción secreta, de forma más o menos masónica, en el seno del partido legal, con lo que su desarrollo quedaba trabado. En Ecuador y Perú los comunistas habían buscado solucionar el problema creando partidos socialistas semejantes a los partidos laboristas mencionados. En Colombia existía el Partido Socialista Revolucionario –dirigido por un núcleo comunista– que unía a una gran influencia entre la masa desorganizada una orientación golpista. Había que diferenciar, dijo Droz en la Conferencia, situaciones como la del Perú, donde todavía no existía ese partido y se trataba de crearlo (la Internacional lo desaconsejaba), de países como Ecuador, Colombia y Panamá, donde existía, y los comunistas se esforzaban por transformarlo en un Partido Comunista.¹²⁶ La línea de crear dos partidos proletarios buscaba nuclear, en uno, secreto, a los comunistas conscientes y en otro, legal, a obreros y campesinos, pero también a intelectuales y simpatizantes de la pequeña burguesía que no serían admitidos en el primero. **No se trataba de una máscara legal sino de un segundo partido proletario**, cuya base social sería más amplia que la del Partido Comunista y su programa sería menos revolucionario, más reformista, o por lo menos, decía Droz, “más confuso”.¹²⁷ Esta contradicción entre dos partidos y dos programas terminaría inevitablemente, como ya sucedía en Ecuador, en una crisis.

Codovilla planteó que la experiencia en varios países (Colombia, Ecuador, Panamá, Bolivia, etc.) demostraba que el control comunista en esos partidos de masa “se hace de más en más imposible” y éstos, en los momentos álgidos de la lucha “se vuelven contra el movimiento revolucionario”. Si eran un calco del Partido

Comunista, agregó, no escaparían a los golpes de la reacción y, en tal caso, no podrían reunir a grandes masas, o se transformarían en un partido liberal burgués e irían a una política reformista, que era lo que había sucedido en Bolivia.¹²⁸

El tema tenía particular importancia porque los camaradas peruanos insistían respecto de la formación de un partido socialista. El delegado peruano Zamora decía haber ido a la Conferencia a que se lo “instruya sobre la mejor forma de aplicar la táctica marxistaleninista en el movimiento revolucionario de Perú”, pero, dijo Codovilla, “termina siempre por sostener su punto de vista e insiste en llevar a cabo ‘el ensayo’ de constitución del partido socialista”. Aclarando que los camaradas peruanos eran “los que han contribuido más intensamente al estudio de los problemas a tratar en esta Conferencia”, en este punto decía Codovilla creer que “están equivocados”.¹²⁹ Primero habían propuesto un partido socialista constituido por varias capas sociales: proletarios, campesinos, artesanos, pequeña burguesía e intelectuales. Ahora concedían, agregó Codovilla, no incluir a la pequeña burguesía, pero el problema “no cambia y el error político persiste”. Zamora, el delegado peruano, argumentaba: “Empecemos por organizar el partido socialista que abarque la gran masa y luego, si escapa a nuestro contralor será lamentable, pero nos dejará lo mismo grandes beneficios, puesto que el proletariado habrá dado un gran paso hacia su evolución y educación política”. Craso error, contestaba Codovilla, porque “la educación política y revolucionaria del proletariado se hará a través de programas claros, y de perspectivas claras de lucha”. Y para esto había que hacer comprender a las masas que el único partido que las podía llevar al triunfo era el Partido Comunista, que debía estar formado por una sola clase: “el proletariado rural y urbano, única fuerza social capaz de realizar la revolución”.¹³⁰ Como era muy probable que los camaradas peruanos quisiesen, a pesar de las razones de la IC, hacer de todos modos su experiencia, Codovilla entendía que, tratándose de revolucionarios sinceros, a poco andar “se darán cuenta que marchan por una senda equivocada y se dedicarán a desarrollar el Partido Comunista”.¹³¹ Así sucedió al regreso de la delegación peruana a su país.

Se justificaba la propuesta de los peruanos con el argumento de que atendía a la “realidad peruana”. Nadie negaba la necesidad de adecuar la táctica a esa realidad pero, decía Codovilla, ésta “¿se diferencia fundamentalmente de las del resto de países de América Latina? ¡Absolutamente no! Se trata de un país semicolonial como los otros. Y si la Internacional Comunista establece que **en todos los países** deben crearse Partidos Comunistas, ¿por qué el Perú debe constituir una excepción? Se dice que la economía peruana ‘está poco desarrollada’, y que, por consiguiente, la conciencia de clase del proletariado es limitada. Pero, ¿no es ésa, acaso, la característica de todos los países coloniales?”. Codovilla se refirió a Lenin cuando, en el II Congreso de la IC, “establecía el principio de que la no constitución de Partidos Comunistas en las colonias, bajo pretexto de su atraso económico, debe considerarse como un concepto reaccionario”. Su constitución era la única garantía, había dicho Lenin, “para el triunfo de la revolución democrático-burguesa y su transformación en revolución socialista”. Si de lo que se trataba era de garantizar la hegemonía proletaria en la lucha, si ésta era dirigida por un partido dominado por la pequeña burguesía, había que tener en cuenta que después de “algún gesto anticapitalista y antiimperialista” ésta terminaba siempre capitulando ante las fuerzas de la reacción.¹³²

En América Latina había habido otras tentativas de resolver el problema de la ligazón con las masas, y en particular con la pequeña burguesía liberal revolucionaria, dijo Droz. Una de ellas fue la del APRA, en el Perú, que tendía a convertirse en un partido revolucionario de tres clases: pequeña burguesía, proletariado y campesinado. Cuando las tropas chinas del sur marchaban sobre Shangai, el PC de Brasil había propuesto crear en su país un Kuomintang en el que entrarían los comunistas y los liberales revolucionarios. La experiencia del Kuomintang, dijo Droz, “ha convencido a nuestros camaradas del Perú y del Brasil de la necesidad de tener un partido del proletariado para hacer la revolución”, y no un partido de tres o cuatro clases “donde en realidad dominan los pequeños burgueses” que impedirían el desarrollo de la revolución agraria y el movimiento revolucionario proletario.¹³³

Humbert-Droz también polemizó con los peruanos. Estos no

querían “crear una máscara legal”, que, en ocasiones, podía ser necesaria, lo que proponían era “un partido político más amplio”. Y se refirió, de paso, a errores políticos serios en el programa esbozado para el Partido Socialista que había sido corregido, en parte, por Zamora.¹³⁴

El delegado de la Internacional Juvenil Comunista polemizó con los delegados peruanos recordando la polémica de Lenin con los que proponían a principios de siglo, en Rusia, crear una organización más “accesible” a la masa. Más accesible a los gendarmes, decía Lenin, que planteaba crear una fuerte organización de revolucionarios.¹³⁵

La Internacional planteaba que se creasen bloques obrero-campesinos que evitasen la confusión generada por la conformación de otro partido.

En cuanto a los partidos socialistas formados independientemente de la voluntad de la Internacional, como el de Colombia y el de Ecuador, la táctica de los comunistas, dijo Codovilla, no era **engrosarlos**, sino “**depurarlos** de todos los elementos extraños” para hacer de ellos verdaderos partidos comunistas. Y en cuanto a los partidos socialistas o laboristas gubernamentales, si había masas en su seno, había que desenmascararlos ante ellas como instrumentos gubernamentales y penetrar “en esa organización para disgregarla y hacer pasar los elementos obreros a nuestras filas”.¹³⁶

¿Partido de dos brazos?

En los años de auge del movimiento revolucionario latinoamericano, en la década del 60, se discutió, en muchas organizaciones, la conveniencia de crear partidos de “dos brazos”, uno político y otro militar. Esta polémica estuvo a punto de dividir al Primer Congreso del PCR de la Argentina. Casi ninguno, por no decir ninguno, de los protagonistas de esta discusión conocía que algo semejante había existido en Colombia, en la década del 20.

En la Primera Conferencia Comunista Latino Americana la cuestión colombiana fue uno de los temas principales de discusión; fundamentalmente en torno a la gran huelga bananera que

se había desarrollado recientemente en ese país. Allí el Partido Socialista Revolucionario, algunos de cuyos dirigentes organizaron y dirigieron ese movimiento impresionante de masas, cometió serios errores.

El Partido Socialista Revolucionario de Colombia tenía, por un lado, un Comité Ejecutivo, encabezado por Moisés Prieto, que dirigía los asuntos políticos del Partido y, por otro, un Comité Central Conspirativo Celular (CCCC), integrado por un triunvirato encabezado por Tomás Uribe Márquez, en el que intervenía un liberal que decía simpatizar con el socialismo revolucionario. El CCCC dirigía los asuntos militares. Había en los hechos una doble dirección. Y cuando la lucha revolucionaria se agudizó, esta doble dirección terminó paralizando al Partido.

Durante la huelga bananera, que adquirió características insurreccionales, el Comité Ejecutivo aconsejó al dirigente Mahecha “no confundir la huelga con la Revolución”. Codovilla opinó en la Conferencia que el CCCC “con todos sus errores, se proponía **realizar la revolución**”, mientras que el CE “no tenía confianza en la acción revolucionaria de las masas”.¹³⁷ Peters, en cambio, señaló que la base de los errores era común en ambos, dado que ni el CE ni el CCCC comprendían la relación dialéctica entre el movimiento reivindicatorio de masas y la acción revolucionaria directa, y ambos se aliaban con el liberalismo, sin comprender el verdadero rol de éste. El CCCC había frenado el movimiento huelguístico porque estorbaba al objetivo principal, que era el movimiento cívico-militar que preparaba, y el CE había opuesto los temas organizativos a la acción revolucionaria directa, perdiendo las perspectivas revolucionarias. Unos (los del CCCC) se unían a los liberales para utilizarlos en el movimiento revolucionario y los otros (los del CE) para estar con ellos en los salones y en el Parlamento.¹³⁸

El Comité Ejecutivo “era solamente la fachada”, dijo Moisés Prieto en la Conferencia, “el verdadero órgano de dirección del Partido, era el CCCC”. El Comité Ejecutivo tenía su actividad trabada “por la acción secreta del CCCC”.¹³⁹

Esta fue la experiencia (lamentable) del “partido de dos brazos”. En la década del 60, agentes y amigos de la URSS, transfor-

mada ésta en una potencia socialimperialista, propagandizarían, entre las organizaciones revolucionarias de izquierda, la necesidad de un tal tipo de estructuración que, sabían bien, las castraba como organizaciones realmente revolucionarias del proletariado. Pero ese tipo de funcionamiento favorecía, a través de una compleja red internacional de “ayuda”, los proyectos de la URSS de tener el control político y militar de las mismas.

Los “caudillos rojos”

Refiriéndose a la existencia de una situación prerrevolucionaria en una serie de países, Suárez, el delegado de México, señaló que el problema más grave que se planteaba era la desproporción entre las condiciones objetivas, que eran prerrevolucionarias, y las fuerzas subjetivas de la revolución (Partido y sindicatos, aclararía Codovilla). Y, refiriéndose a la experiencia china, dijo Suárez que lo que había faltado allá en 1927 para que la revolución triunfase fueron **caudillos rojos** a la cabeza de la misma.

Suárez no veía, le contestó Codovilla, “el problema del Partido”, ya que, “en gran parte, las causas de la derrota momentánea de la revolución china deben buscarse en la falta de un partido comunista con experiencia revolucionaria y con ideología clara”. Codovilla señaló que Suárez veía, “con aprensión e impaciencia” que la formación de verdaderos partidos comunistas llevaría “decenas y decenas de años”, lo que alejaría las perspectivas de la revolución, y por eso proponía reemplazar a los Partidos por “caudillos rojos”. En el razonamiento de Suárez, que proponía reemplazar el caudillismo burgués por el proletario, pesaba, dijo Codovilla, la tradición del movimiento revolucionario pequeño-burgués latinoamericano.¹⁴⁰

¿Apoyarse en la fuerza propia?

¿Confiar sólo en la fuerza y los esfuerzos propios o confiar principalmente en la ayuda externa? Esta cuestión, que ha sido, y es, esencial para el movimiento revolucionario de nuestros países, atravesó toda la Conferencia de Buenos Aires en diversos

debates donde se discutieron los grandes ejes de la revolución, y cuando se habló de cuestiones organizativas, como el cobro de las cotizaciones de los afiliados. Particularmente, al discutir la cuestión de Colombia –país que atravesaba “situaciones especiales y excepcionales”, como dijo en la Conferencia el delegado colombiano Mahecha– el tema de apoyarse en la fuerza propia o en la ayuda externa se puso al rojo vivo.

Los yanquis, dijo Mahecha, “nos ofrecen ‘ayudarnos’ en todo sentido; nos han ofrecido dinero en abundancia y armas para derrocar al actual gobierno, siempre que nosotros nos comprometamos a entregarles todo el petróleo de Colombia. Esa ‘ayuda’ la hemos rechazado de plano, porque no admitimos ayuda de nuestros enemigos y necesitamos que todos los compañeros que componen esta Conferencia vengan en nuestra ayuda. Necesitamos imprenta, necesitamos propaganda, en una palabra, necesitamos toda la ayuda, tanto moral como material, para que a nuestra vuelta a Colombia, el campesino de este país –que es bien distinto al de Argentina o del Uruguay– no nos expulse violentamente, cuando en lugar de darle directivas para la revolución proletaria, le demos consejos para organización, para clarificar nuestro Partido, etc., es decir, le demos palabras en lugar de entregarle armas. Y es una cuestión que no tiene vuelta de hoja: si nosotros no hacemos la revolución es seguro, pero absolutamente seguro, que la harán los liberales (...) si a los campesinos de nuestro país les vamos con resoluciones, con palabras y sin el apoyo que nosotros pedimos, saldremos corridos a palos por esos compañeros que no entienden otro razonamiento que el de las armas, que el de la violencia (...). Los camaradas de la Internacional Comunista nos dicen: organizáos bien y entonces obtendréis los medios de las masas trabajadoras, pero es necesario conocer la situación actual colombiana, para saber que ese apoyo que nosotros pedimos a esta Conferencia, debe llegarnos de inmediato, y entonces cuando triunfe nuestro movimiento devolveremos con creces lo que nos dieron los demás partidos, porque Colombia es un país riquísimo en todo sentido”.¹⁴¹ Mahecha fue apoyado en esta posición errónea por otros delegados a la Conferencia.

Varios delegados explicaron la imposibilidad de cobrar cotiza-

ciones a los afiliados al Partido y los sindicatos de sus países. El delegado de El Salvador, Diéguez, se refirió a lo dicho por otros delegados sobre la necesidad de “actuar con medios propios”; él se preguntaba por qué, entonces, las organizaciones “que no han pedido ayuda a las organizaciones hermanas de América Latina, no han hecho la revolución. ¿Cotizar? Muy bien, compañeros; pero ¿por qué las organizaciones de Argentina y Uruguay, cuyos sindicatos han podido establecer las cotizaciones, no están a la cabeza del movimiento sindical latinoamericano?”

El putchismo

Suárez, el delegado del PC de México, embistió contra el informe de Victorio Codovilla sobre el primer punto del orden del día. El mismo “era exacto”, dijo, pero tenía “algunas fallas de detalle, especialmente en lo que se refiere a los medios prácticos de lucha”. Suárez partía de considerar (al igual que todos los delegados, aclaró) la imposibilidad de detener el estallido de la guerra contra la Rusia proletaria. Había que saber qué hacer en tal caso y no “verse en la situación de pedir consejos por telégrafo”, como había sucedido frente a hechos decisivos para la acción revolucionaria. Además, estimaba que en las empresas imperialistas no se podían hacer huelgas por región o país y éstas debían ser continentales.¹⁴² Suárez criticó a Codovilla porque en su informe no explicaba “los defectos de la lucha antiimperialista y especialmente la de Sandino”. El informe carecía, afirmó, “de críticas prácticas y las medidas impostergables para subsanarlas”. Suárez dijo que creía que “el atentado individual no soluciona nada, pero tomando en consideración algunos casos particulares, es posible que esa táctica nos sea beneficiosa”. “En muchos casos (...) la muerte de un dictador contribuye en mucho hasta que la política general de un país cambie en algunos casos fundamentalmente, tomando nuevos rumbos”. En el curso de la Conferencia, Suárez dio el ejemplo del dictador Machado, en Cuba, al que, en el caso de que las masas obreras se alzasen contra él, sería beneficioso ejecutarlo. Y planteó que aunque se acordase lo contrario, sería útil discutir ese punto.

Suárez planteó también que en México, Colombia, Brasil, entre otros, había una “situación prerrevolucionaria” y el informe de Codovilla no decía nada sobre esto.¹⁴³

En otra intervención en la Conferencia, Suárez desarrolló sus ideas sobre este tema. Las condiciones objetivas de México, dijo, eran “completamente diferentes” a las de la Rusia prerrevolucionaria. Había “que tener audacia y lanzar rápidamente nuestras consignas, porque, compañeros, no podemos esperar más tiempo para llevar a cabo la revolución proletaria en nuestro país (...) diez años de revolución y de apoyo al gobierno pequeño burgués no han traído beneficio alguno a las masas trabajadoras, y hoy no tenemos otra salida que la lucha abierta”. De lo contrario, se iba a permitir que “el gobierno nos asesine a todos, que nos fusile”. Frente al fracaso de Calles y Portes Gil, el Partido no tenía más remedio “que tomar las armas, que organizar ya el levantamiento armado”. Había que organizar también el sabotaje al imperialismo —que seguramente penetraría en el país para sofocar la revolución—, destruyendo sus empresas, dándole fuego a sus petroleras, etc. Supongamos, agregó, que “nuestro movimiento no triunfe en toda la línea; que desde el primer momento se vea que fracasa; tenemos, compañeros, la perspectiva de crear un Sandino en cada región. Quien conozca las sierras de México, estará de acuerdo con nosotros cuando decimos que sería imposible arrancar a los compañeros de esas regiones”. Daba el ejemplo de 10 mil “cristeros” que resistían al gobierno desde hacía años y de Sandino, pese a que éste no tuvo ideología proletaria.¹⁴⁴

La intervención de Suárez provocó un agitado debate en la Conferencia.

El delegado de los EE.UU. rechazó la posición de Suárez. “Las masas deben hacerse justicia revolucionaria cuando llegue el momento, como acaeció en China”, dijo. No se justificaba aplicar la táctica que utilizaron los nihilistas rusos cuando toda forma de organización y propaganda les había sido prohibida. Había que “organizar a las masas para la insurrección” y no proceder como decía Suárez, en América Latina, donde existía una débil organización, por la influencia de la “ideología anarquista ‘pura’ que sustitía la acción organizada de las masas por el atentado individual”.¹⁴⁵

En el discurso de cierre de la discusión sobre el primer punto, Codovilla planteó que había que desterrar del movimiento comunista la idea “simplista” que con la supresión de algunos tiranos, sin una amplia acción de masas, se resolvía el problema de las dictaduras latinoamericanas. Era “un poco el criterio” que habían sostenido los compañeros de Venezuela y habían ido abandonando paulatinamente. La Comintern combatía con toda energía esta teoría. Si la cuestión fuese tan simple no faltarían muchos compañeros para hacer ese tipo de acciones. Así como “la supresión de Mussolini no es la supresión del fascismo italiano”, tampoco la supresión de un dictador cualquiera significaba la supresión de los gobiernos lacayos del imperialismo. Esto no implicaba que, en el período de la insurrección, la Internacional se fuera a oponer a “que salten algunas cabezas de potentados” mientras eso sirviese a lo fundamental: “al desarrollo revolucionario del movimiento de masas”.¹⁴⁶

“Lo importante para Suárez es accionar, no importan los resultados, ya que en caso de derrota queda el recurso de la ‘sierra’”, dijo Codovilla. “Lo que es digno de saludar en sus manifestaciones –agregó– es la reacción de los miembros del Partido, contra la vieja política de apoyo –muchas veces incondicional– a los gobiernos pequeño burgueses de México”. Recordó Codovilla una discusión –realizada hacía poco más de un año en la IC– con los compañeros mexicanos, donde éstos acusaban a la Internacional “de incomprensión” por plantear la separación absoluta del Partido de la política de la pequeña burguesía en el poder. El Partido Comunista de México planteaba levantar una “muralla” alrededor del gobierno de Calles para defenderlo de la reacción y Codovilla planteaba levantar una “muralla” para que “quedaran prisioneros todos los pequeños burgueses en el poder”; y luchar “por la creación de nuevos órganos políticos para la toma del poder de parte de las masas obreras y campesinas, y la lucha abierta sobre dos frentes: contra la reacción y contra el gobierno pequeño burgués”. No se había exigido al Partido lanzar la consigna de la toma del poder si las condiciones no eran favorables, pero sí que lanzaran una **consigna independiente**.¹⁴⁷ Ahora, el compañero Suárez “se va a la otra alforja y, sin un trabajo paciente de preparación

entre las masas trabajadoras; sin una preparación ideológica de las mismas, quiere lanzarse a la aventura de una insurrección armada, para luego, atrincherarse en las sierras, si fracasa (...) es una política de ‘desesperación’, que no nos conduciría sino a resultados desastrosos”, concluía Codovilla.¹⁴⁸

Sobre este tema opinó el delegado de la Internacional Juvenil Comunista, Peters. Suárez les proponía planes “un poco putchistas”, dijo, planes que ya habían sido rebatidos por otros compañeros. El quería subrayar “una cosa exacta” que indicaba la intervención del mexicano: “En muchas de nuestras organizaciones, vemos deformaciones legalistas, burocratistas de nuestras formas de lucha, que están estrechamente ligadas a la base social de los mismos Partidos (...) un manifiesto, un mitin, un volante, y inada más! Cuántas veces hemos visto que no se han hecho tentativas para realizar los mitines prohibidos por la policía”. Era necesario organizar a los Partidos para el desarrollo del movimiento de masas, dijo, y defender a las organizaciones obreras en las plantaciones feudales. “La creación de grupos de autodefensa de los trabajadores, es la tarea actual de nuestros partidos (...) si es peligrosa la línea ‘terrorista’ pequeño burguesa, igualmente es incompatible con la línea revolucionaria, el ‘legalismo’, la concepción burocrática de nuestra lucha o bien la subestimación de la absoluta necesidad de la preparación ideológica y orgánica de las formas superiores de lucha revolucionaria”.¹⁴⁹

En la discusión sobre el problema de las razas en América Latina se cruzó un debate sobre el “putchismo”. Muñoz, de Argentina, polemizó con Suárez, el mexicano. Este había destacado la importancia de las comunidades agrícolas mexicanas en la formación de los ejércitos que combatieron contra los latifundistas y había subrayado que era muy importante ganar a esas masas “para la insurrección” que permitiría la liberación completa del indio.¹⁵⁰ Muñoz lo criticó, atribuyéndole ver a los movimientos de masa indígena sólo como movimientos militares, lo que implicaba, dijo, “una desviación ‘putchista’”.

Como se ve, los comunistas argentinos estaban más preocupados por el “putchismo” que por el pacifismo, pese a que este último, como hemos desarrollado a lo largo de este libro, afectaba

seriamente al PC de la Argentina y a otros partidos comunistas de América Latina. Droz, interviniendo sobre este punto, planteó que si bien era un “grave error” ver el problema indígena sólo desde el punto de vista militar, también era un error “no ver el problema militar”, ya que había que encarar el problema en “todos los aspectos (económico, político, militar)”.¹⁵¹

El camino

La concepción que tenía la Internacional Comunista sobre la revolución latinoamericana, dijo Humbert-Droz en su informe a la Conferencia, estaba en “completa oposición con la concepción puramente conspirativa y militar de los jefes de la pequeña burguesía liberal revolucionaria”. Para éstos “la fermentación revolucionaria de las masas” era simplemente un índice del desprestigio del viejo gobierno, condición necesaria para que el golpe militar pudiese triunfar. “El motor esencial de la revolución para ellos, es el Ejército, los oficiales comprometidos en la conspiración”. Desalojado el gobierno desacreditado, “para contentar a las masas realizan algunos gestos demagógicos” –como había hecho el gobierno ecuatoriano en 1925 cuando “encarceló a los grandes banqueros de Guayaquil”– o nombran a jefes sindicales para ocupar puestos en la administración gubernamental; o establecen una nueva Constitución que acuerda, en el papel, muchos derechos a los obreros y campesinos; incluso, cuando paralelamente a la acción militar, los campesinos con las armas en las manos reclaman la tierra, como en México, van más lejos y distribuyen entre ellos una parte de las tierras. La evolución de este tipo de gobiernos “es siempre la misma. Más o menos rápidamente recurre a los compromisos con el imperialismo y los grandes terratenientes, desarma a los campesinos y establece un régimen de dictadura militar o personal que no se distingue de sus predecesores más que por una nueva forma de demagogia”.¹⁵² En algunos países esas revoluciones duran meses. En otros, como en México, años. México tuvo el movimiento revolucionario de carácter democrático-burgués antiimperialista que fue más lejos en cuanto a sus realizaciones revolucionarias. Fue un movimiento que nació de la acción de las

masas campesinas por la posesión de la tierra y la presión armada de los campesinos obligó al gobierno, que surgió de esos acontecimientos, a realizaciones avanzadas. Los gobiernos de Obregón y Calles, concluyó Droz, “representaban la coalición de cuatro clases: la burguesía agraria y la clase de los terratenientes nacidos de la revolución o sumados a ésta, la pequeña burguesía, los campesinos y una gran parte de la clase obrera representada por el Partido Laborista y la CROM [Confederación Regional Obrera Mexicana] (...). La política de Obregón y Calles fue la de desarrollar y fortificar a la burguesía agraria y llegar a un compromiso con el imperialismo. Los campesinos fueron desarmados, los tribunales de apelación devolvieron la tierra a los antiguos terratenientes”.¹⁵³

La concepción de la IC sobre el movimiento revolucionario democrático-burgués en América Latina era totalmente diferente a esto, dijo Droz. Ella nació “del movimiento de las masas campesinas, agitadas por la posesión de la tierra, y de la clase obrera contra las empresas que la explotan. La insurrección de campesinos, la huelga de masas, transformándose en huelga política y en insurrección; la estrecha alianza del movimiento de los campesinos con el de los obreros industriales y agrícolas, la disgregación del Ejército sosteniendo las reivindicaciones de los soldados, de las tropas y luchando por su realización, creando células revolucionarias entre los marinos y soldados para asegurar el pasaje de las tropas al lado de los campesinos y de los obreros, adueñándose del poder, y creando el nuevo basado sobre los Consejos de campesinos, obreros y soldados. En las regiones donde se han mantenido las comunidades agrícolas de indios que luchan con las armas al brazo contra los grandes terratenientes, la comunidad agraria se transformará en órgano del poder político y administrativo local. Según nuestra concepción de la revolución, la acción de masas es esencial, la acción del Ejército es, sin duda, una ayuda necesaria; pero una ayuda al movimiento principal, mientras que para los generales liberales es al contrario: es la masa la que ayuda la acción del Ejército, siendo éste lo esencial”.¹⁵⁴

Esta concepción llevaba a contemplar la ligazón entre la huelga, las demostraciones de masa en general y el movimiento revolucionario, cuestión que estuvo en el centro del debate de la

Conferencia a partir de la actitud del CCCC del Partido Socialista Revolucionario de Colombia –que mencionamos antes– ante la huelga bananera de 32 mil obreros de la United Fruit Company. Huelga a la que se opusieron porque ésta no entraba en el plan de la revolución que habían preparado en acuerdo con los generales liberales. Se opusieron pese a que en esa huelga los soldados enviados a reprimirla confraternizaron con los huelguistas y ofrecieron sus armas a los obreros, y los generales fueron obligados a jurar sobre la bandera roja que no traicionarían a los obreros.¹⁵⁵ Para esta concepción de la revolución de la que hablaba Droz, la cuestión de la hegemonía proletaria en el movimiento revolucionario era, pues, esencial y “la preocupación de nuestros partidos debe ser siempre la de arrancar esa hegemonía de las manos de la pequeña burguesía”, porque si la hegemonía queda en manos de ésta “tarde o temprano el movimiento revolucionario será refrenado, las masas desarmadas y se contraerán compromisos con el imperialismo y las fuerzas reaccionarias”.¹⁵⁶

Como se ve, la separación de fronteras con el movimiento revolucionario de la pequeña burguesía y de la burguesía nacional fue bien delimitada. Pero también es evidente que el modelo revolucionario del que hablaban estaba calcado de las experiencias europeas. Pese a que Droz y otros delegados plantearon la importancia del proletariado rural y el campesinado pobre, ni por asomo aparece la idea de que la revolución, en muchos países de América Latina, debía ir del campo a la ciudad, dado el peso abrumador que tenía en ellos la población campesina y dadas las tradiciones de lucha de esa masa; tradiciones que venían de la época de la colonia, las guerras de la independencia y las sublevaciones posteriores. Por el contrario, como dijo Marquez, el delegado de El Salvador, pensaban que siempre “La Revolución debe ir de la ciudad al campo”.¹⁵⁷

El frente único

Al realizarse la Primera Conferencia Comunista Latino Americana, la Internacional Comunista estaba en pleno viraje izquierdista. Este llevaría al movimiento comunista a grandes derrotas

en Europa y Asia. Las más resonantes fueron la de Alemania frente a Hitler y la de China. Esta, como ya mencionamos, sólo sería superada en 1935, cuando Mao Tsetung tomó el timón del Partido en una reunión realizada fuera del control de la IC.

En ese momento, en los países coloniales, semicoloniales y dependientes, la Internacional no sólo golpeaba en bloque a la burguesía nacional como enemigo sino que, muchos de sus dirigentes incluían en el radio principal de ataque a la pequeña burguesía y no ocultaban su desprecio por los estudiantes e intelectuales, pese a que todavía –en el caso latinoamericano

– perduraban los ecos democráticos y antiimperialistas del movimiento de la Reforma Universitaria, iniciada en Córdoba en 1918. Humbert-Droz y Paulino González Alberdi, como hemos visto, señalaron el error de ver a la pequeña burguesía como una sola clase, homogénea. Pero sus advertencias cayeron en el vacío. Droz vislumbró la importancia de los obreros rurales y los campesinos pobres en el movimiento revolucionario de América Latina y subrayó que “el motor de la revolución en América Latina es la cuestión de la tierra, la lucha por la tierra contra los grandes terratenientes feudales y las grandes compañías extranjeras”.¹⁵⁸ Pero en la mayoría de los participantes era evidente la desconfianza hacia los campesinos. El resultado: una línea que aislaba al proletariado. Más grave aun, como señala Manuel Caballero: “el partido comunista desconfiaba incluso del proletariado urbano”.¹⁵⁹ La política de Frente Unico de Lenin había sido olvidada. La socialdemocracia en bloque, calificada de socialfascista –incluso la social-democracia de izquierda, que se consideraba la variante “más peligrosa” de la socialdemocracia– fue incluida en el radio del golpe principal, junto a los enemigos estratégicos de la revolución.

“En ese momento, la clase de alianza preferida por la Comintern era la formación de

‘Bloques Obreros y Campesinos’. Para la Internacional, esos ‘bloques’ eran la mejor forma de relacionarse con las masas influenciadas por el entonces llamado ‘socialfascismo’ sin correr el peligro de que los propios militantes comunistas pudiesen contaminarse con tan aborrecible enfermedad política”.¹⁶⁰ Se definía

a esos Bloques más por lo que no eran, que por lo que debían ser: no eran sindicatos; no reemplazaban al Partido; no se recomendaba que aceptasen adhesiones individuales (para evitar que se transformasen en partidos de varias clases sociales), aunque en el caso de la provincia argentina de Córdoba la experiencia de ese tipo de adhesiones había sido positiva; tampoco podía ser una alianza de partidos ya que el único partido que podía participar en esos Bloques era el Partido Comunista.

Los Bloques de Obreros y Campesinos debían surgir de una amplia agitación y organización en la base. Se contraponía –como sucede siempre con la enfermedad izquierdista– el frente “por abajo”, que se impulsaba, con el “frente por arriba”, que se rechazaba, sin ver la relación dialéctica entre uno y otro.

Como dice Caballero, “el espectro de las alianzas era tan estrecho que prácticamente equivalía a proponer que los comunistas realizasen una alianza con ellos mismos”.¹⁶¹

Las consecuencias para el movimiento revolucionario latinoamericano de esta desviación izquierdista fueron funestas y recién pudieron ser superadas luego del VII Congreso de la Internacional Comunista en 1935. Con suerte diversa porque, en muchos casos, la superación de los errores de izquierda se hizo con un fuerte bandazo a la derecha.

El tema colombiano

En Colombia se había producido la gran huelga de los más de 32 mil trabajadores bananeros de la United Fruit Co., organizada por la Unión Sindical de Trabajadores de Magdalena, dirigida por camaradas del Partido Socialista Revolucionario, partido miembro de la Internacional Comunista. La huelga se inició el 12 de noviembre de 1928. En determinado momento, adquirió un carácter insurreccional, logrando el apoyo de los soldados enviados para reprimirla. En el transcurso de la huelga, la dirección del PSR había cometido gruesos errores que iluminaron una serie de deficiencias teóricas, políticas y organizativas de su dirección. La derrota de la huelga fue seguida de una feroz represión; fueron asesinados centenares de obreros. En febrero de 1929, el Presidium de la IC envió una carta

al Partido Socialista Revolucionario, pero éste no se enteró de la misma hasta que sus delegados llegaron a Buenos Aires y la leyeron ya publicada en *La Correspondencia Sudamericana*.¹⁶² El dirigente máximo del PSR era Tomás Uribe Márquez. En la Conferencia de Buenos Aires participaron Moisés Prieto, secretario del Comité Ejecutivo del Partido, y Mahecha, dirigente sindical que había organizado y dirigido la huelga bananera.

Prieto protestó por “la crítica despiadada” del Presidium de la IC y culpó a ésta por lo sucedido en Colombia, debido, según él, al descuido en el que habían tenido al PSR.¹⁶³

Como vimos en este mismo capítulo, en los hechos el Comité Ejecutivo del Partido era sólo una fachada y el Comité Central Conspirativo Celular (CCCC), el verdadero órgano de dirección.

En la reunión, Prieto se quejó porque se hablaba de Colombia “sin tener un mapa delante” y se pretendía que los delegados se trasladaran “en 24 horas a lugares que necesitan una semana de viaje”. “Me parece que el compañero Luis no conoce bien ese mapa”, dijo.¹⁶⁴ Todo esto porque, al estallar la huelga, el Comité Ejecutivo había enviado un delegado que tardó doce días en llegar al lugar de la huelga, por falta de medios rápidos de comunicación.

El Comité Ejecutivo del PSR había desconfiado de los informes de Mahecha. Creyó que exageraba cuando hablaba de la organización de más de 32 mil obreros bananeros. Pero Mahecha, como reconoció Prieto en la reunión, “haciendo prodigios (...) había organizado un verdadero ejército de huelguistas” y había dirigido “el movimiento en una extensión de más de 80 leguas”.¹⁶⁵ Mientras, el CCCC —que preparaba la insurrección armada en toda Colombia en alianza con militares liberales— estimó que la huelga era “un desperdicio de fuerzas” y, como no estaba en sus planes conspirativos, no la apoyó.

Había también todo un debate sobre la alianza con los liberales. La IC presionaba para romper con ellos. Prieto estimaba que los liberales eran fuertes y que terminarían aceptando la oferta yanqui, que les prometía apoyo para una revolución si se les entregaba el petróleo, desplazando a los ingleses. En tal caso, decía Prieto, la situación del Partido sería muy difícil.

Mahecha habló sin papeles “porque los soldados no traemos papeles nunca; mientras los otros discuten, nosotros accionamos”, dijo.¹⁶⁶ No es muy difícil imaginar la cara de muchos delegados al escuchar estas palabras. Para algunos (lo expresaron con aplausos), implicaban la realidad latinoamericana entrando a la reunión. Para otros, sólo representaban el atraso de estos dirigentes nativos. Mahecha venía del movimiento obrero católico y era “indio de pura cepa”, como él precisó. Hizo una historia del movimiento obrero colombiano desde 1911 en adelante, para demostrar que éste tenía tradiciones de organización –al contrario de lo que afirmaban algunos dirigentes de la IC– y eran “masas combativas”. Había sí, en esas masas, desconfianza hacia sindicatos dirigidos “por muchos pillos que se decían anarquistas y que vivían a costa del sindicato”.¹⁶⁷ Narró que para ganarse la confianza de los obreros, primero les contaba cuentos de hadas –los cuales les gustaban mucho–, pero a través de esos cuentos les explicaba la situación en la que vivían y los incitaba a la huelga. Poniendo el dedo en la llaga, se quejó de “los dirigentes intelectuales de Bogotá, que aparecían como los directores del Partido, pero que en realidad nada hicieron para llevar ese honor, estaban completamente desunidos y habían constituido grupos, cada uno de los cuales luchaba contra el más cercano”.¹⁶⁸ Se refirió así a la lucha entre el CE y el CCCC.

En pocas semanas Mahecha había organizado a más de 32 mil trabajadores de la compañía y, con la ayuda de otro camarada, se repartieron el trabajo organizativo. Editaban un periódico para los obreros y en poco tiempo contaron “con sesenta camaradas ya probados en la lucha y que serían los dirigentes parciales de todo el movimiento”. Presentaron un pliego de reivindicaciones y se prepararon para la huelga sabiendo que sería encarnizada.

Rechazado por la United Fruit Co. el pliego de peticiones presentado, se dirigieron a Barranquilla para solidarizar con ellos a los 140 barcos que había en el puerto, y lo lograron. Luego, organizaron el trabajo entre la tropa apostada en esa ciudad “a objeto de conseguir que fraternizaran con los huelguistas y conseguimos, compañeros, el más franco éxito”.¹⁶⁹

Con estos detalles Mahecha explicó que el movimiento no ha-

bía sido de ninguna manera espontáneo. Habían colectado 40 mil dólares entre los obreros. Desviaron cargamentos de pescado para alimentar a los trabajadores. El plan era tomar tres departamentos de la República y luego proseguir el ataque a la capital, a Bogotá. Y dando un ejemplo práctico de un tema que se discutió en la Conferencia –y a contrapelo de lo desarrollado en ésta– explicó que “el pequeño comercio, que sufre igual que los obreros y campesinos la penetración del imperialismo, en todo momento manifestó su adhesión al movimiento y contribuyó financieramente para el éxito de la huelga”.¹⁷⁰ Los organizadores de la huelga habían dividido la región en 60 distritos y constituido comités de huelga en cada uno de ellos, con comités suplentes por si caían los titulares. Repartieron machetes, revólveres y otras armas, armando a unos mil trabajadores. Infiltraron compañeros en el Ejército para conseguir que fraternizaran con ellos.

La huelga estalló el 12 de noviembre. Los soldados se declararon a favor de los huelguistas y dispuestos a entregar sus armas. Ante el carácter revolucionario que tomaba la huelga, el comandante militar de la zona declaró que el movimiento estaba dirigido por jefes del Ejército ruso, a lo que dijo Mahecha: “¡El más blanco de los dirigentes de la huelga era yo!

¡Como para que dijeran que eran rusos los dirigentes!”.¹⁷¹ Al general Cortez Vargas lo agarraron las mujeres y lo obligaron a jurar sobre la bandera roja que no mandaría los soldados contra los huelguistas. Lleno de miedo prometió que no mataría a nadie. Los soldados gritaban “¡Viva la Revolución Social!”. “Así estaban las cosas y nosotros esperando la resolución del CE para iniciar el movimiento insurreccional”, dijo apesadumbrado Mahecha.¹⁷² De Bogotá no llegaba nada y cuando llegó era la carta de Prieto donde éste usó la advertencia de que “no fuera a confundir la huelga con la insurrección”. Mahecha dijo que él no confundía la huelga con la insurrección, pero “¿qué demonios se esperaba para la insurrección?”. La Conferencia recibió lo dicho con exclamaciones de “muy bien, aplausos”.¹⁷³

Batallón que llegaba a la zona, “batallón que conquistábamos”, agregó Mahecha. La United Fruit pidió la intervención yanqui. Todo estaba listo para la acción insurreccional, pero el Comité

Conspirador no la decidió, porque centraba su trabajo en el levantamiento militar.

El gobierno, presionado por los yanquis, declaró el estado de sitio en Magdalena, mandó soldados de otras zonas y el propio Gral. Cortez Vargas ordenó ametrallar a los obreros con un saldo de 200 muertos. Unos 12 mil obreros se trasladaron a otros pueblos, desarmaron a los soldados de guardia y se armaron. Hubo varios combates entre soldados y huelguistas, en los que cayeron más de 100 militares y policías. Pero el armamento de los obreros era deficiente y fueron masacrados: tuvieron más de mil muertos y más de 3 mil heridos. Se los había dejado solos, dijo Mahecha, y no importaba quién era el culpable, si el CE o el CCCC.

Gran parte de la Conferencia giró en torno al tema colombiano. Sobre la existencia de un Partido Socialista Revolucionario con fuertes tendencias reformistas y de seguidismo a la burguesía liberal y no de un Partido Comunista. Sobre la ineficacia de la ayuda de la Internacional. Si debían aceptar la ayuda ofrecida por los yanquis; por qué rechazarla. Sobre la alianza con los liberales. Sobre el trabajo con las Fuerzas Armadas. Sobre el partido de “los dos brazos” (aunque no se lo llamó así, y habría que llamarlo de “las dos cabezas”): uno, público y político, y otro, militar y secreto. Un debate que tiene actualidad.

La desinformación sobre la Primera Conferencia Comunista Latino Americana

Es difícil encontrar, en la historia del movimiento comunista, una reunión que se haya mencionado tanto y sobre la que se haya desinformado tanto.

Es curioso que, pese al papel que tuvo en la misma el Partido Comunista de la Argentina, el *Esbozo de historia del Partido Comunista* le dedique sólo unas pocas líneas, destacando que allí se discutió el “carácter de la revolución en la América Latina” y “el problema de los indígenas en la América Latina, consagrando el principio de la autodeterminación de las nacionalidades y el respeto de las características de las minorías nacionales”. Olvida –¿o desinforma?– que la Conferencia no adoptó resolución sobre

el llamado “problema de las razas”.¹⁷⁴ Esto sólo se explica por la necesidad del *Esbozo...* de esconder los errores de los dirigentes del PCA respecto de la burguesía nacional en sus discursos en la Conferencia, en particular los de Codovilla. El *Esbozo...* es de 1947, el preciso momento en que acababa de asumir el gobierno el Gral. Juan Domingo Perón. Además, el Partido Comunista de la Argentina venía entonces de una larga política de alianzas con el partido radical y, posiblemente, no convenía recordar las cosas que se habían dicho en la Conferencia sobre el radicalismo, pocos meses antes del golpe de Estado de Uriburu.

En agosto de 1964, Victorio Codovilla escribió un artículo en la *Revista Internacional*, que editaban los partidos comunistas en Praga, titulado “La penetración del marxismo-leninismo en América Latina”. Allí, después de precisar el gran papel que jugó la Conferencia en la vida de los partidos marxistas-leninistas “tanto en relación a la ideología como a la organización”, y luego de señalar que la misma analizó, por primera vez, el carácter de la revolución en América Latina y sus fuerzas motrices, hace un juego de palabras para ocultar el error sobre la caracterización de la burguesía nacional e incluso de la pequeña burguesía. Y dice: “la Conferencia precisó que, si no había que subestimar el rol de la pequeña burguesía y la burguesía nacional en la lucha antifeudal y antiimperialista tampoco había que olvidar jamás que llegado el momento esas fuerzas tendían a llegar a un compromiso con los grandes terratenientes y los monopolios extranjeros, y que una vez en el poder ellas terminarían por capitular ante ellos” por lo que “las fuerzas motrices de la revolución debían ser los obreros y los campesinos actuando en alianza estrecha y con la hegemonía proletaria”. Es evidente que Codovilla dice la verdad en esto último, pero miente en lo de “no subestimar el rol de la pequeña burguesía y la burguesía nacional”, puesto que esto no se dijo en la Conferencia de Buenos Aires. En realidad, Codovilla, en esa reunión, como miembro informante por el Secretariado Latinoamericano de la IC, había dicho exactamente lo contrario. Luego de afirmar que “la verdadera lucha por la independencia nacional debe realizarse contra la burguesía nacional y el imperialismo”, había agregado: “Sería un grave error **sobreestimar** el rol de la

pequeña burguesía y la burguesía industrial naciente, como posible aliada de la revolución antiimperialista”¹⁷⁵ (el subrayado es mío, O.V.).

Rodolfo Puiggrós, en su libro *Las izquierdas y el problema nacional*, dedica 40 páginas a la Primera Conferencia Comunista Latino Americana. Su lectura es muy útil para conocer las teorías nacionalistas burguesas de Puiggrós y sus ataques al Partido Comunista de la Argentina, pero es absolutamente inútil si lo que se quiere es conocer qué se discutió en la reunión de Buenos Aires. Puiggrós desarrolla solamente todo lo referido al error respecto de la burguesía nacional y los excesos izquierdistas de la Conferencia, en particular en relación al yrigoyenismo.¹⁷⁶

El mismo defecto en el análisis se puede achacar a Abelardo Ramos, en su libro *El Partido Comunista en la política argentina*. Además, Ramos escribe la historia del PC de la Argentina como si fuera un capítulo de la lucha interna del PC de la URSS. En cuanto a la Primera Conferencia Comunista Latino Americana, Ramos también pone el énfasis de su crítica en la posición sobre la burguesía nacional y en particular respecto del yrigoyenismo. Y critica además la posición sobre el problema indígena. Cita una parte de la intervención del delegado de la Internacional Juvenil Comunista, Peters, sobre el llamado “problema de las razas” en la mencionada reunión; pero lo hace sin decir a quién pertenece la posición, en una nota al pie, de modo que se podría pensar que la cita es de Codovilla. Y ni siquiera menciona la posición de José Carlos Mariátegui, que era contraria a la de Peters, y fue el miembro informante en la reunión.¹⁷⁷

La revolución “socialista de inicio”

Claudia Korol, dirigente actual del Partido Comunista, ha recogido una interpretación de la Primera Conferencia que se difunde como verdad consagrada entre los grupos que adhieren a la teoría del “capitalismo dependiente”. Estos plantean para América Latina la revolución “socialista de inicio” y toman – como antecedente histórico de la mencionada teoría– una frase equivocada, o que puede malinterpretarse, de Mariátegui: “La

revolución latinoamericana será (...) simple y puramente la revolución socialista. A esta palabra agregad todos los calificativos que queráis: ‘antiimperialista’, ‘agrarista’, ‘nacionalista revolucionaria’. El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos”. Una formulación que Mariátegui corrigió claramente luego de la Conferencia de Buenos Aires. Claudia Korol afirma su admiración casi religiosa por la Revolución Cubana (socialista) pero niega el proceso concreto de ésta: desde el triunfo, en enero de 1959 –con el juez Urrutia en la presidencia, el proyanqui Miró Cardona de primer Ministro y Fidel fuera del gobierno, con un frente único antidictatorial formado por el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario, el Partido Socialista Popular (Comunista) y otras fuerzas, con una dura lucha por la dirección del 26 de Julio, la Federación de Estudiantes y la Central de Trabajadores–, hasta las nacionalizaciones democráticas y antiimperialistas de julio de 1960, culminando con el momento en que se proclamó el carácter socialista de la revolución. Todo ello en medio de una feroz lucha de clases y de líneas. Claudia Korol cuenta la historia por el final; y obvia el proceso que condujo al mismo.

Para Claudia Korol, entre 1927 y 1932, siguiendo la línea de la Internacional Comunista, en el PC de la Argentina “se inició un proceso de aislamiento del movimiento popular y de incomprensión del nacionalismo popular que empezaba a expresarse en el país”.¹⁷⁸ Bien. Aceptémoslo. Pero, basándose en un párrafo aislado de Mariátegui, agrega: “Este fenómeno fue analizado por el marxista peruano José Carlos Mariátegui, quien en 1929 envía a la Primera Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina, su trabajo llamado *Punto de Vista Antiimperialista* y un conjunto de tesis en las que analizaba las particularidades del proceso revolucionario en nuestro continente. Allí alertaba sobre las posibilidades de desarrollo del nacionalismo popular específicamente en la Argentina, polemizando con las posiciones de la Sección Latinoamericana de la Internacional Comunista dirigida por Victorio Codovilla, uno de los fundadores del Partido Comunista de la Argentina”.¹⁷⁹ Claudia Korol remite a un párrafo del artículo enviado por Mariátegui a la Conferencia. En ese párrafo, se refiere Mariátegui a la burguesía nacional y a la pequeña bur-

guesía en Latinoamérica, afirmando que “pretender que en esta capa social prenda un sentimiento de nacionalismo revolucionario, parecido al que en condiciones distintas representa un factor de la lucha antiimperialista en los países semicoloniales avasallados por el imperialismo en los últimos decenios, en Asia, sería un grave error”. Y explica por qué la “aristocracia y las burguesías criollas” en Indoamérica, no se sienten solidarias con el pueblo y “se sienten, ante todo, blancos”. De ello concluye: “Sólo en los países como la Argentina, donde existe una burguesía numerosa y rica, orgullosa del grado de riqueza y poder de su patria, y donde la personalidad nacional tiene contornos claros y netos que en estos países retardados, el antiimperialismo puede (tal vez) penetrar fácilmente en los elementos burgueses, pero por **razones de expansión y crecimiento capitalista** y no por razones de justicia social y doctrina socialista como en nuestro caso”. Mariátegui aclara, en el mismo escrito, que esta posición la había sostenido “hace más de un año”, cuando “la traición de la burguesía china, la quiebra del Kuomintang, no eran todavía conocidas en toda su amplitud” con lo que acota, aun más, el “tal vez” que puso entre paréntesis.¹⁸⁰ Mariátegui no libró, en la reunión de Buenos Aires, ninguna polémica, como vimos anteriormente, con el análisis sectario respecto de la burguesía nacional que hacía la Internacional Comunista. Más aun, Mariátegui, al igual que Codovilla, alertó sobre los peligros de ilusionarse con las potencialidades antiimperialistas de la pequeña burguesía.

José Aricó, en su libro *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*¹⁸¹ subraya en las tesis enviadas por Mariátegui a la Conferencia de Buenos Aires todo lo que sirve a su propósito, confeso, de reforzar las supuestas “vinculaciones ideológicas” del peruano con el aprismo. Atribuye a Mariátegui un supuesto “populismo” derivado de sus posiciones sobre la comunidad incaica y su negativa, hasta la Conferencia Latino Americana, a organizar un verdadero Partido Comunista en el Perú. Esto, lógicamente es motivo de elogios para quien fuera, como Aricó, primero teórico Montonero y, luego, teórico programático del alfonsinismo. Habiendo sido siempre admirador del revisionismo del PC de Italia, Aricó se basa en la “filiación soreliana” de Mariátegui para pre-

sentarlo como un pensador marxista “heterodoxo”.¹⁸² Como es sabido, José Carlos Mariátegui hizo un rápido proceso ideológico en la década del 20, hasta llegar a adherir a las 21 condiciones de la Internacional Comunista, subrayar el carácter de la clase obrera como dirigente de la revolución peruana, y admitir, sin reservas (y no “arrastrado” como dijo Aricó), los errores de las posiciones equivocadas que habían defendido en la Primera Conferencia Comunista Latino Americana los delegados peruanos. ¿Qué se quiere decir con las posiciones “sorelianas” de Mariátegui, en las que tanto insiste Aricó, subrayando los vestigios de formulaciones de Sorel en el Mariátegui maduro?

¿Acaso Marx no fue admirador de Hegel en determinado momento de su vida y jugó, mucho después, con formulaciones hegelianas, para horrorizar a los mecanicistas que atacaban sin razón al gran filósofo alemán? ¿Acaso no es conocido que muchísimos sindicalistas revolucionarios, influenciados por Sorel, adhirieron a la Internacional Comunista con el apoyo entusiasta de Lenin?

Mariátegui y el PC de Perú

Mariátegui reconoció y enmendó en la reunión del CC del PS del Perú del 1º al 4 de marzo de 1930, el error de haberle dado al partido, inicialmente, el nombre de Partido Socialista. Se puede afirmar que Mariátegui estableció “la línea general de la revolución peruana”, al sentar “el carácter semifeudal y semicolonial” del Perú, subrayando que ese carácter semifeudal no debía ser buscado en “la subsistencia de instituciones y formas políticas o jurídicas del orden feudal” sino en la estructura de su economía agraria y afirmando que debía buscarse su semicolonialidad en su economía. Mariátegui, al contrario de lo que afirma Claudia Korol y deja en las brumas Aricó, definió con claridad las etapas de la revolución, en el Programa del Partido Comunista, escrito de su puño y letra: “La emancipación de la economía del país es posible únicamente por la acción de las masas proletarias, solidarias con la lucha antiimperialista mundial. Sólo la acción proletaria puede estimular primero y realizar después, las tareas de la revolución

democrático-burguesa que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir”. “Cumplida su etapa democrático-burguesa, la revolución deviene, en sus objetivos y su doctrina revolución proletaria. El partido del proletariado, capacitado por la lucha para el ejercicio del poder y el desarrollo de su propio programa, realiza en esta etapa las tareas de la organización y defensa del orden socialista”.¹⁸³

La adhesión de Mariátegui a la Tercera Internacional y estos dos conocidos párrafos, que redactó personalmente para la citada reunión del Comité Central del Partido Socialista del Perú del 1º de marzo de 1930, poco antes de morir (murió el 16 de abril de ese año) –reunión de la que nació el PC del Perú– prueban, concluyentemente, que él llegó a adherir al marxismo leninismo y formuló la necesidad de las etapas en la revolución. No es honesto basarse en la confusa redacción de un párrafo, en un escrito anterior, para definir la posición de Mariátegui sobre el carácter de la revolución peruana y latinoamericana, cuestión crucial de toda revolución, y presentarlo como cuestionador de “la visión dominante en los partidos comunistas, de concebir la revolución por etapas”, como hace Claudia Korol, repitiendo un esquema trotskizante que hoy es grato a todos los revisionistas del marxismo.¹⁸⁴ La posición de Mariátegui, al morir, demuestra que había recogido la justeza de las críticas, directas o implícitas, que recibió su escrito enviado a la reunión de Buenos Aires; y tampoco es honesto, cuando se habla de un revolucionario como Mariátegui, dudar de la sinceridad de sus posiciones.

En síntesis: en la Conferencia hubo una línea equivocada frente a la burguesía nacional y la pequeña burguesía. Esta posición, con matices, fue compartida por los delegados de la Internacional Comunista y los latinoamericanos, incluida la delegación peruana.

En cuanto al problema indígena, la delegación peruana planteó, con justeza, que la base del problema estaba en la feudalidad de la colonia y en la subsistencia del latifundio y de relaciones feudales y semif feudales, en la América Latina de esos años, y subrayó su vinculación con el problema campesino. Pero el problema indígena no se agota en la cuestión agraria y es evidente que el infor-

me peruano confundió el problema de las razas con el problema nacional. No era ni es correcto simplificar el problema indígena en los países latinoamericanos en “el problema de la tierra”. No es correcto –como lo demuestran múltiples ejemplos del pasado y de este siglo– vincular la reivindicación nacional sólo a la existencia o gestación de “una burguesía oprimida por la burguesía de la nación opresora”, como afirma Carmen Rosa Balbi para avalar las posiciones de Mariátegui en su escrito a la Conferencia Comunista Latino Americana.¹⁸⁵ El informe también subestimó la existencia de prejuicios raciales respecto de los negros y los chinos en los países latinoamericanos donde éstos son una fuerte minoría.

También estaban equivocados los cuadros de la Internacional Comunista que supeditaban el problema de la tierra al problema de la autodeterminación de las naciones quechua y aymará, entre otras. Esta posición no subrayaba la lucha común de blancos, indígenas, negros, mestizos y mulatos contra el imperialismo y los terratenientes, como cuestión principal. Consideraba a América Latina un “país único” y subestimaba los límites nacionales, “impuestos desde afuera”, menospreciando el grado avanzado de formación de las diferentes nacionalidades, tema al que nos referimos en el primer capítulo de esta obra hablando de la Argentina, pero que es válido para toda América Latina.

El Congreso de la Confederación Sindical Latino Americana (CSLA)

En mayo de 1929, en Montevideo, se realizó el Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latino Americana adherida a la Internacional Sindical Roja.

Participaron diez centrales obreras nacionales (Uruguay, Brasil, Colombia, México, Panamá, Bolivia, Paraguay, Cuba, Guatemala y El Salvador), importantes organizaciones regionales de Ecuador y Perú y organizaciones regionales y de industria de Argentina, Venezuela y Costa Rica.¹⁸⁶ Muchos de los delegados a este Congreso participaron posteriormente en la Conferencia Comunista Latino Americana.

Sólo un pequeño porcentaje de la masa de más de 30 millones

de trabajadores latinoamericanos estaba organizada, y dentro de ese reducido porcentaje sólo algunas categorías de obreros calificados y un gran sector de artesanos. Estaba organizado el sector menos importante. En la mayoría de los países subsistían viejas formas de organización por oficio e, incluso, mutualistas. El Congreso recomendó reorientar el trabajo sindical para crear sindicatos por industria, con base en los centros básicos de la producción, con cotizaciones regulares, amplia ligazón con las masas y buenas direcciones, capaces de estudiar, preparar y llevar adelante luchas contra el capitalismo. Se lanzó la consigna “en cada empresa, en cada rama de la producción, un sindicato”. Y se acordó organizar comités de fábrica electos por todos los trabajadores de una determinada empresa. Los miembros del sindicato de cada empresa constituirían la sección sindical de base, que debería dirigir al comité de fábrica. El conjunto de secciones sindicales de base –o de empresa– formarían la sección local de determinado sindicato de industria. Estos, además, se unirían en la Unión Local a nivel de ciudad o localidad.

A través de un pacto entre la CSLA y la Trade Unions Educational League de los EE.UU. (que decía representar a 250 mil trabajadores) se estableció la “plena solidaridad y mancomunidad de propósitos con el proletariado de los Estados Unidos”. Y se convocó a redoblar la lucha por la libertad de Simón Radowitzky, preso desde hacía veinte años en Ushuaia.

Mientras las centrales sindicales reformistas de Amsterdam (ligadas al imperialismo europeo) y de la COPA (Confederación Obrera Pan Americana, ligada al imperialismo yanqui) sólo abarcaban a “las capas superiores calificadas del proletariado de los viejos países capitalistas” y a la “aristocracia obrera yanqui”, el objetivo de la ISR y el de la CSLA fue abarcar, desde el punto de vista ideológico y de organización, “a los más explotados (...) más humillados y vilipendiados por el capitalismo”.¹⁸⁷

Miguel Contreras, dirigente cordobés del PCA, en nombre del Comité Organizador del Congreso, dio el informe sobre la situación del proletariado latinoamericano. Subrayó el retroceso de las fuerzas sindicales “en los últimos diez años” y la necesidad de superarlo.¹⁸⁸

Destacó la ofensiva del imperialismo yanqui y la “defensiva desesperada del imperialismo inglés” con “la complicidad de las burguesías nacionales que se venden al mejor postor”.¹⁸⁹

Insistió en que el imperialismo no favorecía el desarrollo industrial, pese a la opinión en contrario de los reformistas, y subrayó que la lucha de la Internacional Sindical Roja iba contra todos los imperialismos.

Contreras dedicó especial atención, en su informe, al proletariado agrario, que era “el núcleo fundamental de todo el proletariado”, ya que representaba “entre el 70 y el 80 por ciento de la masa obrera”, “más de 20 millones de peones que trabajan como verdaderos esclavos en todas las haciendas, chacras, empresas rurales, plantaciones frutales, cafetales, yerbatales, bosques, feudos agrarios, etc.”. En todos lados se trabajaba de sol a sol, dijo. La desorganización sindical era enorme. En la Argentina, luego de cuarenta años de organización sindical, solo el 8 por ciento de los obreros agrícolas estaba organizado (unos 170 mil). En los ingenios azucareros, yerbatales, cafetales y otras explotaciones agrícolas que concentraban a grandes masas, se les pagaba en bonos, latas, vales especiales que sólo podían usar en los almacenes de la empresa. No existía una legislación social ni leyes de protección al trabajo y las pocas que se habían dictado no se aplicaban. Tal el caso de las que obligaban, en la Argentina, a pagar los salarios en moneda nacional, ley que era abiertamente violada en todo el norte del país.

En las empresas imperialistas (frigoríficos, minas, petroleras, plantaciones, etc.) se imponía el régimen más bárbaro de explotación y los obreros carecían de toda garantía. La represión al movimiento sindical, en esas empresas, era brutal y, en algunos casos, como las explotaciones selváticas y minas, llegaba a la eliminación física de los trabajadores que resistían la explotación.

Contreras alertó en el Congreso de la CSLA sobre la posible instalación “de nuevos gobiernos fuertes en otros países (Colombia, Argentina, etc.)”.¹⁹⁰

Leopoldo Sala, miembro de la CGT del Uruguay, informó sobre la cuestión campesina y la organización del proletariado agrícola. Se refirió a todos los tipos de economía agraria que coexis-

tían en América Latina y concluyó que el latifundio era la forma económica dominante. Ocupaba del 75 al 85 por ciento del suelo latinoamericano.¹⁹¹ Un puñado “de grandes señores feudales o de empresas imperialistas”, poseían latifundios inmensos, de 400 a 500 mil hectáreas; algunos, incluso, ocupaban Estados enteros, como el de la Ford en Amazonas, Brasil. Una firma capitalista, Casado Hnos., tenía 10 mil leguas en el Chaco paraguayo. Esos latifundios se trabajaban “con un verdadero ejército de peones”, el “tipo de explotación de nuestra campaña es el capitalista. Naturalmente se trata de un sistema capitalista de explotación con aspectos feudales”.¹⁹² El aspecto feudal de esa explotación residía “en que las empresas explotadoras son dueñas de todo lo que ahí existe, son verdaderos Estados dentro del Estado, tienen autoridades propias, policías propias y aun cárceles propias, esclavizan a los hombres por medio de adelantos de dinero o de contratos de trabajo, tienen moneda propia para pagar a sus esclavos –los vales o fichas– sin su permiso no es posible entrar o salir de sus dominios vastísimos”.¹⁹³ Los salarios eran miserables, seguía diciendo Sala. En algunos países, como Guatemala, se castigaba con el cepo al trabajador que se emborrachaba y se aplicaba en gran escala el sistema de los azotes. El trabajador que iba a un yerbatal en Paraguay difícilmente saldría de ellos “sin soportar 20 o 30 años de esclavitud”. “Es necesario –dijo Sala– que volvamos nuestra cara al campo”.¹⁹⁴

Un problema particular era la presencia de cientos de miles de obreros inmigrantes en Brasil, Uruguay y Argentina, de los que sólo una parte mínima estaba organizada, lo que permitía que fueran doblemente explotados y, en ocasiones, se los utilizase como rompehuelgas. Hubo sobre este tema un informe especial de A. Gubinelli, de la CGT de Brasil.¹⁹⁵ Se recomendó formar comisiones idiomáticas de propaganda en los sindicatos y levantar las reivindicaciones especiales de los inmigrantes.

El Congreso trató “el problema indígena” sobre la base de un informe presentado por José Carlos Mariátegui, del Perú, que fue adoptado como base para continuar la discusión. El delegado de Cuba, S. Junco, presentó un informe sobre “el problema de la raza negra y el movimiento proletario”. El Congreso subrayó, en los

informes de Mariátegui y de Junco, la “honda raigambre social y política” tanto del problema indígena como del problema de la raza negra.

Eugenio Gómez, el dirigente uruguayo, informó sobre los peligros de guerras mundiales y latinoamericanas.

David Siqueiros, delegado de la Confederación Sindical Unitaria de México, informó sobre la lucha contra el imperialismo y la CSLA.

En el Congreso participaron dos delegados de la Unión Ferroviaria de la Argentina, Bernardo Becerra y Tomás Firpo, en carácter informativo. Se los había invitado, dijo posteriormente la CSLA, “sabiendo su ideología netamente reformista” y se acordó enviar una delegación de tres miembros de la CSLA al Congreso de la Unión Ferroviaria que se realizaba pocos días después. Fueron designados para esto: A. Gubinelli (Brasil), Sandalio Junco (Cuba) y David Siqueiros (México), pero no pudieron entrar al Congreso. La dirección de la Unión Ferroviaria llamó a la policía y fueron a parar al Departamento Central. Salieron gracias a las gestiones del Socorro Rojo Internacional.

NOTAS DEL CAPÍTULO VIII

1. El movimiento revolucionario latinoamericano, editado por La Correspondencia Sudamericana, Buenos Aires, 1929. (En adelante El movimiento...).

2. Droz, de paso por Río de Janeiro en su viaje hacia Buenos Aires para la Primera Conferencia Comunista Latino Americana, escribió sobre el PC del Brasil: “La situación del Partido Comunista es buena. La CGT brasileña ha sido fundada el 1º de mayo y agrupa verdaderamente las mejores y las únicas fuerzas obreras del país. El meeting del 1º de Mayo, al aire libre, sobre una de las plazas de la ciudad, agrupó entre 15.000 y 20.000 personas que a continuación desfilaron en las calles en las narices de una policía impotente. Han sido vendidos treinta mil números del diario”. Y sobre el PC del Uruguay: “Uruguay acaba de tener un congreso de unificación sindical que agrupa en nuestra CGT a la gran mayoría

del proletariado organizado, 12.000 a 13.000 obreros. Montevideo ha actuado como un poderoso motor para acelerar el agrupamiento y la organización, la concentración de fuerzas sindicales alrededor nuestro". (Jules Humbert-Droz, *De Lenine a Staline*, edic. cit., págs. 388 y 389). Droz se refiere al acto del 1º de Mayo de 1927 en Río de Janeiro. Hay una magnífica foto de este acto en el libro de Astrojildo Pereira, uno de los fundadores del PCB en 1922 y secretario general de ese Partido en la década del 20. Ver: Astrojildo Pereira, *Formação do PCB*, Río de Janeiro, Brasil, Vitória, 1962.

3. *América Latina en lucha contra el imperialismo, por la independencia nacional, la democracia, el bienestar popular, la paz y el socialismo*, La Habana, 1975.

4. Ariel Bignami, dirigente del PC de la Argentina, llega al absurdo de decir que "en 1929, cuando se llevó a cabo la reunión continental [se refiere a la Primera Conferencia Comunista Latino Americana] los PP.CC. latinoamericanos pudieron haber elegido el camino de Mariátegui y no el que señalaba Stalin desde la IC. Sin duda era difícil hacerlo, pero la opción existió". Ariel Bignami, *Mariátegui, historia y presente del marxismo en América Latina*, Buenos Aires, FISyP, 1995, pág. 114.

5. *El movimiento...*, pág. 201.

6. Mao Tsetung, *Algunas experiencias en la historia de nuestro Partido*, en *Obras Completas*, tomo V, edic. cit., pág. 356.

7. *El movimiento...*, pág. 309.

8. Jorge Brega, *¿Ha muerto el comunismo? El maoísmo en la Argentina. Conversaciones con Otto Vargas*, edic. cit., pág. 45.

9. Jules Humbert-Droz, *obra cit.*, pág. 379.

10. *Idem*, pág. 374.

11. *Idem*, pág. 353.

12. *Idem*, pág. 369.

13. *Idem*, págs. 376 y 377.

14. En una carta a Droz, a fines de 1928, Manuilski le explica así la lucha de líneas en la Internacional: "¿Cuál es el problema que divide a toda la Internacional en dos alas? El ala de derecha tan-

to en Alemania como en Francia, en Checoslovaquia y en otros lados, es de la opinión que nuestro análisis basado sobre la perspectiva de una ola ascendente de la lucha revolucionaria es falsa. Según ellos, nosotros, comunistas, somos un puñado todavía, en la mayoría de los países. Por eso hay que volver a los métodos del Tercer Congreso sobre la táctica del frente único. La derecha cree que nuestra lucha contra la socialdemocracia es demasiado mecánica, nuestra táctica en los sindicatos nos va a aislar de las masas (...) son el producto del desánimo, de la fatiga de algunas capas del proletariado”. Jules Humbert-Droz, *obra cit.*, pág. 324.

15. Jules Humbert-Droz, *obra cit.*, pág. 390. Según Eudocio Ravines, Pièrre era un joven que decía haber tenido doce años cuando triunfó la Revolución de Octubre (ver: Eudocio Ravines, *La gran estafa*, edic. cit.). Es posible que la apreciación de Ravines esté equivocada y que Pièrre haya hecho un chiste respecto de la edad que tenía en 1917, pero era, indiscutiblemente, muy joven. Era de origen georgiano o caucásico. Por eso Droz lo llama “estalinista de nacionalidad”. Actuó en Francia y conocía muy bien ese país (por lo que pasaba por francés) y conocía, según Ravines, “como la palma de la mano” el litoral brasileño, donde había organizado redes secretas en sus puertos. Actuó en la Primera Conferencia Comunista Latino Americana como delegado de la Internacional Juvenil Comunista, con el seudónimo de Peters.

16. Jules Humbert-Droz, *obra cit.*, pág. 392. Conviene recordar aquella reunión de Moscú, en 1928, para tratar la cuestión argentina y el fuerte enfrentamiento de Codovilla con Lozovski.

17. *Idem*, pág. 391.

18. Sobre la valoración general de América Latina ver *VI Congreso de la Internacional Comunista*, tomo II, México, Pasado y Presente, 1978, pág. 351; sobre el Programa de la Internacional Comunista ver el tomo I de la misma obra, México, Pasado y Presente, 1977, pág. 287, y acerca del Proyecto de *Tesis* sobre movimiento revolucionario de América Latina ver *La Correspondencia Sudamericana*, N° 12, 13 y 14, mayo de 1929.

19. *VI Congreso de la Internacional...*, tomo II, México, Pasado y Presente, 1978, pág. 301.

20. *VI Congreso de la Internacional...*, tomo II, edic. cit., pág. 309.
21. B. Koval, *Movimiento obrero en América Latina*, Moscú, Editorial Progreso, 1985, pág. 28.
22. Manuel Caballero, *La Internacional Comunista y la Revolución Latinoamericana*, Caracas, Nueva Sociedad, 1987, pág. 117.
23. *VI Congreso de la Internacional...*, tomo II, edic. cit., págs. 375 y 376.
24. *El movimiento...*, edic. cit., pág. 21.
25. *Idem*, pág. 43.
26. *Idem*, págs. 81 y 82.
27. *Idem*, pág. 79.
28. *Idem*, pág. 80.
29. *Idem*.
30. *La Correspondencia Sudamericana*, Agosto de 1929.
31. *La Correspondencia Sudamericana*, Mayo de 1929.
32. *El movimiento...*, pág. 89.
33. *Idem*, pág. 89.
34. *Idem*, pág. 90.
35. *Idem*, pág. 21.
36. Mao Tsetung, *Sobre la nueva democracia*, en *Obras Escogidas*, tomo II, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1976, pág. 353.
37. *El movimiento...*, pág. 16.
38. *Idem*, pág. 15.
39. *Idem*, pág. 19.
40. *Idem*, pág. 31.
41. *Idem*, pág. 16.
42. *Idem*, pág. 16.
43. *El movimiento...*, pág. 36.
44. *Idem*, págs. 63, 66 y 67.
45. La razón de esta conducta frente al llamado –por los yanquis– “fascismo argentino”, estaba en la necesidad de mantener el abastecimiento de alimentos de nuestro país a Gran Bretaña. “El cese de los abastecimientos argentinos interrumpiría las operaciones militares en la escala planteada”, escribió el premier in-

glés, Winston Churchill, a Franklin D. Roosevelt, oponiéndose, en ese momento, a desestabilizar al gobierno militar argentino. (Citado en: Jorge Brega, ¿Ha muerto el comunismo? El maoísmo en la Argentina. Conversaciones con Otto Vargas, edit. cit., pág. 171). Incluso hay versiones sobre una inicial simpatía de Gran Bretaña hacia el primer gobierno de Perón. En el Archivo Nacional de Washington existe un documento de la Embajada de los EE.UU. en Asunción, fechado el 28/5/1947, que resume una conversación de Edward G. Trueblood, Encargado de Negocios Interino, y otros funcionarios de la embajada yanqui, con Natalicio González, presidente del Consejo de Estado de Paraguay. Este, “luego de vivir diez años exiliado en la Argentina” creía “conocer aquel país muy bien” y, en la conversación “puso énfasis en la influencia británica en la Argentina expresando que la elección de Perón se debía en gran parte a esa influencia”. Ver: Alcibíades González Del Valle, *El drama del 47*, Asunción, Paraguay, Edit. Histórica, 1987, pág. 228.

46. *El movimiento...*, pág. 21.

47. *Idem*, pág. 87.

48. “Los propietarios de simple fuerza de trabajo, los propietarios de capital y los propietarios de tierras, cuyas respectivas fuentes de ingresos son el salario, la ganancia y la renta del suelo, es decir, los obreros asalariados, los capitalistas y los terratenientes, forman las tres grandes clases de la sociedad moderna, basada en el régimen capitalista de producción”, había dicho Carlos Marx. (Carlos Marx, *El Capital*, tomo III, Buenos Aires, Cartago, 1956, pág. 745).

49. *El movimiento...*, pág. 146.

50. Mao Tsetung, *Obras Escogidas*, tomo V, edic. cit., pág. 356.

51. *Idem*, págs. 356 y 357.

52. B. Koval, *obra citada*.

53. *El movimiento...*, pág. 44.

54. *Idem*, pág. 149.

55. *Idem*, pág. 150.

56. *Idem*, pág. 161.

57. *Idem*, pág. 45.

58. *El movimiento...*, pág. 44.
59. Se trata del cuadro de la Internacional Comunista Jean Jolles, de origen alemán, que militaba desde 1923 en la Argentina y países del Cono Sur. Ver: Isidoro Gilbert, *El oro de Moscú*, edic. cit., pág. 50.
60. *El movimiento...*, pág. 157.
61. *Idem*, pág. 170.
62. *Idem*, pág. 109.
63. *Idem*, pág. 104.
64. *Idem*, pág. 104.
65. *Idem*, pág. 91.
66. *Idem*, pág. 98.
67. B. Koval, *obra cit.*, pág. 31.
68. *El movimiento...*, pág. 159.
69. *Idem*, pág. 91.
70. *Idem*, págs. 91 y 92.
71. *Idem*, pág. 164. (El subrayado es del original).
72. *Idem*, págs. 44 y 45.
73. *Idem*, pág. 83.
74. *La Correspondencia Sudamericana*, Mayo de 1929, N° 12-13-14.
75. *El movimiento...*, pág. 83.
76. *Idem*, pág. 83.
77. *Idem*, pág. 161.
78. *Idem*, pág. 162.
79. *Idem*, pág. 157.
80. André Malraux, *Antimemorias*, Buenos Aires, Sur, 1968, pág. 496.
81. *El movimiento...*, págs. 310 y 311.
82. *La Correspondencia Sudamericana*, Mayo de 1929, N° 12-13 y 14.
83. *El movimiento...*, pág. 263.
84. *Idem*, págs. 279, 282 y 283.
85. *Idem*, pág. 263.
86. *Idem*, pág. 265.
87. *Idem*, pág. 288.
88. *Idem*, pág. 295.

89. *Idem*, pág. 303.
90. *Idem*, págs. 268 y 269.
91. *Idem*, pág. 265.
92. *El movimiento*, págs. 265 y 266.
93. *Idem*, pág. 266.
94. *Idem*, pág. 267.
95. *Idem*, pág. 297.
96. *Idem*, pág. 288.
97. *Idem*.
98. *Idem*.
99. *Idem*, pág. 297.
100. *Idem*, pág. 270.
101. *Idem*, págs. 272 y 273.
102. *Idem*, pág. 271.
103. *Idem*, pág. 293.
104. *Idem*, pág. 302.
105. *Idem*, págs. 276 y 277.
106. Otto Vargas, *Sobre el modo de producción dominante en el Virreynato del Río de La Plata*, edic. cit., pág. 77.
107. *Idem*, pág. 79.
108. *Idem*, pág. 82.
109. *El movimiento...*, pág. 297.
110. *Idem*, pág. 298.
111. *Idem*, pág. 298.
112. *Idem*, págs. 298 y 299.
113. *Idem*, pág. 299.
114. *Idem*, pág. 300.
115. *Idem*, pág. 304.
116. *Idem*, pág. 312.
117. *Idem*, pág. 314.
118. *Idem*, pág. 313.
119. *La Correspondencia Sudamericana*, N° 15, 1929, pág. 28.
120. *Idem*, pág. 29.
121. *La Chispa*, 9/6/1928.
122. *El movimiento...*, págs. 169 y 170.
123. *Idem*, pág. 194.
124. *Idem*, pág. 74.

125. *Idem*, págs. 98 y 99.
126. *Idem*, pág. 101.
127. *Idem*, pág. 101.
128. *Idem*, pág. 186.
129. *Idem*, pág. 187.
130. *Idem*, pág. 189.
131. *El movimiento...*, pág. 190.
132. *Idem*, págs. 187 y 189.
133. *Idem*, pág. 102.
134. *Idem*, pág. 200.
135. *Idem*, pág. 163.
136. *Idem*, pág. 190.
137. *Idem*, pág. 193.
138. *Idem*, pág. 163.
139. *Idem*, pág. 110.
140. *Idem*, pág. 191.
141. *Idem*, págs. 179 y 180.
142. *Idem*, pág. 55.
143. *Idem*, pág. 56.
144. *Idem*, págs. 182 y 183.
145. *Idem*, pág. 63.
146. *Idem*, pág. 73.
147. *Idem*, págs. 191 y 192.
148. *Idem*, pág. 192.
149. *Idem*, pág. 162.
150. *Idem*, pág. 304.
151. *Idem*, pág. 311.
152. *Idem*, pág. 94.
153. *Idem*, págs. 94 y 95.
154. *Idem*, págs. 95 y 96.
155. *Idem*, pág. 96.
156. *Idem*, pág. 97.
157. *Idem*, pág. 309.
158. *Idem*, pág. 85.
159. Manuel Caballero, *obra cit.*, pág. 157.
160. *Idem*, pág. 158.
161. *Idem*, pág. 158.

162. *La Correspondencia Sudamericana*, Mayo de 1929, N^o 12-13 y 14.
163. *El movimiento...*, pág. 108.
164. *Idem*, pág. 110.
165. *Idem*, pág. 111.
166. *Idem*, pág. 113.
167. *Idem*, pág. 115.
168. *Idem*, pág. 116.
169. *Idem*, págs. 117 y 118.
170. *El movimiento...*, pág. 118.
171. *Idem*, pág. 119.
172. *Idem*, pág. 119.
173. *Idem*, pág. 119.
174. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 56.
175. *El movimiento...*, pág. 21.
176. Rodolfo Puiggrós, *Las izquierdas y el problema nacional*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1967, pág. 123 en adelante.
177. Jorge Abelardo Ramos, *El Partido Comunista en la política argentina*, Buenos Aires, Coyoacán, 1962, pág. 67, nota al pie.
178. Claudia Korol, *El Che y los argentinos*, Buenos Aires, Ediciones Dialéctica, 1988, pág. 148.
179. *Idem*.
180. *El movimiento...*, págs. 149 y 150. (Las negritas son de Mariátegui).
181. José Aricó, *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México, Pasado y Presente, segunda edición, 1980.
182. *Idem*, pág. 12.
183. "Retomemos a Mariátegui y reconstituyamos su partido". Conferencia de Abimael Guzmán en el 80^o aniversario del nacimiento de José Carlos Mariátegui. En: *Guerra Popular en el Perú, el Pensamiento Gonzalo*, editor: Luis Arce Borja, Bruselas, junio de 1988, págs. 74 y 75.
184. Claudia Korol, *obra cit.*, pág. 148.
185. Carmen Rosa Balbi, *El Partido Comunista y el APRA en la crisis revolucionaria de los años treinta*, Lima, G. Herrera editores, 1980, pág. 55.
186. *Bajo la bandera de la C.S.L.A.*, Imprenta Linotipo, Mon-

tevideo, s/fecha.

187. *Idem*, pág. 11.
188. *Idem*, pág. 16.
189. *Idem*, pág. 18.
190. *Idem*, pág. 41.
191. *Idem*, pág. 49.
192. *Idem*, pág. 51.
193. *Idem*, pág. 51.
194. *Idem*, pág. 54.
195. *Idem*, pág. 89.

CAPÍTULO IX

CRISIS MUNDIAL Y GOLPE DE ESTADO

La política del yrigoyenismo se orienta hacia la dictadura nacional-fascista.

Declaración del Partido Comunista, 23/8/1930.

Fue (...) una vasta alucinación colectiva, una especie de curioso mesianismo que ascendió desde la plebe ilusa o logrera hasta ciertas capas sociales que creíamos preservadas del contagio.

Roberto F. Giusti

¿Pero quién lo volteó? ¿el Ejército? ¡No! Fue la oligarquía, que había sido desalojada del poder en 1916 y esperaba su oportunidad para pegar el zarpazo.

Frase atribuida a Juan Domingo Perón por Tomás Eloy Martínez.

La gran crisis del '30

El 29 de octubre de 1929 se produjo el crack de la Bolsa de New York que dio paso a la crisis mundial de 1930.

Como explicó Eugenio Gastiazoro,¹ el auge económico posterior a la Primera Guerra Mundial había alcanzado proporciones desconocidas hasta entonces, sobre todo en el campo financiero. Habían crecido nuevas industrias, como la del automotor. Este proceso generó, como vimos en el capítulo anterior, las elucubraciones teóricas de Bujarin y otros dirigentes de la Internacional Comunista, en el período preparatorio del VI Congreso de la misma –y el agudo debate en ese Congreso– sobre las perspectivas de estabilización o crisis del sistema capitalista.

El llamado “fordismo” y el avance tecnológico habían hecho

más intensa la explotación de la fuerza de trabajo. Las grandes ganancias de los consorcios financieros ya no encontraban beneficios suficientes en la inversión productiva y se volcaron a la especulación. Esta alentó expectativas de mayores beneficios futuros, y las grandes empresas y los bancos aprovecharon ese auge para lanzar más y más acciones. Millones de pequeños ahorristas entraron en el juego de la Bolsa sin ver que el crecimiento de la masa de papeles no representaba un crecimiento proporcional de la riqueza: se basaba en hipotéticas ganancias futuras. Crecieron también las fusiones y combinaciones de grandes empresas y las expectativas de un crecimiento ilimitado llevó a instalar nuevas plantas e incrementar la producción de bienes de capital.

Pero el mercado, dado el nivel salarial, no podía absorber el extraordinario crecimiento de la producción de bienes de consumo. La venta a crédito permitió por un tiempo mantener la demanda, a cuenta de futuros ingresos. Pero ni el crédito interno ni el externo podían crecer indefinidamente. La realización de las ganancias de los capitalistas dependía del cobro de esos créditos y éstos de la capacidad de pago de los compradores.

A principios de 1929 comenzaron a notarse dificultades para la venta de ciertos productos. Cayó el precio del trigo y la agricultura de los EE.UU. sintió el impacto. Comenzó a declinar la producción. La Bolsa de Nueva York, que se sostenía en una carrera alocada de colocación de valores cuyo precio llegó a las nubes, hizo crack el 29 de octubre. Cundió el pánico. Todos querían vender. Se rompió la cadena de pagos. Se derrumbaron las ilusiones en las ganancias futuras. Aumentó la desocupación y cayó aún más el consumo.

Salvo la URSS, el único país socialista de entonces, el mundo se precipitó en la crisis porque EE.UU. se había convertido en el principal centro capitalista. El capital norteamericano había reconstruido las economías europeas. Se inició un largo período de estancamiento económico (la llamada “Gran Depresión”) del que recién se saldría con la Segunda Guerra Mundial.

Los “años locos”, la “belle époque”, el apogeo del liberalismo económico, condujeron al mundo capitalista, alegremente se podría decir, a la crisis. Esta abrió el camino al fascismo y éste trajo

la Segunda Guerra Mundial. El resultado más importante de la guerra, a su vez, fue el triunfo de la dictadura del proletariado, el socialismo, en la tercera parte de la tierra.

En la Argentina

En la década del 20, como vimos, se habían producido grandes cambios en la economía argentina. Las carnes frías (el *chilled*) habían desplazado a las congeladas en el comercio mundial. Argentina había pasado a ser el primer exportador mundial de carnes enfriadas. De 2.500 toneladas exportadas en 1919 se llegó a 250 mil, en 1922. El enfriado produjo una gran modificación en la economía agraria. Originó la crisis ganadera en los años 1922-1923, crisis que llevó a adoptar una serie de leyes en defensa de la ganadería. Se abrió un intenso debate entre partidarios y enemigos de la intervención estatal, que reflejaba la lucha entre criadores e invernadores. El frente ganadero se quebró: por un lado los invernadores, que tenían las tierras más aptas para el engorde, y vendían directamente a los frigoríficos para el enfriado y exportación, y por otro los criadores, que debían vender sus animales a los invernadores para su terminación. Esa ruptura influyó, decisivamente, en la ruptura de la UCR entre “personalistas” (que representaban fundamentalmente a los criadores) y “antipersonalistas” (ligados preferentemente a los invernadores). Los primeros tenían como jefe a Yrigoyen y los segundos a Marcelo T. de Alvear. Los invernadores producían para el mercado externo, principalmente el inglés, y establecieron relaciones privilegiadas con los frigoríficos exportadores, propiedad, como vimos, en su mayoría, de los norteamericanos. El hecho de que el mercado de venta final de las carnes enfriadas estuviera en Gran Bretaña, a la “hora de la verdad”, cuando nuestra economía fue arrastrada a la más profunda depresión, en la década del 30, resultó decisivo para orientar la política argentina, demostrando claramente que la clase de los terratenientes era un apéndice del imperialismo dominante, el inglés.²

La exportación de carnes llegó a su punto máximo en 1924 con 3,5 millones de cabezas y luego comenzó a declinar hasta llegar a

1,7 millones en 1932. El consumo interno también declinó de 4,2 millones en 1925 a 3,6 millones en 1931. A partir de 1930 comenzó a bajar el precio de las carnes: si se toma 100 de base para 1926, había decrecido hasta 47 en 1933.

En la década del 20 había crecido enormemente la exportación de productos agrícolas, alcanzando montos que no serían superados en muchos años. Creció la mecanización del campo: en 1922 se habían importado 27.710 arados y 693 cosechadoras, y en 1926 se importaron 53.076 arados y 4.565 cosechadoras (de segar y trillar). En 1922 se importaron 4.639 sembradoras y en 1926, 28.119.³ Pero, a partir de 1926, comenzaron a caer los precios agrícolas en el mercado internacional. El trigo bajó de \$12,20 los 100 kilos, en 1926, a \$11,30 en 1927; \$10,50 en 1928; \$9,70 en 1929; \$8,80 en 1930 y llegó a cotizarse a \$5,30 en 1933. El precio del maíz siguió un curso semejante y cayó de \$8,50 en 1928 a \$3,93 en 1933 y la cebada de \$9,10 en 1928 a \$3,41 en 1933. El precio de producción de estos productos llegó a ser muy superior a su precio de venta (el precio de producción del trigo, puesto en puerto era, en 1931/32, según el Ministerio de Agricultura, de \$7,30).⁴

También en la década del 20 alcanzó una gran expansión la penetración norteamericana en la economía nacional. Entre 1913 y 1929 las inversiones yanquis pasaron de 40 millones de dólares a 611 millones. Numerosas empresas norteamericanas se establecieron en el país: Standard Oil, Standard Electric, Westinghouse, Otis Elevator, Ford Motors, General Motors, General Electric, Ducilo, entre otras. Los ingleses mantuvieron sus posiciones principales e hicieron nuevas inversiones; lo mismo los alemanes, que avanzaron en el terreno energético.

En ese período el petróleo comenzó a reemplazar al carbón, que se importaba desde Inglaterra y era una de las bases del predominio inglés en la economía nacional. Entre 1927 y 1928 se desarrolló YPF y entre 1928 y 1929 se transformó en una compañía petrolera integral. La lucha por el dominio del petróleo, entre el imperialismo inglés y el yanqui y los intereses nacionales –que expresaba, entre otros, el General Mosconi– pasó a adquirir una importancia central en la economía y la política nacional. El 17 de

septiembre de 1928 la Cámara de Diputados aprobó el proyecto yrigoyenista de nacionalización del petróleo. Este golpeaba a los monopolios imperialistas, apoyaba la estatización de la explotación petrolera y quitaba la prerrogativa de otorgar concesiones a los gobiernos provinciales. La Standard Oil, aliada a sectores de la oligarquía argentina tradicionalmente vinculados al imperialismo alemán, había recibido importantes concesiones en la provincia de Salta.⁵

Crisis y golpe

La crisis mundial de 1929 hizo sentir, duramente, sus efectos sobre la economía nacional. La desocupación de millones de obreros y el empobrecimiento de millones de personas de las capas medias, en el mundo, disminuyó la cantidad de consumidores de carnes y cereales argentinos. La crisis en los EE.UU. empujó en ese país una política de altas tarifas aduaneras contra el maíz, el lino y otros productos argentinos. El pool frigorífico impulsó el desarrollo de la ganadería en Brasil, para competir con la nuestra. Francia tenía una alta producción cerealera y Alemania tomó medidas proteccionistas para su agricultura. Se fue creando “una situación de desastre para la economía argentina”.⁶ El valor de las exportaciones, en los primeros ocho meses de 1930 disminuyó un 37,2 por ciento con respecto al mismo período de 1929. Cayeron los cobros por derechos aduaneros y las recaudaciones fiscales. El servicio de las amortizaciones e intereses de la deuda pública había crecido enormemente en la década del 20. Era de 113 millones 471 mil pesos papel, en 1920, y llegó a 216 millones 661 mil en 1929. El descenso del comercio exterior contrajo la economía interna y produjo una merma en los recursos del gobierno, que debió afrontar una virtual cesación de pagos. Se produjo un impresionante éxodo de capitales que obligó al gobierno a decretar el cierre de la Caja de Conversión, por temor a que la gente fuese a cambiar sus pesos por oro. Fue una medida improvisada por el yrigoyenismo, pero permitió mantener el valor de los salarios. Con el pretexto de la crisis, las grandes empresas, para mantener sus ganancias, introdujeron la “racionalización” y dejaron a miles

de obreros en las calles. Los terratenientes –pese a la grave situación creada por la caída de precios– aumentaron los arriendos. Se desencadenaron grandes luchas obreras (en los frigoríficos, los ferrocarriles, en Rosario y Córdoba) y luchas de los arrendatarios. Todo conducía, para las clases dominantes, a la necesidad de instalar un gobierno fuerte a su servicio.

Una serie de intereses (de los petroleros, de importadores de artículos manufacturados, de exportadores de chilled, de los dueños de los ferrocarriles, de los importadores de carbón) coincidieron en el golpe de Estado que volteó a Yrigoyen.

Inicialmente predominaron en el golpe sectores proyanquis y proalemanes. Los ingleses actuaron como segundones. Pero, a poco andar, el imperialismo inglés hizo valer el peso de su poder como principal cliente de la oligarquía ganadera argentina, de los invernadores en concreto, y de su fuerte red de dominación tejida durante décadas, con lo que ese imperialismo predominó durante toda la década del 30 e inicios de la del 40.

El proceso político-militar que terminó en el golpe

El radicalismo negaba la lucha de clases. En la UCR había aristócratas –como Marcelo T. de Alvear–, estancieros, profesionales, comerciantes, chacareros y peones de campo. El radicalismo expresaba un estado subjetivo de masas que exigían cambios favorables a los intereses nacionales; pero carecía de programa. De haberlo tenido, no habría conseguido amalgamar a los obreros rurales con sus patrones estancieros, ni que coexistieran en su seno partidarios del librecomercio con sectores defensores del proteccionismo. Yrigoyen, que se opuso siempre a dotar a la UCR de un programa, impulsó, en su segundo gobierno, medidas reformistas que afectaron a la oligarquía terrateniente y al imperialismo. Pero no destruyó su base económica; ni se lo propuso. Quiso enfrentar el problema de la tierra pública (base del poder de la oligarquía), pero pronto descubrió que, si hacía la investigación correspondiente, tendría que mandar a la cárcel a muchos miembros del oligárquico Jockey Club (del que también Yrigoyen era socio, desde 1897).

Yrigoyen tuvo una posición de enfrentamiento con los yan-

quis. Desconoció la doctrina Monroe. Durante todo su gobierno mantuvo vacante la embajada en Washington. Dio la orden –no acatada por los representantes argentinos– de retirarse de la reunión constitutiva de la Sociedad de las Naciones si ésta no aceptaba a las naciones vencidas en la guerra.

Yrigoyen levantó la bandera de la nacionalización del petróleo. Creó la Dirección General del Petróleo, transformada luego en YPF. Los conservadores se asustaron: “Ayer fueron los alquileres, hoy es el petróleo, mañana será la propiedad rural amenazada de ser redistribuida”, dijo Matías G. Sánchez Sorondo.⁷ El gobierno radical aprovechó la aparición del petróleo ruso en los mercados internacionales para negociar un convenio con la empresa soviética Iuyamtorg. Ese acuerdo quedó listo para ser firmado por el Presidente de la Nación en agosto de 1930. La dictadura uriburista no lo firmó.⁸

Hicimos referencia a la división de la UCR entre “personalistas” y “antipersonalistas”. Estos últimos realizaron una intensa campaña contra Yrigoyen argumentando la incapacidad física del Presidente para gobernar. Los hechos posteriores a la caída del gobierno demostrarían que “el Peludo”, como llamaban a Yrigoyen los conservadores, estaba lúcido en ese período y que no se pueden atribuir a su vejez modos y conductas que obedecían a sus concepciones políticas. Los “antipersonalistas” confluyeron en la oposición con los socialistas independientes –encabezados por Antonio de Tomaso y Federico Pinedo– que exigían el juicio político al Presidente. El diario *Crítica* fue el boletín del golpe. Y los estudiantes – como sucedería en 1955– jugaron un papel importantísimo en la creación del clima para el mismo. Apoyados por las autoridades universitarias, generaron los disturbios que prepararon a la opinión pública para sacar las tropas a la calle.

El 4 de septiembre, una gigantesca manifestación estudiantil recorrió el centro de la ciudad de Buenos Aires protestando contra la “dictadura” y contra el “tirano senil y bárbaro”; fue reprimida, con el saldo de un manifestante y un policía muertos. El 5 de septiembre, Alfredo Palacios, decano de la Facultad de Derecho (que también sería un activo golpista en

1955), junto con los consejeros estudiantiles Julio V. González

y Carlos Sánchez Viamonte, envió un telegrama a Yrigoyen exigiéndole la renuncia.

Mientras, crecía la conspiración en los cuarteles. “Tenía años de preparación: siete u ocho, por lo menos”.⁹ Ante la renuncia del sinuoso e intrigante Gral. Agustín P. Justo a encabezar el movimiento golpista, apareció en escena el Gral. José Félix Uriburu, miembro de una familia oligárquica, públicamente conservador (fue diputado por ese partido), admirador del fascismo, apoyado por dirigentes conservadores y nacionalistas. Estos últimos se habían multiplicado en el período previo al golpe. Eran partidarios de un corporativismo que permitiese “a las clases dirigentes el aniquilamiento del proceso social”.¹⁰

El entonces capitán Juan Domingo Perón fue parte del Estado Mayor golpista que dirigía el Gral. Uriburu. El grupo militar encabezado por el Gral. Justo, partidario también de frenar el proceso popular y defender los privilegios afectados por el yrigoyenismo, por diversas razones, dejó el liderazgo del movimiento golpista al Gral. Uriburu. Pero siguió conspirando y agrupando fuerzas para su política, que era la de desalojar a los radicales del poder pero manteniendo el orden institucional; política que triunfaría en la “segunda vuelta” del golpe. La conspiración era abierta. Los conspiradores se reunían en el diario *Crítica*. Allí concurrían los representantes de la Federación Universitaria, los “antipersonalistas”, los conservadores y los socialistas independientes. “Esto era público, notorio”.¹¹

A principios de septiembre el ministro de Guerra, Gral. Luis Dellepiane, tomó medidas contra Uriburu y Justo. Pero Yrigoyen lo desautorizó. Dellepiane renunció e Yrigoyen quedó a merced de los golpistas.

El golpe se produjo el 6 de septiembre con un manifiesto previo del Gral. Uriburu que fue redactado por Leopoldo Lugones –convertido ahora al fascismo–, con correcciones hechas por el Tte. Cnel. Sarobe (del grupo del Gral. Justo). Yrigoyen, enfermo, había delegado el mando en el vicepresidente, Enrique Martínez, el 5 de septiembre. Martínez decidió no enfrentar a los golpistas. Estos constituían un vasto frente opositor. Yrigoyen estaba aislado. Sin embargo, los acontecimientos de la década del 30,

cuando los radicales le organizaron a la dictadura una sublevación tras otra, demostraron “que tenían fuerzas como para haberse opuesto a ese movimiento y para vencerlo”.¹² A Uriburu le costó pronunciar a su favor a Campo de Mayo. Un jefe de regimiento (Alcárez Pereira) se cruzó y no permitió que se moviera. La Tercera División (del Litoral) permaneció quieta y la escuadra quedó inmóvil a tiro de fusil de la Casa de Gobierno. Pese a esto el golpe fue un paseo de los cadetes del Colegio Militar con el apoyo de los sectores civiles golpistas. En especial los estudiantes. El único encontronazo lo tuvieron al llegar a la Confitería del Molino, donde fueron tiroteados por unos pocos yrigoyenistas. Yrigoyen, enfermo, marchó a La Plata intentando resistir, pero, viendo que era imposible, renunció.

La oligarquía en el poder

Una de las fuentes del golpe de 1930, escribió Peter H. Smith, fue “el deseo de la aristocracia de ejercer un control directo de la política”. Estaban más afectados por la crisis que por la política de Yrigoyen y querían una salida que los beneficiara. De los ocho ministros iniciales del Gral. Uriburu, cuatro pertenecían a la Sociedad Rural. Salvo los profesionales de las Fuerzas Armadas, todos los ministros provenían “de la alta clase tradicional”.¹³ Como escribió Ricardo M. Ortiz, “el movimiento de septiembre, en cuanto se relaciona con la ganadería –y esta relación es evidente– permitió a la ‘élite’ ganadera curarse en salud; es decir tomar el gobierno antes que los efectos adquiriesen una extremada gravedad. Su solución fue el pacto de Londres firmado en mayo de 1933, consecuencia a su vez de la conferencia de Ottawa, realizada en 1932. La ‘élite’ ganadera (...) volcó los efectos de la crisis sobre el criador”.¹⁴

Un cable trajo un comentario europeo: “La política imperialista de los Estados Unidos ha obtenido un nuevo éxito: era necesario que se librara del único gobernante en América del Sur que no estaba dispuesto a someterse”.¹⁵ Tres de los ocho ministros del gobierno militar estaban vinculados a las compañías petroleras extranjeras. El gobierno militar abandonó el proyecto de nacionali-

zación del petróleo y las negociaciones con la URSS para comprar petróleo soviético por debajo del precio mundial. El petróleo ruso colocaba a la Argentina a salvo de las consecuencias que podría traer la nacionalización petrolera. Un ministro francés, al conocerse el golpe de 1930 le dijo al embajador argentino en París: “Señor embajador, su revolución huele a petróleo”. El general Mosconi fue destituido de YPF, se lo encarceló y se le abrió una causa judicial.

Se declaró el estado de sitio y, el 8 de octubre, se decretó la ley marcial que regiría hasta junio de 1931. Duró poco la alegría de los estudiantes que habían sido utilizados como cuzcos ladradores del golpe de Estado. Como sucedería en todos los golpes de Estado posteriores, las universidades fueron intervenidas. Al tiempo que se realizaba el más desvergonzado asalto al erario público, se fusiló a los delincuentes comunes por delitos irrelevantes, como sucedió con José Carlos Mondini, fusilado por robar una billetera con 70 pesos en un tranvía. Se fusiló a los anarquistas Severino Di Giovanni y Paulino Scarfó. Se popularizó el uso de uno de los “grandes” inventos argentinos: la picana eléctrica, para torturar a los presos comunes y a los presos políticos. Se encarceló a miles de comunistas, anarquistas, radicales, sindicalistas opositores, entre otros. Centenares de obreros fueron deportados. Algunos de ellos, enviados a la Italia fascista, pasaron directamente de las cárceles argentinas a las cárceles de Mussolini.¹⁶

Para enero de 1930 había más de 600 mil desocupados y la dictadura, caritativamente, repartía ¡5 mil comidas diarias! En el interior, grupos de hombres hambrientos, linyeras, asaltaban almacenes para poder comer. Miles de empleados públicos fueron a la calle.¹⁷ La cosecha de ese año fue buena, pero los colonos se negaban a levantarla porque el precio del cereal no cubría el pago del arrendamiento y el flete ferroviario. Las empresas encararon una violenta “racionalización”. Donde trabajaban dos obreros quedó uno. Se bajó el salario de los obreros rurales, y los bancos, ante la caída de los precios de la producción agrícola, concedieron créditos a los campesinos ¡para pagar los arriendos a los terratenientes! Estos, en vez de bajar los arriendos, como vimos, los incrementaron.

El movimiento sindical dirigido por sindicalistas y socialistas

se fusionó en la CGT a fines de septiembre de 1930. Esta declaró en su manifiesto constitutivo que “convencida de la obra de renovación administrativa del gobierno provisional” estaba dispuesta a apoyar a la dictadura en “su acción institucional y social”. Se declaró también convencida de “que el gobierno provisional no mantiene en vigencia la ley marcial, sino para asegurar la tranquilidad pública (...) los actos de los sindicatos no han sido molestados (...) no se conoce el caso de militantes ni miembros de los cuerpos centrales de la CGT que hayan sido detenidos ni perseguidos en virtud de la acción sindical”.¹⁸

En síntesis: los hechos demuestran como correcta la conclusión de Ricardo M. Ortiz: “La revolución de septiembre de 1930, adaptó a la Argentina a la crisis mundial que había comenzado a acentuarse en las últimas semanas de 1929. Esa revolución no fue un movimiento dirigido contra un gobernante; fue consecuencia de una crisis de estructura”.¹⁹

El Partido fue sorprendido

El golpe de Estado, “tomó por sorpresa al Partido” (sic), según declaró a las pocas semanas el Buró Político del mismo.²⁰ Es llamativo el hecho, porque el golpe de Uriburu fue anunciado con mucha anticipación. Ya el golpe de Estado de 1927 en Chile había hecho sonar la clarinada de alarma en América del Sur. El PC de Chile, que era el de mayor influencia de masas en América Latina,²¹ fue barrido por el golpe. (Ya mencionamos que no pudo enviar delegados a la Primera Conferencia Comunista Latino Americana de 1929). Cuando se produjo el golpe de Estado en Chile el PC de la Argentina alertó que esa situación se “puede mañana plantear en la Argentina”.²² Atrás del golpe de Estado en Chile jugó la rivalidad imperialista, entre yanquis e ingleses, en torno al dominio del salitre chileno. El 28 de mayo de 1930, un golpe militar destituyó al presidente boliviano Hernando Siles y el 25 de agosto, mediante un golpe de Estado, fue depuesto, en Perú, Augusto Leguía. Se confirmaba lo planteado por Victorio Codovilla, pocos meses antes, en la Conferencia Comunista de Buenos Aires: los yanquis empujaban, en América Latina, gobiernos duros.

En la Carta-comentario que había acompañado el fallo de la Internacional Comunista sobre el caso Penelón, en mayo de 1928, la IC llamaba al Partido a preparar seriamente su próximo Congreso y advertía que era necesario hacerlo así porque “nadie sabe cuánto tiempo le queda aún para poder discutir por así decirlo, en relativa libertad”.²³

Pero el PCA no se preparó para ese desenlace, inevitable, de los acontecimientos políticos y sociales. Una gruesa venda de errores teóricos y políticos le cubría los ojos y le impedía ver y valorar correctamente hechos que eran, sin duda, evidentes.²⁴

El PC tuvo información propia sobre los preparativos golpistas. El 25 de febrero de 1928 *La Internacional* denunció una reunión conspirativa del Gral. Agustín Justo, ministro de Guerra, con ocho generales, y alertó sobre la perspectiva “de una dictadura militar-fascista”, de la cual, dijo, el Gral. Justo era “el gestor”. Acusó al Gral. Justo y al Contralmirante Domecq García (al que calificó de fascista) de “estar ligados al capital inglés por el cordón umbilical de la Liga Patriótica” y de preparar una dictadura para que el país siguiese atado a Inglaterra. Como los yanquis, según *La Internacional*, “no van a trepidar en hacer otro tanto (...) tenemos la perspectiva más próxima o más lejana, de una dictadura militar fascista en el país”. El 4 de marzo de 1928, *La Internacional* volvió a alertar sobre el peligro del golpe de Estado.

Pero pocos días antes del golpe, el 23 de agosto de 1930, el PC publicó una declaración planteando que el yrigoyenismo “se orienta hacia la dictadura nacional-fascista”. En ese mismo número de *La Internacional*, un artículo titulado “Aún no se produjo ‘la revolución’” ironizaba sobre el peligro golpista y se mofaba de una manifestación contra Yrigoyen realizada por el bloque conservador de oposición: le “atajaron el paso los agentes de tránsito y, a una señal de sus varitas” la habían hecho doblar y alejarse de la Casa de Gobierno, decía. Según *La Internacional* era el mismo gobierno el que hacía todo lo posible para que los de la oposición conservadora “se agiten, pataleen, se preparen y se salgan de la vaina. Cuanto más chillan más pronto aflojarán (...) ya se ve que aún no están dispuestos a tomar ellos la iniciativa”. Se equivocaba. “Sorprendido” por el golpe de Estado, el Partido cayó en la

confusión y “reaccionó tardíamente” y con “bastante pasividad”, lo que generó “en su seno diversos factores de semi-descomposición”.²⁵

Salieron a luz las debilidades del Partido. “Su falla fundamental fue una combatividad escasa”, la “manifestación más potente y peligrosa del oportunismo”, según el propio Buró Político.²⁶ “Nuestra inactividad no se ha producido sólo en función de la ‘sorpresa’, de la

‘impreparación’ –comprobaciones éstas de por sí seriamente condenatorias para un partido revolucionario– sino que se ha prolongado en la más escandalosa inercia después de los acontecimientos”.²⁷ Un militante del Partido escribió en el *Boletín Interno* que “el CC por intermedio de *La Internacional*, y con fines no muy claros, sembró el pánico dentro de nuestras filas, propagando a los cuatro costados el fusilamiento de cuatro comunistas, lo cual ya se sabía que no era cierto y a pesar de eso insistió sobre este hecho en dos números”,²⁸ lo que demuestra el grado de confusión reinante en la dirección del Partido.

Si, como vimos, el Partido disponía de información propia sobre el golpe (nada extraño, dada la preparación casi pública del movimiento cívico-militar, como surge de todos los autores que se refieren al mismo) debemos concluir que la falta de preparación para enfrentarlo y la confusión y desorganización posteriores fueron producto de la línea del Partido.²⁹

El error principal cometido por la dirección del PC fue la caracterización que hizo de Yrigoyen, y ésta partió del error sobre las características de la burguesía nacional en los países coloniales, semicoloniales y dependientes como la Argentina.

La dirección del PC calificaba a Yrigoyen como proyanqui y decía que se orientaba “cada día con mayor nitidez hacia el nacional fascismo”.³⁰ Consideraba, en forma mecánica y apriorística, que el imperialismo yanqui en América Latina se apoyaba siempre en la burguesía industrial. Vimos anteriormente que por esa razón, en la década del 20, Victorio Codovilla había considerado que en algunos países de América del Sur el imperialismo yanqui, al apoyarse en la burguesía industrial y no en los terratenientes (a los que el PC hasta 1930 llamó burguesía agraria), impulsaba el

desarrollo industrial y objetivamente jugaba un rol relativamente progresista.³¹ En la discusión posterior Codovilla revisó esta idea; pero él y otros dirigentes de la Internacional siguieron planteando que el imperialismo yanqui, en su disputa con el imperialismo inglés en América del Sur, y en particular en el Cono Sur, se apoyaba en la burguesía industrial.

Por eso el II Pleno del Secretariado Sudamericano de la IC, luego del golpe uriburista,³² en una crítica directa a las opiniones de Codovilla, “constató una vez más (...) la naturaleza oportunista de la teoría que pretendía hacer jugar una función ‘progresiva’ al imperialismo yanqui, considerado por esa teoría como el aliado natural de la burguesía nacional”. Resultó que en el golpe del 6 de septiembre de 1930, planteó el Secretariado Sudamericano de la IC, los yanquis se aliaron, sin problemas, con “los grandes terratenientes” –obsérvese que, por primera vez, se utiliza la categoría marxista de terratenientes–, lo que probaba, agregó, la tesis de la Internacional Comunista de que “la penetración imperialista no presupone la extinción de las formas feudales o semif feudales de explotación, sino todo lo contrario”.

Yanquis e ingleses y una visión errónea

El CC del PC –según el II Pleno del Secretariado Sudamericano de la IC– vaciló en la interpretación del golpe de Estado desde el punto de vista de su ligazón con el imperialismo y existió la tendencia a considerar que “en razón de la vinculación histórica de los terratenientes con Gran Bretaña, la Junta compuesta por terratenientes debía ser emanación británica, cosa que constituía aún un resto de las creencias oportunistas de la ligazón natural de la burguesía nacional con el imperialismo yanqui”.

El golpe fue hegemonizado –como vimos– por sectores vinculados al imperialismo yanqui y al imperialismo alemán, siendo secundarizados, transitoriamente, los sectores vinculados al imperialismo inglés. Estos no se habían opuesto al golpe, también participaron en él. Pero la dirección del PC, viendo sentados en el gabinete de Uriburu a representantes de la más rancia oligarquía ganadera –ligada tradicionalmente al imperialismo inglés–, creyó

ver todo claro; y en realidad vio todo mal. Entendió que los sectores proingleses habían volteado al gobierno proyanqui de Yrigoyen.

Hasta ese momento, la dirección del PC había considerado a los terratenientes como un sector de la propia burguesía (la burguesía agraria) y, en ésta, como vimos, no diferenciaba a la burguesía intermediaria de la burguesía nacional, es decir, el sector de la burguesía de los países oprimidos que enfrenta, con mayor o menor energía y con métodos revolucionarios o reformistas – según sean sus características y el momento histórico– al imperialismo. El CC del PC no tomó en consideración los hechos que demostraban que Yrigoyen enfrentaba –con medidas reformistas y gestos nacionalistas– al imperialismo yanqui.

Incluso era evidente que se apoyaba en los ingleses para forcejear con los yanquis. En 1929 Yrigoyen inició contactos con Gran Bretaña para concretar un tratado comercial. Finalmente, se suscribió un acuerdo de créditos recíprocos por 100 millones de pesos. Argentina proveería cereales y carnes, y Gran Bretaña material ferroviario. El gobierno argentino haría las adquisiciones, anticipándose, en este aspecto, a la política de control estatal del comercio exterior que practicaría Perón. La oposición combatió este pacto (llamado Pacto D'Abernon, por el nombre del negociador británico) que fue aprobado por la Cámara de Diputados y, al momento del golpe, estaba siendo considerado por el Senado; éste nunca lo aprobó. Yrigoyen, además, en un gesto favorable a los ingleses, anuló el decreto de Alvear que reducía las tarifas ferroviarias. En la Conferencia de La Habana, la representación argentina defendió la consigna de los ganaderos de “comprar a quien nos compra”, dirigida contra los yanquis por ser Inglaterra el principal comprador de Argentina. Y la clausura de la Caja de Conversión por el gobierno yrigoyenista, presionado por la gravedad de la crisis, aceleró el proceso de desvalorización de la moneda argentina, lo que beneficiaba las compras inglesas de productos argentinos y perjudicaba las ventas de mercancías yanquis. La dirección del PC consideró estos hechos como simples oscilaciones del yrigoyenismo, estimando que éste “iba a ponerse finalmente de parte de Nueva York”.³³

El yrigoyenismo, por un lado, tomaba medidas nacionalistas,

como las que impulsó para el petróleo, y amenazaba con medidas antioligárquicas y antiimperialistas que no se transformaban en hechos. Y, por otro lado, reprimía duramente a las luchas obreras y campesinas, como vimos. Esto cuando las consecuencias de la crisis golpeaban con furor a las masas trabajadoras y se había introducido la racionalización en las fábricas, con el resultado de miles de obreros desocupados. Poco a poco se fueron esfumando las esperanzas de las masas populares en los cambios que había prometido Yrigoyen y su gobierno fue quedando de más en más aislado. Todo esto fue aprovechado por el imperialismo y la oligarquía para desprestigiar al gobierno radical y preparar el golpe de Estado fascista.

La dirección del PC no supo ver la diferencia entre los rasgos reaccionarios del yrigoyenismo y el carácter fascista del golpe que se preparaba. Y los rasgos independentistas del yrigoyenismo, típicos de la burguesía nacional, fueron despreciados por la dirección del PC, que los entendió como simples actos demagógicos. La compleja relación del proletariado de un país dependiente con la burguesía nacional del mismo, con momentos en los que predomina la unidad y otros –cuando la burguesía nacional traiciona, o cede ante el imperialismo– en los que predomina la lucha, era desconocida por la dirección del PC y por la dirección de la IC de ese entonces. Todavía en 1932, en plena lucha antidictatorial, con centenares de radicales compartiendo las prisiones de la dictadura con los presos comunistas, producidos varios levantamientos armados antidictatoriales del radicalismo, la dirección del PC consideraba que “la lucha del Partido contra el radicalismo debe ser mucho más enérgica que hasta hoy”. “El radicalismo principalmente, y con él sus múltiples aliados e instrumentos (socialistas, cegetistas, anarquistas) es la principal fuente ideológica de la reacción” sostenía y también que “la lucha contra el radicalismo, fuente decisiva de la reacción, debe pasar a primer plano”.³⁴ Lo mismo le sucedería a la dirección del PC en 1946, con el entonces coronel Perón. Por un camino diferente al de Chen Tusiú, el dirigente que, con el apoyo de la dirección de la Internacional Comunista, llevó al PC de China a una gran derrota por confiar en las supuestas virtudes revolucionarias de la burguesía nacional, la

dirección del PC, con su línea oportunista de izquierda, al no diferenciar a la burguesía nacional de los terratenientes y la burguesía intermediaria, apéndices éstos de diferentes imperialismos, llevó al PC a la gran derrota de 1930.

La autocrítica de Codovilla

Producido el golpe de Estado uriburista el PC convocó a una Conferencia Nacional del Partido. El “asunto argentino fue minuciosamente discutido” en el II Pleno del Secretariado Sudamericano de la IC, habiendo sido objeto de “una crítica muy severa, ‘a la europea’”.³⁵ Con fecha del 30/11/1930 el Bureau Latinoamericano de la IC envió una carta al CC del PCA.³⁶ El II Pleno y la carta del Bureau Latinoamericano hicieron el análisis de los errores cometidos por el Partido. Sobre esta base y luego de un período de discusión interna, la Conferencia Nacional se reunió en los primeros días de marzo de 1931 en Rosario³⁷ e hizo un análisis crítico y autocrítico sobre lo que fue calificado como “el fracaso del 6” y como “la gran derrota del 6 de septiembre”. La Conferencia eligió una nueva dirección (una parte de la antigua estaba en prisión y otros, elegidos por el VIII Congreso, habían sido separados del CC) y pidió a los miembros que ocupaban puestos de dirección que precisasen su posición política y reconociesen sus errores. La Conferencia de Rosario planteó que, dado “que el camarada Codovilla ha luchado contra el reajuste de la organización y ha resistido enérgicamente la proletarización, la Conferencia Nacional acuerda pedirle una declaración sobre su posición política respecto de la línea del Partido y de los errores cometidos antes y durante el 6 de septiembre, así como su opinión en lo relativo a las resoluciones de la presente Conferencia Nacional. Es de esto que la Conferencia hace depender la permanencia del compañero Codovilla en la dirección del Partido”. El Bureau Latinoamericano de la IC y el Secretariado Sudamericano también criticaron al PCA la resistencia a la proletarización del Partido, el abandono del trabajo entre el semiproletariado (resultado de una exageración sectaria de la proletarización) y la falta de una línea precisa y clara respecto del problema agrario. Resultado, esto último, de

carecer de una delimitación correcta de las capas sociales en el campo, a las que se reducía, esquemáticamente, a la división entre obreros agrícolas, colonos arrendatarios y terratenientes.

Victorio Codovilla fue el blanco principal de las críticas. Pero Codovilla no estaba en la Argentina. Había sido convocado a Moscú por lo que no pudo hacer su autocrítica directamente a la Conferencia; la hizo a través de un documento que fue publicado en el *Boletín Interno*.³⁸ Codovilla se autocriticó por la falta de perspectiva, de él y de la dirección del Partido, “frente a la proximidad del golpe que era visible para todos” y por “la incapacidad demostrada en movilizar a las masas trabajadoras”. Al no haber comprendido la inminencia del golpe de Estado, escribió, no hicieron un trabajo serio entre las masas para “sacudir su apoliticismo” y combatir la idea –de origen anarquista y anarcosindicalista– de que “todos los gobiernos son iguales”. Codovilla reconoció que esa “falta de perspectiva” provenía de la “falta de análisis concreto de la situación política del país y de nuestra despreocupación de las luchas entabladas entre los diversos grupos burgueses y terratenientes”. (Obsérvese que, como vimos en el documento del Pleno del Secretariado Sudamericano de la IC sobre el golpe de 1930, se comienza a utilizar la categoría de terratenientes diferenciada de la de burguesía en general). Codovilla planteó que la dirección del Partido sólo había visto la “solidez” del gobierno yrigoyenista,³⁹ solidez falsa. Habían subestimado la importancia de la oposición y pensaron que, pese a las amenazas de ésta, “el golpe de Estado no tendría lugar, por cuanto el irigoyenismo, en cuyo seno se desarrollaban elementos de fascitización, estaba en condiciones de reforzar dictatorialmente el aparato de opresión estatal, concentrar en su alrededor a la mayoría de las fuerzas de la burguesía y de los terratenientes, y luego de obligar a la oposición a capitular, concentraría la lucha y continuando su política de racionalización en contra del movimiento obrero y campesino para descargar sobre estas capas sociales las consecuencias de la crisis. **De allí que hayamos concentrado toda nuestra actividad contra el irigoyenismo (...) sin comprender el carácter político del golpe de Estado que se estaba preparando**” (el subrayado es mío, O.V.).

Además Codovilla se autocriticó por haber subestimado “el apoyo dado por el imperialismo yanqui a la oposición del gobierno de Irigoyen”. Dicha subestimación del rol del imperialismo yanqui en la oposición al yrigoyenismo se había debido, también, a una “adjudicación mecánica a uno u otro imperialismo, de las fuerzas que le servían de instrumento para su penetración en el país”. En este error, agregó, le cupo “una responsabilidad directa”. La dirección del PC, reconoció, consideraba al yrigoyenismo hegemonizado por “la burguesía industrial naciente” como “agente del imperialismo yanqui” y “al Partido Conservador –en sus diversos matices– el rol de agente del imperialismo inglés”. Esto sin tener en cuenta que “los imperialistas pueden apoyarse indistintamente en uno u otro grupo burgués y terrateniente en su lucha por la dominación monopolista de un país”. Se podían apoyar “hoy en grupos adversos a un gobierno que han sostenido hasta ayer si este gobierno se hace inestable a causa de su base social (...) y hoy no representa más una garantía para sus intereses y su política de penetración”. Por eso, según Codovilla, el gobierno de Uriburu “que subió al poder gracias al apoyo del imperialismo yanqui” bajo “la presión de los terratenientes, se ha visto obligado de más en más a orientarse hacia el imperialismo inglés”. Por lo que, agregaba, también “sería un error considerar a los irigoyenistas como agentes puros y simples del imperialismo inglés” (sic).

También se había criticado a Codovilla, como vimos, el haberse opuesto a la proletarización del Partido, error que reconoció a medias argumentando a su favor con ejemplos de su lucha por mejorar la composición social de los partidos sudamericanos. Y se lo criticó por su tendencia a la absorción personal del trabajo.⁴⁰

El Pleno del CC del PC “tomó nota” de la declaración de Victorio Codovilla y acordó que, a los fines expresados por la Conferencia Nacional “era satisfactoria”, por lo que Victorio Codovilla quedaba como miembro regular del CC.⁴¹ Pese a ello, dijo el CC, la declaración de Victorio Codovilla “contiene algunas fallas” que lo obligaban a redactar un comentario público ante el Partido, puesto que el reconocimiento de Victorio Codovilla, “por la forma y por el fondo” era bastante formal y se resentía de “ausencia de vigor autocrítico”. Era justo considerar un error haber adjudicado

a los conservadores una ligazón permanente y mecánica con los británicos, “cosa desmentida por el golpe del 6” y también hacer lo mismo respecto de los yanquis con los radicales. Pero ésta era una observación “insuficiente”, que “encerraba el verdadero error de apreciación que conducía a una línea falsa”: considerar “casi natural” la relación de los conservadores (latifundistas y ganaderos) con los capitalistas británicos, llevaba de hecho a la concepción del “rol progresivo” del imperialismo yanqui y “presuponía la lucha de la burguesía nacional contra los terratenientes, cosas ambas evidentemente falsas”.

Señaló el Pleno del CC del PC que la relación de los terratenientes argentinos con el imperialismo yanqui era producto de un largo proceso posterior a la guerra de 1914 y en medio de ese largo proceso se había operado el “pasaje de una gran masa de terratenientes y latifundistas al costado yanqui”, sin “descontar el factor británico”, con el que debían contar por la importancia del mercado inglés y sus inversiones en la Argentina. Esto no significaba que “el bloque del 6 queda eternamente atado al capital yanqui”. “No puede hablarse de ligazón eterna: debe hablarse de ligazón más permanente de esos sectores”. De allí que criticaran la declaración autocrítica de Codovilla en lo que hacía al gobierno de Uriburu, que decía que bajo la presión de los terratenientes “se ha visto obligado de más en más a orientarse hacia el imperialismo inglés”. Codovilla “no aporta ningún hecho comprobatorio de su afirmación”. Tampoco podría aportarlo porque “no existen”. Señalaba el Pleno del CC, como demostración, la “campaña de los radicales hartos agresiva contra los norteamericanos”, aclarando siempre que no estaban contra el capital extranjero, “al que se desea atraer (capital europeo, británico)”. Todo esto era producto de un nuevo error de Codovilla, dijo el CC: “Antes era la ligazón eterna con un imperialismo dado; ahora es el cambio de ligazón imperialista cada seis meses. Lo uno y lo otro es errado, porque se sostiene al margen de las relaciones de clase que determinan esas ligazones”.

El CC también indicó que la autocrítica de Victorio Codovilla respecto de su falta de apoyo a la lucha por la proletarianización del Partido no era “suficientemente seria y profunda”.

Como se ve, el fardo principal de los errores cometidos por el PC ante el golpe de Estado de 1930 cayó sobre Victorio Codovilla, que se había transformado en el dirigente principal del Partido. Pero no le fue criticado su principal error: no ver el carácter de burguesía nacional del yrigoyenismo y su contradicción con los imperialistas y la oligarquía. Pasarían muchos años hasta que los dirigentes del PC de la Argentina lo descubrieran. Algunos de ellos no lo descubrieron hasta hoy. Guralski, Lozovski y otros dirigentes de la IC, que tenían una fuerte enemistad con Codovilla, aprovecharon la ocasión para golpearlo. Manos amigas lo rescataron, llamándolo a Moscú a trabajar en la IC. En los archivos de la Comintern hay un documento de Ossip Piatnitzki, el jefe de la Comisión de Control Político de la Internacional Comunista, del 23/11/1930, para telegrafiar a la Argentina, sobre “el empleo ulterior del camarada Codovilla” en la Comintern. El 23/2/1931 Codovilla participó en una reunión de la Comisión Política del Secretariado de la Comintern. Extrañamente, estos documentos están visiblemente censurados.⁴² También en los Archivos de la Comintern hay una comunicación, en inglés, de la Comisión Política de la IC, al Bureau de América del Sur, del 2/3/1931. En ella, la CP, considerando “correcta en lo principal la crítica a los errores y sobre la situación en el PC de la Argentina” realizada por el Bureau de América del Sur, y las medidas que éste había tomado para proletarizar a los activistas y dirigentes del Centro del Partido, para trasladar lo esencial del trabajo de las ciudades hacia las grandes fábricas y para garantizar la lucha contra las desviaciones oportunistas de derecha y de izquierda, le llama la atención sobre el peligro de “una lucha sin principios entre los principales partidos de América del Sur”. En ese sentido, se “considera, por ejemplo, políticamente errónea la explicación de las pasadas omisiones del PC de la Argentina en atribuir su jefatura al camarada Codovilla, que llevó a fondo la discusión de principios que es indispensable para rectificar la línea del PC y las raíces del oportunismo de su seno”. Y “se condena la crítica contra Codovilla que en varias partes de vuestra carta degenera de la crítica política a la crítica personal, buscando desacreditarlo”, por lo que la Comisión Política de la IC proponía remediar ese error y comunicar esta

opinión al Buró Político del PC de la Argentina.

Victorio Codovilla continuó su actividad en la Comintern. Conocido como Luis Medina, tendría un rol relevante en los acontecimientos de la República en España y en el proceso que transformó al Partido Comunista de España de un partido de 12 mil militantes, en uno de casi 300 mil. Retornaría a la Argentina diez años después.

El balance del IX Congreso

En el informe presentado por Orestes Ghioldi al IX Congreso del PC, en enero de 1938 (ausentes del país Codovilla y Rodolfo Ghioldi), se consideró que los “errores en el pasado fueron sustancialmente errores sectarios”. Antes de 1930 “el Partido dirigía su fuego principal contra el irigoyenismo. Su consigna era: ‘Abajo la reacción y el irigoyenismo verdugo del proletariado’. Considerábamos que el partido oficial no era un movimiento fascista, pero que tenía muchos elementos de fascismo. No comprendíamos que esos elementos de fascismo se alojaban en el movimiento opositor reaccionario. En la lucha de Irigoyen contra el Senado no se vio un aspecto de la lucha contra un reducto de la oligarquía, sino la marcha de Irigoyen hacia un régimen similar al de Ibáñez” (se refiere al gobierno chileno del general Carlos Ibáñez). Y agrega: “el Partido no fue capaz de prever el 6 de septiembre. Se dejó sorprender. La tendencia a la simplificación nos llevaba a ver en la enconada lucha política una simple pugna entre dos sectores de las clases dominantes y, por consiguiente, a proclamar la neutralidad”.

Dijo Orestes Ghioldi que detrás de estas posiciones hubo “incomprensión de las diferencias que existen entre la tendencia nacional reformista de la burguesía, que aún tiene ciertas posibilidades progresistas en su pugna contra la oligarquía y el imperia-lismo, y el block feudal imperialista. El pueblo ve en primer lugar a este enemigo de su liberación, de su progreso, de su bienestar. Es lo que explica las hondas raíces del radicalismo a pesar de sus inconsecuencias y de haberse orientado contra el proletariado cuando se agudizaba la lucha de clases (como en 1921). Esta in-

comprensión nos llevó a posiciones francamente sectarias”. No se habían asimilado, dijo, las enseñanzas de Lenin y Stalin, “que no descartan la posibilidad de acuerdos con el sector nacional-reformista de la burguesía, en los países dependientes y coloniales”. Había que desenmascarar la tendencia del yrigoyenismo a la capitulación frente al imperialismo; pero, simultáneamente, “conservando la independencia orgánica y política del partido del proletariado, había que apoyarlo contra la arremetida de la reacción oligárquica y ponerlo ante la necesidad de cumplir sus promesas de reformas sociales en beneficio del pueblo”.⁴³ Paulino González Alberdi, en un artículo de recordación del pasado del PC, escribió que a éste le había faltado, en septiembre de 1930, “llamar concretamente a defender al gobierno constitucional de Yrigoyen (...) ya que la relación de fuerzas no permitía formar **en ese momento** un gobierno más avanzado”.⁴⁴

Diecisiete años después

El *Esbozo de historia del Partido Comunista*, editado en 1947 por una comisión en la que jugó un papel relevante Victorio Codovilla, hace un análisis mentiroso sobre el papel del Partido en el golpe de 1930. Dice: “En la dirección de nuestro Partido, si bien predominaba el criterio de que el enemigo principal seguía siendo la oligarquía reaccionaria –por lo que había que sostener al gobierno de Yrigoyen contra la presión y los manejos subversivos de esta última–, apareció la idea de que el peligro del ‘gobierno fuerte’ venía también del lado del yrigoyenismo”.⁴⁵

En primer lugar, mal podía el PC, en 1930, golpear a la “oligarquía reaccionaria” como enemigo principal, cuando, como hemos visto a lo largo de este libro, en ese período jamás utilizaron la categoría “oligarquía” para denominarla. En ese entonces hubiesen considerado una concesión al populismo nacionalista usarla, puesto que eran los radicales los que utilizaban ese concepto. Está claro que el golpe del PC iba contra la burguesía en su totalidad, y el golpe principal a la burguesía nacional. El PC tenía el “criterio” que el enemigo principal era el yrigoyenismo. Teóricamente se basaban en la opinión de Stalin en su trabajo sobre *Los funda-*

mentos del leninismo (opinión de Stalin que –curiosamente– es un eje central de la política trotskista). En ese trabajo Stalin considera que en las tres etapas de la Revolución Rusa el golpe principal de la lucha del Partido fue contra la fuerza intermedia que les disputaba la dirección de las masas.⁴⁶ Es conocido que Mao Tsetung criticó como equivocada esta opinión de Stalin. Toda la práctica del PC de China bajo la dirección de Mao Tsetung, en su larga lucha por el poder, se basó en el principio de concentrar el fuego principal del ataque contra el enemigo principal y, desde allí, disputar la dirección de las masas a las fuerzas intermedias.

En una nota al pie de página, el *Esbozo...* se ve obligado a citar la declaración del CC del PC de agosto de 1930, pocos días antes del golpe, en la que dijeron: “El Gobierno Yrigoyen es el Gobierno de la reacción capitalista, como lo demuestra su política represiva, reaccionaria, fascizante, contra el proletariado en lucha, contra el cual aplica cada vez más los métodos terroristas”.⁴⁷

Esa línea del PC de la Argentina respondía cabalmente a la línea oportunista de izquierda que tenía entonces la Internacional Comunista, línea denominada de “clase contra clase” y que se expresó, de manera cruda, en las boletas del PC para las elecciones del 10/1/1932 – con muchos de sus candidatos deportados y presos–, boletas que llevaban como encabezamiento: **Partido Comunista Clase contra clase**.⁴⁸

El *Esbozo...* señala que la influencia del Partido sobre las masas no era lo suficientemente fuerte como para “poder decidir en la situación”, pero que “lo cierto es que no hizo todo lo que pudo haber hecho para alertar y movilizar a las masas contra el peligro inminente del golpe de Estado militar fascista”. Y, tímidamente, concluye que “la causa de ello residió en parte en una apreciación no justa del carácter del segundo gobierno de Yrigoyen”. Error que el *Esbozo...* (en esto igual que el IX Congreso) atribuye a la existencia de “fuertes restos de sectarismo”, sin analizar sus raíces teóricas.⁴⁹

Ir a medias en la autocritica y, sobre todo, equivocarse sobre las raíces teóricas de los errores cometidos en 1930, lo pagaría duramente el PC en el futuro. Lo mismo sucedería en 1947 cuando se analizaron, en el XI Congreso del PC, los errores cometidos

frente al peronismo.

NOTAS DEL CAPÍTULO IX

1. Eugenio Gastiazoro, *Historia Argentina*, tomo III, edic. cit., pág. 235 y sgtes.
2. Ricardo M. Ortiz, “El aspecto económico-social de la crisis de 1930”, *Revista de Historia* N° 3, Buenos Aires, 1958, pág. 59.
3. Antonio Gallo, *Sobre el movimiento de septiembre*, Buenos Aires, 1933, no figura editorial.
4. Ricardo M. Ortiz, *obra cit.*, pág. 64.
5. Eugenio Gastiazoro, *obra cit.*, tomo III, pág. 241.
6. Paulino González Alberdi, *Boletín* N° 2 editado por el Partido Comunista de la Argentina, 1/12/1930.
7. “La crisis de 1930”, en *Revista de Historia* N° 3, Buenos Aires, 1958, pág. 29.
8. Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*, tomo II, Buenos Aires, Plus Ultra, 1965, pág. 336.
9. Félix Luna, *Yrigoyen*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981, pág. 359.
10. Roberto Etchepareborda, en *Revista de Historia* N° 3, Buenos Aires, 1958, pág. 253. “Uriburu era una expresión genuina de nuestro patriciado. Salteño de origen, pertenecía a una rancia estirpe del Norte. Leyendo la historia de su familia, podía leerse en parte la historia de la Nación”. Matías Sánchez Sorondo, *ibidem*, pág. 103.
11. Juan José Real, Proyecto de Historia Oral del Instituto Di Tella, entrevista grabada en abril de 1971, pág. 8.
12. *Idem*, pág. 11. Agrega Real que él hizo el servicio militar en el año 1931-1932 y “el noventa por ciento de los oficiales (de los suboficiales, ni hablar) eran yrigoyenistas en el regimiento donde yo estaba”.
13. Peter H. Smith, *Carne y política en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1983, pág. 133.
14. Ricardo M. Ortiz, *obra cit.*, pág. 59.
15. Liborio Justo, *Nuestra Patria Vasalla*, edic. cit., pág. 258.

16. Dice el *Esbozo...*: “Bajo la dictadura de Uriburu-Justo se escribió una de las páginas más heroicas de nuestro Partido. Miles de afiliados y simpatizantes fueron detenidos, vejados, torturados, mantenidos en prisión por largo tiempo; muchos extranjeros fueron deportados a países fascistas de Europa. Es durante ese período que se formó la criminal ‘Sección Especial de Represión del Comunismo’ que fue perfeccionada durante el gobierno de Justo, siendo Leopoldo Melo su Ministro del Interior, y que trajo al país consejeros de la OVRA italiana y de la Gestapo hitleriana, ‘especialista’ en represión (...). Particularmente brutal y salvaje fue la persecución en Avellaneda bajo la dirección del Mayor Rosasco; durante noches enteras nuestros camaradas (entre ellos Arnedo Alvarez, José Peter, José Manzanelli, Alejandro Onofrio) fueron sometidos a los más tremendos suplicios” (ver *Esbozo...*, pág. 74, nota al pie). El mayor Rosasco fue ajusticiado por un grupo especial del PC. Luego de este acto vengador, momentáneamente, terminaron las torturas en Avellaneda.

17. Juan José Real ha hecho una buena descripción de la situación de las masas trabajadoras en esos años. Dice que “el panorama de 1930 y de 1932, era un panorama que no hemos vuelto a ver jamás (...) lo primero que resalta al recuerdo de uno era el hambre”. Real cuenta que él pesaba 108 kilos al salir del servicio militar y “al año siguiente, pesaba 68 kilos”. Se rebajaron los salarios. Un albañil que durante la presidencia de Alvear ganaba 8 pesos pasó a ganar 3 pesos. A los obreros ferroviarios se les hacía un descuento de sus salarios para ayudar a las empresas “que enfrentaban una situación económica difícil”, descuento que fue aprobado por la Unión Ferroviaria. El efecto más visible de la crisis, agrega Real, era la desocupación, “no la desocupación parcial (prácticamente hasta los ferroviarios estaban desocupados parcialmente) (...) la gente andaba a pie por las calles (...) en Puerto Nuevo se había hecho una especie de villa miseria, pero en un escalón inferior, de dos palos y un poncho”. En ese entonces Avellaneda estaba llena de puentes ferroviarios y éstos “estaban llenos de gente, la gente se refugiaba debajo de ellos y así se reproducía a lo largo de la campaña, miles y miles de hombres vagando siempre a lo largo de las vías, se llegó a una especie de *modus*

vivendi entre el linyera y el terrateniente, el linyera podía carnear, a condición que dejara sobre el alambrado el cuero de la oveja, entonces no era delito, el terrateniente no lo denunciaba a la policía, claro que no había que abusar (...) y en la ciudad de Buenos Aires, grupos de hombres que pedían (...) la tuberculosis en esa época hizo estragos (...) no había hogar en que no hubiera tuberculosis (...) la posibilidad de defensa frente a esa situación económica era muy limitada. De allí lo prolongado de las huelgas (...) había que tener una fuerza de convicción tremenda y una conciencia de clase terrible para soportarlo, porque era llevar al hogar al hambre”. (Juan José Real, *obra cit.*, pág. 15 y sgtes).

18. Diego Abad de Santillán, “El movimiento obrero argentino ante el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930”, en *Revista de Historia* N° 3, Buenos Aires, 1958, pág. 131.

19. Ricardo M. Ortiz, *obra cit.*, pág. 41.

20. *Boletín*, órgano interno editado por agi-prop del Partido Comunista, N° 1, 17/10/1930.

21. El PC de Chile tenía seis diputados y dos senadores; gran cantidad de regidores; dirigía la Federación Obrera de Chile, la Liga de Arrendatarios, y editaba tres diarios además de *Justicia*, órgano central del Partido.

22. *La Internacional*, 12/3/1927.

23. *La Internacional*, 2/6/1928.

24. Corresponde preguntarse, sin embargo, si las cosas sucedieron tal como aparecen y las presentó la dirección del PCA, o si fueron más complejas. Historiadores que cuenten con otras fuentes de información podrán clarificarlo en el futuro. El tema es: ¿qué posición tuvo el aparato secreto de la Internacional Comunista ante el golpe? ¿Es posible aceptar que también fue “sorprendido”, cuando los golpistas conspiraban públicamente desde el diario *Crítica*, de estrechísima relación con ese aparato? Un sector del anarquismo se oponía al golpe. Diego Abad de Santillán –hablando de la división del movimiento anarquista que impidió a éste “gravitar seriamente en los hechos” de 1930, frente a los cuales, dijo, “se halló impotente o de espaldas a la realidad en la hora trágica que se avecinaba”– preguntó: “¿Se podrá aclarar algún día la intervención habilísima que pudo tener en cier-

tos hechos luctuosos Palmiro Togliatti, el jefe comunista italiano que estuvo entonces por estos países?” (Diego Abad de Santillán, “La crisis de 1930”, *Revista de Historia* N° 3, Buenos Aires, 1958, pág. 127).

25. *Boletín*, órgano interno editado por agi-prop del Partido Comunista, N° 1, 17/10/1930. El Partido tardó mucho en reorganizarse. Un viejo militante clandestino del mismo, conocido como “Luis”, me relató en 1966 que, luego del golpe del '30, cuando reorganizaron el Partido en la Capital Federal, la zona que abarca La Paternal, Devoto, Villa del Parque, Flores, Versalles y Liniers era tomada por una sola organización con un puñado de militantes. Rubens Iscaro, en conversación con el autor, recordaba que, muchos meses después del golpe, se reorganizó la FJC de la Capital con unos pocos militantes, en un picnic en los bosques de Palermo al que él fue invitado para tocar el acordeón y engañar a la policía sobre el carácter de la reunión.

26. *Idem*.

27. *Boletín* editado por agi-prop del PCA, N° 3, pág. 1.

28. *Idem*, pág. 4.

29. Eudocio Ravines –que entonces trabajaba en el Secretariado Sudamericano de la IC– dice que Guralski y Pièrre, colaboradores soviéticos del mismo, lo enviaron a Buenos Aires ante la inminencia del golpe de Estado para retirar el archivo de direcciones de América del Sur. Llegó a Buenos Aires, relata, cuando en todas partes se hablaba de un golpe en ciernes, golpe que se dio el 6 de septiembre. Tenía órdenes de ubicar a Victorio Codovilla, pero éste, “la misma noche del golpe de Estado se embarcó rumbo a Montevideo”; de modo que Ravines recolectó los documentos que le habían pedido, y regresó a Montevideo. Ravines, cuyo odio hacia Codovilla es innegable, dice que, criticado por Guralski y Pièrre, “Victorio Codovilla partió para Moscú”. (Eudocio Ravines, *La gran estafa*, edic. cit., pág. 174).

30. *Boletín* editado por agi-prop. del PCA, N° 3, 18/11/1930, pág. 3.

31. Esta sería, veinticinco años después, la opinión del desarrollismo, y también la de José Aricó –con quien la discutí personalmente, cuando ambos militábamos en la FJC– en 1964.

32. *Boletín* editado por agi-prop del PCA, N° 2, 1/11/1930.
33. *Boletín Interno* editado por agi-prop del PCA, N° 4, 30/11/1930, Carta del Bureau Latinoamericano de la IC.
34. *Boletín Interno* N° 13, 25/3/1932, Proyecto de resolución sobre la situación y las tareas del Partido Comunista.
35. *Boletín Interno* N° 2, 1/11/1930.
36. *Boletín Interno* N° 4, 30/11/1930.
37. *Boletín Interno* N° 8, mayo de 1931, Archivos de la Comintern, Rollo 4122, Biblioteca del Congreso.
38. *Boletín Interno* N° 13, 25/3/1932, Archivos de la Comintern. Es evidente que Codovilla fue duramente golpeado por Guralski y otros colaboradores del Secretariado Sudamericano de la IC y protegido y “puesto a salvo” por sus amigos en Moscú. Pedro Marino, viejo militante del aparato central del PC, contaba que fue Viacheslav Molotov el que protegió a Codovilla y lo resguardó de las agresiones exageradas por sus errores. En ese momento, desplazado N. Bujarin, Molotov representaba al CC del PC(b) de la URSS en la IC y, además, atendía en la dirección del PC(b) a organismos especiales del gobierno soviético.
39. La dirección del PC –al igual que gran parte de la población– fue sorprendida por la victoria “abrumadora” de Yrigoyen en las elecciones de 1928, victoria que sobrepasaba, dijeron, “los límites de lo previsible”. Habían dicho entonces que las masas trabajadoras de la Capital se alejaban del socialismo y “corren ilusionadas tras el espejismo obrerista del irigoyenismo”. *La Internacional*, 14/4/1928.
40. Sobre este rasgo de Victorio Codovilla dijo Pablo Neruda: “Su capacidad era inmensa, su poder de síntesis era abrumador. Trabajaba sin ningún descanso e imponía ese ritmo a sus compañeros. Siempre me dio la idea de ser una gran máquina del pensamiento político de aquellos tiempos”. (Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, Buenos Aires, Losada, 1974, pág. 422). Santiago Alvarez, el dirigente del PC de España, dijo que era justa la crítica que hizo Palmiro Togliatti sobre la actuación de Victorio Codovilla en la Guerra Civil Española respecto a que “tomaba sobre sí muchos aspectos del trabajo de dirección que no le correspondían

y que eran facultad del Buró Político del Comité Central del PCE. Codovila (sic) era un hombre muy distinto a Togliatti, no sólo en carácter: más emocional, impulsivo, etc. sino en su forma de actuar. Tendía casi siempre al sectarismo”. Y recuerda Santiago Alvarez que después de un Pleno del CC, en medio de la Guerra Civil Española, encontró a Codovilla “repasando las intervenciones del Pleno, para pasarlas a la imprenta, entre ellas la mía. Me llamó la atención que un delegado de la IC se ocupase de este menester” (extraído de las galeras del 4º tomo del libro de Santiago Alvarez, *Memorias*, sobre la historia del Partido Comunista Español, galeras que obsequió a una delegación del PCR de la Argentina. Los tres primeros tomos son de Ediciós do Castro, Sada, A Coruña, España). Muchos documentos del Archivo de la Comintern, corregidos a mano en francés y en español y, en ocasiones en alemán, con la inconfundible letra de Victorio Codovilla, demuestran la verdad de lo señalado por Santiago Alvarez, sobre la importancia que aquél le daba a los papeles que llegaban a Moscú o se guardaban en los archivos de la IC.

41. *Boletín Interno* editado por agi-prop del PCA, N° 13, 25/3/1932.

42. Archivos de la Comintern, Rollo 4118, Carpeta 11, Biblioteca del Congreso.

43. Orestes Ghioldi, *Informe presentado al IX Congreso del PCA*, 10/1/1938, en folleto editado por el PC.

44. Paulino González Alberdi, *Nueva Era*, revista del CC del PCA, enero de 1985.

45. *Esbozo...*, edit. cit., pág. 70.

46. José Stalin, *Cuestiones del leninismo*, Buenos Aires, Problemas, 1947, págs. 86 y 87.

47. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 70, nota al pie.

48. Archivos de la Comintern.

49. *Esbozo...*, edic. cit., pág. 70.

EPILOGO

La economía soviética, en la década del 20, se había desarrollado rápidamente, alcanzando y superando los niveles de preguerra. Mejoraba la situación material de los obreros y campesinos soviéticos. Se abrió la lucha por la industrialización socialista de la URSS que, en pocos años, se transformó de un país agrario en un país industrial. En abril de 1929 el PC(b) de la URSS aprobó el Primer Plan Quinquenal, un plan grandioso de equipamiento moderno de la industria y la agricultura. A fines de 1929 se intensificó la colectivización voluntaria del campo. Los koljoses (granjas cooperativas) pasaron de cultivar 1 millón 390 mil hectáreas en 1929 a más de 36 millones de hectáreas en 1930. La lucha de clases se tensó al máximo. Decenas de millones de campesinos pobres, semiproletarios y medios, se liberaron de la esclavitud de la pequeña explotación agrícola. 1929, en la URSS, fue el año del “gran viraje”. Se había iniciado la colectivización del campo que, en lo fundamental, concluiría en 1934.

Mientras tanto, el capitalismo vivía, en los países metropolitanos, el delirio de la “economía de mercado” y el liberalismo a ultranza. Fue la “belle époque”. Alegrementemente, casi sin darse cuenta, el capitalismo caminó hacia el precipicio. El 29 de octubre de 1929 se produjo el crack financiero en Wall Street. Llegó la crisis. La economía capitalista se derrumbaba mientras se fortalecía la economía socialista. En tres años (1930-1933) la industria soviética creció más del doble, mientras la de los Estados Unidos descendió hasta el 65 por ciento de su nivel de 1929.

La crisis agudizó en Occidente el descontento de las masas. La burguesía alemana, horrorizada ante el crecimiento del movimiento revolucionario, liquidó el régimen parlamentario y fue al fascismo. En 1936 se firmó el Pacto Antikomintern entre Alemania, Italia y Japón. El fascismo trajo la Segunda Guerra Mundial. La URSS y los comunistas, al frente de la clase obrera, fueron los artífices del frente único que derrotó al fascismo. Diecisiete millones de soviéticos murieron en esa guerra. Los comunistas, en todo

el mundo, fueron el motor de la unidad nacional antifascista. En Yugoslavia, Grecia, Albania, China, Vietnam, Corea, Indonesia, entre otros países, los comunistas dirigieron la guerrilla antifascista. El Partido Comunista de Francia encabezó el “maquis”, la heroica guerrilla antifascista, y fue llamado, posteriormente, “el partido de los fusilados”. El Partido Comunista de Italia organizó a centenares de miles de guerrilleros; en el norte de Italia uno solo de sus destacamentos agrupaba cerca de cien mil combatientes. Al terminar la guerra y triunfante, en 1949, la Revolución China, el socialismo había vencido en países donde vivía la tercera parte de la humanidad. Algunos partidos comunistas en los países capitalistas se transformaron en poderosos partidos de masa. La lucha de liberación nacional se desarrolló en Asia, Africa y América Latina. Se independizaron la India, Indonesia y otros países colonizados.

En la Argentina, triunfante el golpe del 6 de septiembre de 1930, Victorio Codovilla, como vimos, fue convocado a trabajar en la Internacional Comunista. En la década del 30 ayudó a reorganizar al PC de España y fue uno de los cuadros claves en el levantamiento antifascista de 1936 y en la organización de la resistencia republicana al alzamiento falangista. Hay un gran debate sobre su papel en la Guerra Civil, por su polémica con Palmiro Togliatti sobre la línea del PC de España en momentos claves de la misma. Luego estuvo en Estados Unidos, México y Chile, hasta que volvió al país en 1941. Victorio Codovilla fue uno de los más nítidos seguidores del “browderismo”, la línea elaborada por el dirigente del PC de los EE.UU. y de la Internacional Comunista, Earl Browder, quien, al fin de la guerra, planteó que se abría un período de colaboración del socialismo con los imperialismos “democráticos” (Inglaterra y, principalmente, EE.UU.) y, con ello, la posibilidad de un proceso de liberación nacional con su ayuda. Esta línea llevó al PC de la Argentina a la Unión Democrática.

Rodolfo Ghioldi, a quien el VII Congreso de la Internacional Comunista, en agosto de 1935, eligió como miembro de su Comité Ejecutivo, también fue convocado a tareas internacionalistas en el extranjero. Regresó a la Argentina en 1941, al recobrar su libertad luego de cinco años de prisión en la isla Fernando de Noronha por

su participación en el alzamiento popular de la Alianza Libertadora Nacional en 1935, en Brasil.

Luis Sommi, Orestes Ghioldi, Paulino González Alberdi, Florindo Moretti, fueron los cuadros claves que dirigieron al PC luego del golpe de 1930. El Partido pasó del bandazo izquierdista al oportunista de derecha. En julio de 1938, Gerónimo Arnedo Alvarez, aquel obrero de la carne de Zárate del que hablamos en este libro, en una reunión del Comité Central fue designado secretario general. Lo sería hasta su muerte en 1982.

En la década del 30, en años de dura represión, el PCA se extendió y se fortaleció nacionalmente y construyó importantes organizaciones sindicales que escribieron páginas memorables de la clase obrera argentina, tales como la Federación Nacional de la Construcción, la Federación Nacional de la Carne, la de la Industria de la Madera, entre otras. Pero eso es parte de otra historia.

¿Cómo fue que ese Partido, que supo tener miles de cuadros abnegados, muchos de los cuales afrontaron todo tipo de persecuciones y torturas, terminó siendo una fuerza política de apoyo al sector violó-videlista de la dictadura militar instaurada en la Argentina en marzo de 1976? Lo que muestra este libro ayuda a comprenderlo. Los partidos, se ha dicho, se pudren por la cabeza. Y así como la cabeza del socialismo argentino estuvo en la socialdemocracia alemana y, cuando ésta degeneró, degeneró el PSA, así también pasó con el PC de la Argentina cuando degeneró la URSS. Desde ya que todo esto tuvo su causa principal en las condiciones objetivas y subjetivas internas, que posibilitaron esa subordinación incondicional a un centro internacional.

Luego de un largo y complicado proceso, imposible de analizar al margen de la política internacional de este siglo, el Partido Comunista de la URSS degeneró y se transformó en su contrario. Traicionó la doctrina marxista-leninista y la reemplazó por el revisionismo. De partido obrero, el PC de la URSS devino un partido revisionista, es decir, un partido burgués. La URSS se transformó en un país imperialista, socialimperialista (socialista de palabra e imperialista en los hechos) y el Partido Comunista de la URSS fue el partido dirigente de ese imperio. Por su propia estructura organizativa se convirtió, con facilidad, en un partido de tipo fascista.

Y el Partido Comunista de la Argentina, subordinado al bastón de mando de aquel partido, degeneró junto con él. Así de sencillo. Tal como había sucedido en 1917 en el viejo Partido Socialista, del seno del PCA emergió, en 1967, una corriente que rescató las banderas revolucionarias del marxismo-leninismo, constituyó el Partido Comunista Revolucionario y, posteriormente, empalmó con la corriente antirrevisionista que, liderada por Mao Tsetung y el PC de China, enfrentó la degeneración oportunista.

Pero esto también es parte de otra historia.

Surgen a diario nuevos combatientes comunistas. El tiempo pasa y el recuerdo del pasado se va estrechando. Junto con lo superfluo se olvida lo necesario de recordar. A veces, décadas enteras. Con este libro intentamos rescatar acontecimientos y protagonistas pioneros del comunismo en la Argentina, que fueron parte de este largo, difícil, y sinuoso combate a muerte entre explotados y explotadores. No por mera curiosidad histórica, sino porque lo que aquí fue recordado puede ser útil para encarar las tareas actuales y las que nos exigirá el siglo XXI. El pasado vale sólo en relación al presente y al futuro. Y son éstos los que cuentan.